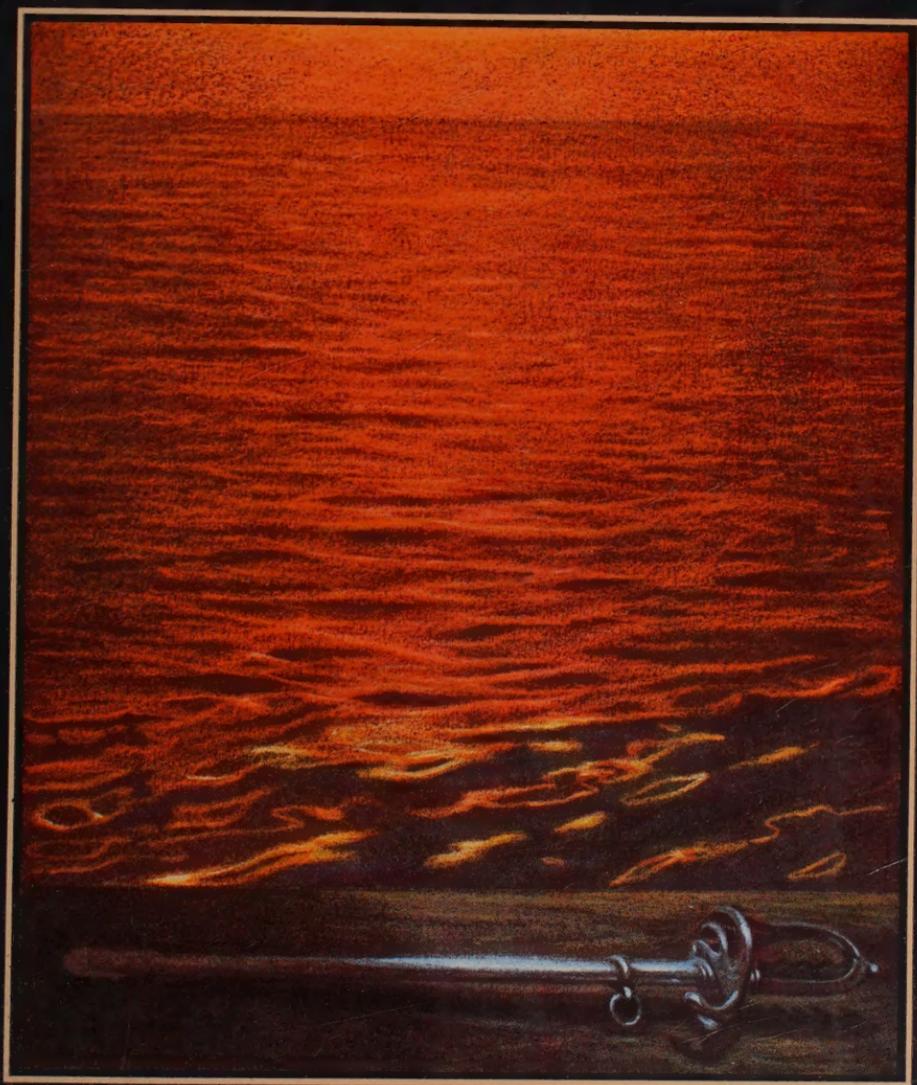


UNIVERSITY OF ARIZONA



39001016775424

Orndike
El Viaje al Prado



LIBRE:1

Catorce semanas consecutivas, "1879" de Guillermo Thorndike fue el libro más leído en el Perú.

"El viaje de Prado" retoma la historia de la Guerra del Salitre para llevarnos por el terrible desierto del Tamarugal, donde el semidesnudo y hambriento ejército peruano sufrió el desastre de San Francisco y libró victoriosamente la batalla de Tarapacá.

"El viaje de Prado" revela, además, los entretelones económicos de la guerra, la gran colecta patriótica para comprar un acorazado, las conspiraciones limeñas y el boicot de los azucareros y cambistas a los impuestos de guerra, para conducirnos hasta el más dramático sacrificio de nuestra historia republicana, el viaje del héroe del 2 de Mayo y Presidente del Perú Mariano Ignacio Prado a comprar armas en el extranjero. Con el sello personal de un estilo literario apasionante, Guillermo Thorndike acerca un lente de aumento sobre una historia que creemos conocer y empieza a establecer nombres y responsabilidades: cómo y por qué se perdió la porción más rica de nuestro territorio en apenas noventa días.

Nuevamente el autor realiza una extraordinaria reconstrucción de nuestro pasado, para revestir con carne, olores y costumbres a personajes, barrios, hoteles, salas de redacción y construir con ellos un pasado en el que podemos reconocernos.

El viaje de Prado

El viaje de Prado

El viaje de Prado

EL LIBRO

PQ
8497
T48
V5

Guillermo Thorndike

El viaje de Prado

 LIBRERÍA

Primera Edición, 1977

PORTADA, Fernando de la Jara

© GUILLERMO THORNDIKE, 1977

DERECHOS EXCLUSIVOS EN EL PERU, LIBRE - 1 EDITORES s.r.l.

ANTEQUERA 879, OFICINA 1, SAN ISIDRO

TELEFONOS: 402780 - 670295

LIMA 27, PERU

IMPRESO EN EL PERU POR SANTIAGO VALVERDE S. A.

Noviembre: la Invasión

A Carlos
y Fernando
Zamudio del Campo

THE UNITED STATES

of the
of the
of the

of the
of the
of the

Noviembre: la invasión

Cerca de aquí, dentro de cuatro horas los proyectiles chilenos harán pedazos al capitán Víctor Loayza. Todavía entero, gritó alto, vamos a descansar. La sobreronda se detuvo en rebaño a sus espaldas. Sin novedad en la nueva batería "18 de abril". Sin novedad en los muelles y la aduana atiborrada por cincuenta mil quintales de salitre. Sin novedad en Playa Blanca. Sin novedad en el fuerte "Dos de mayo". La patrulla de seis guardias nacionales y un sargento miró de reojo el vecino cementerio de Pisagua preguntándose por qué mejor no descansar allá, junto a la intacta estación del ferrocarril. El oficial encendió una panquita y golpeando el tabaco prestó atención a ciertos crujidos que salían del camposanto. Alzó su linterna sorda para echar un vistazo. El resplandor verdiamarillo tardó en descubrir rotas flores de papel arrastradas por el viento que embiste desde Punta Pichalo. Después del oficio de todos los santos, ayer los fieles colgaron guirnaldas artificiales de esas cruces requemadas por el sol. Al borde de cerros pelados, aquí los cuerpos soportan la muerte con terca aunque ajada tiesura. Si una tromba o un terremoto desmoronan las fosas del desierto, asoman diminutos espectros momificados cuyas facciones resultan familiares aunque nadie recuerde sus nombres ni por qué murieron. Loayza regresó sobre sus pasos, sintiendo la camisa mojada después de tan larga caminata de uno a otro extremo de Pisagua. Están encerrados entre el océano y acantilados de cuatrocientos metros, sólo accesibles si cubiertos por un polvo sin

vida, en el que se hunden y demoran las pisadas. Ni verdura o higuera, ni siquiera crecen cactus en este paraje sediento y marrón. La destiladora de agua dejó de funcionar en abril, después del bombardeo chileno. Hilachas de baba potable, amarga y caliente, llegan por una cañería desde la cuesta del Arenal. Sólo ayer terminaron de montar el segundo cañón Parrot de 100, al extremo norte de la bahía, en un fortín protegido por sacos de arena. Más antiguo, el fuerte "Dos de mayo" está de espaldas a la rocosa Punta Pichalo. A cuarenticinco metros sobre el nivel del mar, otro Parrot domina desde ahí la zona sur del puerto. Separadas las baterías por casi cinco kilómetros de playas angostas y senderos filudos que la sobreronda recorrió sin tomar aliento, Loayza tuvo ganas de tumbarse a dormir al descampado. También la pierna izquierda, que habrán de amputarle a mitad de la batalla, se negaba a seguir andando. Por última vez chupa la panquita y acepta la cantimplora del sargento Rendón. Tres sorbos de agua salobre bastan para aliviar su garganta. Iba a decir que al menos no pasarán revista cuando más tarde el General Buendía inspeccione a las tropas de Pisagua, pero su mirada entre picante y distraída se detuvo bruscamente en el mar. No se equivoca: llegaban dos buques.

—¡Rendón, ahí! ¡Vapores, cholo! —Loayza rebusca ropas hasta encontrar su reloj: las 4 y 40 de la mañana.

—¡Chilenos! —masculló el sargento.

—¡Yo veo tres buques, señor! —el nacional Colchado se empina bajo el liviano resplandor del día que se acerca.

—¡Vienen del norte, mi capitán!

A toda máquina merodeaban la bahía. Loayza creyó reconocer la temida corpulencia de un acorazado enemigo. No consiguió moverse. Verdaderas agudas balas de acero rasarán buscándolo y nada desea más ardientemente que vivir. Cadáver de paso por Pisagua, llegó a creer que nunca se produciría la invasión. Y ahora, ahora qué. Estuvo a punto de decir que ya nos jodimos, Rendón, hay mucho más que dos vapores en el fondo de esa oscuridad. Desde el acantilado, los gritos de un vigía anunciando buques a la vista liquidaron su estupor. Sombras numerosas pululaban el océano negro.

Abre, cierra los ojos, queda boca arriba en el apreciado colchón de lana de oveja, calcula el frío de ese amanecer apenas neblinoso, recuerda la habitación y la distancia que lo separa de sus pantuflas, empuja el cuerpo fuera de la cama ordenándose movimientos enérgicos, maldice este incómodo viaje el General de División Juan Buendía. A través de los calcetines sintió las asperezas de ese piso de madera mal cepillada en la alcoba principal de la Capitanía. En alguna parte del pequeño edificio de dos plantas, desvelados ordenanzas conversan a media voz. A las 4 y 45 de la mañana el Jefe del Ejército del Sur entreabrió la puerta y llamó al capitán Meneses. Un vaho a bienoliente café lo envolvió mientras recogía el pantalón plegado en dos sobre una silla. Casi a tientas empezó a vestirse. El suyo es un elegante uniforme personal: calzones de caballería color borgoña, chaleco briscado, levita verde y de corte antiguo sobre la cual acumula medallas de oro macizo y espesas charreteras con el distintivo de su altísimo rango. Rechinaron tablas cuando su corpulento ordenanza entró con botas recién bruñidas y una jofaina de agua caliente. Ya el General jabona su barbilla y afila la navaja toledana, estudiándose el rostro de casi setenta años, de ojos enamoradizos y relucientes bajo una cabellera bien recortada, teñida de negro. Desde que asumió la jefatura del ejército aliado del Sur, sólo se ha movido de Iquique a Molle, a una hora en caballo o veinte minutos en tren. Echó de menos su alcoba de soltero, tapizada de rosa, que casi todas las noches visitan la Guajardo o Jovina y otras simpáticas prostitutas chilenas que son sus prisioneras en Iquique. Sin embargo, al romper la luz del 2 de noviembre de 1879, el viejo militar se sintió descansado, de buen humor. Había llegado la víspera en tren especial, con un séquito de edecanes, médico, periodistas y amigos personales. No interrumpió su celebrada parlancia cuando el convoy se detuvo en Hospicio, donde vivaqueaban hoscas tropas bolivianas. Sus ayudantes le ocultan el desaire: en sus campamentos los aliados ni siquiera se incorporan a saludar al comandante en jefe. Seis meses impagas, compañías enteras desertan de regreso a la cordillera. Hombres tristes, reclutados a la fuerza desde La Paz a Cochabambá, muchos de ellos levados

en las iglesias durante el Viernes Santo, se preguntan por qué han de morir defendiendo el peruano suelo extranjero. El General volvió a afeitar sus mejillas. Por telégrafo Prado había insistido en ordenarle esta visita a Pisagua. Su Excelencia quiere confirmar la lealtad del aliado General Pedro Villamil, cuya división ocupa un amplio territorio al norte de Iquique. Dicen que otros jefes bolivianos quieren abandonar al Perú en Tarapacá o liquidar la guerra apoderándose de Tacna y Arica con auxilio de expedicionarios chilenos. Buendía conversará con Villamil luego de inaugurar el fortín del norte. Habrá bendición, retreta, desfile y almuerzo de camaradería, para el cual ha hecho transportar por el desierto su propia despensa: seis jamones de Virginia obsequiados por el cónsul mister Merriam, dos cajas de rosado *Cru de Maligné* que el cónsul Lapeyrouse recomendó vivamente para que Su Señoría nunca olvide el perfume de las viñas de Anjou y cuarenta botellas de un *Saint-Émilion* sin mucha prosapia y abundante cerveza de Teufelsbruck para los jóvenes oficiales. ¿Por qué demoran sus ayudantes? El ordenanza murmuró que los habían llevado urgentemente al muelle. Buendía decidió ignorar la primera pequeña indisciplina de la jornada, mientras paladeaba la copita de tonificante cordial del Medoc al que atribuye el sostenimiento de su vigor sexual. Antes de calzarse las botas, se acomodó frente al desayuno: miel de abejas, leche de cabra, buen café fuerte destilado a gotas con agua de manantial que compra a arrieros venidos de la cordillera, dos rebanadas de nutritivo pan de tropa y una copa de oportó para auxiliar la digestión. A ese serrano de Villamil lo tenía en el bolsillo, ya verá Su Excelencia. Después de almuerzo le obsequiará un hermoso revólver damasquinado, varias botellas de *armagnac* y un centenar de habanos. Entonces conversarán con absoluta franqueza. Buendía sonrió. No ignora que le dicen el último de los generales de la Colonia. ¿Mantilla? ¿Meneses? Oía llegar a sus ayudantes.

—¿Qué ocurre, Mantilla? —reprendió suavemente el Jefe del Ejército del Sur— ¿por qué abandonan el servicio?

—El comandante Isaac Recabarren desea verlo, mi General —el desencajado mayor Mantilla seca el sudor de su rostro.

—Estoy desayunando, que espere.

—Llegan buques, señor.

—¿Buques? —limpia sus labios, se incorpora, atusa su bigote el General—. ¿Qué buques? A ver, que entre Recabarren. ¿Qué cuernos sucede con todo el mundo esta mañana?

—Dos vapores se acercan por el norte, mi General —Recabarren prescindió del saludo militar mientras Buendía, en pantalón y camisa, forcejeaba por ponerse las botas—. Son chilenos, no hay duda.

—¿Del norte? —Buendía reparte pisotones acomodándose el calzado—. ¿Del norte dice usted? ¿Y sólo vienen dos?

—Está oscuro, mi General.

—Uno de ellos parece el “Cochrane” —opinó Mantilla.

Ignoran que los marinos chilenos no descubrieron Pisagua al pasar de noche. La escuadra enemiga siguió de largo. Ahora regresaba con un acorazado por delante.

—¿Ordeno generala, señor?

—Vamos, vamos Recabarren, no pierda la calma, ¿ah? —el General calcula un posible plan de operaciones chileno. Los ásperos acantilados de Pisagua, sus rocallosos placeres no son el mejor sitio para desembarcar un ejército. Acaso pretenden engañarlo para que envíe sus divisiones lejos de la verdadera invasión—. Primero tenemos que mirar, ¿ah? Y que le avisen a Villamil.

—Su chaleco, señor —intervino el ordenanza.

—Después, hijo, después. No me voy a resfriar. A ver si son vapores de la *Pacific* y puedo acabar mi desayuno.

El capitán de fragata José Benigno Benavides no se siente satisfecho de los cañones que emplazó en Punta Pisagua y Punta Pichalo. La sorpresiva visita del Jefe del Ejército del Sur forzó a terminar en una semana la construcción de la batería “18 de abril”. No importa que las correderas del nuevo cañón hayan quedado cortas, hoy tiene que impartirse la bendición. El marino sabe que ese Parrot va a descabalgarse al primer disparo. Aquí, en el fuerte “Dos de mayo” el cañón ha cumplido satisfactorios ejercicios de tiro. A la espera de sus superiores, Benavides frotó sus manos observando a la pequeña guarnición dormi-

da contra los sacos de arena. Lamentó haber llegado tan temprano. Solía dormir hasta siete horas de un tirón pero esta noche despertó muchas veces, como si un aviso embistiera contra su puerta. Aunque el frío atraviesa su levita naval, prefirió quedarse en el fortín antes que desandar kilómetro y medio a desayunar en la pulpería de Cairoli. Entonces silbó una pesada tetera de fierro y apareció el teniente Tamayo desentumeciendo las piernas.

—Bienvenido, comandante. ¿Café? —Tamayo flexiona el cuerpo, agita los brazos para entrar en calor.

—Sí, claro.

—¿Consiguió azúcar?

Benavides meneó la cabeza. Los tres quintales que desembarcó el mercante francés “Adolphe” desapareció de Pisagua en un día.

—Mucho me temo que Cairoli está acaparando comida.

—Espero que podamos despachar cartas esta semana —se malhumoró el teniente. Había casado a principios de 1879. Pronto su esposa dará a luz en Lima.

—Nunca se sabe —el comandante acepta un cacharro lleno de un brebaje amargo. Las confitadas delicias de Broggi y el buen caracolillo que perfuma el Metropolitan y la suave abrigada penumbra de los salones limeños volvían por su memoria. ¡Qué ganas carajo de volver pronto! Trepó a un parapeto para mirar el océano.

—¡Tamayo!

—¿Sí, comandante?

—¡Apúrese, por Dios!

Eran dieciocho buques por lo menos. Al extremo del muelle fiscal, el coronel Nicanor Gonzalez devolvió el largavistas a su amigo José Becerra, capitán de puerto. Se miraron calculando el tamaño de la ofensiva. Contra sus tibios organismos lanzarán corvos y granadas y shrapnell y bayonetas manejadas por hombres rencorosos, trabajadores de salitreras a quienes el gobierno peruano desterró al declararse la guerra, aventureros, toda la vinosa canalla sin compasión que se lanza por delante a los combates. Vienen directamente hacia nosotros, Nicanor. Doscientos

ocho días después de romper las hostilidades por el mar, el ejército expedicionario chileno había salido al fin de su enorme campamento en Antofagasta. Malaria, diarreas, venéreas, aburrimiento gastaron a esos batallones sometidos a continuo entrenamiento en el desierto desde marzo pasado. Tan pronto capturaron el “Huáscar”, los chilenos activaron la invasión de Tarapacá. A la vez que en Santiago ordenaban internar a todas las cantineras enfermas de gonorrea, la flota se reunía en el antiguo puerto boliviano para recoger a los batallones. Usarían chatas ensambladas por planchas de metal a manera de puentes flotantes para que el grueso de su ejército caminara a las playas del Perú. También construyeron embarcaciones planas que transportarán hasta dos mil soldados de choque de una sola vez. Y disponen de rápidas lanchas a vapor bien artilladas para proteger a quienes encabezan el ataque. Sesenta horas tardaron los 9,405 expedicionarios en abordar los vapores de transporte. Aparte del “Cochrane”, de las corbetas “O’Higgins” y “Magallanes” y de la cañonera “Covadonga”, la escuadra invasora ha sido reforzada con los cruceros “Loa” y “Amazonas”, a bordo del cual se instaló el Estado Mayor, y con el crucero “Angamos”, recién comprado en Francia, todos provistos con cañones Armstrong de largo alcance. Completaban la flota chilena modernos transportes a vapor de la Compañía Sudamericana, cuyos privilegios recién canceló el gobierno de Lima a fines de abril. ¿Te das cuenta del peligro, Nicanor? En Pisagua no llegaban a quinientos los defensores mientras que Chile envía a todo su ejército al asalto. Nicanor González, jefe de la voluntaria Guardia Nacional, volvió a contar los humos ahora bien visibles bajo la lechosa luz de las seis de la mañana. Por estas aguas familiares y profundas pronto llegarán tropas avezadas, los fusileros del *Buín* o los suavos del 2º de Línea. ¿Qué esperan para tocar generala? Habrá que soportar el ataque mientras llegan refuerzos por el desierto. A lo mejor no nos volvemos a ver, Nicanor. Se volvió a mirar a su amigo, sorprendido de su propia risa. No seas tonto, Becerra, desde cuándo nos asustan los chilenos.

—¡Vivo, vivo carajo! —el sargento Rendón grita mientras sesenta nacionales de la primera compañía forman en la expla-

nada. Deben defender los muelles hacia los que se acerca el "Cochrane". Nada más que viejos chassopot reformados tiene la Guardia para defender el puerto—. ¡Atención! ¡Firmes!

Firmes: la espera secaba sus gargantas. El capitán José Vicente Rodríguez estudia a esos hombres apuradamente convertidos en milicianos, algunos de ellos todavía trajeados con ropas civiles. Firmes, llegaba el coronel.

Las cornetas tocaron generala.

A los cuarenta años arrojado en medio de una guerra, el coronel González desconfía de sí mismo. Tiene que ser el más fuerte, sabio, atrevido y prudente: es el jefe. Sus nacionales le tienen confianza acaso porque era un civil importante, dueño de sólidos negocios y de decisiones comerciales casi siempre acertadas. Como el reciente coronel Zavala, como otros flamantes oficiales de la Guardia Nacional en todo el país, en la guerra nada más asumía la misma autoridad que disfrutó antes del 79. Patrón o coronel, estos soldados han sido siempre sus subalternos. ¡Se han vuelto locos, gritaba Becerra, háganlos regresar! Distraídamente contempló dos botes atiborrados de extranjeros bamboleándose rumbo al "Adolphe". Van a quedar entre dos fuegos. Ojalá no se inflame su cargamento de salitre. González se encogió de hombros. ¡Pobre Cairolí! Pero no hay forma de escapar de Pisagua, como no sea por mar o hacia las salitreras vecinas al Tamarugal y todos sus espejismos. Nada se parece a los días pasados, se mueve como contenido por una campana que ahuecara los sonidos, como después de recibir un golpe. ¡Muy bien, soldados, el enemigo está al frente! Reconoce su voz, más ronca que de costumbre. ¡Por aquí nadie entra al Perú sin antes pedir permiso! El coronel se detiene frente al cabo amanuense Godiño y mira al soldado-papador Filiberto Urruchi y después al zambo Quincho, que toda la vida fue trabajador de confianza de los Zavala, y al cabo-capataz Benito Orcón y al sargento-lanchero Domingo Ordaya y al sargento-caporal Rendón. ¡A ver esas gargantas, quiero que los rotos se den por enterados! ¡Viva el Perú! ¡Muera Chile! ¡Muy bien, carajo, ahora a sus puestos y a darles por el culo, Pisagua no se rinde!

Quince manzanas de casas carbonizadas y de refugios levantados con escombros y hojalata, un puñado de edificios intactos, la estación y su angosta trocha zigzagueante, dos muelles y esos acantilados en los que se ha abierto algunas trincheras, todo esto y la ruta a los pozos y entronques ferroviarios de Agua Santa es cuanto deben defender.

—Compañías uno y dos en el puerto y los muelles. El resto en las baterías, mi General —resumió Recabarren.

—¿Cuántos hombres? —todavía a medio vestir, el Jefe del Ejército del Sur buscaba la decisión más conveniente.

—Doscientos, ni uno más o menos, mi General.

Los vapores de transporte enemigos se detuvieron frente a Punta Pisagua. Seguramente esperaban el bombardeo.

—¡El “Cochrane” a media milla!

No queda mucho tiempo, mi comandante. Recabarren dispuso que evacuaran a mujeres y niños. Pero es imposible mover las tres locomotoras del patio de la estación. Observó impotente esos vagones quietos que ahora deberían partir en busca de urgentes refuerzos. Huyeron maquinistas, fogoneros y brequeros, mi comandante. Tampoco encontraron los cohetes para avisar al campamento de Hospicio que ha llegado el enemigo. Por suerte la línea telegráfica con el interior e Iquique no se ha interrumpido.

—¡Cisneros, apúrese Cisneros! —vocifera ahora el General. Que saquen el equipaje de la Capitanía, que me traigan el uniforme. Pero el secretario Cisneros no lo escuchó. Atolondrados ordenanzas ponían a salvo los jamones de Virginia. Tose de pronto, contempla el sucio cascarón de la aduana, aquella pampita al sol donde se amontonan cincuenta mil sacos de salitre, la estirada bandera nacional sobre el techo de la Capitanía, intenta poner orden en su cabeza el General de División Juan Buendía. A simple vista puede contar a los fusileros navales que repletan la cubierta del “Cochrane”. A un cable atrás navega la “O’Higgins” moviendo sus cañones. Los habían tomado por completa sorpresa. Hay que traer a los batallones bolivianos *Independencia* y *Victoria* desde la estación de Hospicio. El resto de la División Villamil está de guarnición en la salitrera Germania

y en Mejillones, a un día de marcha. Aún más lejos se encuentran las divisiones peruanas.

BUENDIA A SUAREZ

Bajo sus pies, detrás suyo la patria hecha de tierra y muertos y minerales codiciados. En este breve suelo cívico, plaza en rectángulo deshecho a cañonazos cuando el enemigo bombardeó por primera vez el 18 de abril, ahora se acumulan desperdicios, la grasienta huella del rancho o de ácidos meados bolivianos. Por qué desfilaban autoridades de fiesta, se refrescaban señoras al caer el sol, tertulaban hombres de negocios con extranjeros de paso en el vapor inglés. La líquida mirada del General ignora que en ese vecino espacio carbonizado existió el Club Pisagua y más allá el Consulado Británico, y luego la sucursal de Gilde-meister, y después la oficina y casa de Nicanor González, y que hacia el fin de la calle en subida alguna vez prosperó el renombrado almacén Cairoli. En medio de una devastación envejecida, agrietada por el calor, Buendía va quedándose solo, apenas rodeado por dos ayudantes y un periodista.

BUENDIA A SUAREZ

ENVIE HUSARES Y DIVISION VANGUARDIA

Si fuese posible colorear su aliento para rastrear a sí mismo, el cabo Godiño se habría sorprendido de su propia ligereza. El capitán Loayza ordenaba emboscarse detrás del muelle inglés. Por ahora Godiño piensa cómo cumplir mejor con su deber a la vez que salir con vida de Pisagua. La aparición del enemigo soliviantó su apacible condición. No es fuerte, tampoco valiente, ni siquiera peleador. Llegó al sur hace cinco años en busca de clima seco y de mejor empleo. Desde entonces han pasado por sus manos miles de manifiestos de carga en la aduana de Pisagua. Cuatro meses miliciano, a Godiño todavía lo confunden los rangos militares. Llama don Víctor al capitán Loayza, respetuosamente señor González al coronel. A su vez el negro Ordaya, musculoso lancharo a quien solía encargar la

atención de los mejores buques, se dirige a él como señor Godiño y al esmirriado amanuense le cuesta responderle como mi sargento. Mientras ocupan posiciones, Ordaya sintió compasión por el amanuense. Pronto se ensuciarán de muerte, oficiarán su nuevo ministerio de soldados con indispensable ferocidad. ¡Godiño, a las peñas! Sí, mi sargento. A saltos avanzó a la primera línea de rocas, seguido por Quincho y Urruchi. La compañía se achataba entre los muelles, hurtándose en sus movimientos de los vigías chilenos. Cuando Godiño se atrevió a mirar, la proa del "Cochrane" se había detenido.

A ochenta metros de Godiño, el cabo Huamancusi ignora que esta guerra se originó en su país. La primera compañía del boliviano batallón *Independencia* se instala en agujeros entre las rocas donde concluye la breve playa de Huaina Pisagua. Mejor armados con rifles rémington modelo español, los aliados se reparten munición en silencio. Sabe Huamancusi que hoy no habrá rancho y que mañana también pasarán hambre. La excepcional menestra con charqui servida ayer con ocasión de la llegada de los generales, deberá sostenerlos hasta que termine la batalla. Huamancusi tiritaba por culpa de la malaria. Temprano ha visto pasar a caballo al General Villamil. Se dice que es muy rico e influyente. Al cabo le pareció un viejo fuerte, seguramente lleno de astucia. También al riflero Suella le hubiera gustado fumar ahora un áspero cigarrillo pero nadie tiene tabaco en la compañía. Les han dado uniforme, ojotas, rifle y cuarenta cartuchos y a veces coca y nunca un estipendio, ni carpa para dormir, ni más abrigo que una pequeña frazada, ni otro alimento que un bodrio guisado con grasa de carnero. Huamancusi rio de la tensa expresión de Suella en cuclillas detrás suyo. Pareces una mujercita. Después asomó por encima de las rocas como si se tratara de sorprender a un venado. El "Cochrane" alistaba sus cañones a 1,300 metros del puerto.

Iba a decir que mejor disparaban al casco de madera de la "O'Higgins" cuando el acorazado descargó sus cañones de 250. La simultánea maligna luz explosiva de esos proyectiles de acero atravesó el cielo tan azul de Pisagua hasta remecer el fuerte "2 de mayo". Mientras cae de espaldas, Tamayo atestigua el

derrumbe de pedruscos, una lluvia de tierra esparciéndose por los bordes de Punta Pichalo. El calor de esa pólvora inglesa fabricada con salitre de Tarapacá, vitrificó arenas y ampolló a unos nacionales que buscaban refugio en el fortín. ¡De pie, arriba todo el mundo! El teniente coronel Saavedra, jefe de la batería, parece enfurecido de que lo hayan golpeado primero. ¡Fuego! Como si un tiznado atardecer cayera de pronto sobre la guarnición, los hombres se movieron un poco a tientas. El humo comunica su movimiento a la luz, filtrando sobre la batería ondulaciones submarinas. El Parrot retumba desorientado. Aquel solitario proyectil zumbó por encima del "Adolphe" para caer al mar. Ponerle párpados a esta luz quemada, dientes a las orillas de Pisagua, vivir hasta después de la mañana. Tamayo salió a gatas de entre cuerpos derribados por las primeras andanadas chilenas. Pero la vida después de todo no vale tanto. Salió con ella en alto, a treparse a un parapeto y medir la distancia que los separa del "Cochrane". ¡Baje de ahí, Tamayo! Hombres oscuros forcejean con el cañón. ¡Mil doscientas yardas! Saltó dentro del fortín antes de que otra descarga rasara encima suyo.

De espaldas a las rocas y cerca de la aduana, el capitán de puerto contempla el desastre de Pisagua. "Cochrane" y "O'Higgins" emprenden la demolición de la batería sur. El duelo de artillería resultaba desigual: un Parrot contra nueve cañones superiores. Silban proyectiles todavía alejados de la ciudad. Becerra sintió lástima por esos compañeros encerrados entre inútiles sacos de arena. Incesantes explosiones separaban el fortín de los defensores instalados en las playas. El enemigo usa granadas Palliser para silenciar el cañón que replica a obstinados lentos intervalos. También el fuerte "18 de abril" quedó oculto por una densa humareda negra. Conoce Becerra que tan pronto cese el fuego de las baterías peruanas, la escuadra enemiga arrasará el puerto. Sólo después de haber quemado la bahía enviarán sus tropas al asalto. Vio al viejo Buendía en camisa, de pie en la explanada, a Recabarren espoleando su mula baya hacia las trincheras bolivianas, rebaños de mujeres y niños trepando acantilados hacia el desierto, al párroco Villena con los

brazos en cruz implorando paz al Altísimo, a Loayza que corría rifle en mano mientras grita que ahí-vienen, cuidado.

Nadie ordenó al cabo Godiño que se atreviera por el muelle. La "Magallanes" dio por concluido el combate con el silencioso cañón norte, al parecer desmontado por su propio primer disparo, y avanzó a doscientos metros de la orilla descargando sus ametralladoras. Por primera vez el pacífico Godiño se sintió ultrajado. Pareció que corría sobre los blandos tablones del muelle fiscal a abordar de un salto al enemigo. Quincho arrancó detrás suyo. Veinte nacionales los siguieron. De bruces al filo del mar, los voluntarios rompieron fuego. En su segundo disparo, Godiño serenó la puntería. Detrás suyo crepitaba a plenitud la fusilería de los aliados. Sin imaginar que está delante de todo su ejército, el cabo-amanuense esperó a que la corbeta pasara justamente a un cable del muelle. No escondió el rostro cuando las ametralladoras chilenas sacudieron el mar casi debajo de su cuerpo. Con frialdad que no se conocía, eligió a un enemigo. Por instinto se anticipó al movimiento del buque y apretó el gatillo. Lo vio caer de espaldas. Herida por el tiroteo, la "Magallanes" cambió de rumbo y luego cañoneó dos veces la ciudad.

—¡Todos afuera! —gritó Benavides.

—¡Afuera, afuera! —repetía el teniente Tamayo—. ¡Cúbranse!

El parapeto oeste se había desmoronado encima de tres artilleros. Arrastraban lejos del fortín al teniente-coronel Saavedra. Grandes trozos de fortificación resbalan hasta el mar con cada andanaba chilena. Pero Saavedra no ha muerto y el Parrot todavía puede combatir. Ahora también los cañoneaba la "Magallanes" y cada veinte, treinta segundos se expande un trueno contra la atontada guarnición. ¡Arriba Silverio! ¿Qué esperas, zambo? El teniente sacudía a los artilleros semienterrados, hechos un ovillo, en vano protegiéndose del sonido que los penetra por la piel y absorbe el aire de sus bocas. Cien kilos de refinados explosivos cada vez, las granadas navales removían Punta Pichalo hasta precipitar filudas avalanchas sobre los defensores. ¡Murió el cabo Trillo, mi teniente! ¡Canchaya per-

dió las piernas, señor! El "Cochrane" se acerca a mil yardas para despedazar el fuerte. Benavides contempló a Canchaya cortado desde las ingles por una explosión. No hay ambulancia en Pisagua, cholo, nadie te puede ayudar. El comandante volvió la espalda. Vamos, regresen al cañón. Al otro lado de esas paredes de yute y arena se estrellan proyectiles. Entra Benavides y de inmediato retrocede empujado por un turbión de tierra y sonido. Tamayo tomó su lugar. La polvareda ensució sus ojos. Casi abraza el cañón, tensando sus músculos como si con su solo esfuerzo pudiera ponerlo en batería. Sus oídos registran una resonancia de túnel cayendo por su cuerpo. Por ahí no viajan sonidos, es su cabeza lo que suena. El resto de la guarnición ayudó a encarrilar la pieza. Arriba, atrás, abajo revienta la mañana propagando sacudimientos que aturden. Una costra de tierra desfigura al capitán de fragata. Aprobó la maniobra. El acorazado vuelve a avanzar, vamos a cañonearlo. ¿Distancia? En yardas y pulgadas, ¿de la vida a qué? De lo real dudoso, del tenaz retorno a la vigilia cada mañana, de la aceitosa inmersión en el país de los sueños, de la tardía sospecha de haber vivido en vano a la agonía que salta, a la eficiente ejecución, al cráneo abierto con un chasquido de calabaza, ¿cuántas yardas, mi teniente? Ideas al vuelo huyendo del húmedo cofre de hueso, el intacto rostro detenido en expresión de sorpresa, la boca anunciando novecientas yardas: una gruesa esquirra le rebanó mitad de la cabeza. El teniente descansó bruscamente el pecho contra el parapeto. No se movió de allí mientras otra andanada sacudía el fortín. Adivinó Benavides que ha muerto y se acercó a gachas. Una jalea se adhirió a las manos del marino cuando movió el cuerpo de su amigo. Con espanto descubrió sesos esparcidos en derredor y encima del teniente sin vida. Se hundió entonces hasta quedar con su propia sorda cabeza inservible entre las piernas. El ruido ya no importa. Por un instante creyó estar a mitad de una tormenta, zarandeado de una borda a otra. Derriban el fuerte a cañonazos mientras Benavides frota sus dedos contra el uniforme. ¡Comandante, salga de ahí! Entonces recordó a su esposa y a su hijo y se arrastró lejos del laberinto de esquirras.

—No hay respuesta de Iquique, mi General.

El cañoneo hacía temblar vidrios sucios en la estación del telégrafo. ¿Se habrá interrumpido la línea? No parece, mi General. Contempló a las familias de los cuatro telegrafistas que rehusaban partir. ¿Alguna noticia de Hospicio? ¿Por qué tarda Villamil? El jefe del Ejército del Sur pasea el cuartucho, desde la puerta estudia la flota inmóvil frente a Punta Pisagua con los batallones de asalto. Por fin se decidió a dictar otro telegrama a su Jefe de Estado Mayor General en Iquique.

—Buendía a Suárez —dictó—. Informe de inmediato posición de refuerzos solicitados.

Don Misael Urrutia, telegrafista de Iquique, siente que hoy la historia transita por sus manos. No tendrá que ir lejos para entregar este mensaje. El coronel Belisario Suárez, Jefe de Estado Mayor General del Ejército del Sur se había instalado en la oficina del telégrafo para poner sus fuerzas en movimiento. Leyó con disgusto. ¡El viejo cojudo! ¿qué se ha creído? Suárez conoce bien la estrategia diseñada por el Supremo Director de la Guerra. Tan pronto comience la invasión chilena, debe concentrar a todos los aliados y una vez elegido el terreno, lanzarlos a una sola batalla decisiva en combinación con el ejército de Arica. Pero el General Buendía pide las mejores tropas para un aislado contraataque. Lejos de concentrar divisiones, contribuía a dispersarlas. Suárez, que ya informó del ataque a Pisagua al General Prado, decidió trasladar esta contradicción al Supremo Director.

SUAREZ A PRADO
PIDEN DIVISION VANGUARDIA Y
HUSARES A PISAGUA

A las ocho y diez de la mañana, el bote procedente de la base de torpedos del Alacrán atracó en el muelle de Arica. El capitán Leoncio Prado responde al saludo de unos marineros y de inmediato se encamina a la residencia de la viuda MacLean, donde se ha establecido el Supremo Director. Ahora viste uniforme del ejército. En la academia se graduó de alférez de fra-

gata. También es coronel del Ejército Patriota que lucha por la independencia de Cuba. Y ha sido jefe de corsarios en el Caribe, general de una expedición libertadora en Filipinas, insurrecto en China, caminante en la India, obrero en Egipto, explorador en la selva amazónica. A los veintitrés años de edad, el tostado capitán usó una puerta lateral para anunciarse ante el capitán Zuleta, ayudante de su padre, el Presidente de la República.

—Hola, Pradito —apareció el almirante Montero—. ¿Puedo hacer algo por tí?

—¿Qué se sabe de Pisagua, mi almirante?

Montero abre, cierra las manos. Nada, todavía nada definitivo.

—Adelante, capitán Prado.

Lo dejaron a solas en una habitación con puerta a la terraza. Despacio se acercó a observar a un grupo de mujeres. Prefería no ser visto. Reconoció a Magdalena Ugarteche de Prado, legítima esposa de su padre. Cerca de ella, un niño bebía un refresco. Ha de ser su medio hermano. Tan pronto supo que el General había sufrido un ataque cerebral, la señora embarcó en un vapor neutral rumbo a Arica. Bruscamente sus miradas se encontraron. Impasible, ella observó con corta intensidad ese rostro joven en el que se fundían los rasgos de Mariano Ignacio Prado Ochoa y de la huanuqueña María Avelina Gutiérrez. El capitán inclinó levemente la cabeza y se retiró unos pasos.

—Capitán Prado —oyó ahora a Zuleta—, el General lo espera en la Aduana.

—Pasa, Pradito —lo recibió en el cuartel general el afable secretario Mariano Alvarez.

—Buenos días, capitán Prado —saludó Su Excelencia.

Leoncio respondió con un taconazo militar.

—Sólo pido unos minutos, mi General.

—Vamos, siéntate —el Supremo Director parecía aprobar la robusta apariencia del mayor de sus hijos naturales. Oprimió su frente resistiendo a la dispersión de ideas—. Estoy muy ocupado. Empezó la invasión. ¿En qué te puedo servir?

—Señor, deseo organizar un cuerpo de guerrilleros, con treinta hombres para comenzar, cuya misión será destruir comu-

nicaciones y líneas de aprovisionamiento enemigas. Tendremos campamentos en la sierra, mi General.

—Aún no han desembarcado.

—Me anticipo a los resultados, mi General.

—Nos faltan caballos y rifles, capitán Prado.

—Tomaremos armas chilenas, mi General —el capitán Prado no necesita rifles para empezar una campaña de guerrillas. Cuando se adueñó del “Monctezuma” para ponerlo al servicio de los patriotas cubanos, pasó personalmente a cuchillo al altivo comodoro español y a los oficiales que le presentaron combate. Tampoco necesitaba caballos: más pequeño que China, el Tamargal puede cruzarse a pie.

—No creo que sea momento de discutirlo. No estamos en Cuba, Leoncio —la impaciente voz del General rechazaba el proyecto—. ¿Quiénes te ayudarían?

—Los capitanes Grocio y Justo Prado aceptan acompañarme, mi General.

La voz del hijo desafiaba al Supremo Director. No olvida que este joven de respetuosas maneras ha crecido en campamentos militares y que siendo su padre Presidente de la República por primera vez, le sublevó la escuela militar de Lima porque los cadetes sufrían maltratos a la prusiana. Tampoco olvida la ardiente atracción que ejerce sobre sus otros hijos habidos durante lejanas campañas por el país. Grocio y Justo dejaron el Perú para unírsele dos años en las maniguas cubanas, donde a sorpresivos tajos de machete Leoncio ascendió a coronel.

—He interrumpido un consejo de guerra para atenderte —se fatigó Su Excelencia—. Petición denegada.

El capitán se incorporó.

—Pido permiso para retirarme, señor.

Mariano Ignacio Prado se acercó a estudiarlo de pies a cabeza. Palmeó sus hombros robustos.

—Te llamaré cuando haya tiempo de conversar el plan con toda calma —lo empuja suavemente hacia la puerta— . . . Grocio rescató los cañones de la “Independencia” para montarlos en Iquique, un trabajo excelente. . . —hablando de su segundo hijo, se endulzó la voz del Presidente. Parecía encorvado por el

peso de la guerra. Antes de recuperar su altiva estatura, atrajo hacia sí al capitán Leoncio Prado y besó sus mejillas—. Cúdate, hijo.

—Usted también, padre —para el capitán no había hombre más importante o admirado. Lo había besado por segunda vez en su vida. Se le anudó la garganta mientras saludaba militarmente—. Espero sus órdenes, mi General.

—Puede retirarse, capitán Prado —Su Excelencia cerró lentamente. Después tronó—: ¡Smith! ¡Yessup!...

Los ayudantes se precipitaron en la oficina.

—...telegrama para Suárez en Iquique, tomen nota. Diga al General Buendía lo siguiente, dos puntos. Si no tiene vuestra señoría seguridad de sostener posición con buen éxito, es mejor reconcentrar el ejército y dar una batalla con todas nuestras fuerzas. Fin del telegrama. ¡Yessup! Quiero informes de la caballada que salió de Camarones. Averigüen si Cáceres ya exploró Mejillones. ¿A qué hora se espera al General Daza? ¡Cabrones, carajo! ¡la guerra es para hoy! ¡Oiga, Smith, insista con Lima! ¡Por lo menos falta un millón de cartuchos!

A nadie se le ocurrió consultar el reloj cuando el “Cochrane” volvió a descargar su artillería, esta vez contra la población. El comandante Recabarren calculó que habían pasado cincuenta minutos desde que deshicieron a cañonazos el fortín “Dos de mayo”. Todo ese rato vigiló con su largavistas el creciente desorden de los expedicionarios. Cuarenticuatro lanchas de desembarco van y vienen buscando batallones en los transportes o, ya ocupadas, esperan frente a Playa Blanca y al puerto. En esos lugares había concentrado el jefe de la plaza a las pequeñas fuerzas de su mando. Comparten primera línea la Guardia Nacional y dos compañías bolivianas. Hay más aliados en la trinchera abierta casi cien metros atrás, en pleno acantilado. Los navales de Becerra se parapetan en la estación del ferrocarril. Recabarren ordenó a Nicanor González que llevara unos cuantos nacionales a reforzar el terreno entre la estación y Playa Blanca. En ese momento toda la artillería chilena despedazó la ciudad.

Cambia de color el cielo. Petardos, metralla, cohetes a la Congrève, palanquetas, camisetas de incendio, granadas de fragmentación, ráfagas de nordenfeldt abren y agrietan y calientan y pulverizan los edificios de Pisagua.

Una rápida lancha a vapor se pegó a Playa Blanca barriéndola con su ametralladora.

—¡Cuiden su munición, no disparen! —se oyó al capitán Rodríguez.

Los cuarenticuatro botes chilenos se dirigieron a tierra.

Quiere llegar a la playa atacada, retrocede llamando a gritos a su secretario Cisneros, mi uniforme carajo, al ataque, viva el Perú, dónde mierda se ha metido Mantilla, resopla rabioso, desea por lo menos una espada el General Buendía. Cerca suyo se desplomó la mitad de la aduana. Envuelto por una picante polvareda, no vio la Capitanía hinchándose como soplada desde dentro por una burbuja roja hasta que reventaron sus costuras y, a medias derribada, por puertas y ventanas exhalar un humoso ventarrón mezclado con escombros y desperdicios, trituradas esbeltas botellas de vino de Anjou, calcinados jamones, evaporadas medallas y levita con entorchados de General de División y cuanto contenían los abandonados baúles de Buendía. Antes de que sucesivas explosiones reunieran todo su sonido y rodaran con corpulencia de peñascos por encima del General, un golpe de calor hirió su rostro chamuscándole mostachos y patillas y derritiendo la tintura negra de su cabello septuagenario. Resistió a gachas tan feroz turbulencia mientras un líquido gris de barbería francesa resbalaba en hilos por su frente. A tientas se orientó en busca de aire limpio. Tropieza, reconoce la huella de carretas, baja hacia la orilla. Arde Pisagua con salvaje amplitud de bosque y un leve sudeste empuja todo ese humo contra los cerros asfixiando a las tropas bolivianas. Casi al pie de la estación, un sople de brisa alivió al Jefe del Ejército del Sur. Entonces pudo ver la bahía. Las lanchas de asalto se encontraban a ciento cincuenta metros de la orilla.

Donde acaban las peñas, el cabo Huamancusi estudia porosidades, asombrosas miniaturas marinas, túneles más pequeños que su ojo. Mala muerte la de Pisagua, tan lejos de la tumba de

sus antepasados. Si ha llegado la hora, tendrá que vagar entre difuntos perplejos y extraños indagando cuál es el camino de regreso. Acaso sus muertos ayudaran, gritando su nombre desde la cordillera. Los padres de los padres aguardan en las montañas tutelares, no tengas miedo Suella, pero el soldado Suella siguió quejándose bajito a sus espaldas. La primera compañía del Batallón *Independencia* casi no respira así emboscada detrás de las rocas o hundida en fosos que cercan la playa. Huamancusi ni siquiera sospecha cuántos enemigos vienen a su encuentro.

—¡Bayoneta! —ordenó el capitán de puerto.

No es lo mismo morir a la distancia y de una sola vez alcanzado por un proyectil definitivo que morir de tajos, mal abierto de la piel adentro y después agonizar de bruces sobre el polvo. Sin embargo Urruchi caló bayoneta. Estaba dispuesto a disparar un rifle o a servir un cañón, pero la sola idea de un combate cuerpo a cuerpo le impedía moverse. Mejor sería salir ahora mismo al descubierto y vaciar el rifle contra los botes que se acercaban. Con súbita frialdad de veterano, el cabo Godiño estudió la palidez de su compañero. A Urruchi le golpean los dientes mientras coloca la bayoneta en su lugar. Palméó su espalda empapada. Urruchi se volvió como si nunca lo hubiera conocido. Ponte detrás mío, dijo el cabo, y haz lo que yo haga, ¿entendido?

¡Enemigo a cien metros!

Recabarren identifica al enemigo que se acerca. Primero desembarcará el cuerpo especial de zapadores. Envían al Batallón *Atacama* a chocar contra las posiciones bolivianas. Integrado por mineros y trabajadores chilenos hasta 1879 avecindados en el litoral de Bolivia, seis meses de entrenamiento han convertido al *Atacama* en un batallón orgulloso de su ferocidad. Recabarren desconfía de esas tropas formadas al margen de la tradición militar. Intuía una guerra sin cuartel pero deseaba cierta mínima piedad para heridos y no combatientes.

¡Enemigo a ochenta metros!

El oleaje los conduce de prisa hacia la playa angosta. Reconoció a una compañía del Regimiento *Buin*. Luego despegó su

lengua del paladar amargo y miró al corneta que hacía muecas a la espera de transmitir sus órdenes.

¡Enemigo a sesenta metros!

—¡Corneta, ataque!

—¡Fuego! —gritó Nicanor González.

Cierta destemplada estridencia de latón prevaleció sobre los bombazos que machacaban la población a cien metros del patio de maniobras. Cinco, seis cornetas se sucedieron propagando la orden de combatir. Entre grietas, por encima de fardos, desde los bordes de la estación, la descarga cerrada de navales y nacionales remeció las primeras lanchas de asalto. ¡Fuego a discreción! Aquí el oleaje espaldeaba los botes, echándolos a lo peor del tiroteo. Revientan cuerpos de remeros, rostros enemigos al fin mirados se astillan, titubea el ataque.

Al otro extremo de esas rocas apiñadas en la orilla, el sonido de cornetas estiró por delante al cabo Huamancusi. Un bramido liberado desde todo lo amplio de su pecho anunció la carga de la primera compañía. Doscientos cincuenta rifles bolivianos acribillaron botes metidos en la reventazón. Una lancha al garete, con sus ocupantes muertos o escondidos, se estrelló contra las piedras al norte de Playa Blanca. Huamancusi no se detuvo en la orilla. Con el mar en la cintura intercambia balazos con chilenos que retroceden. ¡Atrás, atrás! Un coronel llamaba a los bolivianos de la primera compañía.

—Seis heridos, mi comandante —informa Loayza.

—¿Dónde están los cirujanos? —Becerra no cesa de vigilar los movimientos de la escuadra.

—Detrás de la estación, señor.

—¡A cubierto! ¡Se acerca el “Cochrane”!

—¡Acuérdense de Angamos! —grita el zambo Ordaya preparando el rifle.

—¡A vengar a Grau! —vocifera un naval— ¡Viva el Perú!

—¡Muera Chile! —murmuró como una plegaria el cabo Godiño.

—Rechazado el desembarco en toda la línea, mi General —Recabarren se abriga detrás de la estación para conferenciar con Buendía y Villamil.

—Ordene bajar al Batallón *Victoria*, General —maltrata-
do por el bombardeo, Buendía calcula impedir que los chilenos
entren por Pisagua. Aunque sin artillería ni ametralladoras, los
acantilados son como una formidable fortaleza. Villamil se
mostró de acuerdo. Pero aún reforzados con el *Victoria*, los de-
fensores no pasarán de mil. Buendía calcula el poder del ene-
migo—. Han traído a todo su ejército de línea y a los nuevos
batallones acampados en Antofagasta. Si consiguiéramos resis-
tir hasta que se ponga el sol. . .

—Vaya humillación para el manco Escala —Villamil son-
ríe dispuesto a intentarlo. Hablaba con un silbido, con impasi-
ble autoridad y sin temor por Erasmo Escala, jefe del Ejército
Chileno.

De nuevo retumbó la artillería. El “Cochrane” dejó que las
corbetas castigaran orilla y acantilados para dirigir sus grana-
das incendiarias contra esos cincuenta mil quintales de salitre
que sirven de refugio a los aliados. Cuesta abajo ruedan boli-
vianos comprimidos a muerte por los cañonazos que la “O’Hi-
ggins” orienta hacia el terraplén del ferrocarril y sus vecinas
trincheras. Toneladas de tierra yerta removida por el bombar-
deo se desploman sepultando a la infantería boliviana. Gruesos
disparos rasantes trituraron parte de la estación. De norte a sur,
las nordenfeldt del enemigo escarbaban escondrijos. Cuando la
montaña de salitre almacenado crepitó con insoportable hedor y
cada palmo de Pisagua pareció aventado al aire por las explo-
siones, las lanchas se lanzaron por segunda vez al asalto.

Sólo el telégrafo seguía en pie, de rato en rato transmitien-
do mensajes de los generales.

BUENDIA A SUAREZ
ENEMIGO RECHAZADO
PERO COMBATE CONTINUA

El coronel Belisario Suárez colocó el último telegrama del
General bajo un tintero de bronce. Dos o tres veces el viento
arrastró papeles y mapas, así que el Jefe de Estado Mayor los
aprisionó con ceniceros, llaves y hasta con su revólver. Absorto

en los movimientos que debe ordenar y no ordena a los aliados, el coronel escucha a medias las deliberaciones del consejo de guerra. Intuye que todo el ejército expedicionario chileno ha embarcado en esa flota de dieciocho vapores que ataca Pisagua. El Jefe de Estado Mayor acaba de volver de una profunda incursión al sur. Seguido por 36 jinetes, exploró el desierto hasta encontrar avanzadas chilenas. Habían atravesado el Loa, ocupando posiciones vigilantes en territorio nacional, pero Suárez comprendió que por ahí no llegará la invasión. Controlando el océano, Chile podía ahorrar a sus batallones la extenuación de caminar hasta el Perú. Perseguido por la superior caballería enemiga, el coronel desplegó a su pequeña fuerza en guerrilla para presentar combate en tres oportunidades. Tomó nueve prisioneros, desmontó a ocho, capturó armas y caballos y volvió a Iquique sin haber perdido a ninguno de sus exploradores. Pero aunque ha reconocido el desierto hace dos semanas sin descubrir la actividad que precede a la marcha de grandes ejércitos, decidió ordenar al coronel Cáceres que redoblara la vigilancia al sur de Iquique. Establecido en Molle, el Batallón *Zepita* mantiene vigías en la cumbre del Monte Soledad y en la ruta de la pampa. Como si le hubiera adivinado el pensamiento al Jefe de Estado Mayor, se recibió un telegrama urgente: *Cáceres a Suárez. Preveo resultado del combate en Pisagua. En este momento mando seis oficiales dirección a Huantajaya y como este servicio veo que será de necesidad siempre, conviene que mande usted algunas bestias.* Alzó el tintero para archivar el mensaje frente a sus ojos. Ahora el General López de Lavalle, prefecto de Tarapacá, demanda explicaciones: ¿por qué no le han avisado que empezó la invasión? Suárez postergó todo disgusto para más tarde. Pronto los expedicionarios chilenos cortarán el desierto en dos.

—¡Enemigo a doscientos metros!

Las corbetas descargan artillería y ametralladoras protegiendo el avance de sus lanchas. A ratos hervía la ensenada. Recabarren miró detrás suyo. Aún no aparecen los soldados del *Victoria* pero el resto del *Independencia* ya se atrincheró en los acantilados y soporta el bombardeo descargando su rifletería contra los botes.

—Señor Becerra, si los volvemos a rechazar es probable que emprendan retirada. —Recabarren teme que una división enemiga ocupe la indefensa caleta Junín, al sur de Pisagua, para encerrarlos en esta bahía. Los chilenos se acercan en tres filas sucesivas, aproando a Playa Blanca y a Huaina Pisagua. Habrá que reforzar a los bolivianos. A gritos ordena que se muevan esos navales a la derecha pero nadie oyó al coronel y las cornetas siguieron tocando ataque. Revólver en mano, el jefe militar de la plaza tironeó a Nicanor González, arrastrando a un grupo de voluntarios hacia el norte, donde teme que los zapadores consigan desembarcar. Todavía corre a gachas cuando gritos de victoria saludan la confusión chilena. Contenidas por el tiroteo, títubearon las lanchas de vanguardia, volcó un bote a cuyos malheridos marineros arrastra el mar, retrocedió el resto a refugiarse al amparo de la escuadra. La segunda ofensiva había fracasado a ochenta metros de la orilla. Recabarren estudia la retirada por el antejo. Llegados junto a los buques, no sólo heridos abandonan los botes. Dos veces trizada por la fusilería de tierra, parece que la tropa no quiere volver al asalto de Pisagua.

—Observe usted, señor González —prestó su antejo al coronel de nacionales.

—Hum —casi sonrió Nicanor. A cintarazos obligan a algunos chilenos a quedarse en las lanchas.

—Habrá un tercer ataque —calculó el capitán de puerto—. ¡Cuidado!

Los oficiales se zambulleron en una zanja. Pesados proyectiles del “Cochrane” zumbaron encima suyo. En Punta Pichalo parpadeó el heliógrafo de los vigías nacionales.

ENEMIGO SE MUEVE AL SUR

El ayudante Mantilla descifró el mensaje. Más allá del incendio de Pisagua vio cuatro buques abandonando la bahía. Pero el resto de la flota no ha recogido sus botes. “Cochrane” y “O’Higgins” se aproximan a incendiar el depósito de carbón. Envuelto en un turbio aire envenenado por emanaciones de sali-

tre, también el General Buendía supo que han perdido. Los refuerzos tardarán un día en llegar. Antes habrá desembarcado una división chilena en caleta Junín, donde hay apenas veinte friolentos nacionales. Sin fuerza aliada que oponer, el enemigo ocupará sin demora las alturas de Pisagua. En el improvisado refugio que sirve de cuartel general, llamó a conferenciar a los jefes bolivianos.

Cuenta cinco, seis lanchas acercándose directamente a la playita frente a la estación del ferrocarril, recarga su chassepot reformado, con un ronquido absorbe el sucio aire de batalla, seca la palma de sus manos contra el uniforme. Otra vez la idea de la muerte acecha al teniente Loayza. Recuerda haber considerado todas las imaginables maneras de morir, a mitad de sueño o despeñado y también sumergido en líquidos salobres y quietos o violentos o tal vez succionado o desangrado a degüello o roto internamente, pero su imaginación se detenía en ese límite extremo no penetrado por memoria alguna que pudiera consultar. ¡Enemigo a ciento cincuenta metros! A veces se cree a sí mismo expuesto al tiempo en contra y sólo por ello en movimiento o piensa que la vida es apenas una situación y que la nada, nada es, y que la esencia y totalidad de Loayza existen bien a salvo de la apariencia de estar aquí en ayer o en mañana. Pero la muerte tan vulgar y cotidiana era a la vez asunto único y extremadamente personal y la posibilidad de que ese estado posterior no fuese de su agrado le provocaba espanto. ¡Enemigo a ochenta metros! Ningún color o luz o temperatura se le parece. No hay palabras que la expresen y la idea de la muerte se obstina en ocuparlo. ¡Corneta, ataque! Esta vez la fusilería no contuvo al adversario. Las corbetas ametrallan oblicuamente a nacionales y navales que cargan hacia la playa. Detrás de locomotoras y vagones o atrincherados en el terraplén de la línea férrea, los tiradores peruanos no consiguen afinar puntería. Casi sancochados por el incendio de la aduana, el viento arrastra hacia los defensores el irrespirable humazo del salitre en combustión. También el depósito de carbón, suficiente para alimentar ferrocarril y ciudad durante tres meses, ha sido inflamado a cañonazos. Loayza supo que tropas chilenas tomaban la playita al

frente. Rápidamente ciaban los lancheros para dar paso a otros botes cargados de zapadores. Veía al enemigo deformado por las alucinaciones del calor, ondulando aceitosamente hacia escondrijos en las peñas. Si los primeros que alcanzan Pisagua logran demorar el contraataque, por allí pronto embestirá toda una brigada chilena. ¿Qué hacemos, mi teniente? Moja sus labios con la lengua que principia a amoratarse. ¿Cuánto de uno verdaderamente muere con la muerte?

—¡A la carga! —se irguió Loayza.

Vamos, Godiño. Del lado de Playa Blanca, otras lanchas consiguen tomar tierra. La primera compañía del *Independencia* arremetió sin titubear contra los invasores. Por un instante protegida por el humo de los incendios, la avanzada del *Atacama* consiguió guarecerse entre las rocas. Convertida la ribera en territorio sin dueño, chilenos y bolivianos se fusilan a boca de jarro. Cuando Godiño y sus siete nacionales llegaron a Playa Blanca, el frente se había deshecho. Ya no es posible disparar de cerca a las lanchas que se aproximan con las expertas tropas del Regimiento *Buín* 1º de línea. Sólo la riflería parapetada en las alturas puede oponerse al desembarco. Abajo luchaban cuerpo a cuerpo. Chasquearon balas en busca de un teniente enemigo que subía rocas para clavar en alto su bandera. Godiño escuchó un estentóreo viva Chile y adivinó que había cumplido su propósito. Al otro lado de estas peñas debe haber doscientos soldados del *Atacama*. Siete nacionales y un cabo no bastan para impedir el principio del desastre así que atrás, nos vamos al terraplén. Hasta hoy han sido enemigos que veían pasar por alta mar o con quienes se combatía a la distancia. Chilenos sudados, con barbas crecidas durante cuatro días de viaje los embistieron por un costado. Godiño percibió olor de otra raza, axilas ca-brunas, aliento a pólvora con aguardiente. A ocho, cinco pasos intercambiaban disparos. No sabe Godiño cuántos vienen así, con la bayoneta por delante. Urruchi ni siquiera levantó su rifle. Le vieron una última mirada de perplejidad, como si recién entendiera que allí se estaba sólo para matar. El bayonetazo lo atravesó por debajo del esternón. Mientras alza su chassepot y apunta, Godiño registra los dientes que se muerden y la tensa

musculatura del chileno que revuelve filos hasta destripar a Urruchi. Toda esa ferocidad reventó en pulpa cuando el cabo apretó el gatillo. Urruchi y su descabezado enemigo se derrumbaron uno debajo del otro. A su espalda, Godiño escuchó ahora un gruñido. Trozos de peña golpeada por las balas hirieron su rostro. Lo enfureció el dolor. Ordaya y otros nacionales habían llegado en su auxilio. Al volverse, vio a dos jaurías acometiéndose. Todavía el mismo hombre y sin embargo carnicero, se habría sorprendido de la espantosa contracción de su rostro cuando estrelló la culata contra aquella cuchillada curvándose arriba abajo en busca suyo. Con soltura que nunca creyó posible durante cinco meses de ejercicios militares, hundió a su vez la bayoneta en un cuerpo cuyo crujido y agonía conoció por el estremecimiento que comunicaba el arma. Su enemigo se chorreó entre quejándose y odiándolo y el tranquilo amanuense Godiño le sacudió la bayoneta por el pecho antes de ver que las jaurías se apartaban entre fognazos. Ordaya arreó a unos bolivianos dispersos por el encontronazo. Desde lo alto, la riflería boliviana forzaba a los chilenos a ocultarse entre las rocas y el mar. Pronto retumbó la artillería naval despedazando acantilados y tiradores. Godiño contó a sus hombres: quedaban tres. Retrocedieron hacia la línea férrea. Antes de unirse a Ordaya, el cabo se despidió de esa orilla que chupa charcos de sangre y sobre la cual quedan veinte cadáveres. A las diez y media de esa mañana, Pedro Godiño conocía que estaban perdiendo.

Justamente cuando las cornetas del *Victoria* resonaron en lo alto de Pisagua y la tropa boliviana traída de refuerzo desde Hospicio inició su interminable carga cuesta abajo, un proyectil del "Cochrane" interrumpió el empinado avance del teniente Loayza. Antes de que lo hirieran esquirlas, el aire se endureció golpeándolo por dientes y pómulos. Tan oportuna concusión le impidió saber por dónde lo sajabán afilados trozos de acero. Pero el ataque de nacionales y navales no se detuvo y mientras los zapadores chilenos se reagrupan en la orilla y otras lanchas se acercan, alguien arrastró a Loayza a las ruinas de la estación.

—Llévenlo al hospital —Recabarren duda que el teniente se salve, otra vez alarga el antejo: cuarenta lanchas van y vie-

nen de los buques a Pisagua mientras de ahumados riscos caen bolivianos deshechos a cañonazos. El *Victoria* no llegará a la playa. Bombardeaban la cuesta obligando a los refuerzos a atrincherarse en la línea férrea. El enemigo ataca ahora con todos sus recursos. Recabarren decidió fusilar de flanco a los zapadores. ¡Señor González! El jefe de la Guardia Nacional se acercó. ¿Diga usted, señor? Reúna media compañía y váyase por detrás de la estación, ¿entiende? Desde ahí tendrán a los zapadores al descubierto. Buena suerte, señor González. Ah, si estuvieran aquí los rifleros del *Ayacucho* o la dura infantería del Batallón *Zepita*, pero Recabarren sabe que se le ha terminado la esperanza. Bajo los más abrigados escombros de Pisagua se amontonan heridos. Más de cien aliados muertos quedan regados en el abrupto frente de batalla. Menos de ochocientos defensores se mueven bajo el incesante bombardeo a cerrar brechas e impedir que sigan entrando chilenos. A las diez y cuarenta, Recabarren dejó la estación en busca del General Buendía.

Este desastre le pertenece, mi General. Sus hombres aún pueden combatir, en esta bahía morir en vano, pero el jefe del Ejército del Sur comprende que ya Pisagua se ha perdido. ¿Y quién perdió Pisagua? Juan Buendía, de visita casual desde la víspera. La urgencia de reunirse cuanto antes con los jefes de divisiones y el estado mayor tironeaba al viejo militar. Recabarren le ha prestado su mula baya y en Hospicio acaso aguardan locomotoras, hay vía libre al interior. Cuando Recabarren explicó que ya desembarcaron el *Buin*, el *Atacama* y la *Brigada de Zapadores* y que por el flanco derecho chilenos y bolivianos se enfrentan a la bayoneta y que en todo el curvo frente de Pisagua se fusilan los ejércitos a diez metros de distancia y que frescos regimientos de línea enemigos se acercan a la cabecera de playa y que es mejor que usted se vaya, mi General, Buendía meneó la cabeza despeinada y pidió al comandante que averiguara por telégrafo la posición de los refuerzos. En Iquique, en ese instante un piquete de soldados y un redoblante recorrían las calles dando a conocer un bando recién impreso.

EL CIUDADANO RAMON LOPEZ DE LAVALLE

*General de brigada de los ejércitos de la República
y prefecto de este departamento.*

Por cuanto:

Ha llegado el momento supremo en que todos los peruanos deben ponerse de pie para rechazar la invasión chilena, que cañonea a estas horas nuestras caletas vecinas forcejeando por apoderarse del territorio de la Patria.

Decreto:

1º En el término de doce horas, todos los ciudadanos mayores de dieciocho años y menores de sesenta, se presentarán al Estado Mayor General del Ejército con el objeto de tomar las armas para la defensa nacional;

2º Los que así no lo hicieren, serán severamente penados como traidores a la santa causa de la Patria.

Sobre el húmedo y ya maloliente montón de brazos y manos y amputados organismos peruanos o bolivianos, el cirujano Sandoval arrojó la pierna izquierda que durante veintinueve años soportó lealmente al teniente Víctor Loayza. Ahora tienen que serrucharlo por el codo derecho. Un cabo sanitario espanta grandes moscas verdinegras atraídas por treintiséis amputaciones practicadas esa mañana y que ahora prefieren pulular las heridas del oficial. Siseaba el incendio de salitre y los cirujanos deben controlar accesos de picante tos antes de hundir sus cuchillos en combatientes que agonizan. A ratos regresa Loayza a Pisagua y sus nubladas pupilas descubren un suelo rojo sorbido por las moscas. Pero el inabarcable dolor, su llaga total y esos chorros de aguardiente que le fuerzan entre los dientes lo devolvían a un sopor de muerte. Sandoval descansa mientras el cabo serrucha el hueso. Se había agotado el cloroformo una hora después de empezada la batalla.

Afuera empeora el desastre aliado. Tres regimientos, el *Buin* y el 2º y 4º de Línea, además de los *Zapadores* y del *Atacama*, empujan contra exhaustas líneas bolivianas y nacionales. En vano busca el cabo Godiño a sus compañeros. Hace un rato

se cruzó con Rendón que arrastraba una caja de municiones en auxilio del coronel González. Más allá divisó al sargento Ordaya y al cabo Orcón que no se despegan de don Nicanor en el frente sur. En los acantilados que los chilenos van capturando de flanco, aún se obstinan cornetas soplando ataque. Agotado por cinco horas de combate, el cabo Huamancusi trotaba por las ruinas detrás de Godiño. No quiere aceptar que es el único sobreviviente conocido de la primera compañía del *Independencia*. A las doce y cuarto los navales combatían con chilenos de línea que toman tierra por el muelle fiscal. Aún no descansa la artillería enemiga. Godiño encontró a Quincho sentado en la puerta del hospital en escombros.

—Mataron a mi capitán —explicó el zambo. Doscientos metros cargó el cadáver de José Vicente Rodríguez y para nada. Señaló al oficial depositado al aire libre.

Godiño expresó su pesar con una mueca de repugnancia. Entró luego al hospital donde cirujanos y sanitarios mojados en sangre siguen sajando y cosiendo en crudo. Contempla el barro sanguinolento por el que chapotean los médicos, y todas las amputaciones, sus bordes babeantes, sus llagas cubiertas por moscas tumultuosas, el doliente estupor de los recién operados. De pronto el de antes de la batalla, Godiño retrocedió sollozando.

—Mi cabo —habló Quincho—, ¿ese no es Buendía?

La visión del jefe del Ejército del Sur tranquilizó a Godiño. El General sabrá qué hacer. No lejos de allí atacaban ordenadamente los mil doscientos soldados del *Buin*. Acaban de confirmar al General que una división chilena desembarcó en caleta Junín. Esa fuerza avanzará a cortar el ferrocarril, encerrando sin remedio a los aliados en Pisagua. Explica Villamil que el *Independencia* ha sido aniquilado. Pronto su jefe de Estado Mayor, que permanece en Hospicio, no podrá enviar más municiones. No hay otra alternativa que retirarse. Recabarren aprobó las órdenes. Se reunirán en Hospicio o más allá, en San Roberto.

—¿Qué hacemos, mi comandante? —se le acercó Godiño.

—¿Y dónde está su compañía?

—No lo sé, señor. Venimos de Playa Blanca.

Las cornetas tocaban retirada.

El capitán de puerto y el coronel González no escucharon ese sonido. Hace un rato mandaban a medio centenar de rifleros intercambiando disparos con el flanco derecho del *Buin*. Casi a la una, mientras recarga su chassepot, el marino descubrió una bandera chilena en lo alto de Pisagua. Por el costado de Playa Blanca los invasores trepaban en gruesa columna desparramándose por arriba para liquidar a los aliados. Había perdido el anteojo durante el combate y el violento humo de los incendios le impidió reconocer durante un rato los movimientos de su propio ejército. Cambió entonces la dirección del viento y comprendió que hombre a hombre retroceden los aliados, a ratos ofreciendo combate a la bayoneta. No quedan con vida ni trescientos bolivianos en esas trincheras al fin desbordadas por las divisiones que atacan.

—¡Nicanor, retirada!

González parece ausente. El marino sacudió a su amigo que vaciaba el rifle contra la playa ocupada por los chilenos.

¡Hora de irse! Becerra largó un amargo salivazo. No ha probado agua desde el amanecer. Apenas once soldados sobreviven a su lado.

—¿Retirada? ¿hacia dónde? —al fin pregunta González.

Becerra señaló Punta Pichalo. La rodearán a saltos por los peñascos para subir del otro lado.

—¡Siganme! —gritó. Mira el sol calculando la hora. No tienen ya cartuchos ni agua. Una vez que suban las rocas, tendrán que cruzar el desierto y probablemente enfrentarse a patrullas enemigas.

Pica espuelas a la mulita prestada por el comandante Recabarren, trota sobre el desastre el General Buendía. Casi setecientos muertos y heridos marcharon al frente de Pisagua confiando en sus órdenes, mi General. Más de seis horas soportaron el cañoneo y el asalto y para qué, mi General. Los abiertos por la metralla preguntan respetuosamente cuándo se equivocó usted, mi General, si hoy o si hace varios meses, mientras escalonaba batallones para defender Tarapacá. Frena la bestia, se empina

en los estribos, mira la irremediable dispersión boliviana, avanza al trote, busca a quien ordenar que se agrupen, se siente observado por mujeres que llevan horas huyendo a pie con sus hijos sólo para sentir que la guerra persigue sus espaldas, mi General, y ahora dónde encontraremos refugio, una pizca de paz para llorar a los caídos. El General continúa su solitaria retirada, observando su sombra que el poniente alarga sobre la salitrosa costra de esa meseta.

El cabo sanitario no escuchó las instrucciones del cirujano y Sandoval levantó la mirada que casi no soporta esta carnicería. En la puerta del hospital aparecía un corpulento soldado del *Atacama*. Avanzó dos pasos apuntándolos con su *comblain* armado de una bayoneta todavía roja. A los pies del soldado se agitó un nacional con las piernas rotas por una ráfaga de *nordenfeldt*. Sin demora, el chileno lo traspasó de un bayonetazo. Sandoval dejó caer el bisturí. Afuera, la soldadesca remataba a los recién operados y a los heridos que esperan atención. Tan pronto el sanitario se incorporó a protestar, lo derribaron de un balazo en el rostro.

.Pisagua cambiaba de dueños.

A ratos Godiño atisba la pampa que se aleja mientras acompaña a Recabarren en el último recorrido por el campo de batalla. Observe usted, mi coronel. Debajo de ellos, la tropa victoriosa repasaba a la bayoneta a los heridos en las trincheras. Quincho no se contuvo. A sesenta metros tumbó de un disparo a un asesino. Tuvieron que arrastrarle lejos de cerradas descargas de fusilería que los persiguieron por la cuesta. Huamancusi gemía bajito comprobando el exterminio de su Batallón. Una compañía del *Victoria* resiste el asalto final del enemigo. Calcula Recabarren que cinco mil chilenos cargaban para arrasar finalmente a los aliados. Por última vez los contuvieron. Pasadas las dos de la tarde, también el comandante se despidió de Pisagua. Un puñado de nacionales y bolivianos lo rodeaba mientras retrocede a pausas, volviéndose a disparar desde cada agujero de esa pampa que no acaba de equilibrarse, que todavía sube áridamente.

BUENDIA A SUAREZ
ROPA, BOTAS, CHARRETERA, FAJA, CUANTO
TRAJE DE IQUIQUE SE HA PERDIDO EN
EL INCENDIO. SI CORRO MALA SUERTE, QUE
DANCOURT SE ENCARGUE DE MI EQUIPAJE
Y LO ENTREGUE COMO ESTA A MI FAMILIA.

El coronel Belisario Suárez parpadeó después de leer el último telegrama del jefe del Ejército del Sur. No lo archivó con el resto de mensajes llegados al Estado Mayor General durante esa jornada, sino que lo dobló en cuatro, guardándoselo en un bolsillo.

Renuncian ministros

Señor General Presidente del Consejo de Ministros.

Con la firme resolución de corresponder a premiosas exigencias que son bien notorias y por las gravísimas circunstancias que atraviesa la República, sacrificamos nuestras convicciones aceptando los ministerios de Estado que respectivamente nos fueron asignados.

Desgraciadamente nuestros primeros esfuerzos para llenar serios deberes han encontrado obstáculo insuperable en la resolución de US. de que no debe ser común la labor de donde se deriva la responsabilidad que juntos asumimos.

Es conveniente por lo tanto y la situación del país exige que S. E. el Presidente y US. queden en libertad de elegir otros consejeros, aceptando en consecuencia esta dimisión que presentamos a US. con el carácter de irrevocable.

Dios guarde a US.

Alejandro Arenas, Manuel Irigoyen, Ramón Ribeyro, Aurelio Denegri.

Se aceptan renunciias

Presidente del Consejo de Ministros

Lima, 31 de octubre de 1879

SS. Dr. D. Manuel Irigoyen, Ministro de Relaciones Exteriores; D. Alejandro Arenas, Ministro de Gobierno; D. Ramón Ribeyro, de Justicia; y D. Aurelio Denegri, de Hacienda.

He dado cuenta a S.E. el primer Vicepresidente de la República encargado del Poder Ejecutivo, de la dimisión colectiva que USS. se han servido hacer de las carteras que se les había confiado.

Examinada detenidamente por S.E. la única razón en que USS. apoyan su procedimiento, la encuentra inexacta en el modo como ha sido formulada. La común labor de los miembros de un gabinete no significa la invasión de atribuciones supremas o extrañas al ramo correspondiente.

La ley detalla la manera como deben manejarse los diversos asuntos de la administración pública y de consiguiente no se puede ni se debe salir de los límites que ella prescribe, sin establecer una confusión que perjudicaría en gran manera los intereses nacionales.

En virtud de estas razones S.E. ha tenido a bien aceptar la renuncia colectiva de USS., lo que me es honroso poner en su conocimiento.

Dios guarde a USS.

Manuel G. de La Coterá

El regreso de Quimper

Una vez desarmado el breve gabinete que presidía el General La Coterá, se creyó al Gobierno hundido en una crisis sin remedio y los amigos escribieron urgentemente a Su Excelen-

cia pidiéndole que volviera ahora mismo de Arica. Los diarios limeños acababan de elogiar a señores ministros que en veinticuatro horas se marchan con una violenta renuncia colectiva. Se sabe que a propuesta del señor Ribeyro e igual que en 1866 durante el conflicto con España, los señores ministros pedían que toda decisión vinculada a la guerra y a la organización del ejército y defensa de Lima fuese tomada en sesión del Consejo. Estaban dispuestos a reunirse mañana y tarde, también a trabajar de noche por la salvación de la Patria. La Cotería los mandó a pasear. Ha llamado a militares de carrera, oficiales entrenados en Europa, a los jóvenes egresados de la Academia, a ingenieros y científicos para emprender la indispensable reorganización del segundo ejército. Dispone de noventa días para modernizar ocho batallones que le piden desde el cuartel general de Arica. La postergación de oficiales ascendidos a mérito de montonera o gracias a turbios favores políticos ya es suficiente dolor de cabeza para el vehemente Ministro de Guerra. Y no está dispuesto a perder tiempo explicando además a tres juristas y a un banquero por qué el rifle peabody es superior al comblain y supeditando decisiones castrenses al voto de profanos. Pero la renuncia de tan importantes caballeros removió el descontento de la opinión pública. Los poderosos civilistas rompieron con el Vicepresidente La Puerta, cuyos actos de gobierno calificaban abiertamente de chocheos. Que vuelva Prado y que ese viejo imbécil desaparezca del palacio.

Doscientos caballeros desagraviaron a las cuatro ultrajadas señorías en el Hotel Americano, que monopoliza banquetes patrióticos antes por lo común servidos en el Maury propiedad del chileno Lecaros. Entre suaves esponjosos erizos bañados con mantequilla negra y tiernos *profiteroles* rellenos por un puré de crustáceos, preguntan quién mierda se cree ese generalito ministro de guerra que ha maltratado nada menos que al doctor Irigoyen. Y bastardo, además. El señor Aspíllaga chasquea un sorbo de *Château Grillet* que ha elegido para mojar la apertura del desagravio y su hermano Aspíllaga aprueba, *tres délicat, brillant, soyeux*, compartiendo fraternalmente su afición por las viñas del Ródano. Bastardo, claro que sí, debiera conocersele

como General González a secas. Espárragos a la Pompadour sosegaron el tránsito a un vigoroso ganso *aux olives*, sostenido por frecuentes ingurgitaciones de ese espléndido *Puligny-Montrachet* acabado de importar por Kant y Compañía y del que se desprenden dorados destellos mientras empiezan los brindis. Sí, caballeros, porque el anciano lechuza cambie de residencia, porque las generaciones futuras jamás olviden la patriótica integridad de nuestros agasajados, por la victoria que merece la justicia de nuestra causa. Con los *rognons sautés à la bordelaise* descorcharon un esperado *Mercurey* de 1870 que arrancó un murmullo de felicitación a los hermanos Aspíllaga, integrantes de la comisión organizadora. *Hum, jolie couleur, finesse*. Verdaderamente *séducteur*. Muy bien, a ver que hacía ahora ese viejo de mierda, ninguna persona decente está dispuesta a aceptar cartera a menos que los Civilistas asuman amplio control del gabinete. Ya es tiempo de corregir la prepotente torpeza del gotoso señor La Puerta. ¡Zapatero a tus zapatos! Un sávido, jugoso *chateaubriand* flanqueado por la salsa bearnesa instantánea que se obtiene gracias al novedoso extracto vegetal *Védy*, coronó el banquete. Elevados por emanaciones de un grueso *Saint-Denis* cosechado en 1874, justamente cuando el país suspendía sus pagos de la deuda exterior, los comensales exigieron algo más que un brindis amable. Antes del *sabayón glacé* con frutas confitadas al kirsch que se derrama sobre un cremoso helado de vainilla, el doctor Irigoyen agradeció, a nombre de renunciantes colegas del Consejo de Ministros, tan cariñosa expresión de sus amigos. Creía un deber recordar que dentro de tres meses empezará la campaña electoral. En 1880, señores, los peruanos cambiaremos Presidente de la República. Y, quién lo duda, el poder será entonces asumido totalmente por los Civilistas, es decir, nosotros. Hasta que llegue ese día, caballeros, el actual gobierno ha de corregir recientes y graves errores políticos o asumir la terrible responsabilidad de mantenerse como hoy, en temeraria soledad mientras un poderoso enemigo persiste en conquistarnos.

No lejos de tan fervoroso banquete, el abogado Quimper tragó un bocado de *Knoblauch Würstel* con pan de centeno y perversa mostaza de Dijon. Cerveza bien fría lavó su paladar

impregnado del fuerte sabor a ajo del salchichón alemán. Como todas las noches entre diez y once, merendaba fiambres y diversos encurtidos. No tendrá sueño hasta llegada medianoche y seis horas de descanso le bastan para mañana estar de pie, dispuesto a emprender cualquier empresa. Agitó una campanilla de plata. El mayordomo Alcides apareció con la caja de *Bismarcks* y fósforos. Químpfer tomó un habano para encenderlo con movimientos rituales mientras Alcides retiraba el servicio. Aspiraba la primera bocanada de tabaco cuando cuatro aldabonazos anunciaron visita. Esperó sin moverse.

—Lo busca un edecán de Su Excelencia, doctor —volvió el mayordomo.

—Mi levita, Alcides, y una bufanda —açometían los fríos de San Andrés y Químpfer prefiere abrigarse. Muy bien: otra vez será ministro. Su viejo amigo La Puerta lo llamaba en los peores momentos. Mientras cambia el batín casero por la levita de calle, bebió un vaso de agua de seltz. En el recibidor aguardaba un comandante con cordones de edecán.

—Muy buenas noches, doctor Químpfer, Su Excelencia me encarga saludarlo y a la vez pedir que vaya de inmediato al palacio.

—Después de usted, comandante —Químpfer recoge bastón y sombrero, sale detrás del edecán hacia el carruaje que espera. Parece que el gobierno se hubiera vuelto loco. Una semana antes de ofrecer el Ministerio de Hacienda a don Aurelio Denegri, Su Excelencia pidió a Nicolás Fernández Villena, que prefiere llamarse Nicolás de Piérola, la formación de un gabinete. Toda la ciudad sabe que Piérola ignoró el compromiso de asumir la cartera de Hacienda y que al presentar a La Puerta la lista de nuevos ministros, se había reservado la cartera de Guerra y Marina. Porfiado conductor de montoneras y activo conspirador en los campamentos de la actual reserva limeña, Piérola se convertía así en virtual dueño del gobierno. Dicen que La Puerta lo despidió con un helado comentario: antes de entregar a usted el mando del ejército, prefiero dárselo al más humilde teniente de carrera. Químpfer no ignora que Su Excelencia está en graves aprietos, acosado por las confabulaciones del incorregible ambi-

cioso señor Piérola y la definitiva hostilidad del influyente Partido Civil. Los reveses en la guerra y el desgobierno hacendario irritan al populacho. Y el Vicepresidente parecía al garete: en dos semanas saltaba de Piérola al conservador Denegri y al liberal doctor Químper.

El anciano General cusqueño lo recibió con toda franqueza: es usted mi última carta, doctor. El Congreso Ordinario que lo había censurado, acaba de entrar en receso. Podrá desarrollar su plan hacendario sin que nadie lo estorbe. Contempla al hinchado mandatario, cuyas manos deformadas por incesantes ataques de gota no sirven ya ni para firmar decretos, pregunta si habría otorgado idéntica libertad a Piérola y si resulta razonable que el Gobierno transite de un extremo hacendario a otro en cuestión de días o si tan contradictorios nombramientos no revelan un caos que hará imposible la gestión de cualquier ministro. Los ojos de La Puerta expresaron que el país se hunde. Químper paseó el despacho de Su Excelencia. ¡Piérola! ¿Se da usted cuenta, General, que Piérola y yo somos como blanco y negro, como aceite y agua, exactamente personas contrarias en sus ideas y acciones? Ahí estaba el ex-seminarista Piérola en el origen de todas las desgracias financieras del país. Había impuesto el Contrato Dreyfus pasando encima de una sentencia en contra de la Corte Suprema y apoyándose en toda la violencia personal del entonces presidente Balta, que castigaba a fuetazos y a silletazos a sus opositores y hasta a sus propios ministros. ¿Es que queda alguien en el país que ignore la sociedad establecida entre Piérola al asumir el Ministerio de Hacienda y el oscuro judío Augusto Dreyfus, el mismo que con su hermano León llegó al Perú a poner un mediocre bazar vecino al correo? ¿Hay alguien que no sepa como Piérola vendió 70 millones de soles de guano a la fantasmal Casa Dreyfus de París, cuando pudo celebrar mejores contratos con los Rostchild o el Crédit Industriel y con solventes banqueros de Throgmorton Street o con fuertes empresarios de Amsterdam o Berlín? Porque Dreyfus compró dos millones de toneladas de guano al te tengo, verdaderamente al fiado, a pagar en ridículas mensualidades de 700,000 soles y, dueño del monopolio, cuando ya había rápidamente revendido

fertilizante por valor de 35 millones de soles en Europa, el deudor Dreyfus se dio el lujo de prestar doce millones al Perú representado por su amigo Piérola, doce millones en verdad peruanos por los que este estúpido país pagaba intereses, primas y crecidos descuentos. ¡Piérola, carajo! Una vez que convirtió a Augusto Dreyfus en uno de los más poderosos comerciantes de París, le contrató un empréstito por 60 millones de soles y luego otro por 75 millones y antes de que los hermanos Gutiérrez hicieran fusilar a Balta, hubo todavía un tercer empréstito por 184 millones y todo ese dinero se hundió en los inconclusos ferrocarriles de mister Meiggs, que costaban cuatro y cinco veces su valor real, o se evaporó en comisiones, intereses, gastos bancarios, sobornos y derroches al extremo de que también hubo de hipotecarse las rentas interiores, quedando el país más rico de Sudamérica en completa bancarrota. ¡Piérola! Sólo en la venta del guano hizo ganar a Dreyfus más de cien millones de francos. Antes de la gestión hacendaria de Piérola, el guano producía cuatro millones de libras esterlinas anuales al país cuya deuda externa se servía con un millón. Después de Piérola, el servicio de la deuda se acercaba a tres millones de esterlinas anuales y todo el guano pertenecía a Dreyfus. Paseando arriba abajo el despacho presidencial Quimper recuerda la promesa de Piérola: convertir guano en ferrocarriles. Los empréstitos con Dreyfus acabaron por absorber la renta nacional y ahora no hay guano ni ferrocarriles terminados. En 1876 ya Dreyfus se había llevado más de dos millones de toneladas de guano. Se le probó una yapa de casi treinta por ciento. ¿No se demostró con tablemente que había robado al Perú cuatro millones de esterlinas? Y cuando osaron cobrarle, ¿no replicó financiando y armando revoluciones con Piérola a la vez que esparciendo por Europa la noticia de que el guano se había agotado, tumbando así el crédito peruano en el extranjero? También Dreyfus trampeó con guanos de inferior calidad que, manipulados con ácido sulfúrico según el sistema Ohlendorff, se vendieron de trece a quince libras esterlinas la tonelada y no a cinco o seis como informó al Perú. ¿A cuánto cree Su Excelencia que asciende la estafa de Dreyfus? ¿A medio millón, tal vez a cuatro millones que en

vano se le pretende cobrar? ¿acaso a veinticinco millones como calculan los más exigentes? Y a Dreyfus había entregado Piérola no sólo el guano sino derechos del Estado, en representación y como apoderado del Perú, con omnímodas facultades para endeudar a los peruanos y con cláusula secreta para cobrar lo suyo por adelantado. Y a Dreyfus lo seguía defendiendo ahora en el diario "La Patria", al sostener que su amigo es acreedor y no deudor como ha sido demostrado por imparciales peritos extranjeros. ¿O no afirma Piérola desfachatadamente que encima de haberle obsequiado nuestro guano, todavía debemos más de cuatro millones de esterlinas a la Casa Dreyfus? La verdad que no lo entiendo, Excelencia. Piérola, Denegri, Químper... ¿cualquiera daba lo mismo?

A las dos de la mañana del primero de noviembre, José María Químper aceptó desempeñar el cargo de Ministro de Hacienda en un gabinete presidido por el General Manuel G. de la Coterá.

A las cinco de la tarde del día siguiente, La Puerta contempló la preocupada faz de los ministros a los que acaba de tomar juramento: don Buenaventura Elguera en Gobierno, el experimentado conservador Rafael Velarde en Relaciones Exteriores, don Rafael Quiroga en Justicia e Instrucción. Y La Coterá y Químper. En alta voz Su Excelencia leyó el último telegrama dirigido por el General Prado. Los chilenos ocuparon Pisagua. Buendía se retiró a San Roberto. Mucha mortandad. Nada más informa el Supremo Director: mucha mortandad. La invasión ha comenzado, pronto todo el Perú se convertirá en campo de batalla.

—Ordene usted el alistamiento de todos los varones en edad de combatir —se oyó a La Puerta—. Mucho temo, señorías, que acabaremos combatiendo en las calles de Lima.

—Sobra gente y faltan armas —La Coterá llegó el domingo 2 de noviembre a palacio luego de inspeccionar el parque del Ejército. No alcanzan los rifles nuevos para armar cuatro batallones.

—Se ha pedido de todo al extranjero y nada llega al Ca-

lao —se revuelve el Vicepresidente en su sillón. A todas sus preguntas, los funcionarios respondían con evasivas.

—No me extraña, Excelencia, me parece de lo más normal. Lo raro sería que hubiese llegado el armamento pedido por el Gobierno —la voz de Quimper helaba ese salón en penumbra—. Y es que no basta encargarlo. Tenemos que pagar. He revisado los archivos de mi portafolio y también los del Ministerio de Guerra. Están llenos de documentos que comprueban haberse hecho todo género de encargos y haberse expedido toda clase de órdenes para la adquisición de elementos de guerra marítimos y terrestres. Pero todo se ha hecho al descubierto, señorías. Mandamos construir cañones y blindados, pedimos rifles y municiones y sin embargo no se ha girado una libra esterlina a los fabricantes. Si no tuviésemos a los chilenos metidos en Tarapacá, sería cosa de dar risa. Las comunicaciones con nuestros agentes en el extranjero son un modelo de patriotismo. Pero no hemos chancado ni un sol en plata. Tan vacías están las cajas de quien da las órdenes como de quienes deben cumplirlas.

—¿No es posible! —casi protestó Elguera—. La ley reservada del 16 de octubre autorizó ocho millones de soles para comprar buques y otros cuatro para mejorar el cambio. ¿Por qué no se ha usado esa fortuna?

—Papel, señoría, puro papel emitido por un país en trance de perder —Quimper sonrió amargamente. Después de haberse opuesto a una gran emisión de papel moneda, a su regreso al Ministerio encontró una montaña de billetes a su disposición—. Para invertir esos fondos en armas, primero hay que convertirlos en esterlinas o dólares o francos o en plata. Y antes hay que mejorar efectivamente el cambio. Si lanzamos todo ese papel a la circulación, seguramente se desplomará el valor del sol.

—¿No tenemos crédito como país? —se angustió el canciller Velarde. Aún cree posible la intervención de Argentina en esta guerra.

—No, por supuesto que no...

Quimper cambió miradas con La Puerta que lo animó a continuar.

—...en cambio Chile tiene a su disposición todo el salitre boliviano para financiar su conquista. Y además...

El Ministro de Hacienda suspiró recordando la ciega confianza de muchos peruanos en la buena voluntad de Su Majestad Victoria.

—¿Además qué, doctor Químper? —se impacientó Elguera.

—...además del ya muy evidente apoyo británico a la conquista chilena de Tarapacá. Pueden ustedes señorías no estar de acuerdo conmigo, pero existe información confidencial de que el enemigo ha obtenido un crédito por un millón de esterlinas para compras militares en Inglaterra. Los capitalistas de Londres ofrecieron a Santiago una bolsa de cinco millones tan pronto perdimos al “Huáscar”. Lo sorprendente es que Chile sólo necesita la quinta parte para continuar la guerra.

—¿Cuántas esterlinas puede usar el Perú de inmediato?

—Entre letras en poder del Gobierno, fondos en Europa, plata sellada y en pasta depositada en los bancos, hum, veamos... ni treinta mil, señoría.

—El vapor “Maranhense” llegó a Valparaíso con pertrechos y armas importantes —dijo La Coterá—. Parece que desembarcó las nuevas ametralladoras de montaña Hotchkiss. Son francamente superiores a las Gatling.

—¿Y cuáles son nuestras necesidades inmediatas en concepto de su señoría? —intervino el taciturno Ministro Quiroga.

—Cincuenta mil rifles para empezar —el General La Coterá pensaba en grande: no sólo hay que resistir la invasión sino también enviar a los chilenos de regreso a su vieja frontera detrás del Paposó. Ni La Puerta ni Químper se inmutaron—. Cincuenta mil rifles y su correspondiente munición: como veinticinco millones de cartuchos. Por lo menos doscientos cañones de campaña. Artillería de costa para reforzar la defensa de Lima. Y, por supuesto, uno o dos acorazados, scouts, cañoneras blindadas, torpederas, cruceros y transportes. Y ametralladoras, bombas de mano, caballos. Hasta brújulas, largavistas y cantimploras. Francamente necesitamos todo...

Un rápido desaliento se le filtró por la voz.

—...y hemos perdido siete meses. Cualquiera día la escuadra chilena puede bloquear el Callao.

—Daremos unos días al señor Ministro de Hacienda para que proyecte un nuevo plan de emergencia —carraspea, da por concluída la sesión el Vicepresidente La Puerta. Despidió a todos menos a La Coteria y a Químper.

—¿Y cómo encontró el ministerio, doctor?

—Como de costumbre, sin fondos —aunque era domingo, Químper ya puso en movimiento a sus antiguos subalternos. Al Ministro le agradó comprobar que los secretarios recordaban su afición por el café fuerte y los lápices bien afilados. No perdió su buen humor después del primer examen de la caja fiscal. Sus dos inmediatos predecesores se han sobregirado en 1.150.000 soles, hipotecando en igual cantidad los ingresos de noviembre. Ahora Químper clavó su mirada en el Vicepresidente—: ¿En qué estado se encuentra la negociación con el *Crédit Industriel*?

—Bien, muy bien —La Puerta señaló una botella de cristal y unas copas—. Me lo han prohibido terminantemente pero creo que los médicos se equivocan. Hace cinco meses que no pruebo una gota de vino y ya usted ve, mi amigo, los ataques empeoran. General, ¿quiere servirme media ración de jerez?

—Encantado, mi General.

—Que sea entonces una ración completa —volvió a mirar a Químper—. Canevaro es algo caprichoso, hay que llamarlo al orden aunque sea segundo Vicepresidente, ¿no? Volviendo al *Crédit Industriel*, como usted sabe, doctor, se trata de un convenio en el que intervienen los tenedores de bonos peruanos. Hay grandes dificultades para celebrarlo y usted tiene que allanarlas cuanto antes. Ofrecen un adelanto de ochocientas mil esterlinas pero creo que podemos obtener un millón redondo.

—¿Pensó usted que el señor Piérola estaría de acuerdo con sustituir a Dreyfus por el *Crédit Industriel*, Excelencia?

La Puerta guardó silencio. Mojaba sus labios en jerez.

—Seguramente hará todo lo posible por impedir el arreglo —insistió Químper—. Solicito de ustedes la máxima reserva. En cuanto a Piérola, no hay que tenerlo en el gobierno sino bien vigilado.

—De eso me encargo yo —se oscurece La Cotera.

—Hablemos de la hacienda nacional —La Puerta paladeó el jerez prohibido.

—Me parece tener una idea bastante ajustada de la situación. Somos dueños de doce millones en billetes. Y todos los meses contamos con dos millones para sostener el presupuesto. Claro, es papel moneda. Mi preocupación es mejorar su valor frente a la esterlina. Sin embargo estoy maniatado por las leyes que expidió el Congreso a última hora, Excelencia.

—¿Y cuáles son?

—La que ordena el pago en billetes de los derechos de aduana, la que permite la libre exportación de la plata, la que ordena el pago de créditos atrasados anteriores a la guerra, la que ha impuesto a la exportación de azúcar un derecho ridículo, la que restableció el servicio de amortización de la deuda interna consolidada...

—Basta, basta. ¿Y qué propone usted?

—Reservarlas.

La Puerta dudó. Reservarlas, ignorarlas, archivarlas, no darles cumplimiento.

—Eso significa cagarse en el Congreso, doctor —sonrió el Vicepresidente.

—Es un modo de decirlo —también Químper reía. Luego ofreció asumir la responsabilidad—: Pueden quedar sin el cumplimiento en mi despacho.

—Muy bien —dijo La Puerta—, se hará como usted desea.

La Cotera acompañó a Químper hasta la puerta del Ministerio de Hacienda. En silencio observan una Lima amoratada y confusa. El abogado se distrae calculando la resistencia que encontrará su acción ministerial. Porque los mismos adversarios del Congreso se movían en bancos y empresas y en haciendas azucareras. No ha cambiado la actitud de muchos poderosos pese a la pérdida del "Huáscar" y seguramente seguirán oponiéndose a nuevos impuestos y a la intervención estatal en el manejo de las exportaciones. ¿Cómo íbamos a perder la guerra habiendo sido toda la vida un país mucho más importante que Chile? No ignora Químper que los mismos intereses que se le

opusieron en el Congreso, han estado presentes en el gabinete recién renunciado. Su predecesor es hombre fuerte en el Banco Garantizador y en el Banco de la Providencia, donde es socio de Francisco García Calderón que comandó el rechazo parlamentario al primer plan de emergencia de Químper y que estuvo vinculado a la Compañía de Obras Públicas de Meiggs, a su vez socio del Banco Nacional del Perú controlado por los agentes y testaferros de Dreyfus quien también es promotor o acaso accionista del diario "La Patria" que pasa por ser de Nicolás de Piérola, caudillo y conspirador que sólo pide dinero prestado al Banco Nacional, del que es socio Dionisio Derteano, a su vez socio en Lambayeque del influyente civilista Manuel Candamo, a su vez socio en París de Juan Calderoni, consignatario de guano asociado en varios negocios al Vicepresidente Canevaro, también socio de Candamo en Europa y de García Calderón en el asunto del salitre, aparte de la Compañía Sudamericana de Seguros en la que Candamo está vinculado a Alejandro Ruden, a su vez socio de José Vicente Oyague en la Compañía del Gas y del mismo Candamo en el Banco del Perú fuertemente interesado en el negocio del azúcar y, por supuesto, en los quehaceres de importación y exportación, y más que menos vinculado a la exportación de plata, lanas y otros bienes que tutelan casas comerciales inglesas, francesas y norteamericanas también establecidas en Chile y de ningún modo ajenas a los tesoros del litoral de Bolivia y del Perú por cuya explotación se ha declarado esta guerra.

Aunque es domingo y hora de cenar, esperaban al doctor Químper en el Ministerio. Además de corregir una avalancha de decretos, quería estudiar los efectos de la especulación en el precio de la plata. Mientras los chilenos desembarcaban en Tarapacá, en Lima hay prestamistas y cambistas con suficiente poder para tumbar el sol. A medida que se precipitan los reveses militares del Perú, especulan con creciente audacia y Químper sabe que sus operaciones no son desconocidas por exportadores de plata y azúcar, que les venden parte de sus girós y letras contra Europa pronto revendidos con exorbitante ganancia a importadores y al mediano comercio y, en fin, a cuantos desean

poner su hacienda en confiables cofres bancarios de París, Zurich, Londres o Liechstestein. El Ministro no se engaña: Joseph y Jacoby, Wallach, Freinmann, Ullmann y Lindow entre otros, han hecho lo posible para que la plata se cotice al 170 por ciento. De ahí la desesperación de los comerciantes por modificar una antigua disposición de Quimper y cancelar sus derechos aduaneros en papel moneda. Después de una larga discusión con sus asesores, esa noche el Ministro decidió controlar el cambio en las aduanas, fijándolo en 140 por ciento, y dispuso vender cuanta plata sellada fuese necesaria para satisfacer la demanda de los importadores. Antes de usar la montaña de billetes que había tenido a bien dejarle el Congreso en las arcas fiscales, Quimper se proponía aumentarles su valor. Después compraría todas las libras esterlinas que se pusieran a su alcance.

Después de la matanza

Al romper la mañana, el coronel Nicanor González descubrió que no estaban solos en la cuesta del Arenal. Dispersos derrotados rebaños avanzan de espaldas al mar. Atrás humeaba todavía el incendio de Pisagua. Seguramente los chilenos detuvieron su avance en la estación de Hospicio, cuyos distantes edificios veía arder bajo la opalina luz con que comienza el 3 de noviembre. González teme que en cualquier momento aparezca la caballería enemiga a liquidarlos y con hablar estropajoso arreó a exhaustos compañeros. Buendía y los refuerzos aliados han de hallarse en la estación de San Roberto, más allá de esta cuesta, a unos ocho kilómetros de distancia. Veinticuatro horas sin agua y sin paz doblaban a sus nacionales. Al amanecer quedan cinco de once soldados que siguieron al coronel y

al capitán de puerto por los arrecifes de Punta Pichalo. Tiroteados por los rifleros del *Buin*, después ametrallados desde una lancha enemiga, tardaron toda la tarde en esconderse al otro lado de las rocas de Pisagua y casi seis horas en trepar el acantilado cuando cayó la noche. Como si ahora se le inflara la lengua hasta comprimir un paladar áspero, grueso como un trozo de cuero, el coronel no conseguía proferir sonidos inteligentes. Creyó que se ahogaría. Rendón lo oyó respirar con un ronquido, escarbó un buen trecho de cuesta hasta dar con un guijarro y obligó a González a metérselo en la boca. Parecía un delicioso cristal de hielo. Chorros de súbita saliva mojaron la garganta del coronel. Chupando el guijarro consiguió preguntar cuanto falta para llegar al próximo ojo de agua.

—Como todo el día, don Nicanor —calculó el sargento.

—¡Vengan, vengan! —gritaba el comandante Becerra a dispersos fugitivos—. ¡Somos peruanos!

Nadie le prestó atención. Se hunden en pozos de polvo, caen deshechos, empujan arriba sus cuerpos que no dan más. Desde la cuesta del Arenal puede verse el mar de Pisagua, los humos de la escuadra enemiga. Detrás de ellos avanza un ejército al que no le interesa tomar prisioneros o cuidar heridos ajenos. Los fugitivos arrojan rifles, frazadas, fornituras. González casi ordenó recoger las armas abandonadas. Un vistazo a la lamentable condición de su minúscula tropa selló sus labios. A él mismo le cuesta conservar el pesado chassepot ya sin municiones. Escapando a saltos por Punta Pichalo, sólo González y Rendón salvaron sus armas. Este rifle parece un enorme pedazo de plomo puesto en su espalda.

A las siete de la mañana calculó que no han cubierto la mitad del camino a San Roberto y dudó de sus fuerzas.

En lo alto de la cuesta, el cabo Godiño administró una austera ración de agua entre los refugiados a su cargo. Con bayoneta calada, Quincho cuidaba el único odre que pudieron llevar consigo desde la estación de Hospicio. Hasta aquí han empujado esos veinte litros de agua como si fueran un valioso cuerpo herido. Habían andado toda la noche, guiados por la línea fé-

rra. Por última vez intercambiaron disparos con la vanguardia chilena en la estación de Hospicio. Dejaron treinta heridos en una ambulancia a cargo de un canónigo arequipeño y luego de meter candela a los almacenes del ferrocarril, el comandante Recabarren ordenó seguir a marcha forzada hacia el nuevo cuartel general en San Roberto, a diez millas de distancia. Atravesando el Arenal, Godiño ya no sabe si es Godiño, un reciente tumulto de emociones a muerte vuelve por su pecho y el cabo-amanuense tropieza con rieles, se enreda en la cuesta sintiendo que una negra corpulencia le respira en las orejas. Nada más que noche y densa camanchaca pueden verse en esta marcha a tientas y sin embargo los mutilados y los caídos de Pisagua no se apartan de sus ojos, ni se diluye el temblor propagado desde la bayoneta al rifle y a todo su cuerpo cuando abrió por el vientre a ese soldado del *Atacama*. En Hospicio, Recabarren pasó lista a los peruanos. Doscientos exactos entraron al combate. Faltaban ciento ochenta y cuatro. Irán apareciendo, seguro. Godiño salió de Pisagua apenas rasguñado, no ha de tener tanta buena suerte toda la vida. Porque no basta haber combatido una vez. La guerra está en todas partes, ocupando la amplitud del tiempo que Godiño tiene por delante. También el cabo-amanuense se detuvo oyendo sollozos en la oscuridad mientras se retiraban de Hospicio. Recabarren adivinaba de donde parten tan inconsolables gemidos. Es una criatura, mi comandante. Así parece, cabo. No tenían linterna, ni brújula, ni siquiera un trozo de cuerda. Si se separan de los rieles corren peligro de extraviarse en la camanchaca y dar vueltas hasta la mañana siguiente. Otra vez lloraban. Voy a mirar, mi comandante. La verdad, esa vocecita en medio del Arenal les partía el corazón. Me parece que es por aquí y recto, cabo. Hablaban pegados unos a otros para no perderse. Con familiaridad de paisano, Godiño palmeó al jefe militar de Pisagua antes de meterse en la tiniebla. Como a la hora de la batalla, otro Godiño seguro de sí mismo, alerta y suficiente mandaba en su persona. Cada tres pasos se detiene a escuchar y entonces separa sus propios ruidos del silencio que repasa hasta el próximo llanto. Pisaba como

quien llega a una emboscada. ¡Godiño! No replicó. A su izquierda ahora, no muy lejos. ¿Son peruanos? Redobló el llanto pero otra voz pequeña contestó péruanos, somos peruanos. ¡Godiño, contesta! Muy bien, niños, sigan hablando para saber donde se encuentran. ¡Ya voy, mi Comandante, espéreme! Negro arriba, a sus costados, costra de oscuridad bajo sus botines, salobre tiniebla llegándole al paladar. Abanicó la noche con las manos como si así la pudiese aclarar. Dos, tres pasos. El cabo-amanuense recogió un pequeño cuerpo aterido. Hola, soy el cabo Godiño, de la Guardia Nacional. Una sombra de siete años se le aferró al pantalón. ¡Señor Godiño, señor Godiño! Al cabo se le anudó la voz. ¿Quién eres? Soy Fico, señor Godiño. ¿Fico? ¿el hijo de Martínez que trabaja en el correo? Sí, señor Godiño. ¿Y tú papá? ¿dónde está tu mamá? El niño lloraba. ¡Godiño, apúrese! Ya voy, mi comandante. Entre hipos explica el niño que había otros por aquí y que la noche, que no había agua, que sus papás no están, que no tienen abrigo. Otra criatura se le abraza al cuello y parece quemarlo con su fiebre, muy bien Fico, ahora cálmate y no te separes de mí, dime, quién es este bebito. ¿No sabes? Bueno, no importa. Esperó a que gritaran su nombre desde los rieles y a intervalos guiado por las voces, con el hijo del cartero prendido de sus piernas y la criatura como desmayada contra su pecho, avanzó despacio en busca de la línea férrea. Lo felicito, Godiño. El comandante palpó la cabeza afiebrada, démosle agua, pobre peruanito perdido por un mundo en guerra. Al menos saciaban su sed y abrigado con andrajosas chaquetas de nacionales, a lomo de cansados y magullados voluntarios, los pequeños fugitivos pronto quedaron dormidos. A las tres de la mañana Recabarren ordenó el alto. Aquí acaba la cuesta del Arenal. Después de cruzar una quebrada, dos abruptos kilómetros de sierra conducen a San Roberto. El comandante eligió a los mejores hombres y siguió en busca de Juan Buendía. Godiño, Quincho, tres navales y dos bolivianos quedaron en el Arenal para orientar a las tropas dispersas y reunir a los civiles de Pisagua que esa noche se hubieran extraviado en la cuesta. Un rato Godiño consiguió dormir.

La tierra se mullía en derredor de su cuerpo, más que como lecho a semejanza de un regazo, y durante un breve y turbulento sueño que después no recordó, fue informado que el Arenal le era propicio, igual que esos cerros y que el quemado Tamarugal. Despertó porque lloraba la criatura enferma, no por la lechosa luz que caía sobre la pampa. Entonces reconoció al hijo de Martínez y prestó torpe atención al enfermo. Tendrá seis meses o nueve, vaya uno a saber señor Godiño, tampoco Quincho tenía hijos. Sin decir palabra, el cabo Huamancusi pegó una oreja al cuerpito. Miraba en derredor como en busca de hierbas salvadoras. Luego lo tomó en brazos y arrancó en dirección de San Roberto. Donde están los Generales siempre hay médico, ambulancia, comida. Déjalo, es el único modo de salvar su vida, contuvo Godiño a Quincho que observa al boliviano como si estuviese robándose al bebito. El cabo-amanuense prestó entonces a la cuesta sobre la que empieza a evaporarse la camanchaca. De ese vapor salitroso emergen otros niños, mujeres que gritan, uno que otro soldado peruano de ojos locos y, en fin, una partida del Batallón *Victoria* sin armas, de regreso en tropel a Bolivia. Godiño empleó casi una hora en reunir a mujeres y niños y en darles de beber. Desde la cresta del Arenal podía ver el océano y también la escarpada raquílica verdura donde se asienta San Roberto. Allá los espera el ejército de línea.

Pero Buendía se había retirado a la estación de Dolores, a cincuenta kilómetros de la costa invadida. En Jazpampa, cruce de los telégrafos aliados, lo espera un nervioso telegrama del Supremo Director. Hubiese querido defender Jazpampa salvando así el telégrafo que une Iquique con Arica, pero las divisiones peruanas y bolivianas se mueven ahora hacia Pozo Almonte, lejos de este lugar, y el jefe del Ejército del Sur, todavía cerca del enemigo, en medio de nada, sin siquiera un escuadrón de caballería para explorar el territorio y evitar la dispersión de bolivianos, contempla el desolado rastro de la retirada sin atreverse aún a impartir órdenes definitivas.

Prado al General Buendía

Con cinco horas de atraso llegaba a Jazpampa el General Villamil. Se mantuvo en Hospicio hasta que atacaron los chilenos. Sólo Recabarren y su tropa se mantuvieron en la estación a proteger la retirada del jefe boliviano. Villamil hizo todo el viaje a pie. Su mula transportaba a un oficial malherido.

He estado esperando que me telegrafíe vuestra señoría dándome algunos pormenores de la jornada de ayer. Pido pues a vuestra señoría me los transmita.

El ayudante Mantilla estudia la expresión del General mientras lee el mensaje de Prado. El jefe del Ejército del Sur desconoce la ubicación actual de sus divisiones. Han de haberse puesto en marcha a Pozo Almonte aunque él preferiría reunir las en Agua Santa, al extremo de este ferrocarril.

Ayer le telegrafíe pidiéndole que si no podía sostenerse con seguridad en una buena posición, era lo conveniente concentrarse con las fuerzas y debe vuestra señoría hacerlo desde luego, sin olvidar la fuerza de Mejillones.

En Pisagua desapareció su ordenanza. Ahora Mantilla le ofreció un tazón con caldo de carnero. Musitó que muchas gracias y fatigadamente saludó a Villamil con una ligera inclinación de cabeza.

¿Qué es de la División Vanguardia?

Buendía entiende la ansiedad de Prado, que nada más dispone de un hilo telegráfico para enterarse del avance de la guerra.

—Pasaremos lista en Dolores, mi General —propuso Villamil en Jazpampa. Se frotó las piernas de cincuenta años agarrotadas por la caminata. Tampoco había dormido—. ¿Por qué no pide que nos envíen un tren? Se puede usar el telegrafo.

—Claro, claro —pero Buendía pensaba su respuesta al Supremo Director.

Buendía a Prado

Por sobre este polvo ondulado y caviloso que se extiende sin una flor hasta lamer la gran cordillera, los caminos han quedado inmóviles. Buendía aclaró su voz antes de dictar el mensaje.

Nuestra situación no permite en este momento pormenores que sean exactos. He ordenado venga a Agua Santa la fuerza de Mejillones. Hasta este momento ignoro donde se encuentra la División Vanguardia. He corrido una circular para que espere donde esté.

De Jazpampa a Dolores, Buendía partió por delante. Como una anciana caverna, por su cabeza todavía transitan sonidos de batalla. Se recuerda a sí mismo vapuleado por un ventarrón de artillería, más bien mudo, y no está satisfecho de su actividad de General vuelto espectador de acontecimientos más rápidos que sus órdenes, ah si hubiese previsto que los chilenos llegarían por Pisagua, si otra vez pudiera empezar. A la estación de San Antonio, cuatro millas. A Zapiga, una milla. A Rosario, casi tres. Y dos millas a Dolores. Los trenes suben desde Pisagua en cuatro horas y bajan en la mitad del tiempo. Miraba atrás y abajo Jazpampa preguntándose si será conquistado para siempre por los chilenos. El jefe del Ejército del Sur se refrescó en Paccha, una próspera oficina salitrera ahora en abandono. Allí hay buen pozo de agua casi dulce. En dirección de Arica, cerca de Paccha existe una haciendita que el General ha visitado y, a diez kilómetros de Jazpampa se encuentra la estratégica quebrada de Camiña que los aliados no tienen como defender. Tres propios enviados ayer a Quiuña y Tiliviche han de haber avisado que ya desembarcan chilenos. Camino de Dolores, el General recuenta las fuerzas mantenidas en reserva por el Supremo Director. Las mejores tropas bolivianas al mando de Daza, dos brigadas de artillería peruana, no menos de ocho mil aliados vendrán en su auxilio. Y Prado o Daza o ambos a la vez relevarán

a Buendía de la última temida decisión de entrar a la batalla final. Había recuperado la confianza en sí mismo cuando al fin se apeó en la importante oficina salitrera de Dolores.

Tampoco sabe José Benigno Benavides cómo pudo salir con vida del bombardeo, ni José Becerra como salvó de las ametralladoras chilenas mientras bordeaba las rocas de Punta Pichallo. Los capitanes de fragata se encontraron en Jazpampa. Nicanor González no saludó al General Villamil que dictaba un telegrama antes de partir al interior. Cayó sobre unos costales vacíos deseando agua y a la vez incapaz de moverse al término de esa marcha de cuarenta kilómetros. ¿Don Nicanor? Roncaba. El amanuense-cabo Godiño le acercó un cucharón de agua a los labios y, sin despertar, el jefe de nacionales tragó tosiendo. Creyeron encontrar trenes y tropas en la estación de la que parten los últimos bolivianos a pie. Godiño observó casas agujereadas por colonias de avispas. Iban a refrescarse en la penumbra del único pozo, de modo que para izar baldes de agua salobre debía espantar a los insectos con amables agitaciones de quepís. Pellejos sanguinolentos de carnero abandonados junto a los carbones de una apurada fogata, revelan que antes de continuar su retirada los aliados pasaron buen rancho. Primero convertido en dolor y luego en costumbre, el cansancio habitaba a Godiño por toda la piel. Fue a husmear el almacén militar. Obtuvo puñados de menestra, un trozo de chalona, galletas que parecen petrificadas. Por orden de Villamil, un pelotón echaba fuego a veinte fardos de alfalfa. Godiño cargó escasos víveres y fue a sentarse con rabiosa impotencia en medio de sus refugiados. Había recogido a treinta niños que vagaban sin rumbo por el Arenal. Seis mujeres silenciosas se animan ahora a cuidar de esos huérfanos. O acaso sus padres viven y los buscan por la pampa o entre los carbones de Pisagua. Una vieja sopla el rescoldo dejado por la tropa en retirada y empieza a cocinar un amasijo de charqui y lenteja. Godiño se miró los pies, tan hinchados que parecen a punto de reventar los botines. A diferencia del coronel González, el cabo no se atreve a descansar. Mientras humeaba el menjurje que pronto almorzarán los niños, fue con Quincho en busca de noticias a la oficina del telégrafo.

VILLAMIL A DAZA

Tendrán que caminar hasta Santa Catalina o Agua Santa, vaya uno a saber adonde se retiraba su ejército. El telegrafista transmitía el mensaje del jefe boliviano, hablando de costado con los nacionales. Todas las divisiones de Tarapacá se mueven a concentrarse en una orilla del Tamarugal.

HEMOS COMBATIDO CON 870 RIFLES POR SIETE HORAS Y MEDIA

Pero nadie sabe en realidad que ocurre a lo largo del escarpado litoral peruano. Iquique aún no ha sido bloqueado y sus vecinos escapan en vapores ingleses o alemanes o inician un doloroso éxodo en carretas y a pie por el desierto hacia la dudosa seguridad de Huantajaya.

CHILENOS FUSILAN A NUESTROS

No hay noticias del norte. El telegrafista ha escuchado que el temido General Hilarión Daza va a venir al frente con lo mejor de sus divisiones.

PRISIONEROS. GUERRA A MUERTE.

Villamil se acercó a los capitanes de fragata.

—Seguimos viaje a Santa Catalina —dijo con hablar siseante—. Pueden venir conmigo.

—Muchas gracias, mi General —Becerra ya ha calculado la caminata hasta Arica: doscientos veinte kilómetros en línea recta, sin agua y bajo un sol violento—. Nos vamos al norte.

—¿Arica?

—Sí, mi General. Ha terminado mi misión de capitán de puerto —Becerra frota su espalda agobiada—. Debo ponerme a órdenes de mis superiores de la Marina.

—Entiendo —Villamil sacudió el polvo de su uniforme—. Es mucho camino y malo hasta Arica.

—Lo sé, mi General.

—¿Qué hará con estos refugiados, mi General? —se interesó Benavides.

De buena gana Villamil se los hubiera encargado a los marinos. Pero esas criaturas no soportarán la sedienta marcha hasta el cuartel general de Mariano Ignacio Prado. Tampoco puede abandonarlos en Jazpampa, donde sólo quedaba el telegrafista manteniendo abierta la línea con Arica.

—Los llevaré conmigo —Villamil no se despidió, pica espuelas por delante. Sus soldados y esos pocos peruanos que salieron de Pisagua comienzan a arrear a niños y mujeres.

Sin haber tenido tiempo de cerrar los ojos, el cabo Godiño inspeccionó a su pequeña fuerza, se echó encima a una niña a la que protegía del sol con su quepís y además cargado con el chassepot sin balas y con un morral lleno de chalona, volvió a marchar por las peladas serranías que lo separan del ejército aliado.

Triduo expiatorio

El ilustrísimo señor Arzobispo, a fin de hacer violencia al Padre de las Misericordias y obtener que dé a nuestra Patria el triunfo sobre los enemigos que tan alevosamente la combaten, aprovechando de la cercanía de la fiesta de nuestro Bienaventurado compatriota Martín de Porres, que es uno de los más poderosos abogados que tenemos en el Cielo, me ordena decir que con tal fin ha dispuesto que, en todas las iglesias parroquiales y de regulares de uno y otro sexo y en las demás que fuere posible, se celebre un triduo expiatorio a partir del miércoles 5, fiesta del Beato Martín, hasta el viernes 7; en los cuales días, manifiesto el Santísimo Sacramento, se cantará una misa y en

seguida las letanías de los Santos; al mediodía se hará el ejercicio de la Vía Crucis y por la tarde se hará la reserva después del Trisagio de la Santísima Trinidad.

Julio Zárate
Canónigo Secretario

Comunicación secreta

Legación del Perú en Bolivia

Señor Ministro de Relaciones Exteriores:

Continuando el anterior informe que principié en mi oficio número 92 sobre política interna de esta República, debo ocuparme de la presente administración del General Daza, nacida el 4 de mayo de 1876.

Este caudillo viene influyendo y decidiendo en todos los cambios ocasionados desde la caída de Melgarejo (1870-71) mediante el poderío del batallón N^o 1 (Colorados), de que se hizo jefe sin poder ser removido. Siendo el ejército en tiempos de paz de ochocientos a mil doscientos hombres, un batallón de quinientas plazas, escogido, halagado y consentido por su jefe, no podía menos que ser el árbitro de un país esencialmente militar. Cada soldado del Colorado lleva sueldo de capitán o comandante. Este cuerpo cuesta a Bolivia más que un ejército. El General Daza hasta el último momento de su marcha a Tacna, continuaba visitándolo diariamente, manejándolo como si fuese siempre su mismo jefe. Las rabonas son sus comadres.

El Consejo de Ministros encargado del Poder Ejecutivo, ha quedado compuesto de tres personalidades. El señor doctor Pedro José de la Guerra, Presidente del Consejo y Ministro de Relaciones Exteriores, es un personaje de mera respetabilidad; es

anciano como de 70 años y ha figurado mucho en política. El señor doctor Medina asume todos los Ministerios importantes y activos de la situación; y se puede decir que tiene en su persona el Poder Ejecutivo, pues desempeña las carteras de Hacienda, Gobierno y Guerra. El señor Méndez ha quedado relegado a los inactivos ramos de Justicia, Culto e Instrucción. En resumen, el Gabinete, sin ser muy odiado, carece absolutamente de prestigio.

La paz interior está comprometida.

El alistamiento del ejército conducido por el General Daza se ha hecho con grandes sacrificios nada voluntarios de este extenuado país. El empréstito forzoso, solamente en parte satisfecho, las requisiciones de caballadas y acémilas, la severidad del reclutamiento exprofesamente ejercitado sobre la parte privilegiada y la vida privada del jefe de la nación, todo esto ha producido tal descontento público contra el General Daza, que el país parece más inclinado a un cambio interno que a una solución externa, en cuyo feliz éxito no tiene confianza este país.

El General Daza ha tomado varias precauciones para conservar el orden interno: ha llevado en su ejército a la juventud escogida del país, con la mira de tenerla en prenda; ha convocado y empleado en su ejército como a una docena de pretendientes al poder, equilibrándolos unos con otros; ha ido a Tacna con el grueso del ejército y por temor no lo ha mandado por divisiones. El país cree no volverlo a recibir.

En los departamentos hay disidencias de autoridades con los ciudadanos: todos los prefectos son acusados de nulidad e inercia. En Potosí ha estallado gran desacuerdo entre el General Campero, alta notabilidad roja, encargado de la división del Sur, y su jefe de estado mayor coronel Benavente, que acusándole de organizar aquellas fuerzas con un personal destinado a supuestas y ulteriores ambiciones de dicho general, le ha abandonado con un grupo de jefes y oficiales del círculo del Gobierno, renunciando su puesto. El Consejo de Ministros ha ordenado que vuelvan a sus puestos y les ha amonestado la reconciliación.

En Cochabamba proyectan una asonada contra el Prefecto.

En el Ejército es muy resistido el Ministro de Guerra, hoy jefe de Estado Mayor, General Jofré. Le acusan de haber sido autor del conflicto que la Compañía Salitrera de Antofagasta ocasionó a este Gobierno. Fue prefecto del litoral, en donde dicen tuvo tratos con la Compañía. Incorporado al Gobierno, es evidente que un hijo suyo quedó de abogado de dicha Compañía, quien hoy está en campaña al lado de su padre. Ninguna de estas acusaciones ha sido atendida por el General Daza, que trata al General Jofré con ilimitada confianza.

Ruego a Vuestra Señoría se sirva poner este oficio en conocimiento de Su Excelencia y aceptar mis respetos y consideraciones con que soy de Vuestra Señoría muy obediente servidor.

Agustín Blanco

Colecta para comprar un acorazado

El médico Melitón Porras había propuesto una colecta nacional tan pronto se perdió el "Huáscar" en Angamos. Por suscripción popular podía comprarse un blindado que llevara el nombre de "Almirante Grau". Habrá que reunir cuanto de valor exista en el país, desde billetes o monedas extranjeras, hasta joyas o medallas escolares de oro y plata verdaderos. Una comisión de prelados, banqueros y vecinos notables administrará la colecta, a salvo de toda voracidad fiscal. Virginia Osoreo de Porras, esposa del patriota, entregó de inmediato todas sus joyas: un collar de brillantes, un solitario, un par de dormilonas adornadas con diamantes, todo valorizado en diez mil libras esterlinas. También contribuyeron los miembros de la comisión: José Vicente Oyague con dos mil soles, igual que don José Unanue, y mil soles el banquero Aurelio Denegri, mil soles don Bartolomé Figari, quinientos don José Jorge Loayza. Monseñor Roca y Bo-

loña donó un anillo de brillantes. Su madre Teresa Boloña de Roca, un solitario y prendedor con 80 brillantitos y una cadena de oro que pesaba tres onzas y cinco ochavos. Ignacio, Pedro y Luis Roca y Boloña entregaron sus relojes y leontinas de oro y su hermana Mercedes un diamante de cuatro quilates. A quienes desconfiaban de la generosidad pública, que no bastó para suscribir el empréstito nacional voluntario de abril de 1879, debió sorprenderles que el concejal Rossel reuniera 72,000 soles del vecindario del Callao en apenas veinticuatro horas. El acaudalado José de la Riva Agüero sólo pudo contribuir con dos mil soles en billetes. El Dr. Luis B. Cisneros dio 25 esterlinas de oro, tres mil soles de plata, su reloj y su prendedor de corbata con un pequeño diamante. Don Ricardo Ortiz de Zevallos donó cien esterlinas de oro, Ramón Ribeyro mil soles, los señores Barrón, Swayne y Ayulo cien libras cada uno, don Manuel Atanasio Fuentes 2,500 soles, el diputado Moreno y Maíz 250 soles. El doctor Rospigliosi hizo entrega de un collar de brillantes que pertenecía a su esposa. Don Ventura Díaz obsequió un medallón avaluado en mil soles. El periodista Cesáreo Chacaltana colaboró con 400 soles en billetes y otros mil por la imprenta de su diario "El Nacional". Una reunión de diputados produjo la cantidad de setecientas libras esterlinas. La señorita Clotilde Porras participó con seis libras inglesas de oro. La familia Castillo obsequió todos sus ahorros: 150 soles Daniel Castillo, cien soles Teófilo Castillo, su anillo nupcial la señora Lastenia Castillo de Morales y sus menores hijos colaboraron con 10 soles de plata y 30 soles con 20 centavos en reales y gordos que atesoraban en una alcancía. El consignatario del guano Juan Calderoni giró un cheque por cinco mil soles. La esposa del doctor Juan Francisco Pazos solicitó a la comisión que recogieran de su domicilio todas sus joyas y sus cubiertos, fuentes y jarras de plata. La señora Clorinda Lecca de Asín dio 79 monedas de plata, una onza española y un escudito de oro. Los empleados de la Dirección de Contabilidad juntaron 500 soles en billetes. Aunque se encontraba en París como agente confidencial del Gobierno, don Juan M. Goyeneche y Gamio ordenó a sus apoderados que entregasen de inmediato la cantidad de 100,000 soles. Lo imitó don

Enrique Canaval, con 15,000 soles. El Concejo Provincial de Huancabamba participó con 450 soles reunidos por el vecindario. Manuel del Busto donó lo mejor que poseía: un caballo de su estimación. Desde el Hospicio de Pobres, la anciana Petronila Avalos obsequió toda su hacienda: dos argollitas de oro y veinticinco centavos. La familia Frisancho hizo entrega de diez marcos de plata, una perla de los mares del sur, un diamante, dos aderezos con topacios y sus seis sirvientes erogaron 68 soles en billetes. La donación de doña Elena Rey de Rambla demoró en ser registrada: 30 soles en billetes, ocho reales en plata, cuatro soles en metal, un botón de plata, una moneda china también de plata, una crucecita de oro, dos milagros y dos rayos para efigies, ocho clavitos de plata, dos cadenas, un limpiadientes, un dedal y un brazalete todos de oro. Francisco Hualpa regaló cuatro espuelas de plata. Mariano Luna, todas sus economías: un cóndor de oro, una libra esterlina, un escudo y un sol de plata. Genaro Gutiérrez, de 13 años: dos soles. El General Cisneros: una tarjeta de oro obsequiada por la Municipalidad de Huánuco y una medalla de oro otorgada por el Gobierno de Bolivia como vencedor del 2 de Mayo. Y doña Olaida Diez Cañaseco: una zapatilla de plata. Los empleados del ferrocarril a Chorrillos: 260 soles en billetes. Eusebia Sacio viuda de Benites: un prendedor de oro con brillantes, aretes con cuatro esmeraldas y un cucharón de plata. Don Antonio Mayorga, sus gemelos de oro. Manuel Pino, de 60 años, donó un lapicero de oro y su bastón con puño de plata. Ricardo Ortiz de Zevallos: otras cien esterlinas de oro. Cinco alemanes residentes en el Perú, 16,804 soles y los alumnos de la Facultad de Medicina todos sus ahorros, relojes, prendedores y hasta sus medallas escolares. El zapatero Sánchez: seis soles. La humilde viuda Ana Casano y sus tres hijos, cuanto tenían: cuatro soles treinta centavos. Don Manuel Atanasio Fuentes: mil soles más. La poetisa Carolina Freyre de Jaimes: la medalla de oro con que la había premiado la Municipalidad de Lima. Doña Elena Paz Soldán de Alayza: todas sus joyas. El carretero Eduviges Bornes: cinco soles. El doctor José Aranibar: un cheque por 5,000 soles. La viuda de Falconí: anillo, brillantes, guardapelos y seis soles pe-

ruanos de oro. Treintidós peones contribuyeron con cinco soles cada uno. Los niños Aspauzo: cuatro cucharitas de plata. Doña Josefa Tagle de Ortiz de Zevallos: sus joyas avaluadas en 15,000 esterlinas. El doctor Manuel Ortiz de Zevallos: un óleo del Tintoretto. Su hija Elena: un par de dormilonas con brillantes, rubíes y ópalos. Don Nicolás Rodrigo: 2,000 soles de plata. Y su esposa Rosa Rodríguez de Rodrigo: cuatro fuentes, un lavatorio, dos bacinicas, ocho cucharas, una tenaza, cuatro argollas para servilletas, todo con un peso de 50 marcos de plata. Isabel Varela de Pazos: su anillo nupcial. Enrique Zegarra: su colección de 61 monedas extranjeras, 9 medallas conmemorativas y 24 antiguas piezas de plata española. Eloísa Otoya: un collar de oro de California, dos perlas, 25 libras esterlinas y 30 soles en billetes. El anciano Elías García: un sol de plata. La tripulación del vapor "Chalaco": 1,233 soles. Luis B. Cisneros, segunda contribución: mil libras de oro. Melitón Porras: otros 5,000 soles. Don Enrique Barrón: 2,500 francos. Enrique Swayne: 100 esterlinas más. Don Luis Gatillón: el 10 por ciento de sus ventas en el restaurant de la Exposición. La señora Adela de Poppe: diez esterlinas y la mitad de su sueldo como directora de la escuela N^o 4. Don Manuel Elguera, cuya primera donación de 200 soles fue rechazada por una comisión de señoras que conocían bien el tamaño de su fortuna, rectificó su contribución: 8,000 soles de plata. Un niño que no se quiso identificar: 27 libras de oro. Balbino Naupayo, sirviente del coronel Carrasco: cuatro soles. Los viejitos del Hospicio del Refugio: 101 soles treinta centavos. La Escuela de Ingenieros: 608 soles y catorce relojes de oro. El obispo del Cusco: mil soles en billetes. El gremio de camaleros: 470 soles. Doña Rafaela Grisolle: un sol de oro y sus cuatro niñas un sol de plata cada una. El frutero Jaime Lajos: tres reales de plata. Celia Vina-tea: 20 centavos. Los voluntarios del Batallón Callao N^o 4: 2,276 soles con 70 centavos. La espiritista Rita Gall: 50 soles. La ciudad de Trujillo, para empezar: 32,000 soles. Los empleados y reclusos de la cárcel de Guadalupe: 525 soles con 97 centavos. Don Francisco García Calderón: dos mil soles en billetes. Los maestros y alumnos del Liceo Inglés: 75 soles y 70

centavos. La Honorable Cámara de Senadores entregó el antiguo escudo de plata maciza que adornaba su salón de sesiones. Las rabonas del Batallón Ancash N^o 10: trece soles. El Colegio Guadalupe: 855 soles y 40 centavos. El pastorcito Felipe Sánchez, de doce años, todo su patrimonio: un sol ochenta. Las vianderas de Jauja: 244 soles con 90 centavos. Treinticuatro socios del Club de la Unión: sus relojes y cadenas de oro, gemelos y prendedores de corbata. Casi ochenta damas limeñas: sus anillos de matrimonio. Los vecinos de Pisco: todas sus joyas, 8,103 soles 20 centavos en billetes, 115 soles en plata sellada, siete reales en oro, un cóndor y cuatro águilas americanas. Don Vicente Pratolongo: 7,500 libras esterlinas. Un chacarero de Lurín: su caballo. Las placeras de Chorrillos: sesenta soles. Y adornos, candelabros, perlas, porcelanas, corales, esmeraldas de todos los tamaños, botones, camafeos, broches, moneditas del resto del mundo, pebeteros, ópalos, cucharitas, tarjeteros, sortijas, cadenitas, alianzas, letras de cambio, topacios, acciones de bancos, cinco inmuebles, guardapelos, cruces de oro, filigranas, zapatillas de plata, estribos, espuelas preciosas, rosarios, papeletas de empeño, rubíes, libramientos fiscales, condecoraciones, cuanto pueden aportar cerca de 18,000 donantes afluyó hasta el 3 de noviembre de 1879 para irse amontonando en bóvedas bancarias y, cuando resultaron pequeñas, en bien vigiladas iglesias y conventos. Mientras se clasifican, registran, avalúan y contabilizan donaciones que van de cinco centavos a cien mil soles, Monseñor Roca y Boloña calcula que se ha reunido más de dos millones en billetes, por lo menos ochenta mil en plata sellada, casi veinte mil esterlinas, una apreciable montaña de objetos de plata que será fundida en lingotes y seis cofres repletos de alhajas que ocho joyeros y peritos tasaban sin pausa, desmontando piedras para formar lotes según distintos tamaños y valores. Y la colecta para traer al Océano Pacífico un blindado de acero llamado "Almirante Grau" aún no había terminado.

Empieza la retirada

—¡Batallón *Independencia*, tercero de La Paz, señor! —el comandante boliviano exageraba su tiesura delante de los generales Buendía y Villamil— ¡Concurrieron cuatrocientos veintinueve hombres al combate, señor! ¡Faltan trescientos ochenticinco, señor!

Nueve de cada diez bolivianos han caído o se han evaporado en Pisagua. El Jefe del Ejército del Sur contempla la salitrosa inmensidad que lo rodea. Se siente ridículo así, en camisa, a medias desteñida la cabeza que cubre con un mugriento jipijapa. No ignora que grupos de sobrevivientes emprendieron el largo camino de regreso a La Paz. No sólo de muertos está hecho el silencio que responde a oficiales bolivianos a la hora de pasar revista de comisario en Agua Santa.

—¡Batallón *Victoria*, primero de La Paz, señor! ¡Quinientos treinticinco entraron al combate y faltan trescientos veintinueve, señor!

Ahora preocupa a Buendía el desorden con que ha escapado del desastre. Incendiaron algunos almacenes de víveres en Hospicio pero dejaron intactas las condensadoras de agua de Pisagua y las cañerías que bajan desde Dolores. Tampoco destruyeron la vía férrea. Los chilenos habrán encontrado tres locomotoras y cerca de veinte vagones en el patio de maniobras del puerto y unos cuarenta carros en la estación de Hospicio. En fin, también olvidaron destruir la estación de Jazpampa, donde se reúnen las líneas del telégrafo de Tarapacá. Buendía prestó atención al comandante Isaac Recabarren.

—Doscientos diecisiete peruanos comenzaron el combate, mi General —el jefe militar de Pisagua se oscurece tras una barba de cuatro días en el rostro sancocado por el sol de la pampa—. Faltan ciento cincuentidós, señor. Ignoramos la suerte de los coroneles Zavala y González. En cuanto a los marinos, emprendieron camino a Arica, a ponerse a órdenes del señor almirante Montero.

—Ojalá lleguen —se apagó Buendía.

Cuatro jinetes aparecían a revienta cinchas en el campamento. Hilos de agua resbalan por los labios agrietados del sargento Rendón. Reconoció a tres húsares y a un hombre apuesto, con uniforme de comandante, que preguntaba por el Jefe del Ejército del Sur.

Buendía quedó a solas con Villamil y su sobrino Ezequiel de la Peña, jefe de Estado Mayor de la división boliviana, que informa de importantes deserciones en Chucumata, Patillos, Pabellón de Pica y Huanillos. Muchos abandonan sus posiciones sin siquiera conservar los buenos rifles rémington y la munición que tanta falta hacen a los peruanos, armados con chassepots modelo 1866. En vez de obedecer la orden de reconcentrarse entre Pozo Almonte y La Noria, a cincuenta millas de este campamento de Agua Santa, partían insubordinados hacia la cordillera, saqueando tranquilos pueblos a su paso.

—Con su permiso, mi General —un leve acento extranjero anunció al recién llegado comandante Roque Sáenz Peña, argentino enrolado bajo la bandera del Perú, que servía como ayudante de campo del jefe del Ejército del Sur.

Los generales se habían instalado en la estación ferroviaria. En Agua Santa concluye la línea de Pisagua.

—Pase usted. Señores, el comandante Sáenz Peña, mi ayudante —Buendía intenta recobrar su desenvuelta afabilidad. Villamil saludó al argentino con un gruñido.

—Deseo hablar en privado con usted, mi General —Sáenz Peña tampoco está de humor para cortesías.

Buendía lo llevó a cuchichear a un rincón.

—¿Y qué sucede ahora, mi estimado Roque, qué novedades me trae de Iquique?

—No llegarán refuerzos, mi General, sólo húsares con el comandante Sepúlveda y no pasan de cien, señor.

—No entiendo... ¿y por qué? ¿Dónde está la División *Vanguardia*?

—Recibió orden de marchar el domingo temprano, mi General. El coronel Suárez me encarga informar que por dos veces sus órdenes no fueron obedecidas...

Mandaba la División el coronel Justo Pastor Dávila, que fuera prefecto de Tarapacá cuando estalló la guerra. Tuvieron que cambiarlo de Iquique porque se le insubordinaba a Buendía.

—...explica el coronel Dávila que carece de elementos para marchar por el Tamarugal, señor.

—Ay, carajo... fíjese usted qué lisura. ¿Y el resto de las divisiones?

—Empezó a concentrarse en Pozo Almonte, mi General.

—Oiga, yo no puedo mandar un ejército en calzoncillos. Me han quemado todo el uniforme en Pisagua. Lo gracioso es que en ese lugar he perdido mi equipaje dos veces, pero ya se lo contaré otro día. Hágame un favor, insista con Suárez para que envíe mi ropa cuanto antes. Si es necesario, que ponga un tren expreso a La Noria.

—Se lo pediré de inmediato, mi General.

—Como unos titanes, Roque, como verdaderos valientes. ¡Qué tal batalla! Permanecí en el mismo frente, en la primera línea hasta la una de la tarde. Y aquí me tiene...

—En efecto, mi General —Sáenz Peña ha disfrutado varios meses de la espléndida hospitalidad personal de Juan Buendía. Ahora lo observa de reojo. Menos de cien húsares en camino. Y el recién acampado Batallón *Aroma*, que había llegado de Mejillones. Y los agotados sobrevivientes de Pisagua. Con nada más contaban por ahora. Su jefe ignora si los chilenos avanzan en su persecución. Oye decir que han desembarcado no menos de diez mil. Recabarren recuerda insignias de los principales regimientos de línea enemigos, tropas profesionales que han estado en constante campaña contra araucanos alzados o en contiendas civiles. Si las condensadoras de Pisagua no bastan para tan numeroso invasor, sin disparar un tiro pronto ocuparán los opulentos pozos de Dolores, cerca del cerro San Francisco.

Villamil se aseaba. Silenciosas ordenanzas disponen catres para que al fin reposen los jefes del ejército aliado. Buendía prefirió pasear el campamento con su ayudante Mantilla. ¿Así que el cabrón de Dávila pretexto que faltan mulas para cargar odres de agua y no se mueve en busca del enemigo? Hum. Oiga, Mantilla, qué pasa con esos serranos. Encabezados por sargen-

tos y cabos, sus aliados se amotinan. No tuvo tiempo de volver a la estación del tren.

—¡Traiga de inmediato a Villamil!

Andrajosos bolivianos rodearon al jefe del Ejército del Sur.

—Señor General, queremos que nos atienda —se oyó a un soldado.

—¡Presenten las quejas a sus inmediatos superiores! —galleó Buendía.

—No, señor General —se envalentonó el soldado—. ¿Usted manda o no manda en este lugar?

—¡Nos tiene que escuchar! —gritó un sargento.

—Sí, sí... Nos meten en la candela —dijo un cabo—...

¿Y dónde está el ejército?

Buendía parpadeó. ¿Cómo que dónde está el ejército? ¿y se lo pregunta un cabo sobreviviente de Pisagua?

—El ejército se da la gran vida en Tacna, señor General, bien vestidos están, bien pagados con plata —intervino otro sargento con la cabeza vendada.

Buendía extendió las manos pidiendo silencio.

—El ejército está aquí —afirmó sin mucha convicción—.

Tú, ¿a qué batallón perteneces?

—Al *Victoria*, mi General.

—¿Y no es un batallón del ejército boliviano?

Los soldados rompieron a reír.

—¡El ejército son los Colorados de Daza! Yo soy zapatero, señor General.

—Ahora eres sargento, hijo, y vistes el uniforme de tu Patria.

—Yo visto de pordiosero —no cedió el boliviano—. No me pagan desde hace seis meses. Pero el ejército cobra en Tacna, buena plata le pagan.

—¿Cómo estarán nuestras familias?

Las voces se mezclaban.

—¡Ni para cigarrito nos dan, ni para coca, señor General!

—¡No hemos comido carne en un mes!

—¡Nos hacen caminar sin zapatos, tampoco agua nos dan! Se abre paso entre los amotinados, conoce la vieja historia

de su ejército Villamil. Qué quiere usted, para decirlo sinceramente, Daza se tiraba en trago y mujeres la paga de estas tropas. Cuando emprendió la marcha desde La Paz, el acaudalado Villamil traía dos talegas repletas de plata en sus alforjas. Todo lo ha gastado en socorrer a sus batallones.

—¡Haga usted algo, don Pedro! —cuchicheó Buendía.

—Usted por peruano y yo por boliviano corremos peligro entre esta gente desmoralizada —replicó bajito el General aliado.

Ahora piden víveres a gritos. Los del *Aroma* tienen las tripas vacías desde el domingo. Y quieren dinero. Seguro los robaban. A lo mejor estos señores generales se quedan con su soldada. En la periferia de tan tumultuosa entrevista con sus jefes, algunos soldados disparaban al aire.

—¡No debemos perder la calma! —se esfuerza la voz del jefe del Ejército del Sur. Si por lo menos hubiera peruanos cerca para imponer respeto— ¡Yo les conseguiré dinero y alimentos! ¡Ahora mismo!

—No hay ni cuarenta kilos de charqui en todo el campamento —sopló Mantilla.

—¿Y todo lo que se envió desde Pisagua? ¿qué ha pasado con nuestros almacenes?

Mantilla se encogió de hombros.

—¡Ahora escuchen bien! —gritó Buendía—. Ustedes saben que el enemigo nos sorprendió... —se volvió a pedir ayuda a Villamil— ...traduzca usted mis palabras en quechua, General... ¡Pronto tendremos carne, buena carne, buen frejol, tabaco para todos!... —lo miraban con incredulidad— ...y aunque no corresponde a mi comando ajustar el pago de todo lo que se les debe, yo voy a repartirles una propina...

Dos o tres vivas a Buendía aflojaron la tensión de los rebeldes.

—...pero sólo voy a dar dinero a quienes me sigan, ¿comprendido? —el General traga saliva—. Soy el jefe de un gran ejército, con miles de soldados peruanos. Si no me obedecen, esos soldados y también el General Daza y los Colorados perseguirán y fusilarán a los traidores y quemarán sus casas y habrá un gran castigo para todos. Pero yo confío en su patriotismo. Ahora ten-

drán un poco de dinero y yo exigiré que les paguen esos seis meses que les deben...

Todo el dinero que traía el General se quemó en Pisagua. Sus fondos personales llegan exactamente a una libra esterlina de oro. De regreso a la estación, hizo comparecer al superintendente del ferrocarril.

—Necesito dinero urgentemente, ¿cuánto tiene disponible?

—No tengo, señor, ni un centavo.

—Pues voy a averiguarlo... ¡Mantilla!

—A la orden, mi General...

—...que abran la caja fuerte con un tiro de dinamita.

—No es necesario, señor General —el superintendente aflojaba—, yo sólo quiero saber quien me restituye después el préstamo.

—El Gobierno, por supuesto.

—Nos debe como medio millón desde hace dos años, señor. Ahora, si usted garantizara personalmente... es decir, yo puedo prestarle al General, me firma un pagaré y listo.

En la ruinoso penumbra de ese edificio con techo de zinc sacudido por el incansable ventarrón de la pampa, Buendía deseó que de una vez acabara esa guerra abandonada en sus manos.

—Acepto... ¿cuánto me puede reunir?

—Más o menos dos mil, General.

—Coronel Masías —se dirigió al intendente de campo—, reciba ese dinero y ocúpese de atender a la tropa...

El jefe del Ejército del Sur abre, cierra la boca por ahora vacía de sonidos, gira en busca de un camino por el aire podrido, llegado a él desde pulmones efervescentes, perforados, el inconfundible tufo a gangrena y creosota de las ambulancias, escarba pedruscos y estiércol como un pasatiempo, qué le parece toda esta mierda, Villamil, mi país y sus derechos y su país y montañas de salitre y guano y los recientes muertos de Pisagua y los futuros fusilados de aquí y de mañana no importan lo que seis meses de soldada y aún menos importan las tropas a quienes olvidan vestirlas y alimentarlas, así que mi querido Villamil, uno empieza a preguntarse que hacemos aquí botados en la orilla del Tamarugal, tan lejos usted como yo de ser obedecidos, vaya, todo

acaba por tener un precio miserable y ni siquiera lo podían pagar. Villamil asintió. No dijo que usted, mi General, pasó por primera vez de alegre *promenade* y sólo ahora, cuando retrocede hambriento, es decir, cuando usted mi General presta atención a estos campamentos que de ida a Pisagua ni siquiera miró, sólo ahora se sorprende de que no haya víveres acumulados para servir a más de un batallón. La culpa es toda suya, mi General.

—Telegrama, señor.

Agua Santa es el final de la ruta. Rieles, tuberías, huella, todo acaba abruptamente. En adelante, el mundo es apariencia. Rojizos ventarrones modifican cada tarde la fisonomía del desierto. Cincuenta kilómetros de nada los separan de las divisiones que se reúnen al extremo del ferrocarril de Iquique a La Noria.

Leyó: *Suárez a General Bustamante, Pozo Almonte: Consulte a Generales en Jefe sobre todo reconcentramiento ejército en esa y si quedará quinta división. Muy probable corten cañería, línea férrea y telégrafo y entonces difícil unión de ejército. Contésteme.*

Esa noche en Iquique correspondió al teniente del Castillo interpretar a doña Cunegundis la enferma. A Isabelita Zavala le resbalan lágrimas de risa por el rostro encendido. Así es, damas y caballeros, la aparición de chilenos en Antofagasta hizo bizquear gravemente a Cunegundis. Después padeció de torcedura de piernas y caminó chueca y con visible cojera hasta que sobrevino el temblor, brabrabrá, y del Castillo se tambaleaba por la habitación imitado y seguido mientras la enferma doña Cunegundis sufre temblor extremo y se la da por difunta mientras carcajeaban los jugadores de prendas. Encabezaron el cortejo el comandante Meléndez y el capitán Prado y el resto de oficiales cargó sillas por esa casa ya bombardeada hace cuatro meses, hasta acabar el funeral de Cunegundis en la terraza. Después de las metamorfosis y de si yo fuera olla de manteca, cuando Isabelita enrojeció con la atrevida lotería del amor y del Castillo perdió al patipata y volvió a fracasar al vivo te lo doy, vivo le has de dar, mientras parece que no hubiera más guerra y que la gente paseara festivamente el malecón de Iquique, respirando la perfumada brisa de noviembre en vez de acéchar la temida aparición

del invasor, el teniente procuró ignorar que mañana habrán de separarse sabe Dios si para siempre, Isabelita en el vapor "Lontué" rumbo a Arica y al Callao, y el joven artillero con la División Castañón hacia Pozo Almonte y a la inevitable batalla final. Encía de arena, lengua azul salada, abierta boca nocturna del mar bostezando este oleaje de paz: adónde te encontraré, Isabelita Zavala. El capitán Grocio Prado salió a esperar por el malecón, arrojando guijarros en la profundidad de esta noche en la que todo parece disolverse. De la misma edad Prado y del Castillo, ambos son hijos de generales del ejército peruano, sin embargo Grocio ya es un veterano y ha liquidado a españoles en Cuba. Los ha emboscado a tiros de rifle, a golpes de machete. Y ha despedazado columnas imperiales con sorpresivas cargas de dinamita. Hay quienes van a beber la última botella de cerveza chilena "Chancho" en las fondas de Iquique donde mujerzuelas sin pasaje a ningún otro puerto, contemplan hurañas a los hombres que parten a morir. Sigilosos vecinos entierran cucharas de plata y cacharros y papeles todavía valiosos. Del Castillo se reunió al capitán Prado. ¡Vaya suspiro! Nos vamos al amanecer, camarada, mal momento elegías para ponerte sentimental. El teniente se despidió sin despedirse del todo, absorbiendo a la muchacha con todos sus sentidos, ni siquiera la guerra podrá separarlos definitivamente, no importa lo que suceda, espéralo. Toda la muerte, espéralo. Todas las batallas, todas las hambres, todos los miedos, espéralo. En el malecón bordeado de palmeras, camina lentamente el capitán Prado con las manos en los bolsillos, el quepís ladeado, la desenvuelta sonrisa impaciente por ponerse en marcha. Andando, compañero. Primero corríamos a los chilenos y después, después podrás elegir, a lo mejor preferías darte un paseíto a Antofagasta o a Santiago antes de ir a Lima en busca de Isabel. El teniente del Castillo ignoró la charla de su amigo. También el Batallón *Ayacucho* N^o 1 partirá en tren a Pozo Almonte a las cinco de la mañana. Faltaban siete horas. Sin embargo se dirigieron a la estación. Esperaban batallones apiñados en el andén. ¿Y ahora? Nada, a perder tiempo. Grocio Prado se encogió de hombros. Primera lección de la guerra: esperar con la mente en blanco. La neblina opaca-

ba a los hombres que van y vienen bajo faroles de gas. Más allá de los chorros de vapor que siseaban por los flancos de la locomotora, los jóvenes oficiales descubrieron una improvisada junta de jefes.

—Todo el mundo hace lo que le viene en gana. La División *Vanguardia* debió llegar ayer a Agua Santa —protesta el Jefe de Estado Mayor General.

—Si un jefe desobedece órdenes superiores, se le quita el mando —se enfría su voz, ajusta el correa, se yergue en toda su corpulencia el coronel Andrés Avelino Cáceres.

—Ni siquiera sabemos dónde se encuentra esa División. Por el bien del coronel Dávila, espero que ahora marche a Pozo Almonte —esquiva el comentario, recuerda Belisario Suárez que dos veces partió la *Vanguardia* y que en ambas retrocedió hasta quince kilómetros abandonando a Buendía a su suerte.

—A la División del coronel Bolognesi la han tenido tres días marchando y contramarchando sin ningún objeto, tampoco hay que olvidar los propios errores —afila su garganta, carraspea el coronel Cáceres.

—Castañón está listo, ¿por qué no partimos de inmediato? —pregunta el coronel Manuel Antonio Prado, jefe del *Ayacucho* N^o 1.

—Estoy de acuerdo, hay que apurarse —interviene el jefe de la artillería. Las acémilas esperan en Pozo Almonte.

—Va a ser un trago bien amargo ver al “Huáscar” con bandera chilena —recoge su mochila, la espada, sube al tren el capitán Grocio Prado—. Ya entró al dique en Valparaíso. Dicen los chilenos que en un mes estará en condiciones de combatir.

—¿Con qué artillería? —estira al fin las piernas, reposa la espalda en el asiento de madera, contempla por última vez la estación de Iquique el teniente del Castillo.

—Nuevos cañones Armstrong encargados a Inglaterra. Van a convertirlo en el blindado que el señor Grau hubiera deseado —interviene el coronel Prado, primo hermano de Su Excelencia. Es militar de carrera. En su casa han vivido Leoncio, Justo y Grocio durante varios años.

—¿Cierto que murió Leonard? —se interesa del Castillo. Había hecho amistad con los artilleros del “Huáscar” en Iquique.

—¿Leonard? No, no... se está restableciendo en Valparaíso —se oye a un oficial de la División Castañón—. Quien acaba de morir es un francés, creo que se llamaba Forgues.

—El cirujano Távara pasó al hospital inglés y a Carvajal lo atienden las monjitas de San Vicente de Paul. Dicen que está recuperando la vista —confirma el coronel Manuel Antonio Prado. No consigue borrar de su memoria la agonía del teniente Enrique Palacios, a quien repatriaban en un vapor inglés. Con sus diecinueve heridas alcanzó a mirar el Perú tan pronto el vapor hizo escala en Iquique. Los oficiales peruanos que lo abordaron nada más lo vieron empinarse hasta el ojo de buey, contemplar tierra patria, la parda y celeste amplitud de Tarapacá y caer muerto.

—Mi coronel, ¿es cierto que se corrió la División *Vanguardia*? —baja la voz el teniente del Castillo.

—No se puede cruzar la pampa sin llevar una gota de agua —Manuel Antonio Prado contempla pasar la noche sucia de hollín de locomotora. Pronto pasarán la estación de Molle—. Procuren dormir —señala una distante oscuridad de cerros y descampados—. Por ahí camina el enemigo.

Carta del canónigo Pérez, jefe de la ambulancia de Pisagua

Señor editor de “El Mercurio” de Valparaíso:

Por casualidad, pues mis ocupaciones no me han dado lugar para leer periódicos, he visto la relación que el corresponsal de “El Comercio” en campaña, hace de la toma de Pisagua por el ejército chileno; y como en esa reseña he leído cosas que

se relacionan con mi persona y con la Ambulancia Arequipa que dirijo, me veo en la ineludible necesidad de rectificar los hechos y de decir francamente, como testigo presencial, todo lo que ha acaecido en el campamento del Hospicio, sin que la política militante se mezcle en mi sencilla narración.

No es cierto, pues, todo lo que se refiere en esa exagerada correspondencia que, si es auténtica, puede muy bien agriar los ánimos de los combatientes y exponerlos a injustas represalias.

Como sacerdote y como testigo presencial de los hechos, me permitiré, sin pasión política y con la frialdad que produce el hielo de los años, hacer una relación concienzuda de lo que he visto.

No sé, por cierto, lo que sucediese en el puerto de Pisagua en el acto del combate, pero sí puedo asegurar que el incendio de la población y las demás desgracias que acaecieron, fueron una consecuencia necesaria de los proyectiles que la escuadra arrojó para desmontar las baterías de tierra.

El campamento de Hospicio, donde yo residía, y las muchas tiendas de italianos y otros extranjeros, quedaron desiertas desde muchas horas antes que el ejército chileno llegase allí. Las familias y todos los vecinos huyeron dejando sus casas abandonadas. El jefe de los ferrocarriles y de la oficina telegráfica, mister Gil, que desde días antes se encontraba atacado de fiebre tifoidea, fue retirado del campamento en una camilla por su digna esposa, el doctor Villegas, médico del hospital, y varias otras personas, como a las doce del día, dejando también su casa abandonada. Así es, pues, que no pudo ser herido ni fusilado como se asegura.

Las mujeres tampoco pudieron ser víctimas de la crueldad y desenfreno de la tropa, ni obligadas a bailar al son de las músicas militares, por la sencilla razón de que todas huyeron y no quedó una sola en el campamento del Hospicio, y porque las bandas del ejército sólo llegaron al día siguiente, cuando en el campamento había jefes respetables y severos que no habrían podido permitir ningún desorden.

Serían las 3 p. m. cuando se presentaron en tal campamen-

to cinco soldados chilenos que perseguían a los bolivianos que aún les hacían resistencia detrás de los ranchos.

Estaba en mi cuarto y mis empleados curando a los heridos en el hospital, cuando saqué la cabeza y ví que estos soldados apuntaban y hacían fuego sobre el hospital.

Temeroso de que matasen a los heridos y empleados, enarbolé una banderita blanca y salí del cuarto. Los soldados, que se hallaban a más de una cuadra de distancia, al ver la banderita me llamaron. Yo, aún cuando las balas atravesaban en todas direcciones, salvé la distancia y logré llegar sin novedad donde ellos estaban, con mi bandera en una mano y mi Santo-Cristo en la otra.

Los soldados me preguntaron quién era. Les contesté que era sacerdote, que estaba a cargo de un hospital. Les mostré mi corona y ellos, generosos aunque ebrios por el furor del combate, me dijeron que me retirara, que nada tuviese que temer, que el sitio era riesgoso por las muchas balas que atravesaban. Con esta confianza me regresé a la ramada de mi cuarto. Más a poco, estos mismos soldados, cuyos nombres recordaré siempre con gratitud, se convirtieron en mis protectores. Se vinieron a mi ramada, donde les dí agua y lo que pude.

Recuerdo el nombre de dos de ellos: Bruno Zepeda, del *Atacama*; y Juan Flores, del *Buín*.

Más de tres cuartos de hora pasé con ellos, lleno de ansiedad, no porque temiese que me dañaran, sino porque no había ni un sargento ni un oficial con quien entenderme. Como a la hora se presentaron dos oficiales y a poca distancia de ellos como una compañía del batallón *Zapadores*. Entonces me dirijí al jefe y él me dio todas las garantías que podía desear.

Cuando la tropa armó pabellones, todos los jefes y oficiales se vinieron a mi ramada. Les ofrecí el frugal alimento que mi sirviente había podido preparar y estuvieron en mi cuarto hasta más de las 10 p.m.

En la mañana del 3, el señor coronel Arteaga me visitó, y me llenó de confianza.

A las 11 a.m. me mandó con el teniente López y un piquete de soldados a recoger a los heridos de la cuesta, que habían

permanecido toda la noche y parte de la mañana tirados en el campo. Provisto de una botella de agua, con un calor abrasador, pude favorecer a algunos heridos que chupaban el agua, cuando les aplicaba la botella a los labios, con una ansia que me hacía derramar lágrimas. ¡Ah, qué terrible es la guerra! ¡Qué escenas tan conmovedoras se presentan en esos lances! ¿Por qué, pues, dos naciones hermanas se tratan tan cruelmente? ¿Por qué matan su porvenir? ¿Por qué manchan con sangre la senda del progreso, las esperanzas lisonjeras del siglo XIX, del siglo del vapor y los telégrafos? Que los soberanos de Europa, por conservar su poder y sus ambiciones, sacrifiquen a los pueblos en los campos de batalla, es una cosa que se comprende; pero que los hijos de la República y de la libertad se maten por sostener intereses mezquinos, por fomentar pasiones raquílicas, esto sí que no se puede ver sin llorar, sin sentir vértigos y dolores en el corazón.

Bajé, pues, esos arenales y precipicios hasta Pisagua, sostenido por el brazo del teniente López y recogiendo los heridos que encontramos en nuestro tránsito.

A las 10 p.m. volvimos a Hospicio en tren.

Los pobres heridos del hospital no tenían agua ni alimento y hubo un día que lo pasaron con una taza de té.

¡Gracias al generoso y noble General Escala, que nos proporcionó carne, arroz y algunos otros recursos, que aliviaron nuestra situación en esas críticas circunstancias!

Yo siempre conservaré con gratitud el recuerdo de ese respetable y virtuoso General de quien recibí favores y atenciones muy cordiales; lo mismo que el del Ministro de la Guerra, señor Sotomayor, de su digno hermano, del coronel Arteaga y de todos y cada uno de los generosos jefes y oficiales del ejército, entre quienes he vivido por espacio de ocho días.

A bordo del "Abtao" hemos recibido también muchos favores del señor comandante Sánchez y su oficialidad; y en el "Amazonas" del galante y generoso comandante Thompson.

Después de dejar a nuestros heridos en el hermoso hospital de la Providencia y de recoger los catres, colchones y demás enseres del Hospital Arequipa, con que se les pudo auxiliar, voy a retirarme de la hospitalaria ciudad de Valparaíso con el co-

razón lleno de gratitud por los favores que he recibido del señor gobernador eclesiástico don Mariano Casanova, del muy digno y simpático cura de la parroquia del Espíritu Santo, señor Donoso, y de las demás personas que me han favorecido y honrado con su amistad.

Esta es, señor editor, la verdad pura y lo que realmente ha sucedido en la toma de Pisagua.

José Domingo Pérez

Masacre en Negreiros

Temprano en Agua Santa el jefe del Ejército del Sur despachó al intendente coronel Masías con un tren a recoger víveres, forraje y combustible de todas las estaciones en la línea de Pisagua y a reconocer el avance del enemigo al que suponen en Jazpampa, pues a ratos el telégrafo de Arica sufre sospechosas interrupciones. El malhumor de Buendía mejoró cuando al salir el sol llegó una carreta trayendo parte de su indispensable equipaje. Hizo llevar de inmediato a la estación ese baúl despachado por el fiel Dancourt en tren expreso a La Noria, para atravesar después el desierto llevado por tres baqueanos y una escolta de seis jinetes. Lo abrió excitado, como si fuese un regalo de Navidad. Ah, por fin. Aquí hay cuellos y puños limpios, excelente navaja *arbenz* para arrasar esta barba de muchos días, uniforme de parada con sus charreteras completas, botas de repuesto y su correspondiente betún Hathaway. El General contó tres blanquísimos calzoncillos, su manta escocesa para abrigarse en campaña, un cojín de terciopelo, las espuelas de plata. ¡Vaya, Dancourt no ha olvidado nada! Con ancha sonrisa el jefe del Ejército del Sur levantó una botellita de la afamada tintura de Wm.

Rieger, la misma que usa el Rey Umberto de Italia para teñir sus canas, y silbando entredientes su mazurca predilecta pasó revista al botiquín viajado urgentemente desde Iquique, hum, aceite de Macassar para tan fatigado cuero cabelludo, leche Kalydor para su cutis reseco, cold cream, bandolina inglesa, sándalo de Midy para purificar orines, habitual *Buchú de Humboldt* que alivia jaquecas y aclara ideas, vermífugos, laxantes, hasta jabón eléctrico para que lavaran su ropa interior, maravilla curativa, cordial de Medoc, tres botellas de brandy, una de Old Tom Gin, agua de Vichy, elixir de coca, una libra de café, azúcar, té Oolong, un solitario salchichón trufado con pistacho, sus tirantes *knickerbocker*, la pareja de espléndidos revólveres españoles que le obsequiara la fábrica de Orbea Hermanos en 1874, cartuchos, papel de carta, su mondadientes de plata y una tijerita de uñas. Además traían un buen caballo argentino para Su Señoría, con una de sus monturas personales. El jefe de la escolta entregó al General una excelente espada de Toledo que le cedía el coronel Alfonso Ugarte. En fin, en un rincón del baúl encontró un estuche con cincuenta esterlinas de oro, veinticinco habanos "high life" y cuatro cajas de perfumados *abdullahs*. ¿Qué te parece, Mantilla? ¿me hago o no me hago querer? Invitarán desayuno al General Villamil y a su simpático sobrino Ezequiel de la Peña, ¿qué dices, Mantilla? Sólo ha olvidado Dancourt enviar algo de vajilla y cubiertos. Con toda discreción que nos hagan café, ¿eh? Cortaremos el salchichón con una bayoneta bien afilada, mmm, excelente, me encantan las trufas y el pistacho.

Mientras el jefe del Ejército del Sur se daba un baño usando una batea y salitrosa agua de pozo, el tren del coronel Masías regresó con cebada, carbón, harina tostada y charqui que de inmediato convirtieron en rancho para tropas que no han probado bocado desde que empezó la invasión. Reapareció el General Buendía en todo el esplendor de su mejor uniforme, esparciendo un bienoliente rastro a lavanda, tonificado por dos copas de cordial de Medoc, tres vasos de agua de Vichy y una dosis de elixir de coca. Todavía fresca la negra tintura de su cabello, salió de la estación sin quepís a ordenar que nuevamente Masías viajara

por el ferrocarril de Pisagua recogiendo pertrechos. El General tuvo que gratificar a fogoneros y brequeros para que volvieran a acercarse al ejército chileno. El maquinista, aquejado de inoportunos pujos intestinales, cobró doble gratificación. Después Buendía invitó a Villamil y a de la Peña a compartir su desayuno.

El cabo Godiño despertó a las nueve de la mañana, tras haber dormido catorce horas negras. Le pareció imposible despegar sus labios vueltos una sola costra después de la caminata de ciento cuarenta kilómetros al sol, transportando heridos y refugiados. Volvía de una tiniebla total, a salvo del fresco espanto de Pisagua, casi sin acordarse ni de su nombre ni de haber llegado ayer a este cobertizo donde gimen seres amputados y lloriquean criaturas que han perdido a sus padres para siempre. Al fin abiertos los ojos, reconocido el cuerpo de siempre, comprimiéndose y latiendo dentro de los habituales límites de su ser, aquí como de costumbre la cabeza, las dos manos, tan ampollados los pies y sin embargo intactos, se supo traspasado por un hambre de tres días y, aún perseguido por un cansancio que acaso le dure el resto de la vida, se incorporó a medias mientras removía una lengua de cartón para después, dolorosamente, ir separando labios hinchados, como sujetos por una espesa sustancia adhesiva que le arrancara la piel. Antes de proferir sonido alguno, Godiño descubrió al inmóvil cabo Timoteo Huamancusi, uno de los seis sobrevivientes de la primera compañía del *Independencia*, que rumiaba su pelota de coca frente a un pequeño cuerpo casi transparente. Comprendió Godiño que tal minúsculo cadáver era la misma criatura que rescató la primera noche en la Cuesta del Arenal y que Huamancusi había traído en sus brazos hasta Agua Santa sin encontrar a un médico en su camino.

El poblado de hirvientes techos de hojalata, con abandonadas oficinas salitreras, calderos y maestranza del ferrocarril, era un sitio nuevo para Godiño esa mañana del 5 de noviembre. Tres veces y sólo por negocios había llegado en tren al importante establecimiento de Dolores y vuelto de inmediato a Pisagua, sin sentir curiosidad por conocer el final de la línea y desde aquí

echar un vistazo al temido Tamarugal. Siempre usó breves vacaciones en visitar Iquique, donde revivía su pasado de urbicolimeño aficionado a trasnochar. Llegó ayer y considerando cumplidos todos sus deberes, fue a echarse sobre unos pellejos sin saber que elegía morgue y hospital por dormitorio. Ahora observa el gentío de extraños, cierto orden que hace sospechar que al fin ha encontrado a parte del ejército o que al menos se empieza a restablecer la disciplina. ¡Godiño! Era Rendón que salía de un sombrero con un cacharro colmado de agua. Te creíamos tieso, Godiño, ya eras sargento segundo y Rendón sargento primero, ascendidos todos por orden del propio General don Juan Buendía en el campo de batalla. Godiño no se emocionó. Sargento de qué, si la Guardia Nacional desapareció en Pisagua. Traga un hilo de agua para después beber a grandes sorbos hasta que le dolió el vientre y tuvo que apoyarse en Rendón mientras soltaba ácidas gargantadas. También Quincho lo ayudó a sentarse. Aliviaron su malestar con un tibio matecito de coca.

Después de dos tazas de café con azúcar y brandy y de haber despachado la mitad del apreciado salchichón, el General Buendía distribuyó cigarrillos turcos y fumó preocupado por la falta de noticias. Llegaba su equipaje pero el telégrafo olvida avisar la posición de sus batallones. Villamil, que prefiere saborear un habano, se extraña en alta voz de la aparente lentitud de las operaciones chilenas. En tres días de invasión han de haber terminado de desembarcar diez mil soldados y toda su artillería. Pero se contentan con fortalecerse en Pisagua y acaso mantener una avanzada en Jazpampa, para interceptar comunicaciones telegráficas del Supremo Director. Resulta difícil creer que así como los chilenos no estaban totalmente de acuerdo en desembarcar en Pisagua, pues algunos jefes preferían Moquegua, su alto mando no sepa qué hacer una vez capturado un trozo de litoral peruano. Sobre un mapa de Tarapacá, Buendía apuntó el lugar clave: Dolores. Allí se encuentran los pozos de agua más importantes de la región, que ha olvidado dinamitar. Por ahora, no pertenecen a nadie. Si los aliados logran afianzarse en las cerrilladas que rodean Dolores, los chilenos tendrán que

deponder de condensadores navales y no podrán alejarse más de dos jornadas de la playa de Pisagua. Terminaba su cigarrillo cuando el comandante Recabarren anunció que han llegado cuatro exploradores del Regimiento Húsares de Junín. El General salió a interrogarlos. Todavía se ignora el paradero de la División Vanguardia pero se aproxima una fuerza aliada de caballería y en Pozo Almonte esperan a un general boliviano procedente de Arica con instrucciones del Supremo Director. Los húsares, que vienen directamente de Iquique, explican que hay gran movimiento de tropas nacionales concentrándose en Pozo Almonte, al otro lado del desierto, donde ya acampan por lo menos cuatro mil soldados de infantería.

¡Los chilenos!

Buendía escucha el silbato de una locomotora acercándose a todo vapor.

¿No es el coronel Masías?

¡Chilenos, chilenos!

Una confusión sin freno estalló por el campamento de Agua Santa. Quinientos bolivianos del *Aroma* arrojan sus rifles y se dispersan perseguidos por oficiales que no los pueden detener.

¡Chilenos, chilenos!

Volaba la locomotora sin convoy, ocupada sólo por el maquinista, un fogonero y el coronel Masías que vocifera, peligro, peligro, vienen chilenos. Nadie persigue a la máquina exhalada por la salitrera.

¡Chilenos! ¡chilenos en Jazpampa! ¡Chilenos cerca de Dolores!

—¡Grandísimo cojudo! —masculló Recabarren comprobando una lamentable confusión: rancho volcado, armas tiradas en cualquier parte, heridos arrastrándose fuera del hospital, rabonas abriendo cajas de munición, soldados que se parapetan.

—¡Chilenos, mi General! —jadeó el coronel Masías. El susto transparentaba sus orejas. Había abandonado al resto del convoy y a los brequeros y a sus doce soldados de escolta y al mayor Emilio Coronado y a dos subtenientes.

—¿Y dónde están esos chilenos que no los veo, señor coronel? —siseó Villamil.

—Caballería, mi General. Está en Dolores.

—¿En Dolores?

—Sí, mi General. Una avanzada.

—¿Y usted los vio?

—Bueno, la verdad que personalmente no los he visto, mi General. Pero fuimos informados.

Villamil murmuró que es un bellaco de mierda y luego contempló, entre furioso y avergonzado, la dispersión de sus propios soldados. Buendía llamó a sus ayudantes para que empaclaran su recién llegado equipaje. Luego llevó aparte al coronel causante de la confusión. No lo deseaba como intendente de campo pero el Supremo Director recomendó su nombramiento y el jefe del Ejército del Sur cambió de parecer, Masías no se le ha separado en los últimos seis meses. Ordenó que dispusiera lo necesario para continuar la retirada. Irán, pues, a Pozo Almonte. Espera que la disciplinada proximidad de batallones de línea peruanos controle la constante deserción de bolivianos.

Ciento setenticinco cazadores chilenos ocupaban Jazpampa esa mañana y al atardecer aparecían en Dolores. Capturan copias de telegramas, forraje, herramientas, vagones cisternas repletos de agua, charqui en abundancia, menestra, leña, carbón, locomotoras con sus carboneras repletas, intactos pozos con maquinarias en pleno funcionamiento, hasta pólvora y cartuchos de los aliados y todo cuanto la precipitada fuga del coronel Masías abandonó sobre los rieles que conducen a Agua Santa. El coronel chileno Vergara nada más ordenó que los trenes se movieran en dirección contraria, rumbo a la costa. Provocaba adornar las locomotoras con grandes cintas de regalo y tarjetas que dijeran: obsequio del enemigo. Ahora los invasores disponen de material rodante para moverse entre Pisagua y los inagotables pozos de Dolores, el más importante depósito de agua subterránea de Tarapacá.

Los setecientos soldados de que dispone Buendía en Agua Santa hubieran bastado para echar de Dolores o Jazpampa a los dos escuadrones chilenos que cautamente exploran el interior abandonado. Pero ni Buendía ni Villamil confían en el espíritu combativo de estos colecticios mal uniformados que murmuran

la conveniencia de regresar a Bolivia mientras se pueda. Ni siquiera ayudan a destruir la maestranza y a preparar la larga marcha por el filo del Tamarugal sin sombra. Cuando al anoche- cer el jefe del Ejército del Sur inspeccionó la caravana, ya el coronel Masías se había evaporado. Eligió para sí las mejores mulas y se largó bien pertrechado en dirección de Arica. Para transportar provisiones y heridos, el intendente de campo dejó 74 bestias, entre jamelgos, mulas hambrientas y piajenos, y ape- nas once carretas de las que sólo seis pudieron usarse al romper la mañana, porque faltaban troncos y arneses.

El teniente coronel peruano Ventura Sepúlveda avistó Agua Santa en llamas después de una cabalgata de tres días desde Iquique.

—No vayan a ser chilenos, señor —se preocupó el negro Ramírez, diez años jinete del Regimiento Húsares de Junín.

—A ver si cierras esa bemba —gruñó el sargento Pimen- tel—. Son bolivianos con ojotas.

—Todo el mundo se larga a Pozo Almonte —el húsar Va- lladares volvió grupas para informar a sus jefes.

Sepúlveda comanda una minúscula fuerza de caballería, to- da la que pudo reunir el Estado Mayor General el mismo día de la invasión: 46 Húsares de Junín y 44 húsares bolivianos del Regimiento Bolívar. Más de una vez el teniente coronel ha pro- testado porque la caballería de línea está a pie. Al comenzar la guerra leyó en los diarios capitalinos que existe en Lima una elegante Columna de Honor montada en grandes potros y cuyas cien espadas fueron adquiridas en España por el banquero Dio- nisio Derteano. ¿Se da usted cuenta, Chocano? Sí, mi coman- dante, y he escuchado que usan bonitos uniformes. Sepúlveda tuvo que remontar a sus soldados en caballitos de paso, buenos para una excursión campestre, y esos cuarenticuatro jinetes bo- livianos carecen de sables o lanzas, así que cuando encuentren chilenos tendrán que echar pie a tierra y combatir con sus largos rémington de infantería. Los Húsares de Junín pueden luchar con sables comprados durante el primer gobierno del General Castilla, hace veintitantos años, pero sus livianas carabinas Hen- ry no son ni tan rápidas ni tan precisas como los Winchester mo-

delo 1877 que usa la caballería enemiga. Tampoco ignora Sepúlveda que los escuadrones chilenos se mueven en número superior y en bestias de gran alzada. Despachado directamente desde Iquique, creyó encontrar al menos una división en Agua Santa y ahora descubre que Buendía continúa retirándose. A una milla de la humeante estación final del ferrocarril de Pisagua, Sepúlveda encontró al jefe del Ejército del Sur.

—Mi teniente, ¿y a qué hora tomamos agua? —protestó al fin el negro Ramírez.

—A los que hablan poco, les espera una cerveza —sonrió el teniente Gómez. Formados en columna, observaban conferenciar a su jefe con el General.

A Sepúlveda le llamó la atención la aliñada y fresca apariencia de Buendía. Informó de la situación en Iquique hace tres días.

—Bien, bien —repite el General. ¿Adónde van a ir Sepúlveda y sus húsares? A acechar chilenos, por supuesto. Que siga por la línea férrea hacia las salitreras de Germania y Negreiros y que detenga a las avanzadas enemigas conservando el último tramo de ferrocarril mientras el General regresa con todo su ejército.

Sepúlveda escuchó sus órdenes sin pestañear. Noventa hombres mal montados y la mitad sin espadas han de paralizar a la vanguardia enemiga cuántos días, mi General... ¿Tres, cuatro? ¿Una semana o dos?

—¿Eso ha dicho? —se resistió a creer el boliviano mayor Soto.

El sargento Pimentel y una patrulla de húsares volvían tosiendo de Agua Santa. Atravesaron el holliniento vaho del incendio sólo para descubrir que las máquinas de los pozos han sido destruidas.

Necesitaban descansar. Y no hay más remedio que seguir adelante. Pican espuelas, trotan los húsares sobre exhaustas calgaduras avanzando pegados a la línea férrea. El negro Ramírez va recordando en alta voz mejores épocas para su famoso regimiento. Su estandarte es el mismo que presidió la liquidación de la caballería realista en las pampas de Junín bajo la mi-

rada ardiente de Simón Bolívar. Los vencedores de una de las más importantes batallas de caballería de la historia, vistieron idéntico uniforme al de esta lamentable columna que demora bajo el sol. Ni siquiera nos guardaron un poquito de agua, ¿qué le parece, mi sargento? Y sabían que estábamos al llegar, mi teniente. No jodas, negro, cierra la jeta. Está bien, mi sargento, pero uno tiene que protestar, no somos el enemigo carajo, hay que acordarse pues de los camaradas o usted cree que don Simón Bolívar no nos hubiera invitado su buen rancho y su bastante agua. El sargento Pimentel rabia mientras ríe el teniente Emilio Gómez, oye, Ramírez, don Simón tenía a los negros bien encadenados para que le trabajaran sus haciendas. ¿De veras, mi teniente? Oye negro cojudo, se amarga el sargento, ¿acaso mi teniente es un mentiroso? Uno siempre se puede equivocar, siguió cuchareando el húsar chinchano. Tenía veintinueve años. A los trece se fue detrás del coronel Mariano Ignacio Prado y acabó en Lima, armado de una carabina, metiéndole plomo al palacio de gobierno. También era vencedor del 2 de Mayo, qué se ha creído el sargento, y ahora, pues, mi General Prado necesita de su negro Tarsilio Ramírez Ramírez para pegarle a los chilenos. Ocho horas después de abandonar Agua Santa, la columna de Sepúlveda se detuvo ante la desierta estación de Germania.

La primera compañía debía explorar.

—¡Pimentel, Ochoa, Valladares, Ramírez! —cantó el teniente Gómez.

Los húsares desenvainaron sus sables. Entraban despacio al caserío. Como si alguien esperara en estas casuchas, mi sargento. El viento batía puertas sin cerradura. Otros jinetes husmean túneles y hoyos abiertos en la vecina salitrera. Veinte metros detrás de sus exploradores, Gómez desmontó el percutor de la carabina: ni un alma, mi comandante. Aquí, allá hay rastros de una retirada que más bien parece otra cosa, opina Ramírez que el General Buendía salió corriendo, fíjese usted mi teniente como han botado chassépots y hasta cajas de cartuchos.

Sepúlveda decidió descansar. Montan bestias de remos delicados, no hechas para la guerra. El teniente Octavio del Mazo

encontró forraje. Ya la primera compañía activaba la máquina del pozo alimentando cantimploras y bateas para abreviar a los caballos. Una partida de bolivianos reúne leña. Habrá rancho y paz por unas horas. Sepúlveda eligió unos cerritos para ocultar su campamento y distribuyó vigías y un corneta frente a la ruta de Negreiros. Después ordenó desensillar.

Tan pronto bebió un cacharro con infusión de coca, el comandante Chocano se estiró cuan largo era, con la cabeza apoyada en la montura. El viento arrastra bocanadas de horno: es la tierra que se sancocha a las cuatro y media de la tarde. Entrecerrando los ojos persigue un sol como una naranja en llamas. Lo verán ponerse los chilenos bien acampados en la más fresca bahía de Pisagua. Observó a Sepúlveda que inspeccionaba herrajes. Después se cubrió con el quepís para regalarse un sueñito. ¡Dios mío, murmuró, qué cansado estoy!

Los voraces dientes del húsar Tarsilio Ramírez arrancan hielas de charqui mientras explica que las negras se quedan en su casa o acaso habían visto rabonas mandingas. No, señor. Por suerte, la caballería en campaña no anda seguida de rabonas. Mejor un caballo que esas cholas celosas y peleadoras. Claro, en momentos de necesidad, uno tenía que sacrificarse, ¿no es verdad, mi sargento? Y no me mande a cuidar caballos, mi sargento, porque hoy le toca a Valladares, ya es tiempo de tragarse la ración de mote y de dormir cinco o seis horas sin que nadie los interrumpa.

Entonces sonó el clarín. Tocaban generala.

—¡Enemigo a la vista!

Por los cerritos de Negreiros llega un pelotón de Cazadores chilenos.

Nos jodimos, mi teniente. Hay que ensillar y a la vez defenderse.

—¡Primera compañía! —tronó Sepúlveda— ¡Guerrilla y fuego a discreción!

Aquí terminó la gran guardia avanzada a órdenes de Ventura Sepúlveda. Después recobró la confianza en una victoria. El teniente Emilio Gómez abría a sus húsares en guerrilla mientras cuarenta chilenos se desplegaban para cargar a sable. La

súbita minúscula crepitación de las carabinas Henry contuvo la amplitud del galope chileno. La descarga de la primera compañía desmontó a siete enemigos. Los Cazadores volvieron grupas.

En el campamento ensillaban también a los veinticinco caballos de la compañía de Gómez. Y de pronto el frente quedó vacío de enemigos. Sólo sus heridos se retuercen sobre pedregosas ondulaciones.

El corneta insistió en tocar generala.

Sepúlveda olfateaba la tarde: allí, detrás de esos cerros, crece el enemigo. ¿Acaso cien? ¿Más de un escuadrón? ¿Todo un regimiento? Ordenó a Gómez que se replegara para montar, sustituyendo a los Húsares de Junín por una guerrilla boliviana.

Tarsilio Ramírez mostró su blanquísima dentadura aliviado de hallarse a caballo, porque no había nacido para pelear a pie. Remolineaban sables a la espera del combate. Sepúlveda dominó a su bestia que corcoveaba. Entregó la segunda compañía de peruanos a los tenientes José Loza y Octavio del Mazo, tomó personalmente el mando de la tercera compañía con veintidós bolivianos secundado por el teniente Clodomiro Puente Arnao y dejó la modesta reserva a órdenes del mayor boliviano Manuel María Soto. Hundiendo espuelas en su tordillo de paseo, el comandante Chocano se colocó junto a Sepúlveda. Otra vez miró el sol que parece detenido. No eran todavía las cinco de la tarde.

La corneta seguía sonando en los cerros de Negreiros.

—¡Vamos por ellos! —decidió Sepúlveda— ¡Viva el Perú!

En ese momento percibieron la trepidación de la caballería enemiga que concluye de acorralarlos.

¡Viva Chile, mierda!

Alentado por la charanga de su regimiento, un escuadrón de Cazadores cargaba de frente.

Otro escuadrón embestía de flanco.

Nunca tan ligero el sable en esta mano fuerte: Ventura Sepúlveda clavó sus espuelas en la bestia y al grito de viva el Perú, viva Junín carajo, atacó con sus jinetes. Sesenta contra ciento setenticinco. Como el viento, como afilado silencio el

combate: todo a cuchillo, a borbotones de sangre. Atrás montaban de prisa los bolivianos de la reserva y para qué, si están desnudos en este duelo con arma blanca. Sepúlveda pasó entre chilenos al galope, saizando al menos un cuerpo, pero los Cazadores se revolvieron persiguiéndolo y el jefe peruano se desplomó sólo para seguir peleando en tierra, la mano izquierda rebanaada, con un gran tajo a través del pecho.

Una espada chilena le abrió en dos la cabeza.

El comandante Chocano yacía degollado boca abajo.

Huían el mayor Soto y la reserva de bolivianos, abandonando a sus camaradas del regimiento Bolívar que se defienden a culatazos.

—¡Mi teniente, usted está al mando! —gritó Ramírez.

Ahora se mueve el sol escarbando sombras profundas entre Negreiros y Germania. Como un frío en punta, como una fiesta la matanza. Cierta ebriedad, una risa relincha en los pechos que vencían.

El húsar Ochoa se le fue a la garganta a un capitán de Cazadores. Cinco espadas lo despedazaron.

También mi teniente Gómez ha muerto, ya me jodí: el chinchano Tarsilio Ramírez estrella el sable furiosamente contra espadas enemigas que se multiplican en busca de su cuerpo empapado. Su pobre caballo no consiguió saltar por la repentina brecha, aquella última oportunidad de vivir. Pudo ver al cholo Valladares tumbado sobre una bestia sin freno, desapareciendo de este campo no sabe si ya muerto o sostenido por un resto de vida sin esperanza. Porque este choque no ha bastado para que todos los filos chilenos prueben carne, comienzan a repasar heridos, a mutilar a sus prisioneros bolivianos. Alcanzó Ramírez a rebanar una garganta chilena antes de que un violento tajo lo abriera por los riñones. Sólo después de siete golpes de espada lo abandonaron sobre la pampa.

Pero Tarsilio Ramírez no ha muerto. Decidió parecerlo. Se desangraba por la espalda y el pecho, había perdido una oreja, un pedazo de cuero cabelludo, tres dedos en la diestra. Ya se ocultaba el sol. Soporta esta llaga universal casi sin respirar, oyendo gritos de ebria victoria más fuertes que gemidos y sú-

plicas y estertores. Uno a uno pasan a cuchillo a aliados heridos o prisioneros. Desmontan para hincar a los tumbados. También a Ramírez le clavaron una espada y no se movió. Insistieron en hurgarlo filudamente hasta que su inmutable cara de muerto aburrió a los asesinos. Junto al negro se revolvía un chileno con las tripas al aire. El moribundo lo sorprendió en un parpadeo. ¡Hay uno vivo, vengan! Cuando regresaron los asesinos, el chileno estaba tieso. Habrá sido una alucinación, deliraba. Por última vez pincharon a Tarsilio que se obstinó en seguir difunto. Una noche helada arremetió por la cordillera. Dos horas después de haber sido sorprendida la pequeña avanzada de Ventura Sepúlveda estaba exterminada. Como una gran culpa al acecho, como una mirada de Dios calosfriaba a los chilenos. Rápidamente recogieron a sus muertos y heridos. Partían con prisa, de espaldas al crimen.

Sólo después de una hora de silencio, Tarsilio se atrevió a quejarse escondido por la camanchaca nocturna. Ni siquiera gritó a plenitud. Gemía en voz baja, como temiendo todavía una emboscada. Luego se arrastró un palmo y otro, vagamente en busca del campamento en Germania.

Informe de la Legación del Perú en Bolivia

(Muy reservado)

Número 239-40

Señor Ministro:

El día 5 de los corrientes me constituí en el despacho del Excmo. señor Ministro de Relaciones Exteriores, a informarme si verdaderamente había recibido un extraordinario con la funesta noticia de haber muerto envenenados los Excmos. señores

generales La Puerta y Prado, como se circulaba con harta insistencia en el público. Se me dijo que tales noticias eran invención de ciertas personas poco afectas al orden establecido y entrando después en íntimas confidencias sobre la guerra en que nos hallamos empeñados, se me dio conocimiento del oficio en que el cónsul de esta República en Glasgow comunica sus gestiones sobre la compra de varios buques de guerra. Pedí y se me dio copia del oficio indicado, que tengo el honor de acompañar para el uso que Vuestra Señoría estime más conveniente.

En mi oficio reservado N^o 233 tuve el honor de reiterar a V.S. que aquí no había temor alguno de que sea alterado el orden público, salvo el caso de un contraste con el ejército aliado. Ese caso ha tenido lugar, con motivo del desembarque del ejército chileno en Pisagua, que por una fatal coincidencia se anunciaba desde días antes y se ha confirmado por el correo del día de ayer.

Tanta mayor insistencia tomaba el rumor de un próximo desorden, cuanto que por personas caracterizadas supe, y lo puse en conocimiento del Gobierno, que varios indígenas de Canchas Blancas y demás lugares recorridos por el célebre comandante de armas de Calama, don José María 2^o Soto, habían venido con la propaganda de que los chilenos les traían la abolición del tributo y la más amplia independencia de su raza. Los indios de las cercanías habían venido a ponerse de acuerdo con los cholos de esta ciudad, y todo pronosticaba que no estábamos lejos de un tremendo cataclismo.

El Gobierno adoptó medidas sagaces y prudentes, como la de abandonar la reunión de nacionales, la de alejar amistosamente al caudillo popular doctor don Daniel Núñez del Prado y la de aumentar su gendarmería, que hoy sólo consta de 80 plazas por falta de armamento.

Esperando que V.S. se dignará poner este oficio en el conocimiento de S.E. tengo la honra de suscribirme su muy atento y seguro servidor.

J. L. Quiñones

P.S. Acaban de confirmarme el rumor que circuló en la mañana, de que un grupo de cholos había recorrido anoche el barrio llamado de Chocata, dando vivas a Chile y a Soto.

El nuevo blindado peruano

(De "El Mercurio" de Valparaíso)

Por las noticias del Perú se sabe que por suscripción popular —como la de los famosos millones del principio de la guerra— se va a costear un blindado que llevará el nombre de Contra-almirante Grau. Nuestro Gobierno, según se nos ha informado en carta de Santiago, piensa dar orden a nuestro ministro en Londres para que lo inspeccione, no con el objeto de impedir su salida sino de que sea construido lo mejor posible, ni más ni menos que si se tratara de una nave destinada para Chile.

Que sea lo que tenga en mira nuestro Gobierno, no lo sabemos; pero adivínelo si puede el lector.

Y no se crea que esto es broma. Es tan cierto lo que decimos, como lo de que el Perú tendrá blindado por suscripción popular.

Cita secreta entre Quimper y Grace

Mientras la marmolería vecina a la tienda de Serdio Hermanos hace buen negocio con la venta de quinientas fidedignas estatuillas del héroe Miguel Grau y en el almacén de Kant se agotan barrilitos de *choucroute* llegados en el último vapor de la Kosmos, los limeños siguen procreando y discutiendo y, en

fin, falleciendo entre resposos y discursos fúnebres que exaltan virtudes cívicas de las que casi abandonadas y hambrientas tropas del lejano sur comienzan a dudar. El lacónico informe de la Beneficencia Pública señala que debido a la peste, este es el octavo mes en que las defunciones superan ampliamente a los nacimientos. Pero aparte de trescientas dieciocho víctimas de viruela en octubre, el balance confirma que la invasión de Tarapacá no ha modificado aún las causas más bien banales que llevan a limeños y a chalacos a la tumba, principalmente calenturas, esa otra enfermedad de modistillas que es la tos con sangre, dos o tres casos de irremediable eclampsia, obstinados reumatismos, congestiones cerebrales, escorbuto, vulgares hemorragias, sobrepartos, enfriamientos, aneurismas, caídas, cólicos, mal de riñones, uno que otro cáncer al estómago y hasta un par de asesinatos en barrios de mal vivir. El vecindario se queja de la lenta pavimentación del Portal de Escribanos, empezada en 1878, y se apretuja por última vez ante el *Panorama*, cuyos cuadros tridimensionales que muestran ciudades europeas y fieras africanas, serán pronto embalados con destino al pacífico puerto de Guayaquil. Además de Pisagua, preocupa a la ciudad la carestía de pan reglamentario, es decir aquel de trescientos gramos de peso que debe venderse a un real, precio que según los señores panaderos los está llevando a la ruina. Ni siquiera *don Murciélago*, el erudito-humorista-estadígrafo Manuel Atanasio Fuentes puede informar cuánto ha subido el costo de vida en Lima a consecuencia de la guerra y sus reveses, pero la Municipalidad repartía multas con rigor desconocido, como demostrando que se preocupa por su pueblo: cien soles a la casa Louveau y Lannois por falsificar ajeno *Ricard*, cien soles a la fonda de la calle Villalta por tener la cocina sucia, cien soles a la fábrica de Licores de Piedra Liza por emplear jarabes prohibidos, cincuenta soles a la chingana de la calle Pejerrey por falsificar anisado con esencia de anís y ron, veinticinco soles al pastelero de la calle Mariquitas por preparar dulces en peroles de cobre sin estaño, diez soles a una fonda de chinos por arrojar meados a la vía pública y otras doscientas multas por faltas tan variadas como la de lavar carretas que transportan a los muertos de viruela

con aguas del Rímac que río abajo recogen los zambos del Tajar para beber y dejar basura en sitios prohibidos o no desatorar desagües causando aniegos con excrementos líquidos. Las aduanas registraban como siempre el ingreso de manufacturas inglesas, vinos y quesos y encajes y sombreros de Francia, ladrillos y cemento norteamericanos, arroz indio, opio y cristal y calzoncillos y bacalao y porcelana y corsets y dinamita y pimienta y velas y juguetes y tabaco y cuanto se pudiera necesitar para la más opulenta vida en esta Edad del Vapor y naciente Electricidad. Aparte de divertidas funciones de teatro, casi siempre salpicadas con declamaciones patrióticas y juguetes cómicos sobre los rotos y su gobierno, hubo un importante concierto militar organizado por el Regimiento Lanceros de Torata, con la intervención de siete bandas de músicos que estrenaron, dirigidas por el maestro y compositor Koapil, la Marcha Fúnebre Miguel Grau.

Hasta que una temprana noche de noviembre comenzó la leva. Por orden del General La Cotera, patrullas de soldados conducen a diversos cuarteles a los varones en edad de combatir. No importa si bien o mal trajeados, o si anteriormente se han ofrecido de voluntarios, todos acaban de trasnochar incorporados a la milicia. Las patrullas ni siquiera discuten con quienes se sienten importantes e intocables o que, perteneciendo a un cuerpo militar, se atreven a salir con vestimenta de paisanos. A los treinta efectivos de la Columna Constitución que trabajaron hasta las cuatro de la mañana en las nuevas fortificaciones de La Punta, los llevaron cuando volvían a sus casas, sin que los reclutadores prestaran atención a sus papeletas de servicio activo. En Chorrillos la leva estuvo cerca de originar una pequeña guerra civil, pues el vecindario se opuso a la cacería de reclutas y la policía de seguridad tomó el partido local, consiguiendo desarmar a las patrullas enviadas desde Lima y encerrándolas a punta de fusil en la comisaría del balneario. Había tenido que intervenir un general de brigada para restablecer la paz chorrillana y hoy que ha concluido su diaria conferencia con el cajero fiscal, el señor Ministro de Hacienda estudia el último editorial de "El Comercio". *La formación de nuevos cuerpos para el ejército de reserva se hace hoy, según tenemos enten-*

*...dido, reuniendo en el mismo grupo hombres que, por su profesión, costumbres y demás condiciones personales, no pueden formar un conjunto homogéneo y capaz de ser dirigido a un fin determinado con facilidad y garantía de buen éxito... —*Químper acepta el café humeante que le acerca el secretario Prince— *...Creemos que esa mezcla, si se mantiene de un modo permanente, no podrá conducir a buenos resultados jamás. El hombre acostumbrado a las marchas violentas, a los ejercicios de fuerza, no será nunca secundado eficazmente por el que, habituado a una vida sedentaria, natural en ciertas profesiones sociales, haría ímprobos esfuerzos por imitarlo y seguirlo. Es, pues, indispensable clasificar a los nuevos soldados por sus profesiones... —*Químper echa mano a afiladas tijeras, decide recortar el comentario periodístico— *...Bien comprendemos que en países democráticos no debe hablarse de clases sociales altas y bajas: en el Perú todos somos iguales...* Muy bien, sonrío el doctor Químper, por hoy las furias cívicas se concentran en el General La Cotera. La copiosa leva ordenada a consecuencia de la invasión de Pisagua, también preocupa a los funcionarios de su Ministerio. Esos miles de reclutas limeños y los que van llegando de todas las provincias han de ser vestidos y alimentados y después provistos de armamento. La Cotera le explicó ayer cuál es el lamentable equipamiento de las tropas del Sur, cuyos quepís ni siquiera tienen un trozo de tela que proteja pescuezos del violento sol del desierto. No bastan rifles, también se necesitan fornituras, dril, cantimploras y bombas de mano, barricas, carromatos, caballerías. El Ministerio de Guerra va reuniendo una reserva de casi treinta mil hombres, por cuyo mantenimiento pasa la cuenta al despacho de Químper. Para empezar, había fortalecido el valor de los billetes. Debido a su combinación en las aduanas para frenar los excesos de especuladores y judíos cambistas, el valor de la plata bajó a 140 y luego a 120 por ciento para la cancelación de aforos y, mediante otra operación en la que ayudó el Banco del Perú, en especial Manuel Candamo, logró estabilizar el precio de la plata para el mediano comercio en 138 por ciento. Empezaban a confiar en el papel moneda. Cuando a través de la Junta de Vigilancia el Gobierno vendió a

los comerciantes al por menor, letras sobre Europa a 15 peniques aunque tomando precauciones para que no cayeran en poder de agiotistas o segundos negociantes, pareció que la crisis económica estaba superada. Los millones de soles en billetes que el señor Químper conserva en la caja fiscal, habían subido de precio casi un cuarenta por ciento en apenas ocho días. Sin un Congreso que constantemente desaprobe sus decisiones, el Ministro de Hacienda disfrutaba de sus audaces combinaciones. Puntualmente a las nueve su secretario anunció que había llegado el señor Grace.

—Que pase.

Químper avanzó a su encuentro.

—Debo felicitarlo, señor Ministro...

—¿Por qué? —se dieron un apretón de manos.

—...la situación ha mejorado mucho, verdaderamente mucho. Y el mérito es suyo.

—Asiento, señor Grace —Químper había sido alcanzado por el elogio.

—Muchas gracias. ¿En qué lo puedo ayudar?

—Agradezco su interés, señor Grace —pausa Químper, reúne las yemas de sus dedos, sonrío afablemente. Jamás se ha encontrado con Grace en fiestas, ni ha hecho tratos privados con él. No le debía favores—. No, señor Grace, no quiero su ayuda...

—¿Ah?

—...deseo hacer algunos negocios importantes con usted.

—Bien —Grace sonrió—. Estoy a sus órdenes.

—Vamos a tratar asuntos que son secreto de estado.

—¿Armas?

—Sí, en efecto. Armas norteamericanas —Químper mira por la ventana esos agitados campanarios que convocan a los fieles a rogativas por la victoria— ...veinticinco mil rifles peabody, cuarenta ametralladoras livianas, cuarenta cañones modelo krupp, siete mil carabinas winchester, siete mil sables de Pittsburgh, quinientas corazas, tres mil revólveres colt...

—Señor Ministro —interrumpió Grace—, me pide usted un ejército. Eso cuesta una verdadera fortuna.

—Ciento cincuenta mil libras esterlinas, según las cotizaciones y tarifa de fletes que obran en mi poder.

—¿Tiene su gobierno esa cantidad de dinero?

Quimper se inclinó adelante como si fuese a susurrar un secreto.

—La tiene.

—Hubiese jurado lo contrario, señor Ministro. Bien, en ese caso habrá que encargar de inmediato su pedido a los fabricantes.

—Espero que lo haga usted personalmente, señor Grace. Aquí tiene la lista completa. Será usted nuestro único y secreto intermediario, ¿de acuerdo?

—Considero que su confianza es todo un honor, señor Ministro.

—Ahora quisiera acordar con usted otra adquisición que puede despachar inmediatamente por intermedio de su casa en Nueva York.

—Supongo, señor Ministro, que existe algún acuerdo confidencial con el excelentísimo señor Christiancy —volvió a interrumpir Grace.

—Para la compra inmediata hemos obtenido autorización de Washington, un secreto también, entienda usted. Se trata de cinco mil rifles peabody, seis ametralladoras, dos millones de balas y cinco millones de casquillos...

—Así que eligieron el peabody —sonrió Grace—... un rifle excelente.

—...hay stock, así que esperamos recibir este armamento dentro de un mes —Quimper estiró el brazo entregando a Grace una letra contra Nueva York—. Son veinticuatro mil libras esterlinas pagaderas a la vista. Esta suma cubrirá la compra y el transporte hasta Colón. Nosotros nos encargaremos del flete hasta el Perú.

—¿Y respecto de la otra operación?

—Usted ordene la fabricación de las armas. Un alto enviado secreto se ocupará posteriormente de los detalles en Estados Unidos. En cuanto al pago de las ciento cincuenta mil libras esterlinas, mi Gobierno puede efectuarlo por partes, en un plazo no mayor de noventa días. ¿Le parece bien?

—¿Estaría cancelado a la entrega de la mercadería?

—Sí.

—¿Habrá un adelanto?

—¿Qué le parece si la Casa Grace adelanta quince mil libras contra un crédito por víveres y materiales para sus buques? Grace reflexionó.

—Estoy de acuerdo.

—Tan pronto usted confirme que ha sido colocado nuestro pedido, le enviaré ocho mil esterlinas a Nueva York. A fin de mes me comprometo a girar otras diez mil, lo que hará un total de treintitrés mil libras. Ustedes despacharán el armamento a medida que salga de las fábricas. Nos comunicaremos por intermedio de mister Tracy, nuestro cónsul, y estrictamente en clave. Espero poder transportar esas armas en buques propios. Ha de estar todo terminado antes de marzo.

Intercambiaron sonrisas. En diez minutos liquidaban el negocio.

—Ahora creo posible que ganen la guerra, señor Ministro.

—Usted es un hombre de negocios, señor Grace... ¿cuánto cree que vale todo el salitre peruano y boliviano?

—¿Todo?

—Todo.

—Hum... ¿quinientos millones tal vez?

—¿Millones de qué?

—De libras, claro.

—¿Y todo el guano del sur?

—Cuarenta, cincuenta millones.

—¿Y las minas de plata? ¿el yodo? ¿Cuánto valen cuarenta mil leguas cuadradas de territorio?...

Grace abrió las manos y las desplomó. ¡Imposible calcularlo!

—...¿toda la propiedad privada? ¿los muelles? ¿los ferrocarriles? ¿A cuánto ascenderá una indemnización de guerra? —ahora Quimper se alzó de su sillón—. Creo haber respondido a su curiosidad, señor Grace. Espero que continúe usted siendo nuestro socio y que ganemos este repugnante negocio de la guerra.

También Grace se levantó.

—Señor Ministro, mis hermanos y yo estamos a sus completas órdenes.

—Contaba con ello, señor Grace. Buenos días.

Volvieron a darse un apretón de manos. En la antesala, donde cuelgan retratos de antiguos ministros de Hacienda, desde el General Castilla hasta Manuel Pardo, mister Grace se cruzó con el General La Cotera que llegaba con sonoros taconazos. Venía del Callao, de recibir a la señora Magdalena Ugarteche de Prado y su hijo Maximiliano, que acaban de salir de Arica a bordo del vapor inglés "Lontué". El Ministro de Guerra saluda jovialmente a mister Grace que empieza a preguntarse qué misteriosa vitalidad mantiene en pie a este gobierno privado del apoyo civilista y a pesar de los desastres militares en el sur.

—Que nadie nos moleste —ordenó Químper desde la puerta. Cerró tras de sí—. ¿Y bien? ¿que sabes de Prado?

El General desabrocha la guerrera, deposita un sobre cuyo lacre está roto, se sienta en la butaca del señor Ministro de Hacienda que a su vez ocupa el sillón que hace un rato usara mister Grace. Estos dos hombres manejan ahora al Perú con la aprobación del anciano La Puerta.

—Aprueba la elección del peabody como rifle único. Por allá andan de mal en peor. Aún no hemos enfrentado a los rotos en toda la línea, pero la situación empeora. El cojudo de Buendía obsequió todos los pozos de agua y el ferrocarril intacto. ¡Viejo de mierda!

—Déjame ver —Químper desdobra el escrito del Supremo Director ignorando el resentimiento de La Cotera. El actual Ministro de Guerra se le sublevó a Buendía cuando Chile atacó en abril pasado. Ganó Buendía y La Cotera terminó relegado en Lima, hasta que el General La Puerta lo convirtió en su Primer Ministro. Químper recorrió la fatigada escritura de Prado: se queja del estado material de sus tropas, desconfía de Daza, ordena prepararse para una larga campaña. El Perú necesita buques y armas modernas. Químper devolvió la carta—. Por un tiempo tendrán que aguantar con lo que ya tienen.

—¿Qué dijo Grace?

—Los primeros cinco mil rifles serán embarcados de inmediato. El resto se irá pagando en noviembre para que lo entreguen a principios del 80.

—Formidable. ¿Cómo le va a Canevaro?

—Arreglado. Es un tipo difícil, pero ya está arreglado.

—¿Todo?

—Todo. Veinticinco ametralladoras inglesas, diez mil rifles, cuarenta cañones krupp probablemente modelo 1879 y cinco millones de cartuchos. Hemos cambiado telegramas en clave.

—¿Y tiene los fondos necesarios?

—Hasta el último centavo. Se hará el envío como has ordenado. Un vapor inglés fletado hasta Colón. Tracy fletará otro vapor en San Francisco para recoger la carga al otro lado del istmo. Podrás armar treinta batallones para fines de diciembre.

—Parece un milagro.

—La misión naval puede salir a Estados Unidos esta semana. ¿Quién viaja?

—El comandante Astete.

—Hum. ¿No es pierolista?

—Mejor que mejor —La Cotera guiñó un ojo—. ¿Como anda la colecta nacional?

—Más entusiasmo que fondos. Cuando acaben de pasar el sombrero, podrán comprar medio blindado y pequeño. Nunca me informan de cómo avanza la recolección, parece que me tuvieran miedo. Tengo que enterarme por las listas que publican los diarios.

—También yo... hay ausentes importantes, ¿no te parece?

—Es que los verdaderamente poderosos están trabajando conmigo —rió Químper. Ciertos peruanos residentes en París podrían obsequiar un acorazado pagándolo libra sobre libra. Ayudaban al Gobierno a conseguir un arreglo definitivo con sus acreedores extranjeros—. Ya tengo una fórmula aceptable para el *Crédit Industriel*. . . negociar guano y salitre a la vez.

—¡Pero no se puede! ¡El Congreso sólo autoriza a negociar el guano!

—Es que sólo con el guano no hay trato posible. Yo conseguiré un millón de libras esterlinas antes de fin de año, sólo

en París. Y espero reunir medio millón más entre Londres y Nueva York muy pronto...

La Cotera asintió gravemente.

—...cuando esté reconstruida la escuadra y tengas tu ejército de cincuenta mil soldados, que me metan preso si quieren.

A la victoria o a la muerte

A las seis de la mañana, cornetas de diecisiete batallones rivalizaron en tocar ataque y generala desde la plaza de la aduana hasta el Morro de Arica. Nueve bandas militares arrancaron después una descomunal retreta con pasodobles y mazurcas. Guirnaldas de flores cuelgan en estas calles de fiesta, que minuciosos adornistas provincianos han embellecido con cadenas de papel, triunfantes arcos de cartón, banderas del Perú y Bolivia y grandes toscos retratos de Sus Excelencias Prado y don Hilarión. Campanean a rebato, trepida la gruesa sirena del monitor "Manco Cápac", retumban veintiún cañonazos saludando el comienzo de este inolvidable 11 de noviembre de 1879.

—¡Caballeros, a la victoria o a la muerte! —brinda Daza alzando la copa de helado *Pommery* que insistió en descorchar antes de ponerse al frente de su ejército.

—A la victoria o a la muerte —respondió un murmullo de altos jefes aliados.

El ojo grande, quieto, como dilatado por una gota de belladona, la media faz apenas helada, el rostro levemente contraído del General Prado observa sin pausa al Capitán General de Bolivia ingurgitando un desayuno de suntuosas carnes asadas. Ni ha dormido el Supremo Director, ni en toda la noche abandonó su cuartel general situado en este mismo edificio de la aduana. Tres jornadas activando una gran contraofensiva para atenuar a los invasores chilenos, habían precipitado otro ataque que los

médicos de Prado definen como una nueva congestión cerebral. Un rápido consejo de guerra presidido por el almirante Montero y al que sólo asistieron jefes peruanos, acordó pedir a Su Excelencia que desistiera de comandar personalmente al ejército de Arica en su largo viaje de reunión con Buendía y el ejército del Sur. Dentro de su extenuado cuerpo de héroe nacional, Mariano Ignacio Prado no puede ignorar las razones expuestas por el cirujano mayor y el propio Montero. Esta era su guerra. Y tendrá que entregar la gran batalla al General Daza. Está bien, dijo al fin. Después de todo, don Hilarión alcanzó a balazos la presidencia de Bolivia y no ha habido quien lo mueva de ella. El Supremo Director estaba bastante repuesto cuando se reunió el consejo de guerra aliado para confirmar el plan general de batalla. Daza parecía de excelente humor. Ahora se medirán con los *pililos* de Pinto de hombre a hombre y como debe ser, con los pies bien puestos en tierra y no desde humeantes máquinas oceánicas cuyas calderas y blindajes eran más importantes que el valor de los soldados. Su Excelencia considera de lo más natural que dos batallones bolivianos hubiesen perecido en Pisagua. Así es la guerra, pues hijitos. Y decía hijitos a todos los jefes presentes, incluidos el General Prado y el almirante Montero. La verdad, Daza está feliz con ciertos informes que atribuyen preocupación y hasta susto en el alto mando chileno, porque ahora habrán de vérselas con este rechoncho atila llegado de la cordillera. ¿Se dan cuenta, hijitos? ¡Van a regresar corriendo a sus buquecitos! Mientras los 150 guerrilleros a caballo del tacneño Albarracín acechaban de cerca las operaciones enemigas, dos nuevas fuerzas han de moverse para la operación concurrente planeada por el Supremo Director para liquidar al enemigo: la quinta división boliviana, al mando del General Narciso Campero, irá a encontrarse con Buendía desde las montañas y ocho mil aliados que acampan en Tacna y Arica avanzarán desde el norte para encerrar a los chilenos. Como todas las combinaciones propuestas por Prado, debe cumplirse rápido y por sorpresa. Todavía no cortado por los chilenos el telégrafo que pasa por Jazpampa, despacharon órdenes en clave al coronel Belisario Suárez en Iquique. Diez jinetes tomaron la ruta de

Huatocondo para llegar al campamento de Campero en los Andes. Mientras Chile resuelve el diario abastecimiento de casi once mil soldados que dependen de su flota en Pisagua, los aliados tomaban la ofensiva. Para esto había muerto Grau, para que hubiese depósitos de víveres y agua en puntos del desierto sólo conocidos por el alto mando nacional, para que los batallones aliados pudiesen marchar y contramarchar por el Tamarugal más rápido que el enemigo, para acumular armas no importa si antiguas, para estar en condiciones de librar al menos una gran batalla. Si solamente se cumplen las órdenes, si todos ocupan su puesto de combate, si consiguen reunir a los ejércitos en el sitio y a la hora convenida, don Hilarión Daza podrá acometer a los chilenos con casi veinte mil soldados bajo sus órdenes. Tras el rostro cortado en dos expresiones distintas, el Supremo Director sabe que es posible derrotar a los expedicionarios y a su jefe el Manco Escala. Entonces dispondrá de tiempo y recursos: en un año la Alianza puede movilizar cuarenta divisiones con cien mil soldados al rescate de Atacama y al castigo definitivo del invasor. Secretamente Montero no compartía el optimismo del General Prado. Mantiene cordiales relaciones con los jefes bolivianos acuartelados en Tacna. Sabe que el jefe de estado mayor de la División Villamil, el coronel Ezequiel de la Peña ha enviado una proclama a La Paz incitando a derrocar a Daza de una vez por todas. Agentes políticos van y vienen de la cordillera a los campamentos averiguando si ya es hora de eliminar al dictador. En Tarapacá los batallones se mueven en medio de reyertas internas e improvisación. Y Daza aún no ha distribuido cartuchos a los batallones de los cuales desconfía, se mueve seguido por el polvorín boliviano. Llegado a Tacna en medio de fanfarrias, pudo haber partido al sur el domingo pero postergó la orden de marcha hasta el martes. Nada más llevará consigo a tres mil soldados, y todos de su país. El Supremo Director ofrecía cinco batallones peruanos, una brigada de artillería, cuatro ametralladoras gatling, todos los jinetes nacionales. Daza respondió que no los necesita. Pedirá refuerzos por telégrafo si es preciso. Cuando hubo deglutido tres tajadas de lechón adobado, dos raciones de gallina y pavita al

horno, medio solomillo mojado en ají y luego de numerosos brindis y salivosas arengas, el Capitán General invitó al Supremo Director a acompañarlo en los primeros kilómetros de su viaje a la victoria.

Setecientos fornidos Colorados de Daza abrieron el desfile por las calles de Arica. Sus altos morriones, sus chaquetas rojas, sus fornidos pies calzados con ojotas, su elevada estatura infundían temor. Estos soldados profesionales seguirán a Daza al mismísimo infierno, qué les parece hijitos, es una tropa como para metérsela al diablo, y don Hilarión carcajeaba sobre su bestia de batalla.

—¡Jamás vivas, hurras más atronadores se han lanzado como los de hoy, vivas y hurras salidos desde el fondo del alma y arrojados al aire con toda la fuerza de los pulmones! —escribe el corresponsal de “El Nacional” de Lima— ¡Adelante, General! ¡Lleváis la fortuna de dos pueblos que os aman y bendicen con toda el alma! —pausa en busca de una buena frase para terminar su excitado despacho— ¡Adelante, General! ¡Sois el Grau boliviano! ¡Quiera Dios reservaros mejor suerte en tierra que a él le cupo en el mar!

Daza y a su derecha Prado y a su izquierda Montero y más allá el General boliviano Arguedas y atrás los veintidós edecanes de don Hilarión y atrás sus treinta ayudantes y también los notables de Arica y después el escuadrón de coraceños de la escolta presidencial: toda esa caballería alza una polvareda que se aleja por la reseca carretera bordeando el cerro Cabras hacia el poblado de Buena Vista y, en fin, por el arenal espejeante. A una legua de Arica, el calor hizo titubear al General Prado. Más acá de esta niebla de mierda que se le interpone en su destino, el Supremo Director debió sujetarse de la montura mientras contempla la vasta brasa ondulante sobre la que han de andar doscientos cincuenta kilómetros los infantes bolivianos.

—Vencer o morir —vuelve a escribir el periodista de “El Nacional”, que por falta de cabalgadura debió quedarse en Arica—, sepultar al enemigo odiado, triunfar o encontrar la muerte combatiendo por la patria y más que por patria, por la humanidad; porque a la humanidad también ha retado Chile con sus

innumerables crímenes desde el robo de Antofagasta el 14 de febrero, hasta los asesinatos de mujeres y niños en Pisagua el 2 de noviembre, ¡oh, qué alegría en efecto!

—¡Presenten armas! —ordena el almirante Montero a los húsares peruanos.

Prado saludó con su espada a don Hilarión.

—¡Grande amigo y aliado!... —vociferó el Capitán General— ...¡pronto festejaremos la victoria!

A la misma hora, en Pozo Almonte el sargento Godiño miró incrédulamente a su nuevo batallón. Oye, Quincho, si son criaturas. Rifles en pabellones, un ordenado campamento los espera. ¿Qué quieren? Con voz infantil, un pequeño soldado estudia la harapienta indumentaria del señor Godiño. ¿Batallón *Lima* N^o 8? El mismo, Godiño traga saliva. Pues traía una orden para el señor jefe del batallón.

—¿De dónde vienen? —se sorprende el subteniente Araujo.

—De Pisagua, señor.

—¿Nacionales?

—Sí, señor. Sargento segundo Godiño, señor.

—Lleva usted galón de cabo, nada más.

—Me ascendieron en el campo de batalla, señor. Lo dice este documento —entrega su papeleta al oficial que lee, los vuelve a mirar esta vez sonriendo afablemente.

—Muy bien, sargento, venga conmigo.

Mientras se dirigen a la choza donde funciona el comando, Godiño calcula la edad de estos soldados, algunos más pequeños que el largo chassepot que engrasan y pulen bajo el sol.

—Disculpe usted, señor... ¿no le parece que son muy jóvenes?

—Ni se lo sueñe, sargento. Para su información, este es el Batallón de los Cabitos. Francamente son más aguerridos que toda su Guardia Nacional.

—¿Qué cabitos, señor?

—Alumnos de la Escuela de Clases del Ejército, sargento. Tienen entre doce y dieciocho años de edad —el subteniente carraspea a la entrada de la choza—. Con su permiso, mi coronel.

—¡Adelante, Araujo —Remigio Morales Bermúdez se reponía de un constipado.

—Nos mandan a dos héroes de Pisagua, mi coronel.

A tres kilómetros de allí, tocaban fajina en el recién instalado campamento del Batallón *Zepita*. El coronel Cáceres eligió cuatro polvorientas habitaciones de una abandonada oficina salitrera para instalar el comando de su división. No hay carpas, así que la tropa dormirá a la intemperie. Mientras su ordenanza sacude el polvo en vano esfuerzo por alinear dormitorios de paso, el jefe ayacuchano tiró de su único par de botas y luego de quitarse calcetines, estiró los pies desnudos gruñendo de placer. Echó un vistazo a las suelas rotas. Durante su último descanso en Iquique visitó los almacenes de Cúneo y Taurignan sin hallar otro par de su tamaño. Tenía pies grandes y por consejo del boticario herr Schwarstau, cuyas extremidades son aún mayores, encargó calzado a la medida a un rubio zapatero de la calle Lima, que por ser inglés vendía su mercadería como si la hubiese importado de Londres. Cáceres dio un generoso adelanto. Pero el artífice desapareció de su taller hace una semana, afirman que se mudó a Arica por temor a la invasión, y ahora el coronel calcula cuánta guerra más soportarán estas suelas agujereadas por ocho meses de vigilante espera entre Molle y Monte Soledad.

—Pasa, Juanito —saluda a su joven hermano, el teniente Cáceres—. Hazle sitio a Zubiaga en ese cuarto.

—Gracias, Andrés.

—¡Fortunato! —el coronel meneó la cabeza: su ordenanza insistía en transportar suciedad de un lado a otro—. Oye, Fortunato, averigua qué pasa con el rancho.

Ahora masajeó sus pies con ambas manos. Antes de embarcar en uno de los últimos trenes que salieron de Iquique y Molle transportando tropas y pertrechos, la Segunda División a su mando se había concentrado desde lejanos puntos de observación en el extremo sur peruano. Anticipándose a los resultados de Pisagua, Cáceres hizo que sus mejores oficiales explorasen el desierto sin descubrir señales del enemigo. El coronel recuerda distantes placeres como un buen baño con agua caliente

en los establecimientos públicos de Iquique o en la gran tina inglesa del Hotel Metropolitano donde después de una cena de perfumado *ragoût* de carnero o de *risotto alla piemontese*, especialidad del activo farmacéutico-hotelero-cambista Giuseppe Bertogliatti, disputaba a real la carambola con el coronel Miguel Ríos en una de las tres excelentes mesas americanas de billar del viejo establecimiento porteño. Pero aunque su campamento quedaba a media hora en tren de Iquique, el coronel se ha apartado raras veces de su batallón *Zepita*, dejando que el coronel Manuel Suárez, jefe del *Dos de Mayo* también a sus órdenes y hermano del Jefe del Estado Mayor General, hiciera la corte a Buendía consiguiéndole de paso fresca información sobre las operaciones. Así es como Cáceres se enteró de la formidable arrechura del jefe del Ejército del Sur, bajo cuyas sábanas no sólo se introducían sórdidas mujerzuelas del puerto sino también una chilena que no tiene más de trece años, según afirman los propios centinelas nocturnos en la residencia del General. Cáceres había apoyado discretamente a La Cotería cuando en abril pasado intentó desconocer la autoridad del Viejo. Después Prado se presentó en Iquique filtrándose entre el bloqueo chileno para despachar a La Cotería a Lima, confirmar al Viejo y entregar el mando de otras divisiones al díscolo Dávila y al paciente y disciplinado Bolognesi. ¡Pobre Iquique, más que menos abandonada a su suerte! Sólo su amigo Ríos quedaba para defender el más importante puerto peruano después del Callao. Por aquí, Cáceres ni siquiera puede darse un remojón de pies. Llegó con su división sólo para descubrir que no hay odres suficientes con qué distribuir agua a sus dos sedientos batallones. Como si hubieran perdido el sentido común, los altos jefes despachaban cuerpos de caballería que avanzan cien kilómetros para retroceder ochenta en busca de forraje. A Bolognesi lo han tenido arriba abajo por Tarapacá, de modo que sus tropas caminaron cuarenta leguas sin pasar rancho dos días hasta que al fin le ordenaron concentrarse entre La Noria y Pozo Almonte. Media División *Exploradora* se embarcó a tiempo en tren, con el afortunado coronel Prado y su *Ayacucho* N^o 1. Avisada a destiempo, el resto de la División se apura a marchas forzadas des-

de el extremo sur del Perú, recogiendo vigías apostados en las alturas de Huatocondo y Tiquina, pelotones que atraviesan la hirviente costra de Bellavista y el Salar de Pintados hasta la rica salitrera Argentina, adonde un tren los irá a recoger esta madrugada. Y sin embargo la reunión de este ejército semidesnudo y casi descalzo constituía un verdadero prodigio de organización cuyo mérito corresponde al autoritario Belisario Suárez. No importa que la impedimenta transportada al sur por impávidos pequeños vapores de la Marina de Guerra esté ahora casi perdida en Santa Adela, Peña Grande, San Lorencito y otras oficinas salitreras por las que no han de pasar en su marcha al encuentro del enemigo, o que falten brigadas para el transporte de provisiones y armas detenidas en cuarenta vagones allí donde termina la línea férrea, lo cierto es que en menos de una semana se ha podido concentrar a siete mil hombres diseminados en pequeñas guarniciones por todo el sur. Por costumbre que sólo comparte el coronel Bolognesi, al señor Cáceres le servían rancho de oficiales después de que la tropa se había alimentado. A diferencia de los rasos, que han tragado un espeso sancocho de mote con charqui, el coronel y los jefes tienen derecho adicional a manteca, café, azúcar, ají y galleta. No hay arroz para nadie.

—¿Es todo? —enarcó las cejas cuando el ordenanza volvió con la cena: también mote con charqui, un extraordinario queso de cabra y café ralo, con sospechoso adulterado perfume a achicoria.

—Estamos en la miseria —comentó el comandante Zubiaga, que llegaba de explorar los almacenes del Ejército.

—Prometieron que habría carne fresca —protestó con ardor de veinte años el teniente Juan Cáceres.

—El contratista ni siquiera ha aparecido y lo que es peor, dicen que cobró por adelantado —Zubiaga colocó un adobe sobre otro para sentarse.

Mariposas pardas chocaban contra el mortecino lamparín alimentado con aceite mineral.

—¡Vaya, vaya! —gruñó Cáceres— ¡De nuevo nos hicieron pendejos!

—¿Mi coronel?

Una sombra acechaba desde el umbral. Reconoció la voz del influyente Manuel Suárez.

—Adelante, ponte cómodo —un amplio gesto de hospitalidad subrayó la miseria que rodeaba al jefe de la División—. Por ahí quedan unos pellejos. Juan, que traigan su ración de bazofia al señor. ¿O ya te atendieron en el palacio del Viejo?

—No, pero traigo una sorpresa —Suárez exhibió una botella de fuerte brandy *Fleur de Lys* y un precioso botellón de europea agua de Lanjarón—. Todavía tengo influencia en cierta despensa importante.

—Los soldados no comen carne desde hace una semana —no pareció alegrarse el coronel Cáceres. Sin embargo aceptó un cacharro lleno de agua verdaderamente dulce y después unos sorbos de coñac—. ¿Traes noticias?

—He sabido que se ha empezado a dispersar la división Campero. Parece que mientras Daza promete esas tropas a tiempo, secretamente ha impedido que le lleguen 300,000 cartuchos.

—¡Grandísimo hijo de puta! —se oyó a Zubiaga tragando rancho en un rincón.

—Tienen 12 balas por cabeza y todas las líneas de aprovisionamiento entre Huatocondo y la cordillera fueron cortadas por los chilenos.

—¿La expedición Soto?

—Ajá. Es para no creerlo... —Suárez se sirvió medio cacharro de coñac, bebió entre resoplidos— ...dese usted cuenta, mi coronel, con sólo 25 cazadores a caballo, Soto ha penetrado 250 kilómetros en la cordillera para interrumpir la ruta entre Argentina y Tarapacá. Llegó a dos jornadas del campamento de Campero y tan tranquilo. Por Canchas Blancas nos enviaban ganado y los chilenos capturaron todo: más de cincuenta toros, 200 ovejas, 300 llamas, buenos caballos de Mendoza, 270 mulas, 60 cargas de charqui y mil quintales de leña y quinientos quintales de cebada. Y Campero no dio señales de vida. Yo creo que esa División se desbandó por falta de recursos.

Mientras espaciadas cornetas tocan silencio, el coronel Alfonso Ugarte despidió a las ambulancias y emprendió el regre-

so a Iquique en el último tren que salió de La Noria a medianoche. Sólo el abogado José María Meléndez, segundo jefe del Batallón *Iquique* lo acompaña en este tren sin pasajeros. Cincuenta gendarmes y guardias civiles, el *Iquique*, la Columna Naval ahora comandada por Sixto Meléndez, los bolivianos de la Columna Loa y pequeños cuerpos de voluntarios conformaban la Quinta División del coronel Ríos, encargada de la defensa del puerto. Recordando el inmenso poder de la artillería naval chilena y el número de sus regimientos de línea, decía Meléndez que nos van a barrer lo mismo que en Pisagua. Ugarte no respondió, como perdido en la vacía tiniebla tras la cual se extiende el Tamarugal, ese desierto de cuarenticinco kilómetros de ancho que se junta al sur con el desierto de Atacama para formar una sahariana inmensidad donde toda vida parece imposible. Allí se registran temperaturas de hasta cincuenta grados centígrados y resulta difícil creer a los sabios cuyos estudios revelan que alguna vez fue un verde paraíso cubierto de molles y tamarugos. Atrás dejaban Santa Adela, a cuyo suelo han escarbado ya medio millón de quintales de buen salitre exportado principalmente a Inglaterra. A esta región amarillenta hace trescientos años bajaban indios a raspar tierra que luego cocinaban y convertían en pólvora clandestina para los mineros de Potosí. Con la independencia llegaron ingleses y chilenos a adueñarse del negocio. Desde hace cincuenta años los nitratos también se usan como abono. Aventureros y capitalistas del sur empezaron por apropiarse de trozos de litoral boliviano y sus guaneras, minas de plata, bórax, salitre y yodo. El inglés Smith, hermano de Smith a su vez cuñado de Agustín Edwards, el hombre más rico e influyente de Valparaíso, invertía fuertemente en Tarapacá, donde estuvo cerca de construir el ferrocarril de Iquique a La Noria por el que ahora viajan a humeantes treinta kilómetros de velocidad. Smith instaló la primera resacadora de agua en el puerto, que convertía 180 galones diarios de mar en líquido potable. ¡Siempre, en todas partes, ingleses y chilenos! Tomás y Angel Custodio, los Zavala que al fin son peruanos, Pedro González de Candamo que además de salitrero construyó ferrocarriles en Lima en tiempos de Castilla: todos llegaban de

Valparaíso. Y Francisco Puelma. Y los banqueros que organizaron la Compañía Chilena de Consignaciones en Valparaíso para absorber todo el salitre exportado por Iquique y Pisagua que revendían con enorme ganancia a los mercados de París y Londres. En diez años, Smith y Smith, Figueroa, Gildemeister, Corsser, su propio padrastro Hilliger y detrás de muchos pequeños empresarios chilenos, Edwards y la Casa Gibbs habían llegado a controlar las prodigiosas riquezas minerales raspadas a salares y desiertos, llevadas en carretas y en los primeros trenes para su aparente exportación a Valparaíso, donde los cargamentos se re-despachaban a Europa. Mientras en Bolivia la chilena Compañía Explotadora del Desierto de Atacama contrataba privilegios con el ignorante Melgarejo, *Benemérito de la Patria en grado heroico y eminente, Presidente de la República, Capitán General de sus Ejércitos, Gran Ciudadano y Conservador del orden y de la paz pública*, para luego asociarse a Edwards y Gibbs bajo la razón social de *Melbourne Clark and Co.* que, al anularse los ilegales privilegios otorgados por el benemérito dictador boliviano, de nuevo se convirtió en chilena bajo el nombre de Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Tarapacá, entregando acciones a políticos e influyentes personalidades de Chile, de modo que a Edwards lo acompañaron Subercasseux, Jorge 2º Huneus, Julio Zegers y Cornelio Saavedra que fueron los ministros de Justicia y Guerra que declararon la guerra. También resultaron accionistas los beligerantes Vergara, el ahora importante ministro de guerra en campaña Rafael Sotomayor, Antonio y Miguel Varas y el ex-canciller Alejandro Fierro que entorpeció y al fin rechazó la mediación peruana cuando a través de la Misión Lavalle se quiso solucionar el conflicto que empezó con Bolivia y que Fierro y asociados extendieron al Perú que había expropiado las salitreras de Tarapacá. Toda esta guerra: negocio de chilenos e ingleses. Diez años atrás ya habían arrancado a Tarapacá 26 millones de quintales de salitre por un valor de 357 millones de chelines, de los que 207 millones fueron para empresarios de Chile y sus socios europeos y el resto para peruanos enredados con prestamistas de Valparaíso. Y siguieron llegando chilenos: Barrenechea, Oliva y un nuevo inglés, John Thomas North, a

quien Ugarte conoció manejando una locomotora y que después, asociado a mister Harvey, a su vez amigo de Smith y protegido por Edwards, se transformó en próspero salitrero. El oportunamente asesinado Manuel Pardo tuvo que expropiar en 1874 las salitreras de Tarapacá, que habiendo producido otros 600 millones de chelines no contribuían a la prosperidad del Perú en bancarrota sino a la de Valparaíso. A la comisión de salitreros extranjeros presidida por Juan Gildemeister que entonces lo visitó en su residencia de Chorrillos, Pardo contestó: *Yo no gobierno para la grandeza de Chile sino para la ventura del Perú.* Desde aquella respuesta y mientras misteriosamente fracasaba la expropiación, otros 300 millones de chelines en nitratos salieron de Tarapacá con destino a Europa aunque antes subiendo de precio a su paso por Valparaíso. ¡Chilenos y chilenos! Había doce mil en Tarapacá, llevados por empresarios de Chile y también por los ingleses a trabajar en las calicheras. Antes de la guerra, Meiggs había tenido a treinta mil rotos laborando en los ferrocarriles. La chilenezación del litoral boliviano llegó más lejos. Cuando el acorazado "Blanco Encalada" se presentó a ocupar Antofagasta hace nueve meses, el ochenta por ciento de la población la formaban *pililos* y en todo el puerto apenas había 1,226 bolivianos. Ugarte conoce bien esta historia. Próspero comerciante salitrero peruano, hijastro de Hilliger, hizo su educación en el colegio de Goldfinch y Blühm de Valparaíso. Algunas de sus empresas tienen indispensable domicilio en Valparaíso. Acaso el peruano más rico de Iquique, ciudad de la que ha sido alcalde a los 28 años de edad, está empapado de la transparente e interesada motivación de esta guerra en la que por supuesto no morirán Edwards o su cuñado Smith o Fierro y asociados.

Mientras al amanecer Ugarte saltaba del tren y se dirigía a desayunar en el desvelado Hotel Oriente para luego hacerse la barba con el peluquero Wilson, en Santa Adela el jefe del Ejército del Sur despacha una temprana dosis de opoorto de garantizada cosecha 1834 y unta su rostro con nuevos cosméticos remitidos ayer desde Iquique por la droguería de Shwarstau y Morgner, olfateando un desayuno de café, churrasco y picantes em-

butidos italianos. Sus siete divisiones pronto avanzarán desde el sur en busca del enemigo. Antes dará encuentro a las fuerzas que descienden desde Arica y entregará el mando al propio General Prado o a don Hilarión Daza. Mentalmente revistó a sus divisiones. El coronel Velarde manda la primera, el coronel Cáceres la segunda, el coronel Bolognesi la tercera, el coronel Justo Pastor Dávila la cuarta o Vanguardia, el General Bustamante la Exploradora, el General Villegas la primera boliviana y Villamil lo que queda de su división después de Pisagua y la retirada por las calicheras. En la jefatura de Estado Mayor General se mantiene al coronel Belisario Suárez. La quinta división peruana de Ríos se queda a cuidar Iquique. Mientras se alimenta atendido por tres ordenanzas y el ayudante Mantilla, el viejo General recuerda a sus enemigos de ahora y a sus aliados de antes. Porque el jefe del Ejército del Sur se declaró contrario a la reunión del Alto y Bajo Perú en un solo estado confederado y se enroló a órdenes de los expertos generales peruanos Gamarra y Castilla, que armados, transportados y secundados por Chile consiguieron destruir la Confederación Perú-Boliviana, nacimiento del más rico país de Sudamérica, segundo en tamaño después de Brasil, y cuya existencia resultaba insoportable para el intrigante gobierno de Santiago. Hace cuarenta años el joven Buendía vestía el mismo uniforme que Erasmo Escala, en aquella época subteniente de la primera compañía del Escuadrón de Artillería. A diferencia del Viejo, el jefe del ejército chileno viene aureoleado por un prestigio de atrevimiento militar casi suicida: un bayonetazo le malogró el brazo izquierdo y el derecho se lo amputaron siete meses después en otra batalla. Cruzado de cicatrices que recuerdan guerras civiles o largas campañas en Magallanes, el Manco Escala ha sido jefe del *Buin*, del cuerpo de artillería y diez años director de la Escuela Militar. También el General Manuel Baquedano, jefe de la caballería chilena, hizo la campaña contra la Confederación en el mismo bando que Buendía. En la batalla de Yungay se ganó el ascenso a teniente y dos condecoraciones, una chilena y otra peruana. Ah, si entonces el joven Buendía hubiese sido derrotado y a su lado quiénes se oponían a la Confederación, no habría

hoy que lamentar esta invasión. Sacude las migajas, repeina sus cabellos de juvenil apariencia, viste la chaqueta de gran parada, siente sobre su pecho el peso de atractivas medallas, ya voy, ya voy, todo el mundo parece apurado como si mañana fuese la batalla.

—Mensaje urgente, mi General —anuncia desde la puerta de esa habitación confortable el secretario Rubin de Celis.

Por el sobre y el lacre supo que la misiva ha sido enviada por el Supremo Director. Personalmente descifró la clave.

En Tacna estarán dos divisiones el 16 con quince cañones. Adonde marche, evite atacar al enemigo sin seguridad.

Prado

Todo ese día contempló Tarsilio Ramírez cómo los buitres devoraban las vísceras de sus insepultos camaradas de los Húsares de Junín. A picotazos penetran por heridas de sable o devoran miradas y se introducen afiladamente por el culo de los muertos para tironear intestinos que disputan en un hervor de hediondas plumas negras.

Jugosamente deglutieron las tripas del teniente coronel Sepúlveda y arrancaron mejillas y lengua, después la coagulada traquea y los bofes del teniente Gómez. Cincuenta metros se arrastró la primera noche hasta quedar exhausto. Apenas alzando la cabeza comprueba la horrible multitud de tajos y puñaladas con que acabaron a sus compañeros de milicia. Pero el negro Ramírez estaba decidido a vivir. Su formidable musculatura soportó la profundidad de las heridas chilenas. Como si el sol los hubiera secado, aquellos cortes se coagularon pronto. Sólo la insoportable sed, el pavor de esos cadáveres devorados, el incesante acoso de buitres impacientes impidieron que se dejara arrastrar por un sopor que parece invencible. Al atardecer del día siguiente, un rumor de pisadas lo obligó a nuevamente quedar como muerto. ¿Volvían chilenos exclusivamente a repararlo? Espantadas voces de mujer y acento tarapaqueño, en fin la inconfundible entrecortada parlancia del sargento Pimentel arrancaron un gemido sin fondo por la garganta del negro. Co-

mo el malherido Valladares, su sargento pudo eludir al galope el final de la matanza, volvía con un puñado de antiguos vecinos de Negreiros que encontró refugiados tras un morro, a seis kilómetros de distancia. Mientras mojaban los deshidratados labios de Ramírez, el sargento Pimentel contó los cadáveres: aparte del mayor Soto que huyó al comenzar el combate con nueve o diez húsares bolivianos y de seis prisioneros a quienes los chilenos perdonaron, los demás fueron pasados a cuchillo. Entiérralos, sargento, suplicó Tarsilio. Pero Pimentel se encogió de hombros. Los Cazadores pueden volver en cualquier momento. Y ni siquiera tenían azadones para cavar sesenta y ocho tumbas en la dura pampa de Negreiros.

Al caer la noche don Hilarión Daza ordenó a sus tropas dormir en la pampa, cerca del camino. ¡*Sajranihua!* —murmuraron los soldados, tiene maligno aire el camino, por caminos y ríos transitaba nocturnamente el *anchanchu* viejito y barrigón, vestido de oro y cubierto con un ancho sombrero de plata, arrastrando un ventarrón negro que introducía enfermedades en los cuerpos más valientes. Enterraron coca, cañihua y sebo de pacocho antes de formar pabellones con sus rifles y dormir sobresaltados. Sólo veinticinco kilómetros habían avanzado el martes. Al día siguiente don Hilarión llegó a Chaca. Esta soledad avinagra a Su Excelencia casi tanto como las continuas conspiraciones denunciadas por su leal amigo y Jefe de Estado Mayor y Ministro de Guerra en campaña General Othón Joffré, a quien los supuestos conspiradores acusan a su vez de intrigante cultivador de la vanidad de Daza. La verdad es que don Hilarión no podría seguir viviendo despojada de su condición de Presidente y Padre de Bolivia. La Patria y él se han convertido en una sola substancia, razón por la que suele hablar de sí mismo en plural como si fuese el Vice-Dios. Tal como se presenta la guerra, no la triunfante excursión que imaginó al abandonar La Paz, empieza a peligrar mucho más que Atacama y Tarapacá, también se tambalea la autoridad del Capitán General. Si ni siquiera pueden rechazar el asalto al litoral peruano ¿será posible recuperar Antofagasta? Ese pedazo de mar sin buques propios ha sido siempre un dolor de cabeza para su gobierno y sus predecesores. Ahora Prado

lo enviaba, a él, nada menos que a don Hilarión Daza, a empeñar combate con sus tropas personales, las que lo habían llevado y mantenido en la presidencia. Los *Colorados* de Daza son un cuerpo privilegiado, casi todos son sus compadres. El batallón está integrado por un coronel, tres tenientes coroneles, un cirujano, cuatro mayores, siete capitanes, nueve tenientes, trece subtenientes, un capellán, 189 sargentos de los cuales 22 ganan como tenientes y 42 como subtenientes, veintiún caballeros cadetes, 116 cabos y sólo 173 clases. Los *Colorados* reciben casi 300,000 pesos anuales, el equivalente de cinco batallones chilenos, aparte de recibir frecuentes gratificaciones extraordinarias por orden suprema. Si los veteranos feroces *Colorados* fueron hasta 1879 el único ejército capaz de imponer orden y elegir presidente en el interior de Bolivia, esta desgraciada contienda obligó a Daza a distribuir armas y a organizar divisiones que no le son incondicionales y que acaso pronto, como a diario observa Joffré, han de volverse en contra suya. Claro, si se le amotinan seguramente Daza podrá aplastarlos siempre y cuando los *Colorados* no resulten diezmados en una batalla con chilenos. Sus compadres tenían que sostenerlo en el poder que lo viste como una piel absoluta. En Chaca cenó gallina y con sedienta hurañía se despachó cinco botellas de burdeos. No ha cantado la pacapaca ni nadie oye recoger pasos a los distantes muertos de Pisagua, ni hay aquí cuevas o socavones habitados por el *ñaccac*, pero las tropas de don Hilarión invocan a sus achachilas tutelares, y aunque lejos del gran lago, del Illampu y el Illimani, del Caca-hake o del Huayna-Potosí y de pajonales y huillcas amables, sobornan a la tierra que tiene hambre de estos batallones, pagaban antes de entrar al combate para estar en paz con ella, sepultando raro *sallu* de vicuña, *ñahuin-cocá* y también *ñahuin-tragu*, cigarrito y ají y chunta y unto de llama para alimentarla y obtener su agradecimiento. Paseando en beoda soledad esa quebrada en la que relumbran fogatas desde lo alto vigiladas por ateridos centinelas, don Hilarión olfatea como un *aya-huaira* aventándosele encima desde lo largò de la pampa, un olor a sepultura, acaso el *supi-aya* peruano, el zumo de muerte, su viento negro. ¡Apártate janchachu! Una vez el Capitán

General fue perseguido por el arco iris y salvó. Otra vez le dispararon al pecho y algo apartó a la bala asesina. Paga olvido con olvido, daño con daño. No hay coca dulce esta noche, se tuercen las fogatas, todos los agüeros son adversos. Qué pretenden pues los peruanos, acaso que él arroje a los invasores al mar. ¿Y después? Sólo hay setecientos irremplazables Colorados, sus hijos, partidarios y electores. No puede arriesgarse a perder a esos hombres únicos contra Chile, mientras en retaguardia seguramente aprovechan su ausencia para conspirar. Ululó una lechuza y bruscamente se endureció el miedo dentro de don Hilarión. Aquel sonido anunciador de muerte y desgracia lo perseguía por la quebrada. Desenfundó el revólver descubriendo dos círculos amarillos clavados en él. Retumbó el balazo en medio de esa mirada absorta. Alazos nocturnos se espantaron por las breñas. Conmovidas por el disparo, las tropas se alzaban rifle en mano. ¡A dormir, cojudos! ¡Soy yo, Hilarión Daza, su padre carajo! En ropa interior pero con el sable en la diestra, el atónito coronel Camacho vio al Presidente de Bolivia que avanzaba a borrachos traspiés descargando su arma sobre las cabezas de sus soldados.

EL NACIONAL, LIMA
GENERAL DAZA ACAMPADO EN CHACA
ARTILLERIA SALE MAÑANA
VIVA PERU, VIVA BOLIVIA

EL CORRESPONSAL

Hasta el farolero Pantaleón Madrid había tomado las armas en Iquique y el alumbrado público funcionaba con explicable desorden, así que el coronel Ugarte se encaminó a la Prefectura para sugerir ciertas indispensables medidas de emergencia: el puerto se atascaba de pánico. Esta vez no fue recibido por el General López de Lavalle, encerrado en sus aposentos con el flebótomo Celedonio Aguilera. Una vieja rivalidad con el coronel Belisario Suárez, que como Jefe de Estado Mayor General dirigía la concentración del ejército, relegaba al señor Prefec-

to al triste papel de espectador. Ni siquiera lo informaron oportunamente de la invasión de Pisagua y tuvo que enterarse gracias al rumor público. Que el señor Ugarte se entienda con el coronel Ríos, a quien acaban de nombrar jefe militar de la plaza. Hasta gendarmes y guardias civiles, única fuerza directamente dependiente de la Prefectura, han sido movilizados como parte de la Quinta División. Una semana atrás, López de Lavalle solicitó permiso al Supremo Director para trasladar la prefectura al interior de Tarapacá. Solicitud denegada. Así que el General López de Lavalle cumplió con desvalijar los almacenes de "La Democracia", para llenar varios vagones con charqui, harina, arroz y manteca que despachó a Molle, y se encerró declarándose hoscamente enfermo a rumiar las oscuras posibilidades de su porvenir personal.

Alfonso Ugarte comprobó que los pozos de agua de la Plaza de Armas y de la esquina de Gallos sirven al vecindario, escuchó las quejas de *herr* Fölsch a quien han entregado un vale aparentemente inútil a cambio de trescientos quintales de cebada, fue hasta el taller "El Huáscar", en la esquina de La Culebra, a recoger dos tiendas de lona que había encargado para su batallón y, encontrándolo cerrado, retrocedió a la plaza para indagar noticias en la redacción de "El Comercio" de Iquique, cuyas oficinas también descubrió desiertas. Por la botica de Gariazzo oyó una violenta sesión de súbditos italianos. Liberoni, Zanelli, Montefinali, Campodónico, Badaracco y Grimaldi pretendían despachar emisarios en bote a Pisagua demandando garantías para sus neutrales negocios en caso de que la ciudad fuese bombardeada o que los chilenos la saquearan. Bartolo Raffo, propietario de un conocido recreo en el que se juega al palitroque, bochas, tonel y bagatela, opinaba encomendarse a la sapiente protección de los señores cónsules extranjeros y en especial del representante italiano, el Dr. Hugo Rossi. En fin, Vignolo, Botto, Acquerone y el influyente Bertogliatti dicen sin mucha convicción que es mejor confiar en la superioridad de las armas peruanas y que Iquique no será destruido. Comprende el coronel Ugarte que toda disciplina cívica empieza a derrumbarse y montó su caballo en busca del coronel Ríos. Una hora des-

pués lo encontró en el fortín de Cerro Colorado, calculando cómo han de clavarse los cañones Vavasseur y Parrot que tanto esfuerzo costó instalar en el puerto. En vez de abandonar estas cuatro piezas de a 100, acaso hubiese sido preferible llevarlas al interior y convertir Dolores y sus pozos de agua en una línea inexpugnable. Qué quiere usted, don Alfonso, me han dicho que esté preparado para movernos al interior. Si los chilenos mandan dos batallones por tierra desde Pisagua a la vez que atacan con su escuadra, estaremos completamente perdidos. Mejor abierto Iquique que arrasado por un incendio.

—No podemos abandonar así nomás a esta pobre gente —reflexionó Ugarte—, piense usted mi coronel que hay cien chilenos encerrados en la Aduana y nadie para vigilarlos.

—No lo olvido, coronel. ¿Pasó usted por Molle esta mañana?

—Como a las cinco.

—¿Y vio usted esos trenes atascados?

—Sí, claro.

—Pues cuando llegue la orden, tendremos que hacer toda la ruta a pie. Han atorado el ferrocarril con tantas provisiones que ya es imposible pasar del patio de Molle. He sabido que pasan mal rancho en Pozo Almonte y por aquí se pudre la comida.

Tomavé, 13 de noviembre de 1879

Al señor General en jefe del Ejército del Sur

D. Juan Buendía:

Agua Santa o Iquique:

Obligado por la necesidad vine a este punto, donde he recibido su estimable oficio 4 del corriente. Voy a hacer los últimos esfuerzos para acudir a la cita que U. me hace, en cumplimiento a la orden que he recibido del Señor Capitán General del Ejército Boliviano y del Excmo. General Supremo Director de la Guerra. Después de breves días de parada aquí, necesarios

para reponer la tropa, me pondré en marcha acelerando cuanto sea posible. Saluda al señor General su atento y S. S.

Narciso Campero

Buendía dobló la comunicación en su chaleco, lamentando que no estuviese presente Belisario Suárez en tan acalorada Junta de Guerra. Temprano acudieron los jefes de divisiones a convenir el orden de marcha. Aquí termina el ferrocarril de Iquique. Deben atravesar cincuenta kilómetros de desierto y salitreras, bordeando el Tamarugal hasta encontrar Agua Santa, donde acaba el ferrocarril de Pisagua. Pero Belisario Suárez reunía un centenar de carretones y confiscaba mulos y jumentos para transportar pertrechos. Ahora resulta que sólo hay seiscientas bestias esqueléticas, incluyendo las que sirven a la artillería de campaña. Frente a Buendía se agriaba la discusión.

—Dejando aparte su rango, señor, la conformación de columnas paralelas sólo puede ocurrírsele a un incapaz —casi gritó Justo Pastor Dávila.

—¡No le permito esos términos! —enrojeció el General Bustamante.

—¡Y menos aún para marchar de noche! —prosiguió Dávila— ¿Qué pretende? ¿que nos perdamos por el camino?

—Caballeros, por favor —apacigua Buendía.

—¡Usted es un coronel y yo soy un General, no lo olvide, carajo! —Bustamante parecía dispuesto a desenfundar el revólver.

—¡Pues métase sus carajos al culo, señor General! —Dávila no se achicaba—. En esta junta de guerra, usted y yo somos jefes de divisiones igualmente importantes y no pienso permitir que se me...

—¡Ordene usted que este insolente se retire, mi General! —se dirigió Bustamante a Buendía.

—Por favor, por favor —el jefe del Ejército del Sur desplegaba sus manos— ...debemos cambiar opiniones, no pelearnos.

—¡Es que se me ha injuriado! —a Bustamante le temblaba la voz.

—¡Ese plan de marcha no sirve y usted se molesta porque se lo hemos dicho con toda claridad! —intervino el coronel Velarde—. El coronel Dávila cuenta con todo mi apoyo.

—¿Ya lo ve, ya lo ve? —sonrió Dávila—. Ahora, si usted pretende ser infalible...

—¡Callarse, carajo! —tronó Bustamante.

—...a lo mejor resulta usted sobrando, mi General...

—¡Señor Buendía!

—Por favor, silencio.

—Ya oyeron al General Buendía —se elevó la voz del coronel Cáceres. También su corpulencia se estiraba por encima de los jefes reunidos. Se había mantenido en silencio mientras intercambiaban groserías. Con un gesto que parecía casual, su diestra se apoya en la cacha del revólver—. El General Buendía ha pedido silencio. Es mi deber cumplir las órdenes del jefe del Ejército del Sur y castigar a quienes no las observen... —suspiró midiendo el tamaño de sus camaradas— ...con esto quiero advertir que cualquiera que sea su rango, caballeros, al primero que se le insubordine al General Buendía, personalmente le meto un tiro... —sólo Dávila sostuvo furiosamente la mirada de Cáceres— ...así que vamos a callarnos y a tomar asiento —miró a Bustamante— ...usted también, mi General.

Buendía respiró profundamente. Miró uno por uno a los jefes de su ejército.

—Se hará la marcha de acuerdo al plan propuesto por el General Bustamante —dijo al fin—. El conducirá a la primera columna. El coronel Belisario Suárez la segunda. Y usted, coronel Cáceres, la tercera en calidad de reserva. La junta ha terminado, caballeros.

En Camarones, a la misma hora se reunían los jefes bolivianos en un consejo presidido por don Hilarión. Mañana es sábado y dicen que el domingo habrá batalla. Descansaban en este valle con abundante agua dulce y alfalfares a mil trescientos metros sobre el nivel del mar. En adelante aguarda la guerra. Porque en la siguiente quebrada con verdura y agua, es posible que encuentren avanzadas chilenas. El atrevido guerrillero tacneño Albarracín, cuyos jinetes han merodeado al enemigo pro-

vocando espanto con la sola polvareda de sus caballos, informa que al menos diez mil enemigos concluyeron de establecerse entre Pisagua y Hospicio y que lentamente avanzan hacia Dolores, donde su vanguardia controla los pozos de agua. Su artillería parece de la más moderna: krupps modelo 1879. Van y vienen a su antojo por el ferrocarril de Pisagua. Los humos de su poderosa escuadra siguen amontonados frente al puerto. Se sabe que parte de los Húsares de Junín y de Bolívar fueron exterminados en su primer encuentro con la caballería del Sur. Albarracín ha recogido sólo a tres sobrevivientes, trasladándolos a reposo seguro en las sierras con medicinas y víveres. No hay rastros de Campero y su quinta división boliviana. En cuanto a Buendía, ni han llegado sus avanzadas a Tana, ni el grueso de su ejército se ha movido aún de Pozo Almonte y ya es imposible que ataque el domingo, nadie puede atravesar cien kilómetros de desierto en menos de dos jornadas. Los pastores que bajaron a Camarones a contemplar a los aliados y al famoso don Hilarión, ahora lo oyeron gritar que está rodeado de traidores justamente cuando pelagra Bolivia, y dice Bolivia como diciendo Daza, así es que mejor comparecían los señores coroneles y el estado mayor, será preciso tomar un acuerdo unánime, ¿entendido? ¡U-ná-ni-me! ¿Qué quieren? ¿que nos maten a todos? Ordena a su secretario telegrafiar a Prado que no envíe los cañones. Todavía no. Mientras secretean los allegados de Daza, el coronel Camacho se separa de su batallón, calcula que dentro de cuatro o cinco días deben encontrarse con Buendía cortando a los chilenos en Dolores: sobra tiempo para descansar en este valle placentero y luego avanzar a Chiza, Tana y Tiliviche y en fin a la batalla. Los invasores no se atreven a apartarse de la línea férrea o de Pisagua y Hospicio, dejando libres angostos oasis en esta región sedienta. Camacho cree posible una victoria si se cumple exactamente el plan del Supremo Director. Pero hay aquí jefes que prefieren regresar a la cordillera antes de que el gobierno supuestamente se derrumbe. En La Paz estarán a salvo de cualquier invasión. Cuando llegó al consejo, Camacho sintió que una viscosa cobardía se le pegaba a la piel y supo que don Hilarión está contagiado de espanto.

Antes de consultar con los jefes que lo acompañan, ya Daza había decidido regresar. Nada más necesita un pretexto. Por ejemplo, que su pequeño ejército se niegue a continuar. Hubiese deseado que diez mil chilenos se le pusieran delante para inmediatamente correr a retaguardia y luego a Bolivia. Porque señores, en las montañas es francamente distinto, a ver si se atreve el enemigo a entrar en esa cordillera de seis kilómetros de estatura. Uno tras otro hablan los favoritos del Capitán General. El coronel Ignacio Ceballos ni siquiera desea detenerse en Arica o Tacna: propone marchar directamente de Camarones a Oruro. Caballeros, es un hecho la insubordinación de la tropa, se puede repetir la historia de Pisagua y el lejano hogar quedará a merced de bandidos y aventureros. ¿Quién mantendrá el orden interior de Bolivia si el ejército perece? Al fin intervino Camacho. Retirarse de Camarones es un error, peor aún, resulta una traición, porque de no producirse el simultáneo ataque desde el norte y el sur, se condenaba a Buendía a la derrota y este consejo de guerra no debe olvidar que casi cuatro mil bolivianos, nuestros compatriotas y camaradas de armas, lo acompañan en Pozo Almonte.

El consejo aprobó la propuesta de Ceballos, aunque modificada a solicitud de Daza: volverían a Arica. Camacho pidió que al menos don Hilarión explorase el territorio que tenían por delante, y el Capitán General estuvo de acuerdo: irá con un puñado de coraceros y con el propio Camacho a echarle una miradita a Tana. Si la ruta está abierta, seguirá al sur, a asumir el mando del ejército de Buendía.

En el Batallón Colorados no creían que Su Excelencia ordena regresar. Amanecía el sábado cuando la legión particular de Daza acordó que un grupo de sargentos se entrevistara con don Hilarión. Al toque de diana aurora, los más famosos soldados de Bolivia rodearon el alojamiento de su Presidente. Daza apareció abrochándose el capote con las insignias del mando supremo.

—Señor General, compadre —se oyó a un veterano sargento—, ¿cómo vamos a contramarchar papito al frente del enemigo sin haber vengado a nuestros hermanos de Pisagua?

Daza meneó la cabeza como si no pudiese compartir con hombres tan leales un gravísimo secreto.

—No, hijitos, van a sucumbir en el desierto —y señaló la ruta de Tana—. Yo los quiero como a mis hijos y no puedo consentir ese sacrificio.

—La mitad pues morirá de sed, papito General —insistió el sargento portavoz del batallón—, pero la otra mitad matará a los chilenos.

—No, hijitos —don Hilarión ofreció un gesto de impotencia—. El Supremo Director de la Guerra nos necesita para defender el morro de Sama, que va a ser atacado igualito que Pisagua.

Un furioso griterío atrajo la atención del coronel Camacho reunido con sus oficiales a casi un kilómetro de distancia.

—¡Al Morro de Sama! ¡A Arica! —enardecidos Colorados reafirmaban su decisión de batir a los chilenos con descargas al aire—. ¡Al morro de Sama!

—Parece que regresamos —se oscureció Camacho—. Se jodió Bolivia.

Don Hilarión fue después al telégrafo, a informar al General Prado que su ejército no puede pasar de Camarones pero que él cruzará en persona las líneas enemigas con cien rifleros, su escolta montada y los jinetes de Albarracín, para desplazar a Buendía del mando en el sur.

Diez minutos demoró el telégrafo en traquetear la respuesta de Arica.

PRADO A DAZA

VIENDO QUE NO PUEDE USTED PASAR ADELANTE
CON SU EJERCITO, EL CONSEJO DE GUERRA
HA RESUELTO QUE EL GENERAL BUENDIA ATAQUE
MAÑANA AL ENEMIGO, SIENDO POR TANTO NO SOLO
PELIGROSA SINO INNECESARIA LA MARCHA
DE USTED AL SUR.

Orden del ataque

La mirada marrón y desigual de Mariano Ignacio Prado despidió un resplandor a metal, a enfriada furia, al peor de los sentimientos. Igual relumbraron sus ojos la primera vez que este antiguo profesor de filosofía mató a un hombre y la primera vez que lanzó a sus ejércitos a morir en la batalla y todas las veces que él mismo se acercó a la muerte que lo solicitaba con su aliento a dulzona podredumbre. Qué importa acabar ahora o mañana, qué importa vivir si es mala vida. ¡Yessup, Zuleta, Smith! A pesar de su baja estatura, el Supremo Director llena la oficina del telégrafo, en sus enjaulados movimientos empujaba al corpulento Montero. ¡Ensillen caballos, carajo! ¡Nos han traicionado! Infla y desinfla el pecho poseído por un ventarrón. ¡Veinte oficiales veteranos y animales de repuesto! ¡Vivo, vivo! Llevarán las cuatro Gatling y dieciséis cajas de municiones. ¡Y reúnan carajo dos compañías de húsares, los mejor montados! Irán al galope, a cruzar sin pausa el desierto, a ponerse al frente del Ejército del Sur. Prado nombraba jefe político y militar al señor almirante, con mando absoluto desde Arequipa hasta el frente de guerra. ¡Y ojalá no me tropiece con ese hijo de puta de don Hilarión, se lo juro Lizardo que lo lleno de plomo! ¿Así que los famosos Colorados no podían pasar de Camarones? ¡Si no hay un solo chileno a su vista, si tienen al enemigo a cien kilómetros de distancia, si el polvo levantado por las guerrillas de Albarracín desordenó a la caballería de Baquedano, si los chilenos se han tiroteado entre sí creyéndose guerrilleros tacneños, si al fin carajo los teníamos en el puño. El General Prado estrelló un tintero contra el retrato de don Hilarión que algún funcionario obsecuente había colgado en la oficina del telégrafo. ¡Traidor de mierda! Al fin Montero se irguió: no llegará usted a tiempo, mi General. Tendrá que bordear la cordillera para eludir a los chilenos, no podemos correr el riesgo de que sea usted capturado. ¡Huevadas, señor almirante! ¡El Supremo Director tomará la ruta más corta, un buen

baqueano es suficiente para atravesar la línea chilena entre Jazpampa y Dolores! Cuando abandonó su pacífica carrera de profesor universitario por la milicia, Mariano Ignacio Prado Ochoa llegó de capitán a Jefe Supremo a fuerza de audacia y de marchas que todos creían imposibles. Prefecto de Tacna a la hora de iniciar la revolución de 1865, el General no necesita guías para llegar a la quebrada de Camarones. Su ojo derecho se agrandaba aún más, poseído por la ira. Le ruego que me escuche, mi General: verdaderamente importa que Buendía ataque antes de que Villamil y Villegas se enteren de la desertión de Daza. Hay casi ocho mil soldados en Pozo Almonte y según los informes de Albarracín, el enemigo tiene de dos a tres mil hombres en Dolores porque ha destacado su mejor división en Jazpampa, para interceptar a Daza. ¿Y qué sucederá cuando regrese don Hilarión? Ausente Prado, el Capitán General de Bolivia asumirá el mando supremo tan pronto llegue a Arica, así lo dispone el tratado, y entonces, mi General, tendremos aquí cinco o seis mil soldados del altiplano y no olvidemos que Chile sigue ofreciendo paz separada a Bolivia dándole Arica y Tacna a cambio de Atacama y Tarapacá. ¡Yessup, qué hay de los caballos! ¡Cállese, Montero, mi decisión está tomada! ¡Smith, probaremos esos veinte rifles peabody que nos mandaron de nuestra! Mariano Ignacio Prado se enfrenta a Montero como si lo quisiera abofetear. ¿Se va usted a dejar influenciar por un traidor, teme usted a esa mierda de Hilarión Daza? Por el cuello y la frente del Supremo Director se inflaron venas azules a punto de estallar. Se le agolparon más palabras por el paladar sin romper labios de pronto sellados. ¡Arruinado, todo arruinado por un presuntuoso cerdo con charreteras! Quiso gritar, golpear. ¡Mi país, mi gente, mis soldados! El ojo quedó inmóvil, como muerto y adherido al próximo rostro del almirante Montero. Después el General Mariano Ignacio Prado perdió el equilibrio. El marino lo sostuvo.

—¡Llamen al médico, pronto Zuleta! ¡Su Excelencia sufrió otro ataque!

Aflojan el uniforme, depositan el cuerpo sobre tres sillas alineadas, la propia levita del almirante sirve para acomodar

la cabeza que estalla desde dentro. Mientras el rápido bisturí del cirujano mayor pincha esas venas en tensión, con hablar estropajoso el Supremo Director dictó a Montero el mensaje que debía cifrar para Buendía.

ATAQUE EN EL ACTO Y SIN TREPIDAR.

A la batalla en Dolores

Rodeado de ayudantes y de amigos el General Buendía picó espuelas al frente del primer escalón. Tres columnas densas y ondulantes, el gran hormiguero aliado emprende la marcha detrás suyo. A las cuatro de la tarde van hacia un territorio escarbado, abierto en infinidad de pozos, el subterráneo laberinto del que a golpes de comba o dinamita han arrancado cien millones de libras esterlinas de nitratos. Por el costado del Tamarugal no hay más salares por delante, ni otro camino que esta pampa apisonada por el infinito ciempiés militar que se anima a continuar con esporádicos toques de corneta. Pese a lo avanzado de la hora, al frente aparecen y se van mirajes húmedos, jugosos remansos, pequeños bosques que acaso existieron y que reaparecen desde abajo, desde atrás de las edades. Después el sol se derrumbó por la izquierda, cayendo detrás de áridas colinas, y el Tamarugal se amorató hasta volverse real y único, sin espejismos que disimularan su temida profundidad. El General se siente poderoso, seguido por siete mil novecientos soldados y al encuentro de los tres mil hombres prometidos por Campero y de otros siete u ocho mil que han de haber partido de Arica.

Más largo el mundo para las pequeñas piernas de Pedro Jupa, cuyos trece años soportan sin una queja el tamaño del chassapot y la frazada enrollada al cuerpo con cuarenta cartu-

chos, empuja al cabito Cherres de quince años y éste azuza al cabito Guanilo que a los dieciocho cumplidos pronto saldrá de sargento profesional. El *Lima* N^o 8 mantiene el mismo activo andar de los veteranos del *Ayacucho* N^o 2 de Bolognesi, que anda en la tercera columna, lejos del *Ayacucho* N^o 1 del coronel Prado asignado al primer escalón. Desandando el desierto que cruzó hace una semana en pos de Buendía, el cabo Quincho se pregunta si no hubiera sido mejor quedarse quietos en Agua Santa y esperar a que el señor General volviera con refuerzos. Sabe de fresca memoria la árida violencia de esta ruta. No podrán detenerse o desfallecer antes del Pozo Ramírez y faltan muchas horas, infinitos pasos sobre esta pampa que comienza a enfriarse y que hiere a través de las botas. Puntas de caliche como cuchillos deshacen sus suelas. ¿Qué pasó, mi sargento? ¿se le perdió el zapato? Era el cabito Porturas, el muy chistoso. Godiño saltaba en un pie, torcido el otro al caer en un hoyo. No ha cumplido catorce años y Perico Porturas Porturas, de padre desconocido, se mueve con pisadas leves, viendo más lejos que nadie en esa oscuridad. ¿Puedes seguir? —interroga el subteniente Araujo al sargento detenido a un costado del ejército en marcha. Frota su tobillo, qué remedio queda mi subteniente, si se atrasa morirá de insolación y sed. En lo que va de noviembre Godiño ha caminado y subido, arrastrándose, corrido cientos de kilómetros a lo largo y ancho de esta soledad, de modo que casi ha olvidado quién fue y no está seguro de nunca más ser alguien parecido a Godiño. Apoyado en el chasapot ensaya uno, dos, tres pasos. Acaso podrían recogerlo esas carretas que vienen a retaguardia, pero cierto orgullo lo empujó adelante. Tenga usted, mi sargento. En la sombra que lo sostiene reconoció la voz de Quincho. A tientas recibe el obsequio: un puñado de preciosas hojitas de coca y una pizca de cal. Godiño jamás había chacchado. No llegará usted a Ramírez, señor Godiño, la coca le dará fuerzas. Mientras avanza usando el rifle a manera de muleta, mojó en saliva las mejores hojas, mascándolas y enrollándolas con la lengua antes de agregarles cal y otras hojas hasta ir formando una imperfecta bola que adormeció sus encías, su lengua y, en fin, también su gar-

ganta y su reciente dolor. Como una fuerza creció desde su vientre ya sin hambre ni sed y despacio se evaporó el ardor de la torcedura. Doscientos metros adelante, el pequeño Porturas explica que el cabito Anicama disputa al rígido sargento Mendieta los favores de la rabona Cayetana y que él solito piensa joder entre cuatro y ocho chilenos. Bruscamente Guanilo preguntó por qué no te callas, y considerando que Guanilo le lleva una cabeza de estatura y cuatro años de antigüedad en el ejército, Porturas refunfuñó que bueno, para preguntar de inmediato si se acuerdan de la vez que sorprendieron a Guanilo alzándole las faldas a la mujer del telegrafista de Pisagua y tuvo que correr mitad calato mientras el propio agraviado no sabía si dar las gracias porque su mujer pesaba cien kilos y en el puerto decían que le apestaba el culo. Godiño les dio alcance. ¡Silencio, carajo! Los cabitos rieron.

El primer escalón mandado por el General Bustamante lleva a la División *Vanguardia* del coronel Dávila, a la *Exploradora* eventualmente al mando del coronel Mori Ortiz y a la División boliviana de Villegas, además de seis cañones y dos escuadrones de caballería. A su derecha marcha el segundo escalón con Belisario Suárez al frente, la primera División del coronel Velarde y la División Villamil, aparte de doce cañones con el jefe de la artillería Castañón. Andrés Avelino Cáceres conduce el tercer escalón, secundado por el coronel Bolognesi, cada uno al mando de su respectiva división, y el resto de la caballería nacional. Al fin, avanzaba el desordenado cortejo de rabonas y carretas. ¡Vivo, vivo! Las cornetas recuerdan a ratos el toque de marcha regular. Es preciso cubrir la mitad del camino en una noche y en otra noche ponerse cerca del enemigo, coincidir con el valiente Daza, encerrar a los chilenos entre dos fuegos. ¡Vivo, vivo! Ahora sólo se oye un infinito rumor de pisadas. Hasta los animosos cabitos guardan aliento para concluir la caminata. La luz de media luna no consigue perforar la densa emulsión calichosa que baja de la sierra a inundar el Tamarugal. Salobre y abombado el olor de esa niebla nocturna parece licuarse en las bocas del ejército. Cierta lejano resplandor hace visible esa lechosa substancia que envuelve a los batallones

haciéndolos tiritar. Se tuercen las columnas, a veces chocando unas con otras, cambiando de jefes, y con ondulación de serpientes vuelven a encontrar la cabeza, se estiran y encogen y agrupan mientras a retaguardia se plantan esqueléticos burros, incapaces ya de avanzar un palmo más y se derrumban con sus cuatro cajas de municiones. En vano azotan los arrieros llagados pellejos. Mal nutridas mulas tampoco soportan el peso de la impedimenta y se desploman perneando. Expulsan una baba gris antes de reventar de cansancio. Casi trescientas cajas de parque se habían perdido por el camino cuando al fin amaneció. Tras una caminata de trece horas sin pausa, las tropas descubrían que no hay pozos de agua, ni casuchas, ni otra cosa que desierto en derredor suyo. Los guías afirman no haberse extraviado. Faltan veinte kilómetros para cumplir la primera jornada. El ejército caminó hasta las diez, las once de la mañana. Pero en Pozo Ramírez no lo esperan con odres de agua salitrosa o rancho caliente. Los administradores militares apostados a lo largo de la ruta, ignoraban que hoy llega el ejército del Sur. Treinta carretones con enormes bateas de hierro dulce recogidas en las salitreras de Iquique y con las cuales debía distribuirse bebida a los batallones, marchan pesadamente a retaguardia. De uno en uno se acercan los soldados a la máquina del pozo, para sorber unos tragos de baba potable. Con estómagos vacíos regresan a tumbarse a la sombra de pabellones y frazadas.

Los Colorados emprendieron el regreso a Arica.

Ignorando las órdenes de Prado, don Hilarión avanza esta tarde con su escolta hasta el próximo valle de Chiza, enviando por delante a los guerrilleros de Albarracín a ocupar Tana, a una jornada del enemigo.

La vispera

—¡Alarico! —pasa revista el sargento Godiño.

—¡Presente!

—¡Anicama!

—¡...esente!

—¡Ausejo!

—¡...eeente!

Con deshechas botas y hambriento el ejército del Sur se estableció en Negreiros en la mañana del martes. Los cabitos contemplan los cadáveres de Ventura Sepúlveda y sus Húsares de Junín convertidos en carroña abandonada por los buitres. El segundo amanecer de la marcha sin rancho, apenas sostenida por unos sorbos de agua cada veinticuatro horas, los sorprendió nuevamente extraviados en la oficina salitrera de Puntunchara. Pero a las once llegaban a Negreiros, desfilando frente a los despojos de la caballería vencida. El jefe del Ejército del Sur prefirió descansar en la más cómoda oficina de Dibujo. La caballería quedó a retaguardia en Agua Santa. Deshechas por la confusión de batallones que se mezclaron en la oscuridad, las tres columnas impuestas por el General Bustamante se rehacían a la espera del rancho. Pasan lista para averiguar cuántos se perdieron. Otros cien asnos reventaron de fatiga esparciendo pertrechos entre Ramírez y Negreiros. Una lejana polvareda anuncia a los carretones que se arrastran bajo el sol trayendo víveres. ¡Cherres! ¡Chipana! ¡Chimbolo! ¡...eeente, eeeente!

Buendía despachó ocho oficiales en busca de los tacneños de Albarracín, todos con el mismo mensaje para don Hilarión: la batalla será pasado mañana, apúrese Su Excelencia en atacar. Emisarios de Belisario Suárez partían al galope cruzando el Tamarugal en busca del ganado ofrecido por los contratistas Gómez y Puch, que prometieron poner cien toros en la quebrada de Tarapacá. Hasta que vuelvan con noticias, Suárez distribuyó cien gramos de charqui correoso y un tazón de agua a cada soldado. Ajetreado por atender a los 7,725 soldados que al-

canzaron Negreiros, el Jefe de Estado Mayor General sólo fue a reunirse con su superior al mediodía. Lo encontró absorto ante un mapa. Buendía ha decidido seguir el itinerario dictado por los estrategas de Arica, a fin de que la combinación con Daza se cumpla exactamente. No hay noticias de Campero. Invitaba al coronel a compartir su despensa particular cuando se oyeron cornetas.

¡Generala!

—Tome usted caballería y vaya a reconocer, coronel.

Belisario Suárez replicó con un rápido sí, mi General y salió disparado a montar su espumosa bestia de batalla.

—¡Corneta, ataque! ¡Húsares, exploradores!

Cuarenta, cincuenta jinetes lo siguieron. Por los cerros de Negreiros asoma caballería chilena al mando del capitán Barahona, uno de los autores de la matanza. Contempló con asombro al ejército del Sur en pleno. Lo suponía en Iquique. Sabe que hay bolivianos en Camarones y montoneros en Tana. A galope tendido, Suárez miró detrás suyo. El resto de la caballería aliada se desprende de Negreiros a reforzar el ataque. Por aquí, hace media hora, el Jefe de Estado Mayor General ordenó dar sepultura a los húsares de Sepúlveda. Ahora desenvaina el sable. Sus hombres se desplegaron en línea. Entonces gritó: —¡A vengar a Sepúlveda, vivan los húsares, muera Chile! ¡Corneta, a degüello! ¡A degüello!

En Dibujo, el General Buendía convocó a urgente junta de jefes. Estaban descubiertos. No podrán continuar directamente al norte, siguiendo la línea férrea, sin correr peligro de que los chilenos ataquen de flanco. El primero en llegar al cuartel general fue Justo Pastor Dávila, cuya División *Vanguardia* con los Batallones *Puno* N^o 6 y *Lima* N^o 8 debe empezar cualquier batalla. Cinco minutos tardó el General Bustamante, disgustado por la falta de víveres. Velarde y Castañón llegaron juntos, seguidos por los bolivianos Villegas y Villamil. En fin, apareció el coronel Bolognesi. Cáceres se hizo disculpar por razones de servicio: no puede abandonar retaguardia por ahora. El señor jefe del Ejército del Sur explica que ha decidido marchar a Santa Catalina para allí reunirse con Daza y de inmediato capturar

los pozos de Dolores. No sólo le parecía la ruta más apropiada para acercarse a don Hilarión, sino que antes de Dolores, entre las salitreras del Porvenir y Saca-si-puedes podrán proveerse de agua y acampar. Irán de noche a Santa Catalina.

Cerca del cuartel general, el coronel Víctor Fajardo enciende al mediodía el "non plus ultra" que le obsequió Alfonso Ugarte al salir de Iquique y que ha conservado a través del desierto a la espera de un rato de paz para fumarlo. Considera Fajardo que acaso mañana sea la batalla y como nunca se sabe, mejor ahora que tal vez mañana muerto, así que usó una brasa para inflamar el habano. Cumple servicio de jefe de día escoltado por tropas bolivianas. Detrás suyo parloteaban despacio y en quechua, que es la lengua materna del coronel. Por ahora concentrado en tan espléndido tabaco, tardó en descifrar esa conversación a media voz. Creen los clases que no serán entendidos por Fajardo, no vamos a dejarnos matar por los peruanos, no era su guerra, ya está resuelto, quemaban unos cartuchos y a largarse a su país. Cuando Fajardo se encaminó a los aposentos de Buendía para informar de la traición que se cocina, casi fue derribado por el secretario Rubin de Celis. ¿El General? ¡No se le puede molestar! Celis montó un caballo y partió exhalado en busca del coronel Cáceres. En la junta de jefes había vuelto a estallar una reyerta que Buendía no consigue controlar. ¡Se quieren agarrar a tiros, mi coronel! ¿Quién empezó? ¡El coronel Dávila, señor Cáceres, apúrese por favor, vaya a calmarlos! Desde hace ocho meses, el jefe de la Segunda División ha tenido que controlar los excesos del ex-prefecto. Es una suerte que Belisario Suárez no haya regresado de perseguir a la caballería chilena o la vieja discordia entre ambos coroneles se hubiese resuelto a golpes de sable. Cáceres meneó la cabeza. No, señor Celis, no puedo separarme ahora de mi gente. Busque usted al coronel Manuel Suárez, él puede apaciguar los ánimos.

Belisario Suárez ignora que su hermano debió presentarse ante sus superiores y poner fin al amotinamiento de Dávila. No sabe que Dávila ha dicho incapaz y pusilánime y corrompido y, en fin, pedazo de cojudo al señor jefe del Ejército del Sur,

aparte de calificar de imbécil de mierda al General Bustamante que juró matar al atrevido coronelito tan pronto hayan dado cuenta del enemigo. Cuando acabó la reyerta, se dio la orden de avanzar por un territorio agujereado y excavado por las empresas salitreras. Por aquí la marcha será más difícil que siguiendo la vía férrea, pero Buendía quiere evitar toda posibilidad de una emboscada. Cuando a las seis de la tarde el Jefe de Estado Mayor General regresó sin haber dado alcance a los odiados Cazadores, el grueso de su ejército ya se desplazaba en tortuosa demanda de Santa Catalina, Dolores y otras salitreras dominadas por el amplio y chato cerro San Francisco.

Mañana a esta hora es posible que se haya decidido la suerte de Tarapacá y de la guerra. Si echan a los chilenos al mar, si les toman unos miles de prisioneros, si les capturan armamento, si conservan la riqueza del salitre, si un gran revés militar ocasiona una crisis política en Santiago, pronto estas mismas divisiones podrán desafiar el desierto de Atacama y recobrar Antofagasta. Belisario Suárez se siente con el ánimo dispuesto para entrar en batalla. Cierta invulnerabilidad acompaña sus movimientos. Una vez que reforzó a los guías y despachó patrullas de reconocimiento, retrocedió a organizar el transporte de charqui y harina tostada en carretones que recién llegaban a Negreiros.

Después llegó lo más negro de la noche y la calichosa helada neblina que ahuecaba el aire transportando sonidos como a través de túneles envolvió a las tropas. Compañías enteras ruedan en grietas y zanjas, sorpresivas excavaciones succionan a las bestias cargadas de munición. Se ha ordenado avanzar en completo silencio. Pero las columnas se cruzaban y no lejos de Canchones, el *Zepita* de la reserva acabó cortando la línea de los Guardias Civiles de Arequipa y en la vanguardia de la tercera columna, el *Dos de Mayo* estuvo a punto de abrir fuego contra la desorientada *Exploradora* que embestía de costado. A ratos brillan brasas de tabaco, atrás se oye repiquetear esquilas, gritan los baqueanos que por aquí, que cuidado, sin que el ejército aliado sospeche que a cien metros de distancia, en la misma dirección avanza una pequeña división enemiga con seis caño-

nes de bronce y dos flamantes krupps. El baqueano de a caballo que cuida a Belisario Suárez lo condujo a lo largo de ese ejército en confusión, que principia a detenerse. ¿Quién ha dado la orden? Yo, señor Suárez, dice Buendía cuando al fin lo encuentra acampado entre coroneles que acusan de imprevisión al Jefe de Estado Mayor General. Estamos en buena dirección, Suárez no se equivoca. Sin embargo acató las palabras del jefe del Ejército del Sur. Tan pronto empiece a clarear, seguirán la marcha y a las ocho, a las nueve se habrán reunido con Daza frente al enemigo.

Ni siquiera nos podemos sentar, mi sargento. Tiritaban los Cabitos cuyo uniforme de dril no basta para el helado ventarrón que de noche atraviesa la pampa. De cuclillas Godiño tanteaba el terreno salitroso y filudo. Habría que romper esta costra a golpes de martillo para descansar echados. Los muchachos raspan el suelo hasta ensangrentar sus uñas, chancan puntas de caliche con las herradas culatas de sus chassepot: imposible mullir el desierto. Tenían que esperar la luz de pie o reuniendo cuerpos para apoyarse y absorber calor. Sufrían hambre, mi sargento. Y sed también. Cien gramos de charqui son una bicoca para tanta caminata. Pero al sargento qué le importa, Porturas desprecia su uniforme de nacional, el pobre voluntario. Porturas ya se siente soldado de línea. El ejército le da tres comidas diarias, ropa y techo, fue una gran vida hasta que empezó la guerra y una vida más o menos aceptable hasta que llegó la orden de marchar. Voces de mando, jerarquías, armas, cuarteles, todo esto es su padre y su madre, su única verdadera familia. Catorce años y cumple misiones de hombre. El sargento Godiño le parece como hecho de alambres, piel y hueso y una enorme nuez empujando por su garganta sin afeitar. En silencio y de pie, todos mirando el cielo en busca de la primera claridad de Oriente, apenas se oye respirar a los muchachos y a los otros nueve mil hombres que van a vivir, a morir, no se sabe. Acaso no haya otra comida para esta hambre, quizá terminen con sed y sin saber cómo están sus familias o qué ocurrirá más tarde con sus hijos, si el enemigo, si ciudades carbonizadas, si la peste. Un rato de cuclillas y otro estirándose hasta que crujen sus articula-

ciones, Godiño sigue de paso, como siempre estuvo en Pisagua o en Iquique no viviendo su verdadera vida sino apenas su reemplazo, la sustituta existencia gris que no ha deseado ni acepta y que tarde o temprano ha de cambiar por otra de acuerdo a sus ambiciones. Iba a volver a Lima, no a seguir de amanuense sino a poner sus propios negocios. Pero fracasado hasta ahora, la guerra no le puede arrebatar nada valioso, como no sea este cuerpo semidesnudo. Posterga para mañana, para el minuto mismo de la batalla toda idea de mutilación o muerte. Observaba el cielo. Si hubiese tenido que llegar a Santa Catalina sin guías, habría fracasado: la luz llegó del otro lado de la oscuridad que él acechaba.

El miércoles 19 de noviembre principia temprano en esta pampa. Nada más dejaron pasar lo más negro de la noche. Tan pronto apareció la menuda esencia de la luz y fue posible separar sombras y reconocer lo sólido de la ancha boca de esos cráteres, el ejército reanudó su caminata. Eran las tres de la mañana. Se movía ahora en creciente orden, envolviendo al enemigo. Cuando la mañana embistió con verdadera luz solar, el General Buendía y su Jefe de Estado Mayor General contemplaron con mal disimulada satisfacción como las divisiones se desplagaban en exacto orden de batalla, como si se tratara de una maniobra muchas veces practicada en el mismo terreno. Los chilenos despertaron con el ejército aliado ocupando pozos de agua a dos kilómetros de distancia, listo para emprender el asalto.

¿Dónde está don Hilarión?

PRADO A PRESIDENTE
BUENDIA EN AGUA SANTA
OCUPADO NEGREIROS SIN RESISTENCIA
ALBARRACIN EN TANA
HOY PROBABLE COMBATE

Cerca de la estación de Dolores se alzan los cerros de San Francisco norte y sur, que forman dos pequeñas mesetas, una de ochocientos por ciento ochenta metros y la otra de mil por doscientos. Rodeados de pozos de agua, se separan del cerro Tres

Clavos por una angosta desértica garganta que llaman La Encañada, y del cerro Bartolo por la línea férrea a Pisagua y un terreno ya escarbado por empresas salitreras. En lo alto de esa fortaleza natural esperaba el ejército chileno, dominando además la ruta de Tiliviche por donde debió llegar y no llega don Hilarión. En La Encañada, ocultos al largavistas de Buendía, acampan 500 jinetes de los regimientos de *Cazadores* y *Granaderos*. A doscientos escarpados metros por sobre la pampa de salitre, en San Francisco sur hay diez krupp de montaña y cuatro de campaña, además de dos ametralladoras apoyadas por el 4º de Línea y los batallones *Coquimbo* y *Atacama*, cuyos “padrecitos”, como los llamaban en Chile por sus levitas negras, reciben hasta ahora las más difíciles misiones del alto mando enemigo. Arriba de San Francisco norte se atrincheran el *Buin*, los *Navales*, y el Batallón *Valparaíso* con doce cañones krupp de tiro rápido y largo alcance. Entre la estación de Dolores y el cerro Bartolo, hay más artillería y el 3º de Línea.

—Cuatro cañones más en Tres Clavos —informa Belisario Suárez.

Buendía no hizo mucho caso. ¿Dónde está don Hilarión?

Seis mil quinientos chilenos con 34 buenos cañones y tres ametralladoras al frente. Dejado en retaguardia, el coronel Cáceres se pregunta qué esperan para atacar. Por telégrafo han de estar pidiendo rápidos refuerzos a Hospicio y Pisagua. Pronto llegarán más enemigos en tren. De este lado hay cuatro mil peruanos y tres mil trescientos bolivianos con dieciocho cañones.

¿Dónde mierda está don Hilarión?

Tan pronto dominaron las lomas de Chiniquiray, los aliados formaron en orden de batalla. Al extremo del ala derecha quedó el Batallón de los Cabitos junto al *Puno* N° 6. Después avanzó la División *Exploradora* del General Bustamante. Casi al centro quedó la Primera División boliviana de Villegas con los batallones *Paucarpata*, *Dalence*, *Illimani* y *Olañeta*. El jefe del Ejército del Sur eligió la vanguardia de esta fuerza para avanzar hacia Dolores flanqueando San Francisco. El ala izquierda quedó integrada por la pequeña Primera División peruana, apoyada por la División Villamil. En calidad de refuerzo quedó la

División Bolognesi, con el *Ayacucho* N^o 2 y los *Guardias de Arequipa*. Por toda reserva se tenía a la Segunda División del coronel Cáceres con el *Zepita* y el *Dos de Mayo*. Se colocó a la caballería en la estación salitrera del Porvenir, frente a San Francisco Sur, lo mismo que los dieciocho cañones personalmente dirigidos por el jefe de la artillería coronel Castañón.

¿Qué espera Buendía para atacar?

¿Dónde está don Hilarión?

Las cornetas tocaron fajina. A mitad de pampa, tan pronto ocuparon la aguada del Porvenir, esas tropas que avanzan listas para el asalto, recibieron orden de detenerse y formar pabellones.

¿Pabellones? ¿Extender las mantas? ¿A tiro del enemigo?

¿Dónde está don Hilarión?

El indiscreto capitán Prada clavó espuelas en los ijares sanguinolentos de la bestia que lo trae de Tana. Un largo rodeo lo aleja del enemigo. Al galope pasó por detrás de la División de Cáceres en busca del General Buendía que reconoce posiciones adversarias con Villegas y Belisario Suárez. ¡Al fin! ¡noticias de don Hilarión! Mojado en sudor el capitán saluda al jefe del Ejército del Sur, vengo de Tana, señor, Su Excelencia el Capitán General Daza regresó a Arica con todo su ejército, señor, no vienen refuerzos aliados, mi General, estamos solos.

—¡Capitán Prada! —rugió Suárez.

—¿Diga usted, mi coronel?

El Jefe de Estado Mayor General se le detuvo a medio paso.

—¡Es confidencial, maldito cojudo!

Prada enmudeció pero ya vuela la noticia por los batallones. ¡Huyó don Hilarión! ¡El General Daza dio media vuelta en Camarones! ¡Los bolivianos a Bolivia!

Capitanes, coroneles aliados se separan de sus tropas para confirmar la fuga de Daza ante el propio General Buendía. Un confuso vocerío crece por la pampa mientras en lo alto de San Francisco el enemigo observa como se rompen las divisiones de la Alianza. ¡A Bolivia! ¡A Oruro! Hambrientos y sedientos bolivianos arrojan el rifle. ¡Don Hilarión se fue! ¡Todo ha terminado! El propio Suárez va hasta esos batallones en desorden, escuchan bien carajo, es una falsa noticia propagada por el enemigo.

Don Hilarión se acerca con cuatro mil soldados, treinta cañones y seis ametralladoras, obedezcan a sus jefes o don Hilarión los hará fusilar. Nadie ha roto la Alianza. No se dejen engañar. Vuelvan a sus puestos. Lentamente los bolivianos se reagrupaban. Ahora miran el desierto con ansiedad: ni una pizca de polvo anuncia a Su Excelencia.

Se observan los ejércitos como si nunca se hubiesen buscado en Tarapacá. En lo alto de San Francisco, los chilenos esperan refuerzos: el Batallón *Bulnes* se acerca en tren desde Jazpampa. Y el 2º de Línea, el regimiento *Artillería de Marina* y los Batallones *Chacabuco* y *Zapadores* vienen de Hospicio con el Manco Escala a la cabeza.

En la pampa, los aliados esperaban órdenes.

En marcha. Quietos. Llamada de honor. Asamblea. Orden general. Atacamos ahora. Pero antes se pasará rancho. Derecha. Retirada. Armar la bayoneta. Godiño refunfuña mientras su batallón marcha y contramarcha casi al pie del enemigo, empujado por órdenes contradictorias. Ya pues, mi sargento, decídase usted. Y Porturas mostraba los dientes como si de Godiño dependiera la decisión de trabar combate. Tienes razón, cabito Porturas, no hemos llegado hasta aquí para pasear frente a los chilenos. Y además, la sed. Una tras otra avanzan compañías a abrevarse en la aguada del Porvenir, pero atrapados en erráticos movimientos de avanzada, los Cabitos no han podido detenerse en los pozos. ¿Aquel es el enemigo? Quietas cabezas asoman por lo alto de los cerros sin dejar de vigilarlos. Godiño seca su rostro con la deshilachada manga de su uniforme, sintiendo que el sol sancocha su indefenso cogote. Ni miedo o rabia, ni en fin otro deseo que el de llenarse de agua salobre y fabricarse un pedazo de sombra para dormir. Quisiera explicar que fue distinto en Pisagua, que esto no parece guerra, pero otra vez ordenaron moverse, ahora hacia la oficina salitrera Saca-si-puedes, ocupando el peligroso flanco derecho del ejército aliado. Caminan sus muchachitos de costado a los chilenos, de reojo a flexibles espejismos: hombres con uniforme extranjero de pie sobre charcos de agua que arden lentamente, trenes que viajan con tropas de cabeza, plateadas lagunas en obstinada combustión

como un aguacero al revés. Parece aquí que todo, inclusive el enemigo, fuese una mentira. Caminaban sin jamás llegar a destino satisfactorio. Aquí, no. Allá tampoco. A la derecha, a más lejos, atrás pronto. Escarban territorio invadido con botines inservibles mientras la idea de la postergación multiplica su cansancio. Porque parece que en algún lugar nos sentaremos a esperar a don Hilarión antes de dar la batalla.

El *Ayacucho* N^o 1 había tomado posiciones en Santa Catalina y, desplegada su primera compañía en guerrilla, esperó la orden de atacar. El jefe de la *Exploradora* General Bustamante dispuso formar pabellones.

—No ha llegado el rancho —se acerca el capitán Grocio Prado al coronel Manuel Prado, jefe del batallón.

—Parece que Daza se asustó —dijo su tío con voz sombría. Tendrán que pelear solos. Ya ni siquiera confiaba en la lealtad del *Illimani* y el *Olañeta*.

Estas tropas enflaquecidas, que se duermen de pie bajo el violento sol de las calicheras, necesitan agua urgentemente. Al frente de su batallón, el coronel Prado calcula la importancia del enemigo y a la vez se pregunta que espera el jefe del Ejército del Sur para impartir una orden, cualquiera que ella sea.

—¡Oye, Manuel! —se acerca al trote el coronel Velarde rumbo al ala izquierda donde espera su división—. ¡Ya es hora de atacar!

—¡Pero si han dispuesto formar pabellones! —protestó Prado—. ¿Quién lo dice?

Velarde señaló el cielo con un pulgar. ¡Arriba, pues! ¡Lo dice el Viejo!

—¡Grocio! —se volvió el coronel—. Escucha bien, muchacho, esto parece un manicomio. Te me vas a buscar al General Bustamante y le preguntas que hacemos por fin. ¿Atacamos o pasamos rancho?

—Sí, mi coronel.

—No parece tan difícil —calcula Jumpa la altura del San Francisco.

—Tienen cañones arriba —razona Perico Porturas. Son como doscientos metros rectos hasta la cumbre, como un kilómetro a gachas bajo la fusilería enemiga.

—A lo mejor se les puede dejar sin agua —al cabito Anicama señala el opulento pozo de Dolores defendido por el 3º de Línea chileno. Podían convertir esos cerros en islas quemadas por la sed.

—Hum, claro. Es tan difícil subir el cerro como bajarlo con fuego en contra.

—Hay que atacar, después será peor —insiste Jumpa.

—¡Detenga a sus tropas, coronel! —Belisario Suárez llegaba en busca de Cáceres—. Felizmente he conseguido suspender el ataque hasta mañana.

Casi al pie del espolón sur, el jefe de la Segunda División esperaba las últimas órdenes para empezar el asalto. Miró disgustado al Jefe de Estado Mayor General. Desde hace diecisiete días, para bien o para mal, ese hombre ha sido el motor de la campaña. De no haber sido por Belisario Suárez, acaso habrían quedado atrapados entre Iquique y Pozo Almonte. Aturdido aún por la deserción de Daza, ha escuchado a Villegas y a Villamil que no se dejarán matar en beneficio de los peruanos, que es hora de partir, que deben salvar el orden y la paz interna de Bolivia, que nadie puede asegurar la lealtad de estos batallones. Suárez prefiere que su ejército pase rancho y duerma y rompa fuegos al amanecer. Así que Cáceres ordenó contramarchar ante un enemigo perplejo por tan inexplicables evoluciones a tiro de sus krupps.

—Mande una guerrilla a proteger el pozo —pidió Suárez antes de picar espuelas—. Enviaré refuerzos bolivianos.

Sí, claro, no vayan a atacar primero los chilenos despojándolos de aguada. Entonces tendrían que retirarse a la distante quebrada de Tarapacá a llenar cantimploras. Cáceres despacha a la sexta compañía del *Zepita* a montar guardia con una compañía del *Illimani* en el pozo del Porvenir. Cuando su división hubo regresado al emplazamiento original, dispuso que se pasara rancho. Sí, Zubiaga, rancho de cualquier cosa. También a Isaac Recabarren, ahora jefe de estado mayor de la Se-

gunda División, lo preocupa la dispersión que se adivina a lo ancho del campamento aliado. Parecen hormigas sin hormiguero, dijo el comandante. La cicatrizada faz de Cáceres asintió. Así es, parecemos hormigas.

—¡Acompáñeme al Estado Mayor —propuso después. Si los bolivianos prefieren irse, que se vayan de una vez. Mejor pelear solos que mal acompañados.

En el camino se les unió el coronel Manuel Velarde, de nuevo en busca de órdenes desde el ala izquierda.

—No lo entiendo —se agría el jefe de la Primera División Peruana—. ¿Por qué no hemos atacado? ¿Culpa de Daza?

—Culpa del Viejo.

—Es un error.

—De acuerdo, completamente de acuerdo.

—Mira —se alarmó Velarde—. ¡Vamos!

Un grupo de furibundos jefes bolivianos rodeaba a Suárez acercándole los puños, vaya porquería de órdenes, no tienen por qué obedecerlas, también Buendía es un torpe incapaz y un cobarde, hay que volver mientras se pueda a Bolivia. Con robustos brazos el coronel Cáceres se abrió paso entre tantos descontentos.

—Vea usted lo que pasa y si así podemos triunfar —se agrió Suárez al verlo.

Pareció que los labios de Cáceres se iban a despegar. Oye el nervioso vocerío, tantas gargantas llenándose de razones para escapar de la vista del enemigo. Meneó la cabeza. No está aquí para discutir órdenes sino para cumplirlas. También en derredor de Buendía se amotinaban oficiales bolivianos.

El capitán Grocio Prado volvió detrás del General Bustamante.

—¡Rompa pabellones y desfile hacia la fortaleza enemiga! —pidió el General—. Estacionese junto a la oficina de Camiña y espere mis órdenes para atacar de inmediato.

—Sí, mi General —el coronel Manuel Prado sabe al menos por donde ha de escalar las posiciones enemigas.

El coronel Cáceres abandonó a Belisario Suárez en medio

de esos engalonados con urgencia por vivir. Invitó a Velarde a reconocer las defensas chilenas.

—Dejen de pelearse —el sargento Hermógenes Bocanegra observa disgustado a bolivianos y peruanos forcejeando por llenar primero sus cantinas. Sus hombres del *Zepita* comparten con una compañía del *Illimani* la raquítica verdura que rodea la aguada del Porvenir. Ahora daban un espectáculo que los rotos seguían con sonriente interés desde lo alto de San Francisco.

—¡Con estos inútiles que nos mandan, bien pueden llevarnos los diablos! —vocifera el coronel Justo Pastor Dávila, cuya división debía comenzar el ataque con Buendía a la cabeza. Le ordenaban regresar.

—Otra vez al sur —se fatigó Godiño. La batalla ha sido aplazada hasta mañana. Por fin irán a surtirse de agua.

—Me encargaré personalmente del rancho —monta su caballo, se dirige a retaguardia el coronel Belisario Suárez.

—Formen columna y esperen —el coronel Manuel Prado descansa a tiro de fusil de los chilenos, restrega sus labios resacos.

—¡De qué se ríen, rotos de mierda? —vocifera un sargento del *Illimani* alzando su rémington.

El primer disparo retumbó inesperadamente a las 3 y 25 de la tarde.

El mayor chileno Salvo contestó con un disparo de krupp.

—¡Corneta! ¡Cesar el fuego, cesar el fuego! —Suárez contempla su ejército en descanso, la pequeña lucha que comienza al pie del San Francisco entre dos guerrillas y las baterías enemigas.

En la aguada del Porvenir, la corneta del *Zepita* sopló ataque.

—¡Armar la bayoneta, carajo! —aulló el sargento Bocanegra—. ¡A la carga!

El comandante Ladislao Espinar, del servicio de ambulancias, se agazapó cuando el cañonazo sacudió las inmediaciones del pozo. Ningún oficial aquí de más alto rango que el suyo. Peruanos y bolivianos se aventaban al ataque. Echó mano al

sable y se puso al frente de los aliados. ¡A los cañones, a los cañones! ¡Corneta! ¡Ataque de Uchumayo! ¡A la carga! Ya se acabó el desierto, ya empieza el cerro, ya trepan empujados no se sabe por qué ímpetu prodigioso. Ni una bandera a la mano para clavarla en la cumbre, ni una compañía de refuerzo para sostener el intrépido escalamiento. ¡Arriba, a la carga! ¡Armas a discreción! La solitaria corneta llamaba a todos al asalto de San Francisco. Arriba crepitaron ametralladoras, sorprendidos artilleros chilenos echan mano a sus winchester mientras Salvo pide urgentes refuerzos: esas guerrillas se le venían encima, más veloces que la reiteración de sus cañonazos.

—¡Viva el Perú! ¡a tomar los cañones! —no ignora Espinar que está al frente de todo su ejército, que nadie hay delante suyo sino enemigo. Su sable señala dos krupp que no bastan para despedazar su osadía— ¡Son nuestros, a la carga!

—¡A la carga! —se decidió el coronel Isaac Chamorro, jefe del Batallón *Puno* N^o 6.

Godiño escucha contradictorias cornetas: ataque y alto el fuego.

—¡Primera y segunda compañías! —se oyó al comandante Perea—. ¡Adelante!

Los Cabitos, también los batallones *Olañeta* e *Illimani* avanzaron detrás del *Puno* N^o 6.

—¡Número de guerrilla! —ahora el coronel Prado toma la iniciativa. Al frente la primera compañía y la segunda de reserva—. ¡Mayor Salcedo! ¡Columna ligera con la octava compañía y a tomar el cerro! ¡Grocio, a mi lado!

El *Ayacucho* N^o 1 subía por la otra cara del espolón sur.

En lo alto, los *padrecitos* del *Atacama* se movieron en auxilio de su artillería súbitamente atacada. A saltos arriba, de un risco a otro, bala en boca y con bayoneta calada llegan los aliados a la cresta del cerro. A diez metros de esos krupps bruscamente silenciosos, el comandante Ladislao Espinar se desplomó alcanzado por un balazo de winchester entre los ojos. Aliados y chilenos se fusilaban a boca de jarro. Cuando Hermógenes Bocanegra embistió a la bayoneta, ya los del *Zepita* se habían adueñado de los cañones enemigos.

—¡Viva el Perú! —Bocanegra se agarra los testículos para mostrárselos al enemigo— ¡Muera Chile!

Por la otra orilla del cerro, un cañonazo despedazó al teniente coronel Roselló, segundo jefe del *Ayacucho* N^o 1. Marchaba con dos compañías a reforzar sus guerrillas contraatacadas violentamente por los chilenos. El coronel Prado envió al voluntario cubano Pacheco, incorporado a las filas nacionales con el mismo grado de coronel ganado en el Ejército Patriota de la Isla, a reemplazar a Roselló. Luego tomó el resto del *Ayacucho* N^o 1 y avanzó a paso de carga por Camiña, Saca-si-puedes y Rosario hasta Dolores para rodear un grupo de tiendas que le habían señalado como cuartel general del 3^o de Línea.

Perico Porturas mató por primera vez a las cuatro de la tarde. Estiró la puntería en busca del flanco desde el que malherían a los Cabitos que trepan el cerro. Tras la detonación rodó un chileno del *Atacama*. ¿Vio usted, mi sargento? La vidriosa mirada de Godiño ha vuelto a ver y como hace diecisiete días en Pisagua el sargento controla una casi irresistible ansia de vomitar. Sube, joven asesino. A la bayoneta, a las tripas, a la médula si es posible. Guarden balas, gritaba el comandante Perea. Fornidos hombres del Batallón *Puno* y los Cabitos trepan en silencio, absortos en esta tierra desmenuzada por quienes van llegando a la cima y empiezan a morir. Atrás, con un confuso griterío, se mueve el ejército vagamente al ataque, de acuerdo al plan cancelado hasta mañana. Por la derecha arranca Buendía siguiendo la línea férrea. Galopa Suárez a ponerse al frente del escalamiento. Aunque hace un rato quería marcharse a La Paz, el General Carlos de Villegas mueve a los suyos al asalto. Villamil ordenó flanquear cerros en busca de La Encañada para encontrarse con Buendía. El coronel Bolognesi lanzaba su división al ataque por la izquierda. Cáceres dirigió a sus soldados en apoyo del *Puno* y los Cabitos.

Pero al final de la pampa se plantaron los bolivianos del *Olañeta* y el *Illimani*. A mil metros rompieron fuegos. Tan desordenada fusilería fue a herir por la espalda a las guerrillas que se sostienen en lo alto del San Francisco mientras terminan de

trepar los refuerzos. Arriba cargó a la bayoneta una fracción del *Atacama*. Peruanos y chilenos rodaron cuesta abajo peleando cuerpo a cuerpo.

Formados en columnas de ataque, *Puno* y *Cabitos* cargaron a repecho reconquistando la falda. Pasa Godiño por encima del desconocido cadáver de Hermógenes Bocanegra y de su enemigo chileno, atravesados uno al otro a la bayoneta y deshechos por el simultáneo balazo que acompañó sus estocadas. Soldados del *Zepita* y el *Illimani* han quedado así ensartados a sus adversarios del *Atacama*, contemplando con odio sus mutuas agonías. Algunos todavía forcejean en vano intento de desclavarse mientras continúa la inesperada batalla. ¡Arriba! Dos tercios del cerro en silencio, al fin ordenó fuego a discreción el coronel Morales Bermúdez, lanzando a sus *Cabitos* al asalto. Los cuatrocientos niños embistieron con los chassepot en ristre hasta de nuevo adueñarse de los krupps chilenos. Por la izquierda acometía el *Puno* N^o 6 y los obstinados guerrilleros del *Zepita* y el *Illimani*. Al filo sur de San Francisco se amontonan cadáveres chilenos.

Pero estas tiendas pertenecen a una ambulancia enemiga, no a su cuartel general como informaron los emisarios de Bustamante. El coronel Prado ordena toque de llamada y a la izquierda cuando una andanada de artillería despedazó el flanco de su medio batallón.

—¡Háganlos virar! —Morales Bermúdez observa que todo el Batallón *Atacama* seguido por el *Coquimbo* se avienta contra sus *Cabitos*. Forcejeó con los krupp para volverlos contra el enemigo. No le dieron tiempo—. ¡Corneta! ¡Fuego a pie firme!

La riflería contuvo a los batallones chilenos. Por la izquierda embistió a su vez el coronel Chamorro con sus cuatrocientos soldados con bayoneta calada.

Un balazo aliado deshizo por los riñones al cabito Guanilo. También acribillados por la espalda, se desmoronan guerrilleros del *Illimani*. Los asesinaba el resto de su propio batallón desde la pampa.

—¿Qué haces, carajo? —tronó el subteniente Palma. Por-

turas disparaba contra los bolivianos abajo—. ¡El enemigo está allá, cojudo!

—¿Y eso? —Porturas señala el cadáver de Guanilo.

Godiño sostenía un risco con cuatro muchachos. Antes de rechazar la segunda carga chilena, se volvió a tiempo de ver a su lado al coronel Belisario Suárez.

Dos capitanes, un subteniente y sesenta soldados del *Puno* N^o 6 cayeron en el choque contra el *Atacama*.

Todavía luchaban los cabitos por mover esos krupp contra los chilenos.

—¡Nos están matando por la espalda! —Morales Bermúdez señala furioso a las tropas que no cesan de disparar desordenadamente desde la pampa. Suárez asintió hoscamente. Hace diez minutos ha visto caer por tierra al General Villegas, malherido cuando empezaba a subir el cerro.

Las cuatro compañías del *Ayacucho* N^o 1 que llegaron a la cima, cayeron despeñadas por una furiosa carga enemiga.

—¡Necesitamos refuerzos! —ahora Morales Bermúdez descarga el revólver contra una fracción del *Coquimbo* que acometía contra sus Cabitos.

—¡Vaya usted personalmente y traiga a la Segunda División! —vocifera Suárez.

—¡No abandono mi batallón, carajo! ¡Usted traiga a Cáceres! ¡Aquí lo esperamos!

El coronel Prado pasó a galope tendido delante del 3^o de Línea que contenía a los peruanos con descargas cerradas. Alcanzó al General Bustamante a medio kilómetro de la ambulancia chilena.

—¡He reunido a doscientos, mi General! ¡Solicito permiso para atacar el cerro!

—Proceda usted, coronel.

Paralizado el avance de Villamil, cuyas tropas se desbandan a la vista del enemigo, las divisiones de Velarde y Bolognesi quedaron con el flanco descubierto. Por el otro extremo, titubeó primero y se desorganizó después el avance de Buendía barrido desde tres puntos por la artillería chilena.

¡A Oruro, a Oruro!

Más de tres mil bolivianos abandonaban la Alianza y la batalla y hasta sus armas para correr rumbo a la cordillera.

A mitad del cerro remecido por explosiones de shrapnell, mientras una ametralladora enemiga traqueteaba encima de su cabeza, el capitán Grocio Prado contempló la incontenible dispersión boliviana. Nadie viene a sostener al *Ayacucho* N^o 1 en su tercer intento por alcanzar la cima.

Súbitamente la caballería aliada al mando del coronel Ramírez arrancó al galope en dirección de Arica.

¡Desertaban, carajo!

¿Y dónde está el General Buendía?

A la tercera carga, los chilenos arrojaron de San Francisco a exhaustos puneños y Cabitos.

En el centro de este inabarcable desorden, el coronel Suárez se empuja en los estribos. Desaparecieron Buendía y todos los jefes que lo acompañan. Picó espuelas para detener a Cáceres que ya arremetía hacia el cerro con toda la reserva.

¿Dónde está el General Bustamante?

Las tropas bolivianas se esparcían por la pampa dejando tras de sí un rastro de fornituras, cartuchos y buenos rémington abandonados.

—¡Alto, coronel! ¡Salve a su división! —la reserva es cuanto queda intacto a órdenes de Suárez. El coronel Bolognesi parece replegarse en orden. Pero la División Vanguardia ha sido arrastrada por la dispersión boliviana. Ojalá Velarde consiga recuperar a sus soldados.

—¿Y ellos? —Cáceres señaló la falda del San Francisco por donde cabitos, puneños y sobrevivientes de las guerrillas del *Zepita* y del *Illimani* resisten sucesivas cargas a la bayoneta y oblicuas ráfagas de ametralladora.

—¡Corneta, retirada!

¿Dónde está el coronel Velarde?

—¡Comandante Somocurcio! —el coronel Prado se refugia con los restos del *Ayacucho* N^o 1 en los vericuetos de una sali-

trera—. ¡Dé usted alcance a la caballería y de parte del General Bustamante ordénele que vuelva a reunir dispersos!

—¿Cuál es el punto de reunión? —indaga el cubano Pacheco.

Prado estira brazos vacíos. El señor jefe del Ejército del Sur ha olvidado señalarlo.

—Muy bien, Grocio, arréglatelas como puedas: encuentra a Buendía o a Suárez, quiero saber adónde se concentrará el ejército. ¡Mayor Salcedo! Búsqueme al General Bustamante e informe nuestra posición —el coronel Prado echó un vistazo a la polvareda que alzaba por el horizonte la caballería aliada en fuga.

Por la línea de Pisagua llegaba un tren con refuerzos chilenos.

Terminaba la batalla. Esta vez Godiño no consiguió desviar el bayonetazo que se clavó en su brazo derecho. Ha prometido no olvidar nunca el rostro de ese soldado del *Atacama* de pronto descomponiéndose hasta perder su color, cambiando ferocidad por el definitivo tránsito de morir desde abajo bayonetado por el Cabito Porturas. Se jodió usted, mi sargento. Disparos peruanos remecían las afiebradas orejas de Godiño mientras lo arrastran a cubierto, forcejeando los Cabitos por arrancarle el acero del brazo y anudarle un trapo que contenga la hemorragia. Ahí queda su sangre en charcos por este día inútil. Deseó poderla recoger y llevársela con la diestra que cuelga casi desconectada de su organismo. Cierta aire caliente entra a chorros por esa llaga que también lastima huesos y nervios degollados, aún activos como ínfimos gusanitos blancos que se retorciéran bajo su piel. Ya me jodí. En este terreno que se empeñan en no devolver, han muerto el subteniente Palma y 46 Cabitos. Otros cien malheridos quedan a disposición de ambulancias chilenas o nacionales. De la compañía del *Zepita*, tres de cada cuatro murieron en el ataque. El *Puno* N^o 6 perdió 150 soldados y ocho oficiales en menos de una hora de combate.

TELEGRAMA URGENTE

SEÑORES EDITORES DE "EL COMERCIO"
LIMA
MUY URGENTE
ARROLLAMOS AL ENEMIGO
EN DOLORES Y SANTA CATALINA
QUEDANDO COMBATIENDO EN SAN ANTONIO
DAZA EN TANA

EL CORRESPONSAL

El ejército extraviado

El coronel Belisario Suárez arrojó lejos de sí un pedazo de caliche. ¿Se da usted cuenta? No queda un boliviano en el campo. Andrés Avelino Cáceres asintió gravemente. A las cinco y media de la tarde tomaban posiciones defensivas frente al cerro San Francisco. Los coroneles Chamorro y Morales Bermúdez cuentan a sus muertos. En la estación de Dolores desembarca un batallón de línea enemigo, llegado en tren desde Jazpampa.

—Mi coronel, use la caballería para reunir a los dispersos —habló Cáceres.

—No puedo —Suárez se revolvió sobre la pampa. Los 262 jinetes y todos sus jefes abandonaron al ejército a su suerte—. Se evaporó. Lo mismo que la División *Vanguardia*. Hasta el General Buendía ha desaparecido. Francamente inconcebible, señor Cáceres.

—Así me parece.

—¡Ahí bajan chilenos! ¡Zubiaga!

—A la orden, mi coronel.

—Tome dos compañías y échelos al cerro —Cáceres se volvió hacia el exhausto Suárez— ¿Por qué no le pide a los artilleros que prueben puntería?

Seis cañones se perdieron rumbo a la estación de Dolores, cuando hace un rato Buendía intentó flanquear los cerros y su columna fue deshecha por el contraataque chileno.

Pero quedan doce piezas instaladas detrás del Porvenir.

El teniente del Castillo preparó el primer disparo: calcula la profundidad de esta luz final, enturbiada por un polvillo amarillento. Donde comienza la sombra perpendicular de los barrancos, resbalan chilenos con arreos de combate.

—¡Fuego!

El proyectil deshizo la columna enemiga.

—¡Fuego! —grita en la pampa el comandante Zubiaga. Cien rifles del *Zepita* hirieron de costado al enemigo.

La pequeña artillería peruana sacude los barrancos de San Francisco. A través de la polvareda, Zubiaga comprobó que los rotos trepaban en desorden de regreso a sus antiguas posiciones. Pero algunos se obstinaron en ocupar posiciones al pie de la pampa.

—¡Tercera compañía! —gritó el segundo jefe del batallón— ¡Armar la bayoneta! ¡A la carga!

Una sola embestida espantó a los demás audaces. Zubiaga se replegó después al punto donde se desencadenó el desastre y desde la aguada del Porvenir observó a las ambulancias chilenas recogiendo heridos propios y también peruanos. Todavía los batallones de Chamorro y Morales Bermúdez presentan orden de batalla frente al espolón sur. Cuando empezó a oscurecer, Zubiaga retrocedió a reunirse con su batallón.

Por segunda vez desde que empezó la invasión, Belisario Suárez quedaba al mando del Ejército del Sur. Convocó a una junta de guerra mientras se hundía el sol. El coronel Velarde ha desaparecido pero sus batallones se reagrupaban bajo el mando del coronel Alejandro Herrera.

—¡Vaya desgracia! —el coronel Justo Pastor Dávila regresa de inspeccionar su división compuesta por puneños y Cabitos—. No menos de doscientas cincuenta bajas.

—Los he reunido para apreciar sus opiniones —habla Suárez—. La alianza está liquidada, no hay víveres, se fue la caballería y no podemos recibir auxilios ni refuerzos inmediatos...

Los coroneles Bolognesi, Fajardo, Cáceres, Herrera, Ferrando, Dávila y Castañón forman un círculo a la intemperie.

—...en pocas palabras, estamos jodidos, y a la vista de un enemigo bien armado y sostenido por víveres que le llegan en tren.

—Habrá camanchaca —calcula Fajardo.

—No veo otra solución que retirarnos a Arica —opina Bolognesi.

—¿Qué se sabe de Iquique?

—Es posible que lo hayan bloqueado —Suárez también cree preferible marchar ordenadamente hacia Arica. Esta tarde se perdió Tarapacá y el mayor yacimiento de nitratos del mundo ya es chileno—. Ordenaré a la Quinta División que se reúna con nosotros. Mejor ciudad abierta que arrasada a cañonazos. Y necesitamos a esos batallones.

—Si vamos a retirarnos, que sea por el camino de Tiliviche —Castañón tiene la responsabilidad de transportar pesados cañones de bronce en mulas que se caen de cansancio—. Es más corto.

—Sí, y no hay calicheras.

—Pienso que si al amanecer no hemos salido de aquí, van a mandar contra nosotros a todas sus tropas —en el lugar del Manco Escala, el coronel Cáceres habría ordenado atacar tan pronto se produjo la dispersión boliviana—. A Tiliviche o Tarapacá, por ahora da lo mismo. Lo importante es largarnos de este sitio. ¿Alguien tiene brújula?

Se miraron con asombro. Nadie tenía.

—¿Un mapa?

Tampoco.

—Y me parece que los baqueanos se dispersaron —siguió Cáceres con aire socarrón—. Muy bien, caballeros, aquí estamos: perdidos en nuestro propio país. ¿A Tiliviche, a Tarapacá o simplemente adonde se pueda?

—Chamorro y Morales Bermúdez agotaron sus municiones.

—No hay nada que comer, ¿no es cierto?

—Bien, señores, agradezco su consejo —el Jefe de Estado Mayor General tomaba la única decisión posible—. Nos ponemos en marcha dentro de quince minutos. Intentaremos alcanzar Tiliviche.

El comandante Nicanor Ruiz de Somocurcio volvió con la última luz a la salitrera de Camiña en cuyos túneles y galerías atienden a los sesenta heridos del *Ayacucho* N^o 1. El coronel Prado descubrió vergüenza en la mirada del subalterno.

—No va usted a creerlo, mi coronel —dijo Ruiz de Somocurcio—. Alcancé a la caballería. El coronel Canseco y el capitán Matallana no pueden regresar. Para serle franco, mi coronel, me mandaron a la mierda.

—Ya no importa, Nicanor. Descanse un rato. El General Bustamante nos viene a buscar. Dentro de media hora nos pondremos en marcha.

—¿Adónde, mi coronel?

—Tarapacá. Es lo más sensato.

No lejos de allí, en la oficina salitrera de Santa Catalina, el General Buendía saltó a tierra y por un instante escondió el rostro contra el pescuezo de su caballo. ¿Dónde estamos? El comandante Sáenz Peña sacudió el quepís sucio. Perdidos en esta calichera, mi General. Y se termina la luz. El comandante Dancourt, el mayor Malarín y otros oficiales peruanos lo habían acompañado en medio de la dispersión boliviana, no se sabe si arrastrados por ella o intentando contenerla. Después buscaron a sus propias fuerzas. Se extraviaron. Dos jornadas sin descanso postraban a las cabalgaduras. Sabe Buendía que sin librar verdadera batalla ha perdido a su ejército, que será sometido a juicio y privado del mando. Alzó la mirada vacía. Alguien se acercaba a caballo por la creciente oscuridad.

—¿Quién vive? —gritó Sáenz Peña montando el gatillo de su carabina.

—¡Perú!

El comandante Bruno Abril y un baqueano buscan al General por orden de Belisario Suárez. Habían recorrido varias

calicheras sin encontrar otra cosa que armas y municiones arrojadas al pasar por bolivianos en fuga.

—¿Está aquí el General Buendía?

—Presente...

Abril sintió lástima de la faz arrugada de su general en jefe. Está liquidado.

—...buenas noches, comandante. ¿Y el Ejército? ¿Qué sucedió?

—Me envía a buscarlo el coronel Suárez, mi General. El Ejército se ha puesto en marcha hacia Tiliviche.

—¿Trae usted guía?

—Sí, mi General.

—Pues lléveme de inmediato adonde el coronel Suárez.

—¿Con esos caballos, mi General?

—Necesitan descanso, señor —habló el ayudante Malarín.

—Se nos viene encima la camanchaca —se preocupó Abril—. Iré a informar de su situación al Estado Mayor y regreso en la madrugada con caballos frescos.

Buendía hizo un vago de ademán de asentimiento.

Un rumor a pies y a cacharros resonó por el cráneo del sargento Godiño cuando recuperó la mirada. Ha perdido un brazo y casi la mitad de su sangre. Antes de partir, un cirujano consumió la rápida amputación. Lo último que Godiño recuerda es la sonrisa del médico explicando que usted tenía suerte, sargento, vamos a serrucharlo dormido, aún queda cloroformo para casos como el suyo. Creyó que aún no lo habían operado, sintiendo entera su diestra, apenas comprimida por un vendaje, y hasta imaginó haber movido dedos y sentido crujir su codo. Luego miró el muñón cubierto por una gasa sanguinolenta y gimió de miedo. ¿Adónde me llevan? Lo transportaban en camilla. A Tiliviche y a lo mejor a Arica. Godiño volvió a gemir. Casi prefería ser tomado prisionero por los chilenos y esperar a que lo repatriaran en vapor al Callao.

Bocaminas, grietas, túneles que vomitan un viento con entonación de lamento, pozos abiertos con dinamita que degluten a hombres atrasados y en retirada, filudas montañas de caliche contra las que tropieza la infantería: los restos del Ejército del

Sur tanteaban el escape por este laberinto de mohosos cráteres emboscados bajo la camanchaca, siguiendo la titubeante orientación del soldado Durazno. De las filas del *Zepita*, había trabajado cuatro años en una salitrera de Dolores. Nadie conoce aquí mejor que Durazno este territorio silbante y agujereado por el que avanzan, como en secreto, batallones que se transmiten órdenes con un murmullo. Durazno tanteaba la ruta mientras se impacienta el coronel Dávila, ya pues animal de mierda, este bruto va a terminar de perdernos, si no tiene idea de donde nos encontramos. Imposible sostener una línea recta a través de excavaciones de hasta cuatro metros de profundidad. Durazno intenta memorizar la dirección de sus pisadas mientras zigzaguea por la orilla de pozos y galerías. Nada auxilia su lenta navegación a ras del salitre dinamitado, ni siquiera las estrellas ocultas por la espesa camanchaca o la prepotente voz del coronel que vigila sus decisiones. Pero el señor Cáceres le ha ordenado guiar y Durazno cumple lo mejor que puede, sin saberlo arrastrando a cuatro divisiones, a la artillería y a la ambulancia en vastos círculos que por seis veces consecutivas los devuelven al frente del enemigo, cruzando la vía férrea. En lo más oscuro de esa marcha a ningún lado, la vanguardia oyó aproximarse por lo menos a un batallón. ¿Chilenos? En voz baja corrió la orden. ¡Preparen armas! ¡Chilenos, chilenos! Adelante se desbarrancan las mulas de artillería, quejándose en lo más profundo, aplastadas por su propia carga. El coronel Castañón va y viene escuchando desplomarse bestias mientras a sus artilleros se les contagia un miedo animal. ¡Chilenos, chilenos! En verdad son los Cabitos que se han extraviado y al fin coincidían con el resto de ejército. Los muchachos provocaron la dispersión de los artilleros. Revólver en mano del Castillo impide que descarguen mulas para montarlas con destino a la cordillera. Algunos, que arrojaron cañones o proyectiles para mejor huir a lomo de bestia, ruedan en zanjas de caliche y desde ahí sollozan pidiendo auxilio. ¡Alto! ¿Quién vive? Se oyó gritar: ¡Perú! Descansen sus armas, pide el coronel Cáceres. A ver, cabitos, únense a la formación. El jefe huamanguino invita a Belisario Suárez a inspeccionar toda la columna. Adelante ha desaparecido la artille-

ría. No queda ni un cañón. Sólo las fuerzas de Cáceres y de Bolognesi conservan orden en retaguardia. Los gritos de Dávila concluían de enloquecer al humilde Durazno.

—Este imbécil nos ha perdido —el coronel ha prometido fusilarlo si no encuentra rápido la ruta de Tiliviche.

Cáceres desmontó al encuentro del guía.

—Oye, Durazno...

—¿Sí, mi coronel?

—...ven conmigo, Durazno —usaba su voz más dulce, con insinuaciones de quechua materno—. ¿Te has perdido?

Durazno bajó el rostro avergonzado.

—Sí, mi coronel.

—Dijiste que conocías, hijo.

—Conozco, mi coronel.

—¿Y entonces qué ha sucedido?

—No me dejan pensar con todos sus gritos, mi coronel. Van diciendo que me quieren matar, que soy un animal. Mejor que otro haga de guía, mi coronel.

—No, no, no —Cáceres palmeó al soldado de su batallón—. Yo te tengo confianza, Durazno. Ahora vamos a descansar y con un poco de luz nos llevarás recto a Tiliviche.

—Así lo haré, mi coronel.

Cáceres avanzó a largas trancadas en busca del coronel Justo Pastor Dávila.

—...claro que estamos perdidos, a ese indio cojudo habría que colgarlo de las patas...

—Oye, Dávila —forzadamente Cáceres atrapó la diestra del jefe de la División *Vanguardia*. Intentó zafársele dos veces. Sujetado por una fuerza superior a la suya, Dávila se sobresaltó. Cáceres habla en voz muy baja y pausada, la peor de sus voces, la más fría, aquella que le brota cuando es capaz de tomar decisiones terribles— ...si no dejas de gritar al muchacho, lárgate ahora mismo y reza para que nunca más me encuentre contigo porque te cuelgo por desertor. Pero aquí no vuelvas a gritar a nadie. ¿Entendido?

Dávila enmudeció.

—¿Entendido? —Cáceres comprimía la muñeca de ese coronel más antiguo hasta que crujieron sus huesos.

—Entendido —se apagó el jefe de la *Vanguardia*.

—Mi coronel —llamaba a Belisario Suárez. Cáceres comienza a dar órdenes a través del Jefe de Estado Mayor General—. Opino que debemos descansar un rato. Pronto tendremos un poco de luz y seguiremos en dirección correcta.

—Aprovecharé para rehacer la columna —aprobó Suárez.

Tiritando inmóvil, casi invisible en la pampa, envuelto en helada camanchaca, sabe Godiño que su plazo no es ni la mitad de la vida calculada. Brazo cadáver, difuntas uñas, casi siete kilos de su persona serán mañana almorzados por los buitres. Desayunarán a Godiño mientras el resto de Godiño es arrastrado por la ambulancia a lo ancho del Tamarugal. Aún en peligro de pudrirse de las costuras para arriba, piensa que ya ha empezado a partir, a trozos, ya me jodí. El cabito Porturas salvó su vida y nunca le pareció amistoso. Tendrá que aprender a escribir con la zurda, empezar todo de nuevo, afeitarse todo, servirse comida todo, vestirse todo, todo como torpemente al principio de la vida se anudaba los botines y mañana soportar el sol que le sancocha la mirada así puesto boca arriba y sin sombra, sobrevivir a esta debilidad, a litros de sangre vaciada, a tres días sin alimentos, a la inaguantable sed de los heridos a quienes se reparte a ratos unos sorbos salobres para que dejen de lamentarse.

Tanto caminar y desplomarse y herirse y de nuevo andar y todavía huele a chileno. Cierta respiración acecha en medio de la tiniebla. Mientras descansa el ejército harapiendo y durmiendo de pie parece que volvieran a la nada anterior a la memoria, el coronel Cáceres huele a chileno en vez de patria conocida, ese vaho de algarrobos y valles que apenas lo parecen, con sus ríos eventuales y un polvo denso como de tumba antigua, olor a polvo seco removido por las caballerías, polvo pegándose al paladar, polvo en el aire modificando la luz, transportando el inconfundible gusto del país. Huele a chileno, ¿no te parece, Zubiaga? Como el revés de la ropa lavada en casa, un tufo a pezuña y la fermentación de frescas letrinas semienterradas y un liviano rastro de fogones y rancho flotaba por la camanchaca.

Así parece, mi coronel. Tan oscuro que debían tantearse unos a otros, los oficiales afilan su olfato. Tal vez han vuelto al punto de partida. ¿Acaso no habían regresado seis veces a la misma línea férrea? ¿Ves algo, Zubiaga? No, mi coronel. Por la compacta tiniebla llegaron las primeras insignificantes partículas de luz. Como si minúsculos orificios los conectaran de nuevo al paisaje, los jefes de la Segunda División adivinaron masas más sólidas que la noche. Media hora después Cáceres prorrumpió una violenta maldición. Reconocía la chata y alargada silueta del cerro San Francisco. De nuevo están al frente del enemigo.

Ganamos en San Francisco

(Editorial de "El Comercio" de Lima)

Las noticias recibidas hoy del Sur apenas permiten dudar ya del éxito del combate empeñado en las salitreras inmediatas a Pisagua.

Sucesivamente nos ha comunicado el cable desde ayer que el ejército aliado, a órdenes del General Buendía, después de apoderarse de Agua Santa, ocupó sin resistencia Negreiros, siguió amagando al enemigo en su retirada, lo desalojó de Santa Catalina y Dolores y continuaba batiéndolo en San Antonio.

Nuestros bravos han recorrido, pues, rápidamente, a paso de carga, una distancia de quince millas, más o menos, picando con sus bayonetas las espaldas de los soldados chilenos que huían ante ellas.

Esto por un lado: por el otro, tenemos que desde ayer se sabía en Arica y Lima que los guerrilleros del coronel Albarra-cín habían derrotado una avanzada chilena en Tiliviche, es decir, que se hallaban vencedores a diez millas del punto que poco después fue a buscar como refugio en su retirada el ejército ene-

migo; y por consiguiente, no es aventurado suponer que el famoso montonero tacneño, práctico como nadie en el terreno y diestro en la guerra de recursos, puede haber causado daños de tal consideración a los chilenos, que al huir éstos, camino de Pisagua, se hayan encontrado con que les faltaban muchos de los elementos que dejaron preparados a su retaguardia al avanzar hasta Agua Santa.

Juzgando las noticias del Sur con toda la frialdad que es posible en instantes como éstos, de tan terrible angustia para el patriotismo, se llega a la satisfactoria conclusión de que todas las probabilidades de un triunfo definitivo están de nuestro lado; y aunque el mismo temor de alentar demasiado nuestras esperanzas nos induzca a no prestar todavía entera fe a un telegrama recibido en el curso del día por una casa de comercio de Lima, a la cual se le anuncia de Arica que después de un combate generalizado en toda la línea, y en el cual obtuvo grandes ventajas el ejército aliado, los chilenos se retiraban a Pisagua buscando el amparo de los cañones de sus buques; aunque no partamos de ligero, aceptando sin reserva esta noticia, creemos no exagerar manifestando la confianza que abrigamos de que este resultado, por lo menos, nos será anunciado de un momento a otro por el cable.

Silencio en el telégrafo

Un polvillo que sus idas y venidas dentro de la espaciosa habitación remueve en remolinos, hace visibles oblicuos chorros de atardecer penetrando por las ventanas. Los húsares apartaban al indiscreto gentío que desde temprano fue a pegarse a los cristales para observar al General. Desde un rincón vigila el cirujano mayor preocupado por el frío sudor que empapa des-

de abajo el uniforme supremo, y atento a casi imperceptibles traspiés de este hombre que no cesa de repetir órdenes con un murmullo, como si a fuerza de pensamiento pudiese influir en el desarrollo de la distante batalla. A ratos hueca su cabeza, se extravía en su propio laberinto de culpas. Quién es, qué hace aquí, quiénes verdaderamente lo rodean. Lentamente le parece que todos enloquecían pero cuando a la inicial babilónica confusión de telegramas siguió el silencio y sus puñetazos a mesas y paredes no fueron respondidos por inteligentes impulsos eléctricos, se derrumbó en una crujiente silla de viena y de sus ojos enrojecidos se borraron los preocupados semblantes de Benito Arana y de Mariano Alvarez, también la estática corpulencia de Montero, y sólo vio a Prado en todas sus edades. Había diseñado cada minuto de la admirable estrategia naval del "Huáscar" y pese a que su imperiosa personalidad no era simpática a Grau y a que tuvo que ceder a menudo frente a la amable pero altiva personalidad del héroe, habían llegado a profesarse respeto. Aquella vez que vuelto el "Huáscar" de capturar al "Rímac", el General Prado fue a bordo y tras saludar al primer comandante quiso escuchar la historia por boca de sus subalternos, sin titubear Grau pidió su falúa y se fue a visitar la "Unión". El Supremo Director no olvida aquel calculado desplante. Creía a Grau puntilloso y más bien terco, pero sin duda valiente y, sobre todo, responsable. En esta guerra en la que sus órdenes fracasan o se cumplen a medias, sólo los marinos y por delante Grau las llevaban a término, agregando a ellas brillantes iniciativas personales. Y después Prado se equivocó. Contra la opinión de Grau exigió la última incursión al sur. También el héroe se dejó arrastrar a la trampa de Angamos, pero pese a los piadosos comentarios de Montero, el Supremo Director asumía personalmente la culpa de esa derrota, haciendo suyos los muertos del monitor y en la extrema intimidación sólo compartida por el leal Benito Arana, sus manos comprimían su cabeza mientras repetía ah, Benito, si no fuera por mí, si no me hubiese equivocado. Y ahora, Pisagua. Y luego este silencio. Su pecho se infla de muertos en combate o de gangrena y de viudas y huérfanos. ¿O no era el Jefe Supremo de los ejércitos aliados? Ha

capitaneado guerras, su diestra ha degollado en choques de caballería y personalmente ha cañoneado, enviado ejércitos a cargas sin retorno. Y sin embargo nunca aprobó el fusilamiento de un prisionero, jamás ejerció con frialdad el ministerio de la muerte. Su vida de caudillo y presidente está salpicada de actos de clemencia. Y dicen que es débil, que sus indecisiones, que su falta de carácter. No había nacido para tirano. Mide a los hombres con la vara de su propia conducta. ¿No dio amplio perdón a Nicolás de Piérola que desde Valparaíso alentaba una rebelión nacional en vísperas de la guerra, cuando ya conocía el fracaso del plenipotenciario Lavalle a quien había visitado y cuando Chile acumulaba batallones expedicionarios en Antofagasta para lanzarlos contra el Perú? ¿No sostuvo la autoridad de Buendía cuando lo desbordaron jefes subalternos y al llegar a Iquique reasignó a los revoltos a cargos importantes, acordes con su capacidad militar, en vez de destituirlos o meterlos en prisión? En su extrema soledad, Mariano Ignacio Prado Ochoa necesita del ímpetu organizador de La Cotera, que ahora como Ministro de Guerra ponía en pie un segundo ejército de línea que pronto tendrá veinte mil hombres. ¿Destituirlo por una agria discusión con Buendía? ¿Cuando ocho meses después La Cotera alista una fuerza de ocho mil que vendrá al sur por la ruta de Jauja y Puna, tantas veces vencida por los peruanos? Si sólo esta cabeza funcionase sin súbitas caídas, si fuera posible ser el mismo de hace un año, si pudiese recobrar su plena salud tan sólo dos o tres semanas, si inesperados vahídos que acompañan blancos totales en su memoria no lo hicieran perder el equilibrio en lo alto de su caballo, si de nuevo pudiera caminar recto sin tropezar con los muebles, si lograrse acabar con este insomnio inmune a las más potentes dosis de bromuro y que prevalece como una atontada vigilia por sobre el láudano piadoso, si consiguiera olvidarlo todo por unos días y dormir como una muerte para volver lavado de fatiga, si un resto de vigor le permitiera desafiar el consejo de los médicos: pero ni doctores, ni consejeros, ni junta de guerra, ni su propio organismo, ni esta cabeza que golpea irritada sostuvieron su decisión de capitanear a los ejércitos reunidos en Tarapacá. Cuando era coronel recorrió tres

veces este territorio desde Iquique a Tacna. Nacido en la cordillera, aprecia el valor estratégico de las húmedas sierras tarapaqueñas, adversas para el enemigo pero familiares para sus batallones de arequipeños, cusqueños, ayacuchanos y bolivianos. Desde que dejó la presidencia de la república por el cargo militar de Supremo Director de la Guerra, casi no ha despegado los ojos del enorme mapa del teatro de operaciones y transforma niveles en cerros conocidos o en quebradas que no olvida y palabras en villorrios y haciendas, líneas punteadas en desfileros o pasturas. Antes del primer colapso, fue a Iquique a señalar él mismo como debe fortificarse el puerto y los ingenieros militares convinieron que, como en el Callao hace trece años, el instinto de este antiguo profesor universitario establece atrevidas y novedosas líneas de fuego. Y ya vuelto a bloquear Iquique por los acorazados enemigos, antes de escapar en un bote con seis remeros desde Pisagua, el General dictó órdenes precisas para fortificar ese rocoso anfiteatro. Ante el gran mapa de Arica y Tarapacá desplegado en el salón de la aduana desde donde dirige las operaciones, Mariano Ignacio Prado puede señalar cada secreto lugar donde han ocultado víveres secos y municiones en el desierto, cuántos ojos de agua son utilizables en esa parda inmensidad. En los primeros meses de guerra, acumularon pertrechos no sólo en el cuartel general de Iquique o en puntos a salvo de bombardeos navales aunque próximos a la costa como Hospicio y Molle, sino que establecieron tambos militares que debieran permitir al ejército moverse velozmente por el desierto y hasta las sierras, sin arrastrar tras de sí pesadas caravanas de municiones y alimentos. Pero desde lo alto del poder, Prado contempla mapas o este telégrafo sumido en silencio, no el paisaje verdadero; ni escucha la voz de sus soldados, ni ha podido comprobar que muchos secretos depósitos fueron saqueados y que no todo el dinero girado para adquirir forraje se gastó en alfalfa, y que las bestias mueren de fatiga, y que víveres adquiridos a precios exorbitantes se han echado a perder o simplemente nunca fueron enviados a destinos elegidos tras minuciosos cálculos del cuartel general que se anticipaba a todos los posibles desplazamientos del ejército. En el elevado vér-

tice donde un solo hombre ha de tomar decisiones definitivas, desenvueltos oficios del General Buendía describen una admirable aunque ficticia actividad. Importantes pertrechos destinados al interior del departamento no han salido aún de Molle pero se dan por despachados de Iquique. Los aliados del Ejército del Sur arden por combatir. Ciertos rumores de descontento boliviano han sido desmentidos por el General Villegas y en el peor de los casos afectan al prestigio de don Hilarión Daza pero no la integridad de la Alianza. Villamil y los suyos se portaron como leones en Pisagua. Y ahora, qué. Nada por el telégrafo. Aquel terrible ojo absorto y desmesurado quemaba sobre el interruptor, acaso ordenándole funcionar. Para bien o para mal, necesita saber y, por ahora asumiendo como culpa propia la traición de Daza, desconfía secretamente del viejo Buendía mientras él, jefe de jefes, no llegaba a sustituirlo a la hora de la gran batalla. El zumbido de moscas que golpean contra sucios cristales se confundió con su propio abejorreo interior. Brusca-mente Prado volvió a derrumbarse en una silla y descansó su rostro sobre manos desplegadas. De su pecho salió un quejido inhumano. Demasiada sangre el Perú, y miseria, incendios, hambre, peste para un solo hombre que lo asume en su dolorosa totalidad no fuera sino dentro de sí, como un enorme cáncer irremediable. El peso de tantos cadáveres aplastaba su propio cuerpo consumido. A este militar que interiormente se rompe a ratos, al amable lector de Heráclito, al aficionado a los problemas de trigonometría, al siempre lógico encadenador de limpios movimientos militares, lo liquidaba hoy la falta de noticias para empezar de nuevo, en el peor de los casos, porque luchará en Arica y después en Tacna y más tarde en Arequipa y se fortificará en la cordillera y arrastrará con su pueblo armas de donde sea que las haya. Mientras él sea Supremo Director y General en Jefe, el Perú no va a rendirse. Cuando la idea de una victoria no importa que lejana llenó el hueco por el que caía en grises espirales, Prado alzó el rostro y su ojo grande y duro y su pupila marrón y clemente buscaron al almirante Montero.

—Hemos esperado mucho —dijo—. Pienso que Buendía ha sido derrotado.

Comunicación de la escuadra chilena

*República de Chile
Comandancia del buque "Almirante Cochrane"
Al señor jefe político y militar
del Departamento de Tarapacá.*

Señor:

Por orden del Supremo Gobierno de Chile, vengo a establecer el bloqueo de este puerto de Iquique y de sus caletas vecinas.

Lo notifico a Vuestra Señoría previniéndole que, en atención a los intereses de neutrales, tengo instrucciones para conceder un plazo de diez días a los buques con bandera neutral surtos en estas aguas, a fin de que completen su cargamento y zarpen del fondeadero.

Debo también prevenir a Vuestra Señoría que en el caso de ser amagados los buques de mi mando, ya sea por torpedos, ya por cualquier otro acto de hostilidad efectuados por fuegos de esta plaza, me veré en la dolorosa necesidad de romper el fuego sobre la población, siendo Vuestra Señoría, en tal emergencia, responsable de todos los daños que se originen.

Dios guarde a Vuestra Señoría.

J. J. Latorre

Respuesta peruana

*Al señor comandante
del buque "Almirante Cochrane"*

Señor:

Quedo enterado del oficio de Vuestra Señoría, fecha de hoy, en que comunica el establecimiento del blo-

queo de este puerto y sus vecinas caletas.

Por lo demás, las dependencias militares de esta plaza cumplirán su deber como mejor convenga.

Dios guarde a Vuestra Señoría.

R. López de Lavalle

Los colorados regresan

El Batallón *Colorados* y la fuerza expedicionaria que partieron triunfalmente con Daza a la cabeza, volvían cantando a defender el Morro de Sama. Nadie sonrió en Arica, ni se escuchó un solo viva Bolivia, ni les derramaron flores por las ventanas, ni se oyeron fanfarrias, ni se desplegaron banderas. Mientras se espesa la polvareda por el camino que los trae del desierto, hoscas tropas peruanas se preparan para desarmar a los traidores si así lo ordena el Supremo Director. ¡Encima de correrle al enemigo, ahora cantaban! Don Hilarión no viene con estas tropas: paseaba entre Tana y Camarones, esperando noticias sobre la suerte de Buendía. El ejército boliviano regresa al mando del General Arguedas. Cerca de Arica, los Colorados redoblaron el paso.

¡Traidores!

El grito desencajó la faz de los oficiales.

¡Traidores! ¡traidores!

¿No volvían a marchas forzadas para defender el Morro de Sama? ¿no pidieron a su Capitán General la oportunidad de vengar a sus hermanos de Pisagua? ¿No se les dijo que el Supremo Director los necesita urgentemente?

¡Traidores, traidores, traidores!

Mariano Ignacio Prado no se movió de la oficina del telégrafo eléctrico. Su mirada siguió adherida al interruptor. Aquel ojo quieto exigía confirmación de desastres presentidos: no llega la "Pilcomayo" en viaje de Arica al Callao, se ignora la posición del Ejército del Sur, hasta Iquique permanece en silencio.

¡Traidores, traidores, traidores!

Los *Colorados* contemplan la silenciosa puntería de sus aliados que vigilan desde techos y en la plaza de la aduana, volviendo hacia ellos ametralladoras que ya se conoce por qué no quiso llevar consigo don Hilarión.

¡Cobardes, carajo!

¿Acaso no han caminado sin pausa para rechazar una segunda invasión chilena?

—Que se pongan a órdenes del Estado Mayor de Bolivia en el campamento de Tacna —habló por fin Montero—. Que salgan de aquí de inmediato. No queremos que se desencadene una desgracia.

—Deseo entrevistarme con el Supremo Director —carraspeó el General Arguedas.

—El General Prado no puede perder su tiempo recibiendo a quienes ofrecen la espalda al enemigo. Vaya usted a Tacna y mejor apúrese. Un consejo de jefes militares de su país está en sesiones.

—El General Daza tiene toda la culpa —palideció Arguedas.

—Pues lave su ropa sucia entre bolivianos. Hay un tren esperándolo. Buenos días.

Pero ni el telégrafo se activa, ni el reloj se mueve verdaderamente. Las manecillas parecen engrudadas a la esfera. Hace dos días que Prado ni duerme, ni se alimenta, ni siempre se acuerda de beber las tazas de caracolillo devotamente alcanzadas por el secretario Benito Arana o el ayudante don Timoteo Smith. A veces se sorprende con los labios hundidos en un líquido amargo y frío y entonces contempla el reloj para comprobar que sólo diez minutos se han movido desde su última mirada, que acaso falta un día o dos para conocer la magnitud

real de la derrota. Esperan de él milagros militares y nada tiene que ofrecer sino este vergonzoso desastre. Corrió Daza, se rumorea la dispersión de los aliados, Buendía vaga por el Tamarugal. En esta prisión de adobe y madera, con instrumentos inunes a la impaciencia del Jefe Supremo, rodeado por un pueblo que también rehusa dormir, el viejo héroe del 2 de Mayo de 1866 adivina que ha perdido Tarapacá. A él, al General Prado, que no perdonó la afrenta sufrida por Valparaíso cañoneado por la escuadra española, que planeó una expedición transpacífica para dar la independencia a Filipinas, le quitaban ahora el tesoro del salitre, una enorme porción de la Patria sin siquiera poder asistir a la batalla.

La policía visita "El Comercio"

(Editorial del sábado 15 de noviembre)

Una visita inesperada de la policía, que anoche tuvo el honor de recibir nuestra imprenta, ha dado lugar a que se crea generalmente que ha llegado del Sur la noticia de un desastre y que, sabiendo el Gobierno que por el cable se nos había transmitido la fatal nueva, se apresuró a inhabilitarnos a publicarla.

Nos es grato declarar que semejante presunción carece por completo de fundamento. No hemos recibido ayer ninguna noticia del Sur, ni buena ni mala; y esto no significa nada porque sólo desde el lunes principiaremos a recibir telegramas diarios de Arica, en virtud de instrucciones enviadas por el último vapor, aunque no ocurra novedad ninguna. Hemos adoptado esta determinación a fin de calmar la ansiedad pública, que, guiada por el vivo y patriótico interés que en estos momentos domina a todos los espíritus, se inclina siempre a interpretar desfavorablemente el silencio del cable.

Pero si es fácil explicar clara y sinceramente lo que pasa en materia de noticias del Sur, no sucede lo mismo con el incidente que motiva esta explicación.

Anoche, a las ocho y media próximamente, se presentó en nuestra imprenta el intendente de policía, señor Sevilla, acompañado de un número respetable de vigilantes y con la mayor solemnidad declaró que venía a cerrar el establecimiento. Se le preguntó de orden de quién procedía y contestó que de orden del Ministro de Gobierno; se le pidió que mostrara la autorización escrita, que debía haber recibido de tan alto funcionario para violar las garantías constitucionales como pretendía hacerlo, y se negó a ello, protestando, sin embargo, tenerla en su poder.

Y en seguida el intendente puso centinelas en cuanto lugar de la imprenta creyó oportuno, con el objeto de impedir que se trabajara en nuestros talleres, y que la segunda edición de ayer, que aún no estaba completamente repartida, continuara distribuyéndose.

Pocos momentos después vino a la imprenta el General La Cotera, Presidente del Gabinete, a indagar qué pasaba, lo que prueba que el Ministro señor Elguera procedía en tan grave materia de propia autoridad.

Las horas transcurrían mientras nosotros esperábamos pacientemente el resultado de las negociaciones entabladas con el fin de romper la clausura, hasta que a las dos y media de la tarde de hoy fueron retirados los guardias de orden de S. E. el Presidente de la República.

De intento no queremos comentar lo ocurrido anoche en nuestra imprenta, no porque nos falte energía para manifestar la triste idea que tenemos formada desde hace largo tiempo de las facultades administrativas del señor Elguera, sino porque los momentos no son oportunos para esta clase de cuestiones.

Sin embargo nos conviene hacer constar que la correspondencia dirigida de Arica a El Comercio y que apareció en nuestra primera edición del jueves, ha sido reproducida anoche por el diario oficial lo que prueba que carece absolutamente de fundamento la versión de los amigos del Ministerio, que atribuyen

a las inconveniencias que suponen en aquella carta noticiosa las violencias que hemos soportado.

Y esta versión sería tanto menos evidente en cualquier caso, cuanto que anoche mismo, manifestando el Presidente del Gabinete su sorpresa por las medidas tomadas contra nosotros, declaró en público, en el patio de nuestra imprenta, que si era algún delito de prensa el que se nos atribuía, “la prensa se corrije con la prensa”.

Continua la retirada

—¡General Buendía!

—¿Quién vive?

—¡Perú! ¡Comandante Benigno Cornejo con órdenes del Estado Mayor General!

Sáenz Peña y el ayudante Malarín descansaron las carabinas apuntadas a la noche.

—Muy bien, acérquese.

Atrapados por la confusión de la derrota, ni siquiera tienen santo y seña para reconocerse. Se oyó avanzar cautamente a un jinete.

—¿General Buendía?

—Desmonte, comandante —Malarín tiritaba.

—¿Quién es? —Buendía regresó de una infinita distancia, desde donde presenciaba la repetición de su ruina—. ¿De qué se trata? ¿quién me busca?

—Me envía el coronel Suárez, mi General. El ejército se mueve en dirección de Tiliviche. Dentro de un rato vendrán guías por usted.

—Sí, muy bien, dígame al coronel Suárez que muchas gracias. Oiga, Dancourt, invítele un trago de coñac a este valiente.

Dancourt se encogió de hombros. Ni hay coñac, ni el General parece mantenerse en sus cabales. Sin embargo era el jefe.

Cuatro horas más tarde, cuando empezaba a diluirse la camanchaca, apareció otro ayudante de Suárez a rectificar la información: van a Tarapacá, no a Tiliviche y Arica. En la cercana salitrera de Camiña, vuelven a reunirse el coronel Prado y el General Bustamante. Toda la noche intentaron avanzar hacia Tarapacá y su extraviada caminata los colocó providencialmente en el camino de Tiliviche y Arica. Tres capitanes, entre ellos Grocio Prado, se evaporaron por las calicheras en busca del Estado Mayor General a pedir órdenes. Finalmente el General Bustamante decidió alejarse de los chilenos, poniendo rumbo al norte.

Muy bien, monten. Los caballos ya descansaron. Buendía simula cierta ajada grandeza, un aire a caudillo traicionado en su hora más importante. Todavía es el jefe pero nunca más será verdaderamente obedecido. Acompañado por la silenciosa lástima de sus ayudantes, el General explicó brevemente sus planes: cruzarán el Tamarugal en cuya otra orilla se abre la húmeda quebrada de Tarapacá. Buendía quiere organizar personalmente la recepción de sus tropas. Habrá que reunir víveres, establecer vigías, despachar emisarios. Por supuesto ignora que la escuadra chilena bloqueó Iquique. Los peruanos están solos en el desierto. Tampoco Campero llegó por la cordillera.

Cuando el sol por fin brilló encima de las montañas, la maltrecha columna que guiaba el soldado Durazno avivó el paso por el Tamarugal. La distancia empieza a diluir a retaguardia el chato perfil del cerro San Francisco. Sorprendido de tener nuevamente por delante a los peruanos, el enemigo se mantuvo inmóvil en sus posiciones defensivas. A la hora en que la redonda luz amarilla del jueves 20 de noviembre permitió apreciar que hay menos de 3,500 soldados a órdenes de Belisario Suárez, ya la columna se había alejado siete kilómetros a través de las calicheras. Ni brújula, ni mapas, ni otro derrotero que el afianzado olfato de Durazno, los conduce lejos del ferrocarril y de Pampa Blanca, Incurables y del paraje conocido como Ascensión de Loayza. La caballería chilena no se movió de Dolores. -Explo-

radores enemigos descubren moribundas mulas desplomadas en socavones del ferrocarril o en minas de caliche. Como de fiesta, recogían la impedimenta abandonada por la Alianza: dieciocho cañones de campaña, para empezar. Y proyectiles, pólvora, cajas de municiones, cerca de cuatrocientos rémingtons bolivianos y casi doscientos treinta chassepots reformados. Más tarde capturaron a una tropa de arrieros con agua para los peruanos en Santa Catalina. Sobre hediondos pútridos asnos que los buitres devoraban, van recogiendo medio millón de cartuchos en la ruta de Agua Santa. En dirección opuesta, tras el rastro de la dispersa División Villamil, recolectaron otros trescientos rémington modelo español y hasta un estandarte y gallardetes de compañías aliadas. En fin, también se adueñaron de esperadas provisiones aliadas que se acercan a Dolores en lentos carretones. Llegado con cuatro mil hombres de refuerzo, el Manco Escala celebró el acontecimiento con sus jefes de divisiones: todo había esperado menos ganar la guerra casi sin gastar balas.

¿Y ahora, Durazno?

A la vista de Pampas Orcoma a su derecha y de las cumbres del Mamahula, el Isluga y el Mamahuanape en lo alto de la cordillera azul a su izquierda, el guía señaló el temido Tamarugal. Justamente al mediodía hierve el desierto al blanco vivo bajo el sol. La respiración sancocha interiormente a esos hombres tambaleantes, cuyo último rancho consistió en cien gramos de charqui de llama distribuido hace dos días en Negreiros. Atraviesan una temperatura de cincuenta grados. Rifles y bayonetas queman como calentados en una fragua. Quienes han perdido el quepís en el asalto a San Francisco o en la caótica retirada por las calicheras, se desploman súbitamente fulminados por una insolación sin remedio. Por última vez mojaron sus gargantas en Chiniquiray: apenas un buche por soldado antes de embestir el Tamarugal. Estos cuerpos semidesnudos y ampollados se evaporan rápidamente con el violento calor de la una, las dos de la tarde. Sólo ellos se mueven, sus pechos bombeando con un jadeo sangre en ebullición, vamos, no se retrasen, nadie se detenga, no se rindan malditos cabrones. Pero nueve ca-

bitos se desplomaron por el camino. Treinta y dos heridos murieron de asfixia. Y aún faltan cuarenta kilómetros. La harapienta columna peruana se arrastra cada vez más despacio a flor de fuego seco, de llamas en polvo que cocinan sus pies y secan y en fin llagan sus narices y bocas y queman sus miradas. Nada se agita, nada existe aparte de nerviosos alacranes y escarabajos sin temperatura, diminutas asquerosas fieras que se degluten entre sí. A ratos toda la pampa se multiplica como un juego de espejos y los hombres tropiezan, olvidan qué hay realmente arriba y abajo y si alguna vez partieron y qué los conduce por este suplicio y cuándo han de detenerse al fin saciados. Por encima de este horno, en el alto helado azul del cielo tarapaqueño, grandes buitres andinos esperan flotando en círculos perezosos a que se apague el cocinamiento de la pampa para devorar a los ochenta y tantos caídos durante esa marcha sin compasión. Durazno guía rectamente: ni un sonido escapa de su garganta abrasada. Si se equivoca, es probable que le metan un balazo. La apretada columna que reinició la marcha hace catorce horas a la vista del San Francisco, empieza a desintegrarse, separándose unos batallones de otros, adelgazándose mientras el escuálido oasis de Curaña sigue escondido en el horizonte.

El coronel Luis Felipe Rosas aceitaba sus únicos cinco rifles minié austriacos en la subprefectura de Tarapacá, dispuesto a contener a tiros a los dispersos bolivianos que asolaban su provincia de regreso a la cordillera. Desde que empezó la invasión, grupos de desertores pasan por aquí robando víveres y caballos, asaltando ranchos, golpeando a quienes protestan, usando las armas de la Alianza para rebuscar dinero o aguardiente. Hace dos semanas el subprefecto pidió veinticinco soldados a Iquique sin que su oficio fuese atendido por el General López de Lavalle. Aparte de pacíficos vecinos cuyas propiedades fueron destruidas, el coronel Rosas contabiliza once mujeres violadas, dos asesinatos y siete incendios. La noche anterior, por la quebrada de Tarapacá desfilaron tumultuosas compañías bolivianas que vociferaban un súbito odio al Perú. El subprefecto no dispone de gendarmes o guardia urbana. Levaron a todos los hombres aptos para la guerra y aparte del señor cura, un puñado de propie-

tarios y algunos peones viejos, las haciendas y caseríos entre Huarasiña y Quillahuasa o Pachica están sólo habitadas por mujeres y criaturas. Reclutó a cuatro decrépitos voluntarios para que lo secundaran. Iba a reunirse con ellos a explicar un sencillo plan para ahuyentar a los desertores cuando avisaron que un general peruano y nueve oficiales a caballo entraban al pueblo.

La inesperada aparición de Juan Buendía provocó vivas al Perú y a su ejército. ¡Al fin a salvo! Rosas saludó militarmente, miró a lo lejos en busca del ejército. Nadie más que esos nueve ayudantes acompaña al General.

—¡Reúna usted todos los víveres que haya en Tarapacá! —ordenó hoscamente Buendía. Aquí casi concluye de derrumbarse la cordillera. A la sombra del cerro Tarapacá, que sube mil metros por encima del pueblo serrano, los pobladores salían a ofrecer cacharros de agua fresca a esos hombres con uniforme peruano. Buendía resbaló del caballo hasta caer de pie. La malhumorada brusquedad de sus palabras hizo retroceder a los vecinos.

—¿Qué ha ocurrido, mi General? —se preocupó Rosas.

—Nada, nada... pronto llegará el ejército y hay que recibirlo bien, necesitamos llenar su estómago, ¿entiende?

—No encontrará muchos víveres por aquí, señor —se oscureció Rosas—. Hemos sido saqueados por las tropas bolivianas desde principios de mes.

Por primera vez en su vida, Buendía contempla esta capital de provincia. Parece hundida en la tierra. La angosta quebrada por la que crece un río tumultuoso entre diciembre y marzo, se retuerce antes y después del pueblo de modo que queda encerrada entre cuatro paredes de montaña. A casi mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar, en esta región andina se sube o se baja, nunca se camina dos pasos en el mismo plano horizontal. El aire seco, apenas ralo, tonificó a Buendía.

—¿Por qué no protegió usted los almacenes, señor subprefecto?

—Porque estoy solo, mi General. Pedí refuerzos a Iquique y nunca fuí atendido.

Buendía hizo un gesto de impaciencia como si recordara a incompetentes funcionarios de su intendencia.

—Pues vaya reuniendo barricadas, odres, vasijas, carretas y caballos. Hay que esperar a mis hombres con lo mejor, ¿entendido?

—Sí, mi General.

—Seguiré a Pachica luego de refrescarme.

—¿A qué altura se encuentran sus tropas, señor?

Replicó con un gesto de vaguedad. Por ahí. De inmediato lo siguen cien dispersos de la División *Exploradora* que encontró por el camino. Después llegarán batallones peruanos, quien sabe si cuatro mil soldados.

—Bien, mi General, espero que me dispense el honor de usar mi casa mientras permanezca en Tarapacá.

—Gracias, gracias... y hágame el favor, que atiendan a mis oficiales.

Antes de almuerzo, el hotelero Etiocles Larrañaga clausuró su establecimiento como si hubiese llegado la peste a Iquique. Clavó ventanas, trancó puertas, multiplicó candados, enterró hasta los cubiertos y la vajilla. Luego fue en busca del cónsul de España a solicitar asilo para toda su familia. Bertogliati suspendió operaciones con letras sobre Valparaíso, Antofagasta, Arica y Tacna, tan pronto supo que el Banco Mercantil del Perú cerraba sus puertas al público. La gentuza del puerto saqueó la chichería de Cayetana Muñoz. La oportuna aparición de veinte guardias civiles impidió que también desvalijaran la reputada Heladería Virginia en la céntrica calle San Martín. Almacenes de géneros, tiendas de abarrotes, restaurantes y pensiones y hoteles, hasta las farmacias de turno suspendieron sus actividades. Mil quinientos peruanos forzaban la entrada de la agencia de la Pacific Steam Navigation Co. exigiendo pasajes al Callao. Cargadas de cestos y valijas, familias en pánico descendían hacia el muelle inglés y el embarcadero fiscal, a buscar botes y a merodear vapores neutrales en la bahía. La orden llegada por telégrafo desde Pachica es terminante: la Quinta División del coronel Miguel Ríos debe partir del puerto. Bien informados cónsules extranjeros saben que desde Pisagua avanza la caballería

chilena. Frente al puerto se movían el acorazado "Cochrane" y una corbeta. Pronto Iquique quedará a merced del enemigo.

En el edificio de la prefectura, el General López de Lavalle cerró su equipaje. No olvida incinerar documentos, archivos y cartas personales. Ni es jefe militar de la plaza, ni le han permitido trasladar su autoridad a lugar seguro en el interior de Tarapacá. Con la División Ríos partirán hasta gendarmes y celadores del puerto. Su Señoría quedaba abandonado con un secretario y dos ayudantes, para conservar el orden de una ciudad abierta al enemigo. Todo el viernes 21 ha observado desde la Prefectura el tumultuoso asedio de las agencias marítimas que se niegan a expedir pasajes sin previo consentimiento de los bloqueadores. Antes de que parta el coronel Ríos, el señor Prefecto ha decidido largarse de la ciudad. ¿No lo mantuvieron al margen de toda decisión militar? ¿acaso le han informado oficialmente de la inminente partida de las tropas que defienden Iquique? Por ahora todo el poder está reunido en la persona del jefe de la Quinta División. Que él resuelva el problema de dejar a esta pobre gente a merced de los chilenos. A las ocho de la noche, los baúles y valijas del General salieron discretamente por la puerta falsa. Media hora después, el representante del Poder Ejecutivo en el teatro de la guerra encontraba escondite en un velero de bandera neutral.

Alfonso Ugarte paseó por última vez nocturnas habitaciones en silencio, que han permanecido aseadas, esperando el regreso de la familia. Aquel aposento conserva la fragancia inconfundible de su madre Rosa, en el alfombrado salón de fumar se percibe el rastro de *herr* Hilliger, del pasadizo a la izquierda se condensa el recuerdo de los hermanos menores. Un instante se detuvo ante su propia alcoba, con estantes donde se alínean libros de Schiller, Uhland, Heine y Goethe, la pequeña biblioteca que trajo consigo al concluir su educación en Alemania. Su padrastro Hilliger le había enseñado el negocio del salitre y Ugarte rápidamente hizo su propia fortuna. Ahora le es imposible calcular el valor de sus negocios. ¿Ciento treinta mil esterlinas? ¿Tal vez nada? Como la mayoría de las empresas vinculadas al salitre, las suyas giraban en derredor de Valparaíso. La Casa

Ugarte, Zevallos y Compañía, uno de los principales establecimientos comerciales de Tarapacá, cerró hace dos meses. Ha gastado todos sus fondos libres en armar y sostener el Batallón Iquique, auxiliando también a la Columna Naval, aparte de entregar tres mil soles mensuales al Estado Mayor General del Ejército del Sur. Y no por haber estallado una guerra, dejó de contribuir como de costumbre a las instituciones de beneficencia de Iquique: la sala de indigentes del hospital porteño subsiste gracias a sus periódicas donaciones.

Va hasta el espejo, se contempla brevemente, confirma con buen humor su fealdad física, decide dejar objetos personales en su lugar exacto. Su madre ha de volver tarde o temprano, pero al coronel lo acompaña la premonición del adiós definitivo. Que ella encuentre su habitación como si el hijo mayor fuese a llegar dentro de un rato. Depositó su longines de oro en la gran caja de fierro *National* adquirida por Hilliger, un paquete de cartas, los retratos de familia, su pequeña colección de estampillas, una medallita de primera comunión. La casa queda encomendada a la protección de *herr* Corsser, cónsul alemán. Todavía demoró por el salón donde a veces había entretenido a sus visitas con juegos de prestidigitación y fue a sentarse ante el Blüthner de cola en el que su madre tocaba suaves romanzas a petición del buen Hilliger. Pero no se atrevió a oprimir el teclado. Una tosecilla anunció compañía.

—¿Qué quieres, Fructuoso? —sonrió al cocinero.

—El señor Sixto viene de visita, don Alfonso.

—Que pase, Fructuoso, y danos de comer.

Abrillantó la lámpara a gas. Los hermanos Meléndez llegaban de Molle. Se derrumbaron de cansancio en un sofá.

—Por lo menos habrá tren a La Noria —dijo Sixto, segundo jefe del Batallón Iquique.

—¿Comieron?

—Me bebería un barril de cerveza —replicó el comandante Sixto Meléndez, que había sustituido al ausente Richardson en la jefatura de la *Columna Naval*.

—¡Alfonso! ¿Dónde estás, Alfonso? —era su primo hermano Fermín Vernal que golpeaba la puerta.

—¿Qué ocurre? —abrió Ugarte.

—¿Has visto a López de Lavalle?

—No.

—¡Escapó!

—¿Adónde?

—No se sabe. El coronel Ríos despachó cuatro patrullas a ver si lo encuentran. No tiene a quien entregar la ciudad mañana.

Se miraron con estupor.

—Habrà subido a un mercante... —sugirió Sixto Meléndez.

—¿Y pedir pasaporte a los chilenos para dejar Tarapacá? No lo creo posible —José María Meléndez enarcó las cejas—. ¡Oh, claro, todo puede suceder!

—No vamos a componer nada aquí parados. Entra, Fermín. Al menos iremos a la guerra con el estómago lleno. ¡Fructuoso! —el coronel Ugarte avanzó por el pasadizo—. Oye, Fructuoso, ve a buscar a Bertogliatti, que nos mande algo especial. Dile que partimos mañana.

—Pero ha cerrado su hotel —protestó Fructuoso, a quien desdeñaban el estofado.

—Que te atienda por atrás. Anda, apúrate.

Vernal hacía funcionar la mandolina mecánica y su música de tiovivo acongojó súbitamente a Ugarte que abría la despensa. Eligió tres botellas de reciente *beaujolais* de *La Vieille Eglise* y aquella anciana botija de coñac viajada a principios de siglo desde *Chateaubernard*, que Hilliger siempre conservó para un gran acontecimiento. Adiós, Iquique —pensó el coronel.

Casi a medianoche seguían llegando andrajosas tropas al mugriento abrevadero de Curaña. Sesenta horas sin sueño ni alimento habían caminado y combatido y, en fin, atravesado el candente Tamarugal pero sin perder el rifle ni abandonar bayoneta y municiones. A traspies se arrojan sobre el barroso afloramiento salobre, único punto del desierto donde es posible chupar agua, no importa que espesa y tibia, entre defecaciones de ganado y a través de una maloliente naña no se sabe si verdusca o marrón. Los más fuertes, quienes alcanzaron Curaña a las

cinco de la tarde, se habían llenado de ese jugo supurado por el Tamarugal y ahora se retuercen con tripas adoloridas. Pero el agua de Curaña no mata, sólo provoca apuradas diarreas, un efecto laxante parecido a la magnesia. Catorce cabras que un pastorcito arreaba hacia el interior luego de abreviarlas en Curaña, fueron prontamente desolladas por orden del coronel Suárez. Corresponde una a cada batallón. Perdidas las cocinas de campaña frente a San Francisco, sin leña para asarlas, hubo que comérselas crudas. Un amontonamiento de fósiles ardió dos horas, tostando el rancho del *Zepita* que ahora va al frente. Pero se había agotado el combustible cuando el resto de la columna llegó al oasis. Ni las cornetas tocaron fajina ni se pasó lista. Los hombres sorbían agua hasta atorarse, masticaban un pequeño trozo de carne aún sangrante y caían a dormir en deshechos racimos. Tampoco el coronel Cáceres ha descansado desde el breve alto en Negreiros, ni siquiera pudo entonces tragar un puñado de charqui. Velando con Zubiaga bajo una noche por ahora limpia de camanchaca, descubrió el semblante enfermo del coronel Bolognesi, deshidratado y con calentura, recorrió el miserable campamento de los Cabitos, fue en busca del Jefe de Estado Mayor General. Mi coronel, coja usted los mejores caballos y marche ahora mismo a Tarapacá a pedir auxilio. Dispondrán de agua pero este ejército miserable no ha recibido rancho verdadero desde hace una semana. Suárez asintió. Llévase si quiere a Durazno, mi coronel hay noche limpia, refrescaba el viento, al trote estará temprano en Huarasiña y podrá movilizar al subprefecto y a los hacendados, reunir ganado, hortalizas, granos, quien sabe si hasta conseguir carretones para auxiliar a los heridos. A la una y media, Belisario Suárez partió acompañado por tres oficiales en busca de la húmeda quebrada de Tarapacá.

—¿Qué haré después de la guerra? —Ugarte sonríe: nada hay después, una guerra no termina, la llevabas dentro como una enfermedad. ¿Cómo explicar a sus jóvenes compañeros que la muerte no se cura y que guerra es nada más que el inútil ministerio de la muerte, asesinato reglamentado por la Convención de Ginebra, muerte antes de hora, muerte contra natura, muerte en la plenitud del miedo y de la ferocidad, una redoblante, es-

tridente, uniformada muerte borracha de sí misma? ¿Cómo sanar del espanto de los hermanos muertos, del salvaje ejercicio de matar aunque sea al enemigo? Y sin embargo tenía que combatir. Un oscuro instinto exige a Ugarte ir a la guerra. Sacudió la cabeza—. Dedicarme otra vez a los negocios, supongo. Estoy un poco arruinado.

—¿Un poco arruinado? —rió el abogado Meléndez— ¡Es una buena teoría! ¿Cómo puede estar alguien un poco en quiebra?

—No sé —pareció confundirse el coronel—. . . pero es así.

Bertogliatti despachó una casi secreta cena de salmón ahumado, perfumadas salchichas de Lyon, frescas almejas horneadas con ajo y perejil, un rosado trozo de rosbif y hasta un pestilente gorgonzola que atesoraba para sí y que obsequió como despedida a su buen amigo, el ex-alcalde Alfonso Ugarte. Pero ni el *beaujolais* ni la inagotable garrafa de ese coñac destilado allá por 1807 en la región del Charente consiguieron alegrar a los oficiales. Habían crecido juntos y, aunque alguno de ellos emprendiese viaje, tarde o temprano Iquique los reabsorbía hasta reunirlos como ahora, aún libres y sanos, vagamente llenos de proyectos. Y sin embargo nada era lo mismo. Han observado esta tarde la destrucción de los fuertes. Clavaban dos vavasseur y dos parrot para no entregarlos al enemigo. En la jefatura de la División destruían archivos. Los propios soldados de Ugarte tuvieron que arrojar a la bahía rifles sobrantes y cajas de municiones que ya no pueden transportar por el desierto. Para generales o coroneles llegados de Lima o de Ayacucho, esto no es más que una plaza militar, un punto que por ahora no conviene defender, un sitio de paso que identifican en el mapa con un alfilercito de cabeza azul. Para ellos es el hogar, toda su infancia. Abandonan Iquique contra su voluntad.

—¿Qué hará el Viejo sin sus chilenitas? —Sixto Meléndez calcula que en media hora debe ponerse en marcha con sus navales hacia la estación de Molle donde espera un tren.

—No le faltará una burra complaciente —se agrió Vernal. Toda la ciudad conoce que en el peor momento de la invasión, el comandante Dancourt envió un tren expreso para reemplazar

los entorchados de Su Señoría y que por llevar el exclusivo baúl del jefe del Ejército, dos batallones tuvieron que caminar bajo el sol hasta La Noria.

Refrescado por el celeste amanecer de Tarapacá, el comandante Roque Sáenz Peña contempla casas de piedra, vacíos establos, alfalfares, retazos de campo sembrados de ají y hortalizas, árboles frutales, sauces alineados, molles y vilcas. Por sobre su cabeza se alborotan hambrientas cuculíes. Al balcón de la subprefectura asoma el General Buendía a contemplar este pueblo en paz, que despierta oloroso a pan recién horneado.

—¡Caballería, mi General!

Separó el rumor del río del trote de unos cuantos caballos. Han de ser peruanos: las tropas de la *Exploradora* dejadas en Huarasiña no han disparado sus armas.

—¡Es el coronel Suárez, mi General!

El Jefe de Estado Mayor General llegaba con el comandante Recabarren y dos ayudantes.

—¡Bienvenido, señor!

—¿Está aquí el General Buendía?

—Allí lo espera —Sáenz Peña señaló la subprefectura.

Despernado por veinte días de incesante actividad, el coronel tuvo que esperar cinco minutos a que su jefe concluyera de vestirse. Se abrazaron por fin. El General evita acordarse de Dolores. Llamó a gritos al coronel Rosas, pronto, atiendan al Jefe de Estado Mayor.

—Como está, coronel —recibió Suárez el saludo del subprefecto—. No se moleste, ya le aceptaré un buen desayuno. Mi General, el ejército está deshecho en Curaña. Esta tarde se pondrá en camino. Es preciso organizar campamento. ¿Hay ganado?

—Nada, no hemos encontrado nada —replicó Buendía con voz definitiva—. Estas gentes han escondido sus vacas y sus carneros en la sierra. El señor subprefecto pudo comprar un poco de papa y una carreta con charqui. Y se nos acabaron los fondos.

—Con su permiso, mi General... ¿cuántos hombres lo acompañan a caballo?

—Nueve.

—Ya somos trece. Y el señor subprefecto, catorce. Ahora mismo nos ponemos en marcha.

—¿Qué piensa hacer, mi coronel? —dijo Rosas.

—Tomar a la fuerza lo que necesitan mis batallones, coronel. Confiscar, así se llama. Y advierta usted a los señores hacendados que fusilaré en el acto a quien esconda alimentos.

—¿Bajo qué acusación, mi coronel? —se sorprendió Rosas.

—Traición al Perú, señor subprefecto. Esas son mis órdenes y vamos a ejecutarlas de inmediato. Subiremos a Pachica, rastreamos todo el valle. Usted, mi General, quédese aquí. Yo me encargaré de conseguir el rancho.

Buendía parpadeó: ya no mandaba. Suárez ocupa desenvueltamente su lugar.

—Adelante, señor Suárez —se apagó el Viejo—. Procure ser amable con estas buenas gentes.

—Pierda cuidado, mi General. ¡Recabarren! ¡esa infantería de Huarasiña, que venga al paso ligero! ¡Vamos a buscar comida para todos! ¡Vivo, vivo! Usted, comandante...

—¿Sí, mi coronel? —se tensó Sáenz Peña.

—...¿ya conoce el pueblo?...

—Bastante, mi coronel.

—... pues desaloje casas grandes y cobertizos para que duerma la tropa, y dígame al señor cura que necesito su iglesia para atender a los heridos. Consigan paja y colchones para acostarlos. ¿Funciona el telégrafo?

—Sí, claro.

—Tendremos que llamar a la División Ríos, mi General.

—Ya lo hice —dijo Buendía—. Le mandé un telegrama desde Pachica.

—Pues repita usted la orden, mi General, necesitamos hasta el último hombre.

Aunque enfermo, Bolognesi asumió el mando de la columna en su calidad de coronel más antiguo. A las cinco de la tarde, los hambrientos hombres del Ejército del Sur emprendieron la última jornada hacia Tarapacá. Gastaron el día en dormir o en estarse quietos a la sombra de sus mantas chamuscadas por el sol del desierto. Ahora el Tamarugal comenzaba a empinarse

y la camanchaca no es tan espesa como ayer o más lejos, en Dolores o en Hospicio. Paso a paso alcanzan la cordillera. Por aquí hay verdadera agua dulce, nacida de altas nieves y lluvias y manantiales. Y pasturas, pájaros y gentes que sonríen seguramente a salvo de una batalla. Recuerda Juan Cáceres el Tamarugal como un blancuzco delirio por el que vagaban visiones calcinadas, máquinas a vapor que el espejismo atraía hacia sus ojos afiebrados. El frío nocturno que acuchilla a estos combatientes semi-desnudos, con hambre de siete días y sed apaciguada a sorbos, refresca recientes cicatrices de heridos que no fueron abandonados antes de Curaña. Un amanecer de plomo confirmó a los Cabitos la proximidad de las montañas. Al principio del Tamarugal, tres o cuatro horas de caminata no parecían haberlos acercado ni un metro a la cordillera. Ahora el monte Tarapacá y su vecino Cerro Redondo y la sierra que se amontona atrás, los picos monumentales y nevados aumentan de tamaño a cada paso. ¡Por fin agua! La subterránea lengua del Tamarugal chupa por aquí el caudal todavía flaco, de invierno, del río Tarapacá. Llegados del vasto silencio del desierto, los caminantes oían chorrrear agua dulce entre piedras musgosas a tres kilómetros de distancia. Como un lugar espolvoreado con arsénico: adios, Tamarugal. Hubiesen roto la formación y corrido a hundirse de rostro en el liviano remanso que forma el río en Huarasiña, pero el coronel Suárez y otros oficiales galopaban al encuentro de ese ejército en pedazos. ¡Corneta, marcha regular! ¡Alinearse, carajo! ¡Armas al hombro! ¡Orden general! Dentro de dos mil pasos está la aldea de San Lorenzo y después la abrupta cuesta de Visagra y cinco kilómetros más lejos aguarda rancho en Tarapacá.

Los cónsules extranjeros llegaban a la Comandancia General de Iquique. ¿Y el señor prefecto? No está, no ha podido venir. También desaparecieron el alcalde y todos sus síndicos. Sólo el coronel Ríos, jefe de la Quinta División, y el capitán de puerto Antonio de la Guerra representan aquí a la nación peruana. Por el aposento que alguna vez paseó el Supremo Director y que visitaron sonrientes oficiales del "Huáscar" y que acogió juntas de guerra para discutir la victoria, el coronel Ríos se mueve ahora eligiendo cuidadosamente sus palabras. Su División

ya está en Molle y el coronel no quiere que sus novecientos soldados tropiecen con la caballería chilena que avanza desde Pisagua. Mister Merriam, gracias por haber venido. Mister Jewell, bienvenido. Antes de dar por comenzada la reunión, atendió al viejo Misael Urrutia que alcanza un urgente telegrama de Pozo Almonte.

Benavides a Ríos

Pánico en la tropa, temo nuevo conflicto. No tengo como contenerla si no salgo de aquí. Muchos dispersos y estos cuentan a los míos derrota completa. Dígame que debo hacer.

—No hay respuesta por ahora —murmuró el coronel.

—¿Y el señor Prefecto? —habló *herr* Corsser, cónsul del Imperio Alemán.

—No ha podido estar presente —el coronel evita socarronas miradas.

—Entiendo que está a bordo del “Ilo”, bajo protección británica y con pasaporte expedido por el comandante del “Cochrane” —informó Jewell, cónsul inglés—. Pasó la noche en un velero.

Ríos ignoró el comentario.

—Bien, caballeros, la división de mi mando deja Iquique por orden superior y no me es posible dejar ninguna fuerza para mantener el orden y garantizar la vida y propiedades neutrales. Existen delincuentes y otros detenidos por delitos comunes que deben ser custodiados. Suplico a los señores cónsules la adopción de las medidas que crean convenientes para la mejor protección de sus nacionales.

—¿Significa que la ciudad queda desprovista de toda autoridad? —Jewell arruga la frente—. ¿Abierta, totalmente abierta?

—Hago entrega de Iquique a ustedes, señores cónsules.

—¿Y los cuarentidós marineros de la “Esmeralda”? —se interesó Hugo Rossi, agente consular italiano.

—Quedan en completa libertad.

—Entiendo que el gobierno de Su Majestad ya arregló el canje de todos los prisioneros entre Perú y Chile —precisó mister Jewell.

—Debo pedirles, de modo especial, que presten atención al hospital militar recién trasladado de Molle a Iquique. Les ruego que salven de la muerte a esos infelices...

—Nos ocuparemos de ellos, señor coronel —prometió *herr* Schmidt, cónsul del Imperio Austro-Húngaro.

—...Dejo víveres, ropa y zapatos y también dinero para el uso del hospital y la atención de los heridos y de los prisioneros.

—¿Se retira usted ahora?

—Sí, caballeros. He terminado mi misión.

El último kilómetro cuesta arriba pareció insuperable a los 3,400 oficiales y soldados que al mediodía llegaron a Tarapacá. Hace una semana que no cesan de moverse. Desfilan en hilachas, cocinados por el sol. A través de labios que el desierto ha transformado en una costra, el coronel Cáceres pidió a los muchachos de la banda de guerra del *Zepita* que hicieran sonar los tambores. A mitad del Tamarugal cortó casi transparentes rebanadas de un limón que atesoraba en la guerrera y compartió esas gotas de ácida humedad con los músicos adolescentes. Sus soldados habían chupado balas de plomo o piedrecitas para soportar la sed. Ahora resonaron los parches y un golpe de viento sacudió las sucias banderas de los batallones de línea. Suárez, Bolognesi y Cáceres se hicieron a un lado para revistar tropas tambaleantes que sin embargo redoblaban el paso mientras a lo largo de la columna se animan las cornetas y vibra el ataque de Uchumayo y el más feroz sonido del ataque alemán. Entonces todo ese ejército desesperado se irguió, cantaron el compás los sargentos y uno tras otro, como en urbano alarde dominical, los batallones pasaron sacudiendo el suelo ante los coroneles a caballo. Cuando no se puede empujar el pie hasta otra pisada, cuando la lengua se atasca, cuando los ojos no ven, cuando la piel se ampolla, cuando sangran las plantas, cuando no se ha comido en cuatro días, cuando todo parece perdido, cuando se ha sido traicionado, cuando el enemigo persigue el rastro, cuando se está extraviado y con fiebre, cuando los camaradas mueren gangrenados, cuando se piensa en el amor ausente, cuando los hijos lloran sin ser nunca más escuchados, cuando se tiene miedo de morir, cuando se tropieza y cae contra pedruscos como nava-

jas, cuando se agota la saliva, cuando sólo se quiere dormir, uno, dos, uno, dos. Fundillos, zapatos, chaquetas, gorras, morrales, todo roto menos el fusil. Un brillo a mojado relució en los ojos ancianos del jefe de la columna Francisco Bolognesi.

A las 5 y 30 de esa tarde, mister Merriam subió al “Cochrane” frente a la bahía de Iquique. Como decano del cuerpo consular, había asumido el gobierno de la ciudad. Acompañado por *herr* Corsser, mister Jewell y el Dr. Rossi, pidió entrevistarse con el comandante Latorre.

Los anunció el joven teniente Simpson.

—Señor comandante, a las tres de la tarde de hoy nos ha sido entregada la ciudad de Iquique —mister Merriam actúa como un hombre de negocios—. Sería razonable que pudiésemos transferírsela cuanto antes. Por ahora los bomberos cuidan la paz pública.

Latorre cambió miradas con su Estado Mayor. Calculaba necesaria una batalla para ocupar Iquique.

—Muchos civiles peruanos desean salir del puerto, señorita —intervino Rossi—. Se les podría permitir embarcarse en el vapor británico.

—¿Usted es el señor Jewell? —Latorre conocía de nombre al activo cónsul inglés que había cuidado a los prisioneros de la “Esmeralda”.

—Para servirlo, señor comandante.

—¿Hay muchos chilenos presos?

—Cerca de cien, depositados en la aduana.

—Nuestros compatriotas serán recogidos de inmediato por lanchas de este blindado —dijo Latorre—. Sin embargo accederé a la petición de ustedes. Los peruanos disponen de todo el domingo para embarcar a bordo del “Ilo”. El 24 temprano la ciudad será ocupada por la fuerza a mi mando. Espero que no se cometa ningún acto de hostilidad contra Chile.

—Se lo podemos garantizar, comandante —dijo Merriam.

Juicio a López de Lavalle

*Al señor contralmirante y
Comandante General
de las baterías y fuerzas de Arica.*

Señor Comandante General:

De orden de S. E. el Presidente Director de la Guerra, proceda Vuestra Señoría inmediatamente a mandar instruir el correspondiente sumario militar al General Ramón López de Lavalle, a fin de que depure su conducta por el abandono que ha hecho en presencia del enemigo, del puesto de prefecto del departamento de Tarapacá que la Nación confió a su dirección y custodia, dando cuenta diaria a esta secretaría general del estado del sumario.

Quimper contra los azucareros

Esa mañana de fines de noviembre, el gran almacén Dockendorff anunció en los diarios que rebajaba sus precios porque el cambio del sol ha mejorado frente a la libra esterlina. Pese a que conocidos prestamistas viajan a Europa por súbita y misteriosa enfermedad, forzando a sus deudores a rescatar lo pignorado o a perderlo en prematuro remate, y a que en manos de poderosos cambistas judíos se evaporan las letras contra Nueva York y Londres, el Gobierno mantiene surtidos de plata sellada a los comerciantes sólo para recuperar su metal a través de las aduanas. A dieciséis firmes peniques el sol, *herr* Dockendorff fue el primero en abaratar buena mercadería extranjera, ofreciéndola entre ocho y quince por ciento más barato que ayer. Ti-

roneada la atención de la ciudad por la tragedia de Tarapacá a la vez que por los osados velocipedistas de la *Troupé Brown* y las insólitas prestidigitaciones del Conde Patrizio, se dio poca importancia al alza de los bonos de la deuda interna y de los certificados salitreros. El terrible año de 1879 se acerca a su fin mientras los políticos acusan a Su Excelencia el viejo Lechuza de implantar una dictadura en ausencia del General Prado. La burguesía está verdaderamente ocupada en perseguir por los teatros a la maravillosa médium Rita Gall, capaz de vomitar ectoplasma o de elevarse en lúgubres levitaciones, poseída por almas tan poderosas como las de Napoleón Bonaparte o don Juan de Austria. Proliferan mesas de tres patas y sin clavos y una fiebre espiritista establece instantánea y verídica comunicación con los muertos del momento: Grau, Ferré, Palacios, Aguirre, Sepúlveda, Cucalón, también Manuel Pardo y anónimos combatientes de Pisagua y Dolores, hasta Balta y los hermanos Gutiérrez. Pese al desastre del Sur y a la dispersión boliviana en San Francisco, el papel moneda mejoraba su valor. Hasta hace poco despreciados, los billetes bancarios sirven ahora para comprarlo todo en atiborrados almacenes de Lima: coles flamencas, esperma de ballena, caviar ruso, salchichas inglesas, anguilas del Mar Negro, manteca de Chicago, salmón del norte, queso de Frassinara, jamones daneses, petates chinos, pimienta de Castilla, curry indio, arroz de Rangoon o Lombardía, pimentosos embutidos de Sajonia, cigarrillos turcos y toda clase de vinos, burdeos a granel, botellas de borgoña, delicias provenzales y de la Dordogne o el Ródano, licores del Charente, champañas, rarezas de Alsacia, opulentos toneles llenados a presión con cerveza de Munich o apreciada *Wiener Exportbier* o de nutritiva *Guinness* británica. En el corto viaje de su casa al Ministerio, el doctor Químper sonrío calculando cuántos minutos faltan para que sus nuevos decretos sacudan por los cimientos a la ciudad saciada. Mire usted, Prince, nos encanta la fealdad y sólo andamos a palos, qué lástima. Y el Ministro de Hacienda señala a su secretario la temprana aglomeración de público en el Museo Hartkopff del horror, para admirar monstruos que flotan en formol, fetos con varias cabezas, muñecos de cera cubiertos de pústulas

o tumores, alimañas disecadas. El señor Químper podría mostrar parecidas atrocidades sólo que políticas. Por las buenas el Gobierno quiso comprar letras sobre Europa. Debía proveer de fondos a sus agentes así que ordenó a la Junta de Vigilancia que adquiriese toda la plata y azúcar existente en el mercado, pagando una prima de cincuenta centavos. Químper se proponía exportarlas, libres de derecho y a consignación de una respetable casa de Londres, que entregaría su valor en libras esterlinas a Canevaro o a Rosas y Goyeneche. No consiguió un quintal de azúcar, un lingote de plata. Se negaban a vender al Gobierno.

Rumbo a su despacho arrastró consigo a don José Cantuarias, secretario de la Junta de Vigilancia. ¿Nada? Nada, señoría. Bien, dentro de un rato circulará un boletín especial anunciando los nuevos decretos de Hacienda: impone un derecho de exportación de un sol metálico por quintal de azúcar y crea el estanco de la plata. Químper da una rápida lectura al informe de los peritos militares sobre el nuevo cañón blindado Krupp que se puede instalar en móviles plataformas de ferrocarril, revisa el memorándum secreto sobre el gran cañón Armstrong llegado en el "Maranhense" a Valparaíso y que el enemigo concluyó de instalar en su crucero "Angamos", en fin aprueba el balance de la caja fiscal correspondiente a la víspera. ¿Qué horas, señor Cantuarias? Las nueve y cuarto, señoría. A los veinticinco días de su segundo ministerio, Químper ha despachado un millón seiscientos mil soles, parte en plata acuñada, al Ejército del Sur, además de siete cargamentos con 14,000 bultos de provisiones, 32,000 quintales de trigo americano, lona y dril para uniformes, pasto seco y cebada. Acaban de enviar a Arica 800,000 cartuchos y la batería boliviana de cañones krupp modelo 1878 y preparan otro embarque con 1,500 rifles nuevos y dos millones de cápsulas. Sin embargo, la atención de Químper está concentrada en el extranjero. Ayer entregó fondos al capitán de navío Germán Astete que viaja al frente de una comisión naval a inspeccionar el acorazado "Stevens Battery" en Estados Unidos. El marino lleva autorización para girar de inmediato hasta 200,000 libras esterlinas contra los comisionados Rosas y Goyeneche si

ese blindado de 6,000 toneladas conviene a los intereses nacionales. Astete también inspeccionará el armamento que se fabrica por intermedio de la Casa Grace, a la que Quimper ha abonado 56,700 esterlinas, tercera parte del importe total de rifles y equipos para armar treintiséis batallones de infantería y cinco regimientos de caballería, apoyados por cuarenta ametralladoras y considerable artillería. Mientras todos los periódicos de Lima atacan su gestión hacendaria, Quimper envía al segundo Vicepresidente Canevaro 50,000 esterlinas, después 49,700, luego 12,000, casi de inmediato 16,000, otras 10,000 y una sexta remesa de 45,200 por un total de 182,900 libras británicas que permitieron ordenar la compra de 20,000 rifles peabody, 25 ametralladoras, 40 krupp modelo 1879, siete millones de cartuchos y el rápido vapor inglés "Malvine", de 4,000 toneladas y un andar de 16 nudos. Por cable cifrado el Ministro de Hacienda aprobó el precio del buque: 30,000 esterlinas al contado, instruyendo a Canevaro que equipara al "Malvine" como crucero armado, usando buena artillería Armstrong de retrocarga. En sus diarias visitas al despacho de Quimper, el General La Cotería comprueba la constante acumulación de recursos peruanos en París, Londres y Nueva York. Se han colocado pedidos por un total de 55,000 rifles peabody, 96 ametralladoras, 120 cañones y veintiún millones de cápsulas, aparte de sables, vestuario, cocinas de campaña, monturas, sables, toda la descomunal impedimenta de un nuevo ejército que a fines de 1880 debe reunir 100,000 hombres en filas. Cada orden de compra es acompañada de fondos y Quimper atiende religiosamente el vencimiento de las cuotas. También la Marina de Guerra parece galvanizada por los secretos avances de Quimper y el contralmirante de la Haza organiza futuras tripulaciones, mencionándose a Ezequiel Otoyá como primer comandante del "Malvine", al que se piensa rebautizar como "Elías Aguirre". En cuanto al ejército de tierra, La Cotería apresura la instrucción de 20,000 nuevos soldados en Lima y sólo espera que a fines de diciembre empiece a llegar el armamento norteamericano para enviar al sur no menos de cuatro divisiones. A ratos Quimper se siente autor de un gran milagro. En cables cifrados Rosas y Goyeneche informan

del diario esfuerzo por solucionar con el *Crédit Industriel* el pago de la deuda externa, la paz con los tenedores de bonos peruanos, la definitiva expulsión de Dreyffus y la futura explotación del guano y el salitre. Ese contrato no sólo restablecerá a plenitud la confianza internacional en el Perú: hasta ahora se ha definido un adelanto de 800,000 libras esterlinas, con el que cancelarán de inmediato seis flamantes cañoneras blindadas inglesas, dos scouts italianos, eficientes torpederas sistema Whitehead y varios transportes convertidos en cruceros para trasladar un millonario arsenal a las costas peruanas. El contrato con el *Crédit Industriel* debe restablecer el equilibrio de los beligerantes en el extranjero, ahora inclinado a favor de Chile por el peso de importantes capitales británicos. Goyeneche cree posible obtener un adelanto aún mayor, tal vez un millón de libras. Ah, si lo dejaran hacer, si los peruanos confiaran en su talento. . . esta mañana, Químper se siente capaz de consumir cualquier prodigio.

El urgente boletín publicando drásticos decretos de hacienda, golpeó las calles un rato antes de las diez. En el céntrico Salón de la Bolsa y en el *Hotel de France et d'Angleterre* se gritó que de una vez debemos echar del gobierno al débil anciano Lechuza y a su odiado gabinete. Con cargo a dar cuenta a la próxima legislatura, se atropellaban leyes aprobadas por el Congreso y no promulgadas por el Poder Ejecutivo. ¿Es que no hay nadie capaz de controlar al señor Químper? ¿no basta que haya sido censurado por los honorables congresistas? ¿es que asistíamos a la instauración definitiva de una dictadura manejada sibilinamente por el Ministro de Hacienda? La exaltación de los productores de azúcar fue pronto serenada por los banqueros limeños y una comisión de agricultores y financistas cruzó la ciudad al mediodía, a solicitar urgente entrevista con el doctor Químper.

—Hagámoslos esperar cinco minutos —sonrió el Ministro. Cantuarias se refrescaba junto a una ventana abierta.

—Ya imagino el discurso —Químper miró de reojo al secretario Prince—. Van a llorar pobrezas, ¿ah?

Contó los minutos. Después fue a abrir personalmente la puerta de su despacho.

—Buenos días, señor Derteano. Buenos días, señor Aspíllaga. Señor Candamo, señor Pflücker, adelante señor González, un placer verlo don Francisco, señor Barreda, pase usted señor Ruden, por favor, tomen asiento —el Ministro ocupa su butaca, reúne los diez dedos con gesto casi monacal, mira uno por uno a sus distinguidos visitantes, al fin pregunta qué los trae por aquí, caballeros.

—Obviamente nos trae el decreto publicado esta mañana —se apresura a negociar Candamo. Algunos de los comisionados enrojecen de ira con sólo ver a Químper ocupando el sillón ministerial—. Nos arruina usted, señor Ministro.

—Nunca pensé que mi estimado amigo el señor Candamo fuese apasionado al elegir sus palabras —sonríe Químper rebuscando papeles sobre su escritorio—. El verbo arruinar es un tanto, digamos, un tanto exagerado. Hum. Por aquí guardo unos pacientes informes recolectados por nuestros agentes en Europa, a quienes ustedes conocen, demostrando que los costos de producción explicados por los propios azucareros peruanos están muy por debajo de los costos de refinamiento europeo, inclusive del azúcar de remolacha... —de reojo sabe que los comisionados intercambian miradas de preocupación— ...claro, carecíamos de estos datos hace unos meses y por ello se pudo convencer al Honorable Congreso de que la industria no soportaba un impuesto de medio sol plata por quintal, ¿no? Claro, claro, aquí los tengo. Y resulta que los refinadores ingleses de las Antillas están en grave crisis debido a la emancipación de los esclavos y a la falta de mano de obra. La existencia de azúcares en Londres al primero de este mes ascendía a 159,000 toneladas, cuarenta y cuatro mil más que a la misma fecha en 1878, pero casi el ochenta por ciento es azúcar de remolacha y hay gran demanda de azúcar de caña. Estos informes confidenciales —y ahora clavó sus ojos bruscamente en confusos comisionados— contienen datos muy precisos sobre los precios alcanzados por el azúcar peruana en las transacciones europeas. Tal vez convendría dárselos a conocer al pueblo o a esas tropas mal armadas que

hemos enviado a combatir con los chilenos, ¿no? Vienen ustedes a mí disgustados por el decreto de esta mañana, seguramente llenos de argumentos de pobreza. A ver, hum, oiga Prince, el expediente número dos... sí, sí, ya lo encontré. Pues con pobreza no se compran arados *Fowler* a vapor, ni se tienden rieles *decauville* o se instalan nuevas prensas y trapiches, o se amplían alambiques y, en fin, tampoco se adquieren máquinas de nieve para vivir mejor en la casa hacienda, ¿no? Esto —mostró un cuadernillo con el sello de reservado en la primera hoja—, esto contiene una lista pormenorizada de recientes innovaciones efectuadas por la industria azucarera...

—Señor Ministro —quiso interrumpir Candamo.

—...no he terminado aún, mi estimado amigo. También dispongo aquí de cifras reveladoras sobre el costo de la mano de obra y, hum, la demostración de como se incumple el tratado con el Emperador respecto a esos chinos vestidos con loneta que todavía cultivan haciendas vigilados por las carabinas de la Guardia Civil. Señor Candamo, usted no necesita demostrar su patriotismo, sobradas razones tengo para afirmarlo pero aquí todos, to-dos —golpeó el escritorio con el índice— deben ayudar a su país. A mí no me gustan las medidas violentas, ¿ah? Pero ciertos caballeros aquí presentes se han negado a cooperar conmigo.

—Yo creo que existe un malentendido, señor Ministro —replicó Candamo suavemente.

—Vea usted, mi amigo, en política profeso las ideas más avanzadas en materia de libertad y en economía política soy radicalmente liberal —dijo Químper—. Pero recurriré a la fuerza de los fusiles para convertir buenos soles en libras esterlinas para salvar al Perú.

—Sepa su señoría que deseamos satisfacer los deseos del Gobierno —se oyó al señor Aspíllaga—. Sin embargo, tenemos contratos pendientes con casas extranjeras.

—Y azúcar cargada en buques a cuenta de esas casas —intervino carrasposamente Derteano.

—No creo imposible encontrar una fórmula de transacción, señor Ministro —habló García Calderón—. No es momento de discutir la veracidad de los informes enviados por los agentes

del Gobierno pero el impuesto de un sol plata es excesivo.

—Tenemos que ganar una guerra, caballeros, al precio que sea —por sus voces sabe Químper que ha ganado la partida—. Siempre será más barato para todos que la conquista por Chile. Bien, el cambio está firme en 16 peniques y es posible que en abril pueda mejorar a veinte. Ahora necesito letras sobre Europa.

—Podemos vender letras en vez de azúcar —propuso rápidamente Candamo—. Incluso nos parece mucho mejor para los fines que persigue el Gobierno.

—¿Me venderían letras a 16 peniques por un monto igual a la mitad de sus exportaciones?

Se oyó cuchichear a los comisionados.

—¿Y se suspende el impuesto?

—Espero su respuesta, señores.

—La contestación es afirmativa, señor Ministro —habló Candamo.

—Son cien mil esterlinas mensuales a lo que se obligan —advirtió Químper.

—Cien mil, en efecto —transpira el señor Aspíllaga.

—¿Y cuánto me pueden vender de inmediato?

—¿Ahora mismo? —se preocupó Derteano.

—En los próximos quince días...

Los comisionados volvieron a consultar entre sí.

—Cien mil libras —ofreció el señor Aspíllaga.

—No hay trato —se endureció el Ministro.

Otra vez cuchichearon.

—Ciento veinte mil —dijo Derteano.

—Que sean ciento treinta mil.

—Convenido, señor Ministro —Candamo sonrió aliviado—.

Respecto del impuesto...

—No está en mi ánimo darle cumplida y severa ejecución, caballeros.

Esa tarde, Químper se entrevistó con una comisión de mineros. Explica que estándoles prohibido vender plata a terceros, tienen dos posibilidades: o se la guardan o la venden a la Junta de Vigilancia. Los productores, finalmente acordaron la transacción con el Gobierno. Químper acababa de asegurar

150,000 libras esterlinas mensuales a cambio de papel moneda que almacena en varias bóvedas bancarias. A fines de abril, habrá reunido otro millón en Londres y París para seguir comprando armas y buques.

Absurdos de Quimper

(Editorial de "El Comercio" de Lima)

No es posible dudar de que existen medios para reunir fuertes sumas de dinero con qué atender a las necesidades creadas por la guerra, pero antes de recurrir a tales medios conviene estudiar hasta qué punto son aceptables. Si alguien descubriera algún sistema en virtud del cual cada ciudadano contribuyera en justa proporción a los crecidos gastos que la defensa del territorio origina, se habría resuelto el más importante problema económico de los tiempos modernos, que consiste en fijar de una manera equitativa el monto de los impuestos; pero mientras no sea así, y sobre todo, cuando se crea contribuciones desproporcionadas por quien no tiene facultad para ello, natural es que los resultados de semejantes medidas no correspondan a los propósitos que las inspiran.

El Ministro de Hacienda, deseoso de aumentar las rentas fiscales, ha resuelto ayer que en lo sucesivo pague cada quintal de azúcar que se exporte la cantidad de un sol plata como impuesto y que se estanque el producto de los minerales de plata forzándose a los dueños a venderlo al Gobierno a razón de veinticinco soles el marco. Por supuesto que, si esta resolución se cumple, el Gobierno obtendrá de pronto una suma no insignificante, porque los que tienen azúcar elaborada o pastas extraídas de las minas de plata, pasarán bajo las horcas caudinas de la

arbitrariedad y dejarán en las arcas fiscales la cantidad que se les exija, pero, ¿cuenta el Gobierno con que, a pesar de tan fuerte gravamen, continuarán aquellas dos industrias desarrollándose en la misma manera que hasta aquí? Sería muy aventurado fundar ningún cálculo sobre semejante creencia.

Si el sistema del señor Químper es conveniente, debería aplicarlo con un poco más de latitud. Así, por ejemplo, si estanca el producto de las minas de plata, no hallamos razón para que no estanque también el producto de las casas; y de la misma manera que impone un sol de plata de contribución a cada quintal de azúcar que sale de las haciendas para ser consumido en Europa, podría también gravar con un impuesto cada quintal de papas que envían los agricultores a nuestros mercados. El señor Químper, cuando estanca las pastas ofreciendo comprarlas a veinticinco soles el marco, es porque sabe que puede venderlo a más de veintiséis soles, que es el precio de plaza; y así, si estancara los arrendamientos de las casas ofreciendo pagar ocho soles por habitación, podría estar seguro de alquilarlas a razón de nueve o diez soles, que es como calculan los arrendamientos los propietarios. Tanto derecho tendrá para hacer esto como ha tenido para hacer aquello, con la única diferencia de que el estanco de las casas le produciría mucho más que el estanco de las pastas.

Igualmente puede afirmarse que el impuesto sobre las papas o cualquier otro artículo de primera necesidad, daría mucho mejor resultado que el impuesto sobre el azúcar; porque al fin y al cabo, si el que grave este último artículo es tan fuerte que no puede el agricultor peruano competir con los de otros países en los mercados europeos, cesará de elaborar azúcar, en tanto que por subido que sea el impuesto sobre los artículos indispensables para la vida, de seguro que subsistirá, por lo menos hasta que nos hayamos muerto de hambre todos.

La mejor manera de demostrar la absurdidad de un sistema es aceptarlo sin limitación alguna, y es por esto que hemos llevado hasta su último extremo el que parece haber adoptado el señor Químper para sacar recursos en estos momentos. No faltará quien crea que los impuestos sobre todo artículo que se

exporta son pagados por los consumidores extranjeros; pero como no podemos inferir al Ministro de Hacienda la ofensa de creer que espera que la azúcar y las pastas suban o bajen en los mercados europeos porque en un país que contribuye en pequeñísima proporción a abastecerlos de aquellos artículos se quiera violar los más triviales principios económicos, forzoso será convenir que el señor Químper no ha tenido otro plan que procurarse fondos y en tal caso, nuestro gravamen sobre las casas y las papas sería infinitamente superior al suyo sobre las pastas y la azúcar. Si el Perú fuera el único abastecedor de estos dos artículos, podría explicarse el singular proyecto de abrumarlos con impuestos a la sombra del exclusivismo; pero cuando nos encontramos con que las pastas peruanas no producen al año sino cuatro millones de soles, y hay un solo país, los Estados Unidos que las producen por valor de cuarenta y tantos millones, y que la azúcar peruana se limita a sesenta mil toneladas al año cuando la elaboración total de los países azucareros se eleva a diez millones de toneladas al año, nos parece que nadie dudará de que si el Perú se empeña en recargar los gastos de producción de estos dos artículos, los consumidores extranjeros se pasarán sin comprarlos.

El único país del mundo en que se ha implantado el sistema de estanco sobre productos que tenían que rivalizar con similares extranjeros ha sido el Egipto; y nos atrevemos a creer que el señor Químper no querrá imitar en el Perú un sistema económico iniciado con tan desgraciado éxito por el Khedive.

Natural es que los productos nacionales que puedan soportar una contribución la paguen y contribuyan a acrecentar las rentas fiscales; de suerte que las pastas y el azúcar, que indudablemente pueden, en la actualidad al menos, soportar un impuesto, deben pagarlo. Pero, ¿por qué cree el señor Químper que los productores de azúcar no se arruinarían contribuyendo con un sol plata por quintal para los gastos de la guerra? Y aunque no fuera así, ¿por qué habrían de ser ellos los únicos que entregasen una parte de sus capitales para hacer frente a las exigencias de una situación en cuyo pronto y feliz desenlace estamos todos interesados?

El estanco de las pastas es un absurdo económico que no merece siquiera los honores de la discusión. Nosotros, que combatimos el estanco del salitre, a pesar de que las circunstancias de la negociación eran muy distintas, no podemos menos que mirar con pena que haya todavía quien dude de que el estanco de la producción es el arma más terrible que el error y el empirismo esgrimen contra el desarrollo de una industria. Pero la azúcar no se halla en el mismo caso, porque el Ministro de Hacienda no estanca la producción: lo que hace es, simplemente, gravarla con un impuesto diez veces mayor que el que después de dilatadas discusiones se atrevió a hacer pasar el Congreso sobre la industria azucarera. ¿Se equivocó el Congreso y acierta el Ministro de Hacienda al calcular el poder de resistencia de aquel artículo en materia de contribuciones? Puede ser, pero, aparte de que nos inclinamos a creer que un Congreso vale algo más que un ministro y que una sola cabeza tiene menos probabilidades que ciento sesenta de pensar con juicio, hay hechos materiales que prueban cuan fundada es la resistencia que oponemos a la resolución cuya inconveniencia nos proponemos demostrar. En efecto, una de las clases de azúcares que en mayor abundancia se exporta es vendida aquí por los productores a dos soles cincuenta centavos de plata, más o menos, el quintal. ¿Hay quien crea de buena fe que los elaboradores de azúcar obtengan una utilidad de cuarenta por ciento en sus negociaciones? Creemos que no, por la sencilla razón de que si tanto obtuvieran, no habría un solo capitalista en el país que no elaborase azúcar. Pues si no utilizan un cuarenta por ciento y no pueden subir el precio de su azúcar porque nadie la compraría, desde que el Perú, que no lleva a los mercados europeos sino el seis por mil de la cantidad que en ellos se consume, no puede jamás fijar, sino que está obligado a aceptar el precio corriente de esos mercados; es claro que pagando los elaboradores peruanos un sol de plata por cada quintal que se exporta, no sólo se despojarán de sus legítimas utilidades sino que sacrificarán su capital; y por consiguiente, si el sistema del señor Quimper subsiste por algún tiempo, desaparecerá al fin por completo la industria azucarera.

Se habrá observado que no hemos hecho uso de ningún argumento legal. Hemos procedido así, porque las resoluciones de ayer salen tan abiertamente de toda ley, que no puede haber la menor duda de que el señor Químper no se cuida de respetar ninguna; pero como con la misma franqueza que hacemos notar esta circunstancia, debemos declarar que no creemos que el Ministro de Hacienda obedezca a otro móvil que el de aumentar las rentas fiscales, hemos creído oportuno evidenciar desde el primer momento la gravedad de los errores que ha cometido, confiados en que si llega a penetrarse de la solidez de las razones que hemos aducido, revocará las resoluciones de ayer, cuyos desastrosos efectos principiarán a sentirse en breve si subsisten.

A los lectores de "El Comercio"

Hoy, a última hora, hemos sido formalmente notificados por el Ministro de Gobierno y por disposición del Vicepresidente de la República, que nos está en lo absoluto prohibido publicar artículos relativos a política interna, siempre que no sean de apoyo al Gabinete.

Habiendo cesado de esta manera la libertad de prensa, garantizada por la Constitución, nuestra conducta en lo sucesivo se subordinará a las circunstancias.

Su Excelencia vuelve a Lima

El General Prado no se movió cuatro días de la oficina del telégrafo. Embestían malas noticias: confirmada la disper-

sión boliviana en Dolores, el ejército peruano se mueve a la deriva por el desierto, Iquique cayó en poder del enemigo, se ignora el paradero de la División Ríos, los sobrevivientes de la "Esmeralda" viajan a Valparaíso a embarcarse como tripulantes del "Huáscar" chileno. Y no es todo: despachado en convoy con la "Unión" y el "Chalaco", la pequeña "Pilcomayo" tropezó con el acorazado insignia de Chile "Blanco Encalada". El comandante Ferreyros, que dos veces había burlado antes su persecución, fue vencido al abordaje. Consiguieron sus adversarios desaguar fondos y apagar incendios, así que la cañonera y toda su tripulación viajan prisioneros a Valparaíso. Virtualmente deshecho el Ejército del Sur y sin medios en Arica para acudir en su auxilio, sabe el General Prado que se ha perdido Tarapacá y que el salitre peruano, como antes el de Bolivia, será enviado a Europa a cambio de más armamento para consumir la conquista. El "Angamos" ha sido transformado en crucero tan poderoso como el "Loa" y el "Amazonas" y, con veloces torpederas adquiridas en Inglaterra y el refuerzo del "Huáscar" modernizado, y ahora con la "Pilcomayo", el almirantazgo chileno podrá bloquear toda la costa del Perú. Ocho meses después de declarar la guerra, Chile posee la escuadra y el ejército más poderosos de Sudamérica.

Ahora, Su Excelencia recibe aviso de mister Potts, capitán del vapor inglés "Ilo", que mañana el enemigo pondrá bloqueo al puerto de Arica. Sale a la terraza, contempla la bahía azul, a la barca yanqui "Golden Ship" haciéndose a la vela repleta de refugiados con destino al Callao, la enorme bandera rojiblanca ondeando en la cima del morro, se vuelve al fin en busca de Benito Arana, está bien, nos vamos, que avisen a Potts que iré a bordo. Montero ya es jefe político y militar del sur del país. Aquí todo ha fracasado. Sombriamente oye noticias frescas recogidas en este último vapor: el enemigo descarga quince mil bultos de pertrechos en Pisagua, también dos mil cabezas de ganado. El crucero "Loa" conduce a la "Pilcomayo" a cambiar bandera en Valparaíso. "O'Higgins" y "Magallanes" reconocen Mollendo. El "Huáscar" chileno salió del dique, con fondos limpios, nuevo blindaje, renovada artillería Armstrong de retrocar-

ga y ametralladoras nordenfeldt. El "Copiapó" viaja al sur con heridos y prisioneros tomados en la batalla de Dolores. Chile es el nuevo señor de ese océano, la ruta única para abastecer al Perú en guerra. En la lancha de la Capitanía, los ayudantes Yessup y Zuleta llevaron el equipaje de Su Excelencia al vapor de la *Pacific*. Un silencioso gentío observa al General mientras abandona la residencia MacLean y se despide de los jefes militares en la plaza de la aduana. Sus secretarios Mariano Alvarez y Benito Arana lo acompañan a Lima. También los coroneles Lara, Bedoya y Huguet. Y su ayudante Timoteo Smith. Tiesamente el almirante Montero salta al bote que a golpes de remo conduce al Supremo Director a bordo del "Lima". Este fracaso queda en sus manos, Lizardo. Sí, mi General. No se preocupe, no los abandonaremos. Confío en usted, mi General. Volveré con una nueva escuadra y un gran ejército. Así espero, mi General. En la escala aguarda mister Potts. Cuando Mariano Ignacio Prado volvió la mirada para despedirse de Arica el bote de la base de torpedos del Alacrán se mecía a treinta brazas del vapor que empieza a levar anclas. Distinguió a su hijo Leoncio de pie entre los remeros, inmóvil, como en posición de firmes a pesar del violento balance. El General llevó su diestra al quepís, saludándolo militarmente. Adiós, hijo. Adiós, Grocio, tal vez errabundo por el desierto, acaso muerto o mutilado. Adios, primo Manuel. Adiós José María, hermano menor. Luego se envolvió en su capote de General de División y bruscamente entró a la penumbra del transatlántico.

Para Su Excelencia han acondicionado el mejor camarote disponible, cerca del puente y lejos de cubiertas llenas de refugiados. Abandonan Arica y Tarapacá contentándose con un trozo de barco sin techumbre. ¿No puede hacerse algo por esa pobre gente? El capitán Potts quisiera complacerlo, Excelencia, pero es imposible. Hay mil cuatrocientos peruanos allí afuera apretujándose de popa a proa. No hay sitio para uno más, no importa cuánto dinero se ofrezca al sobrecargo. La comitiva de Su Excelencia dormirá en el salón de primera clase, sobre confortables de cuero y entre pasajeros venidos de Europa, británicos que observan desde aquí, del otro lado de los cristales, a la aterida

multitud sudamericana con sus pintorescos bultos: ropa anudada de prisa dentro de colchas de colores, cajas de madera, antiguas valijas, bolsas de paja, costalillos de harina, canastas. Prado obtuvo de mister Potts ciertas concesiones: de noche los niños pasarán a abrigarse en el salón y se servirá al menos una comida extraordinaria a los refugiados. El General firmó personalmente un vale que presentó el sobrecargo: mil cincuenta libras esterlinas para alimentar a esos infelices.

Va y viene como estrellándose contra las paredes del camarote, tamborilea con los dedos un airecillo marcial, se tumba en la litera sin poder dormir, se encierra a revisar secretos documentos del último escándalo: en ciertos batallones abundan fantasmas, inexistentes soldados que nunca aparecen cuando hay revista pero que cobran puntualmente su socorro. Más fuerte que la trepidación del vapor, se le oye huracanarse, voltear expedientes a manotazos. Sólo su fiel Benito Arana se atreve a interrumpirlo, implorando que pruebe alimentos. Gracias, Benito, no tengo hambre. El secretario ordena retirar fiambres llevados al camarote, le oye decir que empezarán de nuevo. Repasaba sus errores sin admitirlos del todo. Pese al fracaso del Sur, es el señor Presidente de la República, el supremo jefe de sus ejércitos, el responsable de su integridad territorial, el héroe vivo de la breve guerra contra España y él, Mariano Ignacio Prado Ochoa, cuyo valor y cuya palabra nunca han sido puestos en duda, comprende que no puede discutir públicamente sus próximas y más audaces decisiones. Responderá de la victoria o la derrota, asumiendo en persona la totalidad de la gloria y la vergüenza. Se sueña al asalto de fortificaciones que el miserable Buendía nunca llegó a amenazar y su espada se encharca, revuelve, saja, despedaza enemigos cuyos gritos crispan la soledad del camarote. Dormía con los párpados abiertos, más bien poseído por alucinaciones militares que en arropado descanso. Ni siquiera usa la litera: prefiere permanecer en una butaca, a medias cubierto por una manta escocesa, con la desvaída loca expresión de un fanático religioso que tanto preocupa a Benito Arana. Más allá de Mollendo abandonó su reclusión. Molesta a Su Excelencia la curiosidad que lo persigue, pero al fin aceptó

un amplio rincón en la sala donde cuchichean ingleses. Secretarios y ayudantes le alcanzan y leen periódicos extranjeros encontrados a bordo. A ratos vuelven a desorbitarse sus ojos: viste uniforme de gran parada al rescate de Iquique en el puente de un formidable acorazado. Caracolea su caballo de batalla por costas donde se amontonan cadáveres enemigos. ¡Todo lo cambiaría por diez minutos de venganza! Mortaja después, tambores cubiertos por paños de terciopelo negro, fusiles de revés, oscuros penachos sobre bestias lustrosas como las noches de la cordillera, todos arrastrando el armón y al héroe derribado. A la victoria, a la victoria o a la muerte.

...La eterna cuestión con Chile que viene usurpando nuestros territorios desde 1843 hasta hoy. Comenzó por la Colonia Bulnes para favorecer la navegación del Estrecho y ha acabado por disputarnos hasta el Río Negro...

La mirada se le enredó por el editorial del diario "La República" de Buenos Aires. A la victoria o a la muerte y ni ha vencido ni va al encuentro de la bala definitiva. El General bebía una taza de té.

...Llegó el señor Balmaceda a Buenos Aires apenas Chile declaró la guerra a Bolivia y Perú. ¿A qué vino? Vino a adormecernos, a hacer protestas de amor entrañable, pero no trató, ni dio explicaciones satisfactorias sobre los designios de Chile al hacer la guerra a Bolivia y al Perú. ¿Qué hicimos nosotros? Hicimos magníficas y monumentales sabatinas, alegatos que son como volúmenes enormes, discursos de ocho días dichos en secreto y a puertas cerradas, y cuando el señor Balmaceda nos creyó bien dormidos, cuando vio que aquí no eran ni hábiles ni previsores sino habladores sempiternos, se fue sin tratar, sin dirimir la cuestión...

¿Qué le parece, Excelencia? Sí, sí. Por lo menos discutían argentinos y chilenos. Pero el General no comparte la liviana alegría del secretario Mariano Alvarez. Que los diarios de Buenos Aires publiquen violentos editoriales antichilenos no significa que su país vaya a inmiscuirse en esta guerra.

...Había conseguido una espléndida victoria, porque extraviaba a la "habilísima" diplomacia argentina; porque nos

hizo declarar neutrales y aplazó nuestra cuestión de límites para cuando Chile no tenga enemigos a su espalda y vuelva victorioso de su guerra conquistadora contra Chile y Perú...

—Mi General, toda la escuadra argentina está lista para combatir —dice Timoteo Smith.

—Si Campero llegase a entrar por fin en Atacama —suspira Mariano Alvarez y alcanza un ejemplar de “El Mercurio” a Su Excelencia.

—La columna argentina del coronel Uriburu está en la cordillera —explica Yessup.

... Todos los diarios argentinos, con excepción de uno que es redactado por españoles, están más o menos acordes en la idea de que el gobierno de la confederación signifique al nuestro que no tolerará adquisición territorial alguna por parte de Chile en caso de salir victorioso de los aliados...

—La cañonera “Constitución” y el acorazado “El Plata” hicieron ejercicios de tiro frente a la isla de Martín García, Excelencia.

—Hum —Alvarez revuelve periódicos—. Aquí dice que sus tiros sólo pasaron cerca del blanco.

Prado siguió enfrascado en “El Mercurio”.

... ¿Con qué derecho podría el gobierno argentino hacer al nuestro semejante notificación ¿Es acaso ese gobierno, cuya existencia está para concluir de un modo trágico, el tutor nato del Perú y de Bolivia? ¿Dónde está la fuerza material que permitiría a la República Argentina inmiscuirse en un negocio que es de pura y exclusiva competencia de los tres pueblos en guerra? ¿Será su escuadra compuesta casi en su totalidad de barcos inservibles y mandados por el Almirante Pi? ¿Será su ejército, en cuyas filas jamás ha dominado el interés nacional sino el provincial, que allí es tan vario como vario y antitético es el espíritu de los caudillos que se disputan el gobierno de cada provincia? ¿Serán sus tesoros que, según el mismo Presidente Avellaneda, apenas si alcanzan para llenar las primeras necesidades de la nación?...

—Hay gran excitación en la Bolsa de Buenos Aires por los movimientos de la escuadra —dice Alvarez.

...El gauchaje no puede hablar la lengua del derecho, porque el derecho en sus labios es una burla, un sarcasmo escandaloso...

Ojos en cubierta, por el pasadizo que conduce al matutino baño de agua caliente y que cuesta dos *shillings* de propina entre Arica y el Callao, también ojos no tan atentos al arenque ahumado y al tocino con huevos fritos como al trágico exhausto general de división que preside su propia mesa sin apetito, ojos arruinados que lo adivinan de pie por el puente preguntándose si ese hombre a quién creían invencible podrá recobrar los territorios usurpados y devolver a cada uno cuanto fue suyo, su pan y su alegría; ojos por su espalda, tras sus manos, vigilando sus modales, intuyendo sus ideas. Así leído, acosado por ojos socarrones o implorantes o coléricos y decepcionados, Su Excelencia prefirió encerrarse otra vez en su camarote y, como si no se hubiera apartado del telégrafo en Arica, esperar noticias. Distante y altivo y aseado y afable, como muerto un poco, también como perplejo, el General pasea cubierta de primera después de medianoche, inclinándose a mirar a sus friolentos gobernados que por ahora duermen, apiñados entre mástiles y escotillas. ¡Cuántas separaciones, cuántas súbitas miserias que no serán remediadas, cuánto dolor! Cada harapienta visión consecuencia de esta guerra, todos los huérfanos le pertenecen, mi General. También ojos acorralándolo durante el íntimo sopor del camarote, regresando por el espejo ante el que recorta la barba, vigilando sus decisiones desde atrás de la memoria. Entonces Prado se reconoce de reflejo como a través de un tiempo infinitamente antiguo. Su rostro llega de un vaho de años, demacrado por la imposibilidad de dormir verdaderamente. A fuerza de existir rotundamente, ha concluido por convertirse en su revés. Al atardecer de un jueves que todos creen sin importancia, el vapor "Lima" se detuvo para que los ayudantes de Prado bajaran a tierra, a telegrafiar al Vicepresidente La Puerta que el General Prado llegará mañana al Callao.

Juicio a jefes del Ejército

Lizardo Montero, contra-almirante de la Armada Nacional y Jefe Superior, político y militar de los departamentos del Sur de la República.

Considerando:

Que la resolución del Supremo Director de la Guerra dictada en fecha 23 del presente, con el fin de iniciar una sumaria averiguación sobre la dirección de la campaña y combate últimamente librado en el departamento de Tarapacá, sólo se circunscribe al juicio que en virtud de los datos que arroje la sumaria, debe seguirse al General en Jefe del Ejército de Operaciones del Sur, General de División don Juan Buendía;

Que dicha resolución suprema, en los momentos en que fue dictada, no podía medir el alcance de la tremenda responsabilidad que pesa sobre todas las autoridades y jefes superiores que relativamente, según su puesto respectivo, tienen parte directa o indirectamente en el centro de la campaña y dispersión del Ejército del Sur;

Que los detalles oficiales y extra-oficiales que hasta la fecha se han recibido en esta plaza van arrojando la luz suficiente para apreciar en toda su intensidad el grado de responsabilidad de cada uno de los culpables en el funesto acontecimiento que ha sumido a la República en la más profunda consternación y alarma;

Que siendo un imperioso deber del patriotismo salvar la honra y prestigio del ejército nacional, gravemente comprometido en el hecho de armas que ha dado un resultado tan adverso, contra toda previsión y juicio militar, para la dignidad de la República, se hace necesario poner en práctica las nuevas medidas que las ordenanzas del ramo y las leyes penales determinen en estos casos;

Que siendo de todo punto indispensable depurar la conducta de los jefes superiores y demás responsables del ejército de operaciones, para aplicar, en consecuencia, condigno y ejem-

plarizador castigo a los que han faltado a la confianza nacional en su respectiva esfera de acción, privando a la República de las glorias que tenía derecho de esperar de sus fuerzas armadas, y a estas del premio de la victoria, de la unidad y disciplina que aún necesitaban conservar para la conservación de la campaña;

Que siendo, finalmente, de ineludible e inmediata necesidad entablar acusación formal, para los efectos de la ley penal, contra los culpables de las faltas y delitos de que se ocupan los considerandos anteriores, se resuelve:

1º Ampliase la resolución del Supremo Director de la Guerra, por la cual se manda someter a juicio al General en Jefe del Ejército del Sur General don Juan Buendía, comprendiéndose en dicho juicio al Jefe de Estado Mayor General, coronel don Belisario Suárez; a los coroneles, generales y jefes de estado mayor de cada una de las divisiones del mencionado ejército, y finalmente, a todos los primeros jefes de cuerpos de las tres armas que han tomado parte en la campaña y encuentros de armas del departamento de Tarapacá.

2º Póngase por el Estado Mayor de esta plaza militar a disposición del juez fiscal, nombrado en comisión, a todos los generales y jefes superiores de que se ocupa el artículo anterior, así como a los jefes, oficiales y demás individuos del ejército de operaciones del Sur que se presenten en este cantón y cuyas declaraciones sean necesarias para el esclarecimiento de los hechos.

Dese cuenta al Supremo Gobierno.

Arica, jueves 27 de noviembre de 1879.

L. Montero

Tarapacá, el mismo día

Ignorante de que acaban de abrirle juicio por ser indigno y mal jefe de su división, el coronel Andrés Avelino Cáceres atraviesa el campamento del *Zepita* y el *Dos de Mayo* a trescientos metros de la plaza de armas de Tarapacá, vigilando el ligero rancho de mote con charqui que habrá de sostener a sus tropas en la primera jornada por la ruta de Arica. Mientras ensillaban su caballo, el coronel aceptó el mate de coca que le ofreció su segundo Zubiaga. Al fin dueño de un tosco mapa de la región, el Jefe de Estado Mayor de la División Isaac Recabarren, discute detalles de la ruta con el coronel Manuel Suárez, jefe del *Dos de Mayo*. Sobre ambos pesa orden de prisión. Hoy caminarán a Pachica, a diecinueve kilómetros de distancia, donde ya se encuentra la División Vanguardia, con el Batallón *Puno* y los Cabitos, y cuanto queda de la Primera División, por ahora al mando del coronel Alejandro Herrera. La avanzada peruana irá hasta Mocha, doce kilómetros al nordeste, para después faldear la cordillera. Menos severo allí el clima que a través del Tamarugal, el ejército marchará por escalones a partir de las nueve de la mañana. Aunque han descansado cinco días, las tropas siguen despernadas y hambrientas.

Ya se sabe que el General Bustamante y el coronel Prado, que después del desastre de Dolores buscaron la ruta de Tarapacá y acabaron camino de Arica, habían reunido a 400 dispersos en Ariqueña, a setenta kilómetros de este pueblo, llevando a su tropa hambrienta por Camiña y Miñimiñi hasta cerca de la quebrada de Camarones. Grocio Prado y otros dos capitanes despachados en busca del Estado Mayor General, galopaban de regreso con órdenes para que la fuerza de Bustamante acopiara provisiones y protegiera la retirada que el resto del ejército emprenderá dentro de unos minutos.

El coronel Sixto Meléndez pensó que no volvería a levantarse. Luego de dormir diez horas sobre un montón de paja, palpó sus piernas agarrotadas por la violenta marcha desde Iqui-

que. El jefe de la *Columna Naval* partió con explicable sed luego de la reunión en casa de Ugarte. Nada sabían del desastre de Dolores. Ni siquiera el jefe de la Quinta División fue informado de la dispersión boliviana. A las cuatro de la tarde partieron los iquiqueños convencidos de que los aguarda un ejército de casi ocho mil aliados, al que pronto se juntarán otros ocho mil soldados procedentes de Arica. No importa perder el puerto por unos días, si es inminente la gran ansiada victoria. A pie llegaron a Molle a las diez de la noche. Un tren los llevó a La Noria donde aguardaba un desayuno de arroz y galleta. Descansaron hasta el atardecer. Ahora, a Tirana. Pero el guía se extravió y los batallones se disolvieron al salir de la Quebrada de Pasos. Sólo con el nuevo día pudieron agruparse para llegar a su destino tras dieciséis horas de caminata. Mientras devoraba la ración de cien gramos de carne, un trozo de galleta y un tazón de agua salobre, Meléndez preguntó a Ugarte si había prestado atención a los pertrechos que quedan en Molle y que seguramente pronto capturará el enemigo. El jefe del *Iquique* asintió: cuarenta vagones de ferrocarril repletos de cebada, maíz, chalona, harina, menestra, frazadas y vestuario, chassepots y cartuchos y pólvora, también manteca, rollos de alambre telegráfico, barricas de aguardiente, carbón y dinamita. Para la Quinta División no hubo más alimento el 24 de noviembre. Al ponerse el sol emprendieron una jornada de noventa kilómetros por el Tamarugal, sin agua ni víveres ni otro equipaje que sus rifles, cartuchos y frazadas. Al amanecer siguiente el coronel Ugarte supo que de nuevo andaban extraviados, ahora en medio del vasto horno sin sombra, ese desierto asesino. Viejo conocedor de la región, en cuyas sierras aún es propietario de una hacienda, su ojo experto reconoció un paraje con algarrobos petrificados y supo que aún faltaban treinta kilómetros para llegar a Tarapacá. Sin haber probado gota de agua en veinticuatro horas, esa División de voluntarios que hace ocho meses no soñaban con vestir uniforme, tuvo que continuar su caminata bajo un calor de cincuenta grados. No se detengan, no abandonen sus rifles. Más de ciento cincuenta hombres quedaron tumbados por el Tamarugal. Al mediodía apareció Huarasiña en el horizonte. ¿Dón-

de está el ejército? Nadie se acerca a auxiliarlos. Desconocen que cerca de sus desordenadas filas avanza una escogida columna enemiga. El comandante José María Meléndez, segundo de Ugarte, reunió cuantas cantinas vacías tiene la División: no llegan a treinta. Un puñado de jinetes se adelantó al trote. Tres horas más tarde volvían con tan poca agua. No la repartieron entre los fuertes. Mientras caía el sol, Ugarte y los Meléndez retrocedieron a revivir a los caídos durante la marcha. La mitad no se levantó. Comenzó a llegar la Quinta División a Huarasiña a las nueve de la noche. Nadie custodia la entrada a Tarapacá. Ni esperan a los iquiqueños con rancho o vasijas para recoger agua del río que el desierto absorbe hasta la última gota. Tu vieron que calmar su sed de bruces en la cenagosa ribera. La fatiga pudo más que violentos retortijones de hambre. Durmieron al descampado. En la mañana del 26 de noviembre aparecieron dos carretas con un breve sancocho de maíz por todo desayuno luego de tres días sin alimento. Se tambaleaban de debilidad cuando ese día recorrieron la cuesta para acuartelarse en la capital de la provincia. Con rostros asados y ampollados debieron esperar hasta las cinco de la tarde a que les señalaran alojamiento. Hora y media después el coronel Ríos consiguió distribuir a su gente cincuenta gramos de charqui de llama y otro tanto de mote hervido. El toque de diana del 27 de noviembre arrancó del sueño a tirones a los novecientos recién llegados. Entonces les dijeron que luego de un magro desayuno, tendrán que reiniciar la marcha. El ejército del Sur ha dejado de existir. A los pobres bolivianos de la *Columna Loa*, llegados con Ríos desde Iquique, se les informa que las divisiones de Villegas y Villamil desertaron, se fueron a Bolivia, y que don Hilarión Daza traicionó a todos contramarchando en Camarones.

—¿Te das cuenta? —enrojece de cólera Ugarte—. Nos ordenan dejar Iquique cuatro días después de la batalla y se guardan la noticia. ¿Por quiénes nos han tomado?

—Habrán creído que a lo mejor nos podíamos dispersar —Sixto Meléndez desacalambraba sus piernas.

—Eso digo, nos han tomado por traidores o por cobardes —Ugarte se siente ultrajado—. . . Por ahí. . . —y señala la ru-

ta que han seguido— . . . todo eso está lleno de chilenos. Hemos llegado de milagro.

—El coronel Cáceres sale por delante —Meléndez señaló el campamento—. Mejor busca algo de comer.

Ugarte pareció apaciguarse. Llevó a los Meléndez al alojamiento del coronel Ríos, que sólo pudo echarse a descansar a medianoche y aún dormía. Un perfume a dudoso café retuvo a Sixto. Hay pan serrano, sin levadura, para los jefes. Y este brebaje mezclado con habas y achicoria, todo un banquete. Mientras despierta Ríos, el coronel Ugarte salió a pasear la población.

El ojo izquierdo de vidrio, la única mirada derecha del coronel Cáceres observa a su hermano menor atareado en contar y repartir cartuchos a los sargentos del Zepita y, más allá, el vacilante aunque no tan andrajoso aspecto del Batallón *Iquique*, que durmió vecino al *Zepita*. Después reconoció a Ugarte contemplando la abrupta quebrada, sobre la que un sol serrano ahonda la alta sombra del Monte Tarapacá y del cerro Redondo. Agua de veras dulce y verdura, palomas de buches irisados, un tosco edificio municipal y una iglesia convertidas en cuartel y ambulancia, callejuelas que ha visitado muchas veces de niño: Ugarte es paisano de esta provincia, parece sorprendido porque nadie vigila el escarpado borde superior de la quebrada. El río ha taladrado un cañón que a trechos no tiene más de 300 metros de ancho, todo contenido por paredes de roca como cortadas con cuchillo, a las que se aferran malezas y aquí, allá angostos senderos por los que se puede subir de uno en fondo. Ugarte se encogió de hombros. Tal vez estén protegidos por invisibles avanzadas en Huarasiña, al comienzo de la quebrada. Saludó con una inclinación de cabeza al coronel Cáceres y retrocedió a la pedregosa plaza de armas. Un mugriento nacional con insignias de cabo, que asoleaba el muñón de su brazo derecho y cuyo rostro resulta remotamente conocido, se tambaleó a su encuentro.

—¡Señor Ugarte! ¡qué alegría verlo! ¿Se acuerda usted de mí?

—Creo que lo conozco, sí, claro. Pero no sé quién es —sonrió el coronel.

—Soy Godiño, señor Ugarte. De la aduana de Pisagua. ¿Se acuerda que lo serví a petición de don Nicanor González?

—¿Pero qué te han hecho, Godiño?! —Ugarte recuerda a un escribiente circunspecto, de gastado futraque civil y manguiillos. Tostado por el sol, esquelético, con el uniforme a pedazos y manchado de sangre vieja de pies a cabeza, el puntual Godiño parece recién exhumado de un cementerio.

—Me jodieron el brazo en San Francisco, señor Ugarte. Y combatí en Pisagua, salí de allí entre los últimos, señor, el comandante Recabarren le puede informar —sonreía orgullosamente—. No se confunda usted por este galoncito, ya soy sargento.

—¿Y tu batallón?

—Bueno, el primero de ellos desapareció en Pisagua, don Alfonso. Luego me trasladaron al *Lima* N^o 8, los famosos cabitos. Llegamos arriba del cerro, señor, dos veces le tomamos sus cañones al enemigo. Después, don Alfonso, la verdad que no recuerdo bien. Los cabitos andan por Pachica. ¿Puedo seguir con usted?

—Pediremos permiso, Godiño. Y a ver si te consigo un poco de ropa.

—Muchas gracias, señor Ugarte. Es todo un amigo... ahí va el médico de mi ambulancia, don Alfonso...

El cirujano Toribio Arbaiza venía de atender al enfermo coronel Bolognesi.

—¿Como está? —se interesó el coronel Belisario Suárez.

—Tiene sesenta y tres años —comentó el cirujano—. Se repondrá pronto.

—Hoy tenemos que salir —apretó los dientes el Jefe de Estado Mayor General.

—Mi batallón espera rancho, mi coronel —se le acercó Ugarte.

—Pues venga, le daré una papeleta para que haga recoger veinte kilos de charqui —replicó Suárez encaminándose a la casa que había convertido en cuartel general. Ignoran que el comandante Vergara, secretario del Estado Mayor chileno, había rastreado sus huellas hasta Tarapacá y que ayer se le reunió la fuerza del coronel Luis Arteaga con los regimientos *Artillería de Ma-*

rina y 2º de Línea, los Batallones *Chacabuco* y *Zapadores*, cuatrocientos soldados de caballería y dos baterías con seis krupp de montaña y dos de bronce, una expedición de casi 3,900 hombres bien pertrechados que avanza silenciosamente por las desprevenidas alturas de Tarapacá a sorprender y cercar a los deshechos peruanos que esta mañana, sin contar a la Primera División y a la *Vanguardia* acampadas a veinte kilómetros en Pachica, suman 3,046 soldados, quinientos de los cuales se encuentran en Quillahuasa, a una hora de la capital de la provincia.

Tres arrieros que salían de Tarapacá, descubrieron uniformes chilenos en lo alto de la quebrada.

El General Juan Buendía se afeita en casa del subprefecto.

Tres columnas enemigas rodeaban a los peruanos.

—¡Silencio! —ordenó duramente el coronel Cáceres. En alguna parte han tintineado armas de caballería.

Los arrieros azotaban a sus asnos al encuentro de Suárez en la plaza de armas.

—¡Chilenos, señor!

La noticia corrió con un murmullo: chilenos, chilenos.

Los arrieros señalaban la altura.

—¿Cuántos?

—¡Zubiaga! ¡que forme la división en tres columnas! ¡Y en completo silencio! —Cáceres se volvió en busca del coronel Manuel Suárez, no esperará órdenes de nadie para salir al frente del enemigo—. ¡Su batallón detrás del mío! ¡Armar bayoneta y arriba!

Si llegan antes que el *Zepita* y el *Dos de Mayo*, si afianzan sus rifles en la orilla, si los fusilan arriba abajo, si terminan de acorralarlos por Quillahuasa y Huarasiña tendrán que rendirse en masa o ser exterminados hasta el último hombre. Antes de que el Jefe de Estado Mayor General reaccionara, el *Zepita* subía en flacas columnas, de dos compañías cada una. A la derecha manda Zubiaga. Al centro, el mayor Pardo Figueroa. A la izquierda, el mayor Arguedas. El Jefe de la División despachó a Recabarren a informar de su movimiento a Belisario Suárez y a pedir refuerzos.

Despierta el coronel Ríos para beber un matecito de coca cuando aparece desencajado el coronel Ugarte: ¡chilenos! ¡A formar la Quinta División en silencio!

Veinticinco rabonas del *Zepita* subían empujando cajas de cartuchos detrás de la Segunda División.

Cuídate, hermanito. Infló pecho el joven teniente Juan Cáceres. Su hermano el coronel pasó a su lado espoleando su bestia de batalla. No temas, mi coronel, estará detrás tuyo pase lo que pase. Ni medio metro de ancho tiene este sendero. Cusqueños y ayacuchanos del *Zepita* no terminaban de subir cuando las cornetas chilenas tocaron ataque.

El teniente Telémaco Delfín acezaba cuando con un último esfuerzo salió por delante de la quebrada. Vio a cuatrocientos *Zapadores* que le apuntaban al pecho. Su momentánea parálisis desapareció con el empujón del mayor Pardo Figueroa. La columna del centro que ocupaba se abría en guerrilla cuando la descarga de cuatrocientos combalain enemigos hizo trizas la limpia mañana serrana.

El Batallón *Zepita* no se detuvo.

Acaso por ser el primero en salir de la trampa, el teniente Delfín recibió ocho tiros de pies a cabeza. Como si hubiese absorbido lo peor de la descarga, el oficial se desplomó atónito de seguir con vida. Por encima de su cuerpo saltaban soldados. Ahora retumbó la artillería chilena despedazando los filos de la quebrada.

El Batallón *Zepita* continuó su carga silenciosa.

A ciento cincuenta metros del enemigo, la guerrilla del centro hizo su primera descarga cerrada a pie firme.

—¡Columna derecha, tomen esos cañones! ¡A la bayoneta! —más poderoso que el estruendo de la fusilería, Cáceres gritaba órdenes—. ¡Corneta, ataque!

Un formidable vocerío se expandió por las filas peruanas. ¡Muera Chile! ¡a la carga! ¡Degüello, carajo! Tras el *Zepita* avanza el *Dos de Mayo*. El coronel picó espuelas pero súbitamente su caballo se fue de manos, acribillado. Cáceres se hirió contra las piedras para alzarse de inmediato, el sable aún en el puño. ¡A la carga, cabrones! ¡Armas a discreción!

Formados en batalla, los chilenos vaciaban sus rifles. El *Zepita* no se detuvo.

Un jubiloso griterío anunció que la columna derecha clavaba bayonetas en los artilleros enemigos. El último cañonazo despedazó al comandante Zubiaga. Ocupó su lugar el capitán Cruzado. Seis pasos más lejos, un balazo de wíchester le voló el cráneo. El subteniente Meneses recogió un rifle con bayoneta caída y asumió el mando: ¡a la carga! Un rumor de cuchillería explica por qué callaron los krupps. Frente al coronel Cáceres titubeaba la formación chilena. El mayor Pardo Figueroa no vio caer fulminado a su hermano Benito que mandaba la cuarta compañía detrás suyo, ni Cáceres supo que su hermano Juan se desplomaba con un proyectil en el pecho, ni quienes sobrevivieron a las descargas de los *Zapadores* sospechan que medio batallón ha caído en ese ataque que al fin rompió las líneas enemigas.

Tampoco Belisario Suárez sabe que su hermano Manuel acaba de morir en el asalto a las posiciones chilenas.

Al comandante chileno Eleuterio Ramírez lo acompaña el dudoso honor de haber comenzado esta guerra: en febrero dirigió la ocupación del interior de Atacama. Jefe de los *Cazadores*, dejó a sus jinetes en Huarasiña para atacar con mil doscientos aguerridos zuavos del 2º de Línea por el fondo de la quebrada.

A medio vestir, el coronel Ríos mueve ahora a su bisoña Quinta División a proteger el pueblo. Cáceres tendrá que aguantar arriba a los chilenos con sólo dos batallones. No importa que enfermo y deshidratado, el coronel Bolognesi se puso al frente del *Ayacucho Nº 2* y empezó a trepar las faldas del monte Tarapacá. Los cien oficiales y artilleros que Castañón pudo reagrupar después de la dispersión en Dolores, corrían a tomar posiciones en la cuesta de Visagra. Las tropas de Iquique siguieron a Bolognesi. Los *Guardias Civiles* de Arequipa se atrincheraron en las afueras del pueblo y en la plaza de armas.

La carga cuesta arriba de los temidos zuavos no se detuvo por la minúscula descarga que les dedicó Castañón. No emplean cañones, que han perdido en la desvariada caminata por las calicheras, sino cortas carabinas Henry de caballería. La fusilería

chilena remeció con su respuesta a los artilleros, a quienes se unían 32 obreros de la maestranza militar con rifles rápidamente repartidos por los mayores José María Prado y Pedro Luna.

Ramírez envió a doscientos cincuenta de sus hombres a dar cuenta de esos peruanos.

Castañón se quedaba sin balas.

Novecientos zuavos pasaron Visagra. Pero detrás de los artilleros desfiló la Quinta División con Ríos y Ugarte al mando de dos columnas que de inmediato cargaron a la bayoneta contra los chilenos que subían.

En la otra orilla de la quebrada, frente a Cáceres la columna chilena del comandante Santa Cruz efectuaba una conversión en línea, quedando cara al norte después de ser arrollada por el *Zepita*.

—¡Se acaban los cartuchos! —grita el mayor Pardo Figueroa.

—¡A la bayoneta! —replicó Cáceres.

Trepa la quebrada, mira la batalla, reflexiona en blanco, quiere hablar y no habla, sigue sin entender por qué atacan por aquí y también por el fondo de Tarapacá, ni siquiera recuerda cuántos batallones a su mando, transpira, pica espuelas, regresa al pueblo, busca a quién dar órdenes, se demora, otra vez queda solo, cambia de dirección, desea que termine este infierno, recuerda su elevado rango, vuelve en vano a lo alto de la quebrada, contempla a los muertos, se repite que estamos perdidos, piensa que a lo mejor se puede demorar un desastre inevitable, desea tener fe, pregunta por sus ayudantes y nadie responde al General de División Juan Buendía. Lo saben inútil y sin embargo se esfuerza por estar presente, se deja ver un rato por Visagra, otro rato cerca de Cáceres, al fin retorna al pueblo a ocuparse de los heridos y a refrescar su garganta, despacha baqueanos con órdenes contradictorias que los jefes de divisiones ignoran, ocupados como están en reunir fuerzas de acuerdo a coherentes instrucciones de Belisario Suárez que ni siquiera se detiene a explicar al General cómo avanza la batalla. Ni conversador ahora, ni galante, ni despreocupado teórico de las artes militares, ni necesario a nadie, ni tampoco obedecido o consul-

tado, averigua que su ayudante Sáenz Peña se ha puesto al frente de medio batallón cuyos jefes cayeron muertos y heridos, y sin su habitual séquito de edecanes y ordenanzas y amigos y periodistas en campaña vuelve a montar y a subir, regresar de ninguna parte a otra, vociferando erráticas disposiciones sofocadas por el estruendo de los disparos. Así que desmonta, llama a su lado al subprefecto y al cura y al alcalde, consigan carne y menestra, recojan carajo a los heridos, y pasea a pie por el pueblo que cruzan exhalados emisarios; hoy manda Belisario Suárez que mueve tropas por la quebrada, pide refuerzos a Pachica y Quillahuasa, organiza un fulminante contrataque en todos los frentes.

Eleuterio Ramírez embistió con el 2º de Línea hasta las puertas del pueblo. Una carga cerrada de los *Guardias de Arequipa* lo contuvo antes de la plaza de armas. Paredes, callecitas, atrio, río, carretera, todo quedó manchado de vísceras y sangre. La vida retumba por las orejas del guardia Mariano Santos mientras avanza agujereando la mañana con su largo chassepot armado de bayoneta. Abejorrear disparos cerca, encima, al costado suyo. Parte del enemigo intenta reunirse a sus camaradas que combaten en la altura, pero los más obstinados siguen atacando el pueblo. ¿Cuántos saltos más sobre la tierra caliente y sucia, cuántas respiraciones? Galopa con sus ojotas, dispara a quemarropa, corta y hunde su bayoneta y golpea con la herrada culata y se revuelve rabiosamente de pronto solo ante el joven oficial dueño del estandarte enemigo, quitárselo, eso es todo lo que importa, adueñarse del pabellón de los altivos zuavos. Santos estira sus músculos de veinticinco años y embiste esquivando la espada del oficial mientras en derredor suyo vuelven a chocar tropas demasiado próximas para disparar sus rifles. El abanderado chileno gimió. Aquella enorme bayoneta asomaba por detrás de sus pulmones. Mariano Santos contempla el grueso surtidor de sangre que brota a pulsaciones, recoge el estandarte. Después gritó con voz que le salía desde el comienzo de la vida, ya es nuestro carajo, viva el Perú, y mostró el estandarte salpicado de sangre a todos sus camaradas. Un solo aullido contestó a Santos y los *Guardias de Arequipa* arremetieron a la bayoneta despedazando a los chilenos.

Un minuto después de haber ordenado ataque, un balazo hirió el rostro del coronel Ríos. Sin embargo siguió al frente de su División. Le chorreaba sangre por el cuello hasta empapar el uniforme, pero el proyectil apenas ha rebanado una mejilla, se amarró el rostro con un trapo para continuar en combate. Gendarmes de Tarapacá, bolivianos de la *Columna Loa*, Guardias Civiles, *Columna Naval* y Batallón *Iquique* atacaron desde la izquierda a los chilenos que hace un rato escalaban la cuesta para liquidar a Castañón. Artilleros sin artillería, habían soportado el primer choque con el enemigo perdiendo a la mitad de sus hombres. Ahora se unieron a la vociferante ofensiva que echa abajo al enemigo.

El resto del 2º de Línea la pasaba mal entre Tarapacá y la cuesta de Visagra. Rechazados del pueblo quisieron envolver al Batallón *Ayacucho Nº 2* que sale a combatir al mando de Bolognesi. Pero el viejo coronel ganó la altura a la vez que acortaba distancias para de inmediato embestir de flanco a los chilenos. Ahora se tiroteaban a cincuenta, a veinte metros, emboscándose tras pircas y en casuchas y chacras. Aunque acorralado, el enemigo resiste bien. Desde invisibles troneras, no menos de setecientos veteranos zuavos frenaban con sus descargas de acertados combain los asaltos peruanos. ¿Qué hacemos, mi coronel? ¡Carajo, si por lo menos tuviésemos un cañón!

Las ensangrentadas bayonetas de la Segunda División persiguieron cinco kilómetros a los chilenos en fuga por la altura derecha de Tarapacá. Cáceres ordenó detenerse a sus hombres en el sitio donde el enemigo había vivaqueado. Después del registro, el soldado Durazno se le acercó con una mula del cabestro. Llevaba silla de mujer.

—Seguro perteneció a una cantinera, mi coronel, espero que no le importe...

—Gracias, Durazno.

—...le cambio de silla ahorita, mi coronel.

La mirada de Cáceres pasea rostros exhaustos.

¿Nadie tiene un poco de agua?

¿Juan? ¿Dónde está su hermano Juan?

No se atrevían a decírselo: Juan Cáceres agoniza en retaguardia. ¿Y Zubiaga? Muerto, mi coronel. ¿Y el coronel Manuel Suárez? También murió, mi coronel. ¿Y Recabarren? Herido en la mano derecha, fue a curarse al pueblo y ya vuelve, mi coronel. ¡Mayor Pardo Figueroa! Nadie contestó. Benito ha muerto, el otro está moribundo. De su plana de jefes sólo parece quedar ileso el mayor Julio Arguedas. ¿Seguimos avanzando, mi coronel? No, claro que no. Los chilenos volverán pronto con refuerzos. A las ocho y media empezaron a escalar la quebrada y ya daban las diez. Mejor será contramarchar, acercarse al resto de su ejército, ocupar posiciones favorables en la quebrada. ¿Dónde se han metido las puñeteras tropas de artillería? ¡Cuatro buenos krupp y nadie en la Segunda División sabe dispararlos! Sus hombres cambian chassepots sin balas por combain bien pertrechados. Peruanos descalzos y semidesnudos prueban las botas de sus enemigos muertos, recogen quepís, morrales, cantimploras, frazadas y tabaco. ¡Corneta, marcha regular!

A un kilómetro de la quebrada, el coronel Suárez contempla a su hermano muerto. Despedazado su rostro por un balazo, parece que fuera su propia muerte. ¡Malditos sean, chilenos de mierda! Entonces vio reaparecer a la macilenta victoriosa Segunda División.

—Lo felicito, coronel...

Cáceres echó una mirada al cadáver de Suárez.

—Créame que lo siento. ¿Cómo van las cosas abajo?

—Bien, bien —Belisario Suárez señaló unas tapias—. Allá está su hermano, coronel. Apúrese.

La rocosa mirada de vidrio reverberó bajo el sol. La pupila verdadera parece retroceder en el rostro del jefe huamanguino.

—Vuelva con refuerzos, mi coronel. Pronto.

Por última vez el joven teniente recorrió sus ojos. Eran marrones y exactamente redondos, casi sin fondo, como si dos pequeños orificios comunicaran cada iris con el principio de su existencia y allá, al comienzo de la insondable calavera habitara un sobresalto, el miedo último, el gran tránsito desconocido. Musculosamente el coronel sostiene el cuerpo malherido acer-

cándolo a su propio pecho. Es como su propia carne llagada bajo el sol, amando ardientemente esta miseria de vida por el desierto. Claro que sí, cualquier cansancio es preferible a la partida: se juntan sus cabezas como si el de Arica no fuese también un camino sin retorno. Hermanito, hermanito. La mirada del muchacho parece pedir perdón al coronel. Acaso se había equivocado, dejarse así sorprender por lo sólido invisible, la diminuta carga explosiva que reventó en su pecho. Porque mirando la herida comprende el coronel que también el enemigo usa balas estriadas, que estallan al entrar. ¿Qué pasó, Juanito? No hay cirujano cerca, nada que haga soportable su agonía. Sin que nadie lo haya ordenado, los hombres del *Zepita* clavan rifles en el suelo y despliegan mantas para dar sombra a su jefe y al joven moribundo. Quiso explicar que prefería mirar el sol, pero su voz no llegó a la garganta. Se le licuaba el aliento produciendo una crepitación, idioma por nadie conocido. Fuera de cauce su sangre, todo a contramano. Para él nada existe fuera de ese sonido a ebullición, a último y diminuto remolino de linfa recogida por un sumidero, ni siquiera escucha los traquidos de la batalla en el fondo de los barrancos. Como si le inflamaran una carga de magnesio en la garganta, como si lo inflaran con un viento caldeado: el dolor continuo choca contra negras pausas de muerte, empieza el descanso intermitente de la nada todavía pero próxima. Se iba. De pronto demasiado lejos para que sus ojos pudieran reconocer al hermano mayor que acaricia la frente húmeda y fría, lo sorprende la oscuridad de las once de la mañana. Pedruscos, chilcales, palomas que huyen del estruendo, tierra nunca removida en las breñas andinas, industrioso zumbido de avispas horadando nidos en tapias de barro, ensangrentados colchones de paja, estos son los confines del mundo. Aquí acaba una forma como dibujada por un dedo en el aire.

Andrés Avelino Cáceres cerró los párpados de su hermano, recuperando viejas visiones que transitan por el distante contorno familiar de Huamanga. Como si llamara a su madre se encerró en sí mismo y por un vapor de antiguas primaveras llegaron mujeres a quejarse con dulcísimos acentos. Gris azul, hú-

medo cardenillo, marrón de estiércol, la lluvia chorreando por viejos patios de Ayacucho: que Dios se apiade de nosotros. Hermanito, hermanito. Soltó por fin al joven cadáver. Los curtidos hombres del *Zepita* contemplaban silenciosos. Cáceres descubrió que todo su batallón se había descubierto la cabeza.

Belisario Suárez regresaba sin compañía.

—¿Murió?

—Sí. ¿Dónde mierda están sus refuerzos, mi coronel?

—El coronel Moreno no quiere venir.

—¡Pues péguele carajo un tiro y tómese usted la tropa!

Al otro lado de Tarapacá, el capitán José Camilo Valencia observa cadáveres peruanos amontonados ante una inesperada fortificación chilena. Muerto Eleuterio Ramírez, cerca de trescientos de sus zuavos se atrincheraron en una casa-hacienda, desplegándose el resto en potreros y vaquerizas. No hay forma de sacarlos de allí.

—¿Qué te parece si les metemos candela? —propuso el capitán Rudecindo López, de los *Guardias de Arequipa*.

—Hecho —masculó Valencia—. Entraremos por ahí.

Señalaba un ángulo del edificio que los disparos chilenos no podían ofender.

El coronel Bolognesi aprobó el plan, ordenando un ataque de flanco para distraer a los defensores. Cerradas descargas golpeaban esas paredes demasiado anchas para triturar al enemigo. De hacienda en fortaleza, de alcoba en hospital, de viejo oratorio en polvorín, de vaqueriza en mortuorio, aquello es como una ciudad enemiga dispuesta a soportar indefinidamente el asedio. Mientras el 2º de Línea y el *Ayacucho Nº 2* se tiroteaban desde cada vez más cerca, por la izquierda los arequipeños empujaban paja seca hasta pegarla al reducto chileno. Valencia fue al pueblo y volvió con seis latas de kerosene y nueve lamparines.

Un fogonazo se desparramó por los techos de torta. Goteó el incendio en el interior de la finca mientras súbitamente se inflamaban fardos de forraje reseco hasta ahumar al enemigo. Un cristalino viento serrano avivó llamaradas numerosas. Adentro gritan de espanto. Se sancochan los heridos y a través de este humo que ciega a los combatientes se aproximan balazos

de chassepot, un enardecido griterío que anuncia a los peruanos lanzados a la carga final. El activo regimiento 2º de Línea echó a correr. Abandona insignias, heridos, rifles, cajas de munición que el fuego hace estallar. Los abiertos a tiros, los que pedían vivir, los que llamaban a gritos al cirujano se arrastran ahora más lentos que esas llamas alimentadas con kerosene. Una dulzona pestilencia a cuerpos achicharrados prevaleció sobre el picante hedor de los disparos. Ahora *Guardias de Arequipa* y *Ayacucho* trizaban al enemigo en fuga. Mientras el pánico arrastra a los chilenos de regreso a Huarasiña, el coronel Bolognesi dispuso una interminable carga a la bayoneta. En vociferante tropel desandaba el enemigo el sinuoso camino de Tarapacá, perseguido por victoriosos peruanos. Cuando el deshecho regimiento chileno apareció desbandándose por la Cuesta de Visagra, el coronel Ríos soltó a sus contenidos voluntarios a despedazar a las dos compañías aún parapetadas al fondo de la quebrada. Picó espuelas a su apreciado caballo africano el coronel Ugarte, al frente del batallón. Trescientos guardias nacionales lo siguieron cargando a la bayoneta.

Ni siquiera disparan el cartucho que espera en la recámara, o retroceden en orden, entre pausadas descargas. Al tropel aullante que arroja fornituras y armas para correr más rápido, se sumaron las compañías chilenas detenidas en Visagra. Los sobrevivientes del 2º de Línea pasaron a escape, siempre perseguidos por la División Bolognesi.

¡Alto!

De nuevo Ríos frena a los suyos. El Jefe de Estado Mayor General ordena subir al otro lado de la quebrada, a reforzar urgentemente la fatigada División de Cáceres. Por ese flanco se espera nuevo ataque enemigo.

Por delante, 226 bolivianos de la *Columna Loa* y los ciento cincuenta navales de Sixto Meléndez. Después ochenta gendarmes y ciento cuarenta guardias civiles de Iquique contramarcharon hasta el pueblo de Tarapacá para pasar a la ladera occidental.

—¡Corneta, tropa! ¡Usted, Infantas, traiga a esos rezagados! —menos de nueve meses miliciano, nunca antes coronel

o soldado, por primera vez cerca del combate y todavía a retaguardia, Ugarte no se siente del todo puesto a prueba, pero a pesar de la sedienta caminata de cuatro días, su batallón responde como hecho de veteranos. La carga llevó a dos de sus compañías casi a mezclarse con los soldados de Bolognesi. Los voluntarios de Iquique regresaban a regañadientes. Va y viene Ugarte azuzando a los suyos. ¡Vivo, vivo! Cerca de Tarapacá el hediondo incendio ensucia el mediodía. Laderas, camino, chacras, todo está cubierto de cadáveres. El sonido de otro combate que comienza, tensó la voz del coronel. Acometió por el angosto sendero hasta ponerse al frente del batallón que avanza cuesta arriba.

La poderosa columna chilena del coronel Arteaga contuvo el desbande de los *Zapadores* que seguían huyendo al Sur aunque ya Cáceres contramarchara. Al derrotado batallón que el comando chileno entrenó como fuerza de asalto y que envió por delante a la captura de Pisagua, se unían ahora seiscientos cuarenta frescos soldados del Regimiento *Artillería de Marina* y otros seiscientos del Batallón *Chacabuco* con una sección de artillería. Coincidió el contrataque enemigo con la aparición de ciento veinte granaderos a caballo lanzados al flanco descubierto de la Segunda División.

¿Dónde mierda están los refuerzos?

El coronel Cáceres calculó el poder de sus extenuados combatientes. Queda en pie menos de la mitad del *Zepita* y acaso doscientos del *Dos de Mayo*. Si nada más se atrincheran, si se dejan rodear, todo se habrá perdido.

¡A la carga! ¡Armas a discreción!

Por segunda vez en la jornada los peruanos arremetieron contra el enemigo. La primera descarga cerrada de la *Artillería de Marina* no los contuvo. Ni los nerviosos disparos de sus krupps. Ni la certera fusilería del *Chacabuco* o los vengativos balazos de los *Zapadores*.

El coronel Sixto Meléndez llegó a lo alto de la quebrada cuando los granaderos principiaban su galope. Tampoco los bolivianos del Loa tuvieron tiempo de formar en batalla. Nada más corrieron a interponerse entre Cáceres que ataca y los jine-

tes a punto de destrozar su flanco. A pie y a la bayoneta sopor-
taron la primera embestida. Un capitán, cinco subtenientes y
setenticinco soldados bolivianos cayeron en el primer choque.
También los navales sajabán cabalgaduras, desmontando grana-
deros a culatazos. Cuando la caballería chilena se reagrupó pa-
ra cargar definitivamente, se vio al coronel Meléndez muerto y
cuarenta navales degollados o malheridos.

Pero el galope chileno se derrumbó despedazado por los
trescientos disparos del Batallón *Iquique*. ¡Fuego a pie firme!
Ugarte contempla a los granaderos volviendo grupas. Otra des-
carga cerrada desmoronó a veinte jinetes. La caballería aban-
donó el campo.

—¡El coronel Ríos herido, señor Ugarte! —anuncia el ma-
yor Ballón.

—¡Estoy bien, adelante! —Ríos agita la sanguinolenta pil-
trafa de su brazo izquierdo casi rebanado por los sables ene-
migos. El jefe de la Quinta División señala el encarnizado com-
bate entre las fuerzas de Cáceres y los chilenos a los que han
empujado atrás medio kilómetro. Pero más numerosos y des-
cansados, los de *Artillería de Marina*, *Chacabuco* y *Zapadores*,
consegúan detener a los peruanos. En el violento duelo de fu-
silería, a Cáceres se le agotaban las balas.

¡A la carga! ¡armas a discreción!

Simultáneamente el balazo golpeando su cerebro y la ver-
tiginosa caída sobre el espléndido pura sangre venido de Africa:
Alfonso Ugarte rodó como muerto y sus hombres titubearon.
Pero el proyectil resbaló sobre sus huesos, arrancándole un pe-
dazo de cuero cabelludo. Creyó haber chocado contra una enor-
me piedra plana. ¿Cuánto rato sin sentido? Malezas violáceas,
pedruscos fulgurantes, todo el aire electrizándose verduscamen-
te, su propia cabeza chisporroteando, Ugarte reconoció el amargo
sabor de la sangre penetrando hasta su paladar. Se le derrama-
ba por la frente hasta tapar sus ojos. Trastabilleó de nuevo er-
guido. Limpia su mirada, observa al caballo que costó quinien-
tas esterlinas perneando con dos tiros en el pescuezo, recoge el
sable, se enfurece con sus devotos subalternos que lo querían so-

correr. ¡A la carga, cojudos! ¡A correr a esos maricones! ¡Armas a discreción!

Dos baqueanos despachados a Quillahuasa por Belisario Suárez pusieron en movimiento a la Primera División peruana. El coronel Herrera, jefe de los 380 *Cazadores de la Guardia*, está al mando accidental de toda la fuerza. Como los cuatrocientos *Cazadores del Cusco*, cuyo jefe es el coronel Víctor Fajardo, la falta de caballos había convertido a estos avezados jinetes en tropa de infantería. Después de la una de la tarde entraron en Tarapacá. Suárez volvía de visitar el encarnizado duelo entre Cáceres y Arteaga. Aunque reforzado con la Quinta División, el huamanguino sólo puede descargar repetidos asaltos frontales contra los chilenos que se van fortificando entre rancherías y tapias. Se arrastran, disparan, avanzan los peruanos a palmos sin ceder un instante, empujando siempre al enemigo. Pero cinco horas de batalla consumen a los cholos del *Zepita* y a los animosos voluntarios del *Dos de Mayo*. Suárez ordenó a los *Cazadores* que atacaran al enemigo desde abajo y por su flanco derecho.

A sable sajado, a bala desquijarado y luego perforado por el hombro y en un muslo y en fin entre las costillas de modo que ahora yace en un gran charco de sangre donde confluyen diversos e igualmente insoportables dolores, el coronel Miguel Ríos protestó porque lo alejaban del combate. Quería continuar disparando, aunque fuese de barriga, pero Ugarte mandó a sus hombres que lo transportaran al hospital. Aún fue necesario sujetarlo, porque a la fuerza pretendió levantarse. Cuando un gemido entreabrió sus dientes furiosos, el cirujano Arbaiza le administró una dosis de láudano. No tiene salvación, murmura el médico. Ríos observa la penumbrosa faz del General Buendía y como un viento marino refresca la inaguantable fiebre que lo consume. Cuatro horas había combatido cayéndose a pedazos. Tanto caminar y para qué. Para ir llegando a un fondo hediondo, el apurado abombamiento de la gangrena, a este sitio de paso que jamás sospechó sería final de su camino. Suaves sauces apenas encorvados, leves puentes hechos de troncos, tejas como dientes moviéndose sobre su cabeza cuando se posan las torca-

zas, ¿así principia el descanso? Sufría sin sufrir del todo, alejado de lo real por el potente sopor de opio y sin embargo se conserva alerta, su propio espectador sobresaltado por lo oscuro que lo avanza interiormente. La estúpida curiosidad de Buendía le causó una irritación que estropajosamente quiso expresar, a lo que respondió el cirujano mojándole labios que parecen de papel. Sí, claro, allá, los chilenos. Como un cavernoso rumor de agua, la voz del cura canturreando la extremaunción lo adorreció.

—¡Tenemos que envolverlos! ¡Ahora! —Cáceres intuye el insoportable cansancio de sus hombres.

—Deme el *Dos de Mayo* para flanquearlos —herido de un balazo, curado de prisa y vuelto al frente, Recabarren oía a los cusqueños de Fajardo abriéndose paso a tiros por el costado chileno.

—Que ataque hasta el último hombre —Cáceres infló su poderoso pecho con el pestilente aire de batalla—. ¡Corneta! ¡a degüello!

—¡Viva el Perú!

¡A degüello! ¡a vida o muerte! ¡A todo o nada ahora mismo! El sonido de las cornetas espantó al enemigo. Los peruanos se avientan por toda la línea y por los flancos a la bayoneta, a pecho abierto, a morir qué mierda. ¡A degüello! Cáceres los envolvía por la izquierda, sacándolos de sus escondrijos a punta de cuchillo. El *Zepita* se dio la mano con los *Cazadores del Cusco*. Más allá cargaron juntos el *Iquique* y los *Cazadores de la Guardia*. La arremetida final deshizo filas chilenas. ¡A degüello! La columna de Arteaga se desordenó retrocediendo a la altura de San Lorenzo, como si allí quisiera resistir a tan furiosa infantería. Silbantes muertes surcan el aire en demanda del corpulento coronel que ordena a la carga, a la carga, a la victoria o a la muerte. Los ejércitos se acometieron con ferocidad definitiva. Unos a otros se clavan la bayoneta y se disparan a quemarropa. A cuatro, a tres pasos se fusilan, se degüellan, se mutilan y aplastan a culatazos. Si nadie retrocede, si ninguno se da por vencido, aquí morirán todos.

Siete horas después de empeñar combate, el coronel Andrés Avelino Cáceres supo que había vencido. Los chilenos huían al sur. Como en la mañana, muchos arrojan rifles y mochilas para salvarse rápido.

Las tropas de Bolognesi habían dispersado al 2º de Línea y a los 270 *Cazadores* de refuerzo estacionados en Huarasiña. Luego de capturar dos cañones más, los hombres del *Ayacucho* N° 2 y el *Arequipa* echaron al enemigo hasta la pampa del Is-luga.

Por el horizonte aparecían el Batallón *Puno* N° 6 y los Cabitos llamados por Suárez desde Pachica. Tres descargas de fusilería apuraron aún más la derrota chilena. Desde Huara-siña, los artilleros peruanos se entretuvieron disparando los ca-ñones krupp contra sus dueños.

Ganamos. Cáceres contempla la inmediata desolación que lo rodea. No se sintió con fuerzas para enfriar el entusiasmo de sus más jóvenes oficiales. Ganamos qué. Si seguíamos jodidos, peor ahora que antes. Con sólo cinco cartuchos por cabeza, con trescientos heridos propios, sin provisiones ni indispensables me-dicinas. Ahora a desandar el camino en una dirección triunfan-te y en otra al rápido atardecer bajo el cual contabilizan las tre-mendas pérdidas humanas de esa batalla. Si tuviesen caballe-ría, habrían tomado no menos de mil quinientos prisioneros. Mu-las o asnos servirían para recoger espléndidos comblain regados por todo el campo de batalla y por la pampa. Y para arrastrar esos ocho krupp, seis de los cuales son modelo 1878. Mierda, si hubiese un buen general al frente. Vamos, muchachos. Los vivos a seguir viviendo. Aquí, allá, las rabonas husmean des-hechos campamentos chilenos con sus mochilas alineadas, cajas de flamantes municiones francesas todavía sin destapar, sus bu-enas tiendas de lona inglesa sin desplegar, sus cantimploras ale-manas colmadas de agua salitrosa o de fuerte vino del sur. Des-filaba el *Zepita* a las seis de la tarde en busca del pueblo que purpureaba iluminado oblicuamente por un sol que los vapores del Tamarugal hacen crecer como un ojo pegado a una lupa. Grande y oscuro sol, casi color borgoña, opaco sol: Cáceres lo miró rencorosamente. Vete de una vez, acaba con este día. Una

violenta jaqueca latía por las sienes del coronel. El rango obtenido a lo largo de una vida en la punitiva milicia provinciana, con sus querellas civiles y sus batallitas sin importancia, se había transformado en otro que pocos pueden compartir: rango de vencedor ante un enemigo verdadero. El confiado sosiego de haber combatido de pecho a los fusiles adversarios y estar de vuelta, de haber sido más fuerte que el miedo, más hombre que nadie, lo sostenía en esta hora de súbita decepción y amargura. Ganamos qué, carajo. Cómo arrastrarán los cañones capturados, cómo se llevarán a sus heridos. Muerto Zubiaga en vano, también Juanito y Pardo Figueroa. Muertos todos para seguir retrocediendo. Los chilenos han de volver en masa, a tomar venganza. Si pudiese recoger todo el armamento enemigo, su parque y provisiones, su excelente artillería, si lo dejasen reunir a lo mejor de los batallones nacionales y evaporarse unas semanas a la cordillera, volvería Cáceres con una fuerte columna a atacar a los chilenos por retaguardia. No importa la pausada autoridad que desde hoy habita en el vencedor de Tarapacá, carecía de mando decisivo. Todos obedecieron sus órdenes a la hora del peligro supremo. Ha sido el más fuerte, el número uno. Ahora, de lento regreso a la capital de provincia, vuelve a ser coronel a secas, ni siquiera el más antiguo. Ganamos qué. La vida, muchos. El honor, hasta los muertos. Pero de ningún modo la guerra. Recuerda la alegría del niño persiguiendo mariposas blancas por la campiña ayacuchana. Esa misma criatura lo acompañó hasta la guerra con jóvenes galones de teniente, sólo para llegar a destiempo de la victoria, a esta mala hora del proyectil incrustándose en el pecho. Ganamos qué, Juanito. Tendrá que darte apurada sepultura. Los muertos a morir. ¿Tú crees que lleguemos, mi coronel? Respetuosamente lo llamaba mi coronel a todas horas, como si jamás lo hubiera subido a su regazo. Porque en las confusas, contradictorias proles ayacuchanas, de potentes padres a quienes dos o tres consortes no bastaban, para aquel niño su hermano Andrés había sido héroe mucho antes de 1879: era el invicto peleador, hondero capaz de derribar a una torcaza en vuelo, el enfrenador de chúcaros, el mejor de todos. Juan lo creía inmortal. La milicia añadió ci-

catrices a su rostro de facciones tan definidas que parecían acuchilladas, hechas a punta de navaja en su pellejo curtido por una perpetua intemperie. ¿Crees que ganemos, mi coronel? Juan Cáceres necesitaba de la convicción de su hermano mayor. Porque él solo no bastaba para vencer en una batalla. Y el coronel asentía, falto de palabras para explicar cuánto le hubiera querido enseñar. Había que aceptar la muerte y a la vez esquivarla, proponérsela al enemigo como única alternativa y no ceder, es decir, morir furiosamente a la primera equivocación, rodeado de hombres dispuestos a lo mismo, hasta averiguar si tu enemigo es capaz de igualarte. Tenías que atacar primero, no importa el tamaño del adversario, e ir de frente a la garganta, de modo que supieran que sólo matándote primero te podían detener. Y de qué te sirven ahora fusiles o cañones, qué podrá apaciguar tu espantado rictus, qué hazaña imposible reuniría piel y sangre de regreso a la idea original. Balbuceante pequeño que perseguía mariposas, creyendo posible la amistad con los insectos, lejana ingenuidad de sus ojos puros, mi hermano muerto. Y después: la noche gimiente, la pesadilla que no acaba. El coronel esquivo cadáveres, tropieza con cuerpos velozmente endurecidos, helados semblantes a la azulada luz de una luna casi llena, salpicada de cacarañas visibles desde esta transparencia andina, un aire pestilente a carne pero bruñido. Caminos, malezas, chacras, todo lleno de quietos racimos humanos. ¿Quiénes no volverán? Ni siquiera conocen cuántos han muerto. Hoy desayunaron mote con charqui entreverados con los sobrevivientes y aún no se sabe sus nombres y apellidos. Los muertos se han arrasrado por aquí, dejando una huella de tripas y sangre, o se han revolcado en su agonía sin agua ni camilleros, o han clavado sus uñas en la tierra para huir unas pulgadas o como metiéndose dentro. Y han expirado unos sobre otros, rostro contra rostro entre enemigos, escupiéndose el aliento que termina, odiándose con la última mirada. Pero la noche también se llenaba de lamentos. Los que no han terminado de morir, piden ayuda. Caídos en hoyos, derribados tras tapias impenetrables suplican unos sorbos de agua o el algodonoso sueño de caritativos opiáceos o la extrema generosidad del tiro de gracia. Siguen mu-

riendo con humeantes tripas que pueden tocar con sus manos y también fracturados, o sumidos en el pausado desmayo de largas hemorragias y del norte o del sur se acercan visiones de hijos detenidos en la edad del adiós, lactantes cuyas voces ya no conocerán, tibias carnes y respiraciones a las que infectaron con el milagro de la vida sólo para abandonarlas a su suerte a mitad de un siglo inhumano y terrible. Los feroces combatientes de hace un rato se apagan entre súplicas y quejidos, invisibles para las fatigadas tropas que arrastran los pies en busca de Tarapacá. Peruano o chileno, nadie será auxiliado durante esta noche.

Felicita a jefes y oficiales, se acerca con una pierna y una cabeza de carnero a los chilenos capturados durante la batalla, compone su uniforme, convoca al alcalde, pregunta la posición exacta de sus divisiones, opina que es necesario pasar inmediata revista de comisario, vuelve a visitar con doliente expresión al coronel Ríos, solicita un lamparín y papel y pluma, tinta de la escuela para escribir una proclama, destruye tres borradores, acepta un café y unos sorbos de plebeyo coñac "Guardia Urbana" obsequiado por el burgomaestre, pasea el pueblo, sonrío a los soldados que vuelven, pregunta al Jefe de Estado Mayor General qué sucedió, dice que todos se portaron como valientes, examina el estandarte arrebatado a los zuavos, exhibe numerosos gallardetes chilenos, indaga por sus ayudantes, recomienda al cura una misa mañana temprano, está de acuerdo en que deben retirarse pronto de Tarapacá, al fin siente que ha vencido una vez en la vida el General de División Juan Buendía.

En crudo cosieron la cabeza del coronel Ugarte.

No hay rancho para los vencedores.

Ni un reseco trozo de charqui de llama, ni un puñadito de cancha, ni un pedazo de galleta, ni un caldo de habas y papas, ni un cocimiento de hojas de coca: nada calienta el estómago de los sobrevivientes que deben ir por compañías a llenarse de agua con el rostro hundido en el río sanguinolento.

Después se supo cuántos han caído desde las ocho y media de la mañana. Muertos un coronel, dos comandantes, dos mayores, seis capitanes, dieciséis tenientes y subtenientes. Y mal-

heridos dos coroneles, dos comandantes, ocho mayores, diez capitanes, siete tenientes y catorce subtenientes. Muertos 236 peruanos y 337 heridos y 76 desaparecidos. Tomaron 59 prisioneros al enemigo. La fuerza que los atacaba por sorpresa hace trece horas, se ha dispersado luego de sufrir 758 bajas.

Al menos enciendan fogatas para calentarse. No hay temor de otra batalla por ahora. La división de Justo P. Dávila vigila la pampa de Isluga.

Al principio del combate éramos escasamente 3,000 hombres de infantería, batiéndonos con una fuerza de 5,000 dotada de las tres armas y provista de todos los elementos de guerra, escribe, relee, se muestra satisfecho, sonrío el General Buendía.

Sólo hay seis mulas en todo Tarapacá, qué quiere usted coronel, que llevemos esos cañones a pulso hasta Arica. Suárez contiene un gesto de impaciencia. No le pidan milagros, suficiente ha sido acabar vencedores este 27 de noviembre. Con ronca voz el veterano Bolognesi protestó. ¿Quiere usted decir, mi coronel, que vamos a abandonar esos krupp tan valiosos?

Y también dejarán a los heridos que no puedan caminar o resistir la terrible marcha que los espera: seiscientos kilómetros por la cordillera o curvándose por el desierto para evitar toda aproximación del enemigo.

Escuche, mi coronel, aquí no hay rancho y donde vivaquearon los chilenos se puede recoger raciones secas para cuatro días. También Cáceres habla con voz ronca, la garganta adolorida por siete horas de proferir órdenes tonantes. Hemos perdido nuestra propia impedimenta pero es posible reunir acaso mil abandonadas mochilas enemigas. Hasta una ambulancia militar quedó intacta cerca de Huarasiña. Varios centenares de rifles combain o grass de repetición, cofres con municiones y explosivos, necesarios quepís con tapacuello, carpas y cantinas conforman el rastro dejado por los vencidos. Y el peruano es un ejército de mendigos, sin botas ni chaquetas ni víveres. Los batallones mejor provistos tienen quince cartuchos por cabeza y hay cuerpos que ya sólo podrían combatir a la bayoneta. Era responsabilidad del Estado Mayor General recoger cuanto pudiera serles útil para emprender después la retirada.

¿Es posible que sólo queden seis mulas? ¿Qué se hizo de la esforzada caravana que partió de Pozo Almonte?

En estas condiciones hemos alcanzado la victoria, poniendo al enemigo en vergonzosa fuga, sigue escribiendo, fuma un partagás, rasca su barbilla, se siente a salvo del desastre de San Francisco el General Buendía. Nuestras armas vencedoras han comenzado la reparación que nos debe Chile por sus injustas agresiones; el triunfo acompaña a la justicia y el honor militar a nuestro ejército.

Los jefes reunidos en consejo escuchan en respetuoso silencio al coronel Cáceres. Los chilenos en fuga tardarán al menos dos días en encontrar al resto de su ejército. El mando enemigo no sospecha su derrota. Es tan difícil para ellos como sacrificado para los peruanos moverse por el Tamarugal. Hay que descansar, pasar rancho, recoger a los heridos de ambos bandos, dar sepultura a los muertos. Con su propia maltrecha División provista de armas y abundantes cartuchos enemigos y los ocho krupps manejados por artilleros nacionales, Cáceres promete detener en este desfiladero a todo el grueso del enemigo, si se presentaba inesperadamente, hasta que el resto de las divisiones peruanas se haya alejado ordenadamente por la ruta de Arica.

Suárez no dijo ni sí, ni no. Ahora, a descansar. Mañana decidirán cuándo partían. Gracias por su consejo, caballeros.

Las tropas dormían con quietud de difuntos. Gruesas fogatas calientan a los agotados trapientos vencedores que desde la víspera sólo comieron un poco de mote con charqui.

Media hora antes de medianoche, se propagó la orden sorpresiva: ¡en marcha! ¡Chilenos en la quebrada!

Cuando Cáceres salió de la habitación de adobe donde dormía, las tropas rompían a golpes los chassepots sobrantes. Un animoso pelotón conseguía desbarrancar dos krupps tomados al enemigo.

¿Chilenos en la quebrada? ¿Y no ha dado aviso la gran guardia establecida en las alturas? ¿No se oyó un solo disparo de la *Vanguardia* dejada al comienzo de la quebrada y frente a la pampa de Isluga?

Orden de arriba, mi coronel. Ya desfila ebria de sueño la División Bolognesi. Ahora escoltado por ayudantes y algunos jefes, Buendía parte a caballo en demanda de Pachica. Dirige la retirada Belisario Suárez, cuya súbita inquietud convenció a Cáceres de hallarse verdaderamente en peligro. El *Zepita* tuvo tiempo de cambiar exhaustos chassepots por complains, aunque faltó tiempo para recoger todos los cartuchos que quisieran. Muchos de sus hombres cargan dos y hasta tres rifles a la espalda. Pero a la tropa de Bolognesi se le agotaron las balas y Fajardo informa que a su batallón le quedan menos de seiscientos tiros. Este ejército ya no tiene cómo defenderse de otra sorpresa. ¿No se enviará exploradores antes de apurar la retirada? La idea de la insubordinación tentó a Cáceres. Sin embargo ordenó a sus batallones que se levantaran.

Tres mil ochocientos vencedores de Tarapacá emprendían de noche y en ayunas el interminable éxodo en busca de Arica. A la raleada y temerosa población civil de Tarapacá, que volvía de los cerros cuando terminó la batalla, se encomendó el cuidado de los heridos que yacen en la iglesia y la municipalidad, también la búsqueda de sobrevivientes cuando el sol ilumine de nuevo las breñas. Pero esos agricultores a quienes habían confiscado alimentos y ganado, se esfumaron hacia la sierra tan pronto el último batallón peruano abandonó el pueblo. Atrás quedaban los héroes que no pueden caminar debido a sus heridas, seis cañones, casi setecientos cadáveres insepultos. En tan precipitada movilización estimulada por el falso aviso que un arriero sopló en las orejas del Estado Mayor General, se olvidaron de dos cajas de cartuchos rémington y de los escasos víveres reunidos para el próximo desayuno.

A la una de la mañana sólo se oía la quejumbrosa voz de quienes agonizan en el pueblo. Acompañado por tres rabonas y una lugareña a quien conocen mejor como la *Arequipeña*, el cura paseó por el insoportable bochorno del hospital. Se ataca la estertorosa respiración del coronel Ríos mientras el asustado sacerdote se hinca de rodillas a rezar con su pequeño crucifijo pegado a los labios. Después se incorporó como alumbrado por un recuerdo salvador.

—Oye, *Arequipeña*, ¿has oído hablar de un médico inglés que se llama mister Eck?

—Sí, padre. Vivía en La Noria.

—Tienes que traerlo. Hay que ayudar a estos desgraciados.

—No se preocupe, padre. Yo volveré con el gringo.

Lo que ha sido la primera campaña y lo que debe ser la segunda

*(Editorial de "El Nacional" de Lima, el
29 de noviembre de 1879)*

En el corto espacio de 40 días ha ido muy lejos el triste itinerario de nuestros desastres y los días 8 de octubre, 2, 19 y 20 de noviembre, recordando las fechas nefastas de Angamos, Pisagua, San Francisco e Iquique, llevarán a la posteridad en los bronce de la historia, todo este cúmulo de desgracias:

La pérdida de nuestro poder marítimo;

La pérdida de nuestros mejores blindados;

La pérdida del contralmirante Miguel Grau y nuestros más dignos marinos;

La pérdida de la campaña naval;

La pérdida de Pisagua;

La pérdida de su fortificación y artillería;

La pérdida de muchos de nuestros soldados, nuestros heridos y prisioneros;

La pérdida de una vía férrea militar de 50 millas, con las importantes posiciones del Hospicio, de Dolores, Santa Catalina y Agua Santa, y entre medio de éstas, la inexpugnable y estratégica altura del cerro de San Francisco;

La pérdida de nuestros parques, armamentos y cañones;

La pérdida de la primera campaña terrestre;

La pérdida de Iquique con sus fortificaciones, artillería, ferrocarril de 56 millas y telégrafos;

La pérdida de Patillos con sus ferrocarriles y telégrafos hasta Lagunas.

Todo esto quiere decir que hemos sufrido:

La pérdida de nuestro territorio hasta el grado 19;

La pérdida de más de 1,800 leguas cuadradas de la superficie del Perú;

La pérdida íntegra del departamento de Tarapacá;

La pérdida de cerca de 200,000 habitantes de población;

La de nuestros ferrocarriles y telégrafos por cerca de 200 millas, importantes más de 20 millones de pesos fuertes;

La pérdida de los tres puertos Patillos, Iquique y Pisagua y sus correspondientes caletas;

La pérdida de 20 millones de pesos fuertes en oficinas salitreras;

La pérdida de 2,800 millas de terrenos salitrales, importantes 28 millones de libras esterlinas, o sean 140 millones de fuertes;

La pérdida de nuestras rentas de guano y salitre, importantes, libremente, 10 millones por año en metálico, y en fin...

La pérdida de la integridad y los más caros derechos del Perú como nación independiente y soberana.

Por todos los poros de nuestro organismo mana la sangre de nuestra vergüenza y del vilipendio que un puñado de funcionarios indignos por su ineptitud ha echado sobre la República.

¿Por qué antes no asesinaron a todos los patriotas, si desde el principio no se sintieron con la competencia y el coraje necesarios para defendernos del enemigo extranjero?

¿Por qué no nos mataron de cualquier modo, dándonos la felicidad de la tumba antes que concedernos la existencia mísera de presenciar Angamos, Pisagua, San Francisco e Iquique?

¿Por qué, si no podían ni tenían aliento para defender la patria, no dejaron a los valerosos, a los fuertes, a los capaces la sublime tarea que aquellos sabían que no habían de cumplir?

¿Por qué durante ocho meses no hacían más que recibir de las cajas fiscales más de veinte millones y de la fortuna privada más de 10 millones, si estaban convencidos de que tan cuantiosos sacrificios del Estado y de la nación habían de ser ociosos, estériles e infecundos en sus manos trémulas por la debilidad, como en su corazón agobiado por el miedo y el terror, al más vil de los imaginables invasores?

¿Por qué tomar bajo su responsabilidad, con la vida de 10,000 de nuestros hermanos y nuestros hijos, la suerte futura de la patria para manchar, como única solución, nuestros estandartes y humillar y revolcar en tierra, como único resultado, nuestras armas, y cubrirnos de luto, de sangre y de vergüenza?

Preciso es que el mundo entero sepa, después de la primera jornada de nuestros actuales desastres y antes de que comencemos la segunda pero muy terrible campaña de verdadera defensa de nuestra Patria, quiénes han sido los que desde el principio de la guerra nos han conducido al abismo de Pisagua y de San Francisco, con los escándalos, las insubordinaciones, los errores manifiestos, los extravíos y las debilidades, las miserias y hasta las más ridículas truhanerías, si así pueden calificarse ciertos actos incalificables en la política y en la administración.

Vamos a decirlo con la suprema franqueza que la verdad nos reclama en esta también suprema hora de agonía, con la resolución incontrastable de sufrir hasta la muerte misma en las manos de cualquier alto o bajo pretoriano; pero con la conciencia de cumplir el deber hasta el caso de que, con nuestro ejemplo, si preciso fuere, aquellos aprendan a morir como han muerto, como mueren y morirán siempre los buenos y los patriotas, los que legamos nuestra venganza a la República, recomendamos a la historia el veredicto de nuestros sacrificadores y sucumbimos sin otra esperanza de fundar los estímulos más nobles y los ejemplos más dignos.

Muchas páginas tiene el proceso de nuestras desgracias durante la guerra extranjera, y nuestro país comprenderá que no vamos hoy por hoy a escribir tan negra historia, sino solamente a formar los apuntes de la conducta de los que nos han defendido en los altos puestos de la dirección de la guerra y del Go-

bierno de la República, como en las altas clases militares de nuestro ejército.

Cuando el Presidente de la República, General don Mariano Ignacio Prado asumió la dirección de la guerra, y el 16 de mayo, con denuedo aparente, emprendió su marcha saliendo del Callao para el sur, la República entera y todos los hombres pensadores no dudamos un solo instante en la firme creencia de que el General Prado iba a constituirse en el verdadero centro directivo del orden, la moral, la disciplina, el mantenimiento y conservación tanto de nuestro ejército como del ejército aliado, el cual creíamos que inmediatamente fuese a ocupar las márgenes del Loa, siendo, como era, el más grande de los deberes del Presidente de Bolivia ser el primero en el asalto a los enemigos para reconquistar y vengar los tres asesinatos impunes—el de Calama, el de Caracoles y el de Antofagasta—, el latrocinio del guano y el de los salitres de Bolivia, y para purificar su patria con la sangre de los enemigos, de la inmensa profanación de su territorio.

No se hizo esto: el General Prado se estableció permanentemente en Arica y Tacna, entregó el mando del Sur al General Buendía y de este error fue el resultado del grande escándalo de la más punible reyerta entre el General en Jefe, jefe de Estado Mayor General don Pedro Bustamante, el General Manuel González de la Cotera y el prefecto del departamento coronel don Justo P. Dávila.

¿Cuál fue el resultado de esta gravísima falta, de esta anarquía de los altos defensores de la República delante del enemigo extranjero, delante de los bloqueadores de Iquique, delante de los que nos invadían en Quillagua? ¿Fue acaso el sometimiento a un consejo de guerra de los culpables, fue acaso la destitución de ese General en Jefe que abría la campaña consintiendo en la relajación de la disciplina militar, porque los relajadores eran oficiales generales o llevaban sobre sus hombros las encarnadas charreteras de generales del ejército?

No ciertamente. Contentose el General Prado con mantener en su puesto al primero, a quien debía haber destituido, esto es, al General en Jefe Juan Buendía; contentose con remitir a Lima

a las órdenes del Gobierno a los generales Bustamante y La Coterá para que aquí fuesen destinados en el mando de otras divisiones de la Reserva, y contentose, en fin, con trasladar al coronel Dávila al mando de una división llenando su vacante de prefecto con el general don Ramón López de Lavalle.

Ha sido así como el Director de la Guerra, el General en Jefe del ejército peruano y nuestros generales jefes de divisiones abrieron la campaña terrestre, y de hechos semejantes, suficientes para alentar mayores impunidades, los verdaderos patriotas, los espíritus reflexivos no podían menos que deducir y presentir fúnebres y desconsoladoras consecuencias.

¿Cómo había de ser posible el austero deber de triunfar de los invasores si no podíamos triunfar de nuestras propias debilidades para mantener la disciplina, y lejos de esto sucumbíamos premiando la insubordinación?

El Director de la Guerra, como el Supremo Gobierno no sólo descuidaban los grandes deberes que la situación imponía a los grandes dignatarios del Estado, sino que tratando la guerra extranjera como ruin guerra civil, no se han contraído a otra cosa que invertir todos los millones que han recibido de los fondos públicos en necesidades frívolas y aparentes, en dar colocación a compadres y amigos en puestos y destinos superiores a sus facultades, y en perder lastimosamente un tiempo precioso que debería haberse consagrado al aumento del ejército hasta el pie de 50,000 soldados, al aumento de nuestros armamentos en la correspondiente proporción y al aumento de nuestra escuadra hasta ponerla en estado de rivalizar con la escuadra enemiga.

Nada de esto se ha hecho y ni siquiera preocupado al Director de la Guerra ni al Gobierno, que arrostraron impávidamente delante de la América y del mundo la alta responsabilidad de la defensa del Perú y de Bolivia; por el contrario, desde el mes de abril hasta el mes de julio, en que se instaló el Congreso, hemos sido sucesivamente engañados con frases de doble sentido, con palabras indeterminadas y con monosílabos misteriosos para alimentarnos con la esperanza de que habíamos adquirido poderosos buques de guerra, muchos millares de rifles

y millones de cartuchos y aún recursos metálicos cuantiosos para mantener una guerra de dos años.

Bien pronto el cinismo, la hipocresía y la mentira disfrazados con el purpúreo manto del patriotismo, cayeron postrados, como caen los fanfarrones y los charlatanes en la primera re-friega con la verdad y la realidad de los hechos.

Y bien sabe el país a esta hora en que debe habérselo dicho a cada uno de sus diputados hasta en los más recónditos y apartados pueblos del territorio; bien sabe el país que habían sido falsas e inicuamente mentirosas las esperanzas de nuevos elementos marítimos que se le hicieran concebir, como había sido falsedad y mentira que tuviésemos en el mes de junio, en el Loa, un ejército nacional de 14,000 soldados; como había sido falsedad y mentira que tuviésemos en Lima 12,000 hombres de reserva; como había sido falsedad y mentira que hubiéramos adquirido 30,000 rifles y 10 millones de cartuchos; y como había sido falsedad y mentira que pudiéramos disponer de recursos metálicos para dos años de guerra.

Y bastaría saber que en el ejército de Iquique apenas se han encontrado 8,000 soldados el día de una batalla, que ha sido preciso el 2 de noviembre en Pisagua para que el ejército de Lima llegara al pie de 10,000 hombres; y bastaría saber que todavía, cuando el ejército chileno, después de invadir y acampar en la línea de Pisagua, se ha venido a acabar de municionar los parques del Sur, lo que ha dado lugar al nuevo desastre de la "Pilcomayo"; y bastaría saber que nuestros soldados del Sur, hermanos, hijos y amigos nuestros, carecían de zapatos, agua y pan, y que todo esto ha pasado y ha sucedido en tanto que se gozaba de octaviana paz en Arica y en Lima, en tanto que el General en jefe, según es pública voz y fama, se entregaba a los brazos de chilenas enviadas a Iquique para enervar y extinguir aquel espíritu octogenario; en tanto, en fin, que en Lima hemos visto cambiarse en los diversos ramos del despacho los actores serios como los gracejos y polichinelas de la más infame comedia que ha podido representarse con mengua del honor, del derecho y de la integridad de una nación digna, independiente y soberana. Bastaría saber todo esto, que está escrito en docu-

mentos públicos y oficiales y con los mismos hechos esculpidos en la conciencia de nuestro ejército y de los ciudadanos, para que el Perú entero, en masa y como un solo hombre, arrojara una eterna maldición contra los que han consentido en que Chile, el pueblo americano más vil, haga sobre nuestro territorio la amputación de nuestras más ricas provincias y de nuestras únicas riquezas fiscales, y sobre nuestra alma la amputación todavía más terrible de nuestra altivez y de nuestra vergüenza internacional.

No es esto, sin embargo, lo único que se ha hecho en perjuicio y vilipendio de la República; se quiere todavía hacer más: se quiere que el Perú, como esclavo abyecto, como siervo ruin, como impotente eunuco que apenas sirve para cuidar y entretener a una veintena de caducos, vetustos y apolillados generales, continúe entregando sus hijos, su sangre, sus riquezas, su pasado, su presente y su porvenir, su honor y sus derechos a ese mismo General en jefe, a esos mismos jefes díscolos, ineptos o desgraciados que hasta hoy lo han conducido a la ruina, continúe siendo defendido por los mismos hombres que no han sabido antes, ni saben ahora defenderlo, porque defender al Perú no es cruzarse los brazos con la sandez del mentecato después de la batalla de San Francisco, porque defender al Perú no es conmover al país con la perfidia del conspirador a las primeras noticias de nuestros desastres, y porque defender al Perú no es imponerse de hecho con el látigo del despotismo en todas las esferas de la vida administrativa, representando en unas la barbarie, en otras la locura armada, en otras la inepticia, sin otro título que la impotencia de un Luis XI de Francia y de un Carlos II de España.

Pero como no es posible romper la Constitución del Estado, que es la única arca santa que sobrenada después del más terrible diluvio; como no es posible, ni es conveniente, ni es honrado, ni es bueno matar la República para defender un cadáver, ni mucho menos cometer la infame conspiración de los parricidas; los hombres patriotas, los republicanos convencidos, los espíritus levantados, las almas dignas no pueden menos que subordinar los penetrantes gritos de su conciencia y los fuertes latidos de su corazón ante la imperiosa necesidad de que el régimen

constitucional, el orden legal se mantenga a todo evento en la persona de sus legítimos representantes.

Entre tanto se nos preguntará, y con razón, ¿qué es lo que debemos hacer y lo que haremos para continuar con más confianza, fe y esperanza en la defensa de la República? La respuesta es demasiado sencilla: lo que debemos hacer no es más que apelar al patriotismo de los que dirigen la cosa pública, que se desprendan de consideraciones personales y llamen hombres nuevos para la defensa nacional, hombres nuevos en el gabinete, consejeros nuevos en la política y fieles intérpretes en todo de la voluntad de la nación.

Si se hace todo esto, si se tiene fe en que el orden es el único fundamento sólido del buen suceso en las grandes crisis de los pueblos, y de una vez se conviene en que el más puro sacrificio es el que se hace navegando ciegamente en favor de las corrientes populares, en favor de la buena causa, en favor de los intereses supremos, de la verdad del deber, no lo dudemos, la República se salvará todavía, la República vencerá a sus enemigos, la República, en fin, podrá aprovechar los buenos servicios de los que hasta hoy hayan sido indolentes o remisos.

La hora presente impone a los jefes del Estado, el altísimo deber de llamar al Gobierno a los ciudadanos en quienes se reconoce toda la importancia que se requiere para el ejercicio de las más delicadas funciones; el día de hoy a nadie debe preguntarse cuál ha sido en política su fuente bautismal, en nadie debe verse si es cabeza o cola de león; lo único que hay que averiguar, es si es hombre de grande voluntad, si es manifiestamente capaz de desempeñar sus funciones, si está dispuesto a jurar sobre la patria la guerra más implacable contra el enemigo extranjero y si el nombramiento de un hombre, lejos de debilitar, enaltece el espíritu público y robustece la confianza de la nación.

¡Si nada de esto se hace, será al fin necesario que la nación se salve por sí sola!

Prado llama a Piérola

Por las ventanas entra, como a golpes de viento, el confuso sonido de la ciudad. Podría haber estado ausente un siglo y, ya vuelto, sentirse igual que ahora, por fin en descanso, como si esta alcoba estuviera interiormente recubierta de algodón, como si él flotara en el interior de una salobre placenta tibia. Eso es: como si nada más estar aquí, tumbado y cubierto por una sábana de holanda, fuese necesario. Lentamente prestó atención a cuanto sucede fuera de su piel. Oyó amortiguadas campanas que llaman a devociones o anuncian horas urgentes, siempre más veloces. Y rechinamientos, silbatos, chicotazos que al fin atropellan la penumbra de su reposo. Alguien gritó viva Prado bajo las ventanas y entonces se recordó General de División en derrota, Presidente de la República en crisis. Qué corta felicidad el regreso a casa. Iba a saltar de la cama y se detuvo atento a ruidos familiares. Cierta muda contemplación, el aliento de Magdalena entibiando su pecho enflaquecido por la campaña, aquella piel joven al encuentro de su cuerpo de cincuenta años, los cuatro hijos trepados anoche sobre esta cama, toda la pequeña paz contenida en cuatro íntimas paredes amistosas obraron el prodigio del sueño. El General había dormido profundamente.

Ayer se despidió con un apretón de manos del atento capitán del "Lima", mister Potts. Fondeó el vapor puntualmente a las nueve de la mañana y de inmediato subió a bordo un edecán de Su Excelencia el General La Puerta, tan gotoso últimamente que no podía rubricar decretos sino tan sólo manifestar su aprobación ante un sigiloso notario público. Compone el uniforme, cepilla todo rastro de polvo en el pecho sin condecoraciones, examina el fulgor de sus botas de caballería, se acomoda el quepís, sale a cubierta.

—Bienvenido a Lima y al gobierno, mi General —saludó marcialmente el Primer Ministro La Coterá.

—Gracias, General, un placer verlo —pasea la mirada sin mirar del todo: una fila de altos planchados oficiales lo aguar-

da en silencio. El contralmirante de la Haza, Comandante General de la Escuadra, trajo la lancha a vapor del almirantazgo para conducir a Su Excelencia a tierra. Ahora contempla el muelle dársena colmado de fardos, grúas y fuertes, el escenario de su hora más grande en aquel lejano 2 de mayo de 1866, el mismo que contempló al partir trece años después al frente de la escuadra del Perú. Entonces existían la “Independencia” y el “Huáscar” y Miguel Grau comandaba el convoy y la primera división naval. Transbordan a los refugiados a sucios lanchones mientras Su Excelencia se acomoda entre La Cotera y de la Haza y la lancha del almirante pone rápida proa al desembarcadero de piedra. Ni bandas de músicos, flores o serpentinatas esta vez. Ni guarnición presentando armas al vencedor. Ni veintiún cañonazos de saludo. Ni banderas al viento o hurras y dinamitazos por el aire chalaco. Trescientos amigos y militares han llegado en tren especial para rodear y acompañar al General Prado. Con licencia como Presidente del Perú, regresa de campaña mientras el pueblo observa silencioso, apretujándose en veredas y balcones desde el muelle hasta la estación del ferrocarril. Reconoce al coronel Nicolás de Piérola trajeado con elegante uniforme personal. Saluda a la oficialidad con la diestra en el quepís, avanza Prado a pie sintiendo la solidez del silencio. Nada de carruajes o escolta. Ahí lo tienen de cara a los chalacos y a la ausencia de sonidos. Un acongojado respeto quizá, también frialdad. Ni un aplauso, ni un silbido, ni una palabra, nada se escuchó por el puerto. Lacónicamente los corresponsales de los diarios transmitían por telégrafo: el General ha regresado.

Y después, de la estación limeña a su residencia alquilada, otra vez a pie y envuelto en el silencio pertinaz. No hay palabras livianas o dulces o suavemente verdes como esta avanzada primavera, sino sólo una visible corrosión por la ciudad, cierta sórdida ruina bajo el atardecer entre rosa y melocotón. Tantos hombres a su mando preparados para volver de la muerte y todavía. Besa a su primogénito Maximiliano, a su hijo Mariano Ignacio, a la pequeña María, al sonrosado Javier. Pero exigentes secretas conferencias lo apartaron esa primera tarde de su

familia. Es insostenible la tranquilidad interior, Excelencia, el General La Puerta acabó por tolerar una violenta dictadura ejercida por el gabinete. No hay libertad de prensa. Los civilistas han retirado su apoyo al gobierno. Crece la adversa popularidad de Piérola. Es preciso licenciar definitivamente a los actuales ministros y gobernar con uno u otro movimiento político, con el Partido Civil o con Piérola. Absorto en el recuerdo de la guerra, el General Prado pareció atontado por todas las intrigas que le saltan ávidamente. Dentro de siete meses entregará el mando a un nuevo presidente elegido por los peruanos. Mientras tanto es preciso concentrarse en devolver su fuerza militar y naval al país antes de que sea demasiado tarde. Los chilenos apuraban la conquista.

Esa noche durmió ocho horas. Magdalena le sirvió personalmente desayuno en su alcoba. Después se bañó y vistió el uniforme. En el recibo aguardan sus ayudantes y secretarios. Más tarde irá a conversar con La Puerta. Antes quería sostener una entrevista decisiva.

—Timoteo —se dirigió a su ayudante Smith— . . . diga usted a don Nicolás de Piérola que deseo entrevistarme con él. . .

—Sí, mi General —el comandante pareció sorprendido.

— . . . Que haga el favor de visitarme aquí, si es posible en la mañana.

Editorial de "El Comercio"

(Día 29 de noviembre de 1879)

La ridícula y grosera dictadura de treinta días, levantada sobre los despojos de un espíritu que se extingue, ha desaparecido entre las tinieblas de la noche para ocultar mejor su impotencia y su oprobio.

Hoy vuelve el país a la altura de su dignidad constitucional, entregando la dirección de sus destinos al que viene a asumir el poder en nombre de la Constitución ultrajada, para reparar con diligencia los desastres que nos han hecho sufrir en el Sur, la ineptitud de un general y la defección de aquellos por quienes exponemos hoy nuestro porvenir y nuestra fortuna.

Ya era tiempo de que la enérgica voluntad del país, elevándose a la altura de los desastres experimentados en la guerra y de los peligros preparados aquí dentro, asumiera una actitud digna de su virilidad, imponiendo respeto al enemigo, aprestándose con actividad eficaz para la defensa; y espantando en el interior, las ambiciones criminales que se desencadenaban para consumir su ruina.

No habrá en nuestra historia una página más triste que aquella que dejan escritos los acontecimientos de los treinta días últimos. La defensa heroica de Pisagua, seguida de una vergonzosa retirada en la que se abandonaron al enemigo posiciones inexpugnables y la línea férrea hasta Agua Santa, con carros y locomotoras; la marcha valerosa de nuestro ejército sobre el enemigo operada quince días después para terminar en un desastroso y desigual combate, en que tanto ha dado admirar el heroísmo de nuestros soldados como la insigne torpeza del General en Jefe que condujo a ocho mil hombres a un sacrificio estéril y sangriento; y al lado de este cuadro de desventuras terribles, otro, más triste aún para la dignidad de un pueblo viril: el que ofrecía a la contemplación de los extraños, los ultrajes a la civilización y a las desgracias del país inferidos por un gobierno que manifestaba el más profundo desprecio por las leyes y por las congojas del patriotismo, en medio de tan crueles angustias.

¡Qué ministerio en efecto el que había llegado a asaltar el poder!

Un ministerio que hacía sonreír de desprecio al cuerpo diplomático; por la grosera ignorancia del que allí estaba destinado a entenderse con él; que causaba inquietud y alarma a la propiedad; que inspiraba serios recelos en fin a la seguridad interior, sin imponer temor al enemigo común.

No: el país no había recibido jamás ultraje más sangriento, ni había saboreado nunca mayor oprobio en medio de una crisis tan cruel para su honor y su existencia.

Felizmente el mal está conjurado: restablecido el imperio de la Constitución y abierto el camino que debe dar libre expansión a los sentimientos de altivo patriotismo, con que el país busca una reparación pronta y eficaz a las injurias que le ha inferido el odio de un enemigo implacable.

El General Prado debe apresurarse a organizar su ministerio, buscando antes que todo, cohesión y energía. No debe pensar en formar un gabinete de mistura que paralizaría la acción rápida del gobierno, tan necesaria en estos momentos en que la actividad y la previsión de unos pocos ha de ser más eficaz que los consejos y las perplejidades de muchos.

El país que tanta entereza, valor y abnegación ha mostrado en esta lucha, no exige sino acertada dirección para aplastar a los invasores; pero el gobierno no debe olvidar que esa energía ha de subordinarse a la ley; y que fuera de la Constitución no habrá sino desastres en el exterior y oprobio dentro. Debe tener presente que la simpatía de los neutrales, no se conquista con una política brutal sino con una conducta respetuosa de la ley y dignificada por las consideraciones a todos los principios acatados por la civilización.

La tarea que los grandes intereses de la nación impone al gobierno en estos momentos supremos, es pues más delicada que difícil. Necesita poner en acción todas las fuerzas vivas del país, contra el enemigo, estimulando el entusiasmo, aprovechando con habilidad los espontáneos sacrificios de todos y apagando con el ejemplo, los odios y las pasiones interinas para encaminarlas al fin único: al de la defensa del honor y de la integridad de la Patria.

Crisis ministerial

Por segunda vez en menos de cuatro meses, José María Químpér recogió sus papeles personales para abandonar, esta vez definitivamente, el despacho de Ministro de Hacienda. Avezado político, guarda copia de todos los documentos que pasaron por sus manos mientras duró el gabinete La Cotera. Tan pronto volvió Prado, los señores ministros renunciaron. Ayer y hoy los periódicos atacan en cargamontón. Formalmente no tramitadas sus renunciaciones, los miembros del Consejo se dieron cita para almorzar en casa de don Buenaventura Elguera. Se agitaban profesionales de la política, dispuestos a copar a Su Excelencia. Debilitado por la sucesión de derrotas militares, el General Prado tenía que apoyarse en fuerzas ajenas. A menos que el cable submarino anunciara un súbito milagro en Tarapacá.

Y qué quiere usted, no podemos revelar secretos de Estado. Químpér tranquilizaba a Elguera que parece sentirse ultrajado por los editoriales de anoche y ciertos comentarios con que "El Comercio" festeja hoy el eclipse del gabinete. Imaginan que nada se ha hecho en los últimos treinta días. Si Químpér pudiera explicar que ha enviado una fortuna a Europa y Estados Unidos y que pronto el Perú empezará a recibir un arsenal de armas modernas... Tampoco le está permitido informar de las secretas negociaciones con el *Crédit Industriel* en París. Tiene que marcharse con su telaraña de telegramas en clave, como de costumbre en vísperas de consumir un milagro. Cambistas, azucareros, comerciantes de plata, también sus antiguos adversarios del Congreso a cuyas últimas leyes no dio cumplimiento y, en fin, humillados civilistas festejan el hundimiento del doctor Químpér. Sin embargo no perdió un comprensivo buen humor. Aunque Nicolás de Piérola asuma la presidencia del Consejo de Ministros, el General Prado concluirá personalmente las adquisiciones militares ordenadas a Europa. En cuanto al contrato con el *Crédit Industriel*, los comisionados Rosas y Goyeneche tienen poder amplio y suficiente para suscribirlo en re-

presentación del Perú. Será de reírse si expulsan a Dreyfus del negocio del guano siendo Piérola primer ministro.

El canciller Velarde aceptó una copa de madeira en el placentero y bien ventilado salón de esta casa próxima al periódico oficial "El Peruano". Ayer presencié una rumbosa ceremonia patriótica: veinte damas entregaban estandarte al batallón de Piérola. Velarde describió en detalle el atuendo del posible jefe del gabinete: altas botas negras a la federica, ajustado pantalón blanco de montar, levita azul con ocho botones dorados, presillas de coronel. Y, claro, quepis. Dicen que él mismo se dibuja sus uniformes. La negrería del Tajamar y Santoyo, todo un populacho bajado desde la Puerta de Maravillas aplaudió al señor Piérola. El Ministro de Gobierno bufó en completo desacuerdo. ¿Al incansable conspirador, al que trajo desde Europa el vaporcito "Talismán" lleno de armas pagadas por Dreyfus para derrocar a Manuel Pardo sólo para concluir dispersado por Buendía en Moquegua, al mismo que inspiró la revolución del hacendado Iglesias en Cajamarca, al del motín en Islay, al que desde Chile planeó el secuestro del "Huáscar", al de la segunda revolución de Moquegua aplastada personalmente por el General La Cotera, al que días antes de la guerra acusaba desde Valparaíso a su propio país de organizar la agresión, a ese hombre tan pronto absuelto de numerosas perfidias van a ofrecerle el Consejo de Ministros?

A las once llegó el General La Cotera.

—¡Vaya cara, señor Ministro!

Extendió copia de un telegrama que acababa de llegar.

MONTERO A PRESIDENTE CHACABUCO Y O'HIGGINS BLOQUEAN ARICA EJERCITO BUENDIA EN TARAPACA

—Necesitamos buenas noticias y estos chilenos de mierda nos embotellan en el sur —La Cotera se desmoronó en una butaca—. Francamente, don Buenaventura, necesito un trago fuerte. Brilla un sol casi de verano sobre el patio y sus helechos.
—Ginebra y agua de quinina con limón —propuso el due-

ño de casa.

—Y todo empieza a marchar tan bien —el General sonrió a Químper—. Grace confirma que el primer cargamento de rifles y ametralladoras entró a Panamá.

Un rato los ministros se miraron en silencio. Mientras bebe su ginebra a grandes sorbos, La Cotera repasa sus sospechas de una revolución pierolista a todo vapor en la reserva del Ejército. En contra del Gobierno se cuentan el *Guardia Peruana* cuyo jefe es Piérola, el *Ica* del coronel Arguedas, los celadores de Lima, los quinientos cajamarquinos de Iglesias y el Batallón *América*. Ni tienen las mejores armas, ni su número preocupa por ahora al Ministro. Tres batallones de línea bastan para someter a esos aficionados. Más lo preocupan ciertos informes sobre montoneras pierolistas en Chincha y otra evidente conjura en Moquegua.

—Si fuera por mí, ahora mismo lo tomaba preso —dijo con brusquedad.

—¿A quién? —se sorprendió Elguera.

—A Piérola —adivinó Químper.

Por intermedio del mayordomo, el secretario Prince hizo llegar un papelito al Ministro de Hacienda.

—¿Más malas noticias? —se interesó el General.

—Francamente no lo sé —la frente de Químper se arrugó con perplejidad—. Piérola ha rehusado formar gabinete. Presumo que está más cerca del poder por algún otro camino, señores.

La gran retirada

Siempre más pequeños por el desfiladero que crece hasta encerrarlos en una helada penumbra, los vencedores de Tarapacá apenas se detuvieron en Pachica para devorar medio tazón de *chochocca* y una cantina con fuerte chicha de huiñapu. Por aquí el viento agita esbeltos huayaus, a ratos brillan retamas

apenas visibles entre espesos junquillos al borde de aguas que se empinan. Difícil creer que este río, a fuerza de sobar piedras, haya taladrado la quebrada y termine absorbido por el arenoso filtrante Tamarugal. Cuando Cáceres llegó a Pachica a solicitar permiso para volver al campo de batalla a recoger pertrechos chilenos, ya el jefe del Ejército del Sur había abandonado el pueblo. Encontró a Belisario Suárez sacando cuenta de los víveres disponibles para esa misma tarde continuar por la cordillera.

¿Qué pasó, mi coronel?

Suárez se encogió de hombros. Aviso de arrieros, eso fue lo que desencadenó la retirada. Todo lo abandonaron a sus espaldas, ni siquiera quedó una compañía de voluntarios para cuidar a los heridos.

Cáceres quiere volver con cien hombres del *Zepita*.

Permiso denegado, coronel.

Sin otro auxilio que las oraciones del cura, a las cinco de esa tarde murió en Tarapacá el coronel Miguel Ríos. Media hora después expiró el abogado-comandante José María Meléndez, segundo jefe del Batallón *Iquique*. Avanzada la noche se atascó para siempre la respiración del coronel Juan González. Otros once heridos peruanos y chilenos depositados en la iglesia de Tarapacá fallecieron antes de que apareciera la luz del 29 de noviembre. Entonces llegaron algunos chacareros con paupérrimos socorros. Pancha Vicentelo obsequia dos gallinas, don Manuel Galeas dos costales de ollucos y una canasta de apetitosos chingos. El hacendado Venancio Cortés desmontó en el pueblo con todas las medicinas que pudo reunir desde Coscaya a la pampa: maravilla curativa, quinina, bicarbonato, novedoso desinfectante *electrine* adquirido en su último paseo a Pisagua, medio frasco de emulsión de bacalao y seis metros de tocuyo para improvisar vendas.

El coronel Suárez nunca se enteró de que en Pachica quedaron abandonadas seis cajas de pescado seco y casi veinte quintales de arroz y maíz. Empujaba a sus traposos batallones cuesta arriba, a contraviento por esa noche siempre más fría. Adelgazan aguas nacidas en la laguna Chuncára a 4,600 metros so-

bre el nivel del mar. Como si llegaran chilenos a su pueblo, los vecinos de Mocha se evaporaron por las montañas. Más que menos en ayunas, sin haber dormido ni cinco horas contínuas desde que empezó la batalla, el ejército se detuvo a once ásperas leguas de Tarapacá. Ondulando por la cordillera que empieza a secarse, no llegarán a Arica antes de dos o tres semanas. Sitiados por la rocosa inmensidad de los Andes, los vencedores se desplomaron a esperar el rancho. No había otro alimento que una sopa hecha con piltrafa, sebo de carnero y peros verdes.

Fue esa mañana que empezó a apestar la cicatriz del sargento Godíño.

NOTICIA PERIODISTICA

(Del domingo 30 de noviembre)

Hasta el momento de poner en prensa esta edición, el Gabinete que ha de ayudar a S. E. el General Prado en las labores del Gobierno cuando reasuma el mando supremo, no está todavía definitivamente organizado.

El señor Piérola se ha negado a formar parte de él. Fue llamado por el General Prado, el cual le ofreció la presidencia del Consejo de Ministros con amplia libertad tanto para elegir la cartera que había de desempeñar cuanto para designar las personas que deberían encargarse de los otros cuatro ministerios. El señor Piérola no aceptó.

Posteriormente se ha hablado a algunas personas prestigiosas y creemos que al mediodía de mañana estará ya formado el nuevo Gabinete.

Tres días después de la batalla, una pequeña caravana se detuvo en Huarasiña y el sudoroso doctor Eck y otros extranjeros venidos desde La Noria bajaron de sus carromatos a refrescarse en el río. Mercedes Paredes, la *Arequipeña*, azotó a

su mula rumbo a la Cuesta de Visagra y al pueblo, con la buena noticia de que ya tienen médico. Pero no es el mismo soleado vallecito que ella conoce, sino un hediondo cañón cubierto de cuerpos agusanados. Grupos de paisanos van y vienen por el campo de batalla, protegidos sus rostros por mascarillas de tucuyo, en busca de sobrevivientes. Media hora después de que la animosa *Arequipeña* se sentara a la sombra de la municipalidad a contemplar la fiesta de los buitres, el doctor Eck y sus voluntarios entraron en la iglesia atraídos por tristísimos lamentos. Con la barba crecida, el ojeroso párroco señaló en silencio una fila de heridos gangrenados.

—¡Hay que amputar pronto!

—¿Trajo calmante?

—Traigo cloroformo —dijo mister Eck.

—Por aquí tengo unas botellas de aguardiente —el señor cura se desplomaba de cansancio—. Si lo puedo ayudar...

—Váyase a dormir, padre. ¿Son todos los heridos?

—Hay más... en la Municipalidad. Casi trescientos.

Entre Mocha y Pacumiña calculan que hay cuarenta kilómetros de cordillera pelada. Sólo el coronel Fajardo parece conocer la ruta y aun él se extravió dos veces, así que todo el primero de diciembre se gastó en subir, bajar cuestras pedregosas por las que tropiezan, jadean, caen tropas de pies llagados. Para algunos, este suplicio de hambre y sed y extenuación ha durado más de un mes. Hace treinta días, el ahora recién ascendido coronel Recabarren dio cuenta de su última cena servida con cubiertos y sobre una mesa en Pisagua, luego de haber deseado buenas noches al Jefe del Ejército del Sur en la víspera de la invasión. También Godiño, atemorizado por insistentes tufaradas de su propia putrefacción, recordó aquella última velada de relativa paz en el puerto. Desde San Francisco no ha vuelto a ver a Quincho o a Rendón. Pensó en pedir consejo al coronel Recabarren. Algo chupaba interiormente sus fuerzas, como si otra persona se le hubiera metido bajo la piel usurpándole energías. No le importa ir despacio, porque detrás suyo hay cientos de rezagados. Revientan caballerías y los oficiales tienen que mezclarse a la menesterosa infantería. Luego com-

prendió que dentro de su piel también era Godiño, el muerto Godiño forcejeando por ocuparlo. Lleva puesto su maloliente cadáver expandiéndosele con violento apuro. Entonces llamó a gritos al coronel Ugarte. Marchando a pie con la vanguardia, el jefe del *Iquique* no lo escuchó.

Cincuenta kilómetros sin agua molían a los débiles. El coronel Cáceres espoleó a su chilena, luego de constatar que el lamentable rastro de cuerpos no da más, que se dejan caer en agonía. Han de darle unas cantimploras de agua para revivir a esos infelices. Suárez tiene que escuchar.

Un hombrecito macilento se le puso por delante.

—Por favor, señor —suplicó— ...lléveme adonde el coronel Ugarte.

El *Iquique* avanza con dos kilómetros de ventaja. Cáceres observó la costra de mugre y cuajarones que recubría ese cuerpo huesudo, apenas protegido del sol por guñapos de dril descolorido. Olfateó su gangrena.

—Nombre y rango, hijo, veré si te puedo ayudar.

—Soy Godiño, señor Cáceres, sargento Godiño, de la Guardia Nacional de Pisagua. Trabajo en la aduana.

—¿Y qué quieres del señor Ugarte?

Godiño alzó el muñón podrido. El coronel desmontó a examinar la amputación.

—¿Cuándo te hirieron, hijo?

—En San Francisco, señor.

—¿Y te volvió a examinar el cirujano?

—No, señor.

Cáceres dudó un momento. Ganamos qué, hijo. Estabas jodido y el coronel no tiene tiempo de administrar piadosas palabras. A morir los muertos sin remedio. Tenía que ir por unos sorbos de agua para resucitar a los caídos por insolación.

—No hay nada más que cortar aquí, es inútil —habló al fin—. ¿Crees en Dios?

—Sí, mi coronel.

—Pues controla tu miedo y encomiéndate a su misericordia. Pasado mañana estarás muerto.

A Godiño lo sorprendió su propia tranquilidad.

—¿No se equivoca usted, señor Gáceres?

El amanuense lo vio montar en la mula chilena.

—No, hijo. No me equivoco. He visto a muchos morir de gangrena.

—Adiós, mi coronel.

—Adiós, soldado.

Godiño eligió una piedra para sentarse a ver pasar el ejército. Si se pudiera desprender de un gran pedazo de organismo, limpiarse de la putrefacción que lo penetra. Parte cadáver, parte en vida, el sargento-amanuense se tambaleó doscientos pasos hasta encontrar a un muerto entero, secado por la sed. Tomó el rifle de ese camarada, rebuscándolo hasta encontrar tres cartuchos. Luego volvió a acomodarse entre piedras tibias, a mirar la sombra que crece desde atrás. Pronto se quejará el viento por las quebradas. A espaldas de estas montañas grises había sido otra persona. Claro que sí. Se negó a repasar su inútil vida postiza, la que no llegó a vivir mientras se pudo, la que siempre creyó que no valía la pena. La otra, esa vida auténtica que se pronosticaba en secreto, el triunfante Godiño a imagen y semejanza de don Nicanor o don Alfonso, el adinerado y apuesto aventurero que algún día iba a regresar del país calichero, ese nunca morirá. El verdadero no tiene salvación. Pasaban calamitosos rezagados, con pies sangrantes envueltos en trapos, usando culatas para apoyarse o elegir lo más blando del camino. Cuando la bien definida sombra de este acabado primero de diciembre empezó a disolverse en la noche que resbala desde la cordillera, comprendió Godiño que al fin estaba solo, muchos kilómetros detrás del *Iquique* o los cabitos. Se dijo que mejor hubiese muerto de un balazo en San Francisco o caído prisionero y llevado a una auténtica ambulancia chilena. Por qué, pues. La gran puta que los parió a todos —murmuró involuntariamente. Qué mierda, grita lo que quieras, a nadie vas a molestar. Así que el sargento Godiño aulló hasta asustarse del eco de su voz rebotando por los cerros. Todo lo que desea es apartarse de este hedor a cadáver llegando a su nariz desde adentro. La gangre-

na anestesiaba un amplio pedazo de su cuerpo. A pesar suyo recordó la infancia, su familia, un verano en el Callao, a su madre peinándolo y acariciándolo y llamándolo Godito, tesorito.

NOTICIA PERIODISTICA

(Martes, 2 de diciembre)

A última hora creemos que ha quedado definitivamente organizado el nuevo ministerio.

Lo componen los señores:

Manuel Irigoyen, Presidente del Consejo y Ministro de Relaciones Exteriores.

Ramón Ribeyro, Ministro de Justicia.

Mariano Alvarez, Ministro de Gobierno.

Aurelio Denegri, Ministro de Hacienda.

Coronel Enrique Lara, Ministro de Guerra y

Marina.

A las diez de la noche los vencedores de Tarapacá empezaron a entrar en Pacumiña, a 3,300 metros sobre el nivel del mar. Envueltas en paupérrimos ponchos, las autoridades del caserío salieron al encuentro de la columna, averiguando si venía en paz o en guerra. Pedirán comida, combustible, ropas. Pero Pacumiña ha sido saqueada por dispersos bolivianos. Por aquí, subiendo la Quebrada de Ocharaza se encuentra el nacimiento del arroyo de Aroma y tres jornadas después, vencida una cordillera marrón, se desciende con el río Sitani al encuentro de vastos salares y lagunas en territorio de Bolivia. Nada pueden hacer los vecinos sino ofrecer agua de manantial. A esos compatriotas que piden una limosna, nunca otro jefe peruano volverá a dirigirles una palabra de esperanza. Veinticuatro horas descansaron allí los batallones, engañando su hambre con cálidas infusiones de coca.

El coronel Ugarte, que justamente se acordó de Godiño y lo hizo buscar por retaguardia, fue llamado al consejo de jefes que presidía el General Buendía.

¿Alguien tiene idea de dónde nos encontramos?

El ajado mapa del jefe del Ejército del Sur desconoce esta región. En lo que concierne al General, se encuentran en medio de un gran espacio en blanco. Avanzan más o menos hacia el norte, guiados por el sol y por estrellas felizmente fulgurantes en las limpias noches de la cordillera. No es momento de pasar revista de comisario, pero los coroneles calculan haber perdido a unos doscientos hombres desde que partieron de Tarapacá. La gente de este pueblo menciona una región amable y verde, a un día de distancia, aunque subiendo y bajando quebradas y sierras como un oleaje en contra. No podían correr el riesgo de extraviarse nuevamente.

—Jaina, sí, sí. Yo conozco ese sitio —habló Ugarte. Está cerca de la quebrada de Aroma donde su familia es dueña de trescientas hectáreas. Todo lleno de alfalfa y ganado y árboles frutales. Cerca de allí hay otro pueblo, Sipisa, y un camino de herradura que pueden perseguir confiadamente—. A menos que también hayan saqueado esa región, puedo asegurar que encontraremos víveres para todo el ejército, mi General.

—¿Puede usted guiarnos personalmente, señor Ugarte? —se animó Belisario Suárez.

—Bueno, de aquí a Jaina, pues no lo sé. Pediremos ayuda al alcalde. Pasando Sipisa, puedo conducirlo con los ojos cerrados.

—¿Puedo saber por qué? —casi se burló el coronel Dávila.

—Porque son mis tierras, coronel, viví en Aroma hasta los doce años de edad. Sólo pido que me presten un caballo o una mula, mi General. Todos mis oficiales y yo venimos a pie. La devolveré en Aroma, cuando no se me necesite más como guía.

Nadie responde.

—Tome usted mi mula, coronel —ofreció Cáceres—. Es chilenuita y bastante animosa —el jefe ayacuchano sonrió con dulzura—. Yo puedo caminar mejor que usted... tengo pies más grandes y soy serrano de nacimiento.

Esta vez el *Iquique* se encargará de custodiar a los también harapientos prisioneros chilenos. Abre la marcha la ordenada División Bolognesi, con su anciano jefe a pie seguido por la chamuscada bandera del *Ayacucho* N^o 2 y el estandarte del 2^o de Línea enemigo. Al final de la columna avanzan los héroes de la Segunda División, con su jefe y oficiales también a pie, conduciendo cantinas y parihuelas para auxiliar a dispersos y a heridos. Ya coronel, por ahora primer jefe del *Dos de Mayo*, Isaac Recabarren se siente confortado por esa tropa esquelética y que sin embargo carga más de un rifle. Los afortunados visten casi de enemigo, con botas, chaquetas y quepís con tapacuello arrancado a los muertos, aunque conservando pegados a la piel los harapos de su propio uniforme. Esforzadas rabonas del *Zepita* y el *Ayacucho* N^o 2 acompañan la retaguardia, sin jamás prorrumpir en una queja. Cargan morrales chilenos, cacharros para cocinar, yesca y mantas enrolladas con cartuchos o puñados de *chochocca* y *sakra-sara* que conservan desde antes de la batalla. Las tropas serranas rumian pelotas de salivosa coca y, aunque absortas en distantes divagaciones, conservan el orden de la marcha regular, casi a salvo de los dolores del hambre. Hoy Cáceres chacchaba igual que su infantería, y la coca es dulce en su paladar, de buen agüero, como creen los doctores quechuas. Mientras bajan por un retorcido abismo hacia el villorrio de Sotoca, por primera vez comprende el coronel que sus tropas siguen dispuestas a luchar, que no están vencidas. Eso habíamos ganado, carajo: el derecho a seguir en guerra, orgullosamente puestos a prueba, y juró ante Dios jamás darse por derrotado mientras hubiera chilenos en el Perú y le alcanzara la vida. Como en todas las guerras, sólo un puñado de hombres no vacilará en las horas más negras, ante la adversidad que se anuncia definitiva. Prometió ser uno de ellos. ¿Se rendiría usted, Recabarren? No, mi coronel. ¿Está bien seguro? Ese hombre, que no había dejado de combatir desde Pisagua, reflexionó con sincero silencio. Estoy seguro, mi coronel, por qué me lo pregunta. El ojo de cristal de Cáceres relucía inmune al polvo levantado por la columna. Porque yo no voy a rendirme nunca, Recabarren, y es mejor que nos vayamos conociendo.

CARTA DE SU EXCELENCIA

Lima, diciembre 2 de 1879

Al Excmo. señor Primer Vicepresidente de la República, encargado del Poder Ejecutivo.

He llegado a esta capital con el propósito de reasumir el mando supremo que fue confiado al patriotismo de V. E. como el llamado por la ley para ejercerlo.

Conocedor de las exigencias que me han revelado los últimos desgraciados acontecimientos, mi resolución se inspira en el deseo de llevar al poder el inquebrantable y perseverante afán de reparar los desastres transitorios de nuestras armas, para lo cual tiene el país recursos bastantes que procuraré aprovechar eficazmente hasta que llegue la hora de cumplir mis deberes de soldado.

La noble e imponente actitud con que la República ha recibido las noticias de nuestros reveses, sobre los cuales pronunciará en breve su fallo la justicia; el sentimiento de orden y adhesión al Gobierno Constitucional que ha demostrado el pueblo a mi regreso, aumentan las fuerzas de mi voluntad para consagrar con más decisión, si es posible, todos mis momentos, todos mis desvelos, al grandioso fin de la defensa nacional. Si hasta el día abrigo la conciencia de haber llenado mis deberes con toda la abnegada consagración que impone el patriotismo, la Nación puede contar con que no reconozco límite en todo lo que por ella emprenda, sea cual fuere el sacrificio.

Tengo, pues, el honor de manifestar a V. E. los móviles a que obedece mi resolución, al reasumir el mando supremo y de comunicárselo por medio de la presente.

Dios guarde a V. E.

Mariano Ignacio Prado

—¡Alto o disparo!

Juan Vernal y García quedó inmóvil, con los brazos en alto, apuntado por una docena de rifles chilenos al comenzar la Cuesta de Visagra.

—Otro peruano, mi capitán —oyó a sus espaldas.

—¿Qué lleva en esos carapachos? ¡Conteste!

Una bayoneta hincó su trasero.

—Viveres para los heridos peruanos y chilenos.

—¡Cabrón! —se burló otra voz.

Hasta entonces invisibles, los enemigos se movieron delante suyo. Un capitán chileno rebuscó el contenido de los carapachos que cargaban dos burros: encontró vendas, menestra, arroz, algunas hortalizas, cuatro libras de café, tilo y coca.

—¿Quién está a cargo de los heridos?

—Un inglés —replicó Vernal—. Mister Eck.

—¿Cómo se llama usted?

—Juan Vernal y García.

—¿Vernal? ¿Pariente de Ugarte y de la señora Hilliger?

—Sí, señor.

—Ah, qué bien —sonrió el oficial—. Entonces podrá ayudarme. Muchachos, tenemos aquí a un caballero pudiente e ilustrado, un hombre de cultura...

Vernal guardó silencio. El capitán lo miraba de reojo, socarronamente.

—...verá usted, caballero Vernal, por culpa de su pariente Ugarte se nos han extraviado cuatro buenos cañones y mi coronel está furioso.

—Me alegro, señor.

—Claro, lo entiendo... —volvió a dirigirse a sus soldados— ...el caballero Vernal se alegra de que nuestro ejército haya perdido cuatro cañones. ¿Qué les parece?

—Métale plomo, mi capitán.

—Puede ser, no estaría mal —el capitán observó transpirar al peruano. Ahora Vernal descubre que todo un regimiento enemigo ha acampado en Visagra. El oficial reanudó su monólogo—: Pero se me ocurre que persona tan influyente como don Juan Vernal y García no ignora el paradero de esos cañones, que

según las habladurías fueron enterrados por su pariente, ¿ah? Así que el señor Vernal se me pone en posición de firmes en ese morrito, a recordar el escondite. Ustedes muchachos deben impedir que se siente, coma o tome agua. A ver si así le funciona la memoria.

Temprano los chilenos habían entrado al pueblo, tomando prisioneros a casi sesenta civiles tarapaqueños que auxiliaban a mister Eck. Amputaciones, suturas, hierbas medicinales, febrífugos, alimentos y algo de limpieza habían salvado a medio centenar de combatientes de ambos bandos. Durante cinco días no hubo aquí enemigos, sino hombres malheridos o solamente enfermos, y quienes sanaban primero, sin importar el color de su bandera, atendían a los graves. Toda paz terminó con la ocupación a cargo de tres regimientos enemigos. A sugerencia de mister Eck, si no se podía enterrar a esos cuatrocientos putrefactos cadáveres esparcidos por la quebrada, era preferible meterles candela, no vaya a desatarse una epidemia. Ahuyentaban buitres a balazos. Aquí y allá humean piras fúnebres, se abren tardías fosas. El médico y el cura identificaron la tumba del comandante chileno Eleuterio Ramírez, reclamado como héroe nacional por su Patria. A los peruanos se les sometía a implacable interrogatorio. La caballería enemiga exploró hasta Pachica para confirmar que el deshecho ejército de Buendía se había evaporado por la cordillera.

Al anoecer preguntan a Vernal si ya recuerda donde están los cañones chilenos.

—No tengo la menor idea —contestó. La verdad, había llegado en ayuda de los caídos después de la batalla. Ni siquiera pudo ver a Ugarte.

—Mala suerte —raposeó el capitán—. Bájenlo, pues.

—¿Lo fusilamos? —mostró los dientes un sargento.

—Ajá.

Se dejó conducir maniatado a través de la penumbra. Lo pusieron de espaldas al morro. Al frente suyo cuatro soldados cargaron rifles. ¿Así nomás?

—Me mata usted por no saber, capitán —protestó—. Permítame al menos escribir unas líneas a mi familia.

—Lo fusilo por espía, no se haga el huevón.

—¿Qué le hacen a ese infeliz? —se acercaba un oficial a caballo— ¿No es Juanito Vernal, vecino de Iquique?

—El mismo —se animó el peruano.

—¿Te acuerdas de mí? —el chileno desmontó—. Soy el Ñato Silva, pues viejo. ¡Carajo, Juanito, no me digas que has alzado montonera!

—Quieren que les diga dónde están los cañones y yo no sé, estoy aquí ayudando a los heridos, también a los tuyos, Ñato.

—Eso es lo que dice el peruano, señor —protestó el capitán.

—¡Desátelo! ¿Yo respondo por el señor Vernal!

—Pero él sabe dónde están los cañones, señor.

—¡Déjese de pendejadas y obedezca! —el Ñato Silva no bromeaba—. Somos enemigos pero no es para tanto carajo.

—Gracias, Ñato —no consiguió Vernal identificar el rango de ese viejo relacionado de su familia en Iquique.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó el chileno.

—Tengo casa en Pachica.

—Pues te irás en mi propio caballo, acompañado por mis ayudantes. Yo puedo esperar por aquí... —el Ñato Silva ofrecía las riendas. Ordenó a sus oscuros jinetes con voz que no admitía réplica—. ¡Llévenlo a su casa y que no le pase nada en el camino! ¡Adiós Juanito... por si no nos volvemos a ver!

República Peruana

Lima, diciembre 2, de 1879

Excmo. señor General Presidente Constitucional de la República D. Mariano Ignacio Prado:

Tengo el honor de contestar el oficio de V.E. fecha de hoy, transcribiéndole el decreto que, en ejercicio de mis atribuciones, he expedido y que a la letra es como sigue:

Luis La Puerta, Primer Vicepresidente de la República encargado del Poder Ejecutivo.

Teniendo en consideración que el General don Mariano Ignacio Prado ha llegado a esta capital con el propósito de reasumir el mando supremo, según lo manifiesta en el oficio de la fecha.

Decreto:

Artículo único: Ceso desde hoy en el ejercicio del Poder Ejecutivo que reasume el Presidente Constitucional General don Mariano Ignacio Prado. — Comuníquese a quien corresponda, regístrese y publíquese.

Lo que comunico a V.E. para los fines consiguientes.

Dios guarde a V.E.

Luis La Puerta

En Sotoca, el ejército en retirada no encontró ni siquiera un cacharro de agua. Era un pueblo saqueado y abandonado. Ugarte no se detuvo. Una vez que los baqueanos definieron la ruta de Jaina, el jefe del *Iquique* se adelantó con unos cuantos oficiales a caballo. Pronto la cordillera fue tomando formas que le eran remotamente familiares. Cuando niño, Jaina representaba el confín de las aventuras de Ugarte. Más allá se apacigua el camino, demorándose entre huertas, alfalfares y maizales de la quebrada de Aroma, por la que baja un riachuelo transparente nacido en las faldas del Huaina-Potosí. También hay manantiales de agua sulfurosa y caliente, a los que viajan a bañarse enfermos de la piel.

Jaina recibió alegremente al coronel Ugarte. A quince kilómetros del arrasado villorrio de Sotoca, nada se sabe aquí de los desastres peruanos o de la tumultuosa dispersión boliviana. ¿El señor gobernador? Yo soy, señor, Fortunato para servirlo. Coronel Alfonso Ugarte, señor gobernador, necesito rápidamente su ayuda. Detrás de la máscara de suciedad y sangre seca, bajo el vendaje que todavía cubre su cabeza y sobre el que ha puesto un sucio sombrero campesino para defenderse del sol, algunos reconocieron al hacendado. ¿Qué pasó, niño? ¿De dónde vienen? ¿Quién más los acompaña? Ya no sabe ni cuántos quedan. Dos o tres mil hombres en ayunas y exhaustos se acer-

can arrastrándose sobre pies llagados desde Sotoca. Es todo lo que queda del famoso Ejército del Sur.

—Aquí hay alimentos enviados por el General Prado —explicó el gobernador—. Nada hemos agarrado para el pueblo.

—Llévame a ver —se enderezó el coronel.

Rodeados por un centenar de vecinos, los oficiales recorrieron la empinada única calle del pueblo hasta la municipalidad, un barroso edificio con un tosco escudo peruano pintado por el artista del pueblo.

—Yo tengo la llave —sonrió Fortunato ante una enorme cerradura de fierro mohoso—. También soy alcalde de Jaina.

Entraron. Ugarte contó veinte sacos de arroz y seis fardos de charqui.

—Hay galleta —Fortunato señaló un rincón—. Y cuatro saquitos de pólvora, cincuenta metros de soga, un botiquín, seis garrafas de aguardiente y veinte frazadas.

—¿Cuándo llegó todo esto?

—Uf —Fortunato sonrió con dientes cariados—. Como a mitad de año, señor Ugarte.

El comandante Bruno Abril, que acompañaba al jefe del *Iquique*, se sentó en un poyo rompiendo a reír. ¿Te das cuenta? ¡Todo un pueblo de hombres honrados... si es para asombrarse! Ugarte respondió secamente:

—Vaya a avisar al General Buendía que aquí hay rancho. Yo seguiré a Aroma. Todavía es temprano. Fortunato, que me siga tu gente. Vamos a traer ganado.

Conocía vericuetos y atajos, recuerda ahora cada palmo del territorio por el que se soñó hombre de aventuras, sin sospechar este uniforme y batallas verdaderas. Si sus ojos de niño pudieran verlo pasar el dos de diciembre de 1879, posiblemente llorarían de lástima. Por aquí fueron felices su padre y sus hermanos libres a plenitud, jugando al atardecer en la galería con hamacas y muebles de mimbre donde su madre se acomodaba a bordar o a contemplar el sol poniéndose detrás de la huerta de cítricos y los potreros. Por aquí se convirtieron en huérfanos y fue preciso olvidar un tiempo este paisaje y que su madre ordenara la mudanza a Iquique. Por aquí regresa Ugarte a solas, ba-

leado y perseguido, alejándose de su mundo en ruinas. Lo van reconociendo yanaconas, chacareros, el mayordomo Hipólito, antiguos vecinos. Qué ha sucedido, niño Alfonso, ordene usted coronel Ugarte. El largo valle de Aroma ya ha pagado pesado tributo de guerra desde que empezó el bloqueo de Iquique hace ocho meses. Sin embargo el coronel consiguió reunir once toros y seis carretas que colmaron de papas y ají y limones y también de alfalfa, nísperos, harina de trigo y choclos. El mayordomo de la hacienda obsequió cuatro chanchos y en su vieja casa-hacienda, el coronel encontró café, pisco de Locumba, tres jamones serranos, algo de tabaco y un montón de sábanas finas para reemplazar vendajes a los heridos. Ayudado por la gente del valle, Ugarte emprendió el regreso a Jaina mientras terminaba el día. Entró al nuevo campamento del ejército a las nueve de la noche, hora en que la retaguardia formada por la Segunda División se detenía en las afueras del pueblo iluminado por grandes fogatas.

Lima, diciembre 2 de 1879

Señor Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Habiendo cesado en el ejercicio del Poder Ejecutivo el Primer Vicepresidente de la República, ponemos en conocimiento de U.S. para que se digne hacerlo presente a S.E. el Presidente como por nuestra parte renunciamos por la presente a nuestras respectivas carteras.

Dios guarde a U.S.

Manuel G. de la Coterá, Rafael Velarde, Adolfo Quiroga, José María Quimper, Buenaventura Elguera.

La estación del telégrafo de Camarones estaba cerrada con un grueso candado la noche del 2 de diciembre cuando aparecieron tres capitanes del *Ayacucho* N^o I.

—¡Somos peruanos! —gritó el capitán Grocio Prado— ¡Que se acerque el telegrafista!

Temblorosas lucecitas se acercaron a las ventanas.

Los oficiales Prado, Pacheco y Pino habían trotado desde la medianoche del 27 de noviembre por el Tamarugal, llevando órdenes para el General Bustamante. Volvieron a Tarapacá al escuchar que en la distancia principiaba una batalla. Todo había terminado cuando al atardecer alcanzaron Huarasiña. De nuevo los despachó Suárez, ahora con la noticia de la victoria.

—¿Y el telegrafista?

—Ya viene, señor capitán.

—¿Pasó por aquí el General Bustamante?

—Por aquí ha pasado mucha gente —replicó hoscamente un vecino.

—¿Qué ocurre? ¿qué quieren? —era el telegrafista.

—Mensaje urgente para el Supremo Director en Arica...

—¿Para quién?

—¡Para el General Prado!

—Está en Lima. Salió con las justas. Los chilenos bloquearon Arica —al telegrafista lo aburrió el asombrado silencio de esos emisarios—. ¿Cuál es el mensaje?

—¿Y quién está al mando?

—Montero.

—Muy bien, entonces el mensaje es para él...

Entraron al telégrafo a esperar que se activara la línea con Arica.

—Capitanes Prado, Pacheco y Pinto, de parte del coronel Belisario Suárez... —empezó a dictar el capitán Pacheco.

Telegrama urgente

MONTERO A GENERAL PRADO
ARICA DICIEMBRE 3, HORA 10.45 A.M.
COMBATE TARAPACA
TRIUNFO NUESTRO
2,500 CHILENOS, 1,000 MUERTOS
NUESTROS 600 MUERTOS Y HERIDOS
11 PIEZAS KRUPP TOMADAS 4 AMETRALLA-
DORAS.

Nuevo gabinete

Adelante, señoría. Su Excelencia espera. Eugenio Larra-
bure y Unanue, Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Ex-
teriores, entró al despacho presidencial con una carpeta de do-
cumentos en las manos. Después de cinco días de conciliábulo,
es un hecho que Manuel Irigoyen vuelve a la cancillería. Inclu-
so ha sostenido conversaciones con altos funcionarios de su an-
tigua confianza. Tras la negativa de Piérola a presidir y orga-
nizar un consejo de ministros de unidad nacional, pareció se-
guro que don Francisco García Calderón comandaría un es-
fuerzo civilista por articular el gabinete de la reparación y la
concordia. Pero el senador por Arequipa cambió de parecer y
nuevamente emergió Irigoyen, para hacer las paces entre el Eje-
cutivo y el Partido Civil que controla el Congreso.

—Buenos días, Su Excelencia —tose levemente, habla el
Oficial Mayor.

Con las manos entrelazadas en la espalda, el General Prado contemplaba la Plaza de Armas desde la ventana. Vuela la noticia de la victoria en Tarapacá. Sin cobardes que abandonen el campo, los batallones peruanos pulverizaron la sorpresa tendida por tres avezadas columnas chilenas. Nuevos andrajosos indomables héroes se adueñan de la atención de los limeños: el tuerto Cáceres y sus batallones serranos, el viejo Bolognesi, conocido vecino de Plateros de San Agustín. Y un joven acaudalado coronel de Guardias Nacionales, Alfonso Ugarte. Y el enérgico coronel Belisario Suárez, enjuiciado jefe de Estado Mayor General. Mil chilenos muertos en nueve horas de batalla. Seiscientos de los nuestros caídos en el incesante ataque a un enemigo materialmente superior y mejor instruido. Los universitarios reaparecieron por las calles con una bandera del Perú y cantando el himno. Se oyen súbitas arengas en las esquinas, vivas a la Patria y a los hambrientos soldados del Sur.

—Buenos días, señor Larrabure —se volvió el Presidente con una sonrisa. El milagro que parecía imposible se ha producido. Invitó al funcionario a sentarse. Cinco días ha soportado a los grupos políticos imponiendo siempre más severas condiciones para auxiliar al gobierno. Piérola lo invitó a establecer la dictadura. En pocas palabras: usted o yo. Y que todo el país se ponga al servicio de una sola voluntad absoluta. Las vacilaciones de García Calderón insinuaron que era necesaria la anulación de todas las medidas hacendarias debidas a Quimper. Pero prefiere no inmiscuirse personalmente, no vaya a tomarse el cambio de política como una revancha dictada por ciertos intereses, en fin, lo pensará, Su Excelencia, no cree ser el más indicado para presidir un gabinete en las actuales circunstancias. Irigoyen fue más directo. Había consultado con el Partido Civil. Prevalecerá la solicitud del doctor Ribeyro, de modo que todas las decisiones vinculadas a la guerra deben tratarse en sesión de Consejo. Exigen además la virtual destitución militar de La Coterá y la subordinación de todos los generales y almirantes a un oscuro aunque bien informado coronel, de notable trayectoria militar: Enrique Lara. Habrá que reemplazar a todos los jefes que comandan divisiones y hasta batallones en

Arica y Tarapacá porque han demostrado ser inútiles cuando no cobardes y traidores. Desde luego Su Excelencia debía corregir inmediatamente los excesos hacendarios de Quimper, sujetando las finanzas públicas a los cauces señalados por el Honorable Congreso, convocándose de inmediato a legislatura extraordinaria que discuta y apruebe cualquier cambio en la política económica. Piérola propone la tiranía, García Calderón e Irigoyen la deliberación permanente. Nadie prestó mucho interés a las seguridades de Prado sobre las adquisiciones de armas ya efectuadas en el extranjero y en camino al Perú. Querían resolver una situación militar de emergencia mediante la reorganización política interna del país. Cambiar el sistema de cobranza del nuevo impuesto a la renta parece más importante que el ensayo de nuevos rifles peabody o de ametralladoras Gatling modelo 1879 llegadas a Panamá o que la lancha torpedera que ya atravesó el istmo ocupando dos vagones del ferrocarril interoceánico. Se acomodó en el sillón presidencial. Hace cuarentiocho horas debió convocar a elecciones generales y no lo ha hecho. Llamarán a comicios los prefectos en enero, o en marzo que lo haga el Congreso. Mientras tanto hay que cambiar el curso de la guerra. Tiene el apoyo del Ejército, salvo el de unos cuantos cuerpos bisoños cautivados por Piérola. Los jefes bolivianos en Tacna han prometido deshacerse pronto de don Hilarión y continuar aliados al Perú.

—Señor Larrabure, pasará usted la siguiente comunicación a los señores ministros que presentaron su renuncia...

—Sí, Excelencia —el Oficial Mayor se dispone a dar por aceptada la renuncia del gabinete La Cotera y redactar los agradecimientos por los importantes servicios que ha prestado a la Nación.

—...Conveniendo a los intereses de la República que los actuales Ministros de Estado continúen prestando sus útiles servicios —habla Su Excelencia—, no se acepta la renuncia que hacen de sus respectivas carteras. Dígaseles en consecuencia que el Gobierno confía en su patriotismo para que sigan desempeñando sin interrupción alguna los Ministerios que se les confió...

Larrabure escribía como a mitad del sueño.

—...el Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores queda encargado de comunicar la presente resolución y de mandarla registrar y publicar, etcétera, etcétera... —comprobó la sorpresa del funcionario. También en política eran necesarios audaces movimientos de flanco. Prado sonrió—: Es todo, señor Larrabure, muchas gracias por haber venido.

—¿Se transcribe de inmediato, Excelencia?

—Sí, señor Larrabure. Con la misma fecha en que se presentaron las renunciaciones.

—¿Fecha de ayer?

—Sí, señor Larrabure. Ya puede retirarse. Envíeme el documento para rubricarlo de inmediato.

Telegrama urgente

GARCIA Y GARCIA A GENERAL PRADO
MOLLEND, DICIEMBRE 3

1.28 P.M.

2,500 CHILENOS ATACARON NUESTRO
EJERCITO

EL 27 PASADO EN TARAPACA
FUERON COMPLETAMENTE DERROTADOS
TOMADOS 7 CAÑONES KRUPP, TRES
AMETRALLADORAS

60 PRISIONEROS

MIL CHILENOS MUERTOS Y HERIDOS
NUESTRA VICTORIA FUE EN LA NOCHE

Entre Jaina y Arica

Los informes muy reservados que por medio de emisarios enviaba el agente peruano Quiñones desde La Paz, avinagran esta mañana al sitiado contralmirante Montero en Arica. Al frente tiene a la escuadra enemiga y por el sur al ejército chileno acortando distancias, con el propósito de impedir la retirada a los vencedores de Tarapacá. Lejos del alcance de las baterías del Morro, el crucero "Angamos" ha ensayado su nuevo armstrong de largo alcance, demostrando que puede bombardear puerto y campamentos militares desde la impunidad del horizonte. Aquel flamante cañón inglés tiene un poder que no creían posible: sus granadas de 250 libras viajan con toda precisión más de seis y acaso siete kilómetros a sacudir Arica y a despedazar toda confianza peruana en la superioridad de sus antiguos parrot de 150 y en su gran cañón de 300 libras, cuyos proyectiles se derrumban a cuatro mil yardas de distancia. Pero si sólo de chilenos se tratara, Montero no habría rechazado el desayuno. Ahora resulta que a su espalda, entre el campamento boliviano de Tacna y La Paz, se dislocan autoridades y se desmorona el gobierno.

Daza había regresado a Tacna después de su traición en Camarones y, como si nada malo hubiese sucedido, restableció la amplitud de su mando sobre ese ejército de cuatro mil hombres humillados. Pero La Paz es un polvorín humeando. Aparecían sublevadas bandas de dispersos en San Francisco a divulgar que don Hilarión tiene la culpa de desastre, que es un traidor. Antes de acabar colgado como los Gutiérrez en Lima, el conspícuo general Othón Joffré hizo valijas, desfondó las arcas de su ministerio y se evaporó de la capital boliviana. Como días antes se había aceptado la renuncia del Ministro de Hacienda, el gabinete de cuatro ministros quedó sin quórum y acéfalo el gobierno nacional. Serapio Reyes Ortiz, Ministro de Gobierno, y el doctor Méndez, su solitario colega de Justicia, Instrucción, Culto y otros menesteres, explicaron que el General Joffré no

había fugado al extranjero sino que marchaba en comisión a Oruro, a reunir dispersos y a juntar tropas con qué garantizar el orden interno de la República. Nadie creyó sus palabras. Esos miserables levados un Viernes Santo y enviados a instruirse militarmente en Tarapacá, luego inducidos a traicionar por sus propios jefes y en fin dispersos, todavía dueños de rifles y cartuchos, se reorganizaban en pandillas de hasta cien hombres que volvían saqueando pueblos y haciendas a su paso y podían convertirse en propietarios de La Paz y Bolivia, sin que las autoridades contaran con más de cincuenta viejos fusiles de chispa para oponérseles. El recuerdo del sargento Melgarejo subido carniceramente al poder absoluto, acaso movió al alcalde Daniel Núñez del Prado a denunciar la acefalía del Gobierno y a convocar a la Guardia Nacional. En verdad, el gabinete necesitaba no menos de tres ministros para sesionar. Reyes Ortiz y su colega Méndez recurrieron a una segunda argucia: antes de que desapareciera el General Joffré, afirmaron que se había designado Ministro de Hacienda al doctor Sanjinez. El supuesto ministro negó de plano formar parte del gabinete. Reyes Ortiz y Méndez se asilaron entonces en la Legación del Brasil. El aliado quedaba sin gobierno.

Llegados al galope desde La Paz, los informes secretos de la Legación Peruana explican que parece cocinarse la exaltación a la presidencia del coronel Juan Granier, jefe del *Victoria*, que una vez consumada la tragedia de Pisagua abandonó a Villamil para viajar directamente a Tacna, donde no se le había abierto juicio. La autoridad de Núñez del Prado se reafirmó cuando personalmente liquidó un motín de cuartel, matando de un balazo al sargento Cordero que repartía cartuchos a dispersos de Pisagua y San Francisco para saquear la ciudad y fusilar a las autoridades. Nadie acudía a los llamados para formar la Guardia Nacional. El alcalde convocó a una junta de notables que fracasó por falta de concurrentes. Entregó entonces el mando de sus gendarmes al General Acosta, envió emisarios a llamar al General Campero y previno a los agentes peruanos que en Tacna se preparaba la segunda traición de Daza, ahora de acuerdo con Chile: el sorpresivo ataque por retaguardia a sus pro-

pios aliados en Arica y el posterior trueque de Atacama y Tarapacá para Chile y Tacna y Arica para Bolivia.

Mientras tanto *la Invisible*, como se había bautizado a la quinta división del General Campero, daba sus primeras señales de vida en el desierto de Atacama. Una vanguardia de 70 jinetes al mando del coronel Rufino Carrasco bajó de la cordillera por Chiuchiu y atacó a los *Cazadores del Desierto* en su puesto avanzado de San Bartolo, matándoles a una docena de jinetes, tomando once prisioneros y 16 caballos, 18 carabinas wíchester, 14 sables y cerca de veinte monturas. Carrasco esperó refuerzos dos días y regresó a las montañas tan pronto asomó una gruesa columna enemiga despachada desde Caracoles a batirlo. Esta noticia tampoco alegró al contralmirante. Si Campero anda perdiendo todavía su tiempo por la cordillera y lejos de La Paz, no habrá modo de organizar un gobierno en la capital aliada y de una vez por todas deshacerse de don Hilarión y sus abominables intrigas.

Con tan sombrío estado de ánimo, el jefe político y militar de los departamentos del Sur recibió la noticia de que llegaban peruanos del desierto. ¿Buendía? No, mi almirante. ¿Suárez, Cáceres, Bolognesi? No, señor. Llegaba la caballería y los que corrieron del enemigo en el cerro San Francisco.

Mientras tanto en Jaina, el ejército pasaba rancho por segunda vez y descansaba veinticuatro horas. Unos treinta hombres, tan extenuados que no conseguían levantarse, quedaron en el pueblo al cuidado de honestas autoridades. Ugarte aceptó caballos y monturas de sus conocidos de Aroma, y con cargo a su hacienda, dispuso que se entregara quinientos soles al gobernador Fortunato, a fin de alimentar a los combatientes que dejaban en el pueblo. Después los batallones alzaron campamento.

Podían dejar la cordillera por el valle de Aroma, pero esa ruta los devolvía al Tamarugal precisamente entre Pisagua y Huarasiña. Así que el coronel Ugarte eligió la desolada nocturna ruta del Portachuelo de Pucara. De nuevo ascendían a más de tres mil metros sobre el nivel del mar. Sólo batallones serranos podían mantener marcha regular por este paraje. Devueltos

a lo más inhóspito de la región, los soldados descansaron al mediodía en una cumbre sin sombra. Quince horas después entraban tambaleantes al caserío de Soca. Allí les repartieron cancha y cien gramos de charqui por cabeza.

Amanecía cuando acabaron la miserable merienda. Cubierto con una frazada, Ugarte contemplaba la helada aparición del nuevo día. Cerca suyo crujieron las botas del coronel Cáceres.

—Oiga, señor Ugarte, debo darle las gracias...

—Qué ocurrencia, señor Cáceres.

—Ya me había acostumbrado a la chilenuita —antes de que el Ejército se moviera de Jaina, uno de los mayordomos de Aroma le entregó un caballo bien ensillado, de parte del hacendado. Puesto a retaguardia, el jefe huamanguino recién podía agradecer el regalo.

—¿Y la mulita? —sonrió el jefe de Nacionales.

—La tiene Recabarren.

—Hum... Toda esta tierra parece que no tuviera dueño, ¿ah? —el coronel del *Iquique* contemplaba la sinuosa inmensidad pelada—. Aquí sobra sitio, ¿no cree usted?

—Sobran chilenos —Cáceres ha crecido en otra región de la cordillera, a tres mil metros todavía verde y lluviosa, con sauces y frutales, árboles de tilo, barrosas manadas de ovejas de Castilla—. No se engañe, señor Ugarte, nunca sobra sitio y todo esto es el Perú. Del país no se regala ni medio centímetro. Hay siglos de peruanos sepultados bajo esta tierra. Por eso es nuestra...

El fuerte coronel ayacuchano apisonaba el suelo con su botas deshechas.

—...bien nuestra que es, señor Ugarte.

—Si no hubiera países... ah, no me haga caso —Ugarte rió—. Necesitamos dormir.

—Hay países —Cáceres lo acompañó de regreso al caserío—. Hay asesinos, hay guerras, hay traidores, hay débiles, hay fuertes, hay hombres previsores y hombres estúpidos. Tenemos que aceptar la realidad, señor Ugarte. Así encontramos el mundo. ¿Usted se rendiría al enemigo?

—¿Yo? —Ugarte lo miró con intensa seriedad.

—Usted, señor Ugarte. Se lo pregunto de hombre a hombre.

—¿Por quién me toma usted, coronel?

—Lo he visto combatir una vez pero no me basta, señor Ugarte. Debemos conocer cuáles son nuestras limitaciones. Se lo he preguntado antes al coronel Bolognesi, al coronel Fajardo y al coronel Recabarren. Ahora se lo pregunto a usted.

—¿Por qué?

—Ya nos han traicionado lo suficiente, señor Ugarte.

La negra mirada de Alfonso Ugarte se apaciguó. Viajaba de nuevo por el paisaje pardo y sediento.

—Se trata de mi hogar y de mi honor, de mi familia, de mis amigos, de todo cuanto ha pasado por mi vida... no, coronel Cáceres, yo no me rindo. ¡La gran puta que los parió, malditos chilenos! ¡No señor, yo no me rindo!

—Gracias por su franqueza, coronel. Ya somos varios los que compartimos el mismo juramento.

Autónomos y harapientos fabricantes de realidad, hubiese querido hablar Ugarte, de esto nada más éramos capaces, observe mi coronel el tamaño de la obra, responda con toda sinceridad si nos acompaña un rastro de alegría. De vuelta al campamento oyó chasquear una de las botas de Cáceres, cuya suela golpeteaba como una lengua fuera de sitio. Observó a seres esqueléticos, en ateridos racimos bajo la luz que comienza, sus propios subalternos tiritando bajo un cielo que se obstina en agrisar la luz y esconderlos del sol. De ayer a hoy: treinticinco kilómetros sin recibir todavía auxilio de Arica, adonde se despachó emisarios desafiando la más corta ruta del desierto para informar de la batalla y pedir que tropas frescas acudan en su ayuda a la cordillera. Parece que a nadie le importa la solitaria victoria de Tarapacá, mi coronel. Pero Ugarte dejó que Cáceres siguiera de largo hacia el vivac de la Segunda División.

Al alba del viernes, sin haber probado otro alimento que el ya digerido rancho de charqui con cancha, el ejército se animó en busca del Portachuelo de Pucara. Siete horas caminaron por una meseta a tres mil setecientos metros sobre el nivel del mar. Nada se mueve, salvo el ichu golpeado por un viento incesante que baja de costado desde la salada inmensidad del alti-

plano: ni vizcachas o patos salvajes o rebaños de carneros se alejan del ejército que mantiene esforzadamente el orden de su columna. A partir de Pucara, la ruta ha de caer mil metros al encuentro del jugoso valle de Camiña. A diferencia de Aroma, esa quebrada baja curvándose hacia el norte. Donde Camiña cambia de nombre y empieza a llamarse Tana y después Tiviliche, allí acaba el Tamarugal. Los batallones de Juan Buendía sólo tendrán que cruzar la benigna pampa de Chiza para alcanzar Camarones y territorio controlado por las armas del Perú.

Editorial de "El Comercio"

La combinación ministerial que ayer anunciamos como probable y que algunos, no sin razón, consideraban segura, ha fracasado como las anteriores. Anoche, a última hora se retractaron dos de los cinco caballeros que durante el día habían ofrecido tomar parte del nuevo gabinete, y el General Prado, reconsiderando, sin duda, también por su parte, la opinión que tenía formada de los antiguos ministros del General La Puerta, a quienes tan empeñosamente ha buscado sustitutos desde el sábado, volvió la vista hacia ellos, llamándolos como colaboradores de las tareas administrativas que se propone emprender aleccionado por los reveses que ha sufrido en el Sur.

Es natural que las dificultades con que ha tropezado para organizar un ministerio, primero bajo la presidencia del señor Piérola, luego bajo la del señor García Calderón y por último bajo la del señor Irigoyen, hayan inducido al General Prado a buscar combinaciones fáciles; y como ninguna le era tanto como la que quedó insubsistente el sábado, por efecto, no de la voluntad de los miembros del gabinete sino de las circunstancias, recurrió a los ministros del General La Puerta.

Si cuando se trata de cuestiones tan altas y trascendentales como la organización de un gabinete, frente al enemigo de la Patria, pudieran permitirse los hombres tomar pequeñas venganzas, quizá tendría razón el General Prado de haber procedido como ha hecho, pues en cierto modo la responsabilidad de la subsistencia del desprestigiado ministerio de que se ha rodeado, recae sobre los señores Piérola, García Calderón e Irigoyen; pero la verdad del caso es que la víctima de las intrigas de los últimos días es el país, que tiene que continuar soportando un Gabinete al que no debe sino una dictadura injustificable de treinta días.

El mal efecto que necesariamente debe producir la noticia de política interna que comentamos, será por fortuna neutralizada por la que hoy se nos ha transmitido del teatro de la guerra. Ya que el General Prado ha venido a Lima y tras él llegan las primeras buenas nuevas de la época aciaga para nuestras armas, que empezó con la pérdida del "Huáscar" que sirva de algo al Presidente de la República la experiencia adquirida en seis meses de campaña.

El tiempo que S.E. ha permanecido en Arica y Tacna no sólo servirá para que, conocidas las necesidades del Ejército de una manera inmediata se procure su pronta y eficaz satisfacción; sino también para calmar las desconfianzas que naturalmente se han levantado con motivo de la actitud que se dice asumió el general en jefe en los encuentros con las fuerzas enemigas, pues de ella debe tener conocimiento el General Prado. El país todo, con ocasión de aquellos desastres, ha concebido justos celos respecto de la competencia del General Buendía para mandar el ejército que le fue confiado; y esos celos no podrán disiparse, sino cuando un rápido y severo proceso venga a demostrar lo que haya de cierto en los cargos que pesan sobre el enjuiciado general. Si la falta de previsión y de valor en él es la causa de tan desgraciados sucesos, que se cumplan rigurosamente las prescripciones de la Ordenanza; si, por el contrario, ese general es inculpable y nuestros contratiempos son debidos a circunstancias que no dependieron de su voluntad o su impericia, renacerá la confianza en su competencia y con ella vendrá el

aliento, no sólo para los que militan bajo sus órdenes, sino para cuantos se interesan por el triunfo de nuestras armas.

Pero es indudable que la absolución o el castigo deben ser pronto, inmediatos; porque la prolongación de una actualidad angustiosa y llena de inquietudes, como la presente, hace al país inmenso daño; un daño tal vez mayor que el que pueden causarle las hostilidades de los enemigos. Preciso es, por consiguiente, que se exija la prosecución rapidísima del proceso, a fin de que ese juicio no sea una ilusión, un simple aparato para llenar las formas y corromper la moral militar, que, si debe ser severa en todo tiempo, ha de serlo más aún en circunstancias como las que por desgracia atravesamos nosotros.

Si continuamos bajo el mismo pie que hasta hoy; si el Gobierno se contenta con hacer al ejército las remesas de hombres, armas, elementos, etc., que se les pidan en momentos supremos, para que lleguen a su destino cuando tal vez sean ya innecesarias; si se toleran los pecados contra las leyes militares y entran las contemplaciones y el afecto personal a desvirtuar el poder enérgico de las ordenanzas; jugaremos a la guerra, en cambio de la guerra cruel, salvaje que nos hace Chile. Es necesaria la guerra verdadera y no un simulacro que empeore nuestras condiciones actuales; que por sí solas, por efecto del valor de nuestros soldados, han principiado a mejorar notablemente en Tarapacá, según las noticias que publicamos en nuestra primera edición de hoy.

Miró Quesada busca noticias

Próximo a cumplir treinticinco años de edad, José Antonio Miró Quesada chocaba a principios de diciembre contra un macizo y sibilino Poder Ejecutivo que gobierna estrictamente a puertas cerradas, sin que habituales resquicios permitieran al joven co-director de "El Comercio" reunir algo más que gasta-

dos datos dispersos: el rumor de fantásticos armamentos en ruta al Perú, cierta insistente voz de que pronto tendremos un gran acorazado. Aunque menos conocido que Andrés Avelino Aramburú, director de "La Opinión Nacional", y no tan brillante escritor como don Cesáreo Chacaltana, director de "El Nacional", el activo Miró Quesada se preciaba de ser el mejor cazador de noticias en la ciudad. Entre seis diarios y ocho periódicos locales en dura competencia, desde el conservador cotidiano "La Sociedad" conducido por el clérigo Tovar, hasta "El Obrero" socialista que publica Manuel Heraud, acababa de modernizar "El Comercio" estableciéndolo como el diario que debe leerse si se quiere estar bien informado de toda la actualidad peruana e internacional. El suyo es el diario con más suscriptores y por las calles de Lima hay quienes ahora retienen al periodista, no para susurrar el derrotero de una primicia, sino para sonsacar secretos que suponen en su poder. Por primera vez en mucho tiempo, Miró Quesada avanzaba a ciegas, tan desinformado como cualquiera de esos transeúntes.

La verdad es que el periodista más importante de Lima nació en Panamá. Dificultades mercantiles obligaron a su familia a moverse al Perú, donde un tío suyo llegó a coronel en las guerras de la Independencia y donde tenían buenos e influyentes amigos, como el opulento don José Canevaro, cuyas actividades incluirían pronto asuntos tan diversos como el tráfico mayorista de chinos y las consignaciones del guano; y como Domingo Elías, ese hacendado iqueño cuya fortuna nadie se atrevía a calcular. El periodista, a quien preocupa este diciembre la indiferencia de un Poder Ejecutivo que considera corrupto e incompetente, no recuerda su primera visión del Callao, al que llegó en velero a los dos años de edad, mientras su hermano mayor Joaquín partía de Europa con uniforme de guardiamarina peruano, a bordo del "Rímac", primer vapor de guerra nacional. Este periodista de cuerpo magro, espeso bigote negro, pulcra y discreta vestimenta inglesa, que no sospecha la proximidad de una borrasca política que lo envolverá como a uno de los protagonistas principales, ha pasado gran parte de sus 34 años y diez meses de vida en el Callao, lugar donde su padre,

Tomás, instaló negocios no siempre afortunados. Precoz partidario del General Castilla, a los once años el futuro director de "El Comercio" devoraba las informaciones de ese diario sobre el surgimiento de los liberales: Gálvez y Simeón Tejeda exigían en el congreso la abolición de los diezmos; Santiago Távora la efectiva erradicación del tributo indígena que, aunque abolido, seguía cobrándose mañosamente en todo el territorio. Un joven llamado José María Químpen denunciaba el despilfarro del Tesoro Público en la indebida indemnización que acordó el Gobierno a los dueños de negros libertados y que ahora pasaban la cuenta por mandingas fallecidos desde principios de siglo. Castellista y a la vez atraído por los grandes discursos liberales de Mariátegui y Francisco de Paula González Vigil, la joven cabeza del futuro periodista por primera vez sospechó las sinrazones de la política cuando un coronelote, Pablo Arguedas, entró al edificio del Congreso y echó a culatazos a los representantes del pueblo, facilitando así a Castilla cambiar de línea en busca de un régimen conservador y autoritario. Todo puede suceder en épocas tensas como este diciembre de 1879, en una mañana de engañosa paz como la que Miró Quesada estudia en el Salón de la Bolsa, mientras bebe un cordial y olfatea rastros de descontento por la confirmación de La Cotería y su gabinete en el poder. Muerde una aceituna y una anchoa, contempla pasar seres más bien sonámbulos a las once de la mañana. Con su edición de la tarde ya en proceso, puede emplear su tiempo en resolver asuntos administrativos de la imprenta. Pero intuía novedades y salió a esperarlas, como quien toma un poco de fresco. En tiempos de Congreso y aun en períodos de receso, los honorables congresistas se encargaban de datear a los diarios sobre sucesos de política interna, esperando verse recompensados con la publicación de sus nombres en letras de imprenta. Miró Quesada se movía con experta soltura por trastiendas de partidos y antesalas electorales. Porque con tantos suscriptores "El Comercio" ayuda a subir a diversos peldaños del gobierno, y los que quieren llegar o los llegados hace tiempo proporcionan pistas y documentos y hasta soportan sonrientes las descargas editoriales del joven Miró Quesada. Precisamente hoy ha critica-

do a Piérola, a quien no tiene simpatía; a Irigoyen, que ha sido un buen Ministro y a García Calderón, a quien profesa respeto. Pero ni políticos casi siempre bien enterados, ni organizaciones partidarias, ni amigos que trabajan dentro de la administración pública, nadie puede explicar la silenciosa indiferencia que rodea los movimientos al parecer rutinarios del General Prado y su Consejo de Ministros.

Miró Quesada eligió el camino más largo para volver a su diario, extraviándose un rato por Mercaderes y la Plaza de Armas, a contemplar ese palacio testigo de tantas equivocaciones. Había peleado como teniente en el Callao en 1866 antes de aceptar la representación de "El Comercio" en el puerto. En 1871, cuando se le consideraba el mejor corresponsal chalaco, el que recogía antes que nadie las novedades llegadas por vía marítima para transmitir las por telégrafo eléctrico a Lima, fundó con el inglés Lawton un periódico bilingüe, *The Callao and Lima Gazette*, que se imprimía en el puerto. Poco después, cuando el Presidente Balta clausuró los diarios de Lima y Aramburú y Chacaltana, entre otros directores, tuvieron que asilarse en la Legación de Alemania para salvar el pellejo, la *Gazette* apareció en el Callao dando cuenta y protestando por la violencia contra la libertad de imprenta. La *Gazette* tuvo que convertirse en el *South Pacific Times* un año después. Miró Quesada imprimió veinte mil ejemplares del *Times* con la protesta del Congreso contra la usurpación de los coroneles Gutiérrez. Ha sido testigo de carnicerías callejeras, epidemias, revoluciones y ahora de una guerra. Y nunca tan impenetrable y al parecer sordo el poder supremo. Hace unos meses viajó a Panamá, el istmo donde nació y del que proviene su familia, a facilitar el transporte de armas peruanas por el ferrocarril interoceánico. Agente confidencial, político, también teniente-coronel de la Guardia Nacional, desde hace cuatro años co-director de "El Comercio", sabe Miró Quesada que en esa misión salvó de ser asesinado por agentes chilenos. Las armas llegaron al Perú. Ha cumplido sin que una indiscreción escapara de sus labios. ¿Por qué entonces no se vuelve a confiar en él y, si de verdad existe un plan superior para ganar la guerra, no se le infórma para que a su vez

oriente a la opinión pública? ¿Hasta dónde se puede confiar en un Poder Ejecutivo que se acoraza en el misterio? Por su hermano Gregorio, comandante de la Marina de Guerra, Miró Quesada conoce que de nuevo se alistan tripulaciones para viajar al extranjero. El contralmirante de la Haza, su padrino de matrimonio, parece de veras excitado por inminentes compras navales. No es primera vez que el director de "El Comercio" percibe este ambiente a salvación militar, acaso nada más se contagiaban de la reciente victoria de Tarapacá, de la que empiezan a conocerse detalles. ¿Nuevos buques? ¿un potente blindado? ¿Con qué dinero? ¿Y quién querrá vendérselo al Perú? Si el crédito exterior está arruinado, si todavía no termina la colecta popular, si francamente Quimper se comporta como un incapaz que en vez de dar explicaciones incita a la dictadura. Dio por concluido su paseo por la plaza. Rumorean que Prado está enfermo, fuera de sus cabales. Y La Puerta es un inválido. El primero de diciembre debió convocarse y no se convocó a elecciones generales para cambiar de presidente el 2 de agosto de 1880. Visitó brevemente los salones del restaurado *Hotel de France et d'Angleterre*, cuyo gran cocinero *monsieur* Leon ha llenado el vacío que dejó en Lima *monsieur* Trinchet, viajado a Estados Unidos lejos de todo posible bombardeo. Aquí, allí se oye batir dados, sirven cocteles, los caballeros conversan de negocios, todos de acuerdo en que se atraviesa una situación difícil. Miró Quesada decidió dar una sorpresa a su esposa Matilde, acaso ocupada en traducir artículos de periódicos franceses, y llegar temprano a su casa en la angosta calle Padre Jerónimo, a tres cuadras de la imprenta. Le disgustaba usar los servicios de soeces cocheros de alquiler y no tiene carruaje propio. Caminaba con activas y livianas pisadas cuando cerca de la plazuela de San Pedro le dio alcance Guillermo Carrillo, jefe de redacción de "El Comercio". Traía la pechera empapada en sudor.

—¡Mira esto! —dijo entregando un papel como si se tratase de un trozo de dinamita—. ¡Es una carta de Piérola incitando a la revolución!

De traje negro bajo el fuerte sol de diciembre, Miró Quesada leyó dos veces la copia del documento que habían dejado hace un rato en su oficina. Observa Carrillo, la plaza que empieza a quedar desierta, calles por las que cierran negocios hasta después del almuerzo y la siesta. ¡Nos estamos volviendo locos! —murmuró—. Apretaba los labios que adelgazaron hasta casi desaparecer bajo el bigote. ¡Y el General Prado había llamado a Piérola a presidir el Consejo! ¡Y el Gobierno parece tan tranquilo ahora con su antiguo y repudiado gabinete! ¿Cómo pueden ser tan ingenuos?

—¡Vamos! —Miró Quesada arrancó hacia su imprenta—. ¡Tiene que aparecer en la edición de la tarde! ¡Y debemos preparar un editorial, de algún modo hay que parar el cuartelazo!

Carta de Piérola

Señor director de "La Patria"

Estimado señor y amigo:

Vuelto el señor General Prado a Lima, después de un nuevo, injustificable y no explicado desastre, mi negativa a organizar un gabinete bajo la presidencia de dicho señor ha dado origen a la malevolencia de unos pocos y a la irreflexión de muchos, para hacer los más desatinados y caprichosos comentarios.

Pasaría, como he pasado hasta hoy, en silencio sobre ellos, si sólo llevasen daño a mi persona; pues creo haber demostrado que no sé acordarme de mí cuando se trata de la Patria. Pero como todos esos comentarios concurren en la afirmación de que, a mi juicio, la situación es desesperada, siendo esta la causa de negarme a afrontarla, lo que indudablemente daña al Perú den-

tro y fuera, debo una terminante declaración al país; y voy a darla, cueste lo que cueste, con toda la resuelta impavidez que la solemnidad del instante me reclama.

Si jamás es lícito faltar a la verdad, hay momentos en que debe ser dicha toda entera, y en los que todo silencio es una culpa.

Fui llamado por el señor General Prado para organizar, con toda libertad, un gabinete. Me negué inmediata y terminantemente a ello; pero fundando mi negativa en una exposición tan franca como jamás ha podido ser hecha, en la que nada ha quedado reservado, y acompañándola de lo que a mi juicio debería ser por él ejecutado.

Voy a condensar en pocos puntos mi manera de ver la situación.

1º Los contrastes sufridos son fruto necesario, no sólo de los hombres que están al frente de los negocios, sino del régimen en que vivimos y contra el cual he luchado por todos los medios y durante diez años, así en el gobierno como fuera de él.

2º Manteniendo ese régimen es imposible hoy salvar la situación; y, por lo mismo, ayudar a sostenerlo, lejos de trabajar por el Perú, es trabajar porque se consume su ruina.

3º En cuanto a las personas que representan ese régimen tanto el señor General Prado como el señor General La Puerta, han llegado a ser imposibles como jefes de la nación en las actuales circunstancias; y por lo que toca al segundo Vicepresidente, me bastará decir que su alejamiento del país es claro testimonio de buen juicio y patriotismo.

4º Los que se irritan y me acusan porque no consiento en ser jefe de gabinete, al cabo de ocho meses durante los cuales no he sido hallado útil para nada, presentándose obstáculos inconcebibles hasta para ejercitar el derecho de hacerme matar a la cabeza de un grupo de voluntarios, se irritan y me acusan, no porque no acudo a salvar al país, sino porque no acudo a salvar la dominación que ellos han ejercido y no han sabido emplear en el triunfo del Perú.

5º La legalidad no existe realmente. Está reducida en realidad no a mantener instituciones que han sido desnaturalizadas

y que en este momento son incompatibles con el bien público, sino a mantener en el poder a tales o cuales hombres.

6º Me resigné, hace dos meses, a presidir un gabinete, para el que se me negó la libertad legal que el apuro de la situación hace que se me otorgue ahora; me resigné a ello sólo porque, creciendo la inminencia de una invasión y la proximación de una batalla campal, era, ante todo, indispensable evitar en ella precisamente lo que ha venido, sin razón que lo justifique. Hoy no hay aquel motivo. Se necesita algo más, mucho más; y aquella resignación mía no tendría ahora explicación y sería culpable.

7º Para un pueblo que tiene fe y resolución de salvarse, no hay jamás situación que pueda llamarse desesperada. Creo que la nuestra dista mucho de serlo; pero aún cuando lo fuese, los hombres de corazón sólo sucumben luchando.

8º Yo no me he negado, pues, a servir al país, y a servirlo lo mismo en el último que en el primer puesto. Me he negado y me niego, sí, a dos cosas: 1º a buscar ese puesto por mí mismo, sin ser llamado a él; 2º a aceptarlo sin los medios de hacer lo que creo indispensable al bien del país.

Para mí hay en este momento dos cosas igualmente absurdas y que sólo los necios podrían abrigar: 1º la ambición personal; 2º el egoísmo que prescinde.

La situación está resumida así. Si el país ha de salvarse, una transformación política radical es inevitable. O ella se verifica de arriba abajo, tomando el General Prado la iniciativa de una apelación al pueblo, única entidad legal que puede decidir; o esa transformación se verificará de abajo arriba, con funesto estrago, que necesita evitar a todo trance el patriotismo.

Para evitar este segundo extremo, no he omitido yo esfuerzo alguno desde que se declaró la guerra, llegando últimamente, por puro deber patriótico, hasta ir a recibir personalmente al señor Prado, esperando, como espero aún, que este llegase por fin a hacer lo que yo le he pedido con instancia, lo que, o mucho me engaño o él mismo reconoce indispensable, lo que la salvación del país le reclama.

Esta es la verdad de las cosas. La estampo en esta carta, sin otro móvil que la salud del Perú y por nuevo y muy costoso que sea el sacrificio que ello me impone.

Agradeceré a Ud., señor director, se sirva darle lugar en las columnas de su diario antes de la salida de la mala para el extranjero.

Saludo a Ud. afectuosamente.

N. de Piérola.

Químper previene un complot

Las puertas del Salón del Consejo se cerraron detrás de Mariano Ignacio Prado. Una vez que ocupó el sillón presidencial, invitó a sus ministros a sentarse.

—¿Trae usted malas noticias, señor ministro? —se dirigió a Químper, como si tuviese prisa por despachar la reunión del Consejo solicitada urgentemente por el Ministro de Hacienda.

—Creo que las malas noticias están a la vista de todos, Excelencia. Porque escapan a la acción de mi portafolio me he permitido pedir que el gabinete sesionara. Me refiero, Excelencia, a la evidente conspiración política de que somos objeto...

Químper conversó temprano con el General La Coterá. Teníamos revolución pierolista en Moquegua, explicó el Ministro de Guerra. El montonero Huacullani, en verdad llamado José Manuel Jiménez, abandonó el puerto de Pacocha tan pronto Su Excelencia partió de Arica. No importa que la escuadra enemiga merodeara la costa entre Mollendo y Tarapacá, el famoso Huacullani llevó a sus montoneros en tren a Moquegua y encarceló al señor Prefecto sustituyéndolo por su amigo Samuel Barrios. Apareció en escena el coronel Chocano, conocido por sus

vinculaciones con Piérola, y aparentemente restableció el orden con un batallón de la Guardia Nacional. Pero ni el antiguo y legítimo prefecto, ni el usurpador Barríos resultaron gobernando Moquegua, sino el propio Chocano secundado por notables pierolistas moqueguanos y también por Huacullani y sus monotoneros. El Ministro de Guerra estaba furioso porque el puerto de Pacocha sigue abandonado, invitando a los chilenos a desembarcar por la retaguardia del Ejército del Sur. Hacendados de Chíncha y Cañete informan también de otra desembozada subversión: amigos de Piérola reclutan gente armada y alzan montonera amenazando a los propietarios con fusilarlos si no ayudan al movimiento. Químper vinculó esas noticias a la recién difundida carta de Piérola y pidió inmediata sesión de gabinete.

—...y no me refiero, Excelencia, a los violentos editoriales que nos dedican periódicos ignorantes de la esencia de nuestra gestión que constituye un secreto de estado, sino a la carta del señor Nicolás de Piérola publicada en “La Patria” y reproducida en todos los diarios.

—¡Oh, es eso! —se fastidió el Presidente.

—Sí, Excelencia. ¡Eso! Una carta invitando a liquidar el gobierno constitucional. Y el encarcelamiento de su prefecto en Moquegua. La incesante corrosión que se practica en el interior del ejército. Creo que Su Excelencia haría bien en juntar este pequeño e ingenuo rompecabezas y ver qué se proponen nuestros enemigos internos.

—¿Insinúa Su Señoría que don Nicolás de Piérola pretende adueñarse violentamente del poder? —casi sonrió Quiroga, encargado interinamente de la Cancillería—. ¡Imposible!

—¿Qué opina el señor Ministro de Gobierno? —se oyó a Prado.

—No creo razonable la sospecha de mi estimado colega el doctor Químper. Los sucesos de Moquegua son producto de viejas y pequeñas rivalidades provincianas, de ningún modo una revolución nacional.

—Excelencia —insistió Químper— ...hace ocho meses el señor Piérola preparaba otra expedición revolucionaria al Perú. Su centro de operaciones era nadá menos que Valparaíso.

El gobierno chileno le ha dispensado todas las facilidades del caso cada vez que él ha pretendido desordenarnos internamente. Lo cual, no necesito refrescárselo a los honorables miembros del gabinete, ha sucedido varias veces en los últimos años. Ahora lo tenemos en casa, en plena retaguardia, negando su apoyo político al gobierno pero, eso sí, conservando el mando de un batallón y su influencia sobre otros cuerpos importantes de la Reserva. Además interviene activamente en política, haciéndonos oposición a través de "La Patria", que es un diario que él controla y, en fin, se permite recomendar una dictadura para salvar al Perú.

—Es más o menos lo que me dijo durante nuestra entrevista —admitió Su Excelencia—. Pero también me aseguró que no intentaría asaltar el poder en presencia del enemigo. Yo no siento simpatía por los métodos del señor Piérola, pero tampoco lo creo capaz de traicionar a su país.

—¡Pero Excelencia... —protestó Químper— ... ¡él cree que apoyar al gobierno constitucional constituye la verdadera traición al país!... —desplegó con vehemencia el recorte de "La Patria"— ... el señor Piérola dice textualmente que usted y el General La Puerta han llegado a ser imposibles como jefes de la nación en las actuales circunstancias. Afirma que sostener al gobierno es lo mismo que arruinar al Perú. ¡Y esto proviene de un hombre a nuestro servicio, con rango de coronel, y jefe de cuatrocientos hombres bastante bien armados!

—Usted lo conoce, doctor Químper —se oyó al Ministro Elguera—. Es un hombrecito vehemente y descomedido, nada más.

La mirada de Químper buscó apoyo en La Cotera.

—¿Qué propone usted, señor Ministro? —habló Prado.

—La sanción más drástica, Excelencia. Me apena pedirlo, porque el señor Piérola es mi amigo fuera de la política.

—¿Sabe usted cuál es esa sanción, doctor? —Prado hablaba suavemente. Químper no contestó—. ¿La conoce usted?...

Ahora Químper asintió en silencio.

—... ¿Y cree usted que esa carta nos faculta para fusilarlo como a un traidor?

—Creo, Excelencia, que el señor Piérola nos está diciendo traidores a nosotros. ¡Públicamente y con su firma! Y creo que a este paso, acabaremos siendo fusilados por él. . .

Buenaventura Elguera rompió a reír.

—...no es un chiste, señoría.

—Vamos, vamos —terció el taciturno Quiroga—. La carta de Piérola a mí me parec una insinuación a Su Excelencia para que actúe firmemente contra ciertos intereses que se oponen a la acción del Ejecutivo y de este gabinete.

—Cualesquiera que sean sus opiniones, caballeros, yo solicito que el señor Piérola sea separado de todo mando militar y disueltos los pocos batallones que lo secundan en su conspiración. Creo que debe confinársele en lugar seguro y clausurar su periódico sin demora.

—Somete su señoría tal solicitud al voto del Consejo?

—Sí, Excelencia.

—Antes creo que debe pronunciarse el señor General Primer Ministro.

—Comparto algunas de las inquietudes del doctor Químpen —convino La Cotera—. . . pero a la vez pienso que no conviene al Ejecutivo dar el primer paso contra Piérola. Se nos ha acusado de haber implantado una dictadura simplemente porque levamos a ciudadanos hábiles para la guerra o porque al fin levantamos recursos económicos que ella demanda. ¿De qué se nos acusaría si clausuráramos un diario y metiésemos en prisión a hombre tan notorio como el señor Piérola, al que hace unos días se ofreció la presidencia del Consejo de Ministros? Para tranquilidad de Su Excelencia y de sus señorías y en especial del doctor Químpen, permítanme declarar enfáticamente que la situación en Lima está bajo completo control militar. Tanto el Ejército como la Marina, sus altos mandos informados de las adquisiciones hechas y por hacerse, respaldan al gobierno y lo sostendrán a todo trance. Los desórdenes de Moquegua y Chincha serán oportunamente castigados con toda severidad. En cuanto al señor Piérola. . . lo tenemos constantemente vigilado, ¿no es así, señor Elguera? Dejémoslo pasear y discursar. Es como si fuese nuestro prisionero, sólo que él lo ignora. Por lo demás,

es inevitable que cambie nuestra suerte en el desarrollo de la guerra, lo cual fortalecerá al gobierno y privará de auditorio a agitadores y aventureros.

Votaron. Por mayoría se decidió que Nicolás de Piérola no fuese separado del mando de su batallón.

—Me temo, Excelencia, que un huracán demore seriamente el tránsito de nuestras armas por Panamá —habló después La Cotera—. El “Crescent City” alcanzó a descargar la mitad de nuestros bultos en Colón cuando sobrevino un verdadero desastre.

—¿Y el resto? ¿se salvó? —se tensó el General.

—El “Crescent City” salió mar afuera y capeó el huracán. Nuestros bultos en tierra soportaron un diluvio de dos días pero están felizmente intactos...

—¿Entonces?

—...la descarga del resto de las armas tardará una semana, por lo menos. El temporal estrelló a un buque francés contra el muelle de la *Pacific Mail*. En total se hundieron cinco barcos. En cuanto al ferrocarril, está interrumpido en la estación de Río Grande y en una zona llamada Paraíso. Necesitarán dos semanas para reanudar el servicio de trenes.

—¿Qué armamento se encuentra en Panamá?

—El coronel Larrañaga, nuestro cónsul, confirma lo siguiente por el cable cifrado —Quiroga se ajustó los espejuelos—. Cinco mil rifles peabody, seis ametralladoras modelo 1879, mil doscientas carabinas winchester para caballería, dos millones de cartuchos peabody, medio millón de tiros winchester, cuarenta catalejos de campaña, varios equipos para telégrafos de campo, cinco millones de casquillos y piezas importantes para nuestra fábrica de municiones. Todo esto ha sido remitido por la Casa Grace...

Piérola se empequeñecía en la memoria de todos, menos en la cabeza de Quimper.

—...según otro cable cifrado, mister Tracy informa tener en los muelles de Nueva York mil toneladas de bultos que contienen parte de nuestro segundo encargo a la Casa Grace... Se trata, hum, de veinticinco ametralladoras Gatling 1879, seis

mil rifles peabody, tres mil wíchester para caballería y cinco mil sables, aunque sólo un millón de cartuchos...

—Entiendo que la artillería norteamericana fabricada con patente Krupp será entregada en su totalidad a fines de enero —interrumpió La Coterá—. Pronto habrá noticias de la Misión Astete, Excelencia. Todo marcha bien en Estados Unidos. La lentitud de nuestras adquisiciones europeas me tiene francamente preocupado. Según informes confidenciales del Ejército, existen diferencias de criterio entre nuestros comisionados en París sobre las compras ordenadas por Lima.

—¿Es cierto eso? —se malhumoró Prado.

—Entiendo que el señor Canevaro hace prevalecer su autoridad de segundo Vicepresidente para ignorar las órdenes de nuestro Ministro de Hacienda. Se debió comprar y aún no se ha comprado el vapor “Malvine”, Excelencia.

—¿Tiene usted cómo confirmar esta información? —el Presidente se dirigió a Quiroga.

—Puedo intentarlo, Excelencia.

—¿Qué hay de la colecta popular para la compra de un blindado? —se interesó Su Excelencia.

—Bueno, el señor Ministro Químper asegura que su propia recolección de fondos la dejará pequeña —bromeó La Coterá intentando reanimar el buen espíritu de su colega. Pero Químper sólo alzó una ceja, como si el Ministro de Guerra hubiera desnudado una confidencia. El General encendió un delgado partagás—. No creo que acaben de tasar todas las joyas antes de enero. Se han fundido ya todos los objetos de plata labrada que no tienen valor artístico.

—Tendrán que entregar su plata en barras al estanco —se oscureció Químper—. No podemos arriesgarnos a que prospere un contrabando de lingotes con el pretexto de la colecta patriótica. La Ley es para todos, inclusive para monseñor Tordoya.

Prado decidió ignorar el malhumor de su ministro.

—Los organizadores de la colecta han designado ya personero a don Julio Pflücker y Rico para que viaje secretamente con los fondos a París... —La Coterá sacudió la ceniza sobre un cenicero de plata— ...Las donaciones de menor cuantía serán

objeto de una gran rifa en el Parque de la Exposición, cuya realización está anunciada para el próximo 18 de este mes. Obras de arte de mucho valor, como una pintura del Tintoretto y joyas antiguas serán llevadas por el personero Pflücker a París para un remate público. La comisión invierte todo su papel moneda en adquirir letras contra Europa. Oro y plata sellada o en lingotes completarán los fondos que se espera reunir, Excelencia, algo más de cien mil libras esterlinas.

—Hum —Prado se inclinó hasta apoyarse en la mesa del Consejo, observando a Químper que no parece prestar atención a lo conversado—. Doctor, usted y yo nos conocemos desde hace muchos años. . .

—Así es, Excelencia —el liberal se volvió hasta encontrar la mirada del Presidente de la República—. Y usted confió casi siempre en mi buen sentido. Me apena por usted y por el país, antes que por mí mismo, que ahora no quiera escucharme.

—. . .quería recordarle, mi amigo y ministro, que nunca creo haberlo defraudado desde nuestro primer encuentro. Hemos discutido a veces, pero sin dejar de comprendernos. Créame, yo atiendo a su preocupación. Haga usted un esfuerzo y atienda a las mías.

Mirada contra mirada, Químper acabó por sonreír suavemente. Había sido su ministro en aquel distante gabinete de guerra contra España, cuando un todavía vigoroso partido liberal jefaturado por Gálvez y que absorbía al futuro fundador del civilismo Manuel Pardo, sostuvo a Prado en el poder hasta que los conservadores propiciaron la revolución y los cuatro caóticos deshonestos años de Balta, para Químper el origen de la ruina nacional.

—Muy bien, Excelencia, haré el esfuerzo. . . —el General lo hipnotizaba y Químper se sacudió—. . .pero es mi obligación de amigo y de ministro señalar al Presidente de la República los desaciertos que pueda cometer. Si Su Excelencia considera hoy que me tomé atribuciones exageradas, entonces reconoceré amargamente que mi amigo y Presidente ha cambiado y que no puedo serle de ninguna utilidad.

Prado no dejó de sostener la mirada del Ministro de Hacienda.

—Sus consejos son bienvenidos como siempre, doctor. Corresponde a mi criterio de jefe del Estado aceptar unos y acaso rechazar otros pero no olvidar ninguno. Creo ser igualmente franco y leal con usted, mi amigo y ministro.

—Se lo agradezco, Excelencia. Deseo fervientemente haberme equivocado en mis temores.

—¿Cómo anda la gestión Rosas y Goyeneche?

—Es muy posible que sea mi regalo de Navidad, Excelencia.

—¿De veras? —se excitó Prado.

—Tendré noticias muy importantes dentro de una semana.

Prado se apoyó en el respaldo coronado por el escudo del Perú. Parecía aflojar una tensión insoportable.

—¡Entonces todo va a cambiar!

—No, Excelencia, todo será doblemente peligroso.

Pero Químper supo que ni Prado ni La Cotería habían entendido su enigmática admonición sobre las poderosas maniobras de la Casa Dreyfus en Europa y en el Perú.

Polémica entre El Comercio y La Patria

*(Artículo editorial de “El Comercio”,
publicado el jueves 4 de diciembre).*

Los lectores habituales de “El Comercio” deben haber observado que en nuestros trabajos editoriales evitamos, por sistema, ocuparnos de nosotros mismos y sostener polémicas con los demás diarios; pero a pesar de nuestro deseo de seguir esa línea de conducta, “La Patria” nos obliga a apartarnos de ella con su artículo de anoche referente a nosotros.

“La Patria” nos acusa de deslealtad porque hemos insinuado que su caudillo rehuye el peligro de afrontar la situación. Igual queja podrían formular los amigos de los señores García Calderón e Irigoyen, desde que hemos medido a estos caballeros con el mismo rasero que al señor Piérola, por más que el señor García Calderón haya tenido menos culpa que los otros dos presidentes de gabinete en proyecto, de no arribar a combinación ninguna. Pero la verdad es que, como de las tres entidades en cuestión, la única que se ha manifestado siempre predestinada a salvar el país, es aquella a cuyos intereses sirve “La Patria”, fácilmente se explica que la protesta venga exclusivamente de ese lado. Por lo demás, las razones que ha tenido el señor Piérola para negarse a formar un Gabinete constan de la curiosa carta que este caballero ha dirigido al director de “La Patria”. El señor Piérola puede no tener argumentos muy sólidos para justificar su negativa, pero indudablemente ha revelado que por lo menos tiene ideas propias. Aquello de que hace diez años que conspira contra el régimen establecido, pero que hace apenas dos meses se hallaba dispuesto a ponerse al frente de la situación creada por ese régimen; la impávida declaración de que ayudar a sostener el estado de cosas actual es trabajar porque se consume la ruina del país, lo que no obsta para que el señor Piérola mande un batallón que suponemos cristianamente se halla listo a sostener este régimen tan detestable; la franqueza con que declara el caudillo de “La Patria” que el General Prado es un presidente imposible, por arriba y por abajo, a pesar de lo cual le ha dado consejos, el señor Piérola, que espera que siga; todo esto y otras cosas por el estilo que justifican el vehemente anhelo del señor Piérola de que su carta no dejara de ir por la mala que se despachaba ayer tarde, sin duda porque abrigaba el temor de que los malévolos comentarios que pudieran hacerse de su conducta produciría en las cortes europeas y en el gobierno de Santiago; todo esto, repetimos, revela con abrumadora elocuencia cuánta razón ha tenido “La Patria” para quejarse de que hayamos dado importancia a la negativa del señor Piérola para formar un gabinete.

Pero “La Patria” no se limita a acusarnos de desleales para con el señor Piérola, sino de indignos para con el ministerio actual y con el General La Puerta, a quienes supone la monstruosa impostura de que hemos apoyado mientras estuvieron arriba y combatido mientras se derrumbaban. Respecto al General La Puerta, nuestra conducta no puede haber sido más honrada, ni más patriótica. Apoyamos su candidatura a la primera Vicepresidencia de la República, simplemente porque su competidor era don Buenaventura Elguera. No había punto de comparación entre los dos candidatos: podían ser ineptos ambos, pero el General La Puerta era hombre de antecedentes políticos. Llegó a ejercer el mando supremo nuestro candidato; y como nada le debíamos, como nada esperábamos ni temíamos de él, juzgamos sus actos con la misma patriótica imparcialidad que nos aconsejó apoyar su candidatura. ¿Hay quien dude que el General La Puerta ha sido un mal mandatario? Creemos que no. Pues esta es la única razón que hemos tenido para combatir la política de su ministerio.

Un solo acto administrativo del General La Puerta hemos aplaudido, por egoísmo, aunque en el fondo de nuestra conciencia tan sólo: el nombramiento del señor Elguera como Ministro de Gobierno; principiaba a establecerse ya comparaciones entre los dos candidatos y como uno de ellos no había sido puesto a prueba aún, no faltaba quienes se inclinaran a creer que el éxito no había favorecido al menos malo de ellos. Pero la lógica de los desaciertos o quizá su propio instinto, indujo al General La Puerta a fajar al señor Elguera; y quedó fuera de duda que las elecciones de 1876 pudieron dar peor resultado que el que dieron.

Se nos acusa de no haber combatido al desprestigiado ministerio de que formaba y forma aún parte el señor Elguera, sino cuando lo vimos bamboleante. Permítasenos protestar contra el cinismo que encierra esa acusación. La decisión con que combatimos ese ministerio en sus mejores tiempos fue tal, que se arrancó a la ingratitud del General La Puerta una amenaza verbal de clausura contra nuestra imprenta; amenaza brutal, injustificable y que levantó una protesta de indignación en la prensa, distinguiéndose por la dignidad y energía de la censura un correligionario de “La Patria”, “La Sociedad”. Pero esa protes-

ta no fue unánime: “La Patria” se limitó a decir que debían existir razones muy poderosas para que el Gobierno procediera contra “El Comercio” de la manera que lo hacía, y que esperaba explicaciones oficiales para juzgar. Esas explicaciones aparecieron al día siguiente en “El Peruano”, cuyo actual redactor fue digno director de “La Patria” por largo tiempo; y “La Patria” copió literalmente, en silencio, es decir, otorgándoles su sanción, las malévolas excusas que registró “El Peruano” y que por decoro del país no quisimos comentar nosotros.

¿Quiere saber “La Patria” cuál fue el verdadero origen de la represión que se ejercía contra “El Comercio”? No fue otro sino que nosotros, que jamás hemos sido amigos políticos del General Prado, respetamos en él la desgracia y la ausencia al comentar el desastre de San Francisco. Con franqueza y energía dijimos hasta qué punto creíamos responsable al Director de la Guerra de la derrota sufrida por nuestro ejército; pero sin ensañarnos en el caído, hicimos extensiva esa responsabilidad al ministerio inepto e intrigante que formó el General La Puerta un mes ha, y que el General Prado ha tenido el desacierto de conservar a su regreso.

Y mientras tanto, ¿qué hacía “La Patria”? Cruzaba secretamente las maniobras ministeriales en cuanto podían dañar los intereses políticos del señor Piérola y nada más; pero no cumplía con el deber patriótico de combatir al ministerio de una manera absoluta. En cambio, eso sí, inició el jueves de la semana última una serie de horrorosos artículos contra el General Prado, que dejó trunca el sábado... porque el General Prado se presentó de improviso ese día en Lima.

Hemos hecho notar al principio de este artículo que somos enemigos de las polémicas, pero “La Patria” se ha empeñado en obligarnos a dar explicaciones y se ha salido con la suya. Por más que nos repugnen los dimes y diretes, y por más que reconozcamos también que el editor de un diario no tiene derecho a robarle a sus lectores empleándolo en cuestiones casi personales, una parte del espacio que debe consagrar a cosas más útiles; se convendrá con nosotros que no podemos dejar correr la calumnia sin ningún correctivo.

Nueva escuadra para el Perú

La vistosa charanga de la Escolta de Honor anunció al trote la aparición del nuevo Ministro Plenipotenciario enviado por el Emperador de Alemania. Mientras la guardia presentaba armas, la calesa se detuvo ante el tosco palacio de ladrillo y adobe donde el excelentísimo Otto von Gramatzki será recibido por el General Prado. El nuevo embajador contestó saludos, colocó el sombrero de plumas bajo el sobaco izquierdo, entró marcialmente hacia el gran salón donde espera Su Excelencia con el canciller interino Quiroga. Hace una semana que el Presidente busca reemplazo para el renunciado Ministro Rafael Velarde y nadie, nadie acepta encargarse de los negocios extranjeros del Perú.

Separados por los seis pasos que exige el protocolo, Prado y von Gramatzki cambiaron una veloz sonrisa de saludo. El nuevo plenipotenciario sostenía en la diestra un lujoso sobre lacrado. Un leve gesto del General indicó que podía comenzar la ceremonia.

—La Misión que me ha confiado Su Majestad el Emperador de Alemania me impone, como primero y más grato deber, el depositar en vuestras manos la expresión de las más vivas simpatías de mi Augusto Soberano para vuestro noble y heroico país y para los ilustres magistrados llamados a regir sus destinos...

La exacta voz de tenor de Otto von Gramatzki se interrumpió mientras hacía entrega del sobre a Su Excelencia que asiente, muy bien, desde junio negociaba Canevaro un acercamiento con el Imperio Alemán a quien también preocupa el ímpetu con que el Imperio Británico se adueña de los avances chilenos en Sudamérica y del inminente monopolio de nitratos, substancia estratégica para la fabricación de explosivos de alto poder.

—...Para cualquier pensador acostumbrado a penetrar en el genio de la historia, las luchas que en el principio de nuestro siglo hicieron levantarse la aureola de la libertad sobre las cimas de los Andes, descansan en las mismas ideas que también

inauguraron el renacimiento de la raza germánica. Así no puede faltar que ella contempla con la más profunda emoción los patrióticos esfuerzos y sacrificios que la Nación peruana está depositando en las aras de la Patria por su honor y la integridad de su territorio.

En un salón contiguo, el General La Cotera guiñó un ojo al contralmirante de la Haza. El reemplazo del antiguo ministro alemán en el Perú era el primer éxito de la diplomacia nacional ante la corte del Emperador.

—...Los patrióticos esfuerzos que hace la Nación por su honor y la integridad de su territorio alcanzarán un resultado satisfactorio, como lo exigen la justicia y el derecho —ahora respondía el General Prado— ...y en él tendrán parte cuantos nos honran con sus generosas simpatías.

Mientras el Presidente y el canciller interino bebían una copa de champaña con el ministro von Gramatzki a la salud del Emperador y del pueblo alemán, el General La Cotera y el comandante general de la Escuadra retrocedieron al salón del Consejo. Mariano Alvarez, secretario general de la Presidencia ordenó que allí les sirvieran ese excelente *Pommery* de la bodega presidencial. Casi a las doce se oyó nuevamente a la charanga y el rumor de la caballería escoltando al plenipotenciario hacia el edificio de su Legación.

Entró el General Prado y Alvarez cerró las puertas.

—Tendremos una larga entrevista mañana mismo —sonrió Su Excelencia—. ¿Y bien?

—De un lado, malas noticias, Excelencia. Parece imposible componer la máquina de la torpedera que está en Panamá —de la Haza tiene ante sí un informe recién descifrado—. Parece que no la engrasaron como es debido. Se echó a perder durante la travesía desde Europa.

—¿Cree usted posible un sabotaje chileno?

—No, Excelencia. Más bien parece una incalificable estupidez de peruanos o de los consignatarios. Entiendo que la escuadra enemiga ha despachado a su crucero “Amazonas” para capturar nuestra lancha... —de la Haza meneó la cabeza. La torpedera británica adquirida por el coronel Enrique Lara gra-

cias a un préstamo particular del señor Goyeneche en París, debía volar a dieciocho millas continuas, inalcanzable por ningún buque enemigo. Cuarenta días gastabañ el alférez Vidal y dos mecánicos peruanos en la isla Flamenco sin conseguir que la máquina funcionara—. Habría que traerla a remolque...

—¿Qué hay del ferrocarril; General, al fin funciona?

—Todavía no, Excelencia. Nuestro cónsul está acarreado cuatrocientas toneladas de armas a lomo de mula a través del istmo. Prometen reparar los daños causados por el huracán antes de Navidad. Parece que también se desplomó un tramo del puente Barbacoas, mi General.

—Ahora, si Su Excelencia me permite... —carraspeó de la Haza— ...las buenas noticias —mira al General endurecido al frente suyo, despliega un papel con menudas anotaciones— ...Llegó el primer informe de la Misión Astete sobre el "Stevens Battery". En noventa días puede ser convertido en uno de los acorazados más poderosos del continente. Precio, sin artillería, 160,000 libras esterlinas por dividendos.

—¿Cuál es su estado actual? —Prado recuerda con desconfianza la operación de los monitores fluviales—. ¿Qué maquinarias tiene?

—Precisamente eso es lo que entusiasmo a los comisionados... con su permiso, Excelencia —de la Haza se replegó en el sillón mientras encendía un cigarrillo turco— ...El "Stevens Battery" fue rechazado por los almirantes norteamericanos en los tiempos en que se prefería el sistema de los monitores. Su diseño es verdaderamente excepcional. Tiene blindaje de diez pulgadas en el casco, superior al chileno, y es el doble en tamaño que el "Blanco Encalada" o el "Cochrane". Desplaza casi siete mil toneladas. Falta instalarle máquinas de propulsión, torres de artillería con blindaje de 18 pulgadas sobre cubierta y, en fin, piezas menores. El precio que le he mencionado incluye máquinas nuevas con una fuerza de 7,500 caballos. El "Stevens Battery" podrá navegar a una velocidad máxima de quince nudos. En cuanto a la artillería, mi General, estará dispuesta en una gran batería central con ocho cañones, cuatro de a mil y cuatro de a seiscientos. Además debe instalársele dieci-

seís piezas menores de tiro rápido, seis ametralladoras, y puede llevar a bordo dos lanchas torpederas. Armstrong promete entregar cañones en Liverpool en un plazo de sesenta días. Nos entregarán el acorazado en marzo, a sesenta millas de la costa americana.

—¿Y su costo total, ya terminado?

—Nuestra misión lo estima en un millón de dólares, Excelencia.

—Hum.

—En cuanto a los acorazados alemanes, Excelencia, fueron inspeccionados en Hamburgo. Por iniciativa del señor Goyeneche, algunos residentes peruanos en París, incluido él mismo, adelantaron las cincuenta mil libras exigidas por el gobierno de Su Majestad el Emperador para que pudiésemos inspeccionarlos y asegurar la opción de compra. Son dos blindados de 6 mil toneladas cada uno, velocidad de catorce nudos, blindaje de nueve pulgadas. Su armamento principal consta de cuatro cañones de diez toneladas cada uno, dispuestos en dos torres, y dos cañones de siete toneladas en caza y retirada. El precio de estos dos acorazados es algo elevado... medio millón de esterlinas por ambos, pero pueden zarpar de inmediato, siempre y cuando el Emperador acceda a permitirlo. Será necesaria una gestión diplomática de muy alto nivel y acaso la ayuda de un país neutral pero amigo del Perú. Para el caso se ofrecen a firmar como compradores Costa Rica, Venezuela y Nicaragua...

Prado asentía.

—...hemos descartado definitivamente los blindados turcos, por interferencias británicas, así como la oferta de buques construidos en Brasil porque las pruebas de navegación fueron un desastre. Aparte del "Malvine", que entiendo ya debe haber adquirido el señor Canevaro, hay otros buenos vapores en venta, a los que se puede proveer de por lo menos un cañón y dos ametralladoras blindadas. Servirían de apoyo en la nueva escuadra. Ahora, si las delicadas gestiones de nuestros agentes tienen buen éxito en París, creo que no habrá dificultad para adquirir dos buenos scouts blindados de fabricación francesa, que en mi opinión son el reemplazo de las viejas corbetas de made-

ra. Se nos mantiene la oferta de seis cañoneras blindadas actualmente a medio construir, y de torpederas sistema Herreschoff. El señor Goyeneche tiene una combinación para obtener torpedos sistema Whitehead que creo son infalibles, Excelencia. Irían consignados a Montevideo.

Quedaron un rato en silencio. Parecían contemplar una gran escuadra flotando por el salón del Consejo.

—¿Basta un millón de libras para comprar todos los buques que usted menciona? —se alzó bruscamente el Presidente.

—Sí, yo creo que sí.

—En rieles y en bonos y en jardines y en cojudeces hemos enterrado como cuarenta millones de esterlinas gracias a los señores Balta y Piérola —rabió el Presidente mirando la Plaza de Armas—. Y no se les ocurrió gastar un millón para proteger el país. ¡General!

—¿Diga usted, Excelencia?

—Eso de la colecta, ¿cómo anda?

—El señor Pflücker viajó hoy en completo secreto a Europa, con 375 kilos de plata en lingotes y 15 kilos de oro. También lleva letras contra Europa, piedras preciosas y un buen lote de joyas. Fuí informado por Monseñor Tordoya que el comisionado lleva consigo cerca de 130,000 esterlinas. Falta todavía el remate de la plata labrada y las joyas menores que se exhiben en la Biblioteca Nacional y que ha sido postergado hasta el día 20, a petición de los tasadores... dicen que el famoso Tintoretto es una falsificación.

—El secreto en torno al viaje del señor Pflücker fue toda una hazaña, Excelencia —sonrió de la Haza—. Naturalmente temíamos que agentes chilenos se atrevieran a despojarlo de esa fortuna.

El Presidente va y viene por el salón del Consejo. Esta es su segunda guerra. También el 66 la audacia peruana sobrepasó a la actividad chilena, sólo que entonces eran países aliados. Muy bien, señor almirante, supongamos que tuviésemos un millón de libras constantes y sonantes, en cuánto tiempo se puede articular una escuadra tripulada y bien'artillada. De la Haza

encendió otro cigarrillo. No es difícil contratar ingenieros y buenos, de veras buenos artilleros en Europa. Los imperios están en paz, Excelencia, y hay muchos profesionales sin empleo. Oficiales de plana mayor el país los tiene listos y todos de primera. Como primeros jefes están disponibles Otoya, Villavicencio, del Portal, por supuesto García y García. También Fanning. Y Carrillo y Sánchez Lagomarsino pueden salir por tierra de Arica. Melitón Carvajal ya fue canjeado. Y luego, los jóvenes... Teniendo buques con pabellón peruano, se puede ejercitar maniobras y tiro durante el viaje por el Atlántico. Digamos que unos cuatro meses, Excelencia. Mariano Ignacio Prado no interrumpe su ir y venir. La escuadra que usted propone, señor almirante, es muy superior a la chilena, y esos blindados y los transportes pueden traer, además, el armamento de tierra que aún necesitamos para elevar el ejército a cien mil hombres, ¿no es así? De la Haza miró a La Cotera y enmudeció ante la creciente agitación de Su Excelencia. Y podríamos llegar con esa escuadra por el estrecho, arrasando al enemigo de sur a norte hasta encontrar sus buques y anonadarlos. Su Excelencia golpeó súbitamente la mesa del Consejo. ¡Sólo podemos ganar la guerra si pasamos al ataque! ¡Y la nuestra tiene que ser una ofensiva de proporciones definitivas! ¡Los haremos devolver cada pulgada de Tarapacá y Atacama, hasta el último quintal de salitre y guano que se atrevan a exportar! ¡Tendrán que reconstruir con sus propias manos cada casa que nos hayan bombardeado!

—Bien, caballeros —de pronto sosegado, el Presidente regresó a su sillón—. Juro que ganaremos esta guerra. Valor no nos falta —sonrió a de la Haza— y eso es lo único que no se puede comprar en París.

Paz con Honor

(Editorial del "South Pacific Times" del Callao)

Un tesoro exhausto, falta de crédito, guerra, pérdida de territorio importante que puede no recobrase nunca, pobreza sin precedente entre el pueblo, oficiales de marina en servicio y sin buques, impuestos en toda forma; el pan aumentando de precio y el papel moneda, con que se compra, bajando de valor; pensionistas sin pensiones, empleados públicos no pagados; familias de hombres que han caído en manos del enemigo, o que han perecido, en la miseria; rápido decrecimiento de la población, el comercio arruinado, la agricultura descuidada, Arica bloqueado y probabilidades que el Callao siga la misma suerte; paralización general, social y política. Este pequeño catálogo de pérdidas en la felicidad nacional, ayuda por lo menos a describir la situación.

¿Y dónde se encuentra el remedio? La pregunta produce un eco: no da una contestación. ¿Dónde? No en que continúe disminuyendo la población del país; no en nuevos impuestos directos o indirectos sobre lo absolutamente necesario para el sustento del pueblo; no en restringir el comercio con gravámenes vejatorios, ni en herir de muerte a la agricultura; no en proclamas oficiales, ni en declamaciones patrióticas; no en decretos que tienen tanto de impracticables como de inconstitucionales. Ni se encontrará el remedio en la gratamente acariciada idea de que todos nuestros males acumulados y los que aún amenazan, hayan sido sufridos y lo sean por causa del honor. Será consolador, pero con ello no se paga al acreedor público, ni se alimenta al pobre, ni revive el comercio, ni se restablece el crédito, ni se arrojará al invasor del terreno que ocupa y que ha sido hasta aquí la fuente de riqueza del Perú.

El país puede halagarse con la esperanza de que sus armas en definitiva alcanzarán la victoria. Sinceramente nos congratularíamos si pudiéramos esperararlo también, pero estamos muy lejos de ser tan confiados. Los aliados pueden encontrar hom-

bres; quizá los encontrarían en número superior que el enemigo y nadie duda de que pelearían. Pero, ¿cómo los concentrarán en el punto en que se ha establecido la guerra en Tarapacá? Por mar el transporte de tropas es simplemente imposible, en tanto que Chile goza de este privilegio sin la posibilidad de que lo molesten. Por tierra sería una empresa difícil de realizar, si juzgamos por las dificultades y torpezas que entorpecen la retirada de las tropas del General Buendía, que, según las últimas noticias, eran perseguidas por la caballería chilena. ¿Cómo se les alimentaría, vestiría y equiparía? ¿De dónde saldría el dinero necesario para estos objetos y para sostener una prolongada campaña? Es esta una pregunta desagradable, lo sabemos, y la hacemos con repugnancia; pero de todos modos es necesaria y el público desearía que fuese contestada. Aquellos que todavía proclaman la guerra a muerte, que se detengan por un momento a calcular lo que costaría equipar otro ejército, llevarlo a Tarapacá y mantenerlo allí, ejército que para ser de utilidad debería ascender a 20,000 hombres. Las generosas señoras de Lima y de otros lugares no conservan ya probablemente muchas joyas; y va llegando el tiempo de que aquellas que han hecho sacrificios para sustentar el deseo de venganza y glorias nacionales, se vean obligadas, si son capaces, de nuevos sacrificios, a hacerlos para su propio sustento. El estado del país es deplorable, pero no necesariamente desesperado, si la Nación se detiene, piensa y procede. Si el fin de todo ha de ser vencer a Chile, los tiempos presentes son propicios comparados con el no distante futuro que tendremos; pero si el deseo es tranquilizar el país, sacarlo purificado del crisol del infortunio y el desgobierno, para revivir su comercio, impulsar su agricultura, restablecer si es posible su crédito y echar las bases de futura prosperidad; si es así, debe haber alguien con bastante valor para decir: “¡PAZ!” No debe entenderse “paz a cualquier precio” sino PAZ con HONOR; y esto no es posible alcanzarlo si se permite a la Razón tomar el puesto de la Pasión en los consejos del país y es imbuída en el espíritu del pueblo. La más grande victoria que el Perú podría alcanzar ahora, sería vencerse a sí mismo.

El general Prado decide viajar

Aunque solía ser el último en darse por vencido, hasta José María Quimper quería renunciar a la pesada dignidad de Ministro de Hacienda esta mañana del martes 16 de diciembre. Los malditos perros del hortelano, grandísimos hijos de puta: eso habría que gritar a los pulcros paseantes de la calle Mercaderes. Doce días el Perú sin cancelar. Los periódicos aparecen repletos de anónimas inserciones pagadas que insultan a Quimper e incitan a desobedecer al Gobierno. Anoche sufrió un vértigo, tuvo que atenderlo el médico. Se está usted matando, señor Ministro, nadie puede trabajar dieciocho horas diarias, sin siquiera una pausa dominical... tómese unas semanas de descanso. Despachó al doctor con una amarga sonrisa. Nuevamente se había reunido con los azucareros. La mayoría se retracta del compromiso de vender letras al Gobierno a 15 peniques, alegando que el cambio bajó a 13. El Ministro no necesita consultar los datos del secretario Cantuarias. A 13 peniques se mantiene el tipo de cambio a particulares. El mediano comercio sigue efectuando transacciones a 16 peniques y la esterlina se mantiene a 19 soles plata, lo que equivale a 19/6 peniques el sol metálico. El cambio tiende a mejorar mientras se mantengan a plenitud sus drásticas medidas hacendarias. En privado conferenció después con el influyente señor Candamo. Pocas entidades ayudaban más al Gobierno que el Banco del Perú, controlado por el joven político y financista. Los unía la común amistad con el difunto Manuel Pardo. Varias veces dijeron esa noche, ah, si Manuel viviera. Si la bala de un sargento pierolista no lo hubiera asesinado en frío y por la espalda cuando entraba al Congreso a fines de 1878. Además los familiares y relacionados de Candamo intervienen activamente en las negociaciones peruanas en Europa. Y por sus socios en la banca europea, Candamo conoce y apoya la transacción en marcha con el *Crédit Industriel*. ¿Qué mejor solución para reabrir el crédito del Perú y neutralizar a los intereses británicos que asociar el futuro de un Tara-

pacá peruano con el barón James de Rothschild y con el segundo banco más importante de Francia y, de paso, tal vez, acabar frenando masivas compras chilenas de rifles grass y comblain a fábricas estatales francesas? A la postración de unas horas atrás, reaccionó Químper excitado por fuertes dosis de café, qué clase de gente son sus amigos azucareros y clientes, no merecen llamarse peruanos porque el Perú no les importa francamente una mierda, examinemos juntos estas cifras, señor Candamo: pagan entre cuatro y doce reales de jornal diario y naturalmente en papel. Las contribuciones de un sol, doce centavos y dos por ciento, todas en metálico, no llegan al 25 por ciento del precio del quintal, que estimaremos conservadoramente en cinco soles plata. Entiendo, y así me lo han demostrado los peritos consultados, que el costo de cultivo, refinación y carguío a puertos asciende a tres soles pero siempre en papel, compréndalo señor Candamo, papel que se reduce a trece o catorce reales plata. Despacho, seguro, flete, comisión y gastos bancarios: cinco o a lo más seis peniques. ¿Y qué obtienen en cambio? Cinco soles plata, ahora, que hay grandes existencias en los muelles ingleses, porque aún este año han obtenido precios de hasta siete chelines el quintal, usted lo sabe y yo también. Pese a los nuevos impuestos y con precios bajos debidos a una crisis internacional, obtienen una ganancia neta superior a un sol ochenta plata en cada quintal. En medio de la guerra y de la pobreza general, los ingenios pueden contribuir a la salvación del Perú y encima ganar más de cinco millones de soles plata este año. ¡Y me hablan de aniquilamiento, me acusan de arruinarlos! Seguramente tres o cuatro pequeños ingenios no soportarán la crisis... los que corren peligro no representan ni el cinco por ciento de la producción azucarera nacional y seguramente van a desaparecer de todos modos, con impuesto o sin impuesto. Ah, y además amenazan al Gobierno... Jamás pagaron contribución alguna al país, ¿se da usted cuenta? A los señores Pflücker, Canaval, Unanue, Aspíllaga, Tenaud, Chopitea y Derteano la industria azucarera les ha proporcionado ganancias no menores de ocho millones de libras esterlinas en los últimos doce años. ¿Y a usted, señor Candamo? ¿O se excusa también y debo creer que los azúcares y su

comercio o su transporte lo han empobrecido? Químper agitó los diarios de la tarde. Ha leído usted el comunicado de los azucareros de Trujillo, los pobres están arruinados y son perseguidos por la ineptitud manifiesta del dictador Químper, del célebre Químper. Vea usted mismo, dicen que yo atento contra *los sagrados intereses de la industria que constituyen la riqueza agrícola y representan cuantiosas fortunas empapadas con el sudor de la frente*. No preguntaré qué sudor de qué frentes han empapado esas fortunas, no sospechaba que los señores Chopitea transpiraran ni siquiera por el esfuerzo de bailar un rigodón. Dicen aquí: *el impuesto sobre el azúcar, si se llevase a cabo, no daría otro resultado que transitoria y parcialmente poner unos peniques más sobre el giro, cuyo mejoramiento no pasa de ser ficticio y engañoso*. Muy bien, suponiendo que el cambio se mantuviera ficticia y engañosamente a dieciséis peniques hasta marzo, el Gobierno pondría en ese tiempo un millón y medio de libras esterlinas en el extranjero, que, sumadas a otros recursos que usted no ignora, permitirían liquidar la agresión. Entonces, nuestro cambio mejoraría, no ficticia ni engañosamente, a cuarenta peniques con toda facilidad. ¿O exagero, señor Candamo? ¡Yo no gobierno la hacienda pública con la mirada puesta en el desarrollo nacional a largo plazo! ¡Yo tengo que ganar la guerra en un año! A mí no me preocupa la estabilidad del mercado azucarero en 1881. Nada más pretendo evitar que llegue un general chileno a sentarse en palacio porque entonces, señor Candamo, entonces estos caballeros trujillanos que ahora protestan, no van a ganar ni cinco centavos por quintal de azúcar y tendrán que producirla aunque se arruinen, y no por mandato de una ley sino porque les van a meter una bayoneta por el culo. Muy bien, ¿qué han decidido los señores azucareros de Trujillo? Ni vendemos letras a 15 peniques, ni pagamos el impuesto a la exportación. ¡En consecuencia suspenden la refinación de azúcar y la exportación *antes que arruinarnos!*... Químper descansó en su butaca, observó a Candamo bajo la amarillenta luz de la lámpara de gas. ¡Habría que fusilarlos! Del cercano hotel de France llegó una cena de salmón ahumado, salpicón *à la financière*, jamón dulce, *rissoles de foie gras truffé*, quesos de Pont-

L'Évêque, dos botellas de agradable sauternes de *Château d'Arche* y agua de Vichy. Bien, doctor Quimper, una cosa es cierta: el Perú es un país de rentistas, no de capitalistas. Se vive de la gente más pobre, no del ingenio financiero. Se prefiere la mano de obra barata, no el desarrollo de las máquinas y técnicas propias. Ya usted ve como los estudios del señor Raymondi han servido para que emerjan empresas de italianos. El señor Faustino Piaggio es un capitalista y el señor Canaval es solamente un propietario, he ahí la diferencia. El espíritu de un capitalismo nacional es lo que quiso articular y promover Manuel Pardo con el Partido y sus reformas y vea usted en que acabó el esfuerzo: en un partido político dominado por propietarios y rentistas, no por una nueva clase de capitalistas y empresarios. Hay una idea de la propiedad absoluta y bastante inmutable en este país repartido entre diversas majestades, que según su generosidad o su avaricia pueden contribuir voluntariamente o negarse a salvar al Perú. Y usted les ha metido fueite. Obliga a nuestros príncipes a entregar parte de sus riquezas. Estamos ante una disputa de soberanías. Porque en las haciendas, el único que ejerce soberanía es el hacendado. He ahí lo real, lo que debemos admitir en cualquier análisis político válido. La otra soberanía es la del pueblo, expresada a través del Gobierno que ha elegido y del que usted forma parte no como resultado de una elección directa sino por delegación de poder hecha por el Presidente de la República. Pero planteada la crisis, esta lucha se desarrolla sin que veamos al pueblo apoyando a sus elegidos, a quienes expresan y encarnan al soberano popular. Tomemos su caso, doctor Quimper... —Candamo alzó la copa de sauternes para beber a su salud— ...usted ha sido un hombre público rodeado de la simpatía de los humildes. Recuerdo cuando las beatas fueron a manifestarse en contra suya haciendo sonar campanitas ante el Ministerio de Gobierno... —Quimper rompió a reír, claro que sí, y todo por reglamentar las procesiones religiosas— ...y al día siguiente lo visitó una multitud de trabajadores y peones a expresarle simpatía. ¿Qué ha sucedido con usted? Un liberal al que acusan de establecer la dictadura. El Gobierno tarda en convocar a elecciones y dicen que es debido a

intrigas del Ministro de Hacienda. Del liberal Químper. No se puede ser tan liberal como para ser padre de familia y soltero porque se niega a arrodillarse ante el cura por su credo político anticlerical y a la vez actuar como un partidario de controles del Estado, de los estancos y, en fin, en contra de toda doctrina económica liberal, sin explicar al pueblo las razones legítimas de esa aparente contradicción. . . —otra vez Candamo ofreció un amistoso brindis— . . . disculpe que llegue a entrometerme en su vida privada, menciono ciertas cosas que son conocidas en la ciudad, para que usted comprenda que quienes deberían apoyar ahora su gestión, acaso resulten inducidos a creerlo un presuntuoso oportunista. Lo cierto es que la falta de ponderación de los diarios está convirtiendo a José María Químper en un verdadero ogro. Yo sé bien que si esta guerra se gana, será porque los peruanos tuvimos armas compradas por usted, mi amigo, pero eso no lo conoce el pueblo. Piénselo porque me parece importante. No quisiera ser jamás espectador de su desgracia personal, doctor Químper.

Una vez que el ujier retiró el servicio, el Ministro paseó el despacho aspirando el humo de su habitual habano nocturno. Un callejón sin otra salida que la fuerza por ahora, señor Candamo. ¿Cómo decirle al país que hay armamento moderno para diez batallones en Panamá? ¿cómo explicar que se nos está entregando en Nueva York armas y equipos militares suficientes para movilizar a otros veinticinco mil hombres de infantería y caballería? ¿Cómo revelar que estamos a un paso de solucionar problemas financieros en el exterior que no tenían remedio desde hace siete años? ¿Cómo avisar al pueblo que ya somos dueños de cien ametralladoras? ¿Cómo pedir un poco de paciencia sin que el enemigo conozca también el secreto y corte nuestras débiles rutas de abastecimiento?

—No tengo una respuesta —replicó Candamo—. Tal vez sucede que se ha esperado demasiado.

—Sí, tal vez. . . —Químper invitó unas pastillas de menta, volvió a su butaca—. La verdad, no pretendo pelear con todo el mundo. . . azucareros, cambistas, periódicos, Piérola, los propios consejeros del Presidente y encima la Compañía Salitre-

ra... ¿Ha visto usted la liquidación presentada? Francamente a ratos me parece que a García Calderón se le pasea el alma. Al 30 de octubre último aparecen vendidas 54 mil toneladas de salitre que dan casi 800,000 esterlinas. Almacenado en Europa o a flote, 59 mil toneladas por un millón setecientas cuarentiséis mil esterlinas. Se vendió a catorce libras y el precio está ahora a 16 esterlinas y 5 chelines. Afirma la Compañía que había una existencia de 3'756,011 quintales en Tarapacá en el momento de la invasión, mientras que de acuerdo a nuestras propias cifras no llega a 746,000 quintales. Y se nos informa que el precio promedio en lo que va del año no es catorce sino quince libras cuatro chelines. ¿Qué resulta? Que a primera vista se han evaporado tres millones de quintales de salitre cuyo valor se acerca a dos millones y medio de libras y que en la cuenta que nos pasa la Compañía, tendremos que discutir un sobreprecio por más de 700,000 chelines. Según la Compañía, le debemos 1'813,847 libras, 13 chelines y diez peniques exactamente. Y a mí me parece que la Compañía le debe al Gobierno casi un millón.

Mientras se afeitaba el martes 16 de diciembre, Químper se sintió otra vez absorbido por el vértigo. Algo zumbó por su cabeza. Cuando cesó el ruido, se sostenía con ambas manos puestas en la pared. Al salir ignoró el esplendor azul de ese cielo de verano. Disminuía el número de víctimas causadas por la epidemia de viruela, como antes de la guerra muchas familias preparan el éxodo estival hacia el balneario de Chorrillos, se organizan discretos festejos navideños. El Ministro de Hacienda echó un vistazo a los ataques que le dedican los matutinos y observó casi con rencor la ajetreada impasibilidad de almacenes y despachos limeños mientras el coche lo conducía al palacio presidencial.

—Su Excelencia pregunta por usted, señor Ministro —salió a recibirlo Benito Arana.

Químper llegaba diez minutos tarde al Acuerdo Supremo del ramo de Hacienda. Encontró al Presidente escribiendo una carta, tal vez un manifiesto.

—Asiento, Químper. Un momentito.

Arregló sus propios legajos mientras Su Excelencia concluía el párrafo. Sobre el escritorio con delicadas incrustaciones, hay dos tinteros de plata, cuadernos de notas, una campanita, un retrato de Magdalena Ugarteche y sus hijos Maximiliano y Mariano, y también secante, lacre, el gran sello de la República. Detrás, a la derecha, hay una bandera peruana que ondeó en el Fuerte Junín durante el 2 de mayo de 1866. En uno de los paños del amplio despacho, el General había colgado un óleo representando la batalla entre los fuertes y la escuadra española.

—Muy bien, doctor —el Presidente arrimó papeles, entrelazó las manos. Químper ignora de qué se trata, pero adivina que Su Excelencia ha tomado una decisión importante—. Quiero un informe a fondo sobre el contrato con el *Crédit Industriel*. ¿Cuándo se firma?

—En una semana, Excelencia. El señor Goyeneche espera obtener un millón en vez de ochocientas mil esterlinas de adelanto. Sólo eso estamos discutiendo.

—Necesitamos más de un millón, claro. ¿Qué garantía?

—Cinco por ciento de interés y uno por ciento de comisión. El último cablegrama cifrado del señor Rosas confirma que liquidamos los empréstitos de 1870 y 1872 y hasta las obligaciones del ferrocarril de Ica por un total de 15'533,656 esterlinas. Significa, además, hacer la paz con nuestros tenedores de bonos, pues el Comité Internacional de Acreedores del Perú ha participado en la negociación del contrato. Desde el primer año ellos recibirán 984,000 esterlinas por intereses y 300,000 por amortización. Se ha pactado precios sin precedentes para nuestro guano y gastos de operación y crédito realmente bajos, lo que demuestra, en mi opinión, que el contrato Dreyfus fue una estafa aprobada y promovida por el señor Piérola, a quien usted parecía dispuesto a entregar el gabinete, Excelencia. . .

—Oiga, doctor Químper. . . —quiso interrumpir el General.

—. . . y con su perdón, Excelencia, quiero exponer a usted lo siguiente: en noviembre pasado giré a nuestros comisionados en Europa cerca de 250,000 esterlinas. Además pedí y he cancelado rifles y ametralladoras y cartuchos por valor de 24,000 esterlinas a la Casa Grace, armamento que se encuentra en Pa-

namá y que ya hubiera llegado al Callao de no presentarse el huracán. Debo agregar el pago de 56,700 esterlinas a la Casa Grace, tercera parte del valor de una importante compra de armas que la Grace empieza a despachar desde Nueva York. Antes de Navidad espero haber enviado a Europa otras cien mil libras en letras adquiridas a la industria azucarera. La caja fiscal no se ha sobregirado un centavo. Tan pronto se suscriba el contrato con el *Crédit Industriel*, completando con ello los fondos y reabriendo el crédito que el país necesita para ganar la guerra, le ruego Excelencia que me exima de toda responsabilidad política y acepte mi renuncia. . . ¡a perpetuidad, Excelencia!

—¡Pero doctor Químper, de ningún modo! ¡Antes tenemos que vencer! ¿No se da usted cuenta?

—Formo parte de un gabinete repudiado, Excelencia, que no puede refutar cargos de inactividad e incompetencia en tiempos de guerra sin faltar al sigilo que demandan superiores intereses del Estado.

—Doctor Químper, escúcheme, por favor —Prado se alzó con los brazos abiertos, como si intentara recoger la magnífica visión de la victoria— . . . voy a desencadenar la definitiva destrucción del enemigo, yo mismo viajaré a organizar la nueva escuadra del Perú. Volveremos por el estrecho, con poder incomparable, destruyendo a los chilenos de sur a norte a la vez que transportando pertrechos para completar un ejército de cien mil hombres. . . ¡Ha llegado la hora, por fin!

—¿Va usted a ausentarse del Perú?

—¡Tres grandes acorazados, doctor Químper, cañoneras y otros buques, once blindados en total, seis o siete cruceros, torpederas, doscientos cañones que espero obtener del Imperio Alemán! ¿Comprende lo que significa semejante escuadra y tal cantidad de artillería?

—¿Y por qué usted? —gritó Químper.

—¿Qué por qué yo? ¿a qué se refiere, doctor Químper?

—Usted, usted no puede salir del país, Excelencia. . .

—¡Es mi responsabilidad!

—. . . ¡no puede irse, Excelencia, compréndalo! . . .

—¡Y asumo mi responsabilidad plenamente! ¡Es indispen-

sable negociar con algunos estados al más alto nivel, el Presidente de Estados Unidos y el Emperador de Alemania han de dar su consentimiento a la salida de los buques!

—... ¡Está perdiendo la cabeza, Excelencia!...

—¡Carajo, Químper, necesitamos una gran escuadra en cuatro meses! ¡La guerra está perdida! ¡Chile nos jodió, todo ha terminado! ¿Nadie se da cuenta? ¿usted tampoco, hombre vanidoso?...

Químper enmudeció mientras Prado descargaba puñetazos sobre su escritorio.

—... ¡He intentado imaginar toda combinación salvadora y no la hay! ¡Nos van a estrangular con el bloqueo! ¡No hay como recuperar Tarapacá! ¡Arica quedará encerrada tan pronto corten nuestras líneas en Moquegua! ¡Me corresponde elegir entre dos opciones solamente: resistir, nada más resistir hasta el último hombre o partir en busca de los elementos para aniquilar a Chile! ¡Y mi elección está hecha, doctor Químper! ¡Viajo pasado mañana!

Un instante contempló ese rostro que le era tan familiar y a la vez desconocido. Después Químper se hundió en su propia confusión interior.

—¿Conoce Su Excelencia cuál es la situación política interna? —pregunta al fin roncamente, quisiera echarse a dormir, olvidar, acaso morir de una vez el Ministro de Hacienda.

—El Ejército y la Marina asumen la responsabilidad de asegurar la paz interior de la República mientras dure mi ausencia... ¡No hay tiempo que perder, doctor! Chile empieza a exportar nuestro salitre a Europa y continúa comprando armas y cañones. Muy pronto tendrá un ejército de 45,000 hombres y eso significa que el objetivo final de su conquista es esta habitación y esta silla presidencial y esta ciudad con todos sus ocupantes.

—¡Podría viajar La Cotera!

—¿Y si fracasa?

—¡También puede fracasar usted!

—¡Yo no puedo fracasar, señor ministro!

—¿Por qué? —gritó Químper— ¿por qué no? ¿Quién se

cree usted ser? ¿Dios? ¡Hasta Dios me parece que ha fracasado con este mundo de mierda pero Su Excelencia nos resulta infalible! ¡Estamos sentados encima de un barril de dinamita y usted no lo quiere ver! ¡El señor Piérola nos ha prendido la mecha y usted tampoco lo quiere ver! ¡Nos odian y usted sigue a ciegas! ¿Por qué no puede usted fracasar, mi General? ¿Por qué?

—¡Porque si yo fracaso se jode el Perú! ¿Es qué carajo nadie se da cuenta? ¿Hay que traer los cadáveres de Pisagua y tirarlos en la Plaza de Armas para que me entiendan? ¡Arrasarán Lima, nos repasarán a la bayoneta, pisotearán nuestros hogares! ¿Y con qué nos vamos a defender? ¿Con cinco mil peabody que acaso consigamos traer burlando el bloqueo? ¿Con qué? —se dilataba su ojo derecho—. ¿Con qué? ¡Si yo fracaso se jode usted, se jode Piérola, se jode Montero, se jode el Partido Civil, se jode el pueblo, se jode el Perú, maldita sea, tienen que entenderlo!

—¡Que vaya La Cotera!

—¡No basta! ¿Acaso usted mismo no ha informado que el señor Canevaro, por segundo Vicepresidente, desobedece a los demás comisionados? ¿Acaso usted ignora que un Presidente sólo conversa con otro Presidente y que un Emperador debe ser visitado por otro jefe de estado?

—¡García y García negoció con el Emperador del Japón!

—¡Oh, sí! ¡Y tardó un año en hablar con un príncipe en China!

—¿Y quién habla de visitar a los chinos, Excelencia? A Estados Unidos le importa mucho cuanto ocurre en Sudamérica. ¿O usted cree que nos habrían permitido embarcar rifles si estuviesen en contra nuestra? ¿No quieren hacer un canal por Nicaragua? ¿No ofrecen poner una base en Chimbote?

—¡Debo ir yo mismo! ¡Tenemos los días contados!

—¿Y Piérola?

—¿Y Piérola qué, doctor Químper? ¿Qué hay con Piérola?

—¡Conspira! —gritó el Ministro— ¡No hace otra cosa que conspirar contra nosotros desde que llegó de Valparaíso!

—¡Ha prometido respetar el orden constitucional hasta el 2 de agosto de 1880!

—Francamente, General Prado, es usted un ingenuo —se fatigó Químper.

—Está usted hablando con el Presidente de la República, doctor —se secó Prado.

—¡Si es necesario dejar de ser ministro para que usted me atienda como amigo, renuncio, en este instante! ¡Al diablo con las finanzas públicas! ¡Pero no salga usted de aquí sin antes oirme, Excelencia, se lo advierto: tan pronto abandone el Callao, habrá revolución!

—¿Qué es más importante? ¿Ganar la guerra o perderla en medio de intrigas de pequeños grupos políticos? ¿Lo ha pensado usted bien?

—Yo sí... yo sí lo he pensado. ¡Lo he pensado un millón de veces! Pero, ¿lo han pensado los peruanos? Esa gente —Químper señalaba las ventanas del despacho—. . . toda esa gente cree que estamos perdiendo la guerra exclusivamente por culpa del General Mariano Ignacio Prado. Ellos no han oído hablar nunca del “Stevens Battery”. Ni siquiera están informados de nuestras armas en Panamá. Y lo que es peor... no podemos explicárselo. ¡Esperan un milagro de usted! ¿No es acaso el héroe del 2 de Mayo?

—¡Tendrán que confiar en su Presidente!

—¿Y si no confían? ¿Ha ganado usted una sola batalla mientras estuvo en el Sur? ¿Qué razones tienen para confiar? ¿No lee usted los diarios cada mañana, Excelencia? ¿No comprende que le han perdido el respeto?

—¡El ejército y los hombres responsables se encargarán de proteger mi mandato!

—¡Usted sólo vale como Presidente de la República!...

—¡Ya basta, doctor Químper!

—... ¿quién lo recibirá como gobernante sin gobernados?...

—¡He dicho que basta, señor Ministro!

—... ¡Pues yo no he terminado aún, señor Presidente! ¿O usted cree que yo lo quiero ver derrotado y denigrado? ¡Usted es cuanto le queda a este país de autoridad constitucional, Excelencia! Señor... —ahora Químper se suavizaba, insistía en persuadir—. . . que vaya La Cotería a comprar los buques y a

reunir todo el armamento y cuando se pueda explicar la situación al país, nadie se opondrá a que usted salga. . .

—¡Bloquearán el Callao en cualquier momento! —Prado procuró serenarse—. No, no. Debo apurarme. Dispongo de la autorización concedida por el Congreso en mayo para encargar el Poder Ejecutivo al General La Puerta y salir del territorio. Dentro de una semana se completarán los fondos con el contrato de Rosas y Goyeneche. Alguien con máxima autoridad debe unificar nuestra acción en el extranjero. Antes de un mes anunciaremos que el “Stevens Battery” es nuestro. Llevará el nombre de Grau y no necesitará de la caridad pública para alzar pabellón peruano. La nueva escuadra se reunirá en el Atlántico entre marzo y abril. En junio habremos liquidado a los chilenos. No pienso entregar el mando de una nación derrotada al próximo presidente, señor Químper.

—Excelencia, hace un mes los chilenos propagaron la falsedad de que usted había fugado del Perú a bordo de la “Unión” y en complicidad con el comandante García y García, luego de limpiar dos millones de pesos fuertes de la caja fiscal. ¿Lo ha olvidado? ¿Lo publicaron o no el Mercurio y el Ferrocarril? ¿Y no es cierto que hasta el *Herald* y el *Times* preguntaban si era verdad? Si usted viaja, volverán a calumniarlo.

—El pueblo tiene que confiar en mí. Tengo derecho a esa confianza, doctor Químper.

—Nadie tiene derecho a nada bueno en días tan negros y amargos, Excelencia.

Después el Ministro de Hacienda guardó silencio. Nada convencerá a Su Excelencia de modificar planes. Y nadie, aparte del derrotado y distante Ejército del Sur o la Marina sin buques o unos cuantos batallones de línea estacionados en Lima, nadie más va a sostenerlo mientras dure su ausencia. ¡Si al menos el huracán no hubiese atrasado la aparición de los nuevos rifles peabody y las poderosas Gatling de montaña!

—Partiré en un vapor de la línea inglesa, confiando en la protección de la neutralidad inglesa. Espero además que la escuadra chilena no esté esperando capturarme en alta mar.

—¿Y en ese caso?

—Capturarán a un muerto, doctor, lo tengo decidido.

—¿Quiénes irán con usted?

—Tres ayudantes militares. Los he elegido luego de meditarlo mucho. Son oficiales de toda confianza, jóvenes y valientes... el mayor Zuleta y los tenientes segundos de la Escuadra Tezanos y José Gálvez.

—Debo proveerlo de fondos especiales, Excelencia. ¿Bastarán tres mil libras esterlinas?

—Sí, es suficiente. Si necesito más, se lo haré saber. ¿Seguirá usted en el Ministerio hasta el fin, doctor?

Químper respiró profundamente. Volvía el vértigo.

—Espero que no se haya agotado su extraordinaria buena suerte, Excelencia. Usted lo ha dicho: si fracasa, yo también me hundo. Sí, claro. Me quedaré hasta el final.

—¡Tenemos que vencer!

Químper meneó la cabeza.

—Así es. A la victoria o a terminar hundidos en mierda hasta el pescuezo —el Ministro sonrió a pesar suyo: le gustaba ese nuevo grito nacional... ¡a la victoria o a la mierda! Estaba de acuerdo con el espíritu de los editoriales periodísticos. Se levantó de la silla sin notar su propio encorvamiento—. Cuento conmigo, General. Usted sabe que puede confiar en mí.

—Bien, bien... Ahora componga esa cara y pasemos al Consejo. Trataremos de ciertos asuntos que necesitan toda la atención del gobierno durante mi ausencia.

La víspera de partir

Al caer la noche del 17 de diciembre, el General Mariano Ignacio Prado releyó el decreto supremo reglamentando el giro de letras al extranjero. Se prohibía endosarlas para su comercio dentro de la República, a fin de evitar la reventa y especu-

lación con que seis o siete poderosos cambistas encarecían la esterlina. El decreto prácticamente los eliminaba del negocio: el artículo sexto proscribía a corredores y negociantes todo comercio con letras giradas por terceras personas. Si contravienen el decreto, las letras caerán en comiso y su valor íntegro se entregará al denunciante que compruebe la falta. Ya José María Químper había estampado su firma al pie del decreto. Su Excelencia miró a La Cotera, luego al secretario general de la Presidencia Mariano Alvarez.

—¿Y dónde está el Ministro de Hacienda?

—En cama, Excelencia, por orden del médico —informó el secretario.

—¿Algo grave?

—Así, así. Exceso de trabajo, mi General —La Cotera se tocó la cabeza con un índice—. Espero que no se vuelva loco con tanta oposición.

—¡Pobre hombre! Bien, bien —Prado firmó a su vez el decreto—. ¿Qué sigue, Mariano?

—El decreto del viaje, Excelencia.

Un rato tardó su mirada por ese documento decisivo. La Puerta está de acuerdo. También lo apoyan La Cotera y el Ministro de Gobierno. Y el almirante de la Haza. Sabe que Montero, nuevo jefe del Ejército del Sur, favorece este atrevimiento. En el gabinete, Adolfo Quiroga simplemente no se opone. Sólo Químper ha combatido hasta el fin para que Prado no se mueva de Lima y delegue amplios poderes a una misión extraordinaria presidida por La Cotera e integrada por el marino Aurelio García y García o el propio de la Haza, y dos civiles bien vinculados a personalidades europeas: García Calderón y Candamo. En cuanto a Piérola, que se le diese el mando de una columna de dos o tres mil hombres leales al Gobierno y se le enviara por la cordillera a reforzar Tacna y Arica, y a ver si es tan valiente frente al enemigo como hablador en la retaguardia. Prado meneó la cabeza. ¡Ese Químper, tan drástico aparentemente! Podía imaginar la reacción de Montero si le enviaba a Piérola a dictar cátedra con confusas teorías militares que su periódico "La Patria" divulgaba semanalmente en Lima.

MARIANO I. PRADO

Presidente Constitucional de la República.

Por cuanto estoy autorizado para salir del país, por la resolución legislativa del 9 de mayo de 1879, y asuntos muy importantes y urgentes demandan mi presencia en el extranjero, y es mi deber y mi deseo hacer cuanto pueda en favor del país,

Decreto:

Artículo único: Encárguese de la Presidencia de la República a S. E. el Vicepresidente conforme a los artículos 90 y 93 de la Constitución.

Imprímase, publíquese y circúlese para su debido cumplimiento.

Dado en la Casa del Supremo Gobierno en Lima, a los 18 días de diciembre de 1879.

Firmó sin titubear.

Debajo estaban puestas las firmas de La Coteña, Quiroga, Elguera y Químper.

Cuatro puertas más allá, la señora Magdalena Ugarteche enviaba dos valijas con objetos de su esposo a la residencia particular de Prado.

Mal alumbrada por treintidós globos de gas, en la Plaza de Armas clausuraban tiendas mientras pasan coches de alquiler y brillan interiormente el Hotel Cardinal y los concurridos salones del Hotel de Francia e Inglaterra. A las siete y media apareció por los portales la comisión presidida por don Francisco Benavides, que la importante Junta Patriótica recién instalada en el Club Literario enviaba a entrevistarse con Su Excelencia.

—Los grandes intereses de la Patria exigen que hoy parta para el extranjero, separándome temporalmente de vosotros... —dicta su proclama el General Prado mientras La Cotería aprueba con leves movimientos de cabeza— ...en los momentos en que consideraciones de otro orden me aconsejaban permanecer a vuestro lado.

—Permanecer a vuestro lado —escribe Mariano Alvarez.

—¿No cree Su Excelencia que debiera ser un poco más explícito?

La comisión atravesaba la Plaza de Armas directamente hacia la puerta del palacio, seguida por un centenar de patriotas y ociosos vagamente contagiados por un espíritu de revuelta.

—Bien, bien. Muy grandes y muy poderosos son los motivos que me inducen a tomar esta resolución —volvió a dictar el Presidente.

—Con su perdón, Excelencia —entró interrumpiendo Benito Arana—. Hay una comisión de patriotas en la puerta de palacio que pide ser atendida por Su Excelencia.

—Estoy ocupado, Benito —controló su fastidio el General.

—¿Los hago pasar o les digo que regresen mañana?

—Ya interrumpieron, ¿no? ¿Son los patriotas de Ribeyro y Monseñor Tordoya? ¿O han llegado los patriotas que rehúsan ministerios? ¿Qué patriotas vendrán esta vez? ¿Los que regalan cucharitas de plata y protestan por el impuesto al azúcar y a la renta? ¿Los que ofrecen su sangre y critican la leva de ciudadanos, Benito?

Arana se encogió de hombros como explicando que no tenía la culpa de ciertas intransigencias nacionales.

—Son los convocados por el doctor Ribeyro y el obispo Tordoya, Excelencia.

—Hazlos pasar —miró a La Cotera—. ¿Qué propuesta traerán en el fondo de la levita?

—Excelencia, el viaje se debe mantener en completo secreto —advirtió el Ministro de Guerra.

—Lo sé, General... —se levantó contrariado— ...acabaremos dentro de un rato, Mariano —ahora el Presidente sonrió—: Dejaré la puerta entreabierta para que no se aburran mientras tanto.

Cerca de doscientos influyentes ciudadanos se habían reunido esa tarde en el Club Literario, convocados por el conservador obispo del Cusco Pedro José Tordoya, presidente de la Junta de Donativos, y el ilustre doctor Juan Antonio Ribeyro, no el candidato a ministro sino el presidente de la Honorable

Corte Suprema de la República a la vez que Rector de la Universidad Mayor de San Marcos. Después de oír una proclama a cargo del escritor Casós, aprobaron las bases de su nueva organización cívica y nueve comisionados partieron al palacio llevando un petitorio para Su Excelencia.

Esperaban de pie. El General miró uno por uno esos rostros algo transpirados e invitándolos con un amplio ademán a que se acomodaran en sillones y sofás, ocupó el asiento presidencial sin decir palabra. Sí, son nueve personas muy conocidas. Preside el grupo don Francisco Benavides. Y lo acompañan José de la Riva-Agüero, el diputado Elías tan influyente en el Partido Civil, cuatro propietarios importantes, Césareo Chacaltana que dirige "El Nacional" y Luis Carranza, co-director de "El Comercio".

—Bien, caballeros, querían verme. He interrumpido una reunión de trabajo para escucharlos.

—Muchas gracias, Excelencia —Benavides es portavoz del grupo—. Venimos de una reunión política celebrada en el Club Literario, adonde debemos volver a dar cuenta del cumplimiento del encargo que os traemos, Excelencia...

Al otro lado de la puerta, La Cotera enciende un delgado partagás y cambia socarronas miradas con el secretario Alvarez. Hablan y hablan y hablan. Y él acumulaba ametralladoras en Panamá.

—...y venimos a manifestar que el Gobierno puede contar con los elementos sanos de la sociedad para acometer la tarea de la reparación...

Buenaventura Elguera, Ministro de Gobierno, abandona su coche en la puerta de palacio. ¿Y Su Excelencia? Recibiendo a un grupo de ciudadanos, adelante señoría.

—...concretando los deseos de la Junta Patriótica, venimos a exponer a Su Excelencia tres puntos. Primero, la necesidad de satisfacer la vindicta pública y la moralidad del ejército con un pronto y digno castigo de los autores de los desastres del Sur. Segundo, el deseo enérgico del país de que el Gobierno aproveche todos los elementos y recursos nacionales para expulsar de Tarapacá a los invasores, poniendo a su dispo-

sición los bienes y las personas que integramos la Junta Patriótica representada ahora por esta comisión...

—¡Conchudos! —murmuró La Cotera al oído de Alvarez—. ¡Escúchelos ahora y oígalos protestar después contra los impuestos!

El señor Elguera entró al salón y, controlando su desconcierto ante tantos adversarios políticos, ocupó una butaca próxima a Su Excelencia.

—...y, tercero, la exigencia de la opinión pública de un cambio inmediato de gabinete, fundada en la manifiesta ineptitud del actual ministerio y en las odiosidades que contra sí ha creado por sus desacertadas e ilegales medidas administrativas, tanto en orden a la guerra, como en hacienda, gobierno y relaciones exteriores.

Elguera ni pestañeó.

Su Excelencia dejó pasar casi un minuto de silencio.

—Bien, agradezco el interés y los buenos propósitos de ayudar al Gobierno expresados por esta comisión que representa a la Junta Patriótica recién instalada. Imagino que algunos de sus integrantes, si no todos, conocen las oportunas disposiciones dictadas para enjuiciar, de acuerdo con la Ordenanza Militar, a los responsables de nuestros fracasos en Tarapacá e Iquique. En cuanto a la utilización de los recursos nacionales para expulsar a los invasores de nuestro territorio, puedo asegurar a la Junta Patriótica que los esfuerzos del Gobierno exceden a cuanto pueda imaginar la nación. Lamentablemente, poderosas razones de estado me impiden ser más claro respecto de nuestras futuras operaciones, pero la Junta y el país deben confiar en su Presidente y en que, pese a los reveses temporales que hemos sufrido, se avecina la definitiva victoria de nuestras armas.

La presencia de Elguera cohibía al comisionado Benavides que se alzó de su asiento para despedirse del Presidente de la República.

—Perdón, Excelencia —interrumpió Elías—. ... pero creo mi deber manifestar que nada nos ha contestado Su Excelencia sobre el tercer punto de la exposición hecha por el señor Benavides.

—¿A qué punto se refiere, señor Elías? —atendió el Presidente.

—Su Excelencia, nombrados por una asociación respetable, presidida por el presidente de la Excelentísima Corte Suprema de Justicia y el Ilustrísimo Obispo del Cusco, para hacer llegar hasta su digna persona los sentimientos de quienes nos hemos reunido, le agradecería se dignara decirnos algo respecto del cambio del gabinete. Debo agregar mi pesar por plantear esto en presencia del señor Ministro de Gobierno, pero, Excelencia, debiendo desaparecer hoy toda consideración personal ante la salud de la Patria, espero que el honorable señor Elguera aprecie debidamente la lealtad y franqueza con que cumplimos el honoroso y delicado encargo que hemos recibido.

—Caballeros, caballeros... ustedes conocen los esfuerzos que he hecho por satisfacer a la opinión pública y cuántas dificultades he encontrado a pesar de mis patrióticas intenciones y del deseo que abrigo de acertar en todo —el General Prado me decía pulcramente sus palabras—. De todos modos quiero expresar que no considero digno de la asociación que ustedes representan, ni decoroso para el prestigio de la autoridad del Ejecutivo, que intenten imponerme un nuevo gabinete.

—Excelencia, en esta hora difícil estamos lejos de intentar imponer nada al Presidente del Perú. Procediendo estrictamente dentro de los límites constitucionales, nuestra más noble aspiración es acatar el principio de autoridad y robustecer la acción del Gobierno. Venimos respetuosamente a expresar al Jefe del Estado el sentimiento unánime de una importante asociación que cree interpretar fielmente la opinión pública.

—Gracias, honorable señor Elías. Puede usted expresar a la asociación patriótica mis seguridades de que yo siempre procederé de la manera más conveniente para los intereses del país.

La Cotera se alejó de la puerta hacia el sillón que ocupaba frente al escritorio de Su Excelencia. Afuera los patriotas se despidieron entre reverencias.

—¿Qué le pareció, General? —regresó Su Excelencia.

—Químper los llama perros del hortelano.

—Serán del hortelano chileno —gruñó Buenaventura Elguera—. El vapor “Paita” de la compañía inglesa debe zarpar mañana a las diez, Excelencia. He avisado al contralmirante de la Haza para que lo detenga hasta la tarde.

—¿En qué estábamos, Mariano? —se sentó Su Excelencia.

—Muy grandes y poderosos son, en efecto, los motivos que me inducen a tomar esta resolución —releyó el secretario.

—Sí, sí. Respetadla, que algún derecho tiene para exigirlo así el hombre que, como yo, sirve al país con buena voluntad y completa abnegación...

—¿La proclama? —cuchicheó Elguera en la oreja del Ministro de Guerra.

—...Soldados, dos puntos. Si nuestras armas sufrieron parciales desastres en los primeros días de noviembre, el 27 del mismo se cubrieron de gloria en Tarapacá. Seguro estoy de que en cualesquiera circunstancia imitaréis el ejemplo de vuestros compañeros del Sur...

Calladamente entró al despacho el canciller Quiroga.

—...Peruanos, dos puntos... —Prado señaló asiento al Ministro que llegaba— ...Su Excelencia, el Primer Vicepresidente de la República queda encargado del Poder Ejecutivo conforme a la Ley. Os recomiendo prestéis a sus actos toda vuestra cooperación...

—¿Y Químper? —susurró Quiroga.

—Enfermo —respondió bajito don Buenaventura.

—...Al despedirme os dejo la seguridad de que estaré oportunamente en medio de vosotros. Tened fe en vuestro conciudadano y amigo. Fecha, etcétera. Mariano Ignacio Prado. De inmediato, Alvarez...

—Los pasaportes, Excelencia. Son tres ayudantes, hum, Gálvez, Tezanos y Zuleta... Hice examinar la lista de pasajeros del “Paita”. No parece haber espías chilenos.

—El “Blanco Encalada” y el “Amazonas” andan por el norte, persiguiendo al “Limeña” —advirtió La Cotera.

—¿Recibió ya el dinero para sus gastos, Excelencia?

—Sí, ya está en mi poder. Tres mil esterlinas.

—Mister Tracy será avisado mañana por cable cifrado, igual que el coronel Larrañaga en Panamá —informó el canciller—. El señor William Grace irá a esperar a Su Excelencia en el muelle de Nueva York, adonde debe llegar a bordo del “Andes”. Mister Grace promete estar acompañado por el señor Lahrsen, representante de Krupp. También será recibido por *monsieur* Berthoud, agente del *Crédit Industriel* en Nueva York, y por los marinos peruanos de la Misión Astete con información completa sobre el “Stevens Battery”. El señor Goyeneche informa que es inminente la firma del contrato con el *Crédit Industriel* y que Su Excelencia *monsieur* Grevy está llano a conferenciar amplia y favorablemente con el jefe del estado peruano tan pronto llegue a París. Explica Goyeneche que debido a la actual agitación política, es incierto el futuro del gabinete Waddington y que por lo mismo ha iniciado importantes acercamientos con los señores Gambetta y Freycinet, probables reemplazos en la presidencia del Consejo de Ministros de Francia. En fin, Excelencia, tengo noticias de que el “Huáscar” zarpó de Valparaíso completamente reparado y con poderosa artillería. Me temo que lo mandan a bloquear el Callao.

—Se acaba el tiempo —murmuró Prado.

—Habrá que desembarcar armas de noche y por Ancón —se contrarió La Cotera—. Y la gente se va a sentir humillada a la vista del “Huáscar” con bandera chilena.

—Dentro de unos días anunciaremos la solución de nuestra crisis económica y en dos semanas espero confirmar por cable la adquisición de nuestro primer acorazado —se reanimó Su Excelencia—. Tendrán que mantener el orden público a cualquier precio mientras llega ese momento.

—Déjelo por mi cuenta, mi General —habló La Cotera—. Yo respondo con mi vida.

El fin de la retirada

La noche del 17 de diciembre, el coronel Andrés Avelino Cáceres dejó caer su bota izquierda desfondada sin remedio por aquella marcha de quinientos cuarenta kilómetros por la cordillera y el desierto. Contempló sus grandes pies ampollados y sangrados y en fin recubiertos por un pellejo grueso como un cuero de buey y se preguntó si su dignidad de jefe de la Segunda División sufrirá menoscabo si mañana entra en Arica descalzo y sin caballo, confundido entre sus veteranos. Cubiertos por una suciedad de veinte días, resulta imposible distinguir a traposos oficiales de igualmente arruinados cabos y clases. Con las barbas crecidas, tostados por el sol, los vencedores de Tarapacá se reconocen a fuerza de haber sufrido juntos, no por sus vestimentas. Cáceres había planeado asearse a fondo en Camarones. Pero no llegaron a ese pueblo al que Montero ha despachado pertrechos, caballerías y refuerzos. Bajaban de Camiña para acampar a una jornada de Camarones, cuando la voz de chilenos a la vista hizo que el General Buendía ordenara contramarchar a escape. Ni siquiera retrocedieron por la misma placentera ruta que seguían entre pueblos hospitalarios y bien surtidos por fríos manantiales, sino que el jefe del Ejército del Sur optó por subir a la inhóspita pampa de Cunigua, una pétrea desolación a tres mil metros sobre el nivel del mar. Cáceres quiso protestar, al menos confirmen si es verdad que hay chilenos al frente y cuántos son. No es posible que una patrulla de rotos los haga extraviarse hacia lo peor de la cordillera. Según ha podido averiguar esta noche, lo cierto es que no había enemigos esperándolos en Camiña sino exploradores peruanos enviados por Montero. Los *Gendarmes de Iquique*, que por ir de avanzada no escucharon la orden de retroceder, habían llegado tranquilamente a Camarones mientras el resto del ejército subía a 4,200 metros para acabar descendiendo a la quebrada de Mamuta tras dos días sin rancho ni más ración de agua que un tazón de barro salitroso para cada ocho hombres. Entonces reventaron caballos y medio centenar de heridos sucumbió a la fatiga. A pie Cáce-

res, el viejo Bolognesi, el aún vendado Ugarte, el arisco coronel Dávila, el corpulento Morales Bermúdez seguido por su tropa de adolescentes, también a pie Recabarren, para quien no ha habido reposo desde hace cuarentiséis días y que ahora, boca arriba a la intemperie nocturna, ronca cerca de Cáceres luego de haber murmurado un ya no doy más, mi coronel, fracamente es demasiado. El insomne jefe de la Segunda División se entretuvo calculando cuánto territorio ha recorrido Recabarren desde que combatió el 2 de noviembre en Pisagua. Con esas mismas botas agujereadas subió a Hospicio, caminó por Jazpampa y Negreiros, llegó a Agua Santa, retrocedió a Pozo Almonte, acampó en La Noria, avanzó hasta Dolores, salvó hacia Tarapacá y luego de la batalla no se ha separado un instante de sus tropas. Sí, Recabarren ha cubierto unos mil trescientos kilómetros en 46 días de campaña. En Mamuta tampoco encontraron víveres, ni más agua que un fango salobre que hicieron hervir con manzanas verdes para llenarse de un repugnante caldo entre ácido y pestilente que aflojó sus tripas. Ahora el ejército avanzaba consumiendo desesperadamente sus últimas energías. Seis horas de sueño y ya tan pronto: ¡diana! A Esquiña, pronto, 35 kilómetros para dormir tiritando y amontonados con una temperatura de cinco grados y después, rápido, a Cocpa, donde por fin las patrullas que salieron de Arica encontraron al escondidizo General de División Juan Buendía. De nada sirvió: los víveres despachados por Montero están en Camiña. Mientras se desvían alimentos hacia Cocpa tendrán que pasársela con una sopa transparente, apenas nutrida con cinco carneros y cuatro cargas de charqui. Allí pasaron revista de comisario. Faltaban 650 entre oficiales y soldados muertos por el camino. Tan espantosa cifra disminuyó al saberse que la avanzada llegó de casualidad a Camiña. Sin embargo el coronel Cáceres cree que no menos de trescientos perecieron de sus heridas y de extenuación, sed y fiebres desde que abandonaron Tarapacá. El martes 16 se les exigió una caminata de veintidós horas para cubrir los sesenta kilómetros que los separan de Chaca y luego de distribuir una taza de agua y cincuenta gramos de cancha a cada soldado, se ordenó seis horas de descanso en plena pampa de Camara. Así

sentado, con los ojos puestos en su bota deshecha, Andrés Ave-
lino Cáceres quedó dormido. Las cornetas lo despertaron a las
cuatro de la mañana. Tuvo que sacudir violentamente a Reca-
barren para que se pusiera al frente del *Dos de Mayo*. Están a
quince kilómetros de Arica.

A caballo Buendía, sus edecanes, el Estado Mayor Gene-
ral y a pie los batallones, arrancaron en busca del morro invis-
ble antes del amanecer.

—Oiga, Recabarren, lo primero que debo encontrar es un
buen zapatero —sonríe Cáceres por primera vez mientras su di-
visión avanza a marcha regular casi al final de la columna. Ol-
fateó tufaradas marinas.

—Yo quiero ponerme a remojar en jaboncillo, mi coronel.

Los jefes compararon sus andrajosos atuendos y echaron a
reír. Las ropas de Recabarren se sostenían con hilachas sobre
sus hombros. Estamos como para un desfile de Fiestas Patrias,
sonrió el mayor Julio Arguedas. ¡Y cómo olerán estas pezuñas!
Y menos mal que no jodían porque estamos inmunizados a nues-
tro propio olor, rió Cáceres, habrá que ver si fruncen narices las
señoritas de Arica. Sabe usted, Recabarren, no sé cómo reaccio-
narían los rotos que a mí me huelen bastante a cabra, sobre todo
esos del *Atacama*, ah, pero con una descarga de estos calcetines,
le juro que tumbamos a la escolta de la Reina Victoria. Por fin,
Arica. Ah, carajo, la idea de la paz. Por unas noches dormir sin
sobresalto: nadie llegará hasta el gran morro a hundirles una
bayoneta a mitad del sueño. Abre la marcha la *Exploradora*,
no sólo diezmada por el asalto al cerro San Francisco sino divi-
dida después, durante la retirada. Luego avanza la *Vanguardia*,
con los valerosos cabitos al frente. Y la Primera División, con
los cazadores de Herrera y de Fajardo. Después van las tropas
de Cáceres y Recabarren, con casi todos sus oficiales muertos
o malheridos en combate, mostrando su estandarte agujereado por
las balas chilenas y siete gallardetes y banderolas arrancadas a
los *Zapadores*, al regimiento *Artillería de Marina* y al *Chaca-
buco*. Detrás, seguido por el *Ayacucho* N^o 2 y sus *Guardias de
Arequipa*, concluye su largo viaje el coronel Bolognesi con el
más importante trofeo de Tarapacá: el estandarte chileno que

perteneció a los zuavos del 2º de Línea. Cerraba la columna la Quinta División, por primera vez al mando de un coronel de Guardias Nacionales, Alfonso Ugarte, a quien siguen maltrechos voluntarios de Iquique con el gallardete de los odiados *Cazadores* chilenos, aquellos que pasaron a cuchillo a los húsares de Sepúlveda y a los que, con exacta puntería, desmontó el Batallón *Iquique* con tres descargas cerradas. En fin, atrás, un grupo de oficiales sin tropa avanza confundido con camilleros y ra-bonas.

Repicaron las campanas de Arica. Desde las seis de la mañana la población salía por la carretera a Buena Vista a dar encuentro a su ejército. El almirante Montero subió a su caballo de batalla. Escoltado por el nuevo Jefe de Estado Mayor General coronel José de La Torre y cincuenta húsares, salió a presidir la recepción.

Soldados y pueblo de Arica se detuvieron en la pampa, a cinco kilómetros de la ciudad. A la luz dorada de las nueve, vieron crecer una polvareda por el desierto.

Nadie se movió.

Media hora más tarde, Montero, el coronel de La Torre y sus cincuenta húsares picaron espuelas en dirección de la andrajosa columna. La multitud llegada de Arica siguió inmóvil.

Buendía, sus edecanes y el coronel Suárez también se adelantaron a cambiar saludos como dispone la ordenanza. Detrás suyo, la columna se detuvo.

Pero al anciano General de División no lo esperaba una sonrisa o una felicitación. Los partes sobre la victoria de Tarapacá que despachó por delante con emisarios a caballo por la ruta del desierto, no habían modificado la severidad del nuevo jefe político y militar del Sur.

—General Buendía, está usted bajo arresto —cortó la voz de Montero. Al viejo se le desenchajó la sonrisa—. Por orden suprema será de inmediato sometido a juicio militar por los cargos que oportunamente le comunicará el coronel Nieto, fiscal de la causa. Al coronel Suárez, jefe del Estado Mayor General, se le comprende en el juicio, quedando ambos destituidos de todo mando militar desde este momento.

Resoplan caballos, arrastra el viento un desmenuzo de cordillera.

Bruscamente Buendía salió de su silencio.

—No es la forma como debe usted proceder de acuerdo a la Ordenanza, señor almirante.

—Sepa usted, señor, que su ineptitud ha arruinado a la Patria y que respecto de su persona, el Gobierno y yo personalmente nos cagamos en la ordenanza señor Buendía. En lo que a mí concierne, ha dejado usted de ser General de División o siquiera un militar. Entregue de inmediato el mando de su ejército a mi jefe de Estado Mayor General, coronel José de la Torre.

La brusquedad de Montero amorataba el rostro de Buendía.

—¡Protesto, protesto!

—¡No se comporte estúpidamente, señor Buendía, usted, precisamente usted no puede protestar de nada!

—¡Pues muéstreme esa orden suprema por escrito! —voci-feró el General—. ¡Por escrito, ya lo sabe, o no le entrego el mando de nada, carajo! ¡Yo también tengo mis cojones en su lugar, señor almirante! ¡Y no tolero esta, esta humillación!

—Tiene treinta segundos para someterse, señor Buendía —Montero se irguió en su caballo—. En caso contrario me verá obligado a reducirlo por la fuerza de mis armas y de inmediato fusilarlo por delito de rebelión en tiempo de guerra. ¡Coronel de la Torre!...

—Ordene usted mi General —unificadas las fuerzas navales y terrestres en Arica, Montero usaba ahora rango de General de Brigada.

—¡Prepare a sus hombres, coronel!

La cabeza de Buendía cayó sobre su pecho como si lo hubiesen decapitado desde atrás. Se esforzó por levantarla.

—Acato las órdenes, señor. Pero dejo constancia de mi protesta por haberse violado las formas de reglamento y por el lenguaje que se ha empleado al comunicarme las órdenes...

—¡Coronel La Torre, asuma el mando de ese ejército!

Los barbudos, trapientos, quemados, descalzos batallones detenidos en la pampa vieron acercarse al limpio coronel y a sus húsares de pulcros uniformes.

—¡A ver si sacan pecho, so pedazo de pajeros! —retumbó de pronto la voz del coronel Dávila—. ¡Somos los vencedores de Tarapacá, no una banda de cojudos! ¡Corneta, tropa!

—¡Golpes! —ordenó Cáceres— ¡Se acabó el descanso!

—¡Muy bien cabitos, muéstrenle al pueblo de Arica como caminan los valientes! —siguió vociferando Dávila—. ¡Que sepan bien que ninguno de ustedes perdió su arma! ¡Que ningún cabito corrió como los puñeteros guanacos de Villamil así que la cabeza bien levantada, cabrones, al primero que pierda el paso le meto veinte chicotazos!

—¡Ataque de Uchumayo! —ordenó Fajardo a su corneta. Uno tras otro sonaron los tambores de guerra.

—¿Tienen dos piernas todavía? ¡Pues quiero verlas marchar! ¡Paso redoblado, sarta de pajeros, paso redoblado! ¡Cinco kilómetros son una mierda para nosotros! —siguió gritando Dávila— ¡Arriba esas pezuñas, maldita sea! ¡A ver si les meto las cornetas por el culo a esos músicos de circo! ¡Quiero que nos escuchen en el morro, maricones de mierda! ¡Eso es, eso es! ¡Más fuerte, carajo, más fuerte!

Aquel ejército vestido con los despojos del enemigo o deshilachado y abierto en agujeros, levantó sus trofeos y banderas y redoblando el paso desfiló por la pampa. Harapos y pellejo y huesos: y sin embargo una veterana ferocidad se extendió por los batallones. El rotundo compás de sus parches estremeció las calles de Arica, a lo lejos bloqueada por la poderosa escuadra enemiga. ¡Paso de vencedores! De a ocho en fondo, esos hombres consumidos por el hambre y la sed, sancochados por el sol, marchaban a concentrarse frente a la aduana. Llevan dos y hasta tres rifles sobre la espalda, la mirada reluciente en lo profundo de sus calaveras. Tan trágico aspecto suprimió hurras y festejos de bienvenida en las gargantas del pueblo. Cuando estuvieron formados, un respetuoso silencio se condensó en toda la ciudad.

El almirante Montero los revistó con calmada pesadumbre. Su espada se detenía a saludar chamuscadas banderas, tafetanes salpicados de sangre, desgarrados a tiros, las altivas hilachas de la Patria. Sí, igual estaba el Perú, roto y quemado y acosa-

do y rehusando rendirse. En silencio contempló trofeos tomados al enemigo, el solemne rostro del cholo Mariano Santos desde el 27 de noviembre dueño a nombre de la Nación de ese estandarte enemigo, los gallardetes sostenidos por terrosos ayacuchanos del *Zepita*, a los esqueléticos hombres del *Ayacucho* que soportan el peso del propio chassepot y numerosos combain tomados a Chile, a los coroneles de ropas raídas y zapatos desintegrados, a los jóvenes subtenientes mutilados y cicatrizados, a los voluntarios de Iquique con sus bayonetas ennegrecidas por la sangre del adversario, a toda esa infantería menesterosa, abrigada con chaquetas de zapadores o zuavos o levitas navales de Chile y calzada con botas enemigas. Después retrocedió hacia las escaleras de la aduana. Tuvo que controlar la respiración agitada por emociones que le obstruían la voz: lástima, orgullo, amor, cólera. Entonces gritó.

¡Soldados!

Va y viene la "O'Higgins" frente a la bahía de Arica.

¡Soldados, bienvenidos seáis después de la cruda y fatigosa campaña que habeis hecho, en la que la República ha tenido que admirar vuestro valor, disciplina y entusiasmo en favor de la defensa nacional!

Pero no le bastan palabras para expresar cuanto se mueve por su pecho condecorado.

El cabito Porturas se desploma desmayado.

¡Todos vuestros sacrificios, todas vuestras penurias de tantos días de prueba, los toma en cuenta la Nación, os aplaude y os envidia!

Ganamos qué, Juanito. Ah, si al menos pudieras estar aquí esta mañana. Mil trescientos kilómetros, a muerte cada uno de esos cuarentisiete días: el recién ascendido coronel Recabarren hubiese querido gritar que nada importan estos efímeros trofeos, ¡habíamos perdido Tarapacá!

¡Hasta hoy sólo habéis peleado la primera batalla en que, de un modo elocuente, habéis probado que el soldado peruano sólo necesita un buen capitán que lo lleve a la victoria y que, por lo demás, posee las virtudes del mejor guerrero! ¡Luego volveréis a un teatro más vasto y a una vida más activa, en que pro-

baréis nuevamente vuestro desnudo, devolviendo a la Patria el territorio que ahora ocupa el usurpador!

El coronel Ugarte se acordó del pobre Godiño.

¡Id pronto al descanso y en las veladas del vivac, contad a vuestros compañeros las peripecias del glorioso combate de Tarapacá y manifestadles como peleásteis contra el enemigo para que, cuando convenga, si no os excedan al menos os imiten! ¡Id, pues, que la nación entera está con vosotros!

Otra vez se espesó el silencio.

El coronel Cáceres dio tres largos pasos al frente.

—¡Con su permiso, mi General!...

Montero asintió con un movimiento de cabeza.

—... ¡Honor a los caídos! ¡Corneta del *Zepita*... silencio!

Se alzaron espadas, saludaron rifles, una tras otra todas las cornetas se unieron al triste toque de silencio. El Ejército del Sur recordaba a sus muertos.

A la vista de esos rostros mojados por la pena, también a Montero se le abrigó la mirada.

Luego el coronel de La Torre pisoteó la plaza de la aduana hasta colocarse al frente de los batallones.

—¡Soldados de la Patria, sólo hay un grito en nuestros pechos! ¡Viva el Perú!

—¡Viva! —rugió la ciudad.

—¡Muera Chile! —bramó el coronel Dávila.

—¡Muera! —volvió a rugir Arica.

—¡Soldados de la Patria, os espera un merecido descanso! —vociferó el nuevo Jefe de Estado Mayor General—. ¡Rompan filas!

El viaje de Prado

Revisó su equipaje: dos uniformes y otro de gran parada con fajín, banda presidencial y collar de la Orden del Sol. Cuatro trajes civiles de invierno, botas y botines y un abrigo, el ca-

pote con insignias de General de División, un pequeño estuche con medicinas, la caja de caoba con dos revólveres ingleses, en otro estuche las piezas del damasquinado rémington de precisión que le obsequió el Presidente de Costa Rica, cajas de cartuchos, legajos de documentos, sombreros, un frac cortado en Londres, cuaderno de bitácora en blanco, papel de carta, retratos de su esposa y sus cuatro hijos, cartas de navegación para las costas sudamericanas y el Caribe, sus espuelas, el viejo fueete de cuero huanuqueño, tres fotografías de sus hijos Leoncio, Grocio y Justo ahora capitanes en el Sur, un largavistas, ropa interior olorosa a lavanda, también jabones, navaja, guantes de lana y de cuero y forrados en piel, calcetines escoceses, lápices, un cronómetro, también brújula, sextante, barómetro, aquella terrible daga asiática que obsequió Leoncio al volver al Perú, una cantina llena de coñac, seis corbatas, puños y cuellos de repuesto, credenciales como amplio y supremo representante y negociador de la República ante las potencias extranjeras, ejemplares de la Constitución y del diario de debates del Congreso, copia autenticada del Tratado con Bolivia, estadísticas sobre producción de guano y salitre, planos de los ferrocarriles concluidos o a medio construir; tres mil esterlinas de oro. Sí, está bien, creo que no olvidamos nada. Su esposa sonrió, pasándole una mano por el rostro. Magdalena y la familia del Presidente quedan en Lima. El General parte dentro de unas horas y ella sabe que sólo regresará victorioso o muerto. Su animosa sonrisa confortó al General. Cerraron el baúl. Después Prado fue a su escritorio de cortina, consultó una breve lista de asuntos pendientes, eligió una hoja de papel fino y mojó la pluma en tinta negra.

Lima, diciembre 18 de 1879.

Hoy es su cumpleaños y debe haber entrado en Arica el ejército vencedor de Tarapacá. ¡Vaya, qué ganas de haberlo presenciado! Temprano Magdalena Ugarteche le regaló un ingenioso lapicero de plata labrada, que puede rellenarse con unas gotas de tinta para escribir fluidamente y sin manchones. Su hijo Maximiliano sorprendió al Presidente con la nueva linterna

sorda a batería eléctrica de casi dos kilos de peso, que es novedad en los almacenes limeños. Mariquito y María declamaron una poesía al amor filial. Sólo el pequeño Javier ignoró desde su cuna los ajetreos motivados por el cumpleaños.

Señor general Lizardo Montero.

Mi querido amigo:

¿Cuántas horas faltan para separarse de la familia y hacerse a la mar? Temprano el General Prado recibió a cien coroneles, tenientes-coroneles, capitanes de navío y de fragata que llegaban a su casa particular a felicitarlo por su natalicio y a manifestarle absoluta adhesión y plena confianza. Algunos de ellos saben que pronto recibirán entrenamiento con nuevas armas adquiridas en el extranjero. Ya ensayaban con cien peabodys que la Casa Grace adelantó confidencialmente en calidad de muestra. Sobre todo interesa el formidable poder de las nuevas Gatling de montaña, tan rápidas como las ametralladoras bávaras que acaba de incorporar Chile a su ejército expedicionario. A diferencia de las hotchkiss enemigas, las prometidas Gatling rara vez se atascan. Otros de los jefes que visitaron a Prado, saben que se acerca la nueva escuadra. Por la numerosa plana mayor que de la Haza organiza con el experto Ezequiel Otoya, cinco meses segundo de Grau a bordo del "Huáscar", los marinos comprenden que se trata de un primer gran acorazado. A Villavicencio y del Portal también se les ordena seleccionar oficiales de guerra y por los rangos que consultan, parece que hubiera otros grandes blindados a punto de enarbolar pabellón peruano. La *Columna Constitución* ha elevado a seiscientos sus efectivos de infantería de marina. Barcos de la Grace acumulan carbón de Cardiff en Callao, Supe y Huacho. Ascendidos a capitanes de fragata, Ramón Freire, que resultara herido a bordo del "Huáscar" en el combate de Iquique, y Ruperto Gutiérrez, que perteneció a la "Independencia" se preparan más que menos sigilosamente para viajar a Francia. Igual destino parece esperar a los comandantes Coronel Zegarra y Gregorio Pérez, siguiéndolos pronto José Benigno Benavides, que ya volvió de Pisagua y Ari-

ca. Probable comodoro de una división de blindados ligeros, el comandante Valle Riestra arregla asuntos personales para ausentarse varios meses. Dos capitanes de corbeta, Leandro Mariátegui y Francisco Balta alistan viaje al Imperio Alemán, según se cree para recibir entrenamiento en el manejo de artillería naval krupp. Cambian a fogueados comandantes de los viejos transportes de la escuadra, sin que sus antiguos jefes reciban colocación inmediata. Los tenientes Fortunato Salaverry y Viriato de la Haza permanecen inactivos, se dice que serán destinados al comando de porta-torpedos italianos que son la última palabra en ingeniería naval. También hace trece años, con una escuadra enemiga dueña del océano frente al Perú, el General Prado consiguió la mejor artillería convirtiendo el Callao en una fortaleza inexpugnable. Los militares no ignoran el acercamiento al Imperio Alemán y la creciente distracción británica frente a una posible guerra con el Imperio Ruso. Se dice festivamente que pronto el Perú tendrá nuevos krupps capaces de lanzar proyectiles a la fantástica distancia de doce kilómetros. No sólo el sistema de retrocarga prusiana es superior al vavasseur francés, sino que la Casa Krupp perfecciona visores y mecanismos de puntería francamente asombrosos. Por Amancaes retumban veloces peabody de entrenamiento: son superiores al rémington y a los comblain del modelo chileno que los instructores usan para comparar armamentos. La maestranza del Ejército empieza a fabricar sus primeros cartuchos. Frente a ese centenar de altos oficiales cuyo optimismo es evidente, Su Excelencia exigió disciplina, respeto por la Constitución y, sobre todo, plena confianza, absoluta confianza en sus acciones futuras, por discutibles que puedan parecer a los ojos de los partidos políticos. Porque si en el futuro van a dudar del General Prado, será mejor decirlo ahora y que otro asuma la responsabilidad de la victoria. Los jefes militares y navales prorrumpieron en vivas a Prado. ¡Confiaban en Su Excelencia! Uno a uno se acercaron a estrechar la diestra del héroe. Detrás del Presidente, La Cotera sonreía.

Desde mi arribo a esta capital me he contraído a estudiar detenidamente nuestra verdadera situación, desnuda de toda ilu-

sión; y este estudio me ha dado el convencimiento íntimo de que en el estado en que hoy nos encontramos, la guerra con Chile tiene que ser muy larga, a la vez que llena de dificultades y muy dispendiosa para nosotros; porque siendo ésta principalmente marítima, con sólo los elementos de tierra de que podemos disponer, llevamos sin duda la parte más pesada. Hay pues absoluta necesidad de proveerse, a todo trance, de elementos de mar, por lo menos de un poderoso blindado, capaz de hacer frente a la escuadra enemiga.

Silencio, niños. Dejen trabajar a su padre el Presidente de la República. Magdalena Ugarteche comparte secretos de estado: una vez cerrado el baúl, el fiel ayudante mayor Celso Zuleta pasó a recogerlo. Lo llevarán por delante al Callao. A las ocho de la mañana ya el "Paita", de la Compañía Inglesa de Vapores admitía a sus pasajeros. La hermosa señorita Marchetti, soprano afincada en Lima desde antes de la guerra, fue galantemente recibida a bordo por el propio capitán Cross. El buque de 1,117 toneladas se detendrá en Guayaquil sólo para desembarcar a cuatro pasajeros. Su destino es Panamá. A petición de Juan Mathison, agente general de la Compañía, mister Cross ha reservado los tres mejores camarotes sin saber quiénes vendrán a ocuparlos. Por disposición de la Capitanía del Callao, tuvo que postergar la salida de su buque hasta la tarde.

La indispensable adquisición de estos elementos en Europa se dificulta hasta hoy, especialmente por falta de recursos y la inconcebible competencia entre los numerosos comisionados que se ha enviado con tal fin, porque desgraciadamente en todas partes se dan lugar a las rivalidades y a las emulaciones apasionadas, dañando así los intereses del país.

No, hoy el General no irá a Palacio hasta después de mediodía. Almorzará con su esposa y sus hijos en estricta intimidad.

En tal situación y después de pensar con madurez e impelido por un sentimiento altamente patriótico, he tomado la resolución de marchar hoy a Europa, en demanda de los mencionados elementos; y la he adoptado sin vacilar, aún a riesgo de que algunos espíritus ligeros y apasionados me increpen con este motivo, porque estoy convencido de que es el mayor servicio

que en las presentes circunstancias puedo prestar a mi patria, a cuya conveniencia estoy decidido a sacrificarlo todo.

Personalmente La Coterá y Quiroga cifraban los cables al extranjero, confirmando que Su Excelencia emprende viaje en neutral vapor de bandera inglesa, rumbo al norte por un océano dominado por el "Blanco Encalada".

Mi presencia aquí no es indispensable; al paso que mi viaje a Europa será, tengo fe, de provechosos resultados.

Lo poco que yo pudiera hacer aquí, esto es, cuidar de los preparativos de la defensa nacional y del envío oportuno de toda clase de auxilios al Ejército del Sur, puede hacerlo perfectamente y quizá con menos embarazos, el gobierno que queda en mi lugar, pues no puede dudarse que, aún cuando no dejan de agitarse pequeñas pasioncillas de partido, en todos los peruanos hay el sentimiento uniforme de rechazo y rencor al enemigo extranjero; y en este fuego patriótico arden todos los corazones sin distinción de clases ni partidos.

El sorpresivo decreto controlando el libre comercio de letras contra Europa, motivó una precipitada reunión de cambistas que solicitaron de inmediato una entrevista con el Ministro Quimper. Se les respondió que su señoría guarda cama y que, con suerte, volverá a encargarse de los asuntos de su despacho el próximo miércoles.

El ejército del Sur está encomendado a los jefes más distinguidos que tiene la Nación: ellos sabrán responder de su honra.

En su casa del jirón Huancavelica, no lejos de la activa plazuela del Teatro Principal, el General Luis La Puerta recibió al Ministro de Gobierno Buenaventura Elguera. Considera oportuno colocar en la Prefectura de Lima al mismo militar elegido por los civilistas para sustituir a La Coterá en el Ministerio. El coronel Enrique Lara es, además, un experto en fortificaciones y conviene que organice la defensa de Lima y Callao. La Puerta comentó ácidamente que los pierolistas habían acusado a Lara de comprar armas inservibles en Londres y de haberse apropiado de fondos nacionales, cuando en verdad el estudioso coronel sólo recibió dinero para sus gastos de viaje y seis meses

de sueldo adelantado, y sin embargo consiguió al crédito dos lanchas torpederas, entregando un adelanto de cinco mil libras a los fabricantes, prestadas por el comisionado Goyeneche de su fortuna personal. Si así hablan de Lara, imagine usted señor Elguera qué dirán de nosotros.

Voy investido de amplios poderes que me permitirán remover cualquier obstáculo para la pronta adquisición de los mencionados elementos marítimos, al mismo tiempo que para hacer con nuestros acreedores arreglos convenientes a fin de impedir que los chilenos exploten impunemente nuestras riquezas de Tarapacá.

Por Lima corrió el rumor de que cambiaban gabinete gracias a la presión expuesta anoche por los comisionados de la Junta Patriótica. Se mencionó a Carlos M. Elías como Ministro de Gobierno, al señor Malpartida en Hacienda, a don Antonio Arenas en Justicia, a Aurelio García y García en Guerra y a don José de la Riva-Agüero como canciller. El rumor se rectificó rápidamente: don Pedro Correa y Santiago, presidente del Concejo Provincial de Lima, irá a Gobierno y Ramón Ribeyro a Justicia, asegurándose que Riva-Agüero no acepta ningún ministerio y que el doctor Arenas se encargará de Relaciones Exteriores y que no, de ningún modo, no es Correa sino Cesáreo Chacaltana en Gobierno y Elías en Guerra o Candamo en Hacienda y monseñor Tordoya en Justicia y Pflücker canciller o en Hacienda y Candamo en Gobierno.

Con la representación que llevo y mi inquebrantable voluntad de servir al país, me prometo mucho de mi viaje a Europa. Sólo deseo que el país tenga fe en mi patriotismo: yo contaré con hechos.

Zuleta regresó del Callao y explicó brevemente a la señora Magdalena que todo está en orden, el equipaje a bordo, el secreto del viaje presidencial bien guardado. Ella retorció las manos en un involuntario gesto de angustia. No se preocupe usted, señora, yo estaré al lado del General, cuente con mi vida.

Sin tiempo para más y deseándole glorias y días felices, y esperando que no deje usted de escribirme, me despido de usted

hasta dentro de cuatro meses a lo sumo, repitiéndome su afectísimo amigo y seguro servidor.

Prado

Hasta pronto, pues. He aquí todo lo que deja: esposa, cuatro hijos de tierna edad. Y tres hijos capitanes en el frente de guerra. Y a su hermano menor José María, mayor en el Sur y ahora vencedor de Tarapacá. Y a su cuñado, el teniente-coronel José M. Ugarteche, sobreviviente del "Huáscar", canjeado por prisioneros chilenos, convalesciente y condecorado. Y a su primo hermano Manuel Antonio, jefe del *Ayacucho* N^o 1 en Arica. Deja aquí su existencia de héroe nacional nuevamente puesta a prueba. Y su hogar intacto, su pequeña biblioteca de ciencias y filosofía, su archivo personal, su correspondencia, sus medallas, sus viejos trajes, aquel uniforme que vistió el 2 de mayo. Tres o cuatro meses pasan volando, regresará para la salvación del Perú y a vengar a sus muertos más amados. Trece años atrás quería llevar la guerra libertadora a Cuba y Filipinas, como su propio padre ansiaba pelear de igual a igual con España, irla a vender si es preciso a sus propias costas. Ahora tiene que reordenar la mitad de Sudamérica, devolver a su sitio al invasor, castigar sus delitos contra la humanidad. Hasta pronto. Besa a su familia, por su memoria comprime esta última visión que ha de liberar en horas de soledad, dejándola agrandarse hasta quedar envuelto en una totalidad olorosa a regazo y lactante, a nueces y alhucema, al activo jazmín que se expande por el patio. Después dio la espalda casi con brusquedad. Hora de partir. Su voz cortaba: ¡Zuleta, Gálvez, un rato a palacio!

En Desamparados espera un tren especial.

Mientras la ciudad se obsequia una siesta de comienzos de verano y bajo el sol dormitan mendigos y vagabundos quietos en la Plaza de Armas, el General Prado entró a la casa del Gobierno, adonde ya se ha instalado el General La Puerta. Hace un mes lo creían moribundo, tan deformado por ataques de gota que ni siquiera podía rubricar leyes o decretos. Ahora parece repuesto, se apoya en un bastón, flexiona y ejercita los dedos

de su diestra hasta hace poco amoratada. ¡Cuatro meses! El anciano cusqueño contempla la nerviosa figura de Prado. De tan imperioso y obstinado es capaz de voltear la guerra a favor del Perú. ¡Cuatro interminables meses! A la vez más rápido pero más ancho el tiempo visto desde ojos septuagenarios y desconfiados... así como Prado no puede fracasar en sus gestiones en el extranjero, Luis La Puerta no puede morir mientras no regrese el Presidente. Porque ausente Prado, nadie hay que reemplace al viejo cusqueño sino la guerra civil.

—Salgo al Callao dentro de unos minutos, mi General —Prado había demostrado siempre particular respeto por la antigüedad militar de La Puerta, a quien dos veces hizo su Vicepresidente—. Allá aguardaré la hora más propicia para zarpar.

—Cuidado con los banqueros franceses —sonrió La Puerta.

—El país queda en sus manos, viejo amigo. Yo liquidaré la guerra con los nuevos blindados —ahora Prado sonreía—. Cuidado con los limeños...

Se dieron un abrazo.

Ya nada retiene a Mariano Ignacio Prado en estas habitaciones del palacio que siempre habitó en épocas de crisis y desastre. Impaciente por hacerse a la mar, usó una puerta lateral para cruzar la calle a pie hasta la estación de Desamparados.

Los ministros La Coteria y Quiroga lo vieron llegar con pisadas enérgicas, flanqueado por sus tres ayudantes militares.

—Buenas tardes, caballeros, ¿estamos listos?

—Listos, Excelencia —el Ministro de Guerra señaló el tren.

La mirada marrón vuelve a registrar el inmediato amontonamiento de paredes y cúpulas y campanarios de adobe sobresaliendo por encima de los huertos que bordean la alta ribera del río. Después el General Prado subió al vagón presidencial, instalándose en la butaca de terciopelo rojo que había usado en horas felices y hace ocho o nueve meses, cuando parecía posible rechazar a los chilenos. Pero nada resulta jamás de acuerdo a lo previsto en el Perú, y Prado hablaba a sus ministros con severa entonación, por eso debe ocuparse personalmente de las urgentes adquisiciones navales y militares antes de que terminen peleando Canevaro y Goyoneche en Hamburgo, o negándose los

comisionados en Europa, como hasta ahora, a girar fondos solicitados por Tracy en Nueva York. Deplorable condición la peruana: separado del Alto Perú, ahora despojado de Tarapacá, sitiado por Arica, en bloqueo desde Mollendo, amenazado el Callao, indefensa la costa norte, con sus islas guaneras casi exterminadas por Dreyfus, saqueado por prestamistas y consignatarios, puesto en subasta, a menudo traicionado por sus propios hijos y ahora acuchillado por el aliado don Hilarión, anhelante por conseguir una pequeña cantidad de libras esterlinas, apenas ochocientas mil, ojalá un millón, mientras que desde 1842 a la fecha al país se le han extraviado, disuelto, extinguido, evaporado más de ciento veinte millones de libras de oro en recursos fiscales, según los cálculos más cautos que ha pedido y aceptado el doctor Químper, cantidad suficiente para haber construido, en treinta años de juiciosa y honrada administración, no dos sino varios ferrocarriles trasandinos y capitalizado verdaderamente en puertos, carreteras y obras públicas y, en fin, para haber mantenido a flote y en constante renovación una escuadra de poder comparable a las de Francia o Italia. Pero la más rica e influyente república de Sudamérica debe hasta el aire que respira y todo cuanto le queda en el océano es la anciana corbeta "Unión" que llegó al Pacífico mientras Prado subía por primera vez al poder, y tres o cuatro vapores arruinados por la incesante navegación con pertrechos al máximo de sus calderas. A las tres y cuarto de la tarde, la trepidación de ese tren extraordinario se aproxima a Bellavista entre arboledas y alfalfares. Si el General fracasa, tendrán que morir miles de jóvenes por estas haciendas, defendiendo los limeños cada potrero, convirtiendo tapias y acequias en pobres reductos mientras su ciudad soporta el bombardeo siempre más largo y eficaz de los chilenos. El Callao no se puede defender con otra artillería que la instalada por el propio Prado hace trece años. Chorrillos, que simboliza la veraniega y despreocupada opulencia de la ciudad que fuera capital española de Sudamérica, tan importante como Sevilla o Madrid, está desguarnecido y al filo del océano que controla el enemigo. También Magdalena y la villa de Miraflores pueden ser arrasadas por los nuevos cañones del "Angamos" y el "Huáscar". La

idea de la capital incendiada, remecida por explosiones, convertida en barrosa fortaleza, iluminó, dolorosamente la mirada del Presidente.

El tren se detuvo en el Callao a las 3 y 30 de la tarde. Esperan en el andén el contralmirante de la Haza y dos altos oficiales de la escuadra. El corresponsal de "El Comercio" vio a Su Excelencia intercambiar rápidos saludos y dirigirse con sus dos ministros, los marinos y tres ayudantes hacia el embarcadero donde espera la falúa del "Limeña". El bote se movió hacia la chaza y el periodista se distrajo contemplando al "Paita" humeante e inmóvil desde las diez. Casi las cuatro de la tarde: por primera vez el capitán Cross incurría en impuntualidad poco común en la Compañía Inglesa. El corresponsal se dispone a retroceder hacia la Calle Constitución, al importante almacén de Colville & C^o, donde venden libros y periódicos de todo el mundo y donde también funciona la agencia de "El Comercio". Quería telegrafiar su pequeña noticia: Prado vuelve a visitar los fuertes. Cumplidas urgentes tareas, el periodista deseaba obsequiarse con una cerveza bien fría en el Hotel Comercio del señor Dasso, vecino de Colville. Pero en ese momento descubrió con sorpresa que la falúa del "Limeña" cambiaba de rumbo hacia el "Paita".

Empinándose por la dársena, el corresponsal observó bajo la hiriente luz contraria del atardecer como el Presidente aborda el vapor británico. Lo siguen el Ministro de Guerra y el canciller, los ayudantes Gálvez, Tezanos y Zuleta, el comandante general de la Escuadra y dos capitanes de navío. La falúa permaneció cerca del vapor.

A las seis y quince de la tarde del jueves 18 de diciembre arrancó a funcionar la impresora *Marinoni* del diario "El Comercio". Aquella edición vespertina llega, por dos soles mensuales, a más suscriptores que ningún otro periódico de Lima. Miró Quesada revisa como de costumbre el primer ejemplar todavía sucio de tinta, de gran tamaño *standard* y seis columnas. Cuando la animosa y moderna *Marinoni* alcanzó su máxima velocidad de tres mil pliegos por hora, Miró Quesada había re-

leído el editorial dedicado al ejército de Tarapacá que hoy entró en Arica, además de otro comentario sobre la importancia de la Prefectura de Lima para organizar la defensa militar de la capital. La vigilante mirada del periodista se detuvo en la corta crónica sobre la enfermedad del Ministro de Hacienda, que parece alarmante: *hace días que su señoría se encuentra afligido por una dolencia que al principio no afectaba sino sus espaldas, pues se trataba, según la voz pública, simplemente de un carbunco vulgar que nada tenía de notable, sino era el atrevimiento con que había sentado sus reales en las pósteras regiones de su señoría; pero he aquí que un nuevo síntoma, vislumbrado vagamente por ciertos espíritus penetrantes, viene hoy a probarnos que ahora no se trata solamente de una enfermedad cutánea, sino de una alteración de las funciones cerebrales que comienza a dar al traste con la intelectualidad del ministro. ¿Qué síntoma más alarmante, en efecto, que el decreto que hoy publicamos sobre prohibición de girar letras?* Miró Quesada rió del comentario y luego de dar un vistazo al documento de instalación de la Junta Patriótica presidida por Ribeyro, Tordoya y el doctor Arenas revisó cuatro columnas que exponen otra de sus preocupaciones: la previsora y científica fortificación de Lima, con construcción de fuertes y reductos y trincheras y túneles que la pongan a salvo del asalto chileno. Cerraba la última hoja de esta edición de cuatro páginas, cuando se activó el telégrafo del Callao.

SEÑORES DIRECTORES

URGENTE

PRADO SALIO DEL PUERTO

EN EL VAPOR PAITA QUE VA AL NORTE

EN VIAJE ORDINARIO.

Miró Quesada releyó varias veces, preguntándose si no se trataba de una equivocación o de una broma o de una noticia falsa y nada más.

Pero el telégrafo insistió:

LO ACOMPAÑAN TENIENTES SEGUNDOS
GALVEZ Y TEZANOS PINTO
LO DESPIDIERON GENERAL LA COTERA
MINISTRO QUIROGA Y ALMIRANTE
DE LA HAZA
IMPOSIBLE MAS INFORMACION

—¡Paren la prensa! ¡Detengan la edición! —gritó Miró Quesada.

—¡Por Dios, que ocurre! —se oyó protestar al administrador Sánchez mientras la *Marinoni* titubeaba y se detenía con un chirrido.

—¡El General Prado fugó al extranjero! —Miró Quesada se desplomó en su sillón.

Antes de la revolución

El sol cayó a once peniques tan pronto corrió la noticia del viaje de Prado. La primicia vespertina de “El Comercio” sorprendió incluso al Gobierno, que sólo pudo divulgar la proclama de Su Excelencia a la mañana siguiente.

Andrés Avelino Aramburú contempló sin apetito su acostumbrado desayuno de café con leche, pan y mantequilla. ¿Una fuga? ¿de veras ha escapado el heroe de 1866? ¿Y su familia? ¿Acaso se ha embarcado con el Presidente? Apuró unos sorbos de café antes de salir. ¡Vaya falta de criterio político! Viajar secretamente justo cuando están a punto de enlazar a civilistas y militares, gracias a la Junta Patriótica. Cruzó de su casa a la imprenta de “La Opinión Nacional”, en la otra vereda del jirón Junín. Por el cercano y maloliente almacén del mante-

quero Péndola se oyó gritar muera Prado. ¿Será posible que haya huido el General? Aramburú sacudió su cabeza en confusión. Retrocede por oficinas desiertas, a las que un chino con traje de loneta sacudía el polvo con un plumero de trapo. Por la imprenta barrían pisos y engrasaban la moderna rotoplana. Echó un vistazo al diario envejecido, todavía aprisionado por duros ángulos de acero. Pronto devolverán cada letra a su lugar y rápidos cajistas han de tomarlas nuevamente, con destreza de ciegos, para imprimir nuevas y terribles noticias. A las ocho de la mañana, parece un día de lo más normal. Aramburú regresó a esa calle que comunica la plazuela Bolívar con la Plaza de Armas. Se sentía fuera de lugar, a trasmano de la actualidad, cuando vio acercarse el coche de Francisco García Calderón.

—¡Andrés, Andrés! —se detuvo el carruaje y apareció el rostro igualmente desconcertado del senador.

—¿Qué sabe usted?

—Nada, francamente nada.

—¿Nada? —García Calderón saltó a la vereda y despachó al cochero. Se dirigía a su bufete, a una cuadra de distancia. Cogió del brazo a Aramburú, obligándolo a caminar a su lado—. ¡Pero usted tiene que saber!

¿Fugar Prado, como se oye gritar a ratos? No es posible. No es esa clase de hombre.

—El jefe del Ejército y el jefe de la Marina lo acompañaron hasta el “Paita” —reflexiona Aramburú—. En su proclama da a entender que lo necesitan en el extranjero para adquirir armamentos.

—¿Y usted cree que es tan indispensable? —los pequeños ojos de García Calderón reflejan incredulidad—. ¿Entonces de qué sirve Canevaro?

—También he oído que Canevaro hacía su propio juego en Europa... no lo sé, francamente no lo sé.

Aramburú se detuvo a escuchar un lejano griterío por la Plaza de Armas. Llegando a la esquina vio asomar a las señoritas Roca y Boloña por un mirador. Se quitó el sombrero y saludó sonriente antes de encarar al abogado.

—Doctor, con toda franqueza, ¿usted qué opina?

—¡Qué sé yo! Jurídicamente está bien. El Congreso lo autorizó en mayo para salir al extranjero y ese permiso no ha sido revocado. Pero políticamente... ¿ah? Oiga, Andrés, veamos las cosas con realismo: La Puerta es un inválido, cualquier día se nos muere. Ayer estuvo un rato en palacio y en la noche se marchó a casa. Y se lo digo porque me crucé con él, volviendo de la Legación de Francia. Bien, yo lo veo así: el inválido no gobierna sino su primer ministro. El ambicioso General La Cotería es nuestro virtual presidente, por supuesto que asesorado por la eminencia gris del gabinete...

—Quimper.

—...ajá, que felizmente está enfermo y no podrá seguir saqueando a los honrados ciudadanos.

—¿Sabe usted algo del nuevo armamento?

—Hum. Rifles peabody y la misma promesa de siempre: ¡un acorazado invencible! —se detuvo en la puerta de sus oficinas—. ¿Entra un rato?

A la hora en que Manuel Candamo entró a su despacho particular a un costado del palacio, por el Callejón de Petateros, al otro lado de la Plaza de Armas, se animaba el tumulto. Revoltosos echaban candela a los boletines oficiales recién salidos de la Imprenta del Estado con la proclama de Prado y el decreto encargando la presidencia a La Puerta. Apenas circuló "El Comercio" con el urgente escueto boletín sobre el viaje de Su Excelencia, Candamo visitó al doctor Ramón Ribeyro, asesor legal de sus empresas. El ponderado y estricto Ribeyro opina que el señor Presidente ha enloquecido. La Junta Patriótica, que antier pedía cambio de gabinete, ahora se niega a sesionar. Carlos M. Elías fue de noche a la agencia de Mathison a pedir pasajes en vapor a Pisco: se marcha con toda la familia a su hacienda Hoja Redonda. Hasta los amigos más prudentes se ponían nerviosos. Desde la ventana de su oficina, Candamo vio al Batallón *Callao* con arreos de combate entrando a reforzar la guarnición del palacio. Hoy se cotiza la esterlina a veintidós soles plata. Y ayer estaba a diecinueve. Fue hasta su caja fuerte y eligió dos cuadernos. Con su propia clave redactó un cablegrama insinuando rápidas operaciones a sus parientes en París.

...Muera Prado, Prado traidor...

Al salir de la negociación, Candamo creyó reconocer las mismas voces de hace una hora, repitiendo una consigna: Prado traidor. A su derecha observó la puerta de la Intendencia apenas custodiaba por dos guardias civiles. En la vecina casa de Pflücker & C^o atendían normalmente a sus clientes. También abren puertas la Mala Real y la Joyería Welsch. Hasta los bien reputados ataúdes de Cueto asoman lustrosamente por un cercano negocio de pompas fúnebres. Todo está bien y todo está mal.

...Prado muera Prado, Prado muera...

Para entregar personalmente su mensaje en la oficina del cable submarino, el señor Candamo debía pasar frente al Palacio y sus tendejones. Prestamistas y ferreteros, bordadores y heladeros y cigarreros ocupan esos cuartuchos hundidos bajo el balcón del palacio. Ante la gran puerta que conduce al poder supremo, miró de reojo una guardia de rifleros algo más numerosa que de costumbre. Activos comerciantes no interrumpen sus quehaceres en esas madrigueras excavadas al pie de los cimientos palaciegos. El pesado calor que se arrastra como un zumbido de moscas comienza a cocinar el empedrado limeño. Se detuvo un instante en la otra esquina del palacio, descubriendo cierto ajeteo en la Legación del Imperio Austro-Húngaro y, más allá, en el número 27 del jirón Lima, el señor Derteano contestó su saludo con un movimiento de sombrero. El banquero Candamo torció a la derecha. Junto a Desamparados, Ernani L. Batalha calcula en su oficina cuánto tiempo soportará el negocio del cable las constantes interrupciones con que la escuadra chilena intenta incomunicar al Perú. Los peruanos se encargaban de rastrear el cable y repararlo tan pronto desaparecen los buques enemigos. Batalha se mantiene estrictamente neutral. Pero la guerra empieza a arruinar la buena salud de su estómago y duda, decide solicitar su traslado a cualquier otro lugar del planeta, vuelve a cambiar de opinión: tiene muchos amigos en Lima, un buen lugar para vivir. Se levantó de su rechinante sillón giratorio al encuentro de Manuel Candamo.

—¿Qué le parece? —gruñó mientras recibía el mensaje—. Parece que nos quedamos sin presidente. . .

—Transmisión inmediata —ordenó Candamo—. A París, vía Nueva York.

—Sí, claro —Batalha leyó el mensaje— . . .trece, catorce y cinco son diecinueve palabras. Parece una clave, ¿eh? Y usted sabe que está prohibido. Por supuesto, si usted me da su palabra. . .

—¿Cuánto es el importe?

—Urgente, hum. A ver, ciento sesentidós soles plata.

—¿Ciento sesentidós? ¿Cuándo subió la tarifa?

—Hace una hora, señor Candamo. Son siete libras, siete chelines, dos peniques que al nuevo cambio. . .

—Está correcto, cárguelo a mi cuenta. ¿Hay interrupciones?

—Nunca se sabe —Batalha encendió un habano fuerte—. Lo despacharé ahora mismo.

Candamo prefiere el hollín llegado desde la estación del ferrocarril trasandino al olor de ese tabaco espesándose por la oficina del cable. Como quien envía una felicitación nupcial, su mensaje a París ordena vender certificados salitreros a cuatro por ciento menos que su actual valor en Lima. Si el estado de agitación continúa y aparece el “Huáscar” a bloquear el Callao, quienes hasta ahora confían que Tarapacá será recobrado, ofrecerán certificados a cualquier precio. No será extraño que caigan a la mitad de su valor nominal. Aliviado de poner en marcha una operación por casi doce mil esterlinas, Candamo se apuró por los portales. Así es, señores, el General Prado nos ha traicionado ni más ni menos como don Hilarión Daza en Camarones. ¿Quién dice que ha pedido permiso para ir a Europa? No, señor. El Congreso lo autorizó para marchar al sur, a la guerra, a entrar con su ejército en territorio de Bolivia. Claro, no lo dice la ley porque el Congreso qué se iba a imaginar este camaronazo, vaya, todo un General Prado corriendo a París. Y a lo mejor está de acuerdo con su compadre Pinto, ah, porque es bien raro que los chilenos no hayan podido tomarlo prisionero. Candamo escucha y se abre paso entre grupos que crecen,

excitándose por los portales y Mercaderes. Prado traidor. Y dicen que se ha llevado la plata de la colecta popular, ¿no? Porque nadie se fuga así nomás, calatito. Es lo que se llama una gran vida, carajo. Se larga bien forrado con esterlinas a Francia y nosotros aquí, jodidos, solos y sin armas frente a los rotos. Saliendo de la plaza hacia la más tranquila calle de Judíos, reflexiona Candamo que esa gente apiñada en los rincones de la Plaza le es desconocida: no son los habituales petrimetros salidos de la confitería de Broggi o del Café Metropolitan a contemplar desvaídamente un trastorno político, ni comerciantes o empleados de céntricos negocios, ni siquiera la truhanería de Petateros que suele saludarlo respetuosamente cuando pasa cotidianamente rumbo al Banco del Perú. Se encogió de hombros. Estos doscientos metros entre Judíos y Melchormalo concentran gran parte del poder financiero de Lima. A la Casa Gibbs, que auxilia al gobierno chileno en sus compras de armas en Europa, sigue la importante firma Wing-on-Chong: comerciantes de productos chinos y exportadores de alcohol y azúcar. Después del Banco Garantizador está el influyente diario "El Nacional" y dos grandes residencias, la que perteneció al difunto Henry Meiggs y la del opulento segundo Vicepresidente Canevaro. Más allá se levanta el edificio del Banco del Perú, vecino a la Compañía de Obras Públicas y Fomento y al palacete de don Julio Pflücker y Rico.

—Buenos días, señor Candamo —se dobló el portero.

—Los bonos de la deuda interna consolidada cayeron a 43 por ciento —informa al trote el jefe de contabilidad *monsieur* Fromont.

—Casi doscientos mil en retiros tan pronto abrimos esta mañana, señor, pareció una corrida —se alarmó el cajero Lazarte.

—Nuestras acciones se sostienen a la par —sonríe el secretario Berninzon—. El Banco Garantizador repuntó a 95 por ciento pero el Nacional atraviesa dificultades.

—Doscientos treinta por ciento de premio al metálico —se acomoda en un sillón, seca su frente el Gerente José Pablo Esco-

bar—. ¡Tremendo! La crisis se precipita y el Ministro de Hacienda no aparece por su despacho.

—¿Cuánto tenemos en custodia por cuenta del Gobierno? —se interesó Candamo.

—Setenta mil libras esterlinas en barras de plata, señor.

—¿Y sellada?

—Cien mil soles, más o menos. Pero no se puede tocar un real sin autorización de la Junta de Vigilancia y el secretario Cantuarias no ha podido hablar con el señor Químper.

—¿La libra a veintidós?

—Sí, señor Candamo. Aguilas americanas a ochentidós y francos a uno veinte.

—Pase, don Alejandro, creo que acabaremos sesionando —sonrió Candamo al presidente del Banco, Alejandro Ruden.

—Wallach vende letras a diez peniques, ¿qué le parece?

—¿Y la prohibición? —Candamo se sorprendió.

—¡Qué va! ¡Ya encontraron la forma de burlarse del Gobierno!

—¿En blanco?

—Claro, claro. Resultan letras al portador. Una vez que compra, usted firma como girador y listo. Todo contra Londres.

—Van a tumbar el sol... hay que hacer algo.

—¿Qué podemos hacer nosotros? —Ruden es fuerte accionista de la Compañía del Gas, presidente de la poderosa Sudamericana de Seguros, propietario de inmuebles y dueño de empresas en el extranjero.

—No perder dinero, señor Ruden, es lo menos que el Banco del Perú espera de nosotros.

—Presiento, mi querido amigo, que lo más sensato sería liquidar.

—¿Liquidar? ¿ahora mismo?

—Sí, ahora. En plena solvencia. Mientras se pueda —Ruden se daba por vencido en el Perú. De pronto sonrió—: Soy mayor que usted, acepte mi consejo.

—¿Me vendería usted su parte?

—No, por supuesto que no.

—¿Por qué?

—No quiero que se arruine. Más adelante discutiremos si el Banco puede continuar operaciones en medio del caos que se avecina.

—Sus palabras huelen a desastre —ahora Candamo reflexiona. Recuerda su conversación con Químper. Si Prado no fracasa, si vuelve con blindados y armas... Vender alto certificados de salitre y recomprar cuando hayan bajado. Ahora adquirir bonos de la deuda interna y esperar la firma del contrato con el *Crédit Industriel* para duplicar la inversión. En épocas de crisis hay que estar bien informado para ganar mucho dinero. Pero Ruden cree que todo ha concluido. Candamo se levantó de un salto—. No sé que responder, don Alejandro...

—¿Se va usted?

—...sí, a visitar a un amigo enfermo.

Esta vez Candamo se movió por Lima en su carruaje. . Por los portales y en las veredas de la calle Mercaderes hay manchas atraídas por indignados patriotas que peroran contra el gobierno.

...*Muera Prado Prado traidor traidor Prado...*

José María Químper escuchó con disgusto los aldabonazos que remecen la entrada de su casa. Sufre torcedura de espalda y peligrosa gastritis, está al filo de un colapso nervioso. Mientras guarda cama no consigue olvidar la amplitud de la crisis.

Aunque el Ministro de Hacienda no está para nadie, Candamo consiguió entrar a la casa. Cinco minutos después lo llevaron al dormitorio de su señoría.

—Precisamente estaba pensando en usted. No me mire con esa expresión —protestó Químper esforzándose por salir fuera de las sábanas—. No voy a morirme, todavía.

—Claro, claro. Pero tampoco se ve usted resplandeciente de buena salud.

—Siéntese, mi amigo... disculpe el desorden. Esto no es mi oficina.

—Oiga, doctor, la gente no ha tomado nada bien el viaje del General...

—Me lo imagino.

—...gran parte de la ciudad está tranquila, pero hay gru-

pos que incitan al desorden y en cualquier momento puede saltar la chispa, usted me entiende.

—La chispita de don Nicolás... —Químper se retorció cambiando de postura— ...realmente usted lo ha dicho: no voy a morirme de esto, pero es bastante inoportuno. ¡Ah! Póngase cómodo... le tengo noticias, señor Candamo, creo que le vamos a prestar un pequeño servicio a este país ingrato y desmemoriado...

—Lo escucho.

—...voy a proponérselo en estos términos' ¿qué prefiere? ¿Prado o Piérola?

—Desde luego Prado —no demoró la respuesta—. Pero Prado se fue, no nos sirve de nada.

—Muy bien... ¿Piérola o La Puerta?

—La Puerta sigue en cama... otra vez ataque de gota.

—¿Y qué? Calderoni sufre de los riñones y es socio suyo, ¿eh? Mientras no afecte la cabeza... Tendré que ser más atrevido, ¿Piérola o Químper en hacienda?

—No comprendo qué se propone.

—¿Dreyfus o el *Crédit Industriel*?

—Lo último que quisiera es ver a Piérola en palacio. Y que conste que yo le pedí que presidiera el gabinete de unificación.

—¿Qué hará si Piérola, por un error de la Divina Providencia, asume el poder supremo?

—Ponerme a su servicio.

—Me lo suponía.

—Parece que usted lo da por hecho —se tensó Candamo.

—Oh, no... primero tiene que pasar sobre el cuerpo de La Coterá, que es un militar bastante duro. Pero alguien tiene que apoyar al Gobierno o se desplomará sin que don Nicolás tenga siquiera que soplarlo. Pensaba en el Partido Civil.

Candamo rió.

—¡Totalmente impracticable!

—Entonces le voy a proporcionar noticias muy secretas, señor Candamo. Asumo la responsabilidad de romper un sigilo de Estado. Acerque su silla... —esperó a que el banquero se arriara a la cama— ...entre Nueva York, Panamá y Lima, es-

perando despacho o en viaje, hay treinta mil rifles, cien ametralladoras de montaña, casi ochenta cañones y toda clase de pertrechos modernos y municiones para completar un ejército de cuarenta mil hombres antes de marzo...

Candamo arrugó la frente con expresión de incredulidad.

—...casi todo está pagado y hay dinero de sobra para cancelar ese encargo.

—¿Treinta mil rifles? ¿todo cancelado? ¿No se engaña usted, señor Ministro?

—¿Y usted me supone tan necio? Pues bien, Canevaro debió despachar otros veinticinco mil rifles, todos peabody, y artillería, ametralladoras, lo mejor de lo mejor, a bordo de un buque cuya compra autoricé. Se le ha girado fondos para cubrir esos gastos y mucho más. Sin embargo ha habido problemas con Canevaro. Problemas puramente militares, comprenda usted, diferencia de opiniones con la Misión Naval de Alzamora, por ejemplo, y con otros marinos que han inspeccionado buques en Inglaterra y el Alemania. Teniendo fondos y existiendo las armas en el mercado europeo y habiendo países amigos del Perú que se prestan para actuar como, digamos, como testaferros, lo cierto es que Canevaro ha perdido un mes y aún no sabemos si efectuó la compra y si ya está en camino o si con toda su autoridad de Vicepresidente se propone destinar esos fondos a otro fin militar distinto...

—Comprendo —asintió Candamo—...algo he sabido.

—...pues sólo esperamos el adelanto del *Crédit Industriel* para comprar la nueva escuadra. Y también ha habido desacuerdos entre los señores Rosas y Goyeneche que teme excederse en sus atribuciones para firmar ese contrato. Son once blindados, señor Candamo, tres de ellos de seis mil toneladas... —Quimper observó cómo el banquero sufría una transformación: alzó el rostro y luego se hundió en sí mismo, hasta apoyar la frente en una mano y murmurar palabras que el Ministro no descifró—...el General Prado se entrevistará con el Presidente Grévy y se le espera en la corte del Emperador de Alemania. A cambio de una concesión de nitratos de Tarapacá, la casa Krupp está dispuesta a abrir un crédito amplio. Krupp surte a Estados

Unidos de acero, ventas importantes, y eso influirá en el curso de nuestras negociaciones con el gobierno norteamericano. Entiendo que Prado en persona elegirá trescientas piezas de artillería prusiana, baterías de costa, nuevos obuses de largo alcance, cañones de montaña y piezas cortas y ligeras. Se va a adquirir una flota de vapores para transportar de una sola vez diecinueve mil toneladas de armas, señor Candamo...

—Me cuesta creerlo.

—... pues empiece a creer, señor Candamo. El Gobierno, nuestros comisionados y misiones especiales pueden haber sufrido tropiezos debido a la sorpresa de la agresión chilena y a la falta absoluta de recursos durante varios meses, pero no somos imbéciles. A los fondos que he conseguido girar, a las donaciones efectuadas por peruanos en el extranjero, inclusive por la familia Candamo, a lo que se obtenga del *Crédit Industriel* hay que agregar, además, la posibilidad de negociar un salitre que hemos perdido por la fuerza y que por la fuerza vamos a recuperar. El General Prado viaja para avalar operaciones vinculadas a yacimientos que están en poder del enemigo...

—El Congreso no ha autorizado a negociar el salitre.

—Yo ordené que se adelantaran conversaciones. Primero a ganar la guerra y después a rendir cuenta al Honorable Congreso. Ahora bien, los chilenos reorganizan su ejército para poner 45,000 hombres en armas. Dentro de un año los tendremos en Lima a menos que se les pueda oponer un ejército mejor equipado y a la vez aniquilar su escuadra. Yo sigo creyendo que se debió encargar todo a una misión con amplísimos poderes. Pero el Presidente insistió en ir personalmente. Después de tantas derrotas, es un error de política interna, no importa que él pueda obtener una victoria de política externa.

Candamo paseaba la alcoba con las manos en la espalda.

—Se habla de un blindado y la gente ni siquiera lo cree posible —dijo.

—Necesariamente los detalles de cuanto le expongo, son conocidos por un número reducido de personas. Yo temo mucho que una aventura revolucionaria coloque a Piérola en el poder...

—Volveríamos a Dreyfus, seguramente.

—...los altos mandos militares y navales han empeñado su palabra de que sostendrán al régimen constitucional hasta que Prado vuelva.

—¿Cuándo?

—En cuatro meses.

—¿Nada más? ¿con la escuadra?

—Con todo.

—¿Y qué quiere usted de mí? —abrió los brazos Candamo—. ¿Por qué no se negoció antes con el Partido Civil?

—Porque los civilistas no quieren impuestos, atacan la leva, lo discuten todo, están ciegos respecto del poder y de las intenciones chilenas y pretenden imponer condiciones inaceptables a nuestro Ejecutivo en una época que debe ser de acción, no de discusión. ¿Para qué levantan a los ciudadanos? ¿no los oye usted gritar? ¡Como si fuésemos estúpidos de reunir batallones que nunca tendrán armas! Entiéndame, mi amigo: antes de marzo habrá más rifles que reclutas en Lima. ¿Qué dirá entonces el señor Aramburú?

—¿Qué puedo hacer yo? —insistió Candamo.

—Los civilistas deben influir en la opinión pública para que se confíe en Prado. Cuatro meses, nada más que cuatro meses, señor Candamo.

—Por las calles se dice abiertamente que Su Excelencia ha fugado?

—¡Ridículo! ¿Así que los altos jefes de la Marina son sus cómplices? ¿También yo? ¿los funcionarios del Ministerio de Hacienda? ¿Mister Tracy en Nueva York? ¿Los señores Rosas y Goyeneche?

Entró el mayordomo con un fresco ejemplar de “El Comercio”. Quimper lo abrió con avidez.

—¡No, no, no! —exclamó relejendo los primeros párrafos del editorial. Candamo esperó en silencio a que Quimper arrojara el diario al suelo—. ¡Ya lo hicieron! ¡Ya lo acusaron de desertor! ¡Malditos cojudos!

El viaje de Prado es una deserción

(Editorial de "El Comercio" del 19 de diciembre)

No creemos que haya quien de buena fe tome a lo serio el decreto expedido por el General Prado en los momentos de emprender su viaje a Europa, viaje que, por otra parte, tiene todos los caracteres de una fuga. Podemos aceptar, cuando más, que la infatuación que ha dominado siempre al malhadado General, lo haya inducido a engañar su propia conciencia, procurando halagarse a sí mismo con la esperanza de que la presencia del Presidente del Perú en Europa podía contribuir de una manera eficaz a la adquisición de importantes elementos de guerra; pero no habrá hombre de sentido común que espere en realidad semejante ventaja del viaje tan sigilosamente preparado y que tan honda sorpresa ha producido en el público.

El General Prado es uno de los hombres menos a propósito para desempeñar la comisión que sirve de pretexto al abandono que hace del país en estas circunstancias: no brilla, ciertamente, por su talento; carece de ilustración; no posee otro idioma que el castellano; y sus relaciones personales en Europa se encierran dentro del estrecho círculo de peruanos allí residentes. ¿A qué va pues el General Prado? ¿Qué adelanta el país con su viaje?

Si ha creído que su título de Presidente del Perú puede servir de algo en Europa, allí tenemos desde hace largo tiempo a uno de los Vicepresidentes de la República, que para el caso tanto vale. Y si el señor Canevaro, con sus relaciones personales y mercantiles, con el prestigio de sus caudales, con su actividad por todos reconocida no ha podido conseguir todo lo que deseaba, a pesar de sus extraordinarios esfuerzos, ¿lo conseguirá un hombre de las cualidades negativas que el General Prado?

Pero es inútil que nos esforcemos en probar lo que no necesita prueba alguna: el viaje del General Prado no significa otra cosa que una avergonzada deserción.

Se ha hablado, sin embargo, desde hace largo tiempo de una seria enfermedad que aquejaba al General Prado: varias personas que lo han visto en los últimos días aseguran que se notaban ya en él marcados síntomas de perturbación mental. ¿No debería buscarse en este hecho la causa determinante del extraordinario acontecimiento realizado ayer? Creemos que sí. El General Prado puede ser un mandatario inepto, un ciudadano desleal; pero no hay razón para juzgarlo como un padre desnaturalizado; y se necesita que lo sea, para que, estando en su juicio, haya abandonado a su familia, dejándola expuesta a los peligros de la situación que podía haber creado la indignación que debía producir en el público su incalificable viaje.

Juzgando racional y cristianamente al General Prado, es preciso convenir en que ha perdido el juicio. De otro modo, se nos presentaría el hombre que hasta ayer ha regido los destinos del país como un monstruo de perfidia, de egoísmo, de degradación.

Si las patrióticas advertencias pudieran ser aún escuchadas por el Vicepresidente de la República; si la voz del país se dejara oír en la estancia del que hoy está en el poder; si un momento de reflexión iluminara el espíritu del General La Puerta, despertando en él el sentimiento de los grandes peligros que en estos supremos instantes amenazan hundir a la Nación en un abismo de vergüenza comprometiendo su misma existencia; habría la esperanza de ver constituido un nuevo Gobierno que expresara, no los afectos del jefe del Estado, que es lo que nos ha perdido, sino los del país; que representara no las pasiones egoístas de unos cuantos sino los grandes intereses nacionales; no el deseo de mandar, sino el de buscar la victoria sobre el enemigo o el aniquilamiento del Perú defendiendo su honor y su integridad.

Desórdenes en Lima

Con elegante traje de montar y dos revólveres invisibles bajo la levita, el Ministro de Gobierno Buenaventura Elguera abandonó su despacho a las cuatro de la tarde. ¡Vaya día de mierda! Su Excelencia en cama y La Cotera atiende la crisis en palacio, en cuyos sótanos hay mil doscientos soldados escogidos, seis cañones y dos ametralladoras. Los distritos primero, tercero y cuarto parecen en paz. En el quinto han saqueado una tienda de chinos. Y por San Francisco crece la multitud que ya pasó tres veces frente a casa de Piérola, viviendo al Perú. Justamente ahora, cuando más se necesita un buen Prefecto, el virtuoso coronel Enrique Lara renunció irrevocablemente al cargo. Hace diez minutos informaron en palacio que por Mercaderes se forma una turba. Con activo espíritu montonero, el Ministro decidió ir personalmente a limpiar el Jirón de la Unión. En el patio de la Intendencia esperan un agregado, tres oficiales y doce gendarmes a caballo. Elguera dispone de otros cien jinetes y de cuatrocientos guardias civiles para apaciguar la capital. Y, si sus fuerzas fracasan, llamará a los batallones de La Cotera. Por un instante don Buenaventura respiró la amplitud de su influencia, mientras se chicoteaba las botas y liquidaba un grueso "Patriota de Gener" que empezó a fumar después de almuerzo. Con La Puerta y Químper enfermos, las decisiones supremas dependen del Presidente del Consejo y de Elguera. Varias veces se había acercado, sin nunca antes llegar tan alto en el ejercicio del poder. Arrojó por el patio el resto del habano y con cadenciosa lentitud, cierta estudiada marcialidad se acercó a su caballo. El comisario Jibaja sostenía las riendas. Con un pie en el estribo echó un vistazo a la pequeña columna montada que lo aguarda. Después subió con elegancia, manteniendo el torso tieso a la vez que pasando su bota derecha por encima de la montura hasta encontrar el estribo opuesto. Entonces la cincha reventó con un chasquido y el señor Ministro se supo catapultado contra el pavimento. Antes de entender por qué cambiaba tan violentamen-

te de postura, la cabeza del señor Elguera chocó en el empedrado. El comisario Jibaja, el inspector Talavera, el coronel Antay, el secretario Yturino, toda la escolta, hasta los guardias que vigilaban la puerta quedaron paralizados. Después gimió y lo alzaron por los sobacos.

—¿Está bien, su señoría?

Elguera mira atontado por el golpe. Con súbito miedo a una fractura, mueve despacio brazos y piernas e infla, vacía su pecho de aire.

—¿Señoría?

—¡Claro que estoy bien, carajo! —rugió de pronto. Aquella voz congeló la risita que cosquilleaba por dentro a los guardias civiles. Don Buenaventura contempló la montura derribada—. ¿Quién fue?

—¿Quién fue qué, señoría?

—¿Quién lo ensilló?

Doscientas miradas delataron a un caballero que se encogía consternado.

—¡Un mes de calabozo para ese animal! ¡Y métale cien chicotazos, Jibaja!

—De mi propia mano, señoría, de mi propia mano —prometió el comisario.

Un cuarto de hora tarde, don Buenaventura salió por fin al trote, con avinagrada expresión, al encuentro de los revoltosos.

Los coches de alquiler evitaban el Jirón de la Unión, por cuyas veredas se amontonan caballeros a discutir. A las voces de Prado desertor, muera Prado, Prado traidor, se espesa la multitud en la industriosa calle Mercaderes. La gran cigarrería de Cohen no ha cerrado sus puertas, tampoco la confitería de Broggi o la botica inglesa. En la planta alta de su estudio podía verse al fotógrafo Courret disponiendo su cámara para registrar vistas del gentío, al que a ratos pide a gritos quedarse quieto, posando con sus chisteras para la posteridad. Un grupo de señoras desafió la turbulencia política para elegir esencias en la tienda de los perfumistas Déhors y Pierre. Sólo cuando el Ministro y su corta comitiva aparecieron por la calle Boza, se produjo un rápi-do cierrapuertas en todo el Jirón.

Desde lo alto de su reluciente moro, don Buenaventura escucha golpear cerrojos y trancas. Avanzó al paso, sin prisa, saludando con frialdad a sus amigos que callan en grupos frente a la Bolsa Mercantil o el Club Nacional. Más allá lo silbaron.

—¿Ordeno despejar, señoría? —propuso el coronel Antay.

Nada más traían doce gendarmes montados. Arreció la silbatina. El Ministro calcula que mil personas obstruyen la calzada.

—No seas cojudo, Antay, no es el momento... —Elguera decidió parlamentar— ... ¡Escuchen bien todos!...

—¿Por qué no te vas de viaje con tu patrón? —gritó una garganta chillona desde atrás de la multitud.

Estallaron risas.

—... ¡Estamos en asamblea, no pueden reunirse aquí!... —enrojeció Elguera.

—¡Lárgate con tu patrón! —insistió aquella voz terrible.

—¡Muera Prado!

—¡Elguera Traidor!

—¡Traidor! ¡traidor!

Don Buenaventura enfureció picando espuelas para empujarlos con su potro.

—... ¡Vuelvan a sus casas, carajo! ¡Largo de aquí! ¡Les voy a enseñar buenos modales, hijos de puta! ¡Largo, largo!...

La silbatina sonaba como un vendaval.

... *traidor traidor traidor traidor*...

—¡Sables! —ordenó Antay.

... *traidor traidor traidor traidor*...

Los gendarmes cargaron a proteger al Ministro que se metía en medio de la muchedumbre descargando fuetazos. Cuatro o cinco piedras zumbaron cerca de su señoría. Después la gente abrió calle y Elguera y su escolta salieron al trote a la Plaza de Armas de regreso a la Intendencia.

—¿Y ahora, qué piensa?

En el vestíbulo del Hotel Cardinal, Andrés Avelino Aramburú retrocedió unos pasos y sin despegar los labios contempló largamente a su amigo Candamo.

—¿Tú crees que sea verdad?

Candamo no respondió.

—A mí este Gobierno no me inspira confianza —dijo Aramburú—. ¿Te das cuenta que La Cotera es el verdadero presidente? Estamos a un paso de la dictadura militar.

Candamo suspiró con visible fatiga. Aramburú opina que debe exigírsele a La Puerta un gabinete civilista y que a través del nuevo consejo, en verdad gobierne la Junta Patriótica hasta celebrar elecciones y escoger nuevo Presidente. ¿Y mientras tanto, qué hacemos? A Candamo se le agotan las palabras. ¿Seguir excitando al pueblo con violentos editoriales? ¿Someter al General Prado a un proceso periodístico, a este juicio de Dios al revés, arruinando cualquier gestión en el extranjero? ¿Por qué la Marina de Guerra preparó su viaje con tanta exactitud y sigilo? No será porque Prado estaba traicionando al Perú, Andrés. Entonces tendrías que ser justo y acusar de traición a nuestros altos jefes navales, a todo el gabinete, a ciertos jefes militares, al señor Cantuarias que proveyó los fondos de viaje, al señor Larrabure y Unanue que extendió pasaportes y credenciales, a Mariano Alvarez, al hijo de Gálvez que lo acompaña como ayudante, al recién electo decano del Colegio de Abogados e insobornable “Murciélagos” don Manuel Atanasio Fuentes, que conoció la proclama y los decretos desde la víspera en la Imprenta del Estado, y al capitán de puerto, a la agencia Mathison, a los señores Goyeneche y Rosas que preparan su itinerario europeo, a Canevaro, a La Puerta, a la señora Magdalena Ugarteche, al coronel Larrañaga que aguarda en Panamá, al buen cónsul Tracy, a todos los que han guardado con extraordinaria disciplina el secreto del viaje. ¿Por qué callaron? O son traidores o hay motivos que no pueden hacerse públicos, Andrés. ¿No comprendes que estamos sirviéndole la mesa a Nicolás de Piérola? Pero Aramburú no cambió de actitud: hay que presionar públicamente al Ejecutivo para que acepte su salvación mediante un acuerdo con los civilistas. De lo contrario, pronto La Cotera estará ejerciendo la dictadura militar. Así que Candamo guardó silencio, observando desde el Hotel Cardinal como crece la multitud que ni es civilista, ni sabe verdaderamente por qué ha viajado Su Excelencia, ni tiene otro propósito que el de protestar, protestar

porque todo anda mal: suben de precio las subsistencias, los billetes se devalúan, perdemos batallas, estamos en peligro y todos los periódicos afirman que el Gobierno no sirve y que nuestro héroe Prado, el que usaba las grandes botas de Gamarra y Castilla, fugó al extranjero. Tuviesen otra actitud los periódicos y acaso pensaría diferente esta muchedumbre aún sin rumbo, mi querido Andrés.

—Bien, he cumplido con transmitir la información que me dieron —Candamo dio por concluida la entrevista—. Lo que hagas ahora es de tu exclusiva responsabilidad.

—Puedes confiar que será una decisión recta —Aramburú sonrió—. Voy un rato al club, ¿me acompañas?

—No, creo que iré a mi oficina y después al Banco. Pasaré más tarde por la imprenta.

El señor Candamo no pudo salir de su oficina al anochecer. Se había reunido con varios accionistas del Banco del Perú a comentar la propuesta de Ruden para liquidar en tanto puedan salvar el capital. Mientras crece la multitud hasta llenar Mercaderes y desparramarse por los portales, el señor Althaus recuerda que el Banco del Perú ha sobrevivido a la crisis debido a su honradez: ni ha incurrido en emisiones clandestinas, ni usado fondos y ahorros del público en especulaciones peligrosas. Ya el 76, el poderoso Banco Anglo-Peruano establecido en Londres por iniciativa de Candamo, con participación de varios accionistas del Banco del Perú, tuvo que liquidar. El 78 entró en liquidación el Banco de Lima, que a la fecha ha devuelto gran parte de su capital. Y el propio Banco del Perú redujo el suyo a la mitad. La propuesta de Ruden no es descabellada. Candamo iba a replicar que hay confusión y miedo entre inversionistas y comerciantes y que el solo anuncio de una liquidación puede tener consecuencias imprevistas, pero el robusto sonido de las campanas de la Catedral colmó en ese instante su despacho.

—¿Qué ocurre? —el accionista Felipe Barreda se precipitó hacia las ventanas abiertas.

La última vez que tocaron a rebato fue para anunciar que el 4 de abril de 1879 había comenzado la guerra.

—¿Quién ordena llamar al pueblo? —enfureció La Co-

tera saliendo a uno de los balcones del palacio. Se volvió en busca de don Buenaventura—. ¡Callen esas campanas de inmediato! ¡Y avísenle a monseñor que lo hago responsable de cualquier desorden esta noche!

La grave voz de los bronces ponía en movimiento a miles de personas. ¡A la Plaza de Armas! ¡A la Plaza de Armas! Ni el chantre, ni el maestro de capilla, ni el sacristán mayor, ni lívidos canónigos que corren por la Catedral a oscuras pueden explicar quién mueve esas campanas. Han de haber entrado por el Sagrario, acaso por la residencia del Arzobispado. El comisario Jibaja no ha podido informar aún a su señoría que ocho jóvenes fueron arrestados en el campanario cuando el silencio estremeció a don Buenaventura: bruscamente a solas su voz en el patio de la Intendencia, ordenó a todos los efectivos de la Guardia Civil acorrallar desde atrás a quienes vociferan contra el Gobierno en la plaza. La tropa debe cerrar todas las bocacalles: nadie más entra o sale de allí.

...traidores traidores traidores traidores...

—Espero que el General La Cotera sepa manejar la situación —tose, observa don Enrique Ayulo sacando medio cuerpo por la planta alta de la Negociación Candamo.

—Miren —señaló Barreda—. Sale la Guardia Civil.

—No lo entiendo —comentó Candamo.

—¿Qué cosa?

—Alguien dirige estos desórdenes y sin embargo no parece proponer algo inmediato. Esa gente ahí...

—¿Pero no los escuchas? —se sorprendió Barreda— Muera Prado, muera Prado... —repitió—. ¿Oyes ahora?

...traidores traidores traidores traidores...

—...No, no. Alguien está creando ambiente y nada más —desconfió Candamo—. Podrían tirar piedras o quemar palacio si de verdad estuvieran decididos.

—A mí me parecen furiosos —insistió Barreda.

—¿Crees que podrían colgar a los coroneles Gutiérrez esta noche?

—¡Vamos, Manuel, eso fue distinto!

—Entonces no están furiosos —sonrió Candamo retroce-

diendo por su oficina. Abrió un viejo armario español y eligió una botella de jerez añejo. Se acercaba el señor Ayulo—. ¿Una copa?

—Gracias —Ayulo aprecia el fino instinto político de Candamo—. ¿Cuál es la gran preocupación?

—Es que desde ayer no he escuchado gritar viva Piérola ni una sola vez. Demasiado buena conducta. ¡Salud!

Las espuelas del General La Cotera tintinearón por los pasadizos del palacio. Tres batallones preparan armas en los sótanos. Una compañía del *Callao* controla las torres de la Catedral. El Ministro revistó a los *Lanceros de Torata*, a los elegantes jinetes de la *Columna de Honor*, a los *Lanceros de Lima*. En fin, echó una mirada de aprobación a los expertos gendarmes montados. Su rostro anguloso, de ojos negros bajo la frente ensanchada por la calvicie, su musculatura de cuarenticinco años, la agilidad con que subió a su alazán de batalla, su voz tranquila infunden hoy la misma confianza que antes de ascender a General de Brigada, cuando tomó por asalto frontal la escarpada fortificación de Los Angeles, donde concluía la última revolución de Nicolás de Piérola.

La aparición de la caballería al trote hizo que la multitud retrocediera nerviosamente. Pero las nueve bocacalles están cerradas por la Guardia Civil. Nadie asume la conducción del pueblo convocado a rebato. En dos columnas avanzaron los lanceiros con sus sables desnudos. El propio La Cotera dirigió expertas evoluciones de los dos regimientos. Los del *Torata* cargaron por la izquierda, arreando revoltosos hacia el Portal de Botoneros. Aquella marejada de cuerpos sudados chocó contra el Hotel de Francia e Inglaterra para refluir después por el portal mismo, al encuentro de la otra multitud empujada hacia la misma esquina por los *Lanceros de Lima*. Los guardias civiles abrieron entonces las bocacalles de Mantas y Mercaderes y por ahí se desintegró la protesta. Tras la gente que escapa ahora en línea recta, arremetió la caballería repartiendo cintarazos.

A S. E. el Vicepresidente de la República

(Editorial del diario "La Patria", del 20 de diciembre)

Puesto que V. E. asume el mando después de la vergonzosa deserción del General Prado y vuelve al puesto que tantos sinsabores le causó a V. E. y tantos daños al país bajo el funesto ministerio Mendiburu; puesto que acepta un legado hoy mil veces más difícil, pesado y riesgoso, y tiene el valor de afrontar la ira popular y el anatema de la Nación en masa; puesto, en fin, que la experiencia nada ha conseguido enseñarle y el conocimiento de su propia deficiencia física no le impide acometer una tarea superior a las fuerzas de un gigante y capaz de poner a prueba la audacia del más irreflexivo y ambicioso mancebo, será conveniente pedir a V. E., a nombre del país que todo lo sufre: traiciones, cobardías, abandono, explotación, vergüenzas y vejámenes soldadescos; será conveniente, decimos, pedirle que, en nombre de los intereses nacionales, en nombre de la honra peruana, se sirva resolver satisfactoriamente el conflicto que aparece de los siguientes hechos:

Conforme al pacto complementario de la alianza, el ejército unido Perú-boliviano debe ser mandado, cuando las operaciones de guerra se radiquen en el Perú, por el Presidente de esta República, y en Bolivia, por el de aquella.

Asegúrase, con todos los visos de certidumbre, que el General Daza ha elevado ya una consulta al Gobierno, referente al papel que le corresponde desempeñar, una vez retirado el General Prado del teatro de los sucesos, pues ni él puede, en su alta jerarquía y conforme al pacto, someterse a otras órdenes que a las del General en Jefe del Ejército que no puede ser sino el Presidente del Perú, ni es decoroso para éste que, dentro de su territorio, ejerza aquel cargo el mencionado General Daza.

El conflicto es, pues, real y positivo. El Presidente de Bolivia no puede estar sometido, sin ajar el decoro de la nación so-

berana a que pertenece, a un general peruano cualquiera que él sea, y el Perú, a su turno, no puede consentir en que dé órdenes y ejerza autoridad un extraño, así fuese aliado y tuviese todas las virtudes militares del Gran Capitán del siglo.

Tal situación sólo puede salvarse marchando V.E. al Sur a colocarse a la cabeza del ejército: no hay otro remedio y ello es una necesidad inaplazable.

Ahora bien, sírvase V.E. contestar al país: ¿se halla V.E. en aptitud de asumir el mando en jefe de los ejércitos aliados? ¿Su avanzadísima edad y sus achaques permanentes y extraordinarios le permiten emprender tan fatigosa, tan difícil, tan seria tarea? ¿Es humanamente posible pensar en que V.E. pudiese realizar tal obra?

Y no se puede asegurar que haya otra salida; no la hay, no es posible imaginarla.

Hoy, que todo converge a la guerra, que no se piensa en otra cosa, que se pide, se exige que la actividad se centuple, que se trabaje con tesón, con virilidad, con acierto, con iniciativa, ¿cómo es posible esperarlo todo de V.E. condenado a permanecer en cierta inacción, so pena de abreviar el no deseado fin de su existencia? ¿Es patriótico echar sobre sí tan pesada carga, conociendo la debilidad de las fuerzas y la pequeñez de la resistencia para pesos mil veces menores? ¿Sería posible que V.E. se ofuscara hasta el deplorable extremo de no conocer la dolorosa exactitud de nuestras observaciones?

He ahí, pues, lo que nos permitimos exigir a V.E. en nombre del país, en nombre de su decoro hollado. Mana sangre la herida abierta en la honra nacional. El aleve invasor está ultrajando cuanto hay para nosotros de más sagrado y respetable; sus naves se pasean en nuestras aguas y nos niegan la entrada a nuestros puertos, cerrándonos con increíble insolencia las puertas de nuestra propia casa. ¿Cuál es, pues, el plan, la iniciativa, la acción que V.E. puede llevar al Gobierno? ¿Cómo piensa salvar el conflicto del mando de los ejércitos aliados?

Arrollando al pueblo con la fuerza, arrojando sobre los ciudadanos los caballos de los gendarmes, guardando con triple guardia las torres y los campanarios, dirigiendo rudas interpela-

ciones a los grupos de gentes, no se gobierna, no se hace la guerra, no se hace nada, sino es perder lastimosa y criminalmente el tiempo.

Sepa, pues, siquiera el país en qué estado están aquellos buques, aquellos elementos ofrecidos solemnemente en una proclama de V.E. sellada con la autoridad alta y respetable de la palabra oficial del Jefe del Estado.

Sepamos, pues, como piensa V.E. iluminar este vergonzoso caos, en que la fuga del general Prado nos ha puesto; es indispensable que sepa el país si V.E. está dispuesto a marchar al Sur para ponerse a la cabeza de los ejércitos aliados o si consiente que en el territorio peruano estén a las órdenes del general Daza.

Motín en la Inquisición

Diez minutos después de haber leído el editorial de “La Patria”, el General La Cotera concentró en palacio a las fuerzas que creía leales: el *Callao*, cuyo jefe el coronel Manuel Cáceres aceptó la orden de combatir a muerte antes de entregar la casa del gobierno; y los bien entrenados *Ancash* y *Huarocharí*. Contaba, además, con otros seis batallones, toda la caballería y guardias civiles, casi seis mil soldados para aplastar todo intento de revolución dentro de la ciudad. Otros cinco mil hombres están acuartelados en Magdalena y Ancón. El Ministro despachó al Batallón *Cajamarca N^o 11* al Arsenal del puerto, reteniendo dos compañías para montar guardia en palacio. Su primer jefe, el coronel Lorenzo Iglesias, es reconocido pierolista. En el campamento chalaco, esos cuatrocientos soldados encontrarán a otros mil cajamarquinos bisoños, recién llegados del norte en vapor, sin armas y ni siquiera uniformes. Los mil cien cajamarquinos

del Batallón *Izcuchaca*, también bajo influencia de los Iglesias, están acuartelados y sin rifles en el convento de Santo Domingo. De estos se ocupará personalmente La Cotera. Y en el Callao, el resto estará bien vigilado por la Marina de Guerra leal al régimen y por cuerpos militares de toda confianza como la *Columna Constitución* y los *Veteranos de Artillería* o la *Columna Dos de Mayo*. Sin contar a los cajamarquinos, la guarnición del Callao llega a dos mil soldados. Por un exceso de precaución, La Cotera trasladó una batería de campaña a palacio y estableció a sus propios tiradores escogidos en los campanarios de Lima.

Pero el sábado fue un día pacífico, sin desórdenes ni gritos contra el Gobierno. A bordo del vapor británico "Bolivia" llegaban de Chile cuarentidós heridos peruanos de San Francisco y Tarapacá. Se confirmó que el enemigo había repatriado a un centenar de heridos de Pisagua y San Francisco desembarcándolos en Arica, y que pronto llegarán al Callao los prisioneros del "Huáscar" y la "Pilcomayo", canjeados por chilenos gracias a negociaciones de los ministros británicos en Lima y Santiago. Monseñor Roca y Boloña y las ambulancias de la Cruz Roja recogieron a esos hombres del *Zepita*, *Dos de Mayo*, *Loa*, *Iquique* y *Guardias de Arequipa* baleados y amputados, que el enemigo encontró al cuidado del doctor Eck en Tarapacá y que viajaron en carreta hasta Agua Santa, en tren a Pisagua, en transportes chilenos a Valparaíso y en vapor inglés al Callao, cumpliendo tan extenso recorrido más rápido que los batallones que se retiraron a pie por la cordillera en busca de Arica.

A la mañana siguiente parecían haberse desinflado todos los rumores de una inminente revolución pierolista. La Cotera durmió en su despacho, cerca del telégrafo eléctrico que lo une al puerto, Chorrillos, Magdalena, la Intendencia y sus seis comisarías y a más distantes guarniciones como Ancón y Ate. Luego del desayuno prestó atención al tranquilo campanear llamando a misa dominical. Se proponía ir a casa de La Puerta. Por cable submarino informan que el "Paita" entró a Guayaquil con Prado a bordo, llegará al istmo en Navidad y a Nueva York el 2 de enero. El señor Presidente está a salvo de ser capturado por el enemigo, cuyos buques fueron avistados en el litoral norte.

El General examina su apariencia en el espejo, se repite que el uniforme es demasiado grueso para este verano recién inaugurado, se vuelve sorprendido por la desencajada irrupción de su ayudante Arrieta.

—¡Motín, mi General!

—¿Dónde?

—¡En la Inquisición, mi General!

—¿Arguedas?

—¡Le han dado trago al *Ica* toda la noche! ¡Están vivando a Piérola!

¡Arguedas, carajo! El mismo Pablo Arguedas que disolvió a culatazos la asamblea constituyente del 56. Pero era militar de carrera y conocía su oficio, así que el propio La Cotera le confió un batallón sin importarle sus vinculaciones con Piérola.

El Ministro de Guerra caminó en círculos. Bien, la guerra civil va a comenzar. Con el motín quieren provocar una violenta reacción del Gobierno. Piérola no encabeza la revolución, nada más la dirigía.

—Vaya usted, comandante, y dígame a Arguedas que por orden mía despache dos compañías a reforzar la guardia en palacio. Escuche, Arrieta, que no se violente su espíritu, ¿ah? Y vaya solo. Que llamen de inmediato al Estado Mayor General, que doblen la guardia y que lleven las Gatling al techo. Nada más por el momento.

Los cuatrocientos diecisiete hombres del Batallón *Artisanos de Ica* están acuartelados en las viejas carceletas del Santo Oficio. Frente a la Plazuela Bolívar, sus gruesas paredes pueden resistir cañonazos sin agrietarse. Empapada con explosivo aguar-diente iqueño, la tropa subía a techos vecinos y se estacionaba en estratégicas bocacalles por las que puede atacar el Gobierno.

... *viva Piérola viva viva...*

La solitaria aparición del ayudante Arrieta desconcertó a los vigías.

—¿Adónde va, señor? —con el rémington preparado, un cabo 2º observó cachaciento al comandante.

—Traigo órdenes para el coronel Arguedas —el oficial es-poleó a su potro— ¡Abran paso!

Pablo Arguedas, militar, soporta veinte años el estigma de haber pisoteado a caballo el recinto de las leyes para sablear a los constituyentes ungidos por el pueblo soberano. Aquellos culatazos que hirieron a Simeón Tejeda, a Gálvez, a Francisco de Paula González Vigil no se borran de la memoria nacional e impidieron que Pablo Arguedas, militar, ascienda a más elevadas jerarquías. Por cumplir órdenes superiores, sin duda ni murmuración, se estancó en coronel. Y ni siquiera en un coronelato efectivo sino provisional, porque estamos en guerra, porque su verdadero rango es el inferior de comandante, el mismo cuyas insignias usó para asaltar el Congreso, echar a la calle a los liberales de mierda y poner un candado a la grandes labradas puertas tras las que habita la esencia de la ley. Pablo Arguedas, militar, se ha emboticado una botella de pisco del fiero, mientras la tropa se enardece y la visión de Piérola se agiganta por esos interiores laberintos de piedra hasta salir bajo el sol por techos donde se parapetan los mejores tiradores.

—Lo busca un ayudante del Ministro, mi coronel.

Pablo Arguedas, militar, no se molestó en abotonar el uniforme. Con licoroso aliento salió a lentas trancadas hasta la puerta del cuartel. Ese jinete con galones de comandante efectivo tiene parecida jerarquía y sin embargo Arguedas le lleva quince años de edad.

—¿Qué desea, señor comandante? —Arguedas lanzó un meditado gargajo que reventó sobre el empedrado cerca de la cabalgadura.

—El señor Ministro de Guerra me encarga ordenar que envíe dos compañías de su batallón a montar guardia en palacio, señor —Arrieta se controlaba.

—Hum —Pablo Arguedas, militar, sonrió mientras se volvía a observar de reojo a oficiales que asoman por la puerta. No lo creerán tan cojudo de mandar a ciento veinte de sus hombres para que los desarmen mansitos en palacio. Unas urgentes ganas de orinar vinieron en su auxilio. Desabotona la bragueta, rebusca el sexo, lo expone al sol para verter un espumoso chorro amarillento—. No mando a nadie, señor comandante. Dígale al Ministro que transmita sus órdenes como es debido, de acuerdo a

la ordenanza... ¿o es que el señor Ministro no la conoce? —sacudió las últimas gotitas amarillas, mientras cerraba el pantalón miró al ayudante—. Es todo, señor, puede retirarse.

—Buenos días, señor.

El hacendado Benavides contempló la entrevista desde la cercana puerta de su casa. ¿Qué más necesita ver? Los periodistas de "La Patria" festejan a Arguedas desde su local inmediato a la plazuela, la tropa sublevada se mueve por los techos y, en fin, Arguedas es Arguedas, el mismo de antes, Pablo Arguedas, militar. Por ser domingo, casi todos los negocios del barrio están cerrados. La pulpería de don Salvador Bianchi no cerrará hasta las siete y la botica de Valverde está de turno, más allá de la Beneficencia China. Aparte de los soldados apostados en bocacalles o en racimos en techos y plazuela, nadie más parece existir bajo este sol plenario con el que comienza el verano. Benavides ordenó a sus sirvientes trancar la puerta de casa. Se encerraba con su familia hasta que acabe la guerra civil.

...viva viva Piérola viva...

¿Quién anda por los techos? La acaudalada familia Unanue, la anciana señorita Carmen Gerlen, el comerciante Basallo, mi-sia Josefa Carbajal asoman a sus patios y se empinan hasta descubrir soldados moviéndose entre abiertas teatinas. Del otro lado de la plazuela, don Pedro Denegri intercambié informes con su vecino Pázos que llega de la cercana Plaza de Armas. Así es, don Pedro, he visto desfilar al Batallón *Huaro-chirí* por palacio y están movilizandó artillería. Parece que estaremos en medio de la batalla.

...viva Piérola Piérola viva viva...

El Ministro de Guerra retiró la orden. Esta vez será transmitida por conducto regular, es decir, por intermedio del Estado Mayor General. A la una de la tarde Pablo Arguedas, militar, recibió el papel firmado por el General Javier de Osma y tras leer con exagerada atención, rompió el pliego arrojándolo por el aire.

—¡Díganle al Estado Mayor General que me cago en el Gobierno! ¡Yo sólo obedezco órdenes de don Nicolás de Piérola!

—Se han encerrado en el cuartel —informó Manuel Cáceres luego de practicar un reconocimiento.

—Sería preferible parlamentar —insistió en suavizar las cosas el General Beingolea.

—Se le conminó a obedecer por última vez —La Cotera contempla a los jefes reunidos en junta—. Textualmente ha mandado decir que se caga en nosotros, caballeros. ¿Qué quieren ahora? ¿decirle que se siga cagando encima de sus superiores? ¿No basta la mierda de Arguedas para cubrirnos a todos?

—Debe ser ejemplarmente castigado —opinó de Osma.

—¿Y el señor Piérola?

—No se da por enterado —dijo La Cotera—, Está en el cuartel con su batallón.

Desde los balcones del estudio de Francisco García Calderón podían ver a las tropas del *Ica* moviéndose por los techos de la vieja Inquisición.

—¿Parece que lo conseguimos, ah? —Candamo acaricia lentamente sus mostachos, clava la mirada en el periodista Aramburú—. Hemos prestado un espléndido servicio a Nicolás de Piérola.

—¡Cállese usted! ¡eso no es verdad! —enfureció García Calderón.

—Primer error, no formar un gabinete de coalición entre civilistas y militares pradistas. Segundo error, atacar con nuestros periódicos a un gobierno que no podemos sustituir en medio de una contienda civil. Tercer error, subestimar la astucia política del amigo Piérola. Cuarto error...

—¡Están saliendo batallones de palacio! —anunció un emisario.

Exactamente a las cinco de la tarde, el General La Cotera salió del palacio. Al centro de la Plaza de Armas revistó a los batallones *Huarocharí*, armado de rémingtons españoles, y *Ancash* y *Huancavelica*, con rifles chasseurpot. También se alista una batería con cuatro cañones de bronce. En palacio queda el *Callao* reforzado por tres ametralladoras y seis cañones livianos. La *Columna de Honor* se estacionó en el Portal de Escribanos. De espaldas a la catedral se estacionaron el Batallón *Paucarpata*

y los *Lanceros de Lima* y de *Torata*. De reojo, observando de perfil por celosías y ventanas y puertas apenas entreabiertas, la ciudad contempla al Ministro de Guerra a caballo, con sus ayudantes y veinticuatro escogidos tiradores por toda escolta, que pica espuelas resueltamente hacia la plazuela Bolívar. Detrás suyo desfilaban los batallones.

A las cinco y cinco, dos compañías de la Guardia Civil abandonaron la comisaría del distrito segundo para tomar posiciones en las torres y techos de la Iglesia de La Caridad. Ya las tropas del Gobierno se emplazaban para sitiar al *Ica* con experta estrategia urbana: la *Columna de Honor* asegura la posesión de la calle Juan de la Coba hasta Zárate, protegiendo así la retaguardia del palacio y a la vez a la artillería que se estaciona en la esquina, para bombardear el cuartel por elevación.

El *Paucarpata* desfiló detrás de la plazuela hasta entrar al jirón Junín por el otro extremo. Junto a la Beneficencia China, el boticario Valverde vio a los oficiales golpeando puertas en la finca del hacendado Olavegoya.

—¡Abran! ¡abran por orden del Gobierno!

El médico Macedo asomó desde los altos.

—¿Qué quieren? —se le ahogó la voz.

—Van a subir tiradores a los techos —informó un teniente coronel—. ¡Abran pronto o echo abajo la puerta de un cañonazo!

—¡Oiga, don Serapio, qué locura es esta! —se acercaba a la farmacia el médico Basadre. Su especialidad son las enfermedades de señoras pero es valiente cirujano en campos de batalla—. ¿Quién se sublevó?

—El coronel Arguedas, don Enrique —propietario de cuatro boticas, Valverde no siente simpatía por Piérola pero tampoco le agrada este gobierno—. ¿En qué lo puedo servir?

—Traía personalmente una recetita pero puede esperar —Basadre recuerda que por aquí viven otros médicos: Velarde, Acuña, Prieto, Copello y el pobre doctor Macedo cuya casa está invadida por tropa gobiernista que la utilizará como fortín contra los revolucionarios—. ¡Don Serapio, prepare su botica! ¡Vamos a tener heridos!

—¿Adónde va, doctor?

—Velarde debe estar en casa... diga usted a los bomberos de la *Roma* que se apresuren, ellos tienen camillas.

Pero hoy los voluntarios de la *Bomba Roma* están de asueto. Con uniformes de gala cantaban vinosamente en el Gran Hotel Comercio del Callao, cuyo propietario Carlo Dasso guisó el más suculento banquete del que se tiene memoria en el puerto, para que la colonia italiana honrara a jefes y oficiales de la poderosa fragata "Garibaldi" de visita en el Perú. Entre el Encargado de Negocios de Italia y el almirante Antonio de la Haza, el comandante Morin, primer jefe de la nave visitante, sonrío comprobando la prosperidad americana de estos súbditos del rey Umberto. Banquete de doce platos, vinos, música: no parece que se hallaran en el otro extremo del mundo sino en alguna cálida provincia de Italia. Un duque, dos marqueses, siete condes integran la oficialidad de la "Garibaldi" que comparte la mesa de honor con prominentes italianos o sus hijos: el banquero César Canevaro, Eugenio y Aurelio Denegri, recientes potentados como Fausto Piaggio y Achille Boggiano, el maestro Sormani, el gran exportador de azúcar Figari, el hacendado iqueño Emanuele Picasso, los poderosos hermanos Larco. Las tres mil toneladas de acero y los catorce cañones y doce torpedos de la "Garibaldi" están aquí para proteger a estos súbditos del rey y sus negocios. El capitán de fragata Feccarotti se disponía a ofrecer un brindis al almirante de la Haza, cuando el capitán de navío Amaro Tizón se acercó tiesamente a la mesa de honor, saludó al jefe de la "Garibaldi", al Encargado de Negocios de Italia, y en fin se acercó al Comandante General de la Escuadra. Traía un telegrama.

A DE LA HAZA, CALLAO
URGENTE
ARGUEDAS AMOTINADO
EN MARCHA REVOLUCION PIEROLISTA
ADOPTA EXTREMAS MEDIDAS

LA COTERA

En el repleto teatro Politeama de Lima, la pareja de baile Expert-Vadillo y doce coristas concluían su aplaudido número "La danza de la gitana" cuando la platea sufrió un leve sacudimiento.

...viva viva *Piérola viva*...

—¡Fuego! —repitió La Cotera sin contemplaciones.

Los cañones emplazados en la bocacalle de Juan de la Coba retumbaron al unísono. Esta vez un proyectil abrió un boquete de casi dos metros en la puerta del cuartel.

En casa del conocido importador de vinos don Manuel Latorre, pegada a las viejas carceletas de la Inquisición, la familia y sus sirvientes soportaban las explosiones de bruces en la cocina. La voz que salmodiaba oraciones, el llanto de las criaturas, todo desaparece a ratos, cuando las granadas descienden sobre el cuartel y los edificios vecinos. A las 5 y 30 de la tarde un proyectil entró por el techo y estalló contra la pared de la cocina sepultando a esas once personas bajo una montaña de adobes y esquirlas y astillas y polvo. En los altos que siguen, misia Josefa Carbajal gritaba de rodillas, viendo mecerse las lámparas como si un terremoto sacudiera todo el barrio de la Inquisición. No se había apagado el estruendo que anunció la destrucción de la casa vecina, cuando un soldado con la cabeza destapada por un balazo cayó por el techo hasta la alcoba de la señorita. El tiroteo acribilla fachadas, despedaza cristales, remece puertas, golpea contra las campanas de la iglesia. Bien dispuesta en los techos, la fusilería de Arguedas contiene el primer asalto del Batallón *Ancash*.

...traidores traidores traidores traidores...

Justamente cuando en el escenario del Politeama el aficionado Frederic Loewe se disponía a emitir la más alta nota de la canción *Der arme Kosterbruder*, en Juan de la Coba reventó un cañón sobrecargado de pólvora y una nítida terrible explosión se sintió correr por toda la ciudad hasta expulsar al público de esa desprevenida platea y confirmar un cierrepuertas definitivo. El General La Cotera se acercó a la batería. Cabo de cañón y cuatro soldados muertos, mi General. Un subteniente muerto, mi General. Once heridos, mi General. Después de cua-

rentidós cañonazos por elevación, la batería apenas había aflojado los goznes de la puerta del cuartel. La mayor parte de los proyectiles no estallaban o pulverizaron pedazos de fincas próximas al objetivo. El Ministro ordenó que se llevaran los cañones y que el *Huaro chirí* entrara por compañías al combate. ¡Maldito hijo de puta! Se apura la noche y no hay forma de sacar a Arguedas de su cuartel. La pequeña plazuela no permite mover a más de dos batallones al ataque y los pierolistas disparan impunemente arriba abajo a las tropas que cargan y retroceden diezmadas.

El teniente coronel Moreno, segundo jefe del *Paucarpata*, pidió permiso para embestir a fondo.

—Prefiero que agoten su munición —murmuró agriado La Cotera.

—Esas puertas no aguantan, mi General —insistió Moreno.

Las descargas gobiernistas procedentes de los techos de Olavegoya empezaban a trizar a los revolucionarios.

—Pronto se pondrá oscuro, mi General, y será imposible continuar la lucha por los techos. Tenemos que entrar ahora.

—Está bien —autorizó el Ministro y miró por última vez a Moreno—. Tome una compañía y consígalo.

¡Por aquí! Encima suyo, a los lados rebotan balas sin rumbo, se desploman trozos de fachadas. Con una banderita blanca el médico Basadre se acerca a gachas hasta un cuerpo que se retuerce en la plazuela. Detrás suyo avanza el boticario Valverde. Expertamente dio vuelta al herido. ¡Fíjese usted, un niño! Oh, sí, claro que vivirá. El balazo deshizo la clavícula, es todo. ¿Cómo te llamas, hijo? Daniel Cuellao, del *Ancash*, señor. ¿Cuántos años tienes? Doce, señor... ¿usted es de la ambulancia o del enemigo? Déjate llevar, muchacho, aquí no hay enemigos. Sobre una camilla, a gachas siempre, el médico y el boticario escaparon con el herido por ese espacio quemado a tiros. Llegaban los bomberos de la *Salvadora Lima*. ¡A la plaza! —gritó Basadre— ¡hay como cincuenta heridos, pronto, tráiganlos a la farmacia!

A quince metros de la puerta, un balazo al esternón tumbó al teniente coronel Moreno.

...viva viva viva Piérola Piérola viva...

Basadre operaba en plena calle, frente a la farmacia de Valverde, iluminado por tres lamparines que sostienen los vecinos. En el interior de la botica, el doctor Velarde atendía a otros baleados puestos sobre el piso. No hay cómo llevar heridos hasta un hospital, así que los bomberos los transportan al local de la *Salvadora Lima*, donde el cirujano Dulanto improvisa un quirófano surtido por las farmacias del Jirón de la Unión. *Monsieur* Emile Fort, comandante de la *Francia*, y el comandante Clissold, de la *British Fire Victoria Brigade*, convocaban a sus bomberos para auxiliar en el traslado de heridos.

Una mujer asomó chillando por los altos de Olavegoya. A través de los techos goteaba sangre.

Por el campanario de La Caridad se desplomó el cuerpo perforado del inspector Flores, de la Guardia Civil.

...traidores traidores traidores traidores...

—Mi General, el *Huaro chirí* se empezó a dispersar —anuncia el comandante Arrieta. Arrojan sus rifles y se pierden en la creciente oscuridad. Por Siete Pecados, el callejón de Rufas y Buenamuerte baja una turba de negros a adueñarse de las armas abandonadas.

A oscuras la plazuela, se tirotean todavía, mueren a ciegas. La Cotera contempla largo rato el cuartel que no ha podido penetrar. Otro ayudante informa que los jefes a quienes dejó en palacio, proponen capitular.

—Regresamos —dijo.

Mientras las cornetas tocan cese el fuego por la Inquisición, cien guardias civiles del cuartel primero se pasaron al bando de Piérola.

—¿Cuántos muertos? —insiste en su oficina de “El Comercio” José Antonio Miró Quesada.

—Imposible calcular. Sólo en la botica de Valverde conté sesenta heridos —explica el jefe de redacción Carrillo.

—Mi General, las dos compañías del *Cajamarca* se niegan a volver a palacio —explica el General de Osma—. Y no es todo... el *Izcuchaca* se suma a la rebelión...

—No tienen rifles —se endureció La Cotera. Ni rifles, ni cartuchos, ni zapatos. Los iban a armar con pertrechos que llegan de Panamá. Y sin embargo la desobediencia de hombres inermes, alojados en un convento, aturdió al señor jefe del Estado Mayor General. Cerraron la puerta principal del palacio. El Ministro quiere hacer un balance de las fuerzas leales—. Que salga la caballería a patrullar, General, no podemos dejar abierta la ciudad.

Aceptó un café fuerte. El vaho de pólvora quemada le causaba una cierta borrachera.

—Bien, caballeros, quiero que me digan quiénes están con Piérola y quiénes con el Gobierno y la Constitución.

No hubo tiempo de escuchar respuestas.

—¡Mi General, el señor Piérola por Mercaderes! —interrumpió Arrieta.

Resueltamente La Cotera salió al balcón. A las siete y cuarenta de la noche desemboca el Batallón *Guardia Peruana* en la Plaza de Armas. Distinguió a Piérola, con vistoso uniforme diseñado por él mismo, montado en un caballo blanco. Distribuía a sus quinientos soldados por los portales de Botoneros y Escribanos. El General sonrió. Al fin aparecía. Ahora traerá a Arguedas a completar el cerco. Tiene además al *Cajamarca* y a toda la división del coronel-hacendado Miguel Iglesias que puede entrar a Lima en su ayuda. Bien, ahora corresponde a Piérola tomar la iniciativa.

...viva viva Piérola viva...

El capitán Higginson, de los *Lanceros de Lima*, no sospechó que esas tropas dispuestas en los portales al otro extremo de la plaza son precisamente los soldados personales de Piérola. Avanzó con su columna de jinetes por las gradas de la Catedral hacia el Hotel de Francia e Inglaterra.

—¡Fuego! —se oyó la voz del coronel Piérola.

—¡Maldito traidor! —rabió La Cotera viendo como a la primera descarga desmontaban a la mitad de los lanceros—. ¡Fuego, fuego!

...viva viva viva viva viva...

En el campanario de la Catedral y en los techos del palacio retumbó la ríflería del Gobierno. Sólo una Gatling traqueteó barriendo el Portal de Escribanos. Los pierolistas fusilaban a discreción la casa de gobierno.

—¡No nos podemos matar entre peruanos! —gritó el General Beingolea arrojándose al suelo mientras las descargas despedazan lámparas y espejos.

La noticia de que ha estallado la guerra civil deshizo el alegre banquete de los italianos en el Gran Hotel Comercio del Callao. Los marinos visitantes reembarcaron a bordo de la “Garibaldi”, invitando a bordo a sus compatriotas que desearan pasar la noche protegidos por sus cañones. De la Haza reunió a la *Columna Constitución* y a los batallones del puerto en el viejo castillo del Real Felipe. Luego de aislar al *Cajamarca* N^o 11 en el arsenal, trajo a tierra a la mitad de las dotaciones de sus buques. En fin, despachó una avanzada de guardias civiles al mando del comandante Pastor a situarse en Bellavista. Entonces llegó un telegrama con buenas noticias.

A DE LA HAZA, CALLAO

URGENTE

RECHAZADO ATAQUE DE PIEROLA A PALACIO

7.55 P.M.

LA COTERA

Pero el combate continúa en la Plaza de Armas. Llamado urgentemente por un capitán, el médico Basadre entró al palacio por la puerta de Pescadería. Un acre humo de disparos llenaba los sótanos. Subió a la primera planta y contó cincuentitrés heridos, casi todos del *Callao*.

Aquel porfiado tiroteo despedazó los cristales de la *Maison Dorée*, hizo echarse al suelo y arrastrarse hasta las cocinas a los pasajeros del Hotel de Francia e Inglaterra, rebotó hasta agujerear la botica de Andreotti y la fachada del Hotel Cardinal, liquidó porcelanas expuestas en las vitrinas de Wing-on-Chong, terminó por incrustarse en la Casa Gibbs y en las oficinas de Candamo y acribilló los tendejones del palacio, arruinando mi-

núsculas ferreterías, heladerías y mercerías. En lo peor del combate, las descargas hirieron la sede de Krüger y Cía. y la pulcra fachada del consulado austro-húngaro, adonde algunos vecinos importantes como el banquero Derteano y las señoritas Pflücker buscaron asilo hasta que concluyera el combate.

—¡Noticias de Arica! —tuvo ganas de reír el periodista Carrillo.

—¿Qué ocurre? —mecánicamente se interesa Miró Quesada.

—El coronel Canevaro ofreció un espléndido banquete a los jefes y oficiales de los buques extranjeros que asisten al bloqueo del puerto. Se sentó entre los jefes del “Shanon” y del “Alaska”. Montero atendió al comandante de la “Degrés” y al jefe de la “Turquoise”. Y Sánchez Lagomarsino se ocupó del comandante de la “Pelican”. ¡Estamos jodidos!

Miró Quesada no había prestado atención:

—¡Cesó el fuego! ¡vayamos a ver!

Aún se oyen disparos aislados.

—¡Espera! ¡no salgas! —gritó el jefe de redacción pero ya el director de “El Comercio” salía rumbo a Bodegones y a la plaza. Se unió a un grupo de bomberos ingleses para mayor seguridad. Piérola y su batallón se han retirado de los portales. Todavía flota el humo de disparos condensándose en torno a los globos de gas, cuando el periodista se detiene a contemplar las puertas acribilladas del Hotel de Francia e Inglaterra. Miró el palacio interiormente a oscuras y descubrió sombras apostadas en los techos. Un francotirador caído desde la torre de la Catedral, yace despatarrado sobre las gradas, entre siete caballos moribundos. Más allá los bomberos recogen al capitán Higginson, herido de bala en el pecho. Relinchaban a muerte. Mientras recorre portales encharcados de sangre y contempla cuerpos que no es urgente llevar a ninguna parte, por la cabeza del periodista regresan inclementes editoriales contra el Gobierno aunque en defensa del orden que acaba de ser destruido para siempre. Desde la bocacalle de Mercaderes volvió a mirar palacio: el poder supremo seguía a oscuras pero vivo.

—¿Adónde ha marchado Piérola? —pregunta a los bomberos.

—Al Parque de la Exposición.

—Entonces irá a refugiarse al Callao.—dijo a Carrillo que le ha dado alcance y sonrió—: Me parece que lo vencieron. Tal vez se pueda conformar pronto un gabinete civilista.

También los *Artisanos de Ica* habían abandonado su cuartel en la Inquisición, dejando siete muertos y quince heridos graves en los techos. Las fuerzas revolucionarias se concentran en los jardines de la Exposición: aparte del batallón de Arguedas y del *Guardia Peruana* y dos compañías de cajamarquinos, el señor Piérola cuenta con cien guardias civiles y los restos del Batallón *Huáscar*, que llegando de Magdalena fue dispersado por los *Lanceros de Torata*. Necesitan un rápido milagro: no pasan de mil doscientos hombres con poca munición; ni pueden sostenerse en Lima ni bastan para tomar el Callao. Piérola tomó la única decisión posible: ir al puerto a reunirse con Iglesias y a sacar municiones del arsenal.

Carta circular del general Prado

A bordo del "Paita", Guayaquil, 22 de diciembre de 1879.

Estimable amigo:

Supongo que mi intempestiva salida de Lima haya dado lugar a comentarios de todo género; y no dudo que, principalmente los espíritus estrechos, se hayan entregado a las apreciaciones apasionadas, sin exceptuar las más desfavorables, persiguiendo el propósito de no cumplirme justicia jamás y sin darse la pena de reconocer mi espíritu y mis trabajos durante el tiempo que sirvo al país. Pero tratándose del bien de la República me so-

brepongo a todo, importándome poco el momentáneo sacrificio de mi reputación y mi nombre, desde que me asisten el convencimiento de proceder bien y la esperanza de que después los elevaré a gran altura.

Si algunos pudieran atribuir a mi marcha reservada un fin mezquino, bastaría les ver que dejo allí mi familia entregada sólo al amparo de la Providencia para persuadirse que únicamente un fin grandioso ha podido moverme a realizar este viaje, cuya reserva y motivos ha llegado la ocasión de explicar.

Nadie ignora que mientras carezca el país de poderosos elementos navales que siquiera equilibren los recursos marítimos del enemigo, la campaña terrestre tiene que ser para nosotros muy lenta, costosa y difícil.

Por las últimas comunicaciones venidas de Europa, veíamos con sentimiento que debido en gran parte a competencias y rivalidades de nuestros comisionados, nada se podía hacer ni conseguir respecto a la adquisición de buques. Ese antagonismo había hecho estériles hasta la fecha los más patrióticos y vehementes deseos del Gobierno y del pueblo.

Naturalmente comprendiendo la delicadísima situación, que en su gravedad demandaba urgentemente medidas heroicas, me resolví a venir y para ello tuve en cuenta las siguientes consideraciones:

1º Que mi presencia allí no era indispensable y lo que tenía que hacer no era tan esencial que no pudiera ser reemplazada por la del Vicepresidente, al paso que mi venida era de la mayor importancia, porque lo que yo no hiciera, no lo haría ningún otro.

2º Que no debía omitir esfuerzo ni sacrificio alguno para conseguir los elementos que necesitamos, mucho más no habiéndose conseguido hasta hoy y pudiendo acaso conseguirlos yo usando de mi alta representación, plenas facultades y relaciones personales.

3º La oportunidad de poder reunir las personas y recursos para subordinarlos todos a mi voluntad a fin de alcanzar el objeto que me propongo; y

4º La de que con mi venida nada se arriesgaba ni se perdía gran cosa, siendo así que ella podría proporcionarnos lo que hace tiempo buscamos para contrarrestar y vencer al enemigo.

Y me decidí a salir guardando reserva:

1º Para evitar en lo posible que lo supiese el enemigo, cuyos buques surcaban nuestras aguas del Norte, dos de los cuales detuvieron este vapor algunas horas después que salimos del Callao;

2º Para evitar discusiones y opiniones cuyo resultado en la excitación en que los ánimos se encuentran, hubieran sido contrariar mi marcha y originar bullas y escándalos.

He aquí ligeramente explicados los motivos de mi viaje y las causas del sigilo con que lo he realizado. Si él responde a mi fe y a mi decisión, nada me será más satisfactorio que traer algo para hundirme en el mar u ofrecer al Perú la más espléndida victoria.

No deja de ser admirable la religiosidad con que han guardado el secreto de mi viaje las varias personas que lo conocían; y esto me consuela mucho porque trae a mi ánimo el convencimiento de que pensado con cordura, todos han estimado como una necesidad premiosa mi salida y el logro de los altos fines que la inspiraron.

Sin tiempo para más y deseándole perfecta salud, tengo el gusto de repetirme de U. afectísimo amigo y S. S.

Prado

Se entrega el Callao

En las primeras horas del lunes 23 de diciembre, la minúscula fuerza del comandante Pastor escuchó que se acercaban tropas a Bellavista. Aunque nada más tenía veinte guardias civiles a sus órdenes, el oficial dispuso preparar rifles. Dejará pasar

a los primeros y romperá fuego por ambos lados de la línea férrea.

Pisában traviesas y balasto en desorden, hablando o cantando borrachosamente. Pastor calculó que debe enfrentarse a más de cien hombres. Cuando se aproximaron a la estación de Bellavista, a la luz de las linternas reconoció a los *Artisanos de Ica* con el coronel Pablo Arguedas al frente.

—¡Fuego!

Vio derrumbarse a unos, correr a otros. Creyéndose rodeados por una fuerza superior, el resto se rindió arrojando rifles sobre la vía.

—¡No disparen, no disparen! —Pablo Arguedas se ofrecía con los brazos en alto.

—¿Se dan cuenta? —sonrió el comandante—. ¡El jefe de la sublevación es nuestro!

A esa hora entraban al Real Felipe las guarniciones de los buques, el pequeño *Batallón Artillería*, la *Columna Dos de Mayo*, la *Columna de la Aduana*, seis compañías de la *Constitución*, el *América* y cincuenta guardias civiles. El capitán de fragata Lino de la Barrera, comandante del “Chalaco”, dirigía el acuartelamiento. Controlan baterías, castillos y, con la “Unión”, recién llegada de Mollendo, y los pequeños cañones del “Rímac”, “Limeña” y “Chalaco”, disponen de considerable poder para defenderse esta noche y mañana y aún varios días, hasta que los auxilie el Gobierno. Temía el comandante de la Barrera que hubiesen atacado al almirante de la Haza que vuelve del embarcadero. Con media hora de retraso al fin apareció el jefe de la Escuadra, acompañado por su mayor de órdenes Tizón y dos ayudantes. Después se clausuraron las puertas de la enorme fortaleza española. El comandante de la Barrera bajaba del torreón desde el que domina el puerto, cuando vio aparecer a un pequeño grupo: Arguedas, todavía con los brazos en alto, el comandante Pastor y seis guardias que apuntan sus rifles contra el coronel revolucionario.

—¡Déjenlos pasar! —gritó a los centinelas detrás de la puerta.

—¡Vaya, vaya, el señor Arguedas en persona! —se sorprendió de la Haza—. ¿Dónde lo encontraron?

—Se rindió por Bellavista, señor. Le dispersamos dos compañías con sólo veinte guardias —sonrió Pastor—. ¿Lo encierro?

—Es suyo, comandante. Póngalo en el calabozo reservado a los traidores. ¿Dónde iba a encontrarse con el señor Piérola, coronel?

—¡Váyanse a la mierda! —replicó Arguedas.

Le pusieron grillos y lo encerraron en el aljibe del Real. Arriba, los jefes se reunían en consejo. Además de jefe de la Escuadra, de la Haza es Comandante General de Armas del Callao.

—Aparte del *Cajamarca*, que está en el Arsenal, los revolucionarios no tienen ningún apoyo en el puerto —explicó el almirante—. Si han abandonado Lima es porque allí fracasaron. El coronel Arguedas es nuestro prisionero. Todo lo que puede hacer el señor Piérola es juntarse con el coronel Iglesias y atacar los castillos. Y bien sabemos que no entrarán nunca. Apoyados por las baterías y la Escuadra, jamás podrán dominarnos. Ahora deseo escuchar sus opiniones, caballeros. . .

—Con su permiso, señor —se incorpora el mayor Federico Viera—. Yo pienso que no nos podemos matar entre peruanos, señor. Hay que encontrar una solución pacífica a este conflicto.

A las dos de la mañana, las tropas del *Ica* se habían reagrupado. Una vez que se les unió Piérola con el *Guardia Peruana*, derrotaron a la avanzada gobiernista y el jefe insurrecto marchó hacia el Callao. Tal como los marinos calculaban, Piérola evitó el castillo para reunirse en el Arsenal con el Batallón *Cajamarca*.

—Yo me adhiero a esa opinión, debemos buscar una salida pacífica —dijo el mayor Arturo Fuentes.

—Y yo —alza la mano el mayor Teodoro Gayangos.

—Opino lo mismo. Además no debemos olvidar que ya no existe gobierno en Lima —habla el mayor Mariano Chávez.

De la Haza y los comandantes cambiaron incrédulas miradas. ¿Así habla la infantería de marina, los buitres de la Co-

lumna *Constitución*? ¿Así reaccionan los veteranos artilleros del 66?

—Nada de pelear entre hermanos, eso creo —se oye al comisario Jibaja.

—Me adhiero a lo que acuerde la mayoría —capitula el mayor Federico Bedoya.

Tampoco los teniente-coroneles o los coroneles querían combatir. El último de los jefes que se pronunció fue el coronel Pedro José Saavedra, jefe del Batallón *Veteranos de Artillería*.

—Señor almirante... —carraspea, pasa su lengua por los labios, quiere resumir la situación— ...encontrándose las municiones de mi cuerpo en estado de exclusión y siendo sus rifles de la peor clase, no considero domado el Batallón, por consiguiendo libre él y yo de todo compromiso, porque aun diciendo sí, resultaría que he dicho no.

—Señor Comandante General —se alzó la voz del capitán de navío Amaro Tizón—: es usted señoría jefe de dos dependencias, Comandante General de Marina y Comandante General de Armas del Callao. En el segundo caso podrá usted señoría opinar como guste, pero respecto al primero debe oír antes al Cuerpo General de la Armada y yo me reservo para entonces emitir mi opinión.

—Con la venia de su señoría —interrumpió el coronel Gutiérrez—. La Marina de Guerra debe y puede deliberar cuando ella decida, pero esta junta de jefes de tierra ha llegado a una mayoría de votos...

Entraba el teniente-coronel Wenceslao Gayangos.

—¡Señores, el coronel Piérola nos intima a sumarnos a su causa o a combatir con sus fuerzas al amanecer!

—¡Traigan papel! —pidió Gutiérrez— ¡Vamos a redactar el acta. Por mayoría de votos cedemos a la intimación!

El almirante salía de la junta con sus comandantes.

—Parece todo tan preparado —comenta Tizón mientras abandonan el castillo—. Le están regalando el poder.

—Todavía no, señor Tizón. Aún no es suyo.

En la Provincia Constitucional del Callao, a los 23 días del mes de diciembre de 1879, reunidos los señores jefes de las ba-

terías y fuertes de esta plaza, Batallón Veteranos Artillería, Columna Dos de Mayo, América y Constitución y gendarmes de infantería y caballería, presididos por el señor contralmirante Comandante General de Marina y de Armas, acordaron por mayoría de votos...

De la Haza abordó una falúa para acercarse al "Rímac". Cuatro buques con las máquinas deshechas es todo cuanto le queda. Ahora desertaba la *Columna Constitución*. Según los últimos informes que ha recibido la comandancia, se acercan "Huáscar", "Blanco Encalada" y "Loa" a bloquear el Callao.

...ceder a la indicación del señor D. Nicolás de Piérola teniendo ante todo en consideración el deseo que los anima de evitar el derramamiento de sangre en lucha fratricida, cuando el país necesita todas sus fuerzas y elementos para salvar su integridad y su honra...

A bordo del "Rímac" un centenar de sombríos jefes y oficiales escuchó el informe del Comandante General de la Escuadra.

—...por parte del señor contralmirante se reservó para emitir su opinión hasta después de haber oído la del *Cuerpo General de Marina a cuyo mando se encuentra* —termina de leer, sonríe a la luz de las siete de la mañana, pasa Piérola el documento al coronel Iglesias. Ya es dueño del Callao. Desencajonaban mil doscientos peabody llegados la antevíspera de Panamá, con dos Gatling de montaña que terminarán de equipar la División Iglesias. Ahora los revolucionarios pasan de tres mil. Hay víveres, municiones, artillería a su disposición. Interrumpido el tráfico de trenes con Lima. El coronel Piérola recompensa al coronel Saavedra nombrándolo nuevo Comandante General de Armas del Callao y envía a su secretario Llaque con el acta, a que la firmen los marinos reunidos en el "Rímac".

A las ocho regresó el secretario con aspecto contrito. La habían rechazado por unanimidad.

A bordo del "Rímac"

Al ancla, Callao, diciembre 23 de 1879

Señor General Ministro:

Sometidas todas las fuerzas de la plaza a la autoridad del señor don Nicolás de Piérola, me constituí, en las primeras horas de la mañana de hoy, acompañado del Mayor de Ordenes del departamento, capitán de navío Amaro G. Tizón, del de igual clase graduado don Manuel Palacios y del de fragata don Antonio C. de la Guerra, a bordo del transporte "Rímac", en cuyo buque encontré que estaban reuniéndose todos los comandantes con el fin de acordar la conducta que debieran observar en vista de los sucesos que vienen desarrollándose desde la tarde de ayer.

Habiendo manifestado a los comandantes todo lo ocurrido en tierra durante la noche, la rendición de las fuerzas de la plaza y el acta que se había firmado al practicarla, y la cual original fue traída a bordo pocos momentos después por el secretario de esta comandancia general para que de ella tuvieran conocimiento los jefes de la escuadra, acordamos unánimemente no adherirnos a la resolución adoptada por los jefes de las fuerzas de tierra y no reconocer otra autoridad que la del Gobierno de Lima; comprometiéndonos los comandantes a conservar el orden en sus respectivos buques, a mis inmediatas órdenes como comandante general.

Acompaño a V. S., original, la nota que me ha pasado el señor capitán de navío don Manuel Villar, comunicándome haber sido nombrado comandante general de Marina por don Nicolás de Piérola, la que he dejado sin contestación.

*Todo lo que tengo el honor de participar a V. S.
a fin de que tenga conocimiento de la actitud digna
asumida por la Escuadra.*

Dios guarde a V. S. señor General Ministro.

Antonio A. de la Haza

Las horas finales

En Lima, esa mañana La Cotera nombraba prefecto de Lima al General Beingolea, con retención del mando de su división, a la vez que ordenaba movilizar todas las fuerzas que quedan a su mando para atacar a Piérola en el Callao. Ocho batallones de infantería y toda la caballería se alistan para partir, mi General. No hay respuesta de Ancón, mi General. No se pudo ubicar al General de Osma, mi General.

La ciudad amaneció clausurada. Bomberos y ambulancias trasladan a cuatrocientos heridos del combate de ayer a los hospitales de San Bartolomé y Dos de Mayo. Al Ministro de Guerra lo impacienta la ausencia del jefe del Estado Mayor General del Ejército. Dispuso que avanzara la caballería a ocupar la ruta al Callao. Luego llegó un telegrama a la vez que anunciaban a una comisión de notables. ¿Quiénes son? La Cotera abrió el sobre. Los señores Mariano Felipe Paz Soldán, Tadeo Terry y José Boza —informó el ayudante Arrieta. ¡Cabrones, carajo! La Cotera enfureció: la división acuartelada en Ancón se niega a marchar a Lima.

El Ministro había recompuesto su expresión cuando recibió a los comisionados.

—Antes que nada, caballeros, deseo saber a nombre de quien o quienes vienen a visitarme —La Cotera escribió en un papelito: *traigan de inmediato al General de Osma*. Y se lo entregó al ayudante.

—Es obvio, señor Ministro, que portamos la preocupación de todos los habitantes de Lima para que cese esta matanza fratricida —habló Paz Soldán.

—Pienso que se han equivocado de persona —trató de suavizar su voz el General—. Yo defiendo y seguiré defendiendo al Gobierno legalmente constituido. Mis armas no pueden rendirse porque combaten por el imperio de la ley. Ustedes, caballeros, deben visitar al señor Piérola, que es el jefe de esta insurrección frente al enemigo común.

Señor General Ministro de Estado en el Despacho de Guerra y Marina.

S. G. M.

Reunidos en el E.M.G. los señores cdtes. de división, jefes de brigada y jefes de otros cuerpos del Ejército, han deliberado por unanimidad no hacer armas contra el pueblo ni contra las fuerzas del Callao que están a las órdenes del señor don Nicolás de Piérola, sino combatir al enemigo común de la patria, porque la mente de todos ellos al abandonar sus hogares y hacer cuantos sacrificios han estado a su alcance para llenar ese fin, no puede seguir debilitándose en una guerra fratricida que dé por resultado el exterminio de un ejército que tanto trabajo le ha costado a U. S. su organización, y que está llamado por su entusiasmo y su abnegación a defender la honra nacional.

Tengo el honor de comunicarlo a U. S. para que se sirva ponerlo en conocimiento de S. E. el General Presidente de la República.

Dios guarde a U. S.

J. de Osma

Jefe de E.M.G. del Ejército de Reserva

—¿Y qué me proponen, señorías? —La Cotera no ha dormido, apenas tuvo tiempo de beber café y una copa de coñac al amanecer.

—Pedimos a usted, señoría, interceder ante Su Excelencia el General La Puerta a fin de que nombre una comisión que pueda entenderse con los amigos del señor Piérola.

—Lo siento mucho, caballeros. No estoy dispuesto a ser portador de semejante propuesta...

Un griterío se acercaba hacia la Plaza de Armas.

—...es el señor Piérola quien debe deponer su actitud...

La ciudad abría sus puertas: el Callao se rindió, los batallones del puerto proclaman Presidente a Nicolás de Piérola.

—...así que rechazo su propuesta, caballeros, les ruego retirarse.

A la vecina Municipalidad afluían concejales y pueblo. La Cotera salió a mirar la plaza, lentamente ocupada por un gentío todavía silencioso.

—¡Arrieta! ¡Sánchez! ¡Lastarria! —ni uno de los ayudantes acudió a sus gritos. El General se huracanó por el laberinto interior del palacio. En la escalera a los sótanos tropezó con el coronel Manuel Cáceres. Lo cogió de un brazo—. ¿Qué mierda sucede, coronel, dónde está la gente?

—Temo mucho que nos están abandonando, mi General.

—¿Y usted?

—Mi batallón y yo seguimos en nuestros puestos, señor.

—Gracias, Cáceres.

*El amigo Prado
con gran sans façon
sin contar con nadie
embolsó el Violón*

Magdalena Ugarteche despedazó el pasquín que habían pasado por debajo de la puerta de su casa. Retorcó las manos hasta respirar profundamente, recobrando la compostura.

—Gracias, Timoteo, no necesito nada por ahora —se dirigió con dulzura al comandante Timoteo Smith, antiguo ayudante de su esposo.

—No tengo nada que hacer dentro de este uniforme, señora, no por ahora.

—Me apena mucho.

—El capitán Yessup y yo pensamos que podíamos serle útiles, señora. Deseamos su autorización para venir a proteger esta casa y a la familia de nuestro General y Presidente.

—Le repito que no es necesario —Magdalena Ugarteche contempla el retrato de su esposo colocado en el salón. Ayer zarpó el “Paita” de Guayaquil y entrará a Panamá el veinticinco—. No se atreverán a atacarnos. El señor Piérola puede decir lo que quiera para ganar adeptos, pero muy bien sabe que el General Prado no es un traidor.

No lejos de la residencia de Prado, el periodista Cadenas tropezó con las sillas por la sala de redacción de “El Comercio” hasta encontrar a Miró Quesada. ¡Malas noticias de Chincha! Pero el director del diario no prestó atención. Ni ayer ni hoy ha sido posible lanzar una extraordinaria. Miró Quesada contempla la dispersa enormidad de esos telegramas y despachos que dan cuenta del definitivo hundimiento del orden constitucional. Después de auxiliar a los heridos en la *Salvadora Lima*, consiguiendo abrir farmacias y reunir medicamentos de emergencia, el director de “El Comercio” había recobrado toda la serenidad que necesita para enjuiciar los cambios políticos. El espanto que descifró en el rostro de Cadenas interrumpió su sombrío análisis del futuro.

—¿Qué dijo?

—Violencia en Chincha, señor director. Se han sublevado los negros a favor de Piérola y están saqueando y quemando haciendas.

Miró Quesada recordó que Carlitos Elías y su familia estaban en viaje a Hoja Redonda.

—¿Qué haciendas?

—En Larán mataron a don Antonio Fernández Prada y a un maquinista. En San José asesinaron al joven Julio Carrillo de Alborno. . .

Dos hacendados muertos y seguramente empleados heridos y casas arrasadas. Y en nombre de don Nicolás de Piérola. La idea de una comuna estremeció al director del diario.

—...también buscaron al señor Elías en Hoja Redonda, pero no estaba. Allí murió el administrador Iturralde. Parece que el coronel Lembcke y otros pierolistas corrieron la voz de que el Gobierno con los civilistas planeaban restablecer la esclavitud hasta que acabe la guerra.

Miró Quesada no tuvo tiempo de prestar más atención a las terribles noticias de Chíncha. Llegaba el jefe de redacción anunciando a gritos que todo terminó, que hay sesión de cabildo para elegir presidente a Piérola.

—¿Y el ejército? —Miró Quesada veía caer en su lugar todas las piezas de una bien planeada conspiración, que se había servido de su periódico y de él mismo sin que lo advirtiera.

A nombre de los jefes de la División Beingolea, el coronel Rosa Gil informó al Ministro que los Batallones *Jauja*, *Tarma* y *Provisional* N^o 4 han decidido aceptar el cambio de gobierno y pedir el concurso del clero para que no haya más combate entre peruanos.

La Coterá se derrumbó en el sillón.

—¿Dónde está el General de Osma? —gritó enfurecido.

Acta

El pueblo de Lima presidido por su H. Municipio y reunido en la Casa Consistorial hoy 23 de diciembre de 1879,

Considerando:

1^o *Que la fuga clandestina del General don Mariano Ignacio Prado en momentos en que el país necesita del denodado valor de sus hijos y la ineptitud que hasta ahora ha manifestado en la dirección de la guerra, causa única de todos los desastres que ha sufrido la República;*

2^o *La imposibilidad de llevar adelante el orden constitucional por la avanzada ancianidad e invalidez del Primer Vicepresidente de la República, la ausencia del segundo y la deficiencia de las leyes para estos casos anormales; *

3^o *La aspiración nacional que se cifra exclusivamente en el triunfo rápido y completo sobre el enemigo extranjero y exige*

el llamamiento al frente de la República del ciudadano que mejor pueda salvarla;

4º La confianza que el señor Nicolás de Piérola inspira a los pueblos por su probado patriotismo e ilustración que garantizan la buena dirección de la cosa pública y el honroso desenlace de la guerra.

Resuelve:

Elevar a la Suprema Magistratura de la Nación con facultades omnímodas al ciudadano doctor don Nicolás de Piérola, en fe de lo cual firmaron: Guillermo A. Seoane, concejales y ciudadanos.

—El General de Osma, mi General —anunció el ayudante.
...viva viva Piérola viva Piérola Piérola...

La Cotera escucha cantar a esa multitud que empuja contra el palacio. No se volvió a saludar al Jefe de Estado Mayor General. Parecía absorto en esos rostros confusos que se le acercan como un oleaje, produciendo un ruido semejante al de ciertas migraciones de pájaros, una voz conocida y a la vez indescifrable. A espaldas del Ministro, de Osma carraspeó.

—Ya sé que está usted ahí, General —casi sonrió La Cotera, todavía entretenido en mirar por la ventana—. Lo estuvimos buscando todo el día. Ahora imagino a qué viene...

—No entiendo, señor Ministro.

—...viene a explicar que entre peruanos no, que con chilenos es otra cosa. ¿Ya cambió usted de bando?

—El acuerdo de los jefes militares es unánime, señor. Creo que haría bien en entenderlo. Piérola es el nuevo Jefe Supremo. Haremos entrega del poder esta misma noche.

—¿Usted? —La Cotera meneó la cabeza—. El señor Piérola ha tomado el poder que los jefes del ejército de reserva abandonaron a disposición de cualquier bandolero.

—Solicito a su señoría que se comunique con Su Excelencia.

—¿A La Puerta o a Piérola? No hay que confundirse... bien, es cosa resuelta. Iré personalmente a casa del Vicepresidente.

—¿Desea una escolta?

—¿Por qué?

...viva Piérola Piérola Piérola viva Piérola...

—Hay una cierta exaltación en los ánimos —dijo el Jefe de Estado Mayor General.

—Estaré de regreso en quince minutos. Espéreme aquí. Deseo entregarle este despacho personalmente. Si usted desea, obséquieselo después a don Nicolás.

Se acomodó el quepís, los guantes, salió hacia la puerta principal del palacio donde monta guardia una compañía del *Callao*.

—¿Se va usted, mi General? —se asombró el coronel Manuel Cáceres.

—Voy a casa de Su Excelencia y vuelvo en unos minutos. Dos tiradores, coronel.

Cáceres eligió entre los centinelas.

—Síganme —ordenó La Coterá—. Y no se dejen asustar por esa canalla.

...traidor traidor traidor traidor traidor...

La aparición del General a pie y apenas acompañado por dos soldados de infantería, asombró primero y enardeció después a la multitud que a gritos exige que de una vez desaparezca el Gobierno. Se le acercan puños, amenazas. Nada conmovió su rostro anguloso. Aquella rechifla se le pegaba a las orejas. Después descargaron revólveres a ras de su cabeza. Nada consiguió inmutarlo. Hacia el otro extremo de la plaza y por Mercaderes, cambió la actitud del populacho. A pie continuó tranquilamente hasta la casa de La Puerta. Tres minutos duró la visita a Su Excelencia. Con el mismo enérgico andar y la misma dura falta de expresión en su rostro, La Coterá regresó al palacio.

...Piérola Piérola viva Piérola viva viva...

A las seis y media de la tarde del 23 de diciembre, La Coterá entró por última vez al despacho de Guerra. Encontró a los generales de Osma y Beingolea.

—Muy bien, caballeros, se acabó. Su Excelencia ordena entregar palacio al Estado Mayor General del Ejército —miró paredes, techo, ventana, muebles—. Nada tengo que llevarme de aquí de modo que, con su permiso, me despido. Hagan con el Perú lo que crean conveniente. Buena suerte, señores.

Cambio de jefe Supremo en el Perú

NICOLAS DE PIEROLA

Jefe Supremo de la República

Considerando:

1º Que los pueblos de Lima y del Callao me han investido espontáneamente, en sus respectivas actas, de la autoridad suprema del Estado con facultades omnímodas;

2º Que el ejército y la marina nacional se han adherido en ambas ciudades a ese acto, que ha sido desde antes una aspiración general de la República, y que él está confirmado por el ejército del sur y por todos los pueblos que se hallan en comunicación telegráfica con la capital;

Decreto:

Artículo único: Bajo la denominación de Jefe Supremo de la República, acepto el carácter y las facultades de que se me ha investido.

El oficial mayor de Relaciones Exteriores queda encargado de hacer publicar este decreto y de comunicarlo a quienes corresponde.

Dado en la Casa de Gobierno, en Lima, a 23 de diciembre de 1879.

Nicolás de Piérola

Por orden de S. E.—El Oficial Mayor de Relaciones Exteriores, Eugenio Larrabure y Unanue.

Carta a Su Santidad el Papa León XIII

NICOLAS DE PIEROLA

Jefe Supremo de la República del Perú

Beatísimo Padre:

Un voto espontáneo del Perú, emitido de consuno y unánimemente por el pueblo y el ejército de mar y tierra, acaba de investirme del mando supremo de la República, con facultades omnímodas, las cuales, conforme a las inspiraciones nacionales manifestadas perseverantemente de tiempo atrás y a los deseos más ardientes de mi corazón, serán empleadas en la regeneración de las instituciones políticas, que la demandan con urgencia, esforzándome, ante todo, en preparar el triunfo de nuestras armas en la guerra en que nos hallamos empeñados con Chile.

Al comunicar a S.S. mi advenimiento al poder supremo de esta República, tan cara al paternal corazón de S.S., experimento la más íntima complacencia en ratificar solemnemente los sentimientos de fe inquebrantable y de amor filial con que beso las augustas manos de S.S. pidiéndole su apostólica bendición.

Dada en el Palacio de Lima, a los 23 días del mes de diciembre del año de gracia de 1879.

Nicolás de Piérola

El secretario de Estado en el despacho de Relaciones Exteriores y Culto, Pedro José Calderón.

Los importantes sucesos del Sur

Temprano esa mañana llegó el telegrama que el nuevo Jefe Supremo dirigía con exagerada cordialidad y personal aprecio a su antiguo adversario el almirante Montero: *por el voto espontáneo de los pueblos de Lima y Callao y la completa adhesión del ejército, he sido proclamado Jefe Supremo de la República. Me congratulo en comunicárselo a U. y le estrecha la mano su afectísimo, Piérola.* Había evitado mencionar las facultades omnímodas que embriagaban las demás comunicaciones y decretos emanados de Lima. Pero otro telegrama, que la Marina de Guerra consiguió despachar en clave desde el Callao, explicó a Montero que la elevación de Piérola ni era espontánea, ni por unanimidad militar o política y que don Nicolás se investía de un poder absoluto, jamás antes pretendido por nadie en el país.

El coronel Manuel Antonio Prado, que había absuelto satisfactoriamente los interrogatorios del fiscal coronel Nieto sobre su actuación en la campaña de Tarapacá, leyó el telegrama puesto sobre la mesa del consejo de guerra y rebuscó en la expresión de Montero un indicio de rebeldía.

—Imagino que vas a rechazarlo.

—¿Qué quieres? —Montero golpeó la mesa con sus grandes manos—. ¡Si estamos metidos en una trampa! Anda... sal a la ventana y observa. ¿Qué hay? ¡Chilenos! Chilenos en el mar, chilenos en el sur, chilenos por Moquegua. Nuestras vidas dependen de los refuerzos de Lima.

El coronel se excusó de asistir a la junta. Fue a casa de la viuda MacLean a esperar en compañía del mayor José M. Prado y de los capitanes Leoncio y Grocio Prado la decisión del resto de los jefes del sur. Atardecía y nada, no hay acuerdo. Se hundió el sol en ese horizonte controlado por la escuadra enemiga, se esparció la noche, dieron las siete y media, las ocho, y ninguna resolución salía del consejo de guerra. Aquí, entre batallones veteranos y militares de carrera, a la vista del adversario y

ya racionados, nadie piensa que el viaje de Prado es una deserción. O, al menos, no se han atrevido a afirmarlo públicamente. Estos hombres encerrados entre el océano y la cordillera, conocen que sus recursos son materialmente inferiores, que no pueden soportar un sitio prolongado, que sólo podrán librar una, apenas una batalla: para ellos, la última de todas. Así que la evidente desesperación de Prado al embarcarse al extranjero era más que menos compartida por jefes y soldados y, lejos de indignar a los pobladores de Arica, hizo que empezaran a contar los días que faltan para el milagro prometido: una escuadra que llegue a pulverizar el cerco. Leoncio Prado recuerda a su padre, vagamente de pie en la cubierta del vapor inglés que zarpa hacia el Callao. Se habían despedido con un saludo militar. Nada nuevo tenían que decirse, Leoncio sabía: el General es el hombre más importante y amado en su vida de héroe precoz y sólo hay un modo de serle consecuente: cumpliendo con el deber. Ahora lo imagina cerca del itismo, solitariamente en busca de armas y alianzas poderosas mientras atrás le niegan cuatro meses de lealtad. Y el joven capitán quisiera marchar en su defensa, con un rifle en la mano garantizar esos ciento quince días que aún necesita el General para acabar su misión. Si algún acto de suprema locura ha de salvar al país, que le sea permitido al legítimo Presidente, no al amigo de Dreyfus. Luego de haberse filtrado la nueva de que Piérola tomó el poder, empiezan a escucharse voces de compromiso, está bien pues, igual estábamos jodidos, a lo mejor las cosas cambian, Piérola trajo los ferrocarriles y ahora bien puede traer los blindados que no consiguió el gobierno, la verdad es que el país anda corrompido y debemos limpiarlo a fondo, qué mierda, viva Piérola. Pero esas voces evitan acercarse al capitán que pasea enjaulado por la placentera terraza de la señora MacLean, donde una vez vio a Magdalena Ugarteche y al niño Maximiliano, el legítimo primogénito. La mano del coronel Prado oprimió el hombro de Leoncio, apaciguándolo. Pero nunca hubo ni habrá paz tras ese rostro afilado que descubre ahora, a diez para las nueve, que los jefes militares y navales abandonan el edificio de la aduana.

—Aceptamos al nuevo gobierno de Lima —informó el coronel Recabarren, deteniéndose ante la terraza—. Lo siento, Prado, no hay más remedio.

Fue Cáceres quien ofreció la solución. Nadie en la junta quería reconocer a Piérola como nuevo Jefe Supremo de la República.

—Sin embargo estamos ante un hecho consumado y no nos queda otro camino que aceptarlo —dijo el jefe de la Segunda División—. Pues eso es lo que habría que responder a don Nicolás.

A las nueve de la noche despacharon el escueto telegrama.

ARICA DICIEMBRE 23

HORA 10.00 P.M.

EXCMO. SEÑOR

D. NICOLAS DE PIEROLA

ESTE DEPARTAMENTO Y EL EJERCITO SEGUIRAN

LLENANDO SU DEBER Y ACEPTAN EL HECHO

A QUE SE REFIERE V. E.

MONTERO

Una vez que se hubo disuelto la reunión de jefes peruanos, el almirante Montero pudo recibir a un joven oficial boliviano del Regimiento Murillo, que desde las siete de la noche esperaba audiencia en la oficina del Estado Mayor.

—Vengo de parte del coronel Eliodoro Camacho, señoría.

—¿Cuál es el mensaje?

—El 27 lavamos ropa, señor.

—Muy bien, capitán. Espero que la dejen limpia. Puede retirarse —Montero frotó sus manos como rebuscando un pensativo calor—. ¡Coronel La Torre! —el almirante regresa al despacho que antes ocupó el General Prado, reposa su cuerpo en la misma butaca, se pregunta si no será inevitable acabar como su antigua Excelencia, en derrota y culpado de todas las desgracias del país. Había discutido extensamente con Prado cuál debe ser su actitud ante Daza. Porque ausente el Supremo Director,

de acuerdo al tratado el mando corresponde al Presidente de Bolivia que sigue refugiado en Tacna.

—Ordene usted, mi General.

—Oficie al prefecto Zapata en Tacna para que invite a Su Excelencia el General Daza a una conferencia secreta en esta comandancia el próximo 27 a las nueve de la mañana —Montero descubre el nacimiento de una sonrisa en los secos labios del coronel—. Y que Zapata lo acompañe hasta esta plaza.

Antes de que don Hilarión llegara a Arica, el “Huáscar” apareció frente al morro desplegando un gran pabellón chileno. Reparados blindaje y timones, reemplazados sus cañones por nuevos Armstrong de retrocarga, limpias sus calderas, calafateada la cubierta, ahora el monitor navega a más de once nudos con mar llana. Escortado por el crucero “Angamos”, al que habían concluido de blindar su gran cañón de largo alcance, evolucionó fuera de tiro de las baterías peruanas. Pueblo y guarnición y jefes y almirante contemplaron en sombrío silencio al monitor perdido. Qué pronto todo al revés, la historia en contra, los caminos cortados, qué rápido se pierde la guerra. Montero regresó a su despacho en el edificio de la aduana, a esperar pegado a la ventana que apareciera el tren ordinario de Tacna. A las nueve y cuarto don Hilarión saltó con ánimo desenvuelto en la estación de Arica. Hace unos minutos que el “Huáscar” se esfumó rumbo al norte a toda máquina. Acompañado por el prefecto Zapata y dos ayudantes, don Hilarión no demora en cruzar la plaza, entrar al cuartel general, subir unos peldaños, buenos días coronel La Torre, hace mucho calor, ah, nada como la fresca sombra de La Paz, a ver si me invitan un café bien fuerte, buenos días hijitos, no se molesten, sigan con su trabajo, sí, sí, volveré en tren ordinario, no necesito un tren especial, hay que guardar carbón para mayo, eso ha dicho el General Montero, ¿no es cierto? Alegremente atraviesa la secretaría, se despide de sus ayudantes hasta más tarde, abraza a Montero, se encierra con Zapata y el almirante a conferenciar, por fin, caramba, ya es tiempo de pasar a la ofensiva.

—Que nadie nos interrumpa —advirtió Montero desde la puerta.

En Tacna, los batallones lavan ropa en el río. Sólo permanecen en la ciudad los regimientos *Myrillo* y *Vanguardia* de Sucre. Rifles, cartuchos, sables: todo ha quedado en los cuarteles. Pero persiste la memoria de don Hilarión y sus ojillos burlones, su voz definitiva, su mala risa, su brazo exterminador. Nadie ha pronunciado aún el grito de muera Daza y ya Tacna se encierra, caen cerrojos, trancan puertas, se evaporan los transeúntes. Hay reunión de jefes bolivianos en el Estado Mayor.

—Me parece que estamos de acuerdo —dice don Hilarión explorando con su índice el mapa de Tarapacá—. Usted debe entrar por Camarones a la ruta de Ariqueña, yo bajaré por Calama y después los aplastamos en el desierto. Le garantizo una gran victoria.

—¿Qué ruta piensa seguir Su Excelencia? —Montero conoce planes que esta vez Daza no consiguió mantener en secreto. Con el pretexto de trasladar su ejército al sur para sorprender a los chilenos en Atacama, don Hilarión abandonará la Alianza y, ya en territorio boliviano, desarmará a aquellos batallones que no son de su confianza y ocupará La Paz para restablecer su dictadura y castigar a quienes han declarado acéfalo el gobierno de la república. El índice de Su Excelencia pareció buscar la ruta más corta en el mapa—. Hay que ir por detrás de la cordillera, dejaremos que la Intendencia proponga el mejor camino. Pienso que necesitaré un mes para estar en condiciones de atacar.

El *Murillo* tomó el armamento y munición de las tropas favoritas de Daza.

—¡Viva Camacho! ¡Viva la Alianza!

El grito se esparció rápidamente por calles y Alameda.

—¡Muera Daza! ¡Viva Bolivia!

Las cornetas del *Murillo* y el *Vanguardia* tocaban ataque. En calzoncillos, los Colorados recogían hatos de ropa puesta a secar. El resto de los batallones aliados volvía al trote a sus campamentos. Oficiales con el revólver en la mano ordenan tomar rifles y estacionarse en la Alameda.

...viva Camacho viva viva Bolivia...

¡Revolución, carajo! Semidesnudos Colorados y Coraceros

entran atontados a la población. Jodían a Su Excelencia y ellos en paños menores. Pero tampoco los *Colorados* olvidan el rencoreso recibimiento de Arica cuando contramarcharon de Camarones. Igual los miran ahora, como a traidores. Encontraron su cuartel ocupado por los jóvenes aristócratas del regimiento *Murillo*. Sin titubear apuntan sus armas al pecho de los *Colorados*: ¿acaso no han sostenido a Daza en lo alto de un poder despótico y arbitrario, festejando sus crueldades o participando de ellas? ¿No fusilarían los *Colorados* a todo el *Murillo* si tuviesen armas y así pudiera ordenarlo Daza en este instante?

... *muera Daza viva viva Camacho viva*...

¿Quién cortó el telégrafo con Arica? ¿Por qué no hay ninguna autoridad del Perú en la ciudad? ¿Qué misteriosa orden ha interrumpido el tráfico de trenes? Los *Colorados* se visten en silencio, van a formar mansamente en la Alameda.

—... ¡desconocemos la autoridad del General Daza por ser indigno de mandar el Ejército de Bolivia! —gritaba un oficial—. ¡El nos traicionó a todos en Camarones, arrojando eterna vergüenza sobre la frente de Bolivia! ¡Y ahora se propone traicionar a nuestro generoso aliado, abandonándolo para marchar sobre La Paz a fusilar a sus enemigos políticos! ¿Qué hará en el camino el General Daza? ¡También fusilarnos a nosotros, a todos los que no estamos de acuerdo con sus métodos y que exigimos libertad, reparación, desagravio a nuestra bandera, recuperación de nuestro territorio!

—... ¡*Colorados!* —se oyó ahora bramar a un coronel insurrecto— ¡Habéis sido el apoyo de Daza, la fuerza de su espada injusta, tanto así que la nación os conoce como los *Colorados de Daza*, uniendo a vuestro batallón el nombre de quien sólo ha traído ignominia y humillación a la Patria! ¡Por eso estáis ahora sin rifles, porque el pueblo boliviano no confía en vosotros y os considera traidores! ¡Daza ha dejado de ser Capitán General de nuestro Ejército y Presidente de Bolivia!

Los batallones alineados en la Alameda estallaron en gritos de júbilo y vivas al coronel Eliodoro Camacho.

—... ¡Toda resistencia será infructuosa y considerada como traición a la Patria! ¡Estamos aquí para pelear contra Chile,

no para darle la espalda como ocurrió en Camarones! . . .

Un veterano sargento de los *Colorados* salió de filas.

—¡Protesto, mi coronel! ¡Los *Colorados* nunca hemos corrido del enemigo!

— . . . ¡*Colorados*! ¿queréis pelear contra Chile? ¿O preferís uniros al enemigo y combatir contra Bolivia?

—¡Nunca! —se enfureció el sargento.

—¿Estáis con Bolivia?

—¡Sí! —se unieron setecientas gargantas.

—¡Gritad entonces viva Bolivia!

—¡Viva!

—¡Muera Daza!

—¡Muera!

Tan sigilosamente como quedó cortado hace unas horas, a las 2 y 58 de la tarde se conectó el telégrafo entre Tacna y Arica. Voló un mensaje urgente.

GENERAL MONTERO

TODO EJERCITO BOLIVIANO DESCONOCE

AUTORIDAD DEL GENERAL DAZA.

NO HUBO OPOSICION Y REINA EL ORDEN.

EL CORONEL CAMACHO ES NUEVO JEFE DEL
EJERCITO Y SE COMUNICARA LUEGO.

ME ANTICIPO PARA QUE TOME MEDIDAS SOBRE
REGRESO A TACNA DEL REFERIDO GENERAL

GRANIER, CONSUL DE BOLIVIA.

Montero demoró la conferencia hasta las tres en punto de la tarde. Habían almorzado fiambres y cerveza fría. Daza echaba constantes miradas al reloj de la Comandancia. Dentro de quince minutos debe partir el tren ordinario a Tacna y Su Excelencia prefiere hacer el viaje ahora y no de noche, propicia para emboscadas. El almirante accedía a ejecutar el plan de Daza. Sin embargo necesita autorización del señor Piérola así que despachará un extraordinario a Lima para solicitar permiso. A las tres y cinco aparece el comandante MacLean y mueve afirmati-

vamente la cabeza. Montero estrecha la diestra de Su Excelencia y lo acompaña fuera del despacho.

—¡Compañeros! ¡La Patria agradecida bendecirá la abnegación y el martirio con que habéis soportado la violenta dominación del que consiguió ofuscar por un momento el resplandor de nuestras armas! —el coronel Eliodoro Camacho arengaba a las tropas. Más allá de la estación del ferrocarril se colocan cien expertos tiradores. La orden del nuevo comando boliviano es inapelable: fusilar a Hilarión Daza tan pronto se ponga a la vista—. ¡Ciudadanos armados! ¡Cumplamos nuestro deber en el campo del honor, ahora que estrechada íntimamente la Alianza tenemos asegurado el triunfo sobre nuestro desleal y aleve enemigo! ¡Os juro, compañeros, vencer o morir a vuestro lado, como el último soldado de la Patria!...

...viva Camacho viva viva Bolivia Perú viva...

Desde la puerta del cuartel general, Montero contempla al rechoncho don Hilarión que se aleja con sus ayudantes rumbo a la cercana estación del tren. Con dos dedos recogió el telegrama que ofrecía su ayudante MacLean. Demoró un rato en leer.

—¡Por fin! —exclamó— ¡Nos sacamos de encima a este grandísimo cabrón! —se dirigió sonriente a MacLean—: Ya sabe sus órdenes, comandante, que no se embarque y que no salga de Arica.

—Sí, mi General.

—...¡No necesito recordaros vuestros deberes! ¡Los habéis cumplido y los cumpliréis con el valor y arrojo de que sólo es capaz el ciudadano armado en defensa de sus sacrosantos derechos!... —crece la voz de Camacho. Ha aceptado la jefatura del Ejército sólo hasta que se elija nuevo presidente en Bolivia. De antemano se comprometió a reconocer como comandante en jefe del ejército del sur a Lizardo Montero—. Comencemos, amigos, y para ello cuento con vuestro leal y poderoso apoyo mientras el Gobierno de nuestra Patria designe al que debe sustituirme, comencemos a preparar la victoria que nos espera... ¡Orden y disciplina! ¡A cumplir nuestro deber! ¡Viva la Alianza!

¿Por qué demora el tren? Las tres y dieciocho. Don Hilarión se mueve de pronto intranquilo, observa la locomotora sin

maquinista, los vagones vacíos, retrocede, descubre a MacLean acercándose con cara de mala noticia.

—¡Excelencia... recado urgente del señor Montero!

—¿Qué ocurre?

—¡Debo comunicar a Su Excelencia que su ejército acampado en Tacna ha emitido un pronunciamiento desconociendo su autoridad como Capitán General y Presidente de Bolivia!...

—¿A mí? —Daza dio un traspiés. Se desorbitó su mirada—. ¿Me han desconocido?

La conjura Dreyfus

José María Químper observó de reojo el palacio ocupado por Piérola antes de entrar con lentitud al Hotel de Francia e Inglaterra. Como si acabase un largo viaje a pie, respiró profundamente y miró en derredor: no reconoce un paisaje, nada más constata que nadie ha seguido su caprichoso paseo de un hotel a otro por el centro limeño. Quien hubiera acechado sus movimientos este martes 30 de diciembre, habría creído que acaso busca a un extranjero de paso, a alguien vagamente conocido. Químper recobró la totalidad de su estatura, ahora apurando el paso hacia un discreto salón reservado detrás del comedor para familias. *Monsieur* León montaba guardia en la puerta. Se anticipó a abrir tras una rápida reverencia.

—Buenas noches, mi querido doctor —saludó Candamo.

Sí, muy buenas noches. Las miradas de Químper y José Antonio Miró Quesada chisporrotearon. Luego el director de "El Comercio" dejó su silla para ofrecer la diestra. Químper aceptó el apretón.

—Veo que está restablecida su salud —carraspea, abre charla el periodista.

—Sí, estoy bien —el ex-Ministro eligió asiento—. Felizmente no se trata de carbunco en las posaderas como diagnosticó su periódico.

—León, sírvanos la cena —Candamo intervenía con mundana desenvoltura—. Bueno, caballeros, no olvidemos el motivo de este encuentro, no hay minuto que perder. Don Nicolás nunca creería que es una reunión social.

—Ni yo tampoco —sonrió Químper.

—¿Un aperitivo?

—No, gracias.

—Eso es, León... nos dejan la cena y listo —ordena Candamo.

El propio *monsieur* León ayuda a empujar una mesa rodante cubierta de fuentes. Sometió sus viandas a la experta aprobación del banquero: hum, muy bien, *salade Isabel* con camarones y pimientos y trufas blancas, perfumado salchichón de pavo, grandes conchas de abanico, *foie gras à la strasbourgoise*, hum, sardinas, rosbif, salpicón de hongos y crustáceos con rosado puré de erizos, quesos, frutas, *petits fours*. *Monsieur* León destapó una sopera: y *okrochka*, señoría, refrescante para una noche de verano, obra de León en persona.

—Excelente, León, no puede estar mejor. Ahora, ya usted sabe, no quiero que nos molesten...

—Ah, ah... —interrumpió el francés— ...¿y de beber? ¿*Charlemagne* 1869, *Montrachet* 1865? —acercó el rostro a Candamo como si fuese a proponerle una obscenidad— ... Tengo para usted un *Château Olivier* 1847, *monsieur* Candamo, no hay otra en Lima. Le ruego empezar por ella.

Mientras clausuraban el reservado, Químper contempló la cena sin apetito. ¿Vino? Sí, gracias. Se pregunta qué harán con sobras tan abundantes después de cada banquete. A lo mejor las echaban a la basura.

—Supongo que nadie nos puede escuchar —frota sus manos, se acomoda Miró Quesada.

—Nadie, por supuesto —Candamo se sirve, prueba el vino, paladea—. ¿Qué les parece?

—Muy rico —Químper devuelve la copa a su lugar—. Una pena que no alcance para todos, ¿no? —su diestra persiguió el bordado del mantel—: Señor Miró Quesada, ¿sabe usted que Barinaga se reunió con Frederic Fort?

—No, no lo sabía.

—¿Y que Fort trae bajo el brazo un contrato ya redactado por Dreyfus Frères y C^o en París?

—Ló puedo apostar.

—Pero usted no imagina cuál es la apuesta de esos bandidos...

—Robarnos más guano, con la bendición de Piérola.

—...¡Primera equivocación! Dreyfus apuesta a que perderemos definitivamente las guaneras de Tarapacá... con lo cual quiero decir que ha empezado a entenderse con los ingleses...

—¿Con los tenedores de bonos ingleses?

—...bueno, sí. Aunque yo soy un poco sectario, para mí todos son ingleses, tenedores de bonos, soldados, lores, todos al servicio de Su Majestad y sus socios de la *City*. Pues a Dreyfus se le ha ocurrido que en pago de la deuda entreguemos la propiedad de todos nuestros ferrocarriles, para él quedarse con el guano en depósito o a flote o con el que se pueda obtener del resto del Perú, sin tenerlo que repartir con los acreedores. ¿Lo sabía usted?...

El periodista no rompió su consternado silencio.

—...Pues bien, a mí me parece un robo...

—Es un robo —el director de “El Comercio” tuvo que aclarar su voz.

—...y sólo por esa razón he venido a reunirme con usted. Deseo dejar bien claro que no le disculpo su atolondrado editorial con motivo del viaje de Su Excelencia, pero voy a postergar mi disgusto porque ahora, además de Chile, también Dreyfus nos quiere ganar la guerra y mucho temo que la gane antes, ¿verdad? —Químper terminó la copa de burdeos y la ofreció a Candamo que volvió a servir—. Sin embargo pienso que no todo está perdido.

—Bueno, en principio, cuente conmigo... “El Comercio” está a disposición de quienes se oponen a Dreyfus.

—Hoy cambiaron clave en la Cancillería —Quimper maneja la antigua de memoria—, pero no se pueden cifrar todos los actos de un gobierno tan inexperto, así que debo informar que no sólo hoy empezaron las conversaciones entre el Ministro de Hacienda y el representante de Dreyfus, sino que también se destituyó a todos los comisionados y agentes del Perú en el extranjero. Se les reemplaza por una sola persona.

—¿Quién?

—Toribio Sanz —se adelantó Candamo.

—¿Sanz? ¿Toribio Sanz?

—Ajá. Agente financiero único del Perú en Europa, con rango de ministro y amplísimos poderes para conducir todos nuestros negocios en el extranjero, suscribir contratos, comprar o vender o hipotecar a la Nación. Su autoridad está por encima de los inspectores fiscales, por supuesto. Mañana anunciarán el nombramiento.

—Entonces los poderes conferidos por la República a Francisco Rosas y Juan Mariano Goyeneche quedan revocados —reflexiona Miró Quesada—. ¡Liquidaron el contrato con el *Crédit Industriel!*

—De ningún modo.

—No creo entenderlo, doctor —el periodista se apoyó en la mesa.

—La revocatoria no puede hacerse por cable, para empezar. Rosas y Goyeneche fueron designados apoderados fiscales en Europa por una ley del Congreso en 1878. Según nuestra Constitución, nuestro Código Civil y el derecho universal de gentes, una ley subsiste legalmente obligatoria mientras no sea derogada por otra ley...

—Podrían usar un decreto-ley a falta de Congreso.

—...pues no lo han hecho, y ahí comete don Nicolás su segundo error. Sin que el Estatuto Provisorio haya cancelado la vigencia de la Constitución o del Código Civil, ha usado de las famosas facultades omnímodas que le confirió el municipio de Lima para nombrar a Sanz y revocar los poderes de Rosas y Goyeneche. No importa cuan real y verdadera sea la omnipotencia de Piérola, se trata de un mandato simple del jefe del es-

tado, no de una ley o de un decreto al menos refrendado por todos los ministros. No, no —Quimper contuvo al periodista que lo iba a interrumpir— . . . todavía no he terminado. El artículo 1944 del Código dice al respecto: *la revocación debe notificarse no solamente al mandatario, sino además a todos los que han intervenido o están interesados en la negociación.* Y el artículo 1945 establece: *la revocación notificada solamente al mandatario no puede oponerse al tercero que, ignorándola, trata con el mandatario.* Y estamos ante el tercer grave error de don Nicolás: sabiendo el gobierno, porque no lo puede ignorar, que Rosas y Goyeneche negocian con el *Crédit Industriel*, no va a notificar a éste de la revocatoria de poderes.

—¿Por qué?

—Porque se propone firmar inmediatamente un contrato con Dreyfus Frères y C^o. Después resultaría absurdo que los comisionados insistieran en contratar con el *Crédit Industriel*. Pero sólo después. . . porque si Rosas y Goyeneche firman antes, antes quiere decir que se jodió don Nicolás.

Los dedos de Miró Quesada tamborilearon por la mesa.

—Siempre pensé que era usted maquiavélico, doctor, y, por favor, tómelo como un elogio.

—Haré el esfuerzo —Quimper sonrió halagado—. ¿Leyó la correspondencia sobre el contrato?

—Sí, detenidamente. Parece un buen contrato para el Perú.

—Entonces ya conoce que hubo desacuerdos entre Rosas y Goyeneche que demoraron la firma del contrato entre el once y el dieciocho de diciembre. . .

—Pues sí, claro.

—¿Está usted enterado de que también hubo problemas entre Canevaro y Goyeneche respecto a la inversión de los fondos en compras militares?

—Sí, en efecto.

—¿Entonces ya sabe usted por qué el General Prado se decidió a viajar a Europa? Lo dijo en su manifiesto y nadie le creyó, vaya país el nuestro. Bueno, señor Miró Quesada, voy a confiarle un secreto que compromete la seguridad personal del señor Candamo y la mía. Usando la clave del gobierno ante-

rior, que nuestros apoderados saben descifrar, y con la ayuda del señor Candamo, he podido enviar un extenso mensaje por cable submarino de Guayaquil a Nueva York y París, instruyéndolos para que firmen de inmediato el contrato con el *Crédit Industriel*.

Miró Quesada enmudeció. Contempla a Químper, luego a Candamo, en fin queda absorto en la copa de cristal a medias llena de vino blanco.

—Bastante arriesgado —comentó al fin—. ¿Cómo saben ustedes que los términos del *Crédit Industriel* son mejores que los de Dreyfus Frères?

—Bueno, si usted va a seguir despachándose ingenuidades y desconfiando de mí y del régimen depuesto en vez de dudar de don Augusto y don León Dreyfus, pues me parece que me he equivocado de reunión. Ya soporté sus editoriales mucho tiempo, no me empiece otro debate esta noche.

—Deme una razón para desconfiar de Dreyfus Frères en 1879, señor Químper, usted parece conocerla. A mí tampoco me gusta quedar excluido de secretos de los que me siento digno y capaz de participar. Y le hago esta observación porque mucha gente piensa que Piérola puede ser algo loco, o bastante loco, pero nunca un traidor. No nos creerían.

—Pienso que lo más importante ni siquiera tiene que ver con el nuevo contrato —intervino Candamo mientras cambiaba copas para servir el más robusto *Montrachet*—. Presta atención, José Antonio, sabemos, sin lugar a dudas, que el señor Piérola va a cancelar el reclamo de la Casa Dreyfus...

—¡Pero no! —grita, golpea la mesa el director de “El Comercio”— ¡No puede ser!

—...lo cual representa un obsequio de 4'008,000 libras esterlinas 7 chelines y 7 peniques de parte nuestra —concluyó Candamo.

—Por supuesto, el nuevo Gobierno calcula el cambio a 45 peniques, como estaba hace diez años, convirtiendo la deuda en veintidós millones de soles... plata —Químper meneó la cabeza—. Dreyfus se va a cobrar con todo el guano almacenado en Europa y el que pueda llevarse del país. Libras o soles, termi-

nará llevándose el copón sagrado y la custodia de La Merced.

—No es posible, no es posible.

—Pienso que después de reconocer esa deuda inexistente con Dreyfus, lo que contraten no tiene mayor importancia. Es posible que nuestros hijos o nuestros nietos terminen de amortizar los intereses —se agrió Químper. Las liquidaciones del Estado acusaban un mínimo saldo en contra de Dreyfus por 650,000 soles plata al 31 de diciembre de 1877. Había exportado un exceso de por lo menos 360,000 toneladas de guano. A Químper siempre le parecieron cifras benevolentes. De acuerdo con el informe de un inspector fiscal en Europa, Dreyfus se había adueñado de 7'900,000 esterlinas pertenecientes al Perú. Liquidaba a precios más bajos, no rendía cuenta de la manipulación Olhendorff que eleva el valor del guano, despachaba cargamentos clandestinos. Cuando lejos de pagar conforme a la benevolente liquidación presentada por el Perú, Dreyfus reclamó cuatro millones de libras, los peruanos sonrieron. ¿Y ahora?—. Más nos valiese no haber tenido guano en absoluto, ¿no lo creen?

—No sea exagerado —protestó Candamo.

—¿Por qué? Dreyfus ha ganado una de las más importantes fortunas de Europa gracias a Piérola y a la blandura de los peruanos. Cuando instalaron su almacén de telas y ropita barata en la calle del Correo, ¿cuánto valían los hermanos Dreyfus? Ni diez mil soles. Ahora valen cien millones de libras esterlinas contantes y sonantes. Y el Perú, el dueño del guano, sólo tiene deudas y ni siquiera buenos rifles para defenderse. ¡Oh, vamos, la historia es vieja! ¿Se acuerdan del escándalo por la diferencia entre el tonelaje de registro y el tonelaje efectivo de los buques que cargaban guano? ¡Cuarentidós por ciento! Desde 1841 sabemos que se han llevado doce y no siete millones de toneladas como aparece de los documentos oficiales. Un robo importante, ¿no cree, señor Miró Quesada? Importa 60 millones de libras esterlinas. Francamente asombroso. Y ahora, en plena guerra, el señor Piérola regala los últimos cuatro millones que le puede ordeñar al país, ¿ah?... Un obsequio con facultades omnímodas a su viejo amigo Dreyfus. Sí, asombroso...

Químper echó una mirada a la cena que no han tocado.

—...no puedo evitarlo, hablar de abusos acaba por abrirme un honesto apetito —estira el brazo, elige la fuente con salchichón de pavo—. ¿Qué puede hacer usted? Algo peligroso, señor Miró Quesada: informar sobre los términos del contrato con el *Crédit Industriel* tan pronto se suscriba. Le he dado parte de la información. Puedo dársela completa.

—¿Cómo sabrá que se ha suscrito?

—Oh, lo sabremos.

—Nada más hay un obstáculo —advirtió el periodista—. Usted conoce que el Estatuto Provisorio declara proscrito el anónimo, entendiéndose por anónimo todos los artículos no firmados. No basta que yo asuma la responsabilidad por cuanto se publica en mi diario, también debe conocerse la identidad de los autores y, por lo mismo, el origen de su información. Pero ya lo arreglaremos. No sé si es posible ganarle a Dreyfus, pero hay que intentarlo.

Hasta las once de la noche, Miró Quesada escuchó el resumen de Químper de la negociación con el *Crédit Industriel*. Después de cenar, salieron de uno en uno. Primero en dejar el hotel, Miró Quesada se dirigió a la imprenta de "El Comercio". Desde el patio oyó risas en la sala de redacción. Le parecía almacenar calamidades en la cabeza, así que tan inesperado jolgorio lo atrajo a zancadas. Encontró a Carranza y al administrador Sánchez con el redactor-jefe Guillermo Carrillo, el traductor Ayarza y el periodista Cadenas. Aunque no hay mucho que celebrar, habían comprado tres botellas de champaña y concluían de bebérselas, a la salud de 1880 y porque de una vez acabe 1879, el año de mierda.

—¡Ven, apúrate! —lo llamó su socio y co-director del diario—. ...¡anda, lee otra vez!

Carrillo se atoró tratando de beber a mitad de risa. Sánchez le golpeó la espalda.

—¿De qué se trata? —sonríe Miró Quesada.

—Es un anuncio que saldrá en la primera edición de mañana —explica Carrillo y vuelve a toser—. Esperen... uf, dice: Manifestación de gratitud...

Volvían a reír.

—...el que suscribe recibió un golpe muy fuerte en la orina y teniendo podrido el interior saliendo por el caño como tres o cuatro libras de sangre...

Carrillo jadeaba.

—¿De veras es un anuncio o lo han escrito ustedes?

—...espera, espera... tres o cuatro libras de sangre, grave, como muerto no puede hablar en tres horas, entonces llama yo paisano mío Manuel León, médico y cirujano facultad de la China y cura en pocos días sano del todo.

Las risotadas llaman la atención de los tipógrafos en el cercano taller. Sí, claro... hay que mandarle un recorte a don Pedro José Calderón, nuevo canciller —se retuerce Cadenas, de un lado beato y del otro...

—¡Claro, precisamente del otro! —exclamó Carrillo.

—Sigue leyendo —pidió Miró Quesada sentándose sobre una mesa.

—...ante año pasado mes de mayo y año pasado también en el mes de diciembre junto dos veces enfermé fuerte, un chupo de otro enfermo junto sana completo muy bien infinito muy gracias...

—¿El señor Miró Quesada o el señor Carranza?

Aquella voz desconocida sobresaltó a los periodistas.

—El nuevo intendente de policía —susurró Carrillo adelantándose a su encuentro—. ¿Qué desea, señor? Me temo que es un poco tarde y...

—Traigo orden de clausurar esta imprenta —con el intendente llegan inspectores y guardias civiles.

—Yo soy Miró Quesada —saltó de su improvisado asiento—. ¿Usted quién es?

—El intendente de policía.

—¿Puedo ver la orden?

—Sí, por supuesto —el intendente muestra un papel firmado por Pedro José Calderón, canciller encargado de la cartera de Gobierno.

—Es que menciona que no aparecieron firmados dos artículos y yo creo que se equivocan, señor intendente...

—Bueno, son mis órdenes —el funcionario movió las cejas, disculpándose.

—...le ruego que revisemos juntos un ejemplar —Miró Quesada habla suavemente, se vuelve hacia Carrillo— ...un diario, rápido.

—Si usted insiste, señor —el intendente encuentra un pape-
lito en sus bolsillos para consultar la gravedad de la falta—. Busque los siguientes artículos: “Chile” y “Ataque de Tarapacá”.

Los periodistas se negaban a creer.

—Perdone, señor intendente, pero está en un error. Lea usted mismo: “Chile” es la transcripción de un artículo de “El Mercurio” de Valparaíso, que está mencionado en letras grandes. Y “El ataque de Tarapacá” es el editorial del diario.

—No están firmados —constató el funcionario.

—Es que los editoriales no se firman porque expresan la opinión del director, que los asume como propios.

—Pero alguien lo tuvo que escribir y no lo firmó.

Miró Quesada cerró los ojos, controlándose. Otra vez observó al intendente: ojos mansos, papada, cejas hirsutas, cuello y puños de la camisa bastante sucios, pies grandes y cansados.

—¿Y el otro? ¿Cómo quiere que sepamos el nombre de su autor si es un chileno que escribe en Valparaíso?

—Yo quisiera atender a su explicación pero no es de mi competencia, señor Miró Quesada. Han violado el Estatuto y yo cumplo mis órdenes. La imprenta de “El Comercio” queda clausurada desde este instante. Les pido que salgan sin ofrecer resistencia.

¿Verdaderamente clausurados? Tiene que ser una equivocación. Miró Quesada ha olvidado a *monsieur* Fort, a Barinaga, a Dreyfus Frères, a todo cuanto no sea este periódico que es la prolongación de su persona. Oh, no se atreverán, no puede ser cierto. Calderón es un personaje necio y pomposo, pero ha de comprender que los editoriales no se firman en ninguna parte del mundo. ¿Hasta cuándo adiós? No toquen nada, déjenlo todo como está: órdenes del intendente a su vez órdenes de Calderón a su vez órdenes de quién.

—Sánchez —se dirigió Luis Carranza al administrador de la imprenta—. . .por favor, ayude al caballero a clausurar la imprenta. Y mejor entréguele las llaves. Que él se haga responsable.

—Señor intendente —intervino Miró Quesada—, pienso que se trata de un malentendido que se corregirá mañana mismo. Todos los periódicos han omitido firmar el editorial. . .

—Sí, claro. Así ocurrió en efecto —el funcionario sonrió amablemente—. Por eso se ha ordenado la clausura de todos.

—¿De todos los diarios? —Carrillo rompió a reír— ¡Es que parece un chiste, señor intendente! ¿Me quiere decir que por no firmar editoriales, la ciudad queda incomunicada?

—Salgan, por favor. No, usted no, señor Carranza, tampoco usted.

—Mire, échele candado a mi imprenta, pero yo me voy a descansar hasta mañana —se fastidió Miró Quesada.

—Me tienen que acompañar, una pequeña diligencia. . . —el intendente observó a sus inspectores echando tipógrafos al patio para después cerrar y sellar las puertas de la imprenta.

—¿Estamos detenidos?

—Precisamente, caballeros.

Un coche de dos caballos espera a los directores de “El Comercio” en la calle de la Rifa. Quedaban guardias a custodiar la finca, según explica el intendente para que nadie sustraiga papeles o valores. Por primera vez puesto preso, Miró Quesada guiñó un ojo a Carrillo al entrar al carruaje policial. Restalló un látigo y los detenidos partieron con una numerosa escolta de gendarmes a caballo. Carranza se sobresaltó cuando en vez de tomar por la izquierda, el coche entró a la calle Negreiros. ¿Al panóptico? Miró Quesada se inclinó al pasar por Padre Jerónimo: alcanzó a ver la puerta de su casa. Luego observó al intendente con las manos puestas sobre el vientre.

—¿Adónde nos llevan?

—A la cárcel de Guadalupe.

—¿Bajo qué cargo?

—Violación del Estatuto Provisorio.

—Protesto... el propio Estatuto establece que los delitos de imprenta serán juzgados por el fuero común y usted no tiene orden de un juez competente sino del Ministerio de Gobierno.

—Tranquilízate —apaciguó Carranza—. Está decidido que esta noche dormiremos fuera de casa.

—Me temo que va a ser más largo —cuchicheó Miró Quesada: no le parece ahora una coincidencia que clausuren todos los periódicos y apresen a sus directores cuando el Gobierno se apresta a obsequiar cuatro millones de libras a Dreyfus Frères y a firmarle otro generoso contrato de venta de guano. Ni siquiera podrán informar que Fort, representante de Dreyfus, visita a Barinaga en su despacho de Hacienda.

Frente al hospicio para mujeres pobres aunque de buena conducta, construido hace veinticinco años por el coronel Nepomuceno Vargas, se alza el destartado penal de Guadalupe. Lugar de tránsito patibulario, por aquí se resbala al encuentro de torturas en los sótanos de la intendencia o se termina en la sólida penitenciaría gris, que desafina al lado de arcos y edificios neoclásicos y jardines franceses de la Exposición. Bajaron del coche que arrancó de inmediato llevándose al intendente. Quedaban en manos de un inspector de la Guardia Civil y de varios gendarmes. Por ahí, caminen. Un abombamiento subterráneo salió a su encuentro en la puerta de la cárcel. Miró Quesada reconoció la ácida humedad de antiguos socavones urbanos, la grasienta huella de una humanidad comprimida, nunca puesta a ventilar o aseada con agua fresca y jabón, toda una horrible pestilencia a grajo y defecaciones, bazofia enfriada, orines secos y pezuña que lo hizo contener la respiración hasta absorberla de a pocos, cuidándose de no colmar sus pulmones de aire inmundo. Un rato los pusieron en el retén. Algo debe suceder y no sucede, alguien ha de llegar y no llega. Chirrió una reja. El tiempo había cambiado de paso tan pronto se cerró aquella puerta a sus espaldas. Ahora todo transcurre como a través de un aceite pesado o con viento en contra. Carranza se frotaba la barbilla. Bien, dijo Miró Quesada, por hoy se nos acabó la libertad.

Prado en Nueva York

El General Mariano Ignacio Prado observa costa norteamericana desde su camarote en el vapor "Andes". Bajo la tardía luz invernal del 6 de enero de 1880, sigue siendo Presidente del Perú: la noticia de la revolución pierolista no lo alcanzó en Panamá, tampoco en Colón o en Kingston. En cuanto a los pasajeros del buque concierne, este hombre de espesa y bien cortada barba casi negra, apenas castaña, y de actitud silenciosa, corroído por la impaciencia y los recuerdos, es un jefe de estado, una majestad sudamericana. Tres o cuatro veces honró la mesa del capitán a la hora de cenar. Ha preferido mantenerse alejado del resto del pasaje, consumiendo horas en cubierta, absorto en el Atlántico como quien adivina caminos que retornan. Más acá del escarchado ojo de buey, el General esperó impaciente que se hiciera el día: demoró hasta las ocho de la mañana. Mientras cargaban su equipaje, se sentó frente a un pequeño escritorio y en un papel de carta cualquiera, puso unas líneas de aviso a Montero en Arica: *Mi estimado general y amigo: Hemos llegado a ésta con felicidad y en el menor tiempo posible. Falta ahora que el resultado de este viaje precipitado, corresponda a mis propósitos y esperanzas y pueda dar al país, una vez más, pruebas de mi abnegado patriotismo.* Firmó y metió esas líneas en un sobre. Tocaron a la puerta. Era Zuleta. Vamos llegando, mi General. La trepidación de las hélices cambia de velocidad. Parece que se hubieran detenido. Prado vistió su grueso capote militar, con guantes forrados en piel alcanzó la carta a su ayudante. Despáchela ahora mismo, por medio del comisario. Sí, mi General. Escoltado por los tenientes primeros Gálvez y Tezanos, salió a cubierta. Sólo la hollinienta metrópoli, con ladrillosos edificios de hasta diez pisos, llena el horizonte: aquí habita el nuevo poder. Estados Unidos construye una gran escuadra, desafía al antiguo imperio victoriano, contempla con malos ojos el establecimiento de capitales europeos en Panamá donde Fernando de Lesseps promete concluir el canal interoceánico en ocho años. El "Andes" se

ha detenido sobre la máquina a recibir a los agentes de sanidad. Desconfiaban de vapores procedentes del Sur, porque en Río de Janeiro y La Habana se han declarado epidemias de fiebre amarilla. Pero el "Andes" llega directamente del istmo con una escala en Jamaica, con carga importante y pasajeros honorables. Fuera de grave sospecha, sus hélices volvieron a batir las barrosas aguas del canal, acercándose a los muelles del *East Side*. Funcionarios del servicio de inmigración parecieron sorprendidos delante del General Prado. ¡Llega un Presidente! Encargó a Zuleta que se entendiera con ellos y cambió de babor a estribor, a contemplar los astilleros de Brooklyn donde arman acorazados para la nueva potencia americana. A la vista de esos cascos formidables, de acero dulce y compartimentos estancos contra torpedos, su corazón se aligeró. Hoy mismo quiere conocer el "Stevens Battery", cerciorarse de que pueden entregarlo en marzo frente a la costa de Estados Unidos. La atmósfera helada, la electrizante actividad portuaria, los espigones repletos de mercadería, esas calles llenas de carros e inmigrantes y tranvías tonificaron al General. Todo ha de moverse aquí más rápido que en el Perú si deben anonadar a Chile.

—Mi General. . . —a Zuleta se le quebraba la voz. Prado se volvió bruscamente. Su ayudante se acerca con el piloto del "Andes" y un ejemplar del New York Herald—. Acaba de publicarse la noticia, señor. Hubo revolución en el Perú.

Prado no comprende. ¿Revolución? ¿dictadura de Piérola? ¿Tan pronto salió? ¿Nuevos ministros? ¿De nada sirven sus amplios poderes? ¿ni la investidura presidencial, las secretas citas preparadas por los agentes del Perú en Estados Unidos y Europa? Van y vienen sirenas, chasquidos, voces extranjeras retumbando por sus orejas. Van y vienen. Quedó inmóvil, con la vida en suspenso frente al corto despacho en pequeñas letras de imprenta. ¿Mi General? El vapor atracaba.

William R. Grace avanzó por el muelle al encuentro de Prado. No sólo hubo cambio de Gobierno en Lima, también parece que cambian planes de guerra. A la Casa Grace, acaban de anularle el pedido de armamentos hecho por el régimen anterior y del que Quimper había ya pagado una parte. El nuevo jefe su-

premo prefiere recuperar 33,000 libras esterlinas a que se despachen rifles, ametralladoras, cañones y millones de cartuchos almacenados en este mismo puerto, para empezar su viaje al istmo dentro de una semana. A Grace le parece una locura. El activo cónsul Tracy y *monsieur* Berthoud del *Crédit Industriel* se acercan a saludar a Su Excelencia. Un periodista del Herald solicita respuestas que el General proporciona maquinalmente. Grace encarga a su secretario que traslade el equipaje de los peruanos al Albermarle Hotel. Mister Tracy irá más tarde a conversar con el señor Presidente.

—Venga *monsieur* Berthoud... General, iremos conversando en mi coche. Hay otro para sus acompañantes —mientras abandonan el muelle, William Grace explica a Prado la orden cablegráfica cancelando la adquisición de armas y las noticias sobre el nombramiento de Toribio Sanz como agente único con amplios poderes del Perú en el extranjero.

—El señor Piérola clausuró todos los diarios de Lima el 30 de diciembre y permitió que se publicasen nuevamente el viernes pasado, hace cuatro días —diariamente Grace recibe cables de Sudamérica con el resumen de las noticias: ayuda a sus negocios—. Pero los directores siguen presos.

—Algo querrá ocultar el Gobierno —comentó Prado. El carruaje se aparta de los muelles, colocándose en una fila de vehículos que avanza lentamente por calles donde la nieve se ha transformado en lodo, un denso tránsito de carromatos gobernado por corpulentos policías a caballo.

—Es por el nuevo arreglo con Dreyfus, Excelencia —opinó Berthoud. Sí, claro: Dreyfus Frères volvía a monopolizar el guano, como antes de que el propio General Prado viajase a Londres en 1876 a suscribir el contrato Raphael, que dio lugar a la formación de la *Peruvian Guano Co.* y a una feroz especulación de parte de Dreyfus, que tumbó precios en Europa. Pues bien, Excelencia, el contrato con el *Crédit Industriel* se puede firmar mañana. ¿De qué sirve? No saben como pudo lograrlo, Excelencia, pero el señor Quimper transmitió un extenso memorándum por cable submarino y en la antigua clave gubernamental, confirmando que los poderes conferidos por el Congreso a Rosas y Goye-

neche no están anulados por el simple mandato telegráfico del dictador. Pero el señor Goyeneche desea que el General Prado otorgue su consentimiento para suscribir con Rosas el contrato que se opone a las maquinaciones de Dreyfus. Así que *monsieur* Berthoud entrega un grueso cablegrama llegado ayer de París, en clave que Su Excelencia podrá descifrar. Berthoud tosió, sofocándose con un pañuelo bordado—. Sería una pena para el Perú que otra vez Dreyfus lo arruinara... *monsieur* Guillaume, presidente del comité internacional de tenedores de bonos peruanos, ha intervenido en las negociaciones, lo cual implica la paz definitiva entre el país y sus acreedores. Entiendo, General Prado, que *monsieur* Guillaume se propone escribir a Piérola si es que firma un acuerdo con Dreyfus en los términos que sospechamos.

Berthoud se despidió en el vestíbulo del Albermarle Hotel. Abandonaron el espléndido coche inglés de Grace y pasearon por el salón alfombrado. El cabizbajo General y el erguido Grace parecían compartir la misma profunda preocupación. Uno nada tiene ya que hacer, el otro debe rectificar el rumbo de sus negocios.

—¿Qué puedo hacer por usted, Excelencia?

—No lo sé, francamente no lo sé —Prado sacudió la cabeza con extremo cansancio—. Pues sí, de todos modos quiero visitar el “Stevens Battery” y me gustaría inspeccionar el armamento que está listo para despacho. Nunca se sabe.

—Sí —convino Grace—. Nunca se sabe.

—Y Montero... ¿reconoció a la dictadura?

—Así parece. Espero que esté cómodo, un buen hotel... tranquilo y elegante.

Entraban con el equipaje.

—Supongo que las entrevistas oficiales que se me habían preparado, ya no tienen objeto.

—En efecto, Excelencia.

Tampoco Grace tenía ganas de quedarse. Prometió visitar al General el jueves. Tal vez fuesen al campo el fin de semana.

Mientras subía al cuarto piso en un silencioso ascensor, el General Prado volvió a sentir asombro. Había otorgado su cle-

mencia a Piérola, influido para que le diesen mando de un batallón, llamándolo a presidir el gabinete, confiado en sus promesas de respeto al régimen constitucional. Zuleta revisó el departamento. Su Excelencia entró directamente a la alcoba principal y sin quitarse ni el capote ni las botas, se echó a observar por la ventana ese sucio cielo neoyorquino. Por primera vez en la vida, todo lo que deseaba era dormir.

Recurso de los periodistas presos

Al Jefe Supremo de la República

D. Nicolás de Piérola

Excelentísimo señor:

Los abajo suscritos, directores de los diarios de esta capital, ante V.E. decimos: que desde el 30 del pasado diciembre se nos tiene detenidos en la cárcel pública, por haber salido los periódicos que dirigimos sin todas las firmas que a juicio del Gobierno debían llevar, y que a nuestro juicio conforme al texto del Estatuto, no regía para nuestras secciones editoriales, por tener éstas un editor responsable; ni nos comprendía legalmente, sino cuando menos a las 24 horas de la promulgación o después de 30 días, según el tenor literal del Decreto Supremo de 29 de diciembre; sin que pueda alegarse haberse publicado el Estatuto en "El Peruano" del 27; porque la disposición gubernativa que mandaba tener por válidos los decretos que apareciesen en el periódico oficial no está vigente, ni ha sido revalidada por el Jefe Supremo.

No hay, pues, según lo expuesto, infracción legal del Estatuto; ni menos ánimo de infringirlo, puesto que al siguiente día han aparecido suscritas todas las secciones de nuestros diarios.

Han transcurrido de esto seis días y nuestra prisión no se suspende. Habiendo manifestado V.E. que no ha habido falta, creemos indispensable dirigirnos a V.E. para que tomando en consideración lo expuesto, se sirva ordenar nuestra libertad o someternos a juicio conforme al artículo 7º del Estatuto Provisorio.

Lima, Cárcel de Guadalupe, a 5 de enero de 1880.

J.A. Miró Quesada, Luis Carranza, directores de "El Comercio". César Chacaltana, director de "El Nacional". A. Aramburú, director de "La Opinión Nacional". Pedro A. del Solar, director de "La Patria". Eduardo Villena, director de "El Independiente".

7 de enero de 1880...

Sin saber que en París acaba de firmarse el contrato entre los apoderados del Perú y el *Crédit Industriel*, el 7 de enero la dictadura suscribió convenios a nombre de la Nación con Dreyfus Frères y C^o y soltó a los directores de periódicos presos en la cárcel de Guadalupe.

José Antonio Miró Quesada se dio un largo baño de agua caliente en casa antes de pasar a la imprenta de "El Comercio". Dentro de unos días cumplirá 35 años de edad y le parece saber menos que nunca de la vida. Quienes hace unas semanas protestaban ante cualquier minúsculo atropello vecinal, aprueban ahora que la dictadura encierre a los directores de periódicos. Bueno, a casi todos. El cura Tovar, de "La Sociedad" y Zegers, de la "Tribuna", firmaron un documento de súplica y agradecimiento redactado por el propio Secretario de Gobierno consiguiendo salir de Guadalupe al día siguiente de haber entrado. Sobre el documento circula ya un pasquín debido al Murciélagos

Manuel Atanasio Fuentes: *Y pasaron por el aro/con humildad ejemplar/Don Luis Faustino de Zegers/y el canónigo Tovar*. Guillermo Carrillo esperaba con malas noticias y una misteriosa esquelita. Pues bien, no se han hecho públicos los documentos, pero se sabe que hay arreglo con Dreyfus. Le pagarán cuatro millones de libras esterlinas además de entregarle el monopolio de la venta de guano en el extranjero. A los tenedores de bonos se les pagaba con todos los ferrocarriles. Miró Quesada leyó la esquelita: *Hecho en París, JMQ*. Lo que quiere decir: firmado el contrato en París, José María Químper.

—Pues te tengo noticias, Guillermo —habló Miró Quesada—. No le será fácil a don Nicolás beneficiar a Dreyfus, no importa que sea dictador con facultades omnímodas... ya verás.

—Y yo no he terminado aún —replicó Carrillo con incredulidad—... me han dicho que el Gobierno declara la libra esterlina como signo monetario nacional.

—¿De veras? —Miró Quesada rió—. Debe ser una broma, eso sí que es una broma.

—Pues lo conozco a través de la misma persona que me ha dado informes sobre el arreglo con Dreyfus. Mejor no te rías.

—¡Pero si no hay esterlinas en todo el país! ¿Cómo puede convertirse en moneda peruana?

—No lo sé. A lo mejor con facultades omnímodas...

El Gobierno guardó los pormenores del convenio hasta la noche del jueves 8 de enero. Entonces se supo que acordaba pagar la liquidación presentada por Dreyfus Frères y C^o al 30 de junio de 1879, por un total de cuatro millones ocho mil libras esterlinas, siete chelines y siete peniques y autorizando a Dreyfus, ya que no había con qué cancelar esa deuda ficticia, a exportar *el número de toneladas de guano que baste a cubrir dicho saldo... al precio que pague el nuevo contratista... y, a defecto de contrato, a cinco libras esterlinas por cada tonelada*. El acuerdo daba a Dreyfus libertad de escoger los depósitos de guano que convenía exportar y establecía que los buques sacaran licencia en las guaneras mismas, para de allí ser despachados a su destino en Europa. De otro lado, la dictadura eliminaba la competencia de la *Peruvian Guano C^o*, obligándola a transferir depósitos y car-

gamentos a flote. Un segundo contrato con Dreyfus Frères les entregaba el monopolio de la venta. Las cláusulas siete y dieciséis mencionaban un adelanto que quedaba en puntos suspensivos, “porque no es conveniente para el Perú publicar la cantidad a que asciende el empréstito”.

—¿Qué hacemos? —preguntó Carrillo cuando Miró Quesada acabó de leer los documentos oficiales.

—Una iniquidad —comentó el director, pasando los papeles a Carranza—. Publicarlos, desde luego. No lo podemos evitar.

—¿Qué hacemos después de publicarlos? —precisó el jefe de redacción—. ¿Cerrar maletas e irnos en el primer vapor? ¿Pasarnos al pierolismo? ¿O jugarnos a todo o nada?

Miró Quesada sacó de su levita los informes enviados de París en diciembre y que Químpér le había entregado.

—Dales una buena lectura... vamos a publicar un resumen como si fuese de nuestro corresponsal. ¿Alguna objeción al método?

—¿Dicen la verdad?

—Sí.

—Ninguna objeción.

—¿Qué escándalo! —exclamó Carranza—. Dan a Dreyfus completas comodidades para que nos robe hasta la última partícula de guano... ¿has visto? ¡Extenderán licencia en las guaneras mismas! ¿Quién? Pues Dreyfus a Dreyfus...

Se oyó silbar entre dientes al jefe de redacción...

—José Antonio, esto es muy grave. ¿Tú qué crees?...

Miró Quesada se encogió de hombros.

—...No sería extraño que nos liquiden la empresa y te metan preso.

—¿Qué le vamos a hacer! —se malhumoró Miró Quesada—. ¡Peor sería seguir callados!

La transacción con Dreyfus

(Editorial de "El Comercio", del 10 de enero de 1880)

Tres documentos de trascendental importancia para el crédito y las finanzas del país, han abierto la nueva era que el poder de hoy inicia en el ramo de la hacienda pública.

El primero se refiere a un arreglo definitivo de las cuestiones pendientes con la casa de Dreyfus; el segundo a nuevas bases para el servicio de la deuda externa; y el tercero a un contrato de empréstito, por una cantidad desconocida, con aquella misma casa.

La importancia especial de cada uno de estos decretos, nos obliga a un estudio separado, para emitir nuestro juicio del modo más preciso y claro que nos sea posible.

La transacción celebrada con la anterior casa consignataria, puede sintetizarse en los siguientes términos:

El gobierno reconoce a favor de Dreyfus un saldo de cuatro millones ocho mil libras esterlinas; aceptando provisionalmente como comprobados los diversos cargos que ha hecho al gobierno.

El gobierno y la Casa Dreyfus someten a la decisión de los tribunales de la República todos sus reclamos pendientes, y no aceptan como base para sus resoluciones sino las leyes y contratos vigentes, y los principios de equidad y de justicia en los casos no establecidos por aquellas y por estos.

Para dar más fuerza a este convenio, el gobierno declara cancelado y no existente el contrato de 14 de abril de 1874, que le daba derecho a reclamar un tanto de las utilidades obtenidas por Dreyfus en la manipulación.

Si se juzgara este convenio aisladamente del contrato de empréstito, estipulado en un arreglo aparte, sería incalificable pues se vería que se había concedido a Dreyfus mucho más de lo que hubiese esperado alcanzar nunca, aun en una capitulación incondicional del gobierno, pues nadie ignora que ahora un año ofreció Dreyfus una transacción que importaba la rebaja de 60% del

saldo que entonces reclamaba, reduciéndose éste en más de cinco millones de soles, o sea un millón de libras esterlinas, dejando pendientes ciertos cargos que el fisco le hacía, como los relativos al *cupón* que cobró indebidamente, a la prima de *tres millones de soles* que se comprometió a abonar en su contrato del 69, y las diferencias de precio en las ventas del guano que arrojaban un monto de más de veinte millones de soles, sin calcular la partida correspondiente a los provechos líquidos de la manipulación.

De manera que, Dreyfus ha realizado hoy lo que ahora un año no se habría atrevido ni a imaginar.

Sin que sea nuestro ánimo entrar en examen detenido del contrato, es indispensable que hagamos notar la diferencia saliente que hay entre la cantidad que se paga por *forfait* a la *Peruvian* y la que se fija tácitamente en este nuevo arreglo. La *Peruvian* cobra £ 4.15, y Dreyfus cobrará £ 6.15, supuesto que en otra parte se señala, como valor invariable del guano, £ 11.15, siendo fácil probar que el *forfait* de £ 6.15 deja una utilidad de £ 2.10.

Pero hay más todavía: según la última comunicación pasada por los señores Aranibar y Althaus con fecha 30 de noviembre, Dreyfus reconoció con franqueza que en verdad correspondía al gobierno una parte de las utilidades que él había obtenido en virtud de la concesión que se le dio para manipular el guano.

Todos estos antecedentes hacen presumir que la anterior casa consignataria habría accedido con satisfacción a un arreglo que no le costase ningún desembolso, dejándola en plena libertad para vender el guano que tiene en almacenes, al precio y en la forma que más le conviniese.

Consolidar la enorme fortuna que le había dado el contrato del 69; aumentándola considerablemente con las utilidades extraordinarias alcanzadas por la manipulación, y añadir a su activo el valor de más de *cuatrocientas mil* toneladas de buen guano, que recibió como exceso sobre los dos millones de toneladas a que únicamente tenía derecho según el contrato: era sin duda, ahora dos meses, el ideal de las aspiraciones del que hoy se encuentra por segunda vez árbitro de la fortuna fiscal del Perú.

Pero la transacción que acaba de colocar a la casa Dreyfus en condiciones de ser en breve una de las más poderosas de Europa, puede dar acaso motivo a muy serias reclamaciones de parte de los tenedores de bonos peruanos, dificultando, tal vez, la realización del contrato de empréstito que ha sido seguramente el objetivo o el móvil real del gobierno, para haber hecho tan amplias concesiones a Dreyfus.

Los que han puesto un término semejante a las odiosas reclamaciones que habían pendientes enter la anterior casa consignataria y el gobierno, deben haber apreciado bien los peligros que esa transacción envuelve para la presente situación del país, considerando las antipatías que contra el Perú despertarán en el público europeo, y la actitud probable de aquellos cuyo poder e influencia deben darnos en qué pensar seriamente en momentos en los que más necesitamos de sus simpatías.

También debe haberse tenido en cuenta la negociación iniciada en París por el doctor Rosas con el *Crédit Industriel*, que según la correspondencia que en seguida publicamos, ofrecía un buen prospecto para el fisco y para el crédito del Perú, dando fundadas esperanzas de un próximo contrato celebrado con ese banco, sobre bases análogas a las que los tenedores ofrecieron al señor Goyeneche cuatro meses ha, una de las cuales era un adelanto de *veinte millones* de francos, o sea de *cuatro millones* de fuertes.

París, 5 de diciembre de 1879

Señor director de "El Comercio".

Lima.

Los asuntos financieros del Perú presentan hoy un aspecto lisonjero, desde que el Dr. Rosas ha iniciado, con el *Crédit Industriel*, banco de primera clase, un nuevo arreglo sobre guano, de acuerdo con el comité de tenedores de bonos peruanos. Las bases de este nuevo contrato son tan favorables a los intereses de los tenedores como a los del gobierno, pues quedan sólidamente garantizados los derechos de aquellos para el

presente y el futuro, así como una renta fija para el fisco peruano, renta que no bajará de setecientas mil libras esterlinas.

El Dr. Rosas ha tenido una conferencia con los representantes de aquel banco y hoy o mañana deben comenzar a discutirse las cláusulas fundamentales del arreglo que, dada la buena disposición que el banco ha mostrado, y la adquisición de los tenedores, nos hace esperar que antes del quince del corriente esté firmado el contrato.

Ojalá así sea, y que en este tiempo no sobrevengan imprevistos acontecimientos que embaracen la negociación, como más de una vez ha sucedido con otros arreglos iniciados; pero ninguno de los anteriores ha ofrecido más garantías de seriedad que el presente, pues, a los amplísimos poderes que trae el doctor Rosas, se une la circunstancia de un perfecto acuerdo entre el banco negociador y los tenedores de bonos.

Estos habían presentado en julio o agosto al señor Goyeneche una propuesta formal, para un arreglo definitivo sobre guano, bajo las bases generales siguientes:

Un adelanto de veinte millones de francos al gobierno.

Se consideraban cancelados los cupones devengados hasta la fecha.

Compromiso de pagar al Gobierno dos libras dos chelines en los mismos depósitos por cada tonelada; y además cuatro libras en bonos de la deuda externa, corriendo de cuenta y riesgo del sindicato de tenedores los gastos de transporte y expendio.

El señor Goyeneche no se creyó con la autoridad suficiente para concluir este arreglo y no dio una contestación clara y terminante, esperando tal vez que el gobierno le diera instrucciones sobre el particular. Esta perplejidad e incertidumbre del comisionado perua-

no, privó a la República de los fondos suficientes para conseguir poderosos elementos navales, en la época en que un solo blindado habría puesto de su parte, la fortuna en la guerra.

Pero las ventajas del arreglo propuesto por los tenedores no sólo habrían proporcionado al Gobierno los medios de conseguir el triunfo sobre Chile, sino que también habrían levantado su abatido crédito en Europa, conquistándonos las simpatías públicas con las de sus tenedores, que habrían hecho su causa solidaria con la del Perú.

La frialdad con que se miró una cuestión de tan trascendental importancia por los agentes peruanos, ha causado, pues, al Perú, más daños que las últimas victorias de los chilenos en Tarapacá.

Ahora, aunque en momentos más difíciles y premiosos para el Perú, se van a discutir las bases generales de un arreglo parecido a ese mismo que propusieron cuatro meses ha, los tenedores de bonos; pero el Dr. Rosas, para dar más solidez a cualquier contrato que deba celebrarse con su firma, ha preferido entenderse más bien que con sólo los tenedores, con una casa o banco respetable que garantice a la vez que los intereses del Perú, los de sus acreedores.

Estos, apreciando el espíritu recto del comisionado financiero, han solicitado el apoyo del *Crédit Industriel* con quien ha comenzado a entenderse desde luego el Dr. Rosas, como he indicado al principio de esta correspondencia.

El grupo de la *Peruvian* y el de Dreyfus entre tanto, hacen todos los esfuerzos imaginables para embarazar cualquier negociación con los detedores, a fin de ganar tiempo, esperando un momento oportuno que los acontecimientos de la Guerra del Pacífico pueda proporcionarles, para aprovechar de las angustias del Perú obligando al gobierno del Perú a capitular con ellos.

No hay duda que los intereses de esas dos casas consignatarias han de oponerle al Dr. Rosas dificultades muy serias para cualquier arreglo que intente; pero si cuenta con el apoyo firme y decidido del Gobierno, es seguro que él podrá celebrar un buen contrato, dejando por muchos años sólidamente garantizado el crédito del Perú en Europa.

Pero no sólo tiene que luchar el comisionado peruano con las resistencias ocultas y ostensibles de los dos grupos especuladores del guano que hoy compar-ten las utilidades de este negocio, sino también con las que le oponen los agentes de Chile, como puede verse por la siguiente carta dirigida por Gana al *Daily Telegraph*:

El 2 apareció en los diarios de Londres la siguiente declaración:

Señor editor:

Inclusa hallará U. la traducción de una carta recibida hoy de S.E. el ministro chileno, y como ella es de gran interés, particularmente para los tenedores de bonos peruanos, ruego a U. la inserte en su artículo financiero de mañana.

De U. atto y S.S.

Thos. Kgnn-Weir—Cónsul

(Traducción)

Legación de Chile, París, noviembre 29.

Señor Cónsul:

Teniendo en consideración los rumores que han aparecido en algunos periódicos de Londres con referencia a un contrato o contratos bajo los cuales se dice que el gobierno del Perú va a transferir a una tercera entidad la propiedad de los depósitos de guano y salitre de aquel país, autorizo a U. para declarar oficialmente que el gobierno de Chile, en actual posesión de esos depósitos, no reconocerá, por todo el tiempo

que permanezca en posesión de ellos, ninguna reclamación basada en contratos o arreglos de cualquier naturaleza que afecten dichos depósitos y que puedan haberse celebrado después de la declaración de guerra existente entre Chile y Perú.

Sírvase U. hacer el mismo anuncio respecto a cualesquiera propiedades del mismo carácter perteneciente a Bolivia.

Soy de U. señor cónsul atento servidor.

A. Blest Gana.

Anúnciese, publíquese, etc. etc.

—¡Ayudante! —la aguda voz del secretario de estado Calderón convoca al comandante Timoteo Smith, que resolvió pasarse al Gobierno y ahora evita encontrar a Yessup y a otros oficiales que acompañaron a Prado en Arica. Smith trota con el pecho encordonado, entra al despacho donde Su Señoría conversa con el secretario de estado Nemecio Orbegoso, recién venido de su hacienda azucarera para asumir la cartera de Gobierno que interinamente desempeñó Calderón, titular de Relaciones Exteriores y Culto. ¿Diga usted, señor? ¡Que venga el amanuense secretario! Ya está resuelto: cierran el diario y se acabó la oposición, qué remedio queda, Nemecio, sí claro, me parece bien, no más firmaba el decreto que dice, tome usted nota final señor amanuense, que vistas las publicaciones hechas por el periódico “El Comercio” etcétera, etcétera, y que las diligencias practicadas por el señor Prefecto del Departamento para esclarecer etcétera, etcétera, y que lo acaecido con este diario no es sino una prueba del deliberado y persistente propósito de continuar favorecido por la impunidad de que ha gozado hasta hoy, etcétera, etcétera, empleando la prensa como medio de extraviar el juicio público forjando calumnias e imposturas con grave daño de la moral

y de los intereses generales del país y de la institución misma de la prensa etcétera, etcétera y que este delito grave de suyo en toda circunstancia lo es mucho más en las actuales y que no tratándose de un delito aislado etcétera, etcétera, sino de la voluntad deliberada y permanente de no hacer uso legítimo de ese medio de publicidad se resuelve, dos puntos, primero, dos puntos, prohíbese la publicación en lo sucesivo del diario "El Comercio" y de cualquier otro periódico en dicha imprenta, punto y coma, y, segundo, dos puntos, declárase que sus directores-empresarios han perdido el ejercicio de un derecho que no han sabido usar sino en daño de los demás, punto, comuníquese esta resolución al prefecto del departamento para su inmediato cumplimiento, regístrese y etcétera, etcétera, rúbrica de Su Excelencia y firma de don Nemesio Orbegoso, secretario de estado en el despacho de gobierno y policía. Es todo, señor amanuense. Y cierre usted la puerta, señor comandante.

A "*La Patria*"

(Editorial de "El Comercio" del 13 de enero)

El rápido estudio que hicimos del contrato de transacción que el Gobierno ha celebrado con la casa de Dreyfus, nos ha valido una réplica dogmática, en la que se nota un honroso esfuerzo por ostentar suficiencia y profundos conocimientos de las intrincadas cuestiones del guano, en sus relaciones y afinidades con la anterior casa consignataria.

Rechazando las reticencias no muy benévolas y las amonestaciones morales que esa réplica contiene, y que seguramente han debido dirigirse a otros; pasamos a contestar con documentos, citas y guarismos, los cargos que nos hacen y que son los siguientes:

1º Que hemos asegurado, sin el menor fundamento, que el contrato de transacción con Dreyfus importa una verdadera dádiva que éste jamás había esperado de ningún gobierno.

2º Que sin razón fundada hemos asegurado que Dreyfus ofreció un año ha transar, abonando al gobierno el 65% de las diferencias de precio en las ventas de guano, lo que importaba una rebaja igual en el saldo que aquel reclamaba.

3º Que ha sido aventurado de nuestra parte fijar la cifra de £ 6.15 chelines como *forfait* concedido a Dreyfus en ese contrato.

Contestamos.

Que la transacción que acaba de celebrarse con Dreyfus es claramente provechosa para él y de dudosa utilidad para el fisco, no es difícil probarlo, desde que en el artículo segundo del contrato el gobierno reconoce *provisionalmente* el saldo de *veintiún millones ochenta y tres mil noventa y cinco soles* a que hoy hace subir Dreyfus su crédito contra el Estado, cuando según la liquidación practicada por la Dirección de Rentas en julio del 78, aquel crédito era sólo de *diez y ocho millones setecientos setenta y seis mil soles*, como consta del decreto supremo que en seguida publicamos.

¿De dónde resulta la diferencia de *dos millones trescientos mil soles* fuertes que hoy aparecen en el saldo que el gobierno reconoce a Dreyfus? ¿Acaso en el año transcurrido desde la liquidación a que nos referimos, y el 30 de junio anterior, fecha de las últimas cuentas pasadas al gobierno por Dreyfus, hizo éste algún préstamo al Estado que importe esa suma? Lo ignoramos; pero no es probable que así haya sido, si se tienen en cuenta las relaciones muy tirantes de la Casa Dreyfus con el gobierno, y, sobre todo, las declaraciones del ministerio en las Cámaras, según las que ningún préstamo pudo obtenerse de los anteriores consignatarios para atender a las necesidades de la guerra.

Por otra parte, juzgando sin prevención ninguna, ¿cómo no ha de extrañarse profundamente que ese convenio de transacción haga subir hoy a *cuatro millones de libras esterlinas* una deuda que, por un decreto supremo de junio del 78, quedaba enteramente *cancelada*?

Se dice que carece de valor alguno toda resolución que envuelve un abuso de autoridad. Tal vez el citado decreto no haya sido estrictamente legal; pero, ¿era esta razón suficiente para derogarlo, dejando a Dreyfus en mejor condición que al fisco, supuesto que los saldos declarados por aquel, se reconocen desde luego aunque provisionalmente, mientras que los favorables al fisco se someten a la resolución de los tribunales?

¿Cómo reconocer administrativamente el saldo que Dreyfus reclama y considerar como contenciosos los cargos que el Gobierno le hace? ¿No es cierto que esto establece una desigualdad tan favorable a Dreyfus como perjudicial al fisco?

Para juzgar con equidad el contrato de transacción, es cierto que debe ante todo tenerse presente la situación excepcional en que el país se encuentra; circunstancia que hace variar notablemente las exigencias legítimas y justas que en una época normal habría tenido el Gobierno en todo arreglo con la Casa de Dreyfus. Tal ha sido nuestro espíritu al entrar en el estudio de la enojosa cuestión; y no es preciso que razonemos mucho para probar que a no haber sido así, el tono de nuestra crítica se hubiera resentido de la pasión que suele inspirar la defensa de los sagrados intereses nacionales.

El cargo referente a la transacción que Dreyfus propuso en otro tiempo, ofreciendo abonar el 65% de las diferencias en el precio del guano, está corroborando en la misma réplica que se nos ha dirigido, desde que en ella se admite que es cierto el hecho.

Hemos dicho que: “nadie ignora que ahora un año ofreció Dreyfus una transacción que *importaba* la rebaja del 60% del saldo que entonces reclamaba, reduciéndose éste a menos de cinco millones”.

Nada hay más cierto que este hecho. Pruébanlo los siguientes párrafos de la memoria elevada al gobierno por los señores Aranibar y Althaus con fecha 31 de julio del año pasado:

Página 8: “habían ofrecido transigir (Dreyfus) esa cuestión abonando 65% de la diferencia entre el precio que habían ya abonado y el que legítimamente debían abonar”.

En la página 20 es aún más explícita la declaración:

“Por esto, desde el momento en que fue causada, Dreyfus Hermanos y C^o ofrecieron desde luego el 50% del monto de esas diferencias y hasta el 75%. El documento en que consta esa propuesta está escrito de puño y letra por don Guillermo Scheel, representante en Lima de Dreyfus Hermanos y C^o”.

Si pues está fuera de duda que aquellas propuestas se hicieron y no es menos cierto que el monto total de las diferencias de valor en el guano vendido por Dreyfus era apreciado por el señor Aranibar en diversos artículos publicados por él, en una suma de más de *veinte millones* de fuertes; nada mejor probado que la reducción de Dreyfus de abonar al gobierno *trece millones* de soles; y como sus reclamos subían a poco más de *diez y ocho millones*, la diferencia a su favor quedaba así reducida a *cinco millones*.

Es sensible que cuando se hacen demostraciones semejantes, haya quien conteste negando la verdad de hechos tan bien comprobados, y llevando su presunción hasta acusar de superficial y apasionado al que demuestra conocer el asunto mejor que quien tal contestación dirige.

No nos queda qué justificar, sino la aseveración que hicimos relativa a los gastos.

Hemos dicho que la cantidad señalada en el convenio de transacción, como gastos invariables, que ha de abonarse a Dreyfus, asciende a £ 6.15 ch. Se nos pregunta cómo hemos llegado a adivinarlo, cuando semejante cifra no existe en el contrato.

No se necesitaba ciertamente de más penetración que la usada por el que nos hace el interrogatorio, para explicarse sencillamente este fenómeno que nada tiene de misterioso.

En el contrato de transacción encontrará sin dificultad el autor de la contestación que replicamos, la condición impuesta a Dreyfus de abonar £ 5 por cada tonelada que reciba; y verá en la cláusula 2^o del contrato de adelanto de fondos, el precio uniforme de £ 11.15 ch. fijado para todo guano, de manera que teniendo este valor y abonando como líquido producto sólo £ 5, quedan a su favor £ 6.15 cm.: es decir, *dos libras* más que a la *Peruvian* según su contrato vigente, que sólo le señala £ 4.15 ch.

¿Será menester que nos detengamos a probar que un *forfait* de £ 6.15 ch. deja una utilidad líquida, en todo tiempo, de más de dos libras diez chelines?

Ociosa tarea sería esta por cierto, mucho más cuando tendríamos por objeto convencer a una persona ilustrada e inteligente como el defensor del contrato de transacción, el cual supone sin embargo que no nos hemos fijado en la circunstancia rara de que en esas £ 6.15 ch. están comprendidos todos los gastos que demanda la exportación y el expendio del guano; sin advertir que cuando se habla de gastos fijos, se sobreentiende todo esto. Pero al hacerse notar esa supuesta falta que se nos atribuye, parece que hubiera intención de probar que hasta los gastos de carguío debe hacerlos Dreyfus, lo que no es cierto, desde que en el mismo contrato se ha estipulado que estos gastos han de ser por cuenta del Gobierno.

Si los gastos que tiene que hacer Dreyfus son los mismos que hace la *Peruvian* y el *forfait* de aquel excede en dos libras esterlinas al de éste, no es necesario apelar a una ardua operación de álgebra para indicar la cifra considerable de las utilidades que ha de dejar a Dreyfus la cantidad fija que le han señalado para los gastos que demanda la explotación del guano.

Es cierto que estos provechos están compensados por el precio mayor que Dreyfus se compromete a abonar por aquel, precio que excede en más de dos libras tal vez al que ha tenido costumbre de pagar la *Peruvian* al gobierno, acaso porque ésta vende el guano en bruto mientras que Dreyfus lo modifica convenientemente por la manipulación, que aquella ignora.

Siguiendo ahora nuestro interrumpido estudio de los otros contratos, continuaremos por el de

EMPRESTITO

El segundo contrato que el gobierno acaba de celebrar con los señores Dreyfus, es referente a un adelanto a que éstos se obligan sobre las utilidades líquidas del guano que la *Peruvian* debe entregarles.

Este es un convenio completamente separado del primero, es decir, del contrato de transacción que hemos juzgado en nuestro anterior artículo, de manera que el adelanto o empréstito que Dreyfus debe hacer al gobierno, no tiene el carácter de una obligación impuesta a éste, para que sea válida la transacción ventajosísima que acaba de obtener; circunstancia que deja a Dreyfus a salvo de toda contingencia en el reconocimiento y pago de sus saldos contra el fisco, cualquiera que sea el éxito de este segundo contrato; que puede resumirse en los siguientes artículos:

1º La *Peruvian* entregará a los señores Dreyfus todo el guano que tenga en almacenes y a flote.

2º Por cada tonelada de guano que la *Peruvian* entregue a Dreyfus, abonará éste a aquella una cantidad de libras esterlinas proporcional al monto de la suma que el Perú adeuda a esa compañía, dividiendo esta cifra por el número total de toneladas que existan en almacenes y a flote.

3º Dreyfus abonará al gobierno el precio de £ 11.15 ch. por cada tonelada de guano que la *Peruvian* le entregue, cualquiera que sea su ley.

4º Dreyfus hará, sobre el valor líquido del guano que reciba, un adelanto de ... al gobierno.

Como se ve, este contrato de empréstito no puede ser más seguro para el prestamista, pues que, todo adelanto que haga, habrá de ser sobre el valor de una prenda que representa la mejor garantía que pudiera exigirse.

Cualquier casa europea suscribirá sin duda un contrato semejante, como un negocio exento de todo riesgo; sin que el gobierno, aun en la angustiosa situación presente, tuviera necesidad de ofrecer al negociador ningún otro estímulo o aliciente que el de las utilidades seguras que ese contrato dejará al que lo realiza.

En cuanto a los beneficios que esa negociación debe producir al gobierno, todo depende de la suma que se compromete adelantar Dreyfus, suma no indicada aún en el contrato por una prudente reserva; pero que si se fuera a apreciar por el valor líquido del guano que la *Peruvian* ha de entregar, el empréstito debería estimarse en una cifra fuerte de libras esterli-

nas, pues calculándose aproximadamente en *quinientas mil toneladas* las que existen en almacenes y a flote, a órdenes de la actual compañía consignataria, y siendo este guano de ley superior en su mayor parte, se estimaría su valor en 5.875,000 £ al precio medio de £ 11-15 que es el fijado en el contrato; y como la deuda a la *Peruvian* es sólo de cuatro millones, quedaría un sobrante de 1.875,000 £ para responder de los adelantos que dentro de esa suma hiciera Dreyfus.

Si la cifra del empréstito fuera aproximadamente la de aquel saldo, y si el artículo 16 cuyo contenido se desconoce, no alterara en manera alguna los beneficios y la pronta realización de los adelantos, no hay duda que en sí el contrato de empréstito celebrado con Dreyfus sería muy útil y conveniente al país, juzgándolo aisladamente del convenio de transacción y teniendo en cuenta la difícil situación que atravesamos.

Pero, antes, es preciso que el público sepa a qué guarismos asciende el empréstito y cuál es la forma en que el gobierno lo ha de recibir.

“El Comercio” clausurado a perpetuidad

Luis Carranza pidió un *sherry-cobbler* mientras observaba la Plaza de Armas desde las recién reparadas ventanas de la *Maison Dorée*. A la una de la tarde ni un soplo refresca el centro de la ciudad atascado por un verano que empieza a exasperar a los limeños. Veranear en Chorrillos es ahora prueba de extraordinario atrevimiento: se dice que los chilenos desembarcaron en Moquegua sin encontrar tropas peruanas y que pronto se presentarán por el Callao, a adueñarse de la gran bahía, en cuyo extremo sur, lejos de guarniciones nacionales, se encuentra

el balneario. Desde que cambió el Gobierno menudean noticias sobre asaltos, robos y hechos de sangre. Hablan de sociedades secretas de chinos que proyectan saquear Lima pasando a cuchillo a sus habitantes y la reciente insurrección de negros en Chíncha todavía escandaliza las charlas de sobremesa. Los audaces no han interrumpido la pudiente costumbre anual de mudarse tres meses a ranchos chorrillanos. Pero muchos vecinos y conocidos han viajado al extranjero y otros permanecen cerca de la ilusoria seguridad de los cuarteles limeños, así que el balneario tampoco es un lugar alegre, que propicie olvido y descanso junto al mar: con la mitad de sus casas clausuradas, una tristeza se empecina por arboladas callejuelas y el elegante malecón. Carranza echa de menos felices temporadas en Chorrillos. José Antonio Miró Quesada cayó en cama, con una enfermedad al hígado probablemente contagiada mientras estuvo en la cárcel. Guillermo Carrillo ha tenido que ocuparse de redactar los editoriales contra la transacción Dreyfus y la respuesta a "La Patria" y en estos momentos se entrevista con Su Excelencia el Jefe Supremo de la República, explicando el origen de la correspondencia parisiense sobre el contrato con el *Crédit Industriel*. Carranza quiso asumir la responsabilidad, pero el Prefecto de Lima eligió al jefe de redacción. Hasta donde han podido averiguar los periodistas, ya el Jefe Supremo sabe que se suscribió el contrato Rosas y Goyeneche. El Gobierno tiene que impedir que los diarios de oposición difundan el contenido de ese contrato o lo comparen con la transacción Dreyfus. No había concluido de beber su *sherry-cobbler* cuando vio a Carrillo que abandonaba palacio por la puerta principal y cruzaba la plaza secándose el rostro con un pañuelo blanco. Salió a su encuentro.

—¿Qué pasó?

—Dice que muy bien, que ya veremos... —el jefe de redacción de "El Comercio" ha estado diez minutos en el despacho de Su Excelencia—. Se portó muy mesuradamente, casi con cortesía. Pero yo creo que ya nos jodimos...

—¿Por qué?

—Y, no sé... me dio la impresión de que nada más quería tener las cartas en su poder.

Entraban al restaurant para acomodarse en un rincón y hablar en paz.

—¿Pero qué te dijo?

—Pues se quedó mirando los escritos y comentó: ¡esto no es correspondencia! Así que yo contesté: no tiene forma de correspondencia pero vino de París y es exactamente igual. Aquí tiene usted el artículo y las cartas, puede usted comparar... no se ha variado nada.

—¿Y?

—Dijo hum, ya veremos, muy bien, muchas gracias señor Carrillo. Es todo, absolutamente todo... —sonrió al camarero que se acerca con el menú—: una cerveza bien fría, por favor. El Prefecto dice que le parece correcta nuestra exposición. Le mostré los documentos, haciéndole ver que fueron resumidos para quitar frases ofensivas, pero que todo lo publicado proviene evidentemente de Francia. De otro lado empecé al Gobierno a que desmintiera la información publicada por el diario...

—¿Qué contestó?

—Dice el Prefecto que no se trata de establecer si hemos dicho o no la verdad, sino de si hemos o no publicado un anónimo. ¿Sabes cuál es el proyecto de defensa militar del Gobierno? Te vas a caer de espaldas —Carrillo sonríe, bebe la mitad de su cerveza, mira a Carranza— ... ¡Traer armas por el río Amazonas y sus afluentes navegables y luego a lomo de bestia a través de la cordillera hasta Chicla y de ahí en tren a Lima! Me enteré mientras esperaba en la Prefectura.

—¿Lo saben los marinos?

—Me lo contó un capitán de fragata. Los van a convertir en fuerza de infantería... de veras, ya se firmó el decreto organizando el batallón naval. La Misión Astete estará pronto de regreso.

—¿Y el "Stevens Battery"?

—No lo compran. Dicen que no hay dinero para buques de guerra.

Carranza iba a dedicar una maldición al gobierno cuando el periodista Cadenas atropelló la bienazonada paz del restaurant.

—¡Señor Carranza, señor Carranza! ¡Cerraron el diario, la imprenta, todo!

—¡¿Cuándo?!

—¡Ahorita! ¡están los guardias civiles por todas partes, señor Carranza!...

Los comensales se volvían a escuchar alarmados.

—... ¡dicen que por orden del Jefe Supremo nos han prohibido para siempre publicar un diario!

Carranza arrojó un billete sobre la mesa y salió.

—¿Adónde vamos? —Carrillo volvía a secar su rostro.

—¡No lo sé! —casi gritó de furia don Luis Carranza. No hay nadie adonde quién quejarse. Reflexionó bajo el sol de las dos de la tarde—. ¡Mierda! —y repitió colérico— ¡mierda!

El doctor Químper en prisión

Atardecía. Por las puertas de la biblioteca abiertas de par en par entra un rumor de gorriones, campanas llamando al Angelus, una luz entre rosada y azul, la lenta brisa que refresca ese verano a plenitud. José María Químper conoce esta hora mejor que ninguna otra: a las seis, seis y media lo acongoja una irremediable melancolía, como si hubiese llegado el momento de partir. Después, cuando prevalece la sensata luz amarilla del alumbrado a gas, el ex-Ministro sale a disfrutar de una atmósfera vagamente cosmopolita, que parece esconder la promesa de una aventura que nunca se realiza. Cumplida la cotidiana pausa triste, observado el día que parte, volvió a empuñar el lápiz y a resumir por escrito los actos administrativos más importantes de la dictadura, aparte de la transacción Dreyfus. Abolió la contribución territorial. Abolió la contribución de patentes. Abolió la contribución de industria. Abolió la contribución eclesiástica.

Abolió el impuesto a los pasajes en tren. Abolió el impuesto a los espectáculos. Derogó el estanco de las barras de plata y la prohibición de exportarla bajo ninguna forma. Derogó el impuesto al azúcar. Abolió los impuestos que servían para amortizar los billetes fiscales. Redujo las tasas de interés bancario. Suspendió el pago de intereses de la deuda interna consolidada. Químper suspira, vuelve a dejar el lápiz: no hay que ser perspicaz para comprender que sustituyendo todas las contribuciones por un nuevo impuesto a la renta del tres por ciento anual, sin ingresos por el salitre y pasando a ser deudores y no acreedores en el negocio del guano, pronto la Caja Fiscal estará vacía; a menos que el Jefe Supremo la alimente con papel moneda de valor puramente ficticio. Y sin embargo, de manera oficial, la libra esterlina es la moneda del Perú. Químper no puede menos que sonreír con tristeza del embrollo fiscal que distrae la actividad del gobierno en guerra y a la vez metido a reorganizar el caos en caos. Carlos de Piérola, hermano del Jefe Supremo, asumió la delicada y muy secreta misión de gastar 200,000 libras esterlinas en pertrechos militares y uniformes en Europa. Julio Pflücker y Rico ha tenido que someter las 130,000 esterlinas reunidas por la colecta nacional a la autoridad de los nuevos comisionados: no se gastarán en un blindado, como fue la voluntad de los donantes, sino en el nuevo secreto plan de defensa nacional. Todo cuanto Químper organizó, ha sido deshecho, reprobado, todo convertido en inútil recuerdo de un sistema que destruyen a diario. En vez de traer armas por las que ya se ha pagado una parte y a veces la mitad de su valor, el Gobierno gasta los fondos en el extranjero en atender letras que la *Peruvian* deja protestar, aumentando el disgusto de los *bondholders* y acreedores europeos. "El Comercio" estaba clausurado a perpetuidad. A Rosas y Goyeneche se les sigue juicio. Químper sabe que sólo falta Químper. Había rehusado asilarse, esconderse, viajar al extranjero. Si quieren meterlo en prisión, denigrarlo, someterlo a humillaciones, nada más deben buscarlo en casa. La única manera de ser reconocido honrado en el Perú, es aguantando todos los vejámenes para después gritar, hacerse oír por las conciencias dormidas, escribir su propia historia, publicar

manifiestos dirigidos a la invisible gente de bien, reproducir expedientes y sentencias absolutorias en los periódicos, en fin, desconfiar, siempre desconfiar de la buena fe. A las siete de la noche de ese martes de comienzos de febrero, el ex-Ministro de Hacienda salió a dar su habitual caminata por la ciudad. No avanzó ni quince pasos.

—¿Señor Químper? —dos gendarmes cerraban la vereda.

—¿Qué desean?

—Tenga la bondad de acompañarnos.

—¿Estoy detenido?

—Sí.

—¿Puedo ver la orden?

—Nomás venga con nosotros.

Químper sabe que nada más inútil que discutir con subalternos de una dictadura. Los policías se colocaron a sus lados. Más allá se agregaron otros guardias armados con rifles. Con esa escolta, el ex-Ministro de Hacienda atravesó el centro de la ciudad rumbo a la Intendencia de Policía. Deliberadamente eligió Mercaderes y los portales para mostrarse ante la curiosidad pública. Parecía orgulloso de ir preso.

José María Químper, cuarentisiete años de edad, natural de Camaná, abogado, soltero, católico anticlerical, militante del Partido Liberal, amigo de socialistas y anarquistas y otros elementos peligrosos para la sociedad entrega bastón, sombrero, cartera con papeles personales y cincuenta y cinco soles, reloj con cadena de plata, lápiz y algunas monedas y tres llaves y un pañuelo de hilo con las iniciales JMQ bordadas con primorosa aguja de convento y, ya inventariado, exige conocer de qué se le acusa para encerrarlo sin orden judicial pertinente.

... Se resuelve: Primero. Sométase al correspondiente juicio criminal al ex-Ministro de Hacienda y Comercio don José María Químper, aprehendiéndosele al efecto para ponerlo a disposición del Tribunal respectivo. Segundo. Declárense afectos a responsabilidad fiscal y embargados desde la fecha y sin otra notificación, los bienes, derechos y acciones pertenecientes al mencionado José María Químper. Tercero. Nómbrase depositario de

dichos bienes y de sus productos al Banco Garantizador de valores existentes en Lima. . . Rúbrica de S.E. Barinaga. . .

—No teniendo las leyes efectos retroactivos según los principios de justicia universal, el delito que falsamente se me imputa debe ser juzgado de acuerdo a las leyes vigentes en la época en que se supone se cometió y de acuerdo a mi condición de ex-Ministro de Estado —empezó a argumentar con voz suave.

—Eso era en otros tiempos, doctor —respondió el ayudante del subprefecto.

A las ocho lo encerraron en un calabozo sin luz. Paseó reconociendo su nueva casa: nueve metros cuadrados contenidos por muros de piedra y una reja de la que se desprende polvillo de óxido. Hay un camastro, un banquito de madera, una palan-gana desportillada, una jarra de latón con agua vieja. En qué momento la serpiente lo mordió con el veneno de la vida, cuándo lo encadenó a esta tierra y toda su peste. Examinaba el colchón relleno de paja. Caminan patas, sorben trompas el aire sucio de la pocilga policial y de pronto se adhieren chinches y lentos piojos grises a los pulcros dedos de su señoría. Deliciosa sangre de ministro dulce y nutritivamente acusado de diversos crímenes contra la Patria, para esto agonizados refuerzos que marcharon al sur, la obstinada pudrición de los heridos que abandonan tras la batalla, explosivos siempre más poderosos mandados a traer desde los confines del mundo, hombres que van y vienen por el desierto, en andrajos, pisando ulcerosamente la vasta costra de salitre, acometiéndose unos a otros con fieras bayonetas, rematando moribundos en todos los bandos, echándoles candela, aplastándolos a culatazos, sin siquiera sospechar que las guerras se acaban ganando en otra parte y que al asalto de trincheras sólo es posible perder, y si no que pregunten a Dreyfus Fréres y a los banqueros británicos detrás de Chile. El doctor Químper apoya la frente en los barrotes. Al fin dudaba. Tantos muertos y para qué. ¿Vale la pena? ¿Vale así la pena el Perú? Se sienta en el suelo, con la espalda sostenida por el calabozo que lentamente lo engulle pasa revista a muertos, amordazados, solitarios, viajados, podridos en ambulancias y luego pone ambiciones en su sitio, la intransigencia y la codicia y diversas

pasiones y errores en su lugar exacto para contemplar abajo arriba la breve historia que le ha tocado conocer, mierda, ¿vale la pena? ¿Valía verdaderamente la pena el Perú? ¿esta opresión, la subasta armada valen la pena? ¿Y Bolivia, todos sus muertos sin alfabeto? Bruscamente se incorporó, de nuevo con ganas de luchar.

—¡Carcelero! —vociferó José María Quimper— ¡Carcelero!

Nadie contestó a sus gritos.

INDICE

	Pág.
Noviembre: la invasión	9
Renuncian ministros	41
Se aceptan renunciaciones	42
El regreso de Quimper	42
Después de la matanza	54
Triduo expiatorio	63
Comunicación secreta	64
Colecta para comprar un acorazado	66
Empieza la retirada	71
Carta del canónigo Pérez	80
Masacre en Negreiros	84
Informe de la Legación del Perú en Bolivia	96
El nuevo blindado peruano	98
Cita secreta entre Quimper y Grace	98
A la victoria o a la muerte	107
Orden del ataque	131
A la batalla en Dolores	133

	Pág.
La víspera	137
El ejército extraviado	156
Ganamos en San Francisco	164
Silencio en el telégrafo	165
Comunicación de la escuadra chilena	170
Respuesta peruana	170
Los colorados regresan	171
La policía visita "El Comercio"	173
Continúa la retirada	175
Juicio a López de Lavalle	192
Químper contra los azucareros	192
Absurdos de Químper	200
A los lectores de "El Comercio"	204
Su Excelencia vuelve a Lima	204
Juicio a jefes del Ejército	211
Tarapacá, el mismo día	213
Lo que ha sido la primera campaña	239
Prado llama a Piérola	247
Editorial de "El Comercio"	249
Crisis ministerial	252
La gran retirada	254
Telegrama urgente	271
Nuevo gabinete	271
Telegrama urgente	274
Entre Jaina y Arica	275
Editorial de "El Comercio"	280
Miró Quesada busca noticias	282
Carta de Piérola	287
Químper previene un complot	290
Polémica entre "El Comercio" y "La Patria"	297
Nueva escuadra para el Perú	301
Paz con Honor	307
El general Prado decide viajar	309
La víspera de partir	321
El fin de la retirada	330

	Pág.
El viaje de Prado	337
Antes de la revolución	349
El viaje de Prado es una deserción	361
Desórdenes en Lima	363
A S.E. el Vicepresidente de la República	370
Motín en la Inquisición	372
Carta circular del general Prado	386
Se entrega el Callao	388
A bordo del "Rímac"	393
Las horas finales	394
Cambio de Jefe Supremo en el Perú	401
Carta a su Santidad el Papa León XIII	402
Los importantes sucesos del sur	403
La conjura Dreyfus	411
Prado en Nueva York	423
Recurso de los periodistas presos	427
7 de enero de 1880	428
La transacción con Dreyfus	431
Anúnciese, publíquese, etc., etc.	437
A "La Patria"	438
"El Comercio" clausurado a perpetuidad	444
El doctor Quimper en prisión	447



3 9001 01677 5424

Este libro se terminó de imprimir
en diciembre de mil novecientos
setenta y siete, en los Talleres
Gráficos de Santiago Valverde
S. A., Los Záfiro 266, Balcon-
cillo, Lima 13, Perú. La edi-
ción estuvo al cuidado de
Javier Larrañaga.

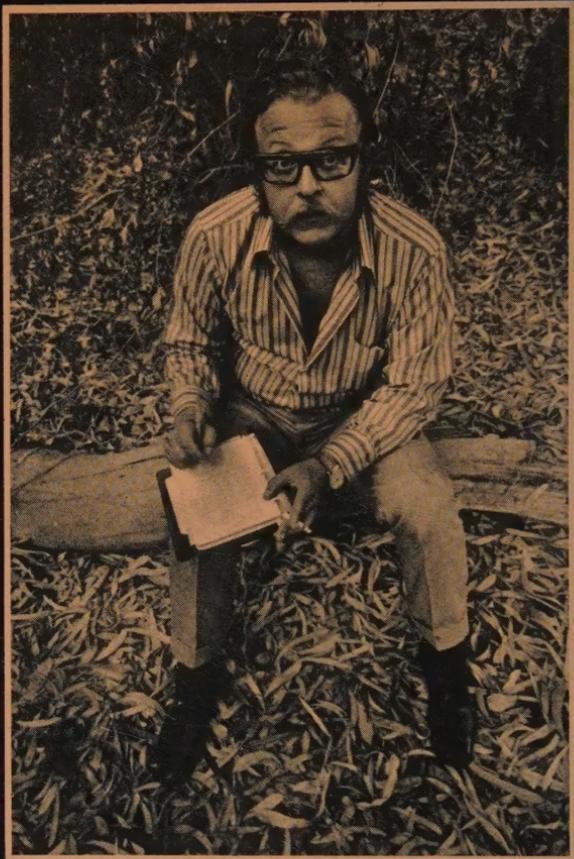
Libre 1 ha publicado a

- Guillermo Thorndike: 1879
- Alfredo Bryce Echenique:
Tantas veces Pedro
- Guillermo Thorndike:
El viaje de Prado.

Va a publicar a

- Isaac Goldemberg: La vida a
plazos de don Jacobo Lerner
- Antonio Cisneros: El libro de Dios
y de los húngaros
- Carlos Malpica:
El cuarto militarismo
- César Moro: Amor a muerte

foto José Casals



Guillermo Thorndike ha inaugurado una manera de narrar: recurriendo a la novela como un método capaz de circunscribir la realidad histórica, la realidad en sus múltiples facetas, utilizando documentos, grabaciones, avisos, mezclando y ventilando géneros literarios en una sola y nitida escritura en libertad. "El viaje de Prado" presenta con minuciosa exactitud una historia que pese a su trágica importancia es desconocida, cuando no objeto de interpretaciones banales. Es, al mismo tiempo, una novela de excepcional calidad, acaso la más importante del autor.

LIBRE:1
EDITORES S.R.L.

